

BI

CIÓN GENERAL DE BIBLI



NAPOLEON III  
POR  
L. DE S. AMAND



TOMO IV

DC276  
I33  
V.4  
C.1

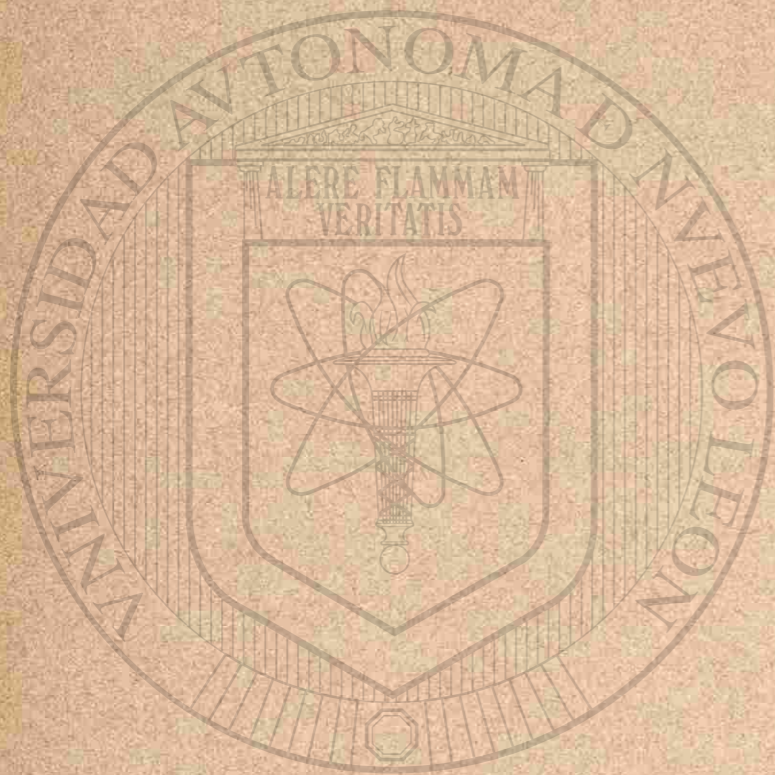
9(44)

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1080042972



9144



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
NAPOLEÓN III

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# NAPOLEON III

CONSTITUCIÓN DEL REINO DE ITALIA

EXPEDICIONES Á CHINA, SIRIA Y MÉJICO. - GUERRA AUSTRO-

PRUSIANA. - GUERRA FRANCO-ALEMANA

EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO CUARTO



*Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria*

61696

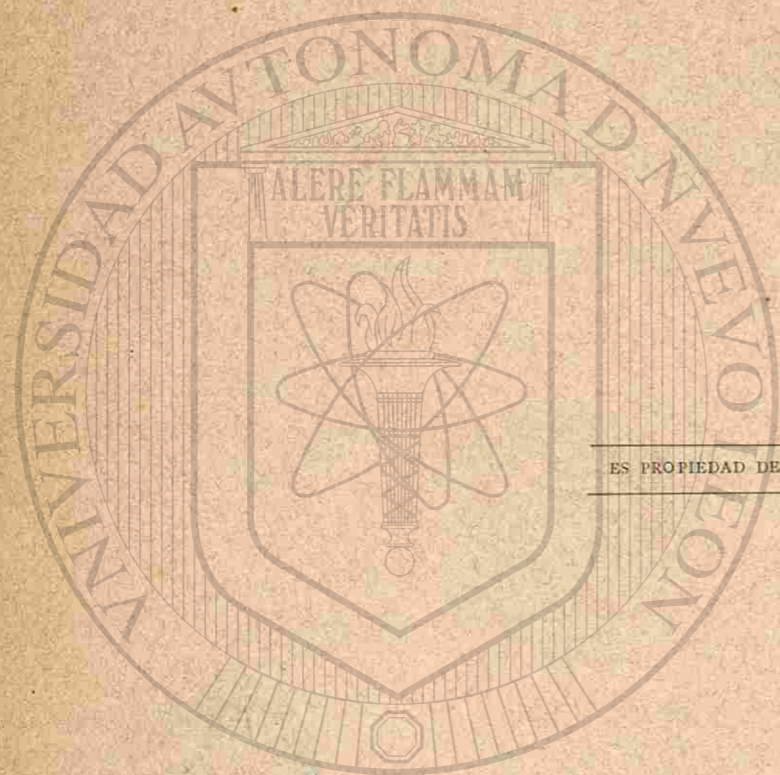
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1899

17033



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

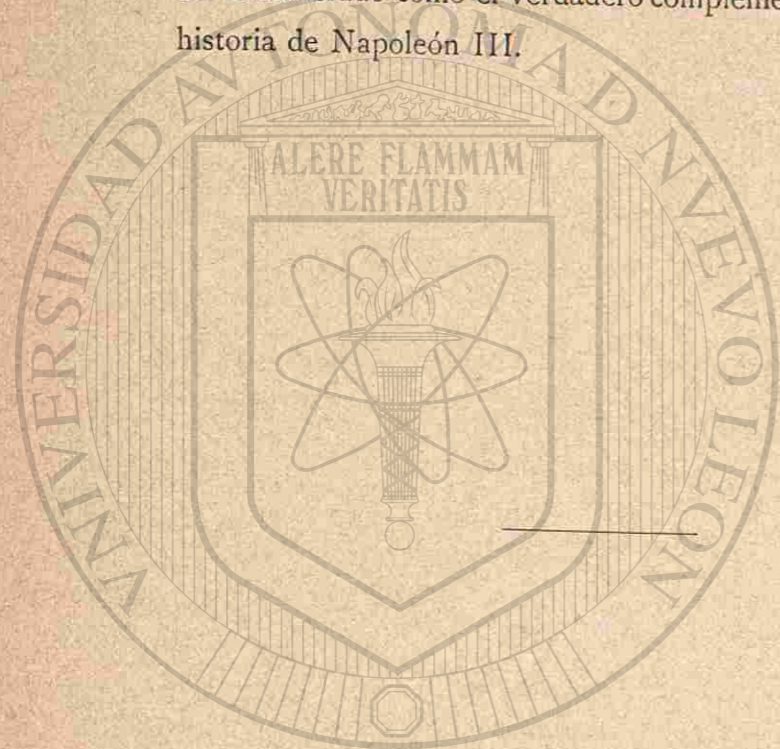


ESTADO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

## PREFACIO DE LOS EDITORES

En el presente tomo, último y seguramente el más interesante de los que constituyen la obra NAPOLEÓN III, puesto que en él se da una exacta aunque sucinta idea de las causas que condujeron al segundo Imperio francés desde el brillante apogeo de su gloria hasta su decadencia y desaparición, se ha procurado condensar los hechos culminantes de las diferentes fases de la política napoleónica durante la década de 1860 á 1870, tan fértil en peripecias. La constitución del reino de Italia, en la que tanta intervención tuvo Napoleón III; las expediciones de China, Siria y otros países lejanos; la desastrosa de Méjico que inició el menoscabo de la preponderancia que la política francesa había alcanzado en Europa; la guerra austro-prusiana, y por fin la franco-alemana, cuyos fatales resultados motivaron el derrumbamiento de una institución que tan arraigada parecía, constituirán la síntesis de este tomo. Acerca de la última de las citadas guerras, debemos advertir al lector que no debe extrañar el no hallar en él la descripción detallada de todas sus operaciones, porque habiendo publicado en esta misma BIBLIOTECA UNIVERSAL la magnífica é interesante obra de Moltke *Historia de la guerra franco-alemana de 1870 á 1871*, ocuparnos ahora

minuciosamente de aquella lucha sería repetir lo que allí se dijo. En el libro de Moltke encontrarán, pues, nuestros lectores cuanto con la citada guerra se relaciona, pudiendo, por consiguiente, ser considerado como el verdadero complemento de la presente historia de Napoleón III.



## APOGEO Y DECADENCIA

### DEL SEGUNDO IMPERIO

#### I

#### EL IMPERIO Á PRINCIPIOS DEL AÑO 1860

Al comenzar el año 1860 había llegado el segundo Imperio francés á su más alto grado de esplendor; los sucesos acaecidos en dicho año contribuyeron á aumentarlo. La anexión de Saboya y Niza á Francia, la expedición á Siria, la campaña de China, el triunfo de la política napoleónica en Italia, la prosperidad interior del país debida á las medidas económicas que se adoptaron, la construcción de grandes obras públicas y el embellecimiento progresivo de la capital, que cada día atraía mayor número de provincianos y extranjeros, y por último la animación, la vida de lujo y placeres que llevaba la alta sociedad favoreciendo la industria y el comercio, constituían una serie de concausas que permitían augurar la consolidación de la dinastía, el incremento de la riqueza pública y la perdurable satisfacción de los franceses.

Napoleón III, que frisaba en los cincuenta y dos años, conservaba aún toda la energía y robustez, su natural despejo, y su constancia en llevar adelante cuantos planes se proponía, por más que á veces se mostrara indeciso en los medios de realizarlos. Los horrores de la última guerra de que había sido testigo ocular, en lugar de acostumbrarle á tales espectáculos, le habían disgustado de ellos, y se confirmaba una vez más en sus proceder humanitarios, siquiera en general pecaran de autoritarios, propendiendo en el interior al funcionamiento de una democracia cesárea, y guiándole en el exterior el jamás abandonado principio de las nacionalidades. A pesar de haber llegado á la edad madura, aún conservaba su imaginación novelesca é inclinada á las aventuras, por más que esta inclinación pareciera incompatible con su exterior tranquilo, impasible, imperturbable. Laborioso sin desaliento, atendía á los negocios más variados y múltiples, y lo mismo despachaba con su gobierno oficial, que con sus consejeros secretos, sus agentes y hasta con los periodistas que tenía á su devoción.

minuciosamente de aquella lucha sería repetir lo que allí se dijo. En el libro de Moltke encontrarán, pues, nuestros lectores cuanto con la citada guerra se relaciona, pudiendo, por consiguiente, ser considerado como el verdadero complemento de la presente historia de Napoleón III.



## APOGEO Y DECADENCIA

### DEL SEGUNDO IMPERIO

#### I

#### EL IMPERIO Á PRINCIPIOS DEL AÑO 1860

Al comenzar el año 1860 había llegado el segundo Imperio francés á su más alto grado de esplendor; los sucesos acaecidos en dicho año contribuyeron á aumentarlo. La anexión de Saboya y Niza á Francia, la expedición á Siria, la campaña de China, el triunfo de la política napoleónica en Italia, la prosperidad interior del país debida á las medidas económicas que se adoptaron, la construcción de grandes obras públicas y el embellecimiento progresivo de la capital, que cada día atraía mayor número de provincianos y extranjeros, y por último la animación, la vida de lujo y placeres que llevaba la alta sociedad favoreciendo la industria y el comercio, constituían una serie de concausas que permitían augurar la consolidación de la dinastía, el incremento de la riqueza pública y la perdurable satisfacción de los franceses.

Napoleón III, que frisaba en los cincuenta y dos años, conservaba aún toda la energía y robustez, su natural despejo, y su constancia en llevar adelante cuantos planes se proponía, por más que á veces se mostrara indeciso en los medios de realizarlos. Los horrores de la última guerra de que había sido testigo ocular, en lugar de acostumbrarle á tales espectáculos, le habían disgustado de ellos, y se confirmaba una vez más en sus proceder humanitarios, siquiera en general pecaran de autoritarios, propendiendo en el interior al funcionamiento de una democracia cesárea, y guiándole en el exterior el jamás abandonado principio de las nacionalidades. A pesar de haber llegado á la edad madura, aún conservaba su imaginación novelesca é inclinada á las aventuras, por más que esta inclinación pareciera incompatible con su exterior tranquilo, impasible, imperturbable. Laborioso sin desaliento, atendía á los negocios más variados y múltiples, y lo mismo despachaba con su gobierno oficial, que con sus consejeros secretos, sus agentes y hasta con los periodistas que tenía á su devoción.



Su prestigio no había sufrido menoscabo alguno, pues hasta entonces el éxito más brillante y completo había coronado todos sus propósitos, y se creía que había hecho un pacto con la fortuna. Los partidos, desanimados, parecían haber desistido de toda oposición, lo mismo los republicanos, cuyos principales jefes estaban en el ostracismo, que los realistas, divididos entre sí á causa del antagonismo que existía entre las dos ramas de la casa de Borbón. En suma, á principios de 1860 era Napoleón III el monarca más respetado y atendido de Europa.

La emperatriz, que á la sazón contaba treinta y cuatro años, estaba en todo el esplendor de su rara belleza. Dondequiera se la admiraba, se la aplaudía, se la aclamaba. Nadie criticaba el lujo que ostentaba, pues su ejemplo era imitado por las damas y así se contribuía grandemente á la prosperidad del comercio y de la industria parisienses. Sin intervenir decididamente en la política, y más bien atenta á los cuidados de su hijo, que tenía por entonces cuatro años, procuraba sin embargo ejercer á veces cierta influencia en el ánimo de su esposo, especialmente en lo que se refería al Papado, tanto por sus sentimientos religiosos, profundamente católicos, cuanto por ser el Sumo Pontífice padrino del príncipe imperial. Por esto fué más viva su alarma y mayor su disgusto cuando vió que el emperador, vacilando en ponerse al lado de los defensores del poder pontificio, adoptaba una política de indecisión que dió lugar en sus consejos á la formación de dos partidos opuestos: uno, el contrario al Papado, dirigido por el príncipe Napoleón, y otro, favorable al poder temporal de Pío IX, inspirado por la emperatriz, la cual estaba íntimamente convencida de que el gobierno imperial necesitaba el apoyo del clero, y de que los intereses de la Iglesia no podían separarse de los del Imperio.

Por esto fué tan grande como dolorosa la impresión que lo mismo á ella que á los numerosos partidarios del poder temporal del Papa produjo la alocución que el Soberano Pontífice dirigió al general Goyón, jefe del ejército francés que ocupaba á Roma, al presentarse dicho general con su Estado mayor á felicitarle el día de Año nuevo. «Al prosternarnos, dijo el Padre Santo al final de su alocución, á los pies de ese Dios que ha sido, es y será por toda la eternidad, le rogamos, con toda la humildad de nuestro corazón, que haga descender su gracia y sus luces sobre el jefe augusto de ese ejército y de esa nación, para que iluminado con esas luces, pueda marchar con seguridad por su difícil camino, y reconocer la falsedad de ciertos principios que en estos últimos días se han consignado en un opúsculo que se puede calificar de monumento insigne de hipocresía y de tejido innoble de contradicciones. Estamos tanto más convencido de ello cuanto que obran en nuestro poder ciertos documentos que S. M. tuvo la bondad de remitirnos hace algún tiempo y que son una verdadera reprobación de esos principios. Llevado, pues, de esta convicción, imploramos á Dios para que derrame sus bendiciones sobre el emperador, sobre su augusta compañera, sobre el príncipe imperial y sobre toda la Francia.»

El opúsculo á que el Pontífice se refería era el folleto titulado *El Papa y el*

*Congreso*, acerca del cual se ha hecho ya alguna indicación al final del tomo anterior. El Padre Santo calificaba de «monumento insigne de hipocresía y tejido innoble de contradicciones» un escrito que si no había sido enteramente redactado por el emperador, era público y notorio que nadie sino él lo había inspirado, dando además á entender Pío IX que para continuar en buenas relaciones con el Imperio exigía la desaprobación clara y terminante de aquella publicación.

Con gran desaliento de la emperatriz y de los partidarios del papado, Napoleón III, que había adoptado ya su determinación, no retrocedió ante aquella manifestación del enojo del Pontífice, tanto más cuanto que en 31 de diciembre del año anterior había escrito á éste una carta aconsejándole que para tranquilidad de Europa sería conveniente que renunciara á unas provincias que hacía cincuenta años suscitaban tantos embarazos á su gobierno. La primera prueba que dió el emperador de lo resuelto que estaba á persistir en su plan fué nombrar ministro de Negocios extranjeros el 4 de enero de 1860 á M. Thouvenel, embajador en Constantinopla, en reemplazo del conde Walewski, que cansado ya de que el emperador procediera en casi todos los asuntos sin contar con él, presentó su dimisión, que le fué aceptada. El nombramiento de Thouvenel parecía justificado, pues además de haber sido director político en el ministerio de Negocios extranjeros y de representar brillantemente á Francia en el imperio otomano, era hombre de talento nada vulgar, y lo que valía más para el emperador, se le consideraba inclinado á secundarle eficazmente en su política italiana. Al conde Walewski se le concedió en recompensa de sus servicios una pensión anual de cien mil francos, en su calidad de individuo del Consejo privado sin sueldo.

La retirada de este ministro no causó gran impresión en la masa general del público; pero unida á la elección de su sucesor y á las aprensiones que había suscitado la alocución del Papa, así como la carta del emperador al Padre Santo, produjo entre los partidarios del papado una excitación que fué el principio de la crisis religiosa que á no tardar sobrevino, crisis que á su vez inició la ruptura de la cohesión con que todos los partidos apoyaban al Imperio. La oposición de los católicos fervientes comenzó en la prensa, continuó en las cámaras, en la Academia; algunos prelados hicieron oír su voz contraria á la política seguida en la cuestión italiana por el gobierno, sin que tampoco faltaran notables publicistas que dieran á luz folletos condenando esta política. Las manifestaciones de este celo religioso llegaron á tomar tal cuerpo, que el gobierno se decidió á adoptar medidas de represión y comenzó por perseguir á la prensa, suprimiendo algunos periódicos.

El notable escritor católico Luis Veillot, que en su diario *El Universo* había apoyado siempre la política imperial, al ver que Napoleón la modificaba tan radicalmente en su parte religiosa, se revolvió contra él, y desde entonces se valió para combatirle de tanta acritud como celo mostrara antes en sostenerle. El resultado de esta lucha no se hizo esperar, y el 30 de enero un decreto suprimió *El Universo*, medida autoritaria que causó alguna sensación.

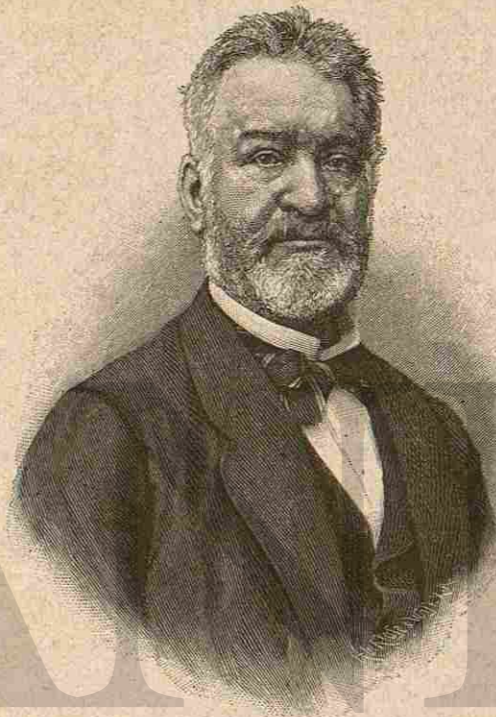
Desde aquellos días, puede decirse que habían pasado las horas de gobierno fácil para el Imperio y que en adelante se tropezaría con oposiciones y dificultades que si no amenazaban aún con la inmediata decadencia del Imperio, eran señales precursoras de esta decadencia, é indicaban que había desaparecido la unanimidad con que todos se prestaban á acatar las disposiciones del emperador.

Coincidió con el nombramiento de Thouvenel para ministro de Negocios extranjeros la vuelta al poder de Cavour, á quien Víctor Manuel volvió á nombrar presidente del Consejo de ministros de Cerdeña el 20 de enero. Este nombramiento debióse á las repetidas instancias de Napoleón, quien deseaba tratar con él sobre el arreglo de la cuestión de la Italia central y más especialmente sobre la cesión á Francia de Saboya y Niza, cesión que hacía algún tiempo tenía el emperador meditada, y la cual había sido propuesta oficialmente al gobierno piamontés por el nuevo embajador francés M. Talleyrand, en 10 de enero. A pesar de la repugnancia del rey, tuvo éste que ceder á tan repetidas instancias, y Cavour dirigió de nuevo la política italiana. A los siete días de haber tomado nuevamente posesión de su elevado cargo, el batallador ministro expuso claramente en un despacho circular, no ya sus deseos, como en otro tiempo, sino sus propósitos y los de Italia, consistentes en la anexión al Piamonte de Parma, Módena, Toscana y las Romanas, y á este fin encaminó todos sus esfuerzos, venciendo dificultades y arrojando oposiciones.

Pero si el nuevo ministerio piamontés tenía fundadas esperanzas de conseguir sus fines, era también indudable que estaba llamado á consumir el sacrificio de Saboya y Niza, y formulada, como queda dicho, oficialmente la exigencia de Napoleón en este sentido, se comprendió entonces cuán sistemáticamente había trabajado á tal fin en los seis últimos meses. Ya bastante tiempo antes había dado la prensa extranjera la noticia de que en Saboya se recogían firmas para una petición solicitando la unión del país con Francia. Al mismo tiempo los diputados saboyanos al parlamento de Turín publicaron una declaración pidiendo para su provincia un gobierno separado, la disminución de las cargas públicas, la exención de su cupo en los gastos de la guerra y mayor fomento de sus recursos materiales, todo ello muestra evidente del trabajo de zapa del partido francés. La sustitución de Walewski por Thouvenel iba encaminada á realizar dicho plan, y por último Cavour, así como otros hombres de Estado piamonteses, consideraban necesaria la cesión de Saboya, y en caso necesario también la de Niza, como precio aceptable del desistimiento de Napoleón á su oposición en la cuestión de la Italia central. Faltaba, pues, únicamente contar con la aquiescencia de las grandes potencias, en especial Inglaterra y Austria, para que el emperador realizara sus deseos de engrandecimiento del territorio francés.

La diplomacia imperial supo alcanzar esta aquiescencia, halagando á la Gran Bretaña en el concepto que más grato pudiera serle, ó sea en sus intereses comerciales, y valiéndose además de ella para lograr que Austria no pusiera inconvenientes á la mencionada anexión.

Más adelante nos ocuparemos de estos asuntos. Entretanto conviene decir que las dificultades de la política interior y exterior no eran óbice para contener lo que en París se llama el movimiento mundano. La capital estaba tan brillante y animada como en los inviernos anteriores. Al principio del año, notóse cierta vacilación entre las personas acostumbradas á dar fiestas. El aplaza-



Luis Veuillot, notable escritor católico

miento indefinido del Congreso, la languidez de los negocios, la baja de la Bolsa las habían desanimado algo; pero el placer y las diversiones recobraron pronto sus derechos, y el magnífico baile dado en las Tullerías el 11 de enero fué la señal para que la animación renaciera. Llegaron poco después las fiestas de Carnaval, y la fiesta romana celebrada por el príncipe Napoleón en su casa pompeyana y los grandes bailes con que algunos ministros obsequiaron al elemento oficial incitaron á muchas familias pudientes á organizar en sus salones análogas fiestas, y París, dando de mano á todas las preocupaciones, se divirtió grandemente por espacio de dos meses.

## EL TRATADO DE COMERCIO CON INGLATERRA

Hemos indicado antes que una de las primeras oposiciones con que había tropezado el Imperio en su marcha desembarazada había sido la producida por la agitación religiosa. A esta oposición siguió en breve otra, la fundada en los intereses materiales y de la cual fué causa el tratado de comercio pactado con Inglaterra, tratado que inició la lucha, hoy aún sostenida, entre proteccionistas y librecambistas.

Desde los tiempos de Colbert el gobierno francés había sido francamente proteccionista; pero Napoleón III, ya desde su cautiverio de Ham, se había inclinado á favorecer la libertad comercial, y si no la estableció al subir al poder fué porque no pudo vencer las tenaces resistencias con que tropezaban sus proyectos de reforma y sus ideas cosmopolitas.

Sin embargo, en 1856 hizo ya un ensayo, que, á pesar de la docilidad de la Cámara, fué desechado por ella. Pero Napoleón tenía la virtud de la perseverancia; dejó transcurrir algún tiempo, y cuando creyó la ocasión algo más propicia, volvió á emprender los trabajos para realizar su plan.

Siendo Inglaterra la primera de las potencias industriales, el tratado celebrado con ella podía ser el tipo de los convenios futuros pactados con los demás Estados, y la libertad comercial daría un gran paso. Conveníale además á Napoleón tener de su parte á aquella nación, no sólo porque sus tropas unidas á las francesas peleaban á la sazón en el extremo Oriente, como luego veremos, sino también para que no opusiera su veto al engrandecimiento de territorio que proyectaba en Italia.

Ya á fines de 1859 había hecho entablar negociaciones con la Gran Bretaña para un tratado de comercio. En aquel país se efectuaron los preliminares, en nombre de Francia, por el antiguo sansimoniano Miguel Chevalier, que era uno de los jefes de la escuela económica y librecambista, y en el de Inglaterra por el ministro de Hacienda Gladstone, asesorado por el célebre economista inglés Ricardo Cobden. Algo después se trató el asunto en París entre este último y el embajador inglés lord Cowley por una parte, y por otra Rouher, ministro de Comercio, y Baroche, interino de Negocios extranjeros mientras tomaba posesión Thouvenel.

Como al emperador le gustaba preparar sus grandes planes misteriosamen-

te y descartar á los que pudieran hacerle alguna objeción, precisamente el ministro de Hacienda Magnan, partidario del sistema protector, no supo una palabra de lo que se trataba.

El 5 de enero de 1860, Napoleón dirigió al ministro de Estado Fould una carta en la que exponía todo un sistema económico, carta que sirvió para tomar el pulso á la opinión pública y con la cual se proponía no desconfiar en las cosas en Europa mientras se preparaba á reclamar la anexión de Niza y Saboya, presentándose como el soberano más pacífico que sólo se preocupaba de los intereses materiales de su pueblo. En dicha carta encomiaba los beneficios del librecambio, sin dejar de reconocer que antes de desarrollar el comercio exterior con el cambio de los productos franceses con los del extranjero, era preciso mejorar la agricultura y librar á la industria de todas las trabas que, por ciertos conceptos, la colocaban en condiciones de inferioridad. Explicaba en seguida lo que á su juicio convenía hacer en favor de la agricultura. En cuanto á la industria, se debería eximir de toda clase de derechos á las materias primeras y hacer anticipos á los industriales para ayudarles á perfeccionar su material, y activar todo lo posible la construcción de nuevos canales, carreteras y ferrocarriles. «Con estas medidas, decía, la agricultura encontrará salida para sus productos; la industria, libre de trabas interiores, auxiliada por el gobierno, estimulada por la competencia extranjera, luchará ventajosamente con los productos de otros países, y nuestro comercio, en lugar de languidecer, tomará nuevo impulso.»

El emperador parecía dispuesto á proceder con prudencia á la transformación del régimen económico, y al afirmar la utilidad de los tratados de comercio con las potencias extranjeras, anunciaba solamente la supresión de los derechos referentes á las primeras materias. Pero acerca de este punto se suscitaba una cuestión bastante grave; juntamente con los algodones que Francia no produce, Napoleón III calificaba de primera materia la lana, á la sazón uno de los productos más importantes de lo que se puede llamar la industria rural francesa, y que iba á entregar sin reserva á la competencia.

El tratado de comercio así anunciado fué firmado el 23 de enero de 1860 con Inglaterra. Fijábasele una duración de diez años: no se llegaba en él hasta el librecambio; pero se entraba ampliamente en la vía de la competencia. Los hilos, los tejidos, los hierros, los aceros, las máquinas y las herramientas de procedencia extranjera podían entrar en Francia pagando derechos que en ningún caso deberían exceder del treinta por ciento de su valor. En cuanto á las hullas, cuyo derecho era de 3'60 francos la tonelada, quedaría suprimido en breve plazo. Por vez primera el mercado francés se abría grandemente á los productos británicos.

En cambio Francia obtenía franquicia completa para los artículos de fantasía ó de moda, así como para las sederías, y además la reducción de derechos sobre los vinos y espíritus franceses.

El tratado era definitivo para Francia, pues según la Constitución el empera-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MONTEVIDEO N. L.

dor tenía plena facultad para celebrar los tratados; por lo que hace á Inglaterra, debía someterse á la ratificación del Parlamento.

Aunque firmado el 23 de enero, el público no tuvo noticia de él hasta el 10 de febrero, y así como por su folleto *El Papa y el Congreso* el emperador había roto con el partido católico, el tratado comercial con la Gran Bretaña le hacía romper con el partido proteccionista. Como suele suceder siempre que hay contraste de interés, los grandes industriales, que creían gravemente lesionados los suyos, pusieron el grito en el cielo, diciendo que se sacrificaba la industria francesa á la de Inglaterra. Se habló de fábricas y talleres que iban á cerrarse, de jornales que se reducirían inevitablemente, y de Normandía, Picardía, Alsacia y otras regiones acudieron á París muchos fabricantes que, reunidos en número de cuatrocientos, solicitaron una audiencia del emperador para exponerle sus temores; pero la audiencia les fué negada, y entonces ellos decidieron publicar una vehemente protesta en un periódico de Rouen, en la que se lamentaban de haber sido condenados sin que se les hubiera oído, insistían en la gravedad del acto por el que el gobierno francés iba á quedar subordinado á la Gran Bretaña por un período de diez años, y terminaban manifestando que no les quedaría otro remedio que sufrir las consecuencias desastrosas del tratado ó recurrir á la guerra para romperlo á cañonazos. En aquella época, en que el Imperio estaba en su apogeo, esta temeraria afirmación era de la mayor importancia.

En cambio los agricultores y en especial los propietarios de viñedos se lisonjaban de encontrar en aquel país un mercado donde, gracias á la reducción de las tarifas, tendrían fácil y abundante colocación sus productos. Otro tanto les sucedía á los fabricantes de los llamados artículos de París, de suerte que la lucha entre proteccionistas y librecambistas, que, según dejamos apuntado, aún subsiste sin haber llegado á una solución definitiva, empezó á enconarse.

Esta lucha trascendió, como era de esperar, á las Cámaras, donde tenían asiento varios grandes fabricantes é industriales. Desde el 11 de marzo en que éstas se abrieron, comenzó la oposición al discutirse los proyectos de ley que eran consecuencia del tratado de comercio. Entonces se dió á conocer como proteccionista furibundo un diputado, manufacturero de Rouen, M. Poyer-Quertier, hombre competéntísimo en asuntos financieros y que no cesó de intervenir en los debates á ellos referentes mientras duró el reinado. Mas aparte de los pocos representantes que discutían el asunto en su esencia, la mayoría de los opositores de las Cámaras se fijaron más bien, por un resentimiento disculpable y por espíritu de cuerpo, en que el emperador, al celebrar el tratado, no sólo había prescindido de su cooperación, sino huído de ella. Convenían en que el senadoconsulto de 25 de diciembre de 1852 confería á Napoleón III el derecho de modificar las tarifas, pero se les hacía duro tolerar que, á pesar de ello, no contase para nada con los Cuerpos colegisladores.

Esto no obstante, las diferentes leyes de aplicación se aprobaron sucesivamente por una gran mayoría; pero los debates habían demostrado en las Cáma-

ras una tendencia que el gobierno francés debía tener muy en cuenta; habíase despertado en ellas el espíritu de fiscalización, y á las discusiones sobre cuestiones financieras no tardarían en seguir las relativas á los asuntos políticos.

De todos modos, el emperador había realizado sus dos principales propósitos: iniciar la marcha de la libertad comercial y bienquistarse con Inglaterra



Poyer-Quertier, notable economista

para asegurar el éxito de sus futuros planes de engrandecimiento: es decir, adormecer á aquella potencia al mismo tiempo que hacía creer á Europa en la sinceridad de su política tranquilizadora. Tanto fué así, que el gabinete inglés no sospechó ni remotamente que al celebrar el tratado de comercio había trabajado también á favor de la cesión de Niza y Saboya á Francia, y la reina Victoria escribió indignada cuando quedó enterada del asunto: «Se han burlado de nosotros en toda regla.»

Las complicaciones que dieron lugar á la guerra de China tuvieron su origen en sucesos ocurridos muchos años antes. Sabido es que el Celeste Imperio había tenido constantemente el empeño de aislarse del resto del mundo; pero este propósito no lo pudo realizar tan en absoluto que no penetraran en el país algunos misioneros europeos que predicaron el Evangelio consiguiendo hacer bastantes prosélitos. Tras los misioneros llegaron á sus costas algunos negociantes, y el afán de lucro que trae consigo el comercio hizo que se abriera á Europa un solo puerto, el de Cantón, por más que el gobierno de Pekín, no pudiendo hacer otra cosa, limitara el número de chinos autorizados á tratar con los europeos y procurara causar á éstos toda clase de vejámenes que les obligaran á desistir de sus empresas comerciales.

Esto no obstante, Inglaterra, merced á un contrabando organizado con inteligencia, esparcía por las costas de la China inmensas cantidades de opio, que le producían pingües ganancias, gracias á la vergonzosa pasión que los chinos tenían y tienen á fumar esta substancia. La corte de Pekín, en vista de la extensión que el tráfico adquiría, se decidió á prohibirlo, y el 7 de junio de 1839 el comisario imperial de Cantón, después de cercar las factorías europeas, se apoderó de veinte mil cajas de opio que arrojó al mar. Entonces comenzó entre Inglaterra y China la contienda que se hizo famosa con el nombre de *guerra del opio*.

De esta lucha resultó un tratado celebrado primero entre el Celeste Imperio é Inglaterra y hecho extensivo después á Francia y los Estados Unidos en 1844, y en virtud del cual China desistió por vez primera de su política de aislamiento. El Imperio cedió á la Gran Bretaña la isla de Hong-Kong, y abrió al tráfico otros cuatro puertos, Emuy, Fu-cheu, Ning-po y Shanghai. Francia adquirió el protectorado sobre la Iglesia católica, el cual había dado lugar á muchos conflictos desde la subida al trono del emperador Hienfong, que era enemigo acérrimo de los extranjeros. Ocurrió uno de estos conflictos á principios de 1855 con motivo del horroroso asesinato de un misionero francés, y como por aquel mismo tiempo las autoridades chinas capturaran un barco con bandera inglesa, negándose á devolverlo, y los ingleses bombardearan el puerto de Cantón, siendo este bombardeo causa de que el virrey incendiara las factorías europeas, mu-

chas de las cuales eran francesas, Napoleón III se unió á Inglaterra para castigar á los chinos.

El emperador francés no abrigaba sólo este propósito al unirse á la Gran Bretaña en esta cuestión, sino que tenía otra mira oculta. Inglaterra dominaba en Hon-Kong, Cantón y Shanghai; en todas partes se encontraba, y tenía en la población china de los puertos clientes que no conocían más que á los cónsules ingleses, la bandera inglesa y el idioma inglés. Asociarse á la Gran Bretaña, no tan sólo era ayudarla, sino también contenerla y obligarla á limitar sus ganancias, ó al menos compartirlas con ella.

Una escuadra á las órdenes del almirante Rigault de Genouilly tomó á fines de diciembre de 1857, en unión de la escuadra inglesa, la ciudad de Cantón; pero con esto no quedó vencida la resistencia de los chinos, y no habiendo dado tampoco resultado la mediación de Rusia ni la de los Estados Unidos, los aliados tuvieron que tomar disposiciones más enérgicas. En mayo de 1858 se dirigieron sus escuadras al golfo de Petchili, llegaron á la desembocadura del Pei-ho, destruyeron los fuertes de Taku que la defendían y subieron por aquel río hasta Tientsin, ciudad situada á unas treinta y cinco leguas de la capital. Entonces los chinos, atemorizados, consintieron en capitular, y en 27 de junio de 1858 se firmaron otros tratados en virtud de los cuales se abrieron nuevos puertos al comercio europeo, se declaró libre la navegación del Yan-tse-Kiang, se permitió á los misioneros transitar y predicar libremente por todo el imperio y se estipulaba una indemnización de guerra é importantes reparaciones. La ratificación de este tratado debía hacerse en junio de 1859 en Pekín, donde en adelante debían establecerse embajadas permanentes de Inglaterra, Francia, Rusia y Estados Unidos.

El día fijado, los embajadores de Francia y de Inglaterra, Bourboulón y Bruce, salieron de Shanghai á bordo de una escuadra mandada por el almirante inglés Hope para proceder al cambio de las ratificaciones del tratado; pero al llegar á la desembocadura del Pei-ho la encontraron interceptada; y los cañones de los fuertes chinos reconstruidos de Taku impidieron la entrada de los buques, si bien el gobierno chino envió un mensaje ambiguo á los plenipotenciarios diciendo que estaba dispuesto á dejarlos pasar siempre que lo hicieran por otro camino. Considerada esta pretensión como un ultraje, el almirante Hope mandó hacer fuego contra los fuertes, y el 25 de junio desembarcó sus fuerzas y mandó dar el asalto; pero sus tropas, cogidas entre los fuegos cruzados de las baterías chinas y empantanadas en aquellos terrenos fangosos, tuvieron que replegarse á los buques á pesar de sus heroicos esfuerzos. En este lance los ingleses perdieron cuatrocientos treinta hombres y quince los franceses, el mismo almirante Hope salió herido y la escuadra tuvo que retirarse á Shanghai. Por una curiosa coincidencia se trabó este combate al día siguiente de la victoria de Solferino. El ultraje no podía quedar impune.

Napoleón III tuvo noticia de este descalabro en el mes de septiembre ha-

lándose en Biarritz. Comprendió que exigía una pronta y ejemplar venganza, tanto más cuanto que el gobierno chino se negaba á dar toda satisfacción; pues en Pekín dominaban las corrientes belicosas, fomentadas por Sang ko-lin-sin, jefe del partido de la guerra y el mejor de los generales del Celeste Imperio. A pesar de una ligera vacilación por parte de Inglaterra, el gobierno francés y el de esta última potencia llegaron á ponerse de acuerdo y organizaron una expedición compuesta de ocho mil franceses y doce mil ingleses, provista de todo lo necesario para una campaña en aquellas remotas latitudes. Los franceses se creían entonces invencibles; tenían la pasión del peligro y de la gloria; por eso cuando el ministro de la Guerra dirigió á los jefes de los cuerpos una circular abriendo en ellos una recluta voluntaria, se presentaron más oficiales y soldados de los que era menester. La Gran Bretaña sacó su gente de la que tenía en la colonia del Cabo y en sus provincias del Indostán. Napoleón quería confiar el mando de sus tropas al general Trochu, que se había distinguido notablemente en la campaña de Italia; pero como no aceptase el cargo, se designó por indicación del general Fleury al general Cousin de Montaubán, antiguo militar de Africa, que á pesar de sus sesenta y tres años estaba aún dotado de la energía y capacidad necesarias para tan arriesgada empresa, y al cual se dieron toda clase de facultades, no sólo las militares, sino también las diplomáticas y las que tenían relación con la marina. Los ingleses confiaron el mando de su cuerpo expedicionario al general Hope Grant, militar envejecido en el servicio de las colonias; pero en la dirección de la empresa ejerció la principal influencia lord Elgin, embajador británico en China, personaje altanero, aunque cortés, activo, tan absoluto como resuelto y tan propenso á intervenir en los asuntos diplomáticos como en los militares.

A principios de diciembre de 1859 comenzó en Tolón el embarque de las tropas francesas; pero no estando aún por entonces abierto el canal de Suez, la expedición tuvo que hacer la travesía dando la vuelta entera al Africa, y como invirtió en ella cinco meses, llegó el mes de abril antes que aquélla pudiera desembarcar cerca de Wusong, en la proximidad de Shanghai, y ocupar la isla de Chusán. El general Montaubán se había anticipado pasando á China por la vía del istmo de Suez, é instalado en Shanghai, se ocupaba activamente en la preparación de la guerra.

Tres días antes de la llegada de la expedición francesa á China, los representantes de las potencias aliadas, Bourboulón y Bruce, dirigieron al gobierno de Pekín un ultimátum en que se exigían satisfacciones formales por el último ataque delante de los fuertes del Pei-ho; reclamaban una indemnización de guerra y estipulaban que se habían de canjear en Pekín las ratificaciones de la paz. La respuesta no se hizo esperar: consistía en una rotunda negativa á toda avenencia. En su consecuencia, el ejército aliado, fuerte de diez y ocho mil hombres, fué conducido á principios de junio de 1860 á Che-fu, en el golfo de Petchili, para desde allí emprender las operaciones contra los fuertes de Taku.



BATALLA DE PAILICIAO

Con los generales tomaron pasaje los dos embajadores, el de Francia, barón Gros, y el de Inglaterra, lord Elgin, ambos recién llegados de Europa, el primero inclinado á limitar la empresa más bien que á llevarla á su último extremo; el segundo, soñando con soberanías, conquistas y adquisiciones de territorio.

La lentitud con que llegó el material de guerra retrasó las operaciones hasta el 30 de julio, y aun entonces los progresos de los aliados fueron muy lentos; pero el 21 de agosto se pudo dar por fin el asalto á los fuertes de Taku, que eran cuatro, dos en cada orilla del río, y aunque los chinos habían levantado en ellos importantes defensas, abierto fosos y construido empalizadas, sólo opusieron resistencia en uno, cediendo por fin al empuje de los expedicionarios, quienes les hicieron gran número de muertos, así como cuatro mil prisioneros, y se apoderaron de quinientos diez y ocho cañones á costa de unas cuatrocientas bajas entre muertos, heridos y contusos.

Entonces renunciaron los chinos á la defensa del camino de Tientsin y de esta misma ciudad, en la cual entraron los aliados el 24 de agosto, siendo favorablemente acogidos por los habitantes. El gobierno de Pekín destituyó al general Sang-ko-lin sin, y envió á Tientsin un representante, el ministro Kwei-liang, para entablar negociaciones á fin de «establecer las bases de una paz eterna.» Estas negociaciones marcharon muy bien en un principio; pero en realidad lo que querían los chinos, con su doblez habitual, era ganar tiempo para atacar á los aliados con fuerzas superiores. La partida inesperada y secreta del enviado chino abrió á éstos los ojos, que emprendieron inmediatamente la marcha con ocho mil hombres desde Tientsin á Pekín, dejando en la primera de estas ciudades una fuerte guarnición; antes de llegar á Tung-chao se presentaron otros dos comisionados chinos para reanudar las interrumpidas negociaciones; mas por lo que después se vió, con la misma mala fe de costumbre. La confianza de los europeos fué causa de que cayeran en una emboscada el intérprete M. Parkes y otros varios oficiales y soldados que se llevaron prisioneros los chinos.

Éstos, envalentonados por disponer de un numeroso ejército tártaro que habían logrado reunir durante las conferencias, se prometían exterminar á los europeos; pero la disciplina, el empuje y la precisión de los aliados en los disparos y en los movimientos lograron sobre aquellas masas confusas en Tchang-kia-uang una victoria que las desconcertó, huyendo precipitadamente para tomar nuevas posiciones cerca de Tung-chao y cubrir así el camino de Pekín.

El ejército aliado prosiguió su marcha de avance hasta encontrar otra vez al enemigo. Al amanecer del 21 de septiembre los franceses levantaron su campamento, y los ingleses un poco más tarde. Los primeros debían marchar directamente sobre Palikiao; los segundos, extendiéndose por la izquierda, llegar á un puente de madera situado más arriba, atravesarle y caer sobre el enemigo cogiéndole por su flanco. Los franceses encontraron pronto los primeros exploradores chinos y los obligaron á replegarse. Entonces se desplegó ante ellos toda

la caballería tártara formando un inmenso arco de círculo. Aquellas masas enormes trataron de romper muchas veces las filas francesas, pero sus esfuerzos se estrellaron siempre contra la tranquila energía de la infantería que aguardaba á pie firme á sus adversarios y los acribillaba á balazos mientras la artillería les dirigía certeros disparos. Después de muchos movimientos ofensivos, los escuadrones enemigos escarmentados acabaron por desaparecer. Dueños los europeos del terreno, corrieron hacia el puente de Palikiao donde los chinos habían reunido su mejor infantería. En medio de los soldados tártaros se veían algunos altos personajes ricamente vestidos agitando banderas bordadas de oro, y que con un valor digno de mejor suerte avanzaron tres ó cuatro veces hacia el puente para animar á sus tropas á rechazar la acometida de los franceses. Uno tras otro fueron cayendo abrazados á sus banderas, mientras sus soldados, ya en parte desbandados, retrocedían más allá del canal, se diseminaban por todas partes y huían en dirección de Pekín.

Tal fué la victoria de Palikiao, que valió al general Montaubán el título de conde, y que se adquirió á costa de escasas pérdidas. En el parte que dió este general al ministro de la Guerra calculaba en cuarenta á sesenta mil el número de los enemigos, y añadía: «Todo esto es tan extraño, que para formarse idea de nuestros triunfos hay que remontarse á la más alta antigüedad y recordar las victorias constantes de unos cuantos puñados de soldados romanos sobre las hordas bárbaras.»

Nuevamente pretendieron los chinos ganar tiempo para rehacerse, enviando al campamento anglo-francés al propio hermano del emperador, el príncipe Kong, con objeto de reanudar las negociaciones; los aliados le dieron oídos en un principio, pero exigiendo que ante todo se les habían de devolver los prisioneros que los chinos se habían llevado en rehenes, exigencia á la que Kong contestó con evasivas y subterfugios que demostraban una vez más la mala fe con que en los tratos se procedía, en vista de lo cual franceses é ingleses, repuestos de municiones y de víveres y en número de nueve á diez mil hombres, prosiguieron el 5 de octubre su movimiento de avance, y sabiendo que el enemigo se había replegado hacia Yuen-nim-yuen, lugar célebre situado á pocos kilómetros al NO. de Pekín y en donde se hallaba el Palacio de verano del emperador, hacia allí se encaminaron.

No encontraron al enemigo; en cambio disfrutaron de un espectáculo digno de las *Mil y una noches*. El llamado Palacio de verano no era en realidad un solo edificio, sino una serie de palacios de diferentes dimensiones, kioscos, pagodas, jardines, lagos, etc. Las tropas francesas penetraron allí con las mayores precauciones, temerosas de una asechanza, pero no encontraron ni un chino armado. En breve los tesoros de la suntuosa residencia atrajeron las miradas con preferencia á todo. «Todos los donativos voluntarios de los súbditos agradecidos, dice P. de la Gorce en su *Historia del Segundo Imperio*, todos los rescates de los vasallos culpables, todos los presentes de los príncipes tributarios deseosos

Con los generales tomaron pasaje los dos embajadores, el de Francia, barón Gros, y el de Inglaterra, lord Elgin, ambos recién llegados de Europa, el primero inclinado á limitar la empresa más bien que á llevarla á su último extremo; el segundo, soñando con soberanías, conquistas y adquisiciones de territorio.

La lentitud con que llegó el material de guerra retrasó las operaciones hasta el 30 de julio, y aun entonces los progresos de los aliados fueron muy lentos; pero el 21 de agosto se pudo dar por fin el asalto á los fuertes de Taku, que eran cuatro, dos en cada orilla del río, y aunque los chinos habían levantado en ellos importantes defensas, abierto fosos y construido empalizadas, sólo opusieron resistencia en uno, cediendo por fin al empuje de los expedicionarios, quienes les hicieron gran número de muertos, así como cuatro mil prisioneros, y se apoderaron de quinientos diez y ocho cañones á costa de unas cuatrocientas bajas entre muertos, heridos y contusos.

Entonces renunciaron los chinos á la defensa del camino de Tientsin y de esta misma ciudad, en la cual entraron los aliados el 24 de agosto, siendo favorablemente acogidos por los habitantes. El gobierno de Pekín destituyó al general Sang-ko-lin-sin, y envió á Tientsin un representante, el ministro Kwei-liang, para entablar negociaciones á fin de «establecer las bases de una paz eterna.» Estas negociaciones marcharon muy bien en un principio; pero en realidad lo que querían los chinos, con su doblez habitual, era ganar tiempo para atacar á los aliados con fuerzas superiores. La partida inesperada y secreta del enviado chino abrió á éstos los ojos, que emprendieron inmediatamente la marcha con ocho mil hombres desde Tientsin á Pekín, dejando en la primera de estas ciudades una fuerte guarnición; antes de llegar á Tung-chao se presentaron otros dos comisionados chinos para reanudar las interrumpidas negociaciones; mas por lo que después se vió, con la misma mala fe de costumbre. La confianza de los europeos fué causa de que cayeran en una emboscada el intérprete M. Parkes y otros varios oficiales y soldados que se llevaron prisioneros los chinos.

Éstos, envalentonados por disponer de un numeroso ejército tártaro que habían logrado reunir durante las conferencias, se prometían exterminar á los europeos; pero la disciplina, el empuje y la precisión de los aliados en los disparos y en los movimientos lograron sobre aquellas masas confusas en Tchang-kia-uang una victoria que las desconcertó, huyendo precipitadamente para tomar nuevas posiciones cerca de Tung-chao y cubrir así el camino de Pekín.

El ejército aliado prosiguió su marcha de avance hasta encontrar otra vez al enemigo. Al amanecer del 21 de septiembre los franceses levantaron su campamento, y los ingleses un poco más tarde. Los primeros debían marchar directamente sobre Palikiao; los segundos, extendiéndose por la izquierda, llegar á un puente de madera situado más arriba, atravesarle y caer sobre el enemigo cogiéndole por su flanco. Los franceses encontraron pronto los primeros exploradores chinos y los obligaron á replegarse. Entonces se desplegó ante ellos toda

la caballería tártara formando un inmenso arco de círculo. Aquellas masas enormes trataron de romper muchas veces las filas francesas, pero sus esfuerzos se estrellaron siempre contra la tranquila energía de la infantería que aguardaba á pie firme á sus adversarios y los acribillaba á balazos mientras la artillería les dirigía certeros disparos. Después de muchos movimientos ofensivos, los escuadrones enemigos escarmentados acabaron por desaparecer. Dueños los europeos del terreno, corrieron hacia el puente de Palikiao donde los chinos habían reunido su mejor infantería. En medio de los soldados tártaros se veían algunos altos personajes ricamente vestidos agitando banderas bordadas de oro, y que con un valor digno de mejor suerte avanzaron tres ó cuatro veces hacia el puente para animar á sus tropas á rechazar la acometida de los franceses. Uno tras otro fueron cayendo abrazados á sus banderas, mientras sus soldados, ya en parte desbandados, retrocedían más allá del canal, se diseminaban por todas partes y huían en dirección de Pekín.

Tal fué la victoria de Palikiao, que valió al general Montaubán el título de conde, y que se adquirió á costa de escasas pérdidas. En el parte que dió este general al ministro de la Guerra calculaba en cuarenta á sesenta mil el número de los enemigos, y añadía: «Todo esto es tan extraño, que para formarse idea de nuestros triunfos hay que remontarse á la más alta antigüedad y recordar las victorias constantes de unos cuantos puñados de soldados romanos sobre las hordas bárbaras.»

Nuevamente pretendieron los chinos ganar tiempo para rehacerse, enviando al campamento anglo-francés al propio hermano del emperador, el príncipe Kong, con objeto de reanudar las negociaciones; los aliados le dieron oídos en un principio, pero exigiendo que ante todo se les habían de devolver los prisioneros que los chinos se habían llevado en rehenes, exigencia á la que Kong contestó con evasivas y subterfugios que demostraban una vez más la mala fe con que en los tratos se procedía, en vista de lo cual franceses é ingleses, repuestos de municiones y de víveres y en número de nueve á diez mil hombres, prosiguieron el 5 de octubre su movimiento de avance, y sabiendo que el enemigo se había replegado hacia Yuen-nim-yuen, lugar célebre situado á pocos kilómetros al NO. de Pekín y en donde se hallaba el Palacio de verano del emperador, hacia allí se encaminaron.

No encontraron al enemigo; en cambio disfrutaron de un espectáculo digno de las *Mil y una noches*. El llamado Palacio de verano no era en realidad un solo edificio, sino una serie de palacios de diferentes dimensiones, kioscos, pagodas, jardines, lagos, etc. Las tropas francesas penetraron allí con las mayores precauciones, temerosas de una asechanza, pero no encontraron ni un chino armado. En breve los tesoros de la suntuosa residencia atrajeron las miradas con preferencia á todo. «Todos los donativos voluntarios de los súbditos agradecidos, dice P. de la Gorce en su *Historia del Segundo Imperio*, todos los rescates de los vasallos culpables, todos los presentes de los príncipes tributarios deseosos

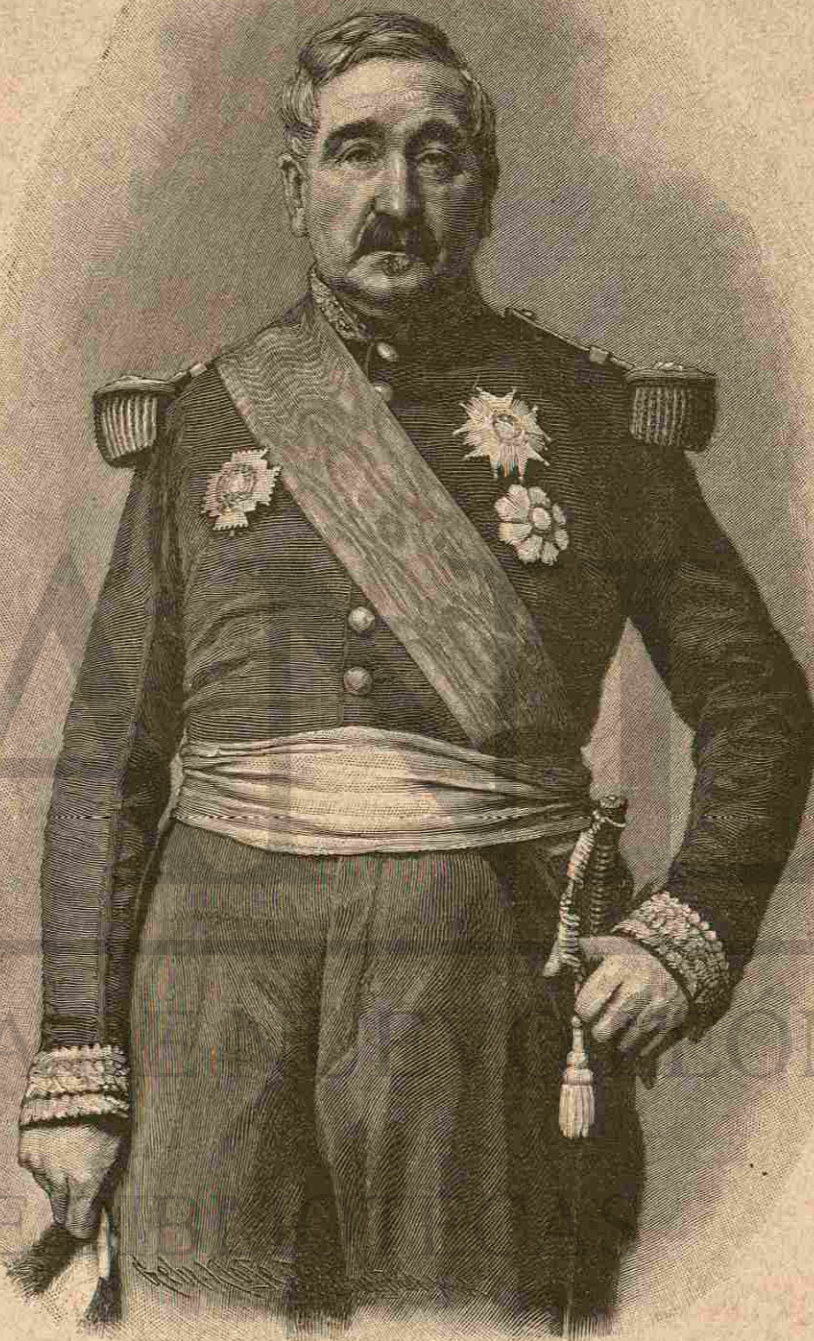


de granjearse el favor de su señor ó de recobrarlo, todo el producto de las confiscaciones de muchos siglos, todo esto se había ido acumulando en aquel sitio desde tiempo inmemorial. Lo mismo en las salas de ceremonias que en los más íntimos rincones se aglomeraban, en montones extraordinarios, los objetos de oro y de plata, las sederías bordadas y lisas, los cristales, las porcelanas, las pedererías. La misma confusión de tantas riquezas se echaba de ver en la indiferencia con que estaban colocadas... Con frecuencia la labor del artífice ó del joyero excedía en valor al de la primera materia: candelabros, pebeteros, animales fabulosos, divinidades de oro macizo, todo estaba esculpido, labrado, cincelado con un arte tan refinado que causaba estupor más bien que admiración; eran caprichos, á la vez prodigiosos y pueriles...» A las pocas horas los exploradores del palacio regresaron al campamento deslumbrados y haciéndose lenguas de tantas maravillas como habían visto.

Esto excitó la codicia del ejército aliado; pero el general Montaubán organizó un servicio de vigilancia para que nadie pudiera penetrar en el palacio sin un pase. En los primeros momentos prevalecieron las reglas de la disciplina y los generales francés é inglés pudieron retirar de aquel recinto los objetos más preciosos para sus respectivos monarcas; luego sacaron otros para sí y para los jefes principales, reservándose los lingotes de oro y plata para distribuir su valor entre el ejército. Pero á los soldados no les bastaba esto; juzgaban propias tantas magnificencias como adquiridas á costa de su sangre y de sus fatigas: faltaba sólo un pretexto para entregarse al saqueo del Palacio de verano, y el pretexto se encontró. Circuló el rumor de que los chinos de las cercanías habían invadido el parque, aplicado escalas á los muros del palacio y comenzado el pillaje por su propia cuenta. Entonces ya no fué posible contener á los soldados, que invadieron por todas partes la residencia imperial y se apoderaron de cuantas riquezas encontraron á mano, saliendo todos literalmente cargados de valioso botín. Era tal la abundancia de éste, que los tenía perplejos y á veces vacilaban y arrojaban los objetos de que se habían ya apoderado para acudir en busca de otros que les parecían mejores.

Si en aquellos momentos el ejército chino hubiera tenido mejor organización, fácil hubiera sido sorprender á los aliados y destruirlos por completo, tan desbandados estaban; pero las tropas tártaras habían desaparecido, y los europeos, hartos ya de saqueo, deseosos de rescatar á los prisioneros y de terminar la campaña de una vez con un golpe atrevido, se pusieron en marcha sobre Pekín, ante cuyos muros llegaron el 12 de octubre, intimando á sus autoridades la entrega de la ciudad. Los chinos accedieron á que dos fuertes destacamentos sacados de los ejércitos francés é inglés ocuparan una de las puertas de la ciudad, mientras se ajustaba definitivamente la paz; mas con su falacia habitual comenzaron á dar largas al asunto, dando justificados motivos para recelar alguna superchería por su parte.

Entonces el embajador inglés lord Elgin, que desde el principio de la cam-



EL GENERAL MONTAUBÁN, CONDE DE PALIKIAO

paña venía protestando contra la política de mesura y consideraciones que aconsejaba el embajador francés barón Gros, juzgó necesario amedrentar al príncipe Kong y demás autoridades chinas con un violento golpe de audacia, con tanto mayor motivo cuanto que se adquirieron pruebas de que algunos de los prisioneros habían sido bárbaramente inmolados. En su consecuencia dió orden á sus tropas de entregar á las llamas todos los edificios que componían el Palacio de verano, junto con las magnificencias que no se habían podido llevar los soldados, orden que se cumplió con rigurosa exactitud, y en la tarde del 18 de octubre todas aquellas maravillas fueron consumidas por un voraz incendio.

El resultado de esta asoladora determinación justificó la idea que la había aconsejado. Desde aquel momento las negociaciones para la paz se hicieron rápidamente, y quedó firmada en Pekín el 25 de octubre de 1860 por el príncipe Kong, lord Elgin y el barón Gros. En el tratado de paz quedaron confirmadas las concesiones del celebrado en Tientsin el 27 de junio de 1858 y se añadieron otros artículos contenidos en un acta separada. En ellos se estipulaba la completa igualdad de relaciones entre el Celeste Imperio y las demás potencias europeas, se abrían otros seis puertos al comercio, se establecía la protección de los súbditos ingleses y franceses que quisieran habitar en China, se autorizaba el libre ejercicio de la religión católica y la propaganda de los misioneros y se prometía una indemnización de guerra de ocho millones de taels.

Firmada la paz, las tropas francesas comenzaron su movimiento de retirada el 1.º de noviembre, y las inglesas cinco días después. Al cabo de algunos meses desembarcaron las primeras en Marsella, donde se las hizo excelente acogida; pero fuerza es confesar que el resultado de esta campaña no entusiasmó en general al público francés, tal vez por haberse realizado á tan inmensa distancia y no haber podido sentir la impresión inmediata de sus peripecias, tal vez, y esta era la razón más evidente, porque se recelaba que el principal provecho de ella fuese para la Gran Bretaña.

## IV

## LAS ANEXIONES ITALIANAS

Los preliminares de la paz de Villafranca habían quedado sin entero cumplimiento, á pesar de haber sido ratificados en 10 de noviembre de 1859 por la paz definitiva hecha en las conferencias de Zurich. Por una parte, Napoleón III trataba de desligarse honrosamente de los compromisos contraídos, hallando facilidades para ello en la actitud de Inglaterra, la cual proponía, entre otras cosas, que Francia y Austria no intervinieran en adelante en los asuntos interiores de Italia, á menos de contar con el asenso unánime de las demás potencias. Por otra parte, aunque el gobierno piemontés llamó á los comisarios que habían gobernado durante la guerra los países sublevados, no hizo gran oposición á que algunos, como Farini en Módena y Parma, y Ricasoli en Toscana, se erigieran en dictadores para preparar la anexión al Piamonte. Por último, el nombramiento de Thouvenel en reemplazo de Walewski como ministro de Negocios extranjeros de Francia y la vuelta de Cavour al poder acabaron de precipitar los sucesos que se desarrollaron en 1860 en toda Italia.

En todas las provincias del Centro y Norte de esta península se había trabajado con afán para conseguir de la población su decidida resolución de agregarse á la monarquía piemontesa y de organizar la defensa contra un probable ataque de las dinastías expulsadas, y en el tomo anterior dejamos consignado que Toscana, en donde el partido autonomista había menguado mucho, eligió una asamblea nacional que el 20 de agosto de 1859 votó la definitiva expulsión de los príncipes de la dinastía lorenesa y la anexión del país al Piamonte. La asamblea nacional de Módena decretó el mismo día la exclusión de la casa de Lorena y al siguiente declaró por unanimidad la unión del país con los demás dominios de la casa de Saboya. En Parma se había decidido ya por un plebiscito, por sesenta y tres mil votos contra quinientos, el destronamiento de la casa de Borbón y la anexión al Piamonte, decisión confirmada en 14 de septiembre por la asamblea nacional, y una semana antes habían tomado igual resolución los habitantes de las Romañas.

Para apoyar estas decisiones, organizáronse militarmente dichos países, y Ricasoli, que mandaba en Toscana, llamó el contingente de este ducado que formaba parte del ejército piemontés en Lombardía, confiando su mando á Garibaldi: Toscana y Módena firmaron una alianza militar, en la que entraron lue-

paña venía protestando contra la política de mesura y consideraciones que aconsejaba el embajador francés barón Gros, juzgó necesario amedrentar al príncipe Kong y demás autoridades chinas con un violento golpe de audacia, con tanto mayor motivo cuanto que se adquirieron pruebas de que algunos de los prisioneros habían sido bárbaramente inmolados. En su consecuencia dió orden á sus tropas de entregar á las llamas todos los edificios que componían el Palacio de verano, junto con las magnificencias que no se habían podido llevar los soldados, orden que se cumplió con rigurosa exactitud, y en la tarde del 18 de octubre todas aquellas maravillas fueron consumidas por un voraz incendio.

El resultado de esta asoladora determinación justificó la idea que la había aconsejado. Desde aquel momento las negociaciones para la paz se hicieron rápidamente, y quedó firmada en Pekín el 25 de octubre de 1860 por el príncipe Kong, lord Elgin y el barón Gros. En el tratado de paz quedaron confirmadas las concesiones del celebrado en Tientsin el 27 de junio de 1858 y se añadieron otros artículos contenidos en un acta separada. En ellos se estipulaba la completa igualdad de relaciones entre el Celeste Imperio y las demás potencias europeas, se abrían otros seis puertos al comercio, se establecía la protección de los súbditos ingleses y franceses que quisieran habitar en China, se autorizaba el libre ejercicio de la religión católica y la propaganda de los misioneros y se prometía una indemnización de guerra de ocho millones de taels.

Firmada la paz, las tropas francesas comenzaron su movimiento de retirada el 1.º de noviembre, y las inglesas cinco días después. Al cabo de algunos meses desembarcaron las primeras en Marsella, donde se las hizo excelente acogida; pero fuerza es confesar que el resultado de esta campaña no entusiasmó en general al público francés, tal vez por haberse realizado á tan inmensa distancia y no haber podido sentir la impresión inmediata de sus peripecias, tal vez, y esta era la razón más evidente, porque se recelaba que el principal provecho de ella fuese para la Gran Bretaña.

## IV

## LAS ANEXIONES ITALIANAS

Los preliminares de la paz de Villafranca habían quedado sin entero cumplimiento, á pesar de haber sido ratificados en 10 de noviembre de 1859 por la paz definitiva hecha en las conferencias de Zurich. Por una parte, Napoleón III trataba de desligarse honrosamente de los compromisos contraídos, hallando facilidades para ello en la actitud de Inglaterra, la cual proponía, entre otras cosas, que Francia y Austria no intervinieran en adelante en los asuntos interiores de Italia, á menos de contar con el asenso unánime de las demás potencias. Por otra parte, aunque el gobierno piemontés llamó á los comisarios que habían gobernado durante la guerra los países sublevados, no hizo gran oposición á que algunos, como Farini en Módena y Parma, y Ricasoli en Toscana, se erigieran en dictadores para preparar la anexión al Piamonte. Por último, el nombramiento de Thouvenel en reemplazo de Walewski como ministro de Negocios extranjeros de Francia y la vuelta de Cavour al poder acabaron de precipitar los sucesos que se desarrollaron en 1860 en toda Italia.

En todas las provincias del Centro y Norte de esta península se había trabajado con afán para conseguir de la población su decidida resolución de agregarse á la monarquía piemontesa y de organizar la defensa contra un probable ataque de las dinastías expulsadas, y en el tomo anterior dejamos consignado que Toscana, en donde el partido autonomista había menguado mucho, eligió una asamblea nacional que el 20 de agosto de 1859 votó la definitiva expulsión de los príncipes de la dinastía lorenesa y la anexión del país al Piamonte. La asamblea nacional de Módena decretó el mismo día la exclusión de la casa de Lorena y al siguiente declaró por unanimidad la unión del país con los demás dominios de la casa de Saboya. En Parma se había decidido ya por un plebiscito, por sesenta y tres mil votos contra quinientos, el destronamiento de la casa de Borbón y la anexión al Piamonte, decisión confirmada en 14 de septiembre por la asamblea nacional, y una semana antes habían tomado igual resolución los habitantes de las Romañas.

Para apoyar estas decisiones, organizáronse militarmente dichos países, y Ricasoli, que mandaba en Toscana, llamó el contingente de este ducado que formaba parte del ejército piemontés en Lombardía, confiando su mando á Garibaldi: Toscana y Módena firmaron una alianza militar, en la que entraron lue-

go Parma y las Romañas, que debían aprontar respectivamente diez mil y siete mil hombres, y los ducados cada uno cuatro mil. Al frente de estas tropas se puso el general Manfredo Fanti, natural de Módena, que después de haber adquirido experiencia en la guerra carlista de España, entró en 1848 en el ejército piomontés y era un organizador excelente. El nombramiento de este general para mandar en jefe dichas fuerzas debió molestar á Garibaldi que tenía ciertas miras sobre ellas, y renunció á su puesto, aceptando algún tiempo después el que el rey le confió como organizador de la guardia nacional de Lombardía.

En tal estado las cosas, uno de los primeros cuidados de Cavour fué estrechar de tal modo la alianza del Piamonte con Inglaterra, que Francia se viera arrastrada á ceder en sus proposiciones de arreglo de los Estados de la península italiana, so pena de ver pasar á Londres todo el agradecimiento de este pueblo. Las relaciones con sir James Hudson, ministro británico en Turín, eran por aquella época muy íntimas y lo fueron más aún. Hacía ya años que se habían entablado inteligencias con la prensa inglesa; nada se descuidó para estimular esta benevolencia, y los periódicos de la City encomiaron más que nunca la prudencia piomontesa. El representante de Cerdeña en Londres, marqués de Azeglio, estaba unido á lord Pálmerston con antiguos vínculos de amistad, la cual, hábilmente conducida, hizo más cordiales las relaciones oficiales. Lord John Russell, jefe del *Foreign office*, había formulado á mediados de enero una proposición que equivalía al reconocimiento de los hechos consumados. Según este proyecto, Francia y Austria se comprometerían á no intervenir en los asuntos de Italia; el emperador Napoleón se entendería con el Papa para evacuar en breve plazo los Estados romanos; y en cuanto á los pueblos de la Italia central, serían llamados á emitir por medio de sus asambleas un nuevo voto sobre sus destinos futuros, y si este nuevo voto era semejante al primero, no se opondría ningún obstáculo á la realización de sus deseos y Europa sancionaría lo que la voluntad popular había proclamado dos veces. El 16 de enero se sometió esta combinación al gobierno francés, es decir, cuatro días antes de encargarse nuevamente Cavour del ministerio piomontés. ¿Qué podía objetar el gabinete de las Tullerías á este plan? Acceder á él equivaldría á concederlo todo; oponerse sería causar á Italia tal disgusto que se olvidaría todo, hasta la sangre vertida en Solferino.

Preparadas así las cosas, Cavour pudo creerse bastante fuerte para arrancar al emperador la suprema ratificación. Quiso ir en persona á París con tal objeto, pero habiéndosele opuesto serias objeciones, envió á uno de sus discípulos, verdadero *alter ego*, bastante joven y sobrado modesto para obedecerle ciegamente, el caballero Nigra; pero temeroso de que la juventud de este enviado pudiera perjudicar al éxito de las negociaciones, el ministro sardo comisionó con el mismo objeto á Arese, que como antiguo é íntimo amigo del emperador, ejercía gran influencia en su ánimo. Sus instrucciones le prescribían combatir y allanar los últimos obstáculos opuestos á las anexiones; pero su misión tenía además otro objeto. Hacía algún tiempo que se hablaba mucho de una cesión territorial

que sería para el gobierno francés la indemnización de sus complacencias y serviría de contrapeso á las indemnizaciones del Piamonte. Para que el resultado fuese satisfactorio, importaba disminuir en lo posible el sacrificio y aplazarlo hasta después de las anexiones, y ¿quién mejor que Arese podría conseguir del emperador que redujera sus exigencias?

Poco después de su llegada, el conde Arese fué recibido por el ministro de Negocios extranjeros. Arese fué breve en sus manifestaciones. Thouvenel for-



El general Manfredo Fanti

muló entonces, no las voluntades, sino los deseos, los votos, los consejos del gobierno francés. Concedía al Piamonte la soberanía de los ducados; cedía también en cuanto á las Romañas, con la única reserva de un tributo pagado á la Santa Sede: era la combinación del vicariato otorgado al Papa, poco alarmante para Cavour y que sin duda se frustraría por la negativa del Padre Santo á aceptarlo. Por lo que hacía á Toscana, nadie pensaba ya como antes en devolverla á sus archiduques ó en convertirla en patrimonio del joven duque de Parma. Sin embargo, no debería anexionarse á Cerdeña, sino formar un reino separado bajo el cetro de un príncipe de la casa de Saboya. Decía Thouvenel que si el rey Víctor Manuel aceptaba este plan, podía contar con el apoyo más eficaz del emperador; pero si lo rechazaba y persistía en reunir bajo su cetro las provincias

toscanas, no por eso se entendería rota la alianza franco sarda, pero Cerdeña debería obrar por su cuenta y riesgo y sin ninguna garantía de Francia.

En rigor, este lenguaje era singularmente benévolo; se trataba de un simple aviso, que se podría infringir sin menoscabo de la antigua amistad. Sin embargo, Arese esperaba más aún, porque había llegado á París con una impresión entonces dominante en Turín, la de que Francia se apropiaba sin reserva las proposiciones inglesas. Inmediatamente anunció á Cavour el último esfuerzo hecho por el gobierno francés en favor de la autonomía toscana, y con más ironía que recelo añadía: «Dentro de tres ó cuatro días Thouvenel enviará á V. E. una especie de *ultimatum de agua de rosas*.»

Cavour estaba en Milán cuando recibió el despacho de Arese. Llegado á este punto de su fortuna, no quería ni podía retroceder, y telegrafió á Ricasoli á Florencia: «Cuenta usted con mi abnegación y en caso necesario con mi audacia.» Y al marqués de Azeglio: «Antes que abandonar la Toscana, antes que aceptar una nueva conferencia sobre los asuntos de Italia, pedimos que se nos deje solos componérmolas con Austria.» Al mismo tiempo, en una larga carta dirigida á Arese, le exhortó á valerse de todos los privilegios de la amistad para que el emperador levantara aquella especie de *velo in extremis* opuesto á las ambiciones sardas. Ponderó los deseos del pueblo toscano; representó el estado avanzado de las cosas que no permitían ya retroceder, y con un calor de expresión que no le era habitual, Cavour encomió el agradecimiento italiano. «¿Qué fuerza, decía, no podrá encontrar el emperador en el apoyo entusiasta de un pueblo que, unido al francés, formará una masa compacta de cincuenta millones de hombres?»

El 20 de febrero, Arese celebró dos entrevistas con el emperador y con M. de Thouvenel. La contestación fué la misma. El gobierno francés cedía en todo, excepto en lo referente á Toscana. Aun con respecto á Florencia sus deseos eran modestos, pues consistían en sustituir á la dominación directa del rey de Cerdeña la de un príncipe de la casa de Saboya, y aun se dejó entender que habría reversibilidad; de esta suerte la idea de la anexión quedaba simplemente aplazada en vez de desechada para siempre. El deseo era modesto, y además no excedía del alcance de un buen consejo; la única condición era que Francia no emprendiera una nueva guerra en favor de ambiciones que en adelante juzgaría excesivas. Cuatro días después un despacho de M. de Thouvenel á M. de Talleyrand resumió en estilo oficial las últimas y débiles resistencias de la corte de las Tullerías. Era el *ultimatum de agua de rosas* que había anunciado el conde Arese.

Cavour había arrostrado otros muchos *ultimatum*, y la pequeña agitación que causaba la suerte de Toscana no era á sus ojos más que el postrer remolino de la tempestad cuyas olas había enseñoreado. Su respuesta, formulada el 1.º de marzo, fué una negativa á limitar los engrandecimientos de Cerdeña.

El día mismo en que llegaba este despacho á París, el duque de Gramon



EL MARQUÉS MÁXIMO DE AZEGLIO  
Representante de Cerdeña en Londres

tenía en Roma una larga conferencia con el cardenal Antonelli, secretario de Estado del Padre Santo, en la cual se esforzó en vano por hacer aceptar á la Santa Sede la idea del vicariato.

Resultado: que la política francesa tropezaba al mismo tiempo con una doble negativa: la del fuerte, que confiando en adelante en su fuerza, se sacude de la mano que lo había sostenido, y la del débil, que prefería su debilidad al recurso precario de una transacción.

Con su actividad característica, Cavour vió á Farini, gobernador de la Emilia (nombre que se dió desde 1.º de enero á la reunión de Parma, Módena y la Romana), y se puso de acuerdo con Ricasoli, dictador de Toscana. «Es menester, le dijo, que todo esté concluído para el 15 de marzo.» La respuesta á los avisos de Francia fué la convocatoria, en los cuatro Estados de la Italia central, de los electores llamados por segunda vez á decidir de su suerte. Como se había puesto en duda la sinceridad del primer escrutinio, se resolvió que esta vez la votación sería universal.

En la Emilia, el resultado de la votación estaba previsto de antemano. La unión con Cerdeña existía de hecho, y cuantos decretos se habían promulgado hacía muchos meses no tuvieron más objeto que afirmarla. El Piamonte tenía en todas partes sus agentes, de suerte que la votación sería dirigida por los mismos que debían aprovecharse de ella. El resultado fué que de 426.000 electores, sólo 750 votaron contra la anexión al Piamonte.

En Toscana, donde la unanimidad no era tanta, comenzó la votación el 11 de marzo y duró hasta el 15. De 386.445 electores, 14.925 votaron por un reino separado, hubo 4.929 votos nulos, y el resto ó sea 366.571 se decidieron por la anexión á Cerdeña.

El 18 de marzo llegó Farini á Turin, y entregó á Víctor Manuel el acta de la votación de la Emilia. El rey aceptó con efusión este magnífico homenaje y exclamó: «En adelante llamaré á esos pueblos mis pueblos.» Haciendo luego alusión á las Romanas, añadió que estaba dispuesto á reconocer la alta soberanía del Padre Santo, á defender su independencia y á contribuir al brillo de su corte. Cuatro días después Ricasoli presentó al rey el acta de la votación de Toscana, que el monarca aceptó sin reserva, disponiendo que el gobierno piamontés se encargara de estos nuevos territorios el 25 de marzo. Sin perder tiempo se efectuaron en todas partes las elecciones para diputados, y el 2 de abril se reunió en Turin el primer parlamento del Piamonte engrandecido.

## V

## NIZA Y SABOYA

El 1.º de marzo de 1860 se celebró la solemne apertura de las Cámaras francesas. El discurso de la corona era siempre un acontecimiento, pues el mismo Napoleón III lo redactaba y corregía las pruebas con el mayor cuidado. Cifrando en su redacción el amor propio de monarca y de escritor, los pronunciaba con voz sonora. El emperador era un publicista coronado, cuyo lenguaje lo mismo lo podían comprender los hombres ilustrados que las masas.

El discurso de la corona de 1860 fué más leído y comentado que de costumbre. Era como un oráculo cuyo sentido procuraba adivinar cada cual.

Refiriéndose al resultado de la guerra de Italia, decía el emperador: «Confío en que las dificultades tocan en Europa á su término, y la Italia está en vísperas de constituirse libremente. El pensamiento dominante del tratado de Villafranca consistía en obtener la independencia del Véneto en cambio de la restauración de los archiduques. Mas habiéndose frustrado esta transacción, á pesar de mis vivas instancias, he manifestado mi sentimiento lo mismo en Viena que en Turin. Garantizando con mi ejército á Italia de la intervención extranjera, me asistía el derecho de fijar los límites de esta garantía. Por eso no he vacilado en declarar al rey de Cerdeña que, sin perjuicio de dejarle la entera libertad de sus acciones, no me era posible seguirle en una política que tenía la falta de aparecer á los ojos de Europa como deseosa de absorber todos los Estados de Italia y amenazaba con nuevas complicaciones. Le he aconsejado que respondiera favorablemente á los votos de las provincias que se le ofrecían espontáneamente, pero que mantuviera la autonomía de Toscana y respetara en principio los derechos de la Santa Sede. Si este concierto no satisface á todos, tiene al menos la ventaja de conservar los principios, de calmar los recelos y hace del Piamonte un reino de más de nueve millones de almas.»

El emperador hacía en seguida presentir la próxima anexión de Saboya y Niza. «En vista de esta transformación de la Italia del Norte — decía en su discurso, — que entrega á un Estado poderoso todos los pasos de los Alpes, era deber mío velar por la seguridad de nuestras fronteras y reclamar las vertientes francesas de las montañas. Esta reivindicación de un territorio de corta extensión no tiene nada que deba alarmar á Europa ni da un mentís á la política de desinterés que he proclamado más de una vez, porque Francia no puede proce-

tenía en Roma una larga conferencia con el cardenal Antonelli, secretario de Estado del Padre Santo, en la cual se esforzó en vano por hacer aceptar á la Santa Sede la idea del vicariato.

Resultado: que la política francesa tropezaba al mismo tiempo con una doble negativa: la del fuerte, que confiando en adelante en su fuerza, se sacude de la mano que lo había sostenido, y la del débil, que prefería su debilidad al recurso precario de una transacción.

Con su actividad característica, Cavour vió á Farini, gobernador de la Emilia (nombre que se dió desde 1.º de enero á la reunión de Parma, Módena y la Romana), y se puso de acuerdo con Ricasoli, dictador de Toscana. «Es menester, le dijo, que todo esté concluído para el 15 de marzo.» La respuesta á los avisos de Francia fué la convocatoria, en los cuatro Estados de la Italia central, de los electores llamados por segunda vez á decidir de su suerte. Como se había puesto en duda la sinceridad del primer escrutinio, se resolvió que esta vez la votación sería universal.

En la Emilia, el resultado de la votación estaba previsto de antemano. La unión con Cerdeña existía de hecho, y cuantos decretos se habían promulgado hacía muchos meses no tuvieron más objeto que afirmarla. El Piamonte tenía en todas partes sus agentes, de suerte que la votación sería dirigida por los mismos que debían aprovecharse de ella. El resultado fué que de 426.000 electores, sólo 750 votaron contra la anexión al Piamonte.

En Toscana, donde la unanimidad no era tanta, comenzó la votación el 11 de marzo y duró hasta el 15. De 386.445 electores, 14.925 votaron por un reino separado, hubo 4.929 votos nulos, y el resto ó sea 366.571 se decidieron por la anexión á Cerdeña.

El 18 de marzo llegó Farini á Turin, y entregó á Víctor Manuel el acta de la votación de la Emilia. El rey aceptó con efusión este magnífico homenaje y exclamó: «En adelante llamaré á esos pueblos mis pueblos.» Haciendo luego alusión á las Romanas, añadió que estaba dispuesto á reconocer la alta soberanía del Padre Santo, á defender su independencia y á contribuir al brillo de su corte. Cuatro días después Ricasoli presentó al rey el acta de la votación de Toscana, que el monarca aceptó sin reserva, disponiendo que el gobierno piamontés se encargara de estos nuevos territorios el 25 de marzo. Sin perder tiempo se efectuaron en todas partes las elecciones para diputados, y el 2 de abril se reunió en Turin el primer parlamento del Piamonte engrandecido.

## V

## NIZA Y SABOYA

El 1.º de marzo de 1860 se celebró la solemne apertura de las Cámaras francesas. El discurso de la corona era siempre un acontecimiento, pues el mismo Napoleón III lo redactaba y corregía las pruebas con el mayor cuidado. Cifrando en su redacción el amor propio de monarca y de escritor, los pronunciaba con voz sonora. El emperador era un publicista coronado, cuyo lenguaje lo mismo lo podían comprender los hombres ilustrados que las masas.

El discurso de la corona de 1860 fué más leído y comentado que de costumbre. Era como un oráculo cuyo sentido procuraba adivinar cada cual.

Refiriéndose al resultado de la guerra de Italia, decía el emperador: «Confío en que las dificultades tocan en Europa á su término, y la Italia está en vísperas de constituirse libremente. El pensamiento dominante del tratado de Villafranca consistía en obtener la independencia del Véneto en cambio de la restauración de los archiduques. Mas habiéndose frustrado esta transacción, á pesar de mis vivas instancias, he manifestado mi sentimiento lo mismo en Viena que en Turin. Garantizando con mi ejército á Italia de la intervención extranjera, me asistía el derecho de fijar los límites de esta garantía. Por eso no he vacilado en declarar al rey de Cerdeña que, sin perjuicio de dejarle la entera libertad de sus acciones, no me era posible seguirle en una política que tenía la falta de aparecer á los ojos de Europa como deseosa de absorber todos los Estados de Italia y amenazaba con nuevas complicaciones. Le he aconsejado que respondiera favorablemente á los votos de las provincias que se le ofrecían espontáneamente, pero que mantuviera la autonomía de Toscana y respetara en principio los derechos de la Santa Sede. Si este concierto no satisface á todos, tiene al menos la ventaja de conservar los principios, de calmar los recelos y hace del Piamonte un reino de más de nueve millones de almas.»

El emperador hacía en seguida presentir la próxima anexión de Saboya y Niza. «En vista de esta transformación de la Italia del Norte — decía en su discurso, — que entrega á un Estado poderoso todos los pasos de los Alpes, era deber mío velar por la seguridad de nuestras fronteras y reclamar las vertientes francesas de las montañas. Esta reivindicación de un territorio de corta extensión no tiene nada que deba alarmar á Europa ni da un mentís á la política de desinterés que he proclamado más de una vez, porque Francia no puede proce-

der á ese engrandecimiento, por pequeño que sea, ni por una ocupación militar, ni por una insurrección provocada, ni valiéndose de trabajos de zapa, sino exponiendo francamente la cuestión á las grandes potencias.»

Napoleón, al hacer alusión en su discurso á la anexión de Niza y Saboya á Francia, no anunciaba una cosa nueva. En las entrevistas que celebró con Cavour en Plombières y de las que se ha tratado con alguna extensión en el tomo anterior, se estipuló ya que si llegaba á fundarse un gran reino en la alta Italia, Francia podría reivindicar aquellos territorios en calidad de compensación y sobre todo por su seguridad. Más adelante, como la paz de Villafranca sólo satisfizo á medias las ambiciones italianas, el emperador no juzgó prudente el pago de un servicio que había quedado incompleto, y el 15 de julio de 1859 dijo Napoleón á Víctor Manuel: «Hagamos caso omiso de aquello de Niza y Saboya.»

Pero tan luego como, á principios de 1860, Cerdeña no disimuló ya sus codicias, el emperador opinó que sería una tontería diferir por más tiempo sus reivindicaciones. La diplomacia francesa comenzó sus trabajos en este sentido, procurando desde luego atraerse á Inglaterra; pero esta nación se puso abiertamente en contra de Francia, y aun procuró que las cortes de Viena, Berlín y San Petersburgo imitaran su ejemplo, aunque no logró ningún resultado.

Próximamente ya las votaciones definitivas de Toscana y la Emilia, Napoleón hizo que M. de Talleyrand, ministro de Francia en Cerdeña, entregara á Víctor Manuel una carta suya autógrafa, en la cual el emperador no se limitaba ya á formular deseos más ó menos vagos, sino que expresaba claramente su voluntad, diciendo que si el Piamonte consentía en renunciar á Toscana y en favorecer el establecimiento de un reino separado, la corte de las Tullerías se abstendría de toda reclamación territorial; pero que si Cerdeña absorbía toda la Italia central, el engrandecimiento sería demasiado considerable para que Francia no estipulara algo en su favor, y en este caso, recordando los compromisos contraídos, reclamaba la cesión de Niza y Saboya.

Como esta terminante insinuación no tuvo resultado, Napoleón se decidió á obrar sin pérdida de tiempo, y su ministro de Negocios extranjeros expidió un telegrama á M. de Talleyrand, que había acompañado á Víctor Manuel á Milán con objeto de asistir á las fiestas del Carnaval. El ministro de Francia recibió el despacho al salir de un baile ofrecido al rey por las personas notables y el comercio de la ciudad; lo descifró al instante y vió que en él se le ordenaba dar inmediatamente cuenta al conde de Cavour de la retirada de las tropas francesas que aún quedaban en Lombardía, y que emprendiera con urgencia las negociaciones relativas á Saboya y Niza. Talleyrand comunicó al punto el despacho á Cavour, que era demasiado perspicaz para formular objeciones de ninguna clase. Pareció, sin embargo, algo sorprendido de la orden de evacuación de Lombardía por las tropas francesas, y luego se limitó á decir con algún despecho: «Parece que el emperador tiene mucho empeño en adquirir la Saboya y esa desgraciada ciudad de Niza.»



EL CARDENAL ANTONELLI

Secretario de Estado del papa Pío IX



El ministro piemontés quiso todavía contemporizar, apelar á subterfugios, resignarse en último caso á la entrega de Saboya y salvar á Niza; pero las noticias que iba recibiendo de Francia acerca de la firme resolución del emperador le obligaron á ceder. Por su parte Napoleón, confiando en que un amigo de Italia lograría, mejor que cualquier otro diplomático, vencer todas las resistencias, envió á Turín á M. Benedetti, director de los asuntos políticos en el ministerio de Negocios extranjeros, dándole por instrucciones que no se prestase á ninguna discusión, que huyera de todo aplazamiento y que no volviera á París hasta después de firmar el tratado.

Conforme le previno el emperador, Benedetti se mostró inflexible á las resistencias y demoras de Cavour, y por fin el 24 de marzo se firmó en Turín por los plenipotenciarios de Francia Talleyrand y Benedetti y los de Cerdeña Cavour y Farini, ministro del Interior, el tratado en virtud del cual Víctor Manuel cedía á Francia la Saboya y el condado de Niza, salva la aprobación del Parlamento y de las votaciones plebiscitarias de las poblaciones interesadas. Por penosa que fuera esta resolución para el monarca sardo, era evidente su necesidad y natural también que la gran mayoría del Parlamento y del pueblo italiano la reconocieran. La izquierda, por supuesto, aprovechó esta cuestión para formular ataques contra Cavour; pero el principio del plebiscito quitó la fuerza á su opinión. Verdad es que Garibaldi, hijo de Niza, se levantó furioso contra el ministro y anunció una proposición contra la cesión, proposición que fué puesta á discusión, pero por una gran mayoría se pasó en la sesión del 12 de abril á la orden del día, «esperando que el gobierno protegería las garantías constitucionales y la libertad del plebiscito.» Garibaldi dimitió el 23 de abril su cargo de diputado y buscó consuelo á su dolor patriótico en la liberación de Sicilia.

Por lo que respecta á la libertad del plebiscito en las provincias cedidas hubo muchas dudas, pues Napoleón, deseoso de que diera un brillante resultado, había enviado á Saboya al senador Laity y á Niza á Pietri, para preparar del mejor modo el sufragio universal, y estos dos agentes no omitieron nada para atemorizar á la oposición. Pero aunque no se hubiera dado toda la libertad é independencia al plebiscito, habría dado una mayoría á favor de la anexión, sobre todo en Saboya, que por su lengua, costumbres y comercio, tenía interés en formar parte de Francia, tanto más, cuanto que los saboyanos estaban seguros de que en la nueva monarquía del Norte de Italia no podían ya pretender la influencia que habían ejercido en el pequeño reino de Cerdeña.

El resultado de la votación fué que de 30.700 electores se declararon en Niza 25.700 en favor de la incorporación á Francia y 160 votantes en contra, mientras que en Saboya votaron en favor 1.305.000 y en contra 235, absteniéndose unos 500, poco más ó menos. A fines de mayo aprobó el Parlamento de Turín estas votaciones después de largos debates, en los cuales Ratazzi, Guerrazzi y otros diputados atacaron en términos violentos la política del conde de Cavour y éste la defendió de una manera brillante. El 29 de mayo fué aproba-

do el convenio de la cesión en la cámara de diputados por 229 votos contra 35, y luego en el Senado por 92 contra 10.

Para Italia no fué excesivamente pesado el sacrificio hecho por Cavour, porque Saboya, aunque cuna de la dinastía, hubiera quedado siendo un elemento extraño en el nuevo Estado nacional que empezaba á formarse; pero Niza fué



Vicente Benedetti, diplomático francés

una pérdida dolorosa, si bien, atendido el carácter provenzal de su población, podía ser considerada y cedida como territorio fronterizo entre Italia y Francia, estando como estaban en el otro platillo de la balanza las provincias de la Italia central con sus cuatro millones de habitantes, reunidos en un solo Estado con cuatro millones de piemonteses y dos millones y medio de lombardos. Había además la esperanza de que Francia se vería precisada á dejar hacer al nuevo reino del Norte de Italia, si éste extendiera su mano á la Italia meridional. Cavour abrigaba esta esperanza y la demostró diciendo á Benedetti al firmar

el tratado del 24 de marzo: «Ahora somos cómplices, ¿no es verdad?» y más claramente lo demostró deteniendo á Garibaldi que quería correr á su ciudad natal para influir allí en la votación en sentido contrario á Francia, enviándole un billete con sólo estas palabras: «¿Niza ó Sicilia?» En vista de esto el valiente general, á pesar de su rencor amargo por el abandono de su tierra natal, se dirigió á Sicilia para emanciparla del dominio del rey de Nápoles.

## VI

## LA EXPEDICIÓN DE LOS MIL

En varias ocasiones, el agitador Mazzini había intentado lanzar un buen golpe de sus partidarios republicanos sobre las costas de la Italia meridional, confiando en que la insurrección remontaría del Sur hacia el Norte, llegaría á Nápoles y á Roma y finalmente se desbordaría por todas partes. Con tal objeto á principios de julio de 1859 llamó á un desterrado siciliano, Francisco Crispi, que entonces se hallaba en Londres, y le confió la misión de pasar á su patria con objeto de provocar en ella un alzamiento. Crispi consiguió desembarcar en agosto en Sicilia, pero pronto conoció que las instrucciones de Mazzini tenían mucho de quiméricas. La mayoría de los patriotas se habían afiliado á la *Sociedad nacional* bajo los auspicios de La Farina, antiguo partidario de Mazzini, pero adherido á la sazón á Víctor Manuel, y apenas respondieron al llamamiento: preparóse, sí, un movimiento insurreccional, primero para el 4 y luego para el 11 de octubre; pero habiéndose aplazado finalmente, Crispi tuvo que salir de Sicilia, refugiarse en Malta y pasar luego á la Italia central. Este fracaso excitó al partido de la Asociación nacional, que no quería que los republicanos se enseñorearan de la isla, á desarrollar más actividad y energía, á cuyo fin La Farina, desde el mes de enero de 1860, hizo repartir en Sicilia millares de proclamas pidiendo su anexión á la monarquía de Víctor Manuel.

Cavour había deseado hacía mucho tiempo una alianza leal con el gobierno de Nápoles, pues recelando que la revolución pudiera dar por resultado la expulsión de los Borbones, sería fácil que Napoleón deseara sentar en aquel trono al príncipe Murat, de suerte que el gobierno del Piamonte no tenía interés alguno en que se derribara al joven rey Francisco II mientras éste mostrara amistad á Cerdeña.

Pero con la agitación de Sicilia y el estado de las cosas en Roma cambió la posición de Cavour. Desde principios de marzo la diplomacia francesa trabajó para realizar el plan de encargar al rey de Nápoles de la ocupación militar del Estado de la Iglesia y en particular de las Marcas y la Umbría. El Papa y su ministro Antonelli eran favorables á este plan, sólo que no quisieron proponerlo directamente á Francisco II y solicitaron que Napoleón tomara la iniciativa en el asunto. El emperador accedió; pero no hubo medio de hacer tomar al rey de Nápoles una decisión, á pesar de asegurarle que Víctor Manuel

el tratado del 24 de marzo: «Ahora somos cómplices, ¿no es verdad?» y más claramente lo demostró deteniendo á Garibaldi que quería correr á su ciudad natal para influir allí en la votación en sentido contrario á Francia, enviándole un billete con sólo estas palabras: «¿Niza ó Sicilia?» En vista de esto el valiente general, á pesar de su rencor amargo por el abandono de su tierra natal, se dirigió á Sicilia para emanciparla del dominio del rey de Nápoles.

## VI

## LA EXPEDICIÓN DE LOS MIL

En varias ocasiones, el agitador Mazzini había intentado lanzar un buen golpe de sus partidarios republicanos sobre las costas de la Italia meridional, confiando en que la insurrección remontaría del Sur hacia el Norte, llegaría á Nápoles y á Roma y finalmente se desbordaría por todas partes. Con tal objeto á principios de julio de 1859 llamó á un desterrado siciliano, Francisco Crispi, que entonces se hallaba en Londres, y le confió la misión de pasar á su patria con objeto de provocar en ella un alzamiento. Crispi consiguió desembarcar en agosto en Sicilia, pero pronto conoció que las instrucciones de Mazzini tenían mucho de quiméricas. La mayoría de los patriotas se habían afiliado á la *Sociedad nacional* bajo los auspicios de La Farina, antiguo partidario de Mazzini, pero adherido á la sazón á Víctor Manuel, y apenas respondieron al llamamiento: preparóse, sí, un movimiento insurreccional, primero para el 4 y luego para el 11 de octubre; pero habiéndose aplazado finalmente, Crispi tuvo que salir de Sicilia, refugiarse en Malta y pasar luego á la Italia central. Este fracaso excitó al partido de la Asociación nacional, que no quería que los republicanos se enseñorearan de la isla, á desarrollar más actividad y energía, á cuyo fin La Farina, desde el mes de enero de 1860, hizo repartir en Sicilia millares de proclamas pidiendo su anexión á la monarquía de Víctor Manuel.

Cavour había deseado hacía mucho tiempo una alianza leal con el gobierno de Nápoles, pues recelando que la revolución pudiera dar por resultado la expulsión de los Borbones, sería fácil que Napoleón deseara sentar en aquel trono al príncipe Murat, de suerte que el gobierno del Piamonte no tenía interés alguno en que se derribara al joven rey Francisco II mientras éste mostrara amistad á Cerdeña.

Pero con la agitación de Sicilia y el estado de las cosas en Roma cambió la posición de Cavour. Desde principios de marzo la diplomacia francesa trabajó para realizar el plan de encargar al rey de Nápoles de la ocupación militar del Estado de la Iglesia y en particular de las Marcas y la Umbría. El Papa y su ministro Antonelli eran favorables á este plan, sólo que no quisieron proponerlo directamente á Francisco II y solicitaron que Napoleón tomara la iniciativa en el asunto. El emperador accedió; pero no hubo medio de hacer tomar al rey de Nápoles una decisión, á pesar de asegurarle que Víctor Manuel

estaría conforme con ella. La verdad era, sin embargo, que Cavour se había declarado conforme con la condición de que Francisco II empezara por reconocer la incorporación de la Romaña á los Estados de Víctor Manuel, y que de este modo manifestara que no tenía intención de reclamar la restitución de esta provincia. Esta condición no fué aceptada, y Cavour se convenció, según dice Chiala en sus *Cartas de Cavour*, de que «pronto se vería obligado á formar un plan que hubiera querido madurar más.» Predijo al embajador francés en Turín que el alejamiento de las tropas de Nápoles tendría por resultado la sublevación de aquella capital y la de Sicilia, y le aseguró que también el gobierno inglés dudaba del mantenimiento del *statu quo* y que por este motivo había enviado hacía pocos días una escuadra á las aguas de Nápoles. Para mayor seguridad se informó en 30 de marzo del marqués de Villamarina, embajador piomontés en Nápoles, sobre las fuerzas con que contaban los muratistas, los republicanos y el partido anexionista. Conocedor de los proyectos de los garibaldinos, pues por mediación de La Farina y de algunos otros tenía todos los hilos de las tramas del partido democrático, preguntó á dicho diplomático si era posible crear en las Dos Sicilias una corriente anexionista análoga á la que se había producido en Toscana. La respuesta del embajador fué clara: en las provincias de tierra firme no había que pensar en semejante manifestación; pero en Sicilia la idea de la anexión estaba bastante arraigada.

Pocos días después, el 4 de abril, estalló una insurrección en Palermo, empezando con un fracaso, pues los conspiradores, reunidos en un convento, fueron cercados y vencidos por las tropas napolitanas, mucho más numerosas: sus compañeros de la ciudad huyeron á las aldeas y caseríos vecinos, donde consiguieron sostenerse y molestar en gran manera á las fuerzas reales. El general Salzano, gobernador militar de la capital, pidió refuerzos á Nápoles, con los cuales llegó á reunir trece mil hombres; pero á pesar de sus esfuerzos no pudo dar ningún golpe decisivo. Lo mismo sucedió en Mesina, Marsala, y otras ciudades, mientras el elemento joven de las poblaciones salió en grandes turbas y se reunió en las montañas. Desde el 10 de abril se encontraba en la isla un amigo de Garibaldi, Rosalino Pilo, el cual la recorrió en todas direcciones, animando á las poblaciones con la noticia de que el héroe nacional desembarcaría pronto en Sicilia con voluntarios. Igual efecto produjo la llegada de buques de guerra ingleses, franceses y piomonteses á los puertos de Palermo y Mesina.

Garibaldi estaba en aquel entonces en Turín, donde el Parlamento acababa de inaugurar sus tareas. Nino Bixio, antiguo compañero del general, fué á verle acompañado de Crispi, y le pidió que se pusiera á la cabeza de una expedición armada que prestara auxilio á los insurrectos. La respuesta reveló alguna indecisión; pero vencido por las instancias de sus amigos, acabó por ceder; sin embargo, dijo que no quería obrar si el levantamiento de Sicilia no ofrecía serias probabilidades de duración, de lo contrario el socorro exterior llegaría después del triunfo de la reacción.

Por su parte Cavour, noticioso de la aventurada empresa que se proyectaba, mientras acompañaba al rey en su viaje por las provincias de Toscana recién anexionadas, le dejó en Pisa, y embarcándose en Liorna so pretexto de visitar la Spezzia, llegó el 22 á Génova, cerca de cuya ciudad se había establecido también Garibaldi en la quinta Spínola, junto al pueblo de Quarto. Cavour conferenció con Sirtori, uno de los compañeros de Garibaldi, que aludió á una empresa posible contra las Marcas. «No, no, contestó Cavour, nos opondremos á ello con todas nuestras fuerzas; pero cuando el mismo Sirtori le habló de la expedición á Sicilia, la aprobó y hasta con tanto calor que respondió: «Está bien, hay que empezar por el Sur para remontar hacia el Norte; esté usted seguro de que cuando llegue el momento, no cederé á nadie en audacia.»

A pesar de esto, el ministro piomontés temblaba ante los riesgos de tan extraordinaria aventura, y á pesar de su resolución vacilaba. También vacilaba Garibaldi, pues las noticias de la insurrección de Sicilia eran sobrado contradictorias, y por ello dijo el 29 de abril que iba á volverse á Caprera; pero el 30 Bixio y Crispi llegaron á la quinta Spínola con cartas y despachos en los que se aseguraba que la insurrección, lejos de apaciguarse, iba creciendo, y entonces Garibaldi, lleno de entusiasmo, exclamó: «Marchemos, pero marchemos en seguida.»

Para la invasión de Sicilia se necesitaban soldados, armas y barcos.

Fácil fué proporcionarse los primeros. Garibaldi, que había sido defensor de la república romana en 1849 y después jefe de cuerpos francos en la guerra con el Austria, contaba con gran número de partidarios que sólo esperaban una señal para agruparse á su alrededor. A los pocos días del llamamiento pululaban los voluntarios en Génova. En cuanto á las armas, se las facilitó Cavour bajo mano. Absteniéndose este ministro de todo auxilio ostensible á la empresa de Garibaldi, conservó con él cierto contacto por medio de La Farina, y mientras embargaba en Milán quince mil fusiles que había adquirido el partido de acción, enviaba á Garibaldi, por conducto del mismo La Farina, mil fusiles y ocho mil francos. Con esto quedó equipada la gente, que llegó á un efectivo de algo más de mil hombres: de aquí la apelación de los *mil*, con que fué designada la expedición en lo sucesivo.

Restaba proporcionarse medios de transporte, de lo cual se encargó Bixio. En el puerto de Génova había dos vapores, el *Lombardo* y el *Piamonte*, pertenecientes á la compañía Rubattino. El director de la Compañía consintió en que los dos vapores sirviesen para la empresa, pero con la condición de que se garantizara su importe y de que se simulara un ataque en el momento de la partida para que las tripulaciones pudieran alegar que habían cedido á la violencia. Por casualidad cerca de los dos vapores había un barco viejo é inservible, y en él se amontonaron las cajas de fusiles, las municiones y los equipajes, de suerte que en la noche de la marcha no hubo más que hacer sino trasladarlos á bordo de aquéllos. Todos estos preparativos se hicieron á ciencia y paciencia de las autoridades, que no vieron nada ni observaron nada.

El plan se llevó á efecto tal como se había preparado. En la noche del 5 al 6 de mayo, después de apoderarse los voluntarios de los dos vapores tras un combate fingido con sus tripulantes, Garibaldi pasó á bordo vestido con su traje tradicional, la camiseta encarnada, el sombrero y el poncho americano: los vapores salieron del puerto y al rayar el alba fueron alcanzados por las embarcaciones procedentes de la playa de Quarto, en las que iban todos los hombres de la expedición en número de mil ochenta y cinco, los cuales subieron á bordo de aquéllos, que se alejaron en seguida con rumbo al Sur.

Al otro día, la grave noticia circuló por Génova. Los cónsules telegrafiaron á sus gobiernos, las cancillerías se agitaron y los embajadores reclamaron. En Francia la prensa oficiosa trató de tranquilizar al público. *La Patrie*, después de anunciar la empresa de Garibaldi, añadía: «No necesitamos decir que el gobierno piemontés reprueba esta conducta, que no tan sólo es un acto de insubordinación, sino una verdadera traición respecto á él.»

La reprobación del gobierno piemontés era ficticia. Como queda dicho, Cavour no había opuesto obstáculos á la partida de la expedición, antes bien la protegió por temor de que Garibaldi atentara contra el Estado de la Iglesia, y hasta envió órdenes al capitán del buque de guerra piemontés estacionado en Palermo, para que no se cuidara del objeto del desembarco ni interviniera de modo alguno en él. Además, ordenó al almirante Persano, que con su escuadra estaba en el golfo de Cagliari, que detuviera á los barcos garibaldinos si tocaban en algún puerto de la isla de Cerdeña, pero que los dejara seguir su camino si navegaban por alta mar.

En tanto la expedición se acercaba á las costas de Sicilia, y en la mañana del 11 de mayo se supo que entonces no había ningún buque de guerra napolitano en el puerto de Marsala, por lo cual se resolvió efectuar allí el desembarco y no en Sciacca, como había sido el plan primitivo. En aquel puerto hallaron dos buques ingleses que por una feliz casualidad habían llegado aquella mañana. *El Piemonte*, que era el mejor andador, entró sin tropiezo en el puerto y desembarcó á toda prisa su gente. Pero *El Lombardo*, que había quedado rezagado, fué avistado por dos barcos de guerra napolitanos, que le dieron caza, y mal lo hubiera pasado, cogido entre éstos y las baterías de tierra, si el capitán de uno de los buques ingleses no hubiera impedido que unos y otros rompiesen el fuego, contestando al ruego de los napolitanos para que se retirase que antes tenían que embarcar á la mayor parte de sus oficiales que estaban en tierra. Con esto pudieron retardar el ataque dos horas, durante las cuales los garibaldinos desembarcaron con felicidad con todo su material de guerra. Los dos vapores cayeron, por supuesto, en poder de los napolitanos; pero por otra parte la débil guarnición de Marsala evacuó esta plaza sin combatir.

La insurrección de Sicilia parecía tocar á su fin, y sin duda por esto y por ser Marsala una ciudad comercial que no podía ganar nada con las rebeliones, la acogida que se hizo á Garibaldi fué bastante fría. Por esto sin duda, y también

por evitar desmanes, trasladó éste dos días después su cuartel general á Salemi, donde permaneció tres días esperando reclutas que debían llegar del interior. Habiéndose elevado el efectivo de su gente á unos cuatro mil hombres, se puso en marcha para Palermo, y el 15 de mayo tuvo un encuentro en Calatafimi con dos mil hombres de tropas napolitanas mandadas por el general Landi, á los que tuvo la suerte de derrotar. El efecto moral de esta victoria fué grande, porque produjo el levantamiento de toda la población en la línea de retirada de Landi hasta Palermo y aumentó el número de los voluntarios. Garibaldi se había proclamado en Salemi dictador de la isla, y al llegar á Alcamo el 17, organizó un gobierno en nombre del rey Víctor Manuel, encargando á Crispi de la cartera de Estado.

Entretanto Cavour, que había regresado á Turín en la noche del 5, había esperado con gran ansiedad las noticias de la expedición. Dominábale el temor de que Garibaldi, una vez en alta mar, lejos de navegar hacia Sicilia, tocara en algún puerto de los Estados de la Iglesia; de lo cual podría resultar un choque con las tropas francesas y tener esto funestas consecuencias. Cuando llegó por fin la noticia del desembarco en Marsala, el ministro piemontés respiró libremente. Tranquilizado por esta parte, tenía sin embargo que arrostrar las reconvenciones de Europa, sobre todo las de Rusia, Prusia y Austria, pero les daba poca importancia. El lenguaje de Francia le preocupaba más. El embajador francés Talleyrand no omitió ninguna muestra de reprobación, le recordó con acrimonia las anteriores advertencias y manifestó su extrañeza de que, tan cuidadoso de detener algunos reclutadores de voluntarios pontificios, no pudiera hacer otro tanto con los demás. Cavour salió del apuro negando toda participación en la empresa, diciendo que la ignoraba, que la lamentaba, y para que nadie lo pusiera en duda, la desaprobó públicamente en la *Gaceta oficial*.

El 22 de mayo llegó Garibaldi á Parco, á diez kilómetros de Palermo, y poco más allá se reunió con los voluntarios sicilianos que Lamassa había reunido. Durante este tiempo el coronel Bosco, que había salido de Palermo con unos seis mil hombres en busca de Garibaldi, marchó hacia Corleone, alejándose así muchas leguas de la capital. Garibaldi aprovechó la ocasión para efectuar un ataque contra Palermo.

La primera embestida, dada en la madrugada del 27, tuvo un brillante éxito. Los voluntarios se apoderaron á la bayoneta de una de las puertas de la ciudad, y rechazaron paso á paso á la guarnición hacia el palacio real y el castillo donde se reconcentró. La población hizo causa común con los libertadores y empezó á levantar barricadas; mas á pesar de esto era difícilísima la situación de Garibaldi, porque iban faltando á los suyos las municiones, y además porque el general napolitano Lanza, que desde el 18 de mayo tenía el mando en jefe, dió orden de bombardear la ciudad, como así se efectuó, causando el bombardeo grandes estragos. El almirante Persano llegó en esto á la rada de Palermo con sus buques de guerra piemonteses y proporcionó á Garibaldi cañones y muni-

ciones, pero de noche y en secreto. Cansado el general Lanza de ver tan inútil destrucción como la producida por las bombas, falto de víveres y deseando desembarazarse de sus muertos y heridos, pidió el 30 un armisticio que se prolongó dos veces, hasta que el 6 de junio se decidió á capitular, abandonando la capital y obteniendo libre salida para sus tropas, cuyo embarque duró catorce días. El 20 de junio las últimas fuerzas reales evacuaron la ciudad.

Aquel mismo día Garibaldi recibió de refuerzo dos mil quinientos voluntarios que le llevó Médici desde Génova. Con éstos y la fuerza que tenía formó tres divisiones con orden de marchar por distintos caminos á reunirse delante de Mesina. Una de ellas iba al mando de Bixio, la otra al de Turr y la tercera al de Médici: las dos primeras no encontraron resistencia notable, pero contra la de Médici salió de Mesina el coronel Bosco con cuatro mil hombres y tomó posición el 17 de julio en la angosta península de Milazzo. Al saber esto Garibaldi, que había recibido entretanto otro refuerzo de mil quinientos hombres llevados por Cosenz desde Génova también, marchó á reunirse con Médici y resolvió atacar á Bosco el 20 de julio. Rudo fué el combate, que duró casi todo el día; mas al fin descalabrados los napolitanos tuvieron que retirarse al fuerte de Mesina, mientras los garibaldinos ocuparon la ciudad y se fortificaron en ella levantando barricadas. Tres días después tuvo que capitular Bosco cumpliendo las instrucciones recibidas de Nápoles, obteniendo libre salida el 28 de julio. Las tropas reales entregaron á Mesina sin combate, porque el gobierno napolitano, convencido de que no podía conservar la isla, se había decidido á evacuarla y á salvar las tropas que allí tenía para la defensa del continente.

Garibaldi había realizado en pocos días su plan, arrancando al cetro de los Borbones de Nápoles la isla de Sicilia: veremos ahora cómo realizó la segunda.

## VII

## NÁPOLES. — CASTELFIDARDO. — GAETA

Cuando se recibieron en Nápoles las noticias del desembarco de Garibaldi, de la ocupación de Marsala, del combate de Calatafimi y por fin de la toma de Palermo, todo fué estupor, cólera y confusión en el gobierno. El rey era joven, sin experiencia, abrumado bajo el peso de las faltas de su raza, y estaba rodeado de consejeros cuyas opiniones contradictorias sólo servían para aumentar la indecisión, cuando lo que en aquellos momentos convenía era una resolución pronta y enérgica.

Francisco II se dirigió á las cortes extranjeras con amargas quejas y acusaciones contra el Piamonte y en parte también contra Inglaterra, y reclamó la garantía de las grandes potencias en favor de la integridad de su reino; pero á pesar de la indignación que mostraron la mayor parte de los gabinetes, excepto acaso el inglés, ninguno se manifestó dispuesto á encargarse de este compromiso.

En tal situación, Napoleón III, en quien Europa tenía los ojos fijos, debía escoger entre tres políticas: 1.<sup>a</sup> Aceptar francamente la unidad italiana y ponerse á la cabeza del movimiento; 2.<sup>a</sup> Combatir la unidad, defendiendo con energía al Papa y al rey de Nápoles; 3.<sup>a</sup> Observar una actitud expectante, invocando el principio de no intervención, y dejarse llevar por los acontecimientos en lugar de dirigirlos.

Este último partido fué el que el emperador adoptó.

Así pues, cuando el 12 de junio se presentó en Fontainebleau, donde se hallaba la corte, el conde de San Martino, nombrado por Francisco II su embajador extraordinario, el emperador, después de escucharle con paciencia, le contestó que concedería su apoyo á aquel monarca con la condición de que otorgara una organización autónoma á Sicilia, de que promulgara el régimen constitucional en su reino y en fin de que procurara entrar en inteligencia con el Piamonte. A las protestas del enviado napolitano, en especial por lo que se refería á la última condición, replicó: «Hay que tener en cuenta que estamos en el terreno de los hechos. No deseo la anexión de la Italia meridional; pero tampoco puedo deshacer lo que he creado, ni renunciar al principio de no intervención. Cavour es hombre de buen sentido, conoce los peligros de la revolución y no quiere proceder sino progresivamente: entendeos con él.» Y con esto puso fin á la audiencia.

ciones, pero de noche y en secreto. Cansado el general Lanza de ver tan inútil destrucción como la producida por las bombas, falto de víveres y deseando desembarazarse de sus muertos y heridos, pidió el 30 un armisticio que se prolongó dos veces, hasta que el 6 de junio se decidió á capitular, abandonando la capital y obteniendo libre salida para sus tropas, cuyo embarque duró catorce días. El 20 de junio las últimas fuerzas reales evacuaron la ciudad.

Aquel mismo día Garibaldi recibió de refuerzo dos mil quinientos voluntarios que le llevó Médici desde Génova. Con éstos y la fuerza que tenía formó tres divisiones con orden de marchar por distintos caminos á reunirse delante de Mesina. Una de ellas iba al mando de Bixio, la otra al de Turr y la tercera al de Médici: las dos primeras no encontraron resistencia notable, pero contra la de Médici salió de Mesina el coronel Bosco con cuatro mil hombres y tomó posición el 17 de julio en la angosta península de Milazzo. Al saber esto Garibaldi, que había recibido entretanto otro refuerzo de mil quinientos hombres llevados por Cosenz desde Génova también, marchó á reunirse con Médici y resolvió atacar á Bosco el 20 de julio. Rudo fué el combate, que duró casi todo el día; mas al fin descalabrados los napolitanos tuvieron que retirarse al fuerte de Mesina, mientras los garibaldinos ocuparon la ciudad y se fortificaron en ella levantando barricadas. Tres días después tuvo que capitular Bosco cumpliendo las instrucciones recibidas de Nápoles, obteniendo libre salida el 28 de julio. Las tropas reales entregaron á Mesina sin combate, porque el gobierno napolitano, convencido de que no podía conservar la isla, se había decidido á evacuarla y á salvar las tropas que allí tenía para la defensa del continente.

Garibaldi había realizado en pocos días su plan, arrancando al cetro de los Borbones de Nápoles la isla de Sicilia: veremos ahora cómo realizó la segunda.

## VII

## NÁPOLES. — CASTELFIDARDO. — GAETA

Cuando se recibieron en Nápoles las noticias del desembarco de Garibaldi, de la ocupación de Marsala, del combate de Calatafimi y por fin de la toma de Palermo, todo fué estupor, cólera y confusión en el gobierno. El rey era joven, sin experiencia, abrumado bajo el peso de las faltas de su raza, y estaba rodeado de consejeros cuyas opiniones contradictorias sólo servían para aumentar la indecisión, cuando lo que en aquellos momentos convenía era una resolución pronta y enérgica.

Francisco II se dirigió á las cortes extranjeras con amargas quejas y acusaciones contra el Piamonte y en parte también contra Inglaterra, y reclamó la garantía de las grandes potencias en favor de la integridad de su reino; pero á pesar de la indignación que mostraron la mayor parte de los gabinetes, excepto acaso el inglés, ninguno se manifestó dispuesto á encargarse de este compromiso.

En tal situación, Napoleón III, en quien Europa tenía los ojos fijos, debía escoger entre tres políticas: 1.<sup>a</sup> Aceptar francamente la unidad italiana y ponerse á la cabeza del movimiento; 2.<sup>a</sup> Combatir la unidad, defendiendo con energía al Papa y al rey de Nápoles; 3.<sup>a</sup> Observar una actitud expectante, invocando el principio de no intervención, y dejarse llevar por los acontecimientos en lugar de dirigirlos.

Este último partido fué el que el emperador adoptó.

Así pues, cuando el 12 de junio se presentó en Fontainebleau, donde se hallaba la corte, el conde de San Martino, nombrado por Francisco II su embajador extraordinario, el emperador, después de escucharle con paciencia, le contestó que concedería su apoyo á aquel monarca con la condición de que otorgara una organización autónoma á Sicilia, de que promulgara el régimen constitucional en su reino y en fin de que procurara entrar en inteligencia con el Piamonte. A las protestas del enviado napolitano, en especial por lo que se refería á la última condición, replicó: «Hay que tener en cuenta que estamos en el terreno de los hechos. No deseo la anexión de la Italia meridional; pero tampoco puedo deshacer lo que he creado, ni renunciar al principio de no intervención. Cavour es hombre de buen sentido, conoce los peligros de la revolución y no quiere proceder sino progresivamente: entendeos con él.» Y con esto puso fin á la audiencia.

Francisco II no tuvo más remedio que decidirse á seguir el consejo, y el 25 de junio publicó una proclama concediendo amnistía por todos los delitos políticos, nombrando un ministerio liberal bajo la presidencia del conde Spinelli, aceptando la bandera tricolor italiana y prometiendo la alianza con el Piamonte y la redacción de una constitución para Nápoles y Sicilia; según dicha proclama, esta isla tendría un gobierno autónomo bajo el mando de un príncipe real en calidad de virrey. Estas concesiones tardías aumentaron la excitación en lugar de satisfacer á la población de Nápoles, y una junta revolucionaria secreta las declaró sin valor, como arrancadas á la fuerza. El 28 de junio ocurrieron grandes desórdenes en la capital y el ministerio tuvo que declarar el estado de sitio, mientras que por otro lado se esforzaba en dar garantías de su sinceridad decretando la formación de una guardia nacional, la libertad de la prensa y el restablecimiento de la constitución del 10 de febrero de 1848. Esto sin embargo, no mejoró la situación de los ánimos y en Nápoles se siguió trabajando en favor de Víctor Manuel y de la Italia unida.

El monarca napolitano, siguiendo dócilmente los consejos de Napoleón III, ó mejor dicho, obligado por las circunstancias, envió en julio á Turín dos embajadores extraordinarios, los Sres. Manna y Winspeare, con objeto de negociar entre los reinos de Nápoles y Cerdeña una alianza política, aduanera y comercial que tuviera por objeto fusionar los intereses de los dos Estados y asegurar la independencia de la Península contra todo ataque ó ingerencia extranjera.

El embajador francés M. de Talleyrand había recibido de su gobierno la orden de allanar las dificultades que pudieran oponerse al logro de la misión de los enviados napolitanos, y al efecto tuvo una conferencia con Cavour. El 16 de julio escribía al ministro de Negocios extranjeros Thouvenel: «He hecho saber al conde de Cavour que si persistía en la línea de conducta adoptada respecto del rey de Nápoles, sería inminente la ruptura entre el reino de Cerdeña y los de Prusia y Rusia; que la misma independencia de Italia podía peligrar á causa de una política que nuestra conciencia y nuestra rectitud reprueban, y en fin que podría estallar la guerra europea, resultante de la revolución italiana, haciendo que Francia se colocara allí donde la llamaran sus intereses y no los de Víctor Manuel.

»El conde de Cavour, señor ministro, me ha escuchado con cierta emoción. — Si hacemos lo que las potencias nos piden, ha contestado, nos arrojarán por las ventanas. La popularidad del mismo rey no podría salvarle. Nadie me lo aconsejará en Italia, porque nadie cree en el rey de Nápoles, el cual hará lo que hicieron su abuelo y su padre. Las situaciones son idénticas y la experiencia está ahí para decirnos lo que será el porvenir. Los peligros y las dificultades son inmensos, y reconozco que mi posición es una de las más difíciles en que me he encontrado.»

En las negociaciones que siguieron, los embajadores napolitanos llegaron, de concesión en concesión, á reconocer el derecho de los sicilianos á disponer

de sus destinos. Entonces Víctor Manuel escribió á Garibaldi para inducirle á no pasar el estrecho; pero éste, por toda respuesta, solicitó respetuosamente del rey el permiso de desobedecerle.

La resolución del conquistador de Sicilia preocupaba á Cavour, que cada día esperaba recibir la noticia de que había desembarcado en el continente. Las exageradas medidas revolucionarias que había tomado aquél en la isla, donde se había entregado á sus más exaltados amigos desorganizándolo todo y no reparando en detener al mismo La Farina enviándolo á Turín, le aconsejaban contener la revolución, pero dirigiéndola. Con este objeto meditó y trató de llevar á cabo un plan que le permitiera á la vez dejar burlado á Garibaldi y anexionar el reino de Nápoles al de Cerdeña. Este plan era el siguiente: provocar en la capital una insurrección popular ó bien una sedición militar; ocasionar de este modo la partida del rey, y en seguida hacer que se votara la anexión. De esta suerte se anticiparía á Garibaldi, á quien se dejaría entrar en Nápoles como triunfador, pero sin que recogiera el fruto material de la victoria. Los principales instrumentos de esta combinación fueron el almirante Persano y el embajador sardo marqués de Villamarina, y entre los napolitanos se contaba con el ministro del Interior Liborio Romano y con el general Nunziante, que estaba á la sazón en Suiza, pero que debía volver á su patria. Además, los tíos del rey conde del Aquila y conde de Siracusa no eran del todo ajenos al complot.

Cavour empezó por enviar á las costas de Nápoles gran número de fusiles que se depositaron en lugar seguro, y luego dos medios batallones de *bersaglieri* que se repartieron ocultamente entre los buques de la escuadra piamontesa fondeada en el puerto de Nápoles. El almirante Persano por su parte procuró atraerse á los oficiales de la marina napolitana y lo consiguió en gran parte. Pero no bastaba esto; se requería contar con cómplices decididos en la ciudad, y aunque no faltaban, las divisiones y negligencias que reinaron entre ellos demoraron más de lo conveniente la ejecución del proyecto.

En esto, se supo que Garibaldi acababa de desembarcar en tierra firme. Tan sólo quedaba una esperanza de arrebatarle su victoria, la de inducir al rey á emprender la fuga; el conde de Siracusa le aconsejó que imitase á la duquesa de Parma; el ministro Liborio Romano intentó hacerle adoptar la misma resolución; pero el rey no partió, á pesar de que se iba quedando cada vez más solo.

El audaz jefe de los voluntarios había pasado con sus fuerzas al continente en la noche del 19 al 20 de agosto. A las órdenes de Bixio se embarcaron en los vapores *Torino* y *Franklin* unos cuatromil trescientos hombres que saltaron á tierra en la Calabria sin encontrar obstáculo. Para defender esta provincia tenía el gobierno napolitano la brigada Brigenti cerca de Reggio, la brigada Melléndez cerca de Bagnara y una reserva de doce mil hombres al mando del general Viale, en total treinta mil hombres. El primer encuentro fué un triunfo para los garibaldinos: Bixio entró en Reggio y empujó á la guarnición dentro



del castillo, donde vió ésta que tampoco estaba segura, porque Garibaldi se había apoderado entretanto de las alturas que dominaban el fuerte. Entonces le evacuaron los napolitanos, obteniendo libre salida con los honores militares. Garibaldi, dueño ya de un punto marítimo seguro, mandó que acudiera desde Sicilia el resto de sus tropas á las órdenes de Cosenz y de Médici, y llegadas éstas, marchó contra Brigenti que se había unido con una parte de la brigada Melléndez. Atacó á los napolitanos cerca de Villa San Giovanni el 23 de agosto, y tan grande fué el desaliento y la falta de confianza de las tropas reales, que aunque ascendían á nueve mil hombres, se rindieron al enemigo mucho menos numeroso. Entonces se propagó la sublevación rápidamente: Cosenza, Foggia, Potenza, Bari y otras ciudades se levantaron, unas con la aquiescencia de las guarniciones y otras después de una corta lucha con ellas. El general Ghio, sucesor de Viale, que había caído enfermo, se rindió después de simular una corta lucha el 30 de agosto, y lo mismo hizo la brigada Caldarelli al ver cerrado el camino de Salerno.

Estas noticias causaron en la corte de Nápoles el mayor estupor, pues no se creía que las cosas marcharan tan rápidamente. Entonces Francisco II trató de salvarse desviando hacia otros soberanos el golpe que le amenazaba, y de acuerdo con él, Liborio Romano ofreció á Garibaldi cincuenta mil soldados, toda la escuadra y tres millones de ducados para atacar los Estados del Papa y el Véneto, renunciando también el rey á la isla de Sicilia, á condición de que Garibaldi le dejara en cambio el continente. La idea secreta de esta proposición era envolver al Austria en la lucha y, en la suposición de que quedara vencedora, dar lugar á una restauración completa. Pero Garibaldi no quiso aceptar de ninguna manera semejante proposición y avanzó sin detenerse y sin que en opinión del rey pudieran hacerle frente las tropas que se hallaban entre él y Nápoles. Entonces se decidió ya Francisco II á salir de la capital y á defenderse con las fuerzas que le quedaban detrás del Volturno. Dió orden á la escuadra de que le siguiera á Gaeta, pero la escuadra ganada por el almirante Persano ya no le obedeció.

El 6 de septiembre á las cinco de la tarde salió el rey de palacio acompañado de su familia, algunos funcionarios fieles y los ministros de Austria, España, Prusia y Baviera, y se embarcó á bordo del buque español *Colón* que debía llevarle á Gaeta. El pueblo no hizo manifestación de ninguna clase al ver marchar á su monarca. Sólo un barco de la marina nacional le siguió, el *Parténope*, lleno de marineros que habían querido protestar de la defección de sus oficiales, los cuales se habían reunido en gran número á bordo de la escuadra piamontesa.

Invitado Garibaldi por Liborio Romano, efectuó el 7 de septiembre su entrada en Nápoles y se proclamó dictador de las Dos Sicilias en nombre de Víctor Manuel. Diez y ocho días habían bastado para conducir á Garibaldi desde Melito á Nápoles; pero muy lejos de contentarse con este resultado y de in-

vocar la monarquía de la Italia del Norte, sólidamente constituída, para que asegurara el resultado obtenido y derribara el último resto del poder napolitano, siguió implacablemente su primer propósito de marchar también contra Roma y proclamar la unidad de Italia desde el Capitolio. Hasta donde le fué posible sin desviarse de su programa, satisfizo las pretensiones del partido anexionista; entregó toda la escuadra napolitana, compuesta de treinta y cuatro buques, al almirante Persano é hizo proclamar en Nápoles la constitución del Piamonte, reservándose, sin embargo, señalar el momento en que había de entrar en vigor. También fué formado el ministerio nuevo, en el cual quedó del anterior sólo Liborio Romano, de manera que Cavour podía estar satisfecho. Sin embargo, Garibaldi rechazó en términos absolutos todo trato personal con Cavour, y recelando que Depretis, al cual había nombrado prodictador de Sicilia, trabajara á favor de la anexión, le destituyó durante una corta permanencia en Palermo y nombró en su lugar en 11 de septiembre á Mordini, natural de Toscana, al cual dió un ministerio democrático.

Íbase acercando el momento en que Garibaldi, continuando su plan, dirigiese sus triunfadoras armas contra el Papa, dando lugar irremisiblemente con esto á un choque con la guarnición francesa de Roma, y también contra el Véneto, donde tropezaría con Austria.

Cavour, siempre receloso de los irreflexivos arranques de Garibaldi, vió que, para impedir el que temía, no tenía otro remedio sino anticiparse á él en la frontera pontificia lo mismo que había querido anticiparse en la invasión de Nápoles, pero esta vez sin confiar el resultado al complot ni á la intriga, sino clara y ostensiblemente. Preparó, pues, sus trabajos en este sentido diplomáticamente, y al mismo tiempo que valiéndose del diputado Gualterio y de sus partidarios procuraba suscitar en las Marcas y la Umbría, provincias pontificias, una insurrección que le diera pretexto para intervenir con las tropas piamontesas y que hacía ver á los reaccionarios la necesidad de esta intervención para impedir los excesos de la revolución, envió á Chambéry, donde en aquellos momentos se hallaba Napoleón III visitando los países recién anexionados al Imperio, á Fantí, ministro del Interior, y al general Cialdini, quienes, con pretexto de pasar á saludarle, le impusieron de los proyectos de Cavour y de las causas en que los fundaba, y exploraron su ánimo. Asegúrase que la respuesta del emperador fué tan lacónica como terminante: «Obrad, pero obrad pronto.» (*Fate ma fate presto.*) Si no la dió en realidad, lo cual pone en duda algún historiador, fué lo cierto que dejó obrar sin decir una palabra.

Para explicar la conducta de Napoleón en esta ocasión hay que tener en cuenta algunos antecedentes.

Poco antes había entrado Pío IX en relaciones con el general francés Lamoricière, á quien llamó á Roma para encargarle la reorganización de su ejército. Lamoricière, nacido en Nantes en 1806, era uno de los más brillantes militares que no habían querido reconocer el segundo Imperio. Bienquisto de los legiti-

mistas por sus relaciones de familia y por su religiosidad; de los orleanistas, por su heroica conducta en las campañas de Africa, y de los republicanos por su encarnizada oposición al golpe de Estado del 2 de diciembre, había permanecido desterrado en Colonia hasta que en 1857 Napoleón III le concedió autorización para volver á Francia. Monseñor de Merode, ministro de las Armas del Papa, tuvo noticia de sus especiales condiciones y de su adhesión á la causa pontificia, y de acuerdo con Pío IX le propuso ponerse á la cabeza del ejército papal y reorganizarlo, misión que dicho general aceptó, previa la autorización del emperador para conservar su cualidad de francés sirviendo bajo las banderas del Sumo Pontífice.

El gobierno pontificio tenía el proyecto de aumentar su ejército hasta veinticinco ó tal vez treinta mil hombres, invadir con ellos en octubre la Romaña y reconquistarla, contando en caso de derrota con encontrar apoyo en el ejército de ocupación francés. Napoleón, que no ignoraba este propósito, quiso por lo mismo retirar sus tropas de Roma, y dió orden á Gramont de negociar en este sentido. Antonelli, que estaba enemistado con el ministro de la Guerra pontificio, Merode, jefe del partido belicoso, apoyó cerca del Papa las proposiciones de Napoleón, y el 12 de mayo, después de un cambio de notas, se pusieron de acuerdo el Papa y el gobierno francés en que empezase la evacuación de Roma sin demora y quedara concluída en el mes de agosto. Impidió entonces la realización de este proyecto la noticia del desembarco de Garibaldi en Marsala y sus triunfos de Sicilia. En vista de estos sucesos el partido del Papa en la corte de Francia, al cual pertenecía también el general Goyón, que mandaba el ejército de ocupación francés en Roma, desarrolló una actividad febril para hacer cambiar á Napoleón completamente su política. El partido pontificio tenía el apoyo de la emperatriz y de Randon, ministro de la Guerra, y pidió primero la vuelta de Goyón á Roma, pues había sido llamado á París en agosto, y segundo el relevo de Gramont. Su amenaza más terrible fué que el Papa abandonaría á Roma si el emperador no le protegiera contra una sublevación en la ciudad ó contra un ataque desde fuera; y hasta Gramont confirmó la seriedad de este propósito añadiendo que Pío IX pensaba en semejante caso pasar por Ancona, embarcarse en un buque de guerra austriaco y trasladarse á Trieste y de allí á Viena. Para impedirlo, recomendó Gramont que se contestara á la pregunta formal formulada por el nuncio en 10 de agosto con la promesa terminante de dar la protección pedida por el Papa. Tal como estaba la situación, no podía titubear Napoleón en prometer lo que se le pedía; pero de todos modos le convenía evitar á toda costa un combate, y para esto no había casi otro medio más que encargar á los piemonteses que tuviesen á Garibaldi alejado de Roma y permitirles á este fin atravesar con su ejército el Estado de la Iglesia para dirigirse á Nápoles; de suerte que Garibaldi no pudiese atravesar la frontera sin tener colisión con las tropas reales piemontesas. Por supuesto que apelando á este recurso permitía al mismo tiempo la anexión de Nápoles,

de la Umbría y de las Marcas, si bien es de presumir que entonces había renunciado ya á la esperanza de impedir estas anexiones; pues á fines de julio había dicho ya Thouvenel que el triunfo de Garibaldi era, por desgracia, casi seguro, y que en este caso la Francia para conservar el equilibrio político debería anexionarse la isla de Cerdeña. Claro está que semejantes ideas no se manifestaban públicamente, pero determinaron la conducta del emperador en esta crisis inevitable.

Para preparar diplomáticamente, por lo que á la corte romana atañía, la entrada de las fuerzas piemontesas en los Estados del Papa, Cavour pidió en 7 de septiembre al cardenal Antonelli que licenciara las tropas extranjeras enganchadas en el ejército papal, y compuestas de voluntarios llegados de Francia, Bélgica, Irlanda, Austria y Baviera, pues que el gobierno piemontés no podía permitir que se sofocara á la fuerza el movimiento nacional en la Umbría y en las Marcas, y apenas rechazó Antonelli el 11 de septiembre esta exigencia con una enérgica protesta, se efectuó en Umbrino y Frosombone el levantamiento de las poblaciones y al propio tiempo pasaron las tropas reales la frontera, mientras Cavour, en una circular dirigida á las potencias europeas, trataba de demostrar que se había tomado esta medida en interés del principio monárquico y hasta de la seguridad del Papa.

El ejército piemontés puesto á las órdenes de Fanti estaba dividido en dos cuerpos al mando de los generales Cialdini y Rocca y constaba de cuarenta mil hombres aguerridos, disciplinados y abundantemente pertrechados, mientras que Lamoricière ni aun disponía de la mitad para entrar en combate, porque de sus veinte mil hombres, la cuarta parte por lo menos guarnecía diferentes plazas. El plan de Lamoricière era concentrar todas sus fuerzas en Ancona, y al recibir el 11 de septiembre la noticia del avance de las fuerzas piemontesas, comunicó con dicho objeto sus órdenes desde Espoleto, donde tenía su cuartel general. No le fué posible realizarlo, porque ya el 12 Cialdini había obligado á rendirse á la guarnición de Fano, compuesta de mil doscientos hombres, y el 14 se rindió Perugia con mil setecientos soldados á las órdenes del general Schmidt: otro tanto sucedió con Orvieto. Quedaba, pues, la Umbría casi perdida.

Lamoricière tenía sólo cinco mil hombres cuando el 18 quiso abrirse camino desde Loreto á Ancona, camino que le cerraba Cialdini cerca de Castelfidardo con fuerzas muy superiores. Al pasar las fuerzas pontificias el arroyo Musone que las separaba del ejército piemontés, trabó el combate el general Pimodán con cuatro batallones y medio; pero abrumados por el número y por la artillería de sus contrarios, tuvieron que ceder y replegarse. Al observarlo Lamoricière, envió inútilmente algunos refuerzos. A pesar de los hechos individuales de heroísmo, á pesar de la admirable conducta de los tiradores franco-belgas, á pesar de la notable firmeza del batallón austriaco del mayor Feschmann, los soldados pontificios, faltos de cohesión por no haber tenido tiempo de adquirir la instrucción suficiente, se desbandaron, sobre todo después de haber caído mor-

talmente herido el valiente general Pimodán. Italianos, suizos, austriacos, todos repasaron el Musone y se refugiaron atropelladamente en Loreto. Lamoricière se retiró á Ancona acompañado solamente de cincuenta jinetes y ochenta peones, y al entrar en esta ciudad dijo al gobernador que salió á su encuentro: «¡Ya no tengo ejército!» En efecto, Ancona era la única población de todas las Marcas y la Umbría donde aún ondeaba la bandera pontificia.

Esta plaza tampoco podía resistir mucho tiempo. Sus defensores, que no pasaban de siete á ocho mil hombres, se hicieron por un momento la ilusión de que las tropas francesas que el general Goyón mandaba en Roma acudirían en su socorro, y así lo insinuó Lamoricière al gobernador de la ciudad. También confiaban en la intervención de Austria por saberse que el archiduque Maximiliano, hermano de Francisco José, mandaba la escuadra austriaca fondeada en Trieste. Pero estas esperanzas se disiparon como el humo y los únicos que llegaron el 23 fueron los piemonteses victoriosos. Auxiliados por los buques del almirante Persano, que desde el 18 había empezado el bombardeo de la plaza, declararon bloqueado el puerto. Después de algunos días de bombardeo, el ejército piemontés, mandado por el general Cadorna, tomó por asalto las lunetas de los montes Pelayo y Polito; el día 28 los cañones de los buques de guerra sardos destruyeron las baterías del muelle y volaron el polvorín. Agotados todos los recursos de defensa, Lamoricière se resolvió á capitular y el 29 se entregó prisionero de guerra juntamente con tres generales, diez y siete oficiales superiores, otros trescientos treinta y un oficiales y unos siete mil soldados. Como los refugiados en Loreto habían capitulado también en número de cuatro mil hombres y se tomaron otros fuertes, el general Fanti, que mandaba en jefe el ejército piemontés, pudo vanagloriarse de haberse apoderado en esta campaña de diez y ocho días de seis plazas fuertes, ciento noventa cañones y haber hecho prisioneros de diez y siete á diez y ocho mil enemigos con sólo una pérdida de quinientos setenta y nueve hombres.

Los oficiales prisioneros fueron enviados por mar á Génova, y los soldados por tierra á Alejandría con la facultad de marchar desde allí libremente á su patria, pero con la condición de comprometerse á no servir en un año contra el ejército piemontés. Después de la rendición de Ancona, Lamoricière pasó á bordo de la fragata *Maria Adelaide*, en donde el almirante Persano le recibió con todas las consideraciones debidas al valor desgraciado. Desde allí fué enviado á Génova, donde se le dejó en libertad.

Cavour felicitó á sus generales «por su magnífica victoria.» Tenía razón, ya que no por lo que se refería á la gloria militar, al menos por el resultado material. La Umbría y las Marcas estaban preparadas para la anexión; además quedaba libre el camino hacia el reino de Nápoles. En adelante, el ministro piemontés podría, según el caso, ó apoyar á Garibaldi si corría algún riesgo, ó contenerlo si se emancipaba, y de todos modos absorberlo.

Víctor Manuel se presentó el 4 de octubre en Ancona y se encargó del man-

do en jefe de su ejército, y en seguida se puso en marcha para los Abruzzos con objeto de atacar á los napolitanos por su flanco izquierdo. Francisco II había situado todas sus fuerzas, que aún ascendían á sesenta mil hombres, en la línea del Volturno, donde podía apoyarse en la plaza fuerte de Capua, y desde allí á retaguardia sobre el Garellano, para esperar el ataque de los garibaldinos, cuyo mando superior tenía el general Turr, mientras Garibaldi había pasado á Sicilia. Desde el 15 de septiembre amenazó Turr con veinte mil hombres la posición enemiga; el 19 consiguió el coronel Rustow ocupar á las fuerzas napolitanas por medio de un ataque contra Capua, tanto que otra sección de garibaldinos pudo pasar el Volturno y arrojar al enemigo de Cajazzo; pero al día siguiente los napolitanos recobraron esta posición después de una batalla de cinco horas.

Garibaldi, de regreso de su breve excursión á Sicilia, hizo tomar á los suyos una posición puramente defensiva cerca de Caserta, porque habiendo entrado entretanto los piemonteses en el Estado de la Iglesia y debiendo llegar pronto, le convenía aplazar el combate definitivo. Entonces los napolitanos tomaron la ofensiva, y en la madrugada del 1.º avanzaron en tres columnas al mando del general Ritucci; pero quedaron enteramente derrotados.

Entretanto Víctor Manuel se acercaba á Nápoles á pequeñas jornadas. El 20 de octubre desbarató el general Cialdini una división napolitana que quiso cortarle el paso en el desfiladero de Macerone, cerca de Isernia, y cogió prisionero al general Scotti. Este nuevo fracaso hizo que los napolitanos abandonaran la línea del Volturno y se retiraran á la del Garellano, dejando en la plaza fuerte de Capua una guarnición de diez mil hombres. Estos defendieron la plaza tan sólo hasta el 2 de noviembre, porque cercada por los garibaldinos y las tropas piemontesas mandadas por el general Rocca que amenazaban con el bombardeo, el gobernador general Corné capituló, quedando con toda la guarnición prisionero de guerra. Ya no le quedaba á Francisco II más que el estrecho recinto de la plaza de Gaeta.

Pocos días antes, Garibaldi, muy hostil á Cavour y á sus amigos, pero accesible aún á la influencia del rey, había expedido un decreto convocando en sus comicios al pueblo de las Dos Sicilias para el 21 de octubre. En este día se efectuó el plebiscito, dando en la isla 430.000 votos á favor de la anexión y en el continente 1.300.000 contra 700 votos en la isla y 10.000 en el continente.

En las Marcas y la Umbría la votación se realizó, según disposición de Cavour, el 4 y 5 de noviembre, dando 230.000 votos á favor de la anexión y 1.600 en contra.

Cerca ya de Nápoles el rey Víctor Manuel, Garibaldi se adelantó á su encuentro, y el 26 de octubre le encontró cerca de Teano; las tropas gritaron: «¡Viva Víctor Manuel!» y Garibaldi añadió: «¡Rey de Italia!» El monarca le saludó militarmente llevándose la mano al kepis, y luego se la alargó diciéndole simplemente: «Gracias.» Víctor Manuel hizo desfilar sus tropas por delante de Gari-

baldi y en seguida pasó revista á las garibaldinas. El 29 de octubre el dictador hacía entrega de sus poderes en manos del soberano.

El 7 de noviembre uno y otro hicieron su entrada en Nápoles en medio de una lluvia torrencial que deslució la solemnidad del acto. Víctor Manuel ofreció al conquistador de las Dos Sicilias el collar de la Anunziata, que da á sus poseedores la categoría de primos del rey; pero lo rehusó y tuvo que aceptar á pesar suyo el título de capitán general de ejército. Se le ofreció además un patrimonio para su hijo mayor, el empleo de ayudante de campo del rey para su segundo hijo, un dote para su hija, una de las posesiones reales á su elección y un buque de vapor; nada quiso aceptar; lo que deseaba y pidió fué el cargo de lugarteniente general del rey en las Dos Sicilias por espacio de un año con poderes ilimitados; pero como se sabía que en tal situación lo que se proponía era organizar una expedición contra Roma, Víctor Manuel se limitó á contestarle: «Es imposible.» Despechado Garibaldi por esta negativa, cuéntase que dijo al almirante Persano cuando éste fué á despedirse de él: «Ya sabe usted lo que se hace con las naranjas: se las exprime el jugo y luego se las arroja á un rincón.»

En su manifiesto de despedida encargó á sus voluntarios que se conservasen fieles al rey, diciendo: «La Providencia ha dado á la Italia un Víctor Manuel. Todo italiano debe seguirle y ante el rey caballero debe desaparecer toda discordia. De nuevo os repito mi grito: ¡A las armas todos, todos! Si en marzo de 1861 no hay un millón de italianos armados, ¡pobre libertad, pobre tierra italiana! ¡Oh, no; lejos de mí una idea que me repugna como un veneno! El mes de marzo de 1861, y si menester es, el de febrero, nos encontrará á todos en nuestro puesto. Italianos de Calatafimi, de Palermo, de Volturmo, de Ancona, de Castelfidardo, de Isernia, y con nosotros todo hombre de esta tierra no cobarde, no servil, agrupados todos alrededor del glorioso soldado de Palestro, daremos la última sacudida, el último golpe á la tiranía que se derrumba.»

Garibaldi deseaba que el gobierno no disolviera el ejército formado por él y aun que concediera ventajas á sus compañeros de armas; el gobierno, por no ponerse de frente con los garibaldinos, ordenó en efecto la conservación de dicho ejército, pero organizándolo de tal modo y con tales cortapisas, que el ejército se disolvió por sí mismo, quedando á cargo del piamontés la terminación de la lucha con el borbónico.

En la madrugada del 9 de noviembre Garibaldi se embarcó en Nápoles á bordo del vapor *Washington* que el gobierno puso á su disposición para llevarle á su peñascosa isla de Caprera, no llevando consigo más que cincuenta liras y un saco de habichuelas que se proponía cultivar allí interin llegaba el día de marchar á libertar «á sus hermanos, aún esclavos del extranjero.» Farini, uno de los enemigos de Garibaldi, fué nombrado lugarteniente del rey en las provincias meridionales.

Mientras Víctor Manuel se instalaba en Nápoles, no le quedaba al desgra-

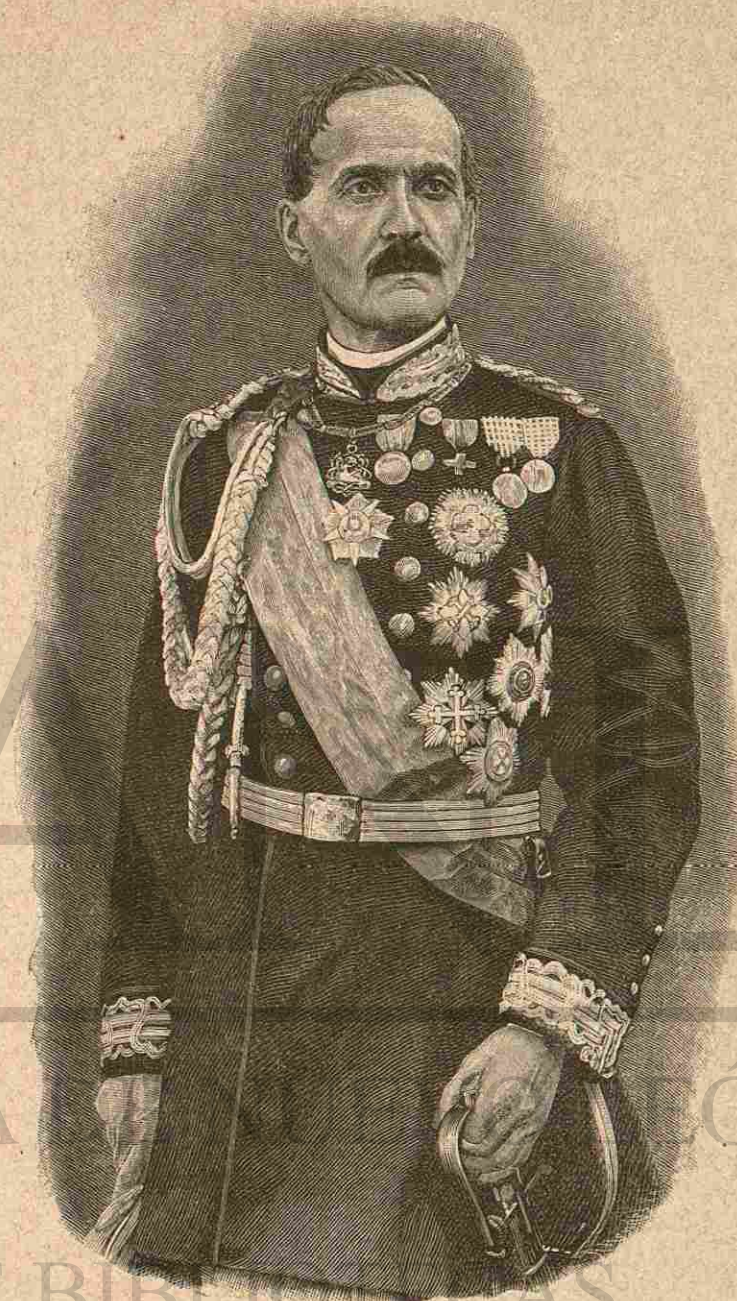
ciado rey Francisco II más que la plaza fuerte de Gaeta. Su conducta y la de la reina Sofía merecieron la admiración de sus mismos adversarios. Apoyado por tropas fieles, el monarca napolitano daba muestras de una energía que no se hubiera supuesto en él. Quizás fundaba alguna esperanza en los sentimientos de Francia que no había querido reconocer el bloqueo de aquel puerto, declarado por el gobierno piamontés, y dado orden al almirante francés Barbier de Tinán, que con su escuadra se hallaba en aquellas aguas, de que impidiese al almirante Persano proteger por mar con sus buques el ataque de los piamonteses por tierra. Entonces se creyó que se iba á realizar la intervención con la cual Napoleón había amenazado repetidas veces en las últimas semanas.

«Inmediatamente después de la entrada de los piamonteses en los Estados de la Iglesia, dice el Dr. Bulle en su *Historia del segundo Imperio francés*, había creído el emperador que el Austria juzgaría llegado el tiempo de imponer la paz de Zurich por medio de las armas, y en esta creencia notificó al gabinete de Viena por medio de Beust, ministro de Sajonia, que no se opondría á una intervención armada de Austria, con tal que no se variara nada en la Lombardía; mas el conde de Rechberg no quiso arriesgar nada, creyendo que la situación en Italia se hundiría por sí sola. Napoleón también se contentó entonces con tomar una actitud expectante, aunque disimulada durante algún tiempo con algunas expresiones y actos aparentemente enérgicos; telegrafió á Víctor Manuel que Farini le había dado una idea muy diferente de la política piamontesa; que de consiguiente se tenía que oponer á la entrada de las fuerzas piamontesas en los Estados de la Iglesia, y que reforzaría su guarnición en Roma. En efecto, retiró al embajador francés de Turín, reforzó el cuerpo de ocupación en Roma, á cuya cabeza volvió Goyón, y también hizo saber al gobierno pontificio que se opondría á la invasión piamontesa, si bien no añadió en su comunicación la palabra «á la fuerza,» que había añadido el ministro de la Guerra del Papa para enterar á Lamoricière de esta comunicación; de suerte que para no dar lugar á errores, el duque de Gramont tuvo que apresurarse á hacer notar esta diferencia. La guarnición francesa ocupó después diferentes puntos en el patrimonio de San Pedro, particularmente á Viterbo, con lo cual impidió el avance de los piamonteses por este lado; pero el emperador no quiso que se hicieran otras demostraciones á favor del Papa y pasó muy tranquilamente á Argelia, lo que aprovechó su ministro Thouvenel para ir al campo, diciendo que no podía en aquellos mismos días corresponder con el emperador. La curia romana reconoció perfectamente lo que esto significaba y amenazó con la salida del Papa de Roma; pero la única respuesta que recibió fué que en este caso se embarcaría también inmediatamente la guarnición francesa y volvería á París el embajador francés. Este último supo arreglarse de manera que la máquina de vapor de la corbeta pontificia que había de estar á punto para llevarse al Papa, se descompusiera y se hiciera inservible. El general Goyón en cambio dijo á todo el mundo que la marcha del Papa lo simplificaría todo, y que Su Santidad estaba ya to-

mando disposiciones para nombrar una comisión de gobierno. Este exceso de celo y las quejas del embajador indujeron al emperador á desaprobare francamente la conducta de Goyón, porque hacía servir su tropa hasta para objetos de pura policía, y entonces escribió Napoleón á Randon: «Desconoce su posición; nuestras tropas ocupan á Roma militar, pero no políticamente; á ellas corresponde asegurar la tranquilidad y sofocar en concepto militar todos los desórdenes, y no ser sayones de los agentes de policía.» En el mismo tono declaró con mucha frialdad el *Monitor* que la cuestión italiana sólo podía ser resuelta por un congreso, é ínterin esto no sucediera, continuaría la Francia cumpliendo sus deberes para con el Papa.

»La llegada de Barbier de Tinán con su escuadra delante de Gaeta pareció indicar que la conducta pasiva de Napoleón había llegado á su término, y nadie supuso lo que significaba en realidad, á saber: que el almirante tenía únicamente el encargo de conservar al rey de Nápoles el medio de salvarse por mar cuando le conviniese. Víctor Manuel preguntó por telégrafo el objeto de la estancia de la escuadra francesa, y entonces le contestó Napoleón que la misión de la escuadra se limitaba á impedir un ataque por mar contra Gaeta y tener alejada la escuadra de Persano de la fortaleza á tiro de cañón; y como la embocadura del Garellano distaba catorce kilómetros de la fortaleza, tuvo que retirarse de allí Barbier para dejar libre el paso del río, que el ejército piemontés efectuó el 3 de noviembre, tomando por asalto al día siguiente la pequeña ciudad de Mola de Gaeta, situada una hora al Norte de la fortaleza. Del ejército borbónico sólo diez mil hombres encontraron cabida en Gaeta; los demás emprendieron el camino de la frontera romana, que pasaron siendo internados en número de veinticinco mil en los montes Albanos cerca de Velletri.

»Francisco II quedó, pues, completamente cercado en Gaeta por la parte de tierra, y su resistencia debía resultar inútil si las grandes potencias no le auxiliaban. Durante algún tiempo se lisonjeó acaso con la esperanza de que este auxilio llegaría, pues el gobierno ruso había llamado á su embajador el 10 de octubre de Turín; la Prusia había vituperado en una nota en términos muy enérgicos la conducta del Piemonte, y el Austria pareció hacer preparativos de guerra y combinar una coalición contra Italia, tanto que Cavour, á fines de octubre, estaba aguardando cada día el comienzo de las hostilidades. Sin embargo, entre el 22 y el 26 de octubre cambió la situación con una entrevista que tuvieron en Varsovia el czar, el emperador de Austria y el príncipe regente de Prusia, que se pusieron de acuerdo sobre la conducta que debían observar en el conflicto italiano. Prevalió en esta conferencia la corriente pacífica, porque Napoleón había hecho declarar en San Petersburgo en términos precisos que no apoyaría á la Italia si atacaba al Véneto, siempre que la Alemania no se mezclara en el asunto. Al mismo tiempo recomendó su idea del congreso; pero el czar y el príncipe regente la consideraron prematura, sin desaprobársela, de suerte que el emperador de Austria se vió obligado á ahogar sus deseos de intervención.»



EL GENERAL MENABREA

La situación del rey de Nápoles se hizo, pues, desesperada; no obstante, quiso llevar la resistencia hasta el último extremo, á pesar de que su situación empeoraba de día en día. Las reclamaciones urgentes del Piamonte y de Inglaterra consiguieron que Napoleón diera orden á su escuadra de retirarse, y entonces quedó Gaeta completamente cercada por mar y por tierra. El general Menabrea activó los trabajos de asedio y además el 17 de diciembre comenzó el bombardeo. La situación de la plaza se hacía de día en día más insostenible, no había esperanza de recibir socorros de ninguna parte, y como á todas las penalidades se agregó la propagación del tífus entre los sitiados, el rey tuvo que resolverse á capitular el 13 de febrero de 1861.

Al evacuar los reyes la plaza, se embarcaron en un vapor francés que los llevó á Terracina, desde donde pasaron á Roma. Toda la guarnición de Gaeta fué hecha prisionera de guerra hasta que se rindieron los dos últimos puntos donde ondeaba todavía la bandera napolitana, la ciudadela de Mesina y el pequeño castillo de Civitella di Tronto, junto á la frontera romana. La primera se rindió el 12 de marzo y el segundo el 20, con lo cual quedó conquistado por los piamonteses el último resto de la monarquía borbónica.

## VIII

## LA EXPEDICIÓN DE SIRIA

En el momento en que Francia abandonaba la causa del Papa en la Umbría y en las Marcas, asumía enérgicamente la defensa de los cristianos de Oriente, y ya que no en los Estados Pontificios, la política de Napoleón III en Siria era la del título con que se honraba de «Hijo primogénito de la Iglesia.»

En este país acababan de ocurrir espantosas matanzas, las cuales habían empezado en las montañas del Líbano y su origen principal podía imputarse á las faltas de la diplomacia europea. En aquellas montañas vivían maronitas y drusos, aquéllos cristianos y reconociendo como protector á Francia, y éstos, que observaban una religión, mezcla del antiguo paganismo oriental unido á ciertas creencias musulmanas, partidarios de Inglaterra, cuyos misioneros recorrían las tribus haciendo algunas conversiones efímeras y ensalzando el poderío de la Gran Bretaña.

La diplomacia europea estuvo ya mal inspirada cuando en 1840 sustrajo la Siria al dominio del virrey de Egipto Mehemet-Alí y cuando en 1843, creyendo asegurar la paz entre maronitas y drusos, hizo que se asignara á cada una de las dos razas y de las dos religiones una administración diferente. No había tenido en cuenta que si unos y otros están separados desde el punto de vista etnográfico y religioso, no lo están siempre por los territorios que ocupan, y tanto que en muchas aldeas viven mezclados. Así pues, la distinción de las dos administraciones, en lugar de mantener la paz, sólo sirvió para multiplicar las causas de animosidad y de querellas. El mismo gobierno otomano que quería destruir el arreglo de 1845 para hacer de la montaña del Líbano un simple pachalik, fomentó el desorden. Dividiendo para reinar, y llevada de un cálculo maquiavélico, opuso los drusos á los maronitas: secundada en esta tarea por los agentes ingleses, celosos de la influencia francesa, organizaba sistemáticamente el desorden y la anarquía.

Desde la paz de París había manifestado la población cristiana de Siria fundadísimas quejas contra la conducta brutal de los mahometanos en varias provincias turcas; pero las potencias occidentales se habían mostrado siempre muy indiferentes ante estas quejas por no dar ocasión á Rusia para mezclarse en tales asuntos. Sólo en un caso mostró el gobierno inglés gran energía, porque de

La situación del rey de Nápoles se hizo, pues, desesperada; no obstante, quiso llevar la resistencia hasta el último extremo, á pesar de que su situación empeoraba de día en día. Las reclamaciones urgentes del Piamonte y de Inglaterra consiguieron que Napoleón diera orden á su escuadra de retirarse, y entonces quedó Gaeta completamente cercada por mar y por tierra. El general Menabrea activó los trabajos de asedio y además el 17 de diciembre comenzó el bombardeo. La situación de la plaza se hacía de día en día más insostenible, no había esperanza de recibir socorros de ninguna parte, y como á todas las penalidades se agregó la propagación del tifus entre los sitiados, el rey tuvo que resolverse á capitular el 13 de febrero de 1861.

Al evacuar los reyes la plaza, se embarcaron en un vapor francés que los llevó á Terracina, desde donde pasaron á Roma. Toda la guarnición de Gaeta fué hecha prisionera de guerra hasta que se rindieron los dos últimos puntos donde ondeaba todavía la bandera napolitana, la ciudadela de Mesina y el pequeño castillo de Civitella di Tronto, junto á la frontera romana. La primera se rindió el 12 de marzo y el segundo el 20, con lo cual quedó conquistado por los piamonteses el último resto de la monarquía borbónica.

## VIII

## LA EXPEDICIÓN DE SIRIA

En el momento en que Francia abandonaba la causa del Papa en la Umbría y en las Marcas, asumía enérgicamente la defensa de los cristianos de Oriente, y ya que no en los Estados Pontificios, la política de Napoleón III en Siria era la del título con que se honraba de «Hijo primogénito de la Iglesia.»

En este país acababan de ocurrir espantosas matanzas, las cuales habían empezado en las montañas del Líbano y su origen principal podía imputarse á las faltas de la diplomacia europea. En aquellas montañas vivían maronitas y drusos, aquéllos cristianos y reconociendo como protector á Francia, y éstos, que observaban una religión, mezcla del antiguo paganismo oriental unido á ciertas creencias musulmanas, partidarios de Inglaterra, cuyos misioneros recorrían las tribus haciendo algunas conversiones efímeras y ensalzando el poderío de la Gran Bretaña.

La diplomacia europea estuvo ya mal inspirada cuando en 1840 sustrajo la Siria al dominio del virrey de Egipto Mehemet-Alí y cuando en 1843, creyendo asegurar la paz entre maronitas y drusos, hizo que se asignara á cada una de las dos razas y de las dos religiones una administración diferente. No había tenido en cuenta que si unos y otros están separados desde el punto de vista etnográfico y religioso, no lo están siempre por los territorios que ocupan, y tanto que en muchas aldeas viven mezclados. Así pues, la distinción de las dos administraciones, en lugar de mantener la paz, sólo sirvió para multiplicar las causas de animosidad y de querellas. El mismo gobierno otomano que quería destruir el arreglo de 1845 para hacer de la montaña del Líbano un simple pachalik, fomentó el desorden. Dividiendo para reinar, y llevada de un cálculo maquiavélico, opuso los drusos á los maronitas: secundada en esta tarea por los agentes ingleses, celosos de la influencia francesa, organizaba sistemáticamente el desorden y la anarquía.

Desde la paz de París había manifestado la población cristiana de Siria fundadísimas quejas contra la conducta brutal de los mahometanos en varias provincias turcas; pero las potencias occidentales se habían mostrado siempre muy indiferentes ante estas quejas por no dar ocasión á Rusia para mezclarse en tales asuntos. Sólo en un caso mostró el gobierno inglés gran energía, porque de

ningún modo podía permanecer indiferente: cuando en junio de 1858 fueron asesinados en Dejeddah, puerto de la Meca, gran número de cristianos, entre ellos los cónsules de Francia é Inglaterra. Entonces el gobierno inglés envió un buque de guerra que bombardeó la ciudad é hizo un escarmiento terrible. Lo que desde entonces sucedió á los cristianos en la Bosnia, Albania y otras provincias, no movió á las potencias occidentales; pero cuando Rusia pidió urgentemente en mayo de 1860 una investigación de la situación insoportable de los cristianos, se tranquilizaron con saber que el sultán enviaba á su gran visir Kiprisli-bajá á la Rumelia para investigar los sucesos y castigar á los culpables.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que en el Líbano reinaba sorda agitación, fomentada tanto por la antipatía entre drusos y maronitas cuanto por el bajá que la Puerta tenía en Beiruth, llamado Kurchid, el cual era amigo de los drusos, sostenía relaciones con sus jefes, excitaba sus pasiones religiosas y los alentaba secretamente al combate. La actitud que las tropas turcas podría observar en caso de guerra civil era fácil de prever. Su fanatismo les impulsaría contra los cristianos, como también su codicia, porque hacía muchos meses que no se las pagaba y estarían ávidas de compensar con los despojos de los maronitas los atrasos en sus pagas. Además junto á los batallones de tropas regulares estaban las irregulares, los temibles bachi-buzuks, que destruirían seguramente lo que los drusos pudieran respetar.

A fines de 1859, como se presentasen más amenazadores los síntomas de la crisis, los comerciantes cristianos de Beyruth enviaron previsores avisos á sus hermanos de la Montaña, aconsejándoles que estuvieran sobre aviso y sobre todo que procuraran armarse. Pero las autoridades turcas, al mismo tiempo que habían permitido todo el invierno á los drusos pertrecharse de armas y municiones, impidieron á los maronitas que salieran de sus aldeas con sus armas acostumbradas, sin las cuales ningún hombre prudente debía dar un paso.

Cuando el gobierno juzgó que los drusos habían terminado sus preparativos, retiró precipitadamente de Siria todas las tropas regulares, dejando en Damasco, la capital, ciudad de ciento cincuenta mil almas, una guarnición de trescientos soldados únicamente.

El 29 de mayo de 1860 estalló la conjuración. El ataque contra los cristianos empezó por la aldea de Beit-Meri, situada á pocas leguas de Beyruth; luego la devastación se extendió á todo el Meten. Pocos días después ocurrieron análogas escenas de matanza en el valle superior del Jordán, en Hasbeia, Rascheya, Zalek, Deir-el Kamar, etc.; en todas partes fueron degollados los cristianos sorprendidos y poco menos que indefensos, destruidas las iglesias é incendiadas las casas, cometiendo los feroces drusos increíbles atrocidades, hasta el punto de que en tres días destruyeron treinta y dos pueblos y de que en pocos más el número de víctimas llegara á calcularse en treinta mil, sin que el gobernador Kurchid hiciera nada para contener la matanza, á pesar de que á la primera noticia de las turbulencias salió de Beyruth con tropas, estableciéndose tran-

quilamente al pie de la Montaña, desde donde fué testigo impasible de cuanto ocurría. Hasta hubo casos en que la punible indiferencia de las autoridades turcas tomó la forma de aprobación manifiesta y de cooperación.

En Constantinopla pareció causar tanto disgusto como en realidad lo causó en toda Europa la noticia de tamañas atrocidades, que se habían llevado á cabo cuando todavía los gobernantes turcos se ufanaban de su imaginario triunfo por haber rechazado, con el auxilio de los gobiernos francés é inglés, el deseo de la Rusia de investigar por comisarios de las grandes potencias la crítica situación de los cristianos en el imperio turco. Las terribles escenas ocurridas en el Líbano demostraron desde luego que las quejas del gabinete de San Petersburgo eran muy fundadas.

El gobierno turco comprendió que debía apresurarse á tomar disposiciones si quería evitar una intervención armada, y el 8 de julio envió al ministro de Negocios extranjeros, Fuad-bajá, con diez y seis mil hombres y amplios poderes á la Siria. Pero precisamente el 9 se renovaron de un modo horroroso las atrocidades en Damasco, donde se había refugiado gran número de fugitivos del Líbano. En Damasco no había drusos ni maronitas, por consiguiente los autores de la catástrofe que allí ocurrió fueron los musulmanes fanáticos. El barrio cristiano, en el que, además de su población acostumbrada, se habían guarecido innumerables personas, fué acometido por los mahometanos, y por espacio de seis días continuaron allí la matanza y los incendios, los saqueos y demás horrores; corrió la sangre á torrentes; los agentes de policía y los bachi-buzuks, en lugar de mantener el orden, mataron y robaron. El consulado de Rusia fué el primero atacado, y luego siguieron los viceconsulados holandés, belga y americano. Todos los Padres de Tierra Santa perecieron en su convento, y en una palabra, durante aquellos seis días más de seis mil personas fueron degolladas en la ciudad. Mayores hubieran sido los asesinatos si el célebre emir Abd-el-Kader, que estaba establecido en Damasco desde que Napoleón III le concedió la libertad, no hubiera protegido á las personas refugiadas en su palacio é inducido al inactivo gobernador Achmet-bajá á abrir la ciudadela para que se refugiaran en ella los cristianos que pudieran escapar de la matanza.

Fuad-bajá, á fines de agosto, hizo vigorosa justicia mandando ejecutar doscientas sentencias de muerte y fusilar también al gobernador; pero cuando el jefe turco practicó este acto tardío de justicia, se verificó ya la intervención de las potencias cristianas.

Hasta el 16 de julio no se recibió en París la noticia de las matanzas de Damasco. Al punto pasó M. de Thouvenel á Saint-Cloud donde estaba el emperador y le dió cuenta de lo sucedido. La indecisión no fué larga. A Napoleón le gustaban las causas caballerescas: defender al oprimido le parecía como el más noble atributo del poder. En el momento en que el clero censuraba su conducta en los asuntos de Italia, creía propicia la ocasión de enviar sus tropas en socorro de los cristianos de Oriente y de hacer revivir las gloriosas tradicio-



nes de las Cruzadas. Pero no podía lograrlo sino luchando con los celos y las desconfianzas británicas. Thouvenel había participado al embajador inglés lord Cowley la resolución del emperador de enviar un cuerpo de ejército á Siria en virtud de los tratados y de acuerdo con las potencias, incluso Turquía; lord Cowley dió cuenta de esta decisión á su gobierno, el cual temeroso de que el emperador aprovecharse aquella coyuntura, no para auxiliar á los cristianos, sino con otra mira más interesada y ambiciosa, presentó al proyecto toda clase de objeciones. Por su parte, el gobierno turco manifestó al inglés que las tropas extranjeras sólo debían intervenir si las fuerzas turcas no resultasen suficientes para restablecer el orden y solicitaran la cooperación del cuerpo expedicionario. El gobierno francés rechazó esta pretensión con toda energía, y entonces redujo el gobierno inglés sus objeciones á que la expedición durara sólo seis meses.

El 3 de agosto se reunieron en París los embajadores de las cinco grandes potencias, y redactaron un acta en la cual recordaban á la Puerta la gran importancia que se había dado en el tratado de paz de París al decreto del sultán de 1856, y en su virtud expresaban el deseo de que se introdujeran reformas en el gobierno turco. Convinieron además en que se enviara á Siria un cuerpo de seis mil franceses, reservándose el envío de otro cuerpo de seis mil hombres de otra potencia si resultara necesario para conseguir el propósito del restablecimiento del orden. Napoleón III debía obrar no tanto en su propio nombre cuanto en calidad de mandatario de la Europa y de mandatario desinteresado. Finalmente, dando oídos á las desconfianzas de la Gran Bretaña, se estipuló que la duración de la ocupación no excedería de seis meses.

Habíase preparado de antemano una fuerza de seis mil hombres en el campamento de Chalóns y confiándose el mando al general Beaufort d'Hatpoul, que había servido algún tiempo en Oriente á las órdenes de Ibrahim-bajá y conocía por tanto el país. Los regimientos franceses salieron del campamento el 7 de agosto y el 16 desembarcaron en Beyruth.

El emperador los despidió con un manifiesto en que decía, al final, que en cualquiera parte donde se mostraba la bandera francesa iba precedida de un gran objeto y seguida por un gran pueblo.

Fuad-bajá, el comisario nombrado por el sultán, necesitaba ser vigilado de cerca si se quería que los autores de las matanzas fuesen castigados. Con una mezcla de flojedad y de vigor había sentenciado á algunos á su llegada á Damasco, pero á los culpables de elevada categoría se les dejó en libertad. Temeroso de ver al ejército francés penetrar en Damasco, la ciudad santa, lo que á los ojos de los musulmanes hubiera sido un grave escándalo, Fuad se decidió á mandar ejecutar al gobernador Achmet, que había cometido la falta de hablar demasiado y de sostener que se había atendido á las órdenes recibidas de Constantinopla. Así pues, Achmet fué reducido á prisión, incomunicado, juzgado sumariamente, condenado á la pena capital y ejecutado en secreto, lo cual per-

mitió á Fuad decir á Europa que no había tenido piedad y hacer creer á los musulmanes que sólo se había hecho un simulacro de muerte.

Una vez hecho esto, Fuad volvió á Beyruth el 11 de septiembre, donde se encontró con el ejército francés. Ante la resolución inquebrantable del general Beaufort d'Hatpoul de ir al Líbano á buscar á los drusos culpables con ó sin el concurso de los turcos, tuvo que resignarse á emprender una expedición en común. Los franceses deberían encaminarse hacia Deir-el-Kamar, y desde allí explorarían la montaña, mientras que los turcos marcharían hacia el Sur, franquearían las crestas del Líbano, cortarían á las partidas drusas todavía en armas la retirada hacia el Haurán, y las arrojarían sobre las tropas francesas. Tal era el plan adoptado; pero Fuad-bajá, que contaba con Inglaterra, decidida sin duda á salvar á los drusos, se proponía frustrarlo.

El 26 de septiembre, los franceses llegaron á Deir-el-Kamar y se dedicaron á socorrer á las víctimas mientras llegaba el momento en que pudieran vengarlas. Los turcos, por su parte, pasaron el Líbano, y luego, conforme se había convenido, se situaron en las salidas que guardaban el acceso al Haurán; pero llegaron con la suficiente tardanza para que los drusos tuvieran tiempo de escapar. Fuad no se desconcertó por esto, y como los franceses que á su vez acababan de atravesar la Montaña, aguardaban la señal convenida, invitó tranquilamente al general Beaufort á restringir el círculo de sus operaciones. Para explicar el mal resultado de aquélla, objetó la naturaleza de los lugares, que no le permitía interceptar los pasos á las pequeñas partidas indígenas.

En vista de esto, no les restaba á los franceses más que continuar su paseo militar ó más bien paseo de beneficencia, porque pasaron por diferentes pueblos auxiliando á los mcnscrosos. Al disgusto causado por el malogro de la empresa se agregó para el general en jefe otra contrariedad. Algunos maronitas, viéndose protegidos, no resistieron á la tentación de vengar el asesinato de los suyos y mataron algunos drusos aislados. En seguida el cónsul británico formuló vivas protestas, de suerte que el general Beaufort, en el momento en que los drusos se le escapaban, se vió acusado de dejarlos inmolar.

Mientras tanto habían llegado á Beyruth los individuos de una comisión europea nombrada por Francia, Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia á excitación de Thouvenel. Su misión tenía tres objetos: velar por las represiones, asegurar las indemnizaciones y revisar la organización administrativa. La comisión recorrió el país pudiendo convencerse *de visu* de que no se había exagerado nada relativamente á la extensión de los desastres y de la urgente necesidad de aplicar remedio. Con este objeto desde el 5 de octubre celebró varias sesiones con asistencia, aunque no asidua, de Fuad-bajá, que suscitaba mañosamente toda clase de entorpecimientos y dilaciones á fin de ganar tiempo, reducir las represiones á su menor expresión y dar lugar á que se cumpliera el plazo fijado para el regreso de la expedición francesa. Con el auxilio del representante inglés lord Dufferin consiguiólo en gran parte, de suerte que la comisión

aún no se había puesto de acuerdo en muchos puntos cuando expiró aquel plazo. Thouvenel pidió un aplazamiento de la ocupación, al cual accedieron las potencias, y se fijó el 5 de junio de 1861 como término de ella. Finalmente la Puerta se obligó á pagar setenta y cinco millones de piastras para indemnizar á los cristianos, llamó á Fuad-bajá, que hubo de retirarse sin que su política astuta recibiera toda su recompensa, y nombró gobernador del Líbano á Daud-bajá, armenio católico á cuyas órdenes se puso la milicia indígena para mantener el orden.

La expedición había concluído. En todo este asunto, Francia fué la única potencia que se puso por encima de todos los antagonismos vulgares; no había hecho caso de las rivalidades ó la intriga, y se dedicó á servir la causa de la civilización y de la humanidad. La idea de la intervención brotó, por decirlo así, del corazón de la Francia cristiana: Napoleón se hizo eco de la opinión pública y envió sus tropas en auxilio de los cristianos de Siria. El 5 de junio terminó el reembarque de estas tropas, que regresaron á Francia, ya que no cargadas de laureles militares, pues no tuvieron ocasión de disparar un tiro, al menos acompañadas, por su caritativo comportamiento, de las bendiciones de los infelices cristianos á quienes habían ido á proteger.

La expedición de Siria, aun en sus limitadas proporciones y en sus resultados incompletos, es una de los mejores actos del reinado de Napoleón III.

## IX

## EL DECRETO DE 24 DE NOVIEMBRE

Mientras se desarrollaban los sucesos de Italia y se efectuaban las expediciones de China y de Siria que quedan narradas en los anteriores capítulos, la vida en París era tan brillante, ó más si cabe, como desde el principio del Imperio. La alta sociedad parisiense lucía sus galas en los salones, abiertos para continuas fiestas, y la emperatriz daba la norma y el ejemplo para ellas, favoreciendo así el comercio y la industria que nunca como en aquellos días habían hecho tan importantes negocios.

Aparte de esto, el emperador y la emperatriz visitaron en septiembre las nuevas provincias anexionadas, así como la isla de Córcega, cuna de la dinastía imperial, extendiendo su excursión á Argel. En todas partes fueron recibidos con grande entusiasmo, y así las alocuciones de las autoridades como las delirantes manifestaciones de los pueblos les demostraron el arraigo que el segundo Imperio había alcanzado en todos los puntos por donde pasaban.

Pero estos festejos, estos calurosos recibimientos, estas pruebas de simpatía, debían en breve ceder el puesto, en el corazón de la emperatriz especialmente, á crueles sinsabores, á duelos y quebrantos, demostrando así lo deleznable de las cosas humanas. Durante la travesía de la comitiva imperial desde Ajaccio á Argel había fallecido en París la duquesa de Alba, hermana de la emperatriz Eugenia, á quien ésta quería entrañablemente. Las fatigas causadas por la enfermedad de uno de sus hijos menoscabaron su salud; se la condujo á París para consultar á uno de los mejores médicos; pero el mal desafiaba ya los recursos del arte, y aquella dama de treinta y cinco años desapareció del mundo en todo el esplendor de su belleza.

Mientras navegaba desde Argel hasta las playas de Francia, la emperatriz ignoraba que no volvería á ver á su hermana. Encerrada en su camarote, jamás subía á cubierta, tanto más cuanto que la navegación fué muy penosa y hasta peligrosa por el mal estado del mar. El comandante del vapor *Aguila* en el que iban los emperadores, á la vista del golfo de Lyon se mostró preocupado de las dificultades que presentaba aquel paso difícil con tan mal tiempo, y por eso hizo que se propusiera al emperador hacer rumbo á Portvendres para evitar la travesía del golfo. Napoleón, que estaba muy mareado y deseaba desembarcar en cualquier parte cuanto antes, aprobó la proposición.

aún no se había puesto de acuerdo en muchos puntos cuando expiró aquel plazo. Thouvenel pidió un aplazamiento de la ocupación, al cual accedieron las potencias, y se fijó el 5 de junio de 1861 como término de ella. Finalmente la Puerta se obligó á pagar setenta y cinco millones de piastras para indemnizar á los cristianos, llamó á Fuad-bajá, que hubo de retirarse sin que su política astuta recibiera toda su recompensa, y nombró gobernador del Líbano á Daud-bajá, armenio católico á cuyas órdenes se puso la milicia indígena para mantener el orden.

La expedición había concluído. En todo este asunto, Francia fué la única potencia que se puso por encima de todos los antagonismos vulgares; no había hecho caso de las rivalidades ó la intriga, y se dedicó á servir la causa de la civilización y de la humanidad. La idea de la intervención brotó, por decirlo así, del corazón de la Francia cristiana: Napoleón se hizo eco de la opinión pública y envió sus tropas en auxilio de los cristianos de Siria. El 5 de junio terminó el reembarque de estas tropas, que regresaron á Francia, ya que no cargadas de laureles militares, pues no tuvieron ocasión de disparar un tiro, al menos acompañadas, por su caritativo comportamiento, de las bendiciones de los infelices cristianos á quienes habían ido á proteger.

La expedición de Siria, aun en sus limitadas proporciones y en sus resultados incompletos, es una de los mejores actos del reinado de Napoleón III.

## IX

## EL DECRETO DE 24 DE NOVIEMBRE

Mientras se desarrollaban los sucesos de Italia y se efectuaban las expediciones de China y de Siria que quedan narradas en los anteriores capítulos, la vida en París era tan brillante, ó más si cabe, como desde el principio del Imperio. La alta sociedad parisiense lucía sus galas en los salones, abiertos para continuas fiestas, y la emperatriz daba la norma y el ejemplo para ellas, favoreciendo así el comercio y la industria que nunca como en aquellos días habían hecho tan importantes negocios.

Aparte de esto, el emperador y la emperatriz visitaron en septiembre las nuevas provincias anexionadas, así como la isla de Córcega, cuna de la dinastía imperial, extendiendo su excursión á Argel. En todas partes fueron recibidos con grande entusiasmo, y así las alocuciones de las autoridades como las delirantes manifestaciones de los pueblos les demostraron el arraigo que el segundo Imperio había alcanzado en todos los puntos por donde pasaban.

Pero estos festejos, estos calurosos recibimientos, estas pruebas de simpatía, debían en breve ceder el puesto, en el corazón de la emperatriz especialmente, á crueles sinsabores, á duelos y quebrantos, demostrando así lo deleznable de las cosas humanas. Durante la travesía de la comitiva imperial desde Ajaccio á Argel había fallecido en París la duquesa de Alba, hermana de la emperatriz Eugenia, á quien ésta quería entrañablemente. Las fatigas causadas por la enfermedad de uno de sus hijos menoscabaron su salud; se la condujo á París para consultar á uno de los mejores médicos; pero el mal desafiaba ya los recursos del arte, y aquella dama de treinta y cinco años desapareció del mundo en todo el esplendor de su belleza.

Mientras navegaba desde Argel hasta las playas de Francia, la emperatriz ignoraba que no volvería á ver á su hermana. Encerrada en su camarote, jamás subía á cubierta, tanto más cuanto que la navegación fué muy penosa y hasta peligrosa por el mal estado del mar. El comandante del vapor *Aguila* en el que iban los emperadores, á la vista del golfo de Lyon se mostró preocupado de las dificultades que presentaba aquel paso difícil con tan mal tiempo, y por eso hizo que se propusiera al emperador hacer rumbo á Portvendres para evitar la travesía del golfo. Napoleón, que estaba muy mareado y deseaba desembarcar en cualquier parte cuanto antes, aprobó la proposición.

Efectuóse el desembarco el 21 de septiembre; pero como nadie tenía noticia de la llegada de los emperadores, no los esperaba ningún carruaje, y gracias á un tendero de comestibles y á un carnicero se requisaron medios de locomoción para ir á Perpiñán á tomar el ferrocarril.

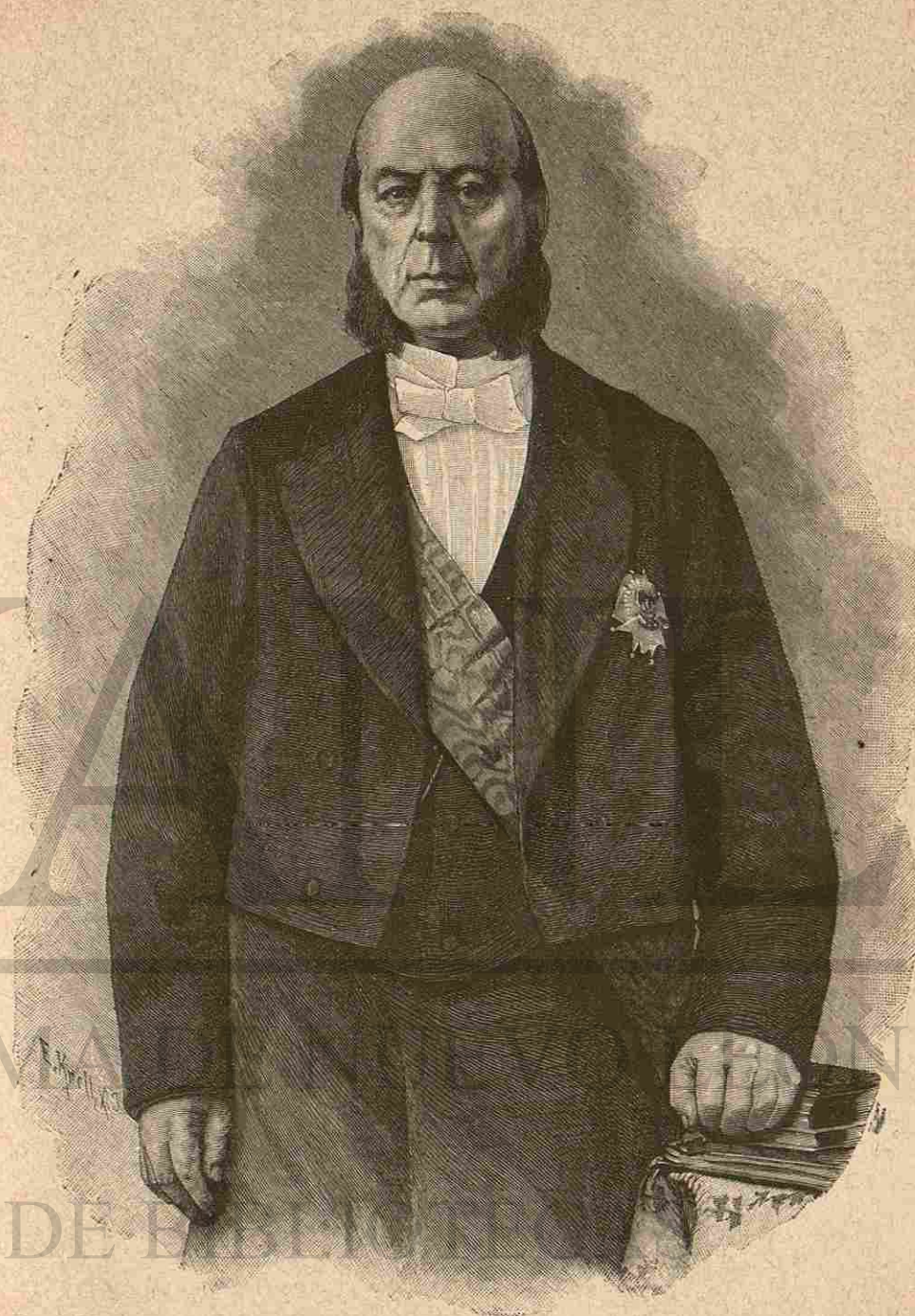
El emperador no creyó poder ocultar más tiempo á la emperatriz la muerte de su hermana. En el momento en que ponía el pie en el suelo de Francia, la infortunada soberana supo la funesta noticia y su aflicción no tuvo límites. Luego se puso en camino con su esposo y sus damas en los cuatro carricoches que fué posible encontrar. Los ayudantes de campo y el personal indispensable se acomodaron con los cocheros.

«Así acabó, dice el general Fleury, el viaje triunfal de Niza, de Córcega y de Argel. ¡Qué lección! Por espacio de un largo mes todo habían sido aclamaciones entusiastas, fiestas, bailes, banquetes, paseos en esos dorados carruajes que la muchedumbre admira, y para terminar esta odisea, casi un naufragio! ¡Un barco suntuoso, construído bajo la dirección de Dupuy de Lome, el «constructor de genio» como le ha llamado el emperador, que no puede aventurarse á hacer sin peligro la travesía del golfo de Lyon! ¡Cómo tienen su reverso las medallas de las grandezas humanas! Cuando ocurren estos cambios, ¡cómo deberían reflexionar los príncipes sobre estas advertencias del cielo! Si las olas son movedizas, la fortuna es también inconstante.»

El 22 de septiembre llegaban SS. MM. á Saint Cloud, donde los esperaba su hijo; pero nada podía consolar á la emperatriz. Entonces escribió á la condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie que le había enviado su pésame: «¡Si supiera usted lo que he sufrido en estos últimos tiempos, mi inquietud constante durante mi viaje y mi permanencia en Argel! En fin, no encontrar al llegar más que la casa vacía, sin tener siquiera el consuelo de abrazar su cuerpo inanimado, todo esto constituye un breve resumen de lo que cuestan las elevadas posiciones en la tierra. A menudo se llega á ellas pisoteando nuestro propio corazón. Por esto me pregunto á veces si los bienes de la tierra valen las penas que uno se toma por conservarlos.»

Además de la muerte de su hermana, la emperatriz tenía otros disgustos: el 18 de septiembre, la víspera de su partida de Argel, el ejército del Papa, del padrino de su hijo, había sido derrotado por los piemonteses en Castelfidardo, y algunos días antes, los reyes de Nápoles, cuyas desgracias le inspiraban la mayor simpatía, tuvieron que salir de su capital, en la que entraba Garibaldi, personificación de la revolución triunfante.

Entristecida y desalentada, tomó de pronto una resolución que causó vivo asombro. En el momento en que los médicos reconocían en ella un estado de ánimo que ejercía funesta influencia en su salud, se resolvió á emprender un largo viaje para distraer en lo posible su pesadumbre; pero quería hacer este viaje de incógnito, sin pompa, sin etiqueta, como simple particular. En su consecuencia el 14 de noviembre salió de Saint-Cloud, acompañada únicamente de



BAROCHE, VICEPRESIDENTE DEL CONSEJO DE ESTADO

su caballerizo el marqués de Lagrange, y de sus damas de honor Mad. de Saulcy y la condesa de Montebello, y al llegar á París se encaminó directamente á la estación del ferrocarril del Norte, donde el marqués de Lagrange tomó en el despacho los billetes para ella y las personas de su comitiva. Su objeto era ir á Inglaterra viajando como una señora particular con el título, que después ha usado en sus viajes, de condesa de Pierrefonds. Cuando llegó á Londres, ni el conde de Persigny ni ningún individuo de la embajada la esperaban, y recorrió la ciudad en un coche de alquiler sin que nadie la conociera.

Hizo una excursión por Inglaterra y por Escocia, pero no pudo guardar mucho tiempo el incógnito, y dondequiera que fué reconocida, las poblaciones le hicieron una afectuosa acogida. Esta fué tanto más significativa en Mánchester cuanto que no se la esperaba en la gran ciudad manufacturera, y cuando salió de ella la saludaron desde la fonda hasta la estación los gritos y aclamaciones de millares de personas. Otro tanto sucedió en Leamington. En Londres la recibió al apearse del tren el príncipe consorte, quien la acompañó en un coche de palacio hasta el de Windsor donde la aguardaba la reina. En fin, colmada de agasajos y de atenciones por parte de la corte y de manifestaciones de simpatía por la del pueblo inglés, la emperatriz Eugenia regresó á París bastante aliviada, después de un viaje que había durado un mes.

Durante su ausencia el emperador había adoptado una grave resolución, introduciendo un cambio considerable en el régimen parlamentario francés: de esta época data el decreto del 24 de noviembre, es decir, la primera, la más importante de las evoluciones sucesivas que transformaron el Imperio autoritario en Imperio liberal.

Este decreto, como el tratado de comercio con Inglaterra, fué una sorpresa, un verdadero golpe teatral. La antigua oposición se veía completamente desarmada, reinaba el silencio en torno de las instituciones imperiales, nadie esperaba ninguna reforma, cuando el emperador, obrando *motu proprio*, promulgó dicho decreto.

Este dejaba intacta en todas sus partes esenciales la constitución de 1852. A pesar de las excitaciones de los periodistas, ganosos, como era natural, de mayor libertad, no modificaba el decreto sobre imprenta, ni ningún otro de los reglamentos restrictivos publicados al principio del Imperio. Tan sólo tenía relación con las Cámaras.

He aquí cómo lo analiza M. de la Gorce, uno de los más competentes historiadores del segundo imperio:

«Un antiguo uso de la monarquía parlamentaria autorizaba á las Cámaras á redactar un Mensaje en contestación al discurso pronunciado por el monarca al principio de cada legislatura. La discusión de este Mensaje permitía á los diputados recorrer todo el ciclo de la política interior ó exterior, expresar al soberano sus felicitaciones ó sus pesames, y asociar, mediante la lata publicidad de las sesiones ó de los discursos, á la nación entera á sus pensamientos. Al supri-

mir la legislación de 1852 este uso y al proscribir además el derecho de interpelación, no había dejado á los elegidos del sufragio universal ningún medio de abordar la política general... La disposición principal del decreto del 24 de noviembre era el restablecimiento del Mensaje, ya en la Cámara ó ya en el Senado. Así pues, el Cuerpo legislativo, preservado hasta entonces cuidadosamente de



M. Billault, ministro francés

todas las tentaciones de la publicidad, tendría una vez al año el derecho de hacerse eco de los deseos del país, de pasarlos revista y de hacerlos llegar hasta los pies del trono.

»Seguía otra innovación no menos notable. Desde 1852 el gobierno se había dedicado, con arte maquiavélico, si no á prohibir la elocuencia, por lo menos á evitar que trascendiera fuera de las Cámaras. Allí donde el público buscaba discursos, no encontraba más que actas ó ligeros extractos de sesiones; así fué que en breve se acostumbro á no buscar nada, y únicamente en los últimos tiempos la importancia de las cuestiones debatidas había despertado cierta curiosidad.

»El decreto imperial restablecía la reproducción íntegra de los debates por medio de la taquigrafía, con lo cual el país recogería, vibrante aún, la pala-

bra de los diputados y participaría de todas las emociones que esta palabra suscitaría.

»Otro de los artículos del decreto tenía por objeto facilitar el derecho de enmienda, al que tan incómodas trabas se habían puesto en 1852.

»La última disposición acababa por marcar la tendencia del emperador á sacar al Cuerpo legislativo de su situación un poco subalterna. Hasta entonces el gobierno había tenido por representantes en las Cortes simples consejeros de Estado, casi todos de bastante talento, pero investidos de un mandato restringido y sin deseo ni derecho de ampliarlo. Unicamente M. Baroche parecía el intérprete autorizado del pensamiento imperial. El decreto del 24 de noviembre creaba, con el título de «ministros sin cartera,» verdaderos abogados defensores del poder. Estos elevados personajes, exentos, como su título lo indicaba, de todo cuidado administrativo, debían tener una sola misión; asimilar se la política gubernamental, reunir todos los documentos á propósito para ilustrarla, y luego desarrollarla y hacerla prevalecer en las Asambleas. Por una separación bastante singular de las cosas, habría dos clases de ministros, unos para los negocios, que no hablarían nunca, y otros para las discusiones, que estarían siempre presentes; y esta creación de oradores titulares, destinados únicamente á la elocuencia, no dejaba de chocar algo con un régimen tan desdeñoso de la ostentación oratoria. Los ministros sin cartera fueron M. Baroche, que no cambiaba de cometido, puesto que hacía mucho tiempo era el defensor del gobierno ante las Cámaras; M. Magne, envejecido en los más altos empleos y de consumada experiencia en las cuestiones financieras; en fin, M. Billault, que hasta su muerte debía ser el flexible y brillante órgano de la política imperial.

»Estas elecciones indicaban por sí solas el puesto que los debates parlamentarios iban á recobrar en la vida del país.»

Con el decreto del 24 de noviembre coincidieron varios cambios en las personas y en las atribuciones ministeriales. Se suprimió el ministerio de la Argelia, siendo reemplazado por un gobierno general que tuvo su residencia en Argel y fué confiado al mariscal Pelissier, duque de Malakoff. El ministerio de la Casa del emperador fué separado del ministerio de Estado, nombrándose para él al mariscal Vaillant. El conde Walewski fué nombrado ministro de Estado en reemplazo de M. Fould que había presentado su dimisión, y se agregó á su ministerio el de Bellas Artes. El marqués de Chasseloup Laubat obtuvo la cartera de Marina y de las Colonias, y por fin el conde de Persigny y M. Forcade de la Roquette substituyeron, el uno en el Interior y el otro en Hacienda, á Billault y Magne, nombrados, como queda dicho, ministros sin cartera.

Entre los imperialistas, unos aceptaron sinceramente la evolución que iniciaba el decreto; otros lo acogieron con reserva, y á algunos les pareció inútil y hasta peligroso: los demócratas juzgaban la restitución incompleta y tardía, y en cuanto á los legitimistas, orleanistas, católicos liberales, constitucionales

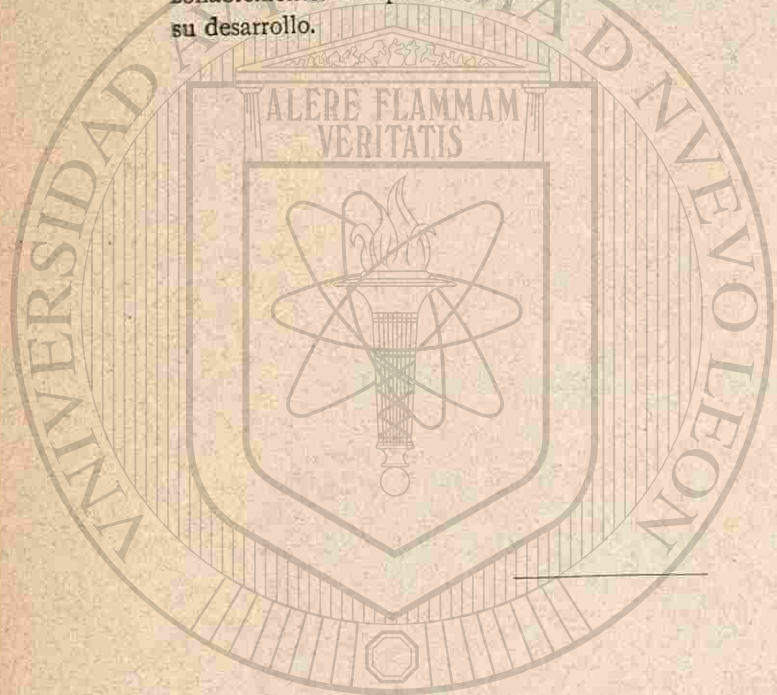


M. FORCADE DE LA ROQUETTE,

ministro de Hacienda

de toda clase, estaban entonces demasiado encolerizados por los asuntos de Italia, para apreciar favorablemente una medida que respondía á sus aspiraciones.

En la mente del emperador era un ensayo leal: quería acostumbrar poco á poco á la Francia á la libertad para ver si sabría usar de ella fructuosa y razonablemente: la experiencia le decidiría ó á limitar las reformas ó á proseguir su desarrollo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

## X

## LAS COLONIAS FRANCESAS

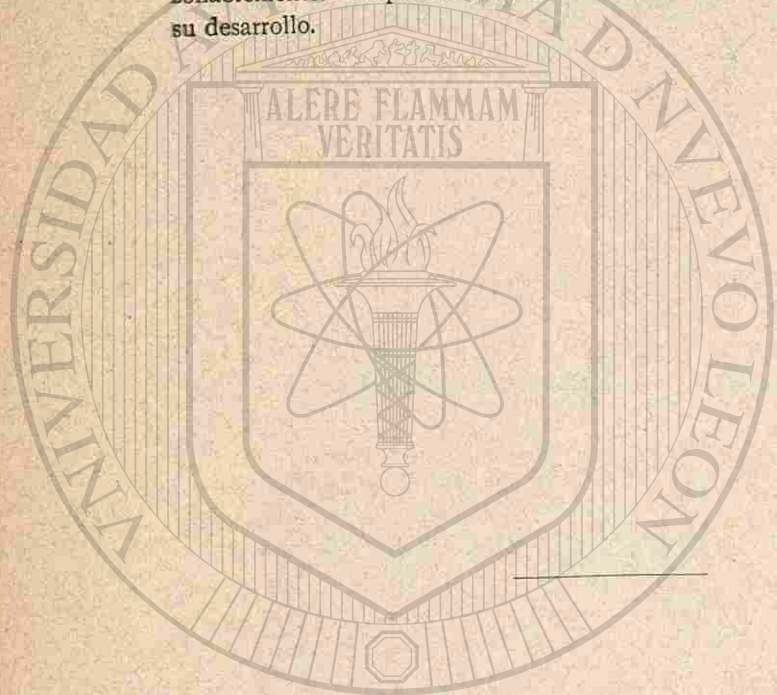
Después de la visita que Napoleón III hizo en el verano de 1860 á Saboya, Niza, Córcega y Argel, se encerró en su concha, según expresión de lord Cowley, y trabajó activamente en la obra que había emprendido sobre la historia de César que á tantos comentarios de diferente naturaleza dió lugar en la prensa francesa y extranjera. Sin perjuicio de estas tareas literarias, ocupóse también en mejorar el estado del ejército, y en ver si podía aflojar algún tanto las riendas del gobierno, comenzando por el decreto del 24 de noviembre, del que se ha hecho mención en el anterior capítulo.

Muy al revés de lo que pensaba la opinión pública, Napoleón había reconocido en la campaña de Italia de 1859 que la situación militar de Francia dejaba bastante que desear y que no habría sido posible á su gobierno poner sobre las armas otro ejército para tomar la ofensiva, en caso necesario, junto al Rhin, además de los ciento veinte mil hombres que habían sido enviados á Italia. Con este motivo había pedido ya en febrero de 1860 á su ministro de la Guerra, el general Randón, proyectos de reforma, diciéndole que era preciso establecer una nueva base para que se hiciera con más prontitud y mayor facilidad el pase del pie de paz al de guerra, así como estudiar muy particularmente la organización de las reservas de caballería y artillería. Así se hizo: se tuvieron largas discusiones muy secretas, pero no se llegó á ningún resultado, ya porque lo crecido de los gastos asustara al emperador, ó ya por no perjudicar la gran opinión que en todas partes se tenía formada del ejército. Pero al fin hubo que vencer este último escrúpulo en noviembre del año siguiente y confesar públicamente que Francia había desarmado 400.000 hombres para reducir su fuerza permanente al pie de paz, pero que en este estado necesitaba tener forzosamente 400.000 hombres para poder disponer de 650.000 en caso de guerra, y que estas cifras de 400.000 y 650.000 eran las cantidades mínimas de que ningún gobierno podía prescindir en Francia. No obstante, tampoco se hicieron entonces las reformas proyectadas, y en 1866 el mismo emperador olvidó aquellos números mínimos, reduciendo el efectivo del ejército para aquel año á 389.000 hombres.

Esta disminución continuada podía servir de prueba de que el emperador no meditaba en aquellos años ninguna guerra europea, y no menos lo probaron

de toda clase, estaban entonces demasiado encolerizados por los asuntos de Italia, para apreciar favorablemente una medida que respondía á sus aspiraciones.

En la mente del emperador era un ensayo leal: quería acostumbrar poco á poco á la Francia á la libertad para ver si sabría usar de ella fructuosa y razonablemente: la experiencia le decidiría ó á limitar las reformas ó á proseguir su desarrollo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

## X

## LAS COLONIAS FRANCESAS

Después de la visita que Napoleón III hizo en el verano de 1860 á Saboya, Niza, Córcega y Argel, se encerró en su concha, según expresión de lord Cowley, y trabajó activamente en la obra que había emprendido sobre la historia de César que á tantos comentarios de diferente naturaleza dió lugar en la prensa francesa y extranjera. Sin perjuicio de estas tareas literarias, ocupóse también en mejorar el estado del ejército, y en ver si podía aflojar algún tanto las riendas del gobierno, comenzando por el decreto del 24 de noviembre, del que se ha hecho mención en el anterior capítulo.

Muy al revés de lo que pensaba la opinión pública, Napoleón había reconocido en la campaña de Italia de 1859 que la situación militar de Francia dejaba bastante que desear y que no habría sido posible á su gobierno poner sobre las armas otro ejército para tomar la ofensiva, en caso necesario, junto al Rhin, además de los ciento veinte mil hombres que habían sido enviados á Italia. Con este motivo había pedido ya en febrero de 1860 á su ministro de la Guerra, el general Randón, proyectos de reforma, diciéndole que era preciso establecer una nueva base para que se hiciera con más prontitud y mayor facilidad el pase del pie de paz al de guerra, así como estudiar muy particularmente la organización de las reservas de caballería y artillería. Así se hizo: se tuvieron largas discusiones muy secretas, pero no se llegó á ningún resultado, ya porque lo crecido de los gastos asustara al emperador, ó ya por no perjudicar la gran opinión que en todas partes se tenía formada del ejército. Pero al fin hubo que vencer este último escrúpulo en noviembre del año siguiente y confesar públicamente que Francia había desarmado 400.000 hombres para reducir su fuerza permanente al pie de paz, pero que en este estado necesitaba tener forzosamente 400.000 hombres para poder disponer de 650.000 en caso de guerra, y que estas cifras de 400.000 y 650.000 eran las cantidades mínimas de que ningún gobierno podía prescindir en Francia. No obstante, tampoco se hicieron entonces las reformas proyectadas, y en 1866 el mismo emperador olvidó aquellos números mínimos, reduciendo el efectivo del ejército para aquel año á 389.000 hombres.

Esta disminución continuada podía servir de prueba de que el emperador no meditaba en aquellos años ninguna guerra europea, y no menos lo probaron



las expediciones ultramarinas que emprendió y que por el modo de su composición debilitaron la eficacia del ejército mucho más de lo que indicaba la reducción del número. Más adelante hablaremos de la guerra de Méjico, la más importante y la más funesta para Napoleón de estas empresas ultramarinas. Ya hemos hablado de la campaña china y de la expedición de Siria. La expedición de Faidherbe á la Senegambia fué notable, así por la habilidad con que fué dirigida como por el éxito que la coronó. Faidherbe, desde 1854 gobernador de la Senegambia, había asegurado y ensanchado en varias campañas los límites de aquel territorio francés, sometiendo en enero de 1861 en su campaña contra el cacique de Cayor, sin disparar un solo tiro, todo su territorio costanero y toda la orilla derecha del Senegal hasta más allá de Baltel de Medina. Igualmente obligó al profeta Omer-el-Hadyi, que amenazaba á la colonia, á reconocer la soberanía francesa y agregó á los dominios franceses la península del Cabo Verde y la provincia de Dyander. Reemplazado pasajeramente por el almirante Jaureguiberry, continuó Faidherbe hasta 1865 en la Senegambia, que gracias á su actividad prosperó sólidamente. En cambio la influencia francesa hizo pocos progresos en Madagascar, porque el rey Radama II, favorable á los franceses, que había subido al trono en 1861, fué asesinado en 1863. Sólo en 1868 consiguió el gobierno francés un convenio que permitió á sus súbditos la adquisición de inmuebles en aquella isla, lo cual más adelante dió todavía lugar á muchas dificultades. La ocupación de Obok, adquirida en 1862, á la entrada del mar Rojo, fué por lo pronto puramente nominal, hasta que más adelante con la apertura del canal de Suez aseguró á la Francia una buena posición en aquellas aguas.

La posesión francesa más importante fué siempre la Argelia. Sabido es que el dominio francés quedó allí afirmado con mucha lentitud. Durante los primeros once años (desde 1830 á 1841) tuvo la culpa de esta inseguridad el continuo cambio de gobernadores y de sistemas de gobierno, hasta que al fin el gobierno meditaba ya si se limitaría á sostenerse en las costas. Pero entonces los siete años de gobierno del mariscal Bugeaud produjeron progresos muy lisonjeros, y fiel á su lema *ense et aratro*, no se contentó con sofocar la sublevación de Abd-el-Kader, vencer á Marruecos y hacer respetar las armas francesas también en el Oeste y Sur, sino que atrajo colonos, construyó caminos, fundó aldeas y obtuvo resultados positivos. En 1847 fué relevado, y nombrado el duque de Aumale gobernador general, el cual tuvo que dejar su puesto á consecuencia de la revolución de febrero; y desde entonces hasta el mes de septiembre de 1848 se sucedieron seis generales diferentes en el gobierno de Argelia. La asamblea constituyente fomentó la colonización concediendo para este objeto cincuenta millones de francos, y además se emprendieron algunas expediciones militares pequeñas; pero en general se estacionó el desarrollo de la colonia. Saint-Arnaud volvió á restablecer la autoridad francesa primero por su expedición en la primavera de 1851 contra las kabilas, y Pelissier sofocó

algunos meses después un levantamiento cerca de Argel. Randón, que fué nombrado después del golpe de Estado gobernador general, reorganizó el ejército, tuvo que dominar durante todo el año 1852 una insurrección tras otra y consiguió en los años siguientes la sumisión de algunas tribus poderosas que hasta entonces se habían sostenido independientes; pero cuando al estallar la



El general Faidherbe

guerra de Crimea fueron enviadas al Oriente tropas de Argelia en número de 30.000 hombres aproximadamente, Bu-Bargla, antiguo enemigo de los franceses, proclamó la guerra santa, y fueron menester combates sangrientos para dominar el levantamiento de las kabilas. A principios de 1855 pereció Bu-Bargla, y desde entonces se mantuvo la tranquilidad y la Argelia prosperó visiblemente. Randón fué recompensado, con ocasión del nacimiento del príncipe imperial, con el bastón de mariscal.

Para el desenvolvimiento interior del país fué de grandísima importancia un decreto imperial del 8 de abril de 1857 que dispuso el establecimiento de una red de ferrocarriles. Al mismo tiempo se autorizó á Randón para emprender una nueva expedición contra las kabilas en las montañas del Jurjura, que hasta entonces se habían sostenido indómitas. La empresa costó 1.500 hombres, pero fué coronada por el éxito: construyóse un fuerte imponente en lo alto de la sierra para asegurar la conquista, al que se dió el nombre de fuerte Napoleón, teniendo las tribus vencidas que pagar además dos millones de francos por indemnización de guerra. También fomentó Randón con gran celo la inmigración europea, aunque sin obtener grandes resultados, y se cuidó de la construcción de carreteras, puertos, ferrocarriles y otras mejoras materiales. Asimismo fomentó el cultivo del trigo, el del algodón, el del corcho, la cría del ganado caballar y lanar y la explotación minera, sin descuidar los intereses intelectuales. Claro es que para todos estos fines, como también para el culto y administración de justicia, se necesitaban recursos cada vez mayores que aprontaron, ya el Estado con subvenciones crecientes, ya los ingresos de la colonia, cuyo presupuesto ascendió bajo la administración de Randón de veinte á treinta y seis y medio millones de francos.

En los primeros años de su gobierno temió Randón repetidas veces ser llamado á París ó tener que dimitir su cargo; pero desde 1856 se encontró en su posición muy fuerte, hasta que le sorprendió el decreto del emperador del 24 de junio de 1858, nombrando al príncipe Napoleón ministro de Argelia, con poderes tan amplios que revestían al príncipe del poder de virrey. El objeto de este nombramiento no era tanto fomentar los intereses de la colonia como el dar ocupación á la ambición del príncipe, al paso que se halagaba á la opinión pública, que sin el debido conocimiento de las circunstancias clamaba por la sustitución del gobierno militar por otro civil. Randón se esforzó por demostrar la conveniencia de su gobierno y por sostenerse en su posición; pero viendo que no lo conseguía, presentó en 9 de agosto de 1858 su dimisión, la cual aceptó el emperador en una carta en extremo halagüeña. Pudo verse un progreso en la organización de distritos civiles; pero por otra parte surgieron muchos conflictos entre las autoridades civiles y las militares, por manera que toda la administración fué presa de inseguridad y confusión; y aun cuando el príncipe Napoleón, que no pudo entenderse con sus colegas en el ministerio, fué relevado de su cargo y reemplazado por Chasseloup-Laubat, la confusión continuó.

El emperador había manifestado siempre especial preferencia por los indígenas, procurando proteger sus intereses contra las usurpaciones de los inmigrantes, y la visita que hizo con la emperatriz en el verano de 1860 á la Argelia le confirmó en sus ideas. Entonces suprimió otra vez, en diciembre de aquel mismo año, el ministerio de Argelia y nombró á Pelissier gobernador general con poderes más amplios, tales como los había pedido Randón. Sin embargo, Pelissier, probablemente contra lo que esperaba el emperador, atendió más á los

intereses de los colonos que á los de los árabes, lo que decidió á Napoleón á dirigirle en 6 de febrero de 1863 una carta en la cual ensalzaba la aptitud de los indígenas para la agricultura y la cría del ganado y desaprobaba la tendencia de sustituirlos con colonos franceses. En la misma carta llamaba á la Argelia el «reino árabe.»

Con arreglo á estas ideas hizo proponer al Senado el proyecto de ley que éste aprobó y en virtud del cual se aseguró á las tribus árabes la posesión del territorio que ocupaban, de suerte que les fué abandonado también el Tele con gran disgusto de los colonos, ya que esta última comarca se prestaba más que ningún otro distrito al cultivo individual de los colonos europeos, fomentándose en cambio la vida nómada, así en el desierto como en las serranías y altas mesetas.

El Imperio tuvo que zanjar en las costas de la Cochinchina complicaciones costosas y casi interminables. Ya en 1847 y en 1851 habían llamado la atención del gobierno francés hacia el lejano país de Cochinchina las persecuciones de cristianos en Annam, y en su consecuencia había expedido allí una escuadra que conquistó la ciudad fuerte de Turón sin obtener resultados duraderos. Concluida la primera campaña china, el almirante Rigault de Genouilly recibió el encargo de emplear medidas de mayor rigor, en lo cual le auxilió una expedición española, procedente de Filipinas, al mando del coronel Palanca, para vengar el asesinato del obispo español Díaz, ocurrido en 1857, expedición que sacó de esta campaña gloria únicamente, pues todo el provecho fué para los franceses. Las tropas de éstos, unidas á las españolas, tomaron por asalto en 1.º de septiembre de 1858 las fortificaciones de la bahía de Turón y en febrero siguiente se apoderaron de Saigón, donde Rigault estableció una estación marítima. Los anamitas continuaron no obstante la lucha; y aunque el rey Tuduc solicitó en junio de 1859 un armisticio pretextando querer entrar en negociaciones de paz, este fué únicamente un ardid para ganar tiempo y sofocar una sublevación. La Francia, estando ocupada en una nueva campaña contra la China, sólo pudo volver á emprender operaciones enérgicas en Cochinchina á principios de 1861. En esta campaña, el vicealmirante Page subió por el río Mekhong destruyendo las fortificaciones en las orillas y derrotando repetidas veces á las fuerzas anamitas. En el mismo año y en el siguiente los almirantes Charner y Bonard completaron los triunfos obtenidos. Especialmente el último, que se encargó del mando en diciembre de 1861, aumentó los triunfos con la toma de la ciudad de Gokong, destruyó el campamento fortificado de Mihoa, dispersó el ejército anamita del Norte, ocupó la provincia de Bienhoa, alcanzó el 19 de enero cerca de Longlap una nueva victoria, tomó por asalto la ciudad de Phukto y persiguió á los vencidos hasta dentro de la provincia de Benthuan. Desde allí se dirigió contra el ejército meridional, al cual también derrotó, y ocupó la ciudad de Vinhlong. En estas campañas tomó dos fortalezas, treinta fortificaciones y ciento veinte cañones, con lo cual obligó á Tuduc á pedir la paz, que fué fir-

mada en 15 de junio de 1862, cediendo á la Francia la Cochinchina. Sin embargo, en diciembre del mismo año estallaron nuevas hostilidades; el gobierno francés reflexionó que era prudente restituir parte de las conquistas hechas para conservar con más seguridad la otra parte; y después de algunos nuevos triunfos militares, logró inducir á Tuduc á enviar una embajada á Francia para ofrecer cuarenta millones de duros por la evacuación completa de aquel país. Después de largas negociaciones, se convino en 15 de julio de 1864 en que la Francia conservara á Saigón y restituyera las demás provincias, recibiendo en cambio el protectorado sobre ellas, tres puertos abiertos en Cochinchina y veinte millones de duros.

Napoleón no pudo ocultarse que todas estas empresas y campañas en lejanos países no daban á la Francia ningún aumento positivo de fuerza, sino que muy al contrario empeoraban la situación de la hacienda y debilitaban la fuerza armada. A pesar de esto, el emperador, en lugar de evitar estas guerras, las buscaba, indudablemente porque esperaba encontrar en ellas sin gran riesgo una gloria militar modesta que pudiera prestarse á grandes aparatos para dar una satisfacción al pueblo francés, siempre vanidoso, satisfacción que no podía conseguirse en Europa sino á un precio que no quería arriesgar. Por este motivo prefirió aguardar con tranquilidad fatalista á que se zanjaran en Europa por medio de un congreso las muchas complicaciones que ponían en peligro la paz, creyendo además que el mismo congreso podría facilitar á la Francia los deseados aumentos de territorio del lado del Rhin. Aunque todas sus tentativas para reunir «el areópago europeo» habfan fracasado, no renunció á su idea y la volvió siempre á poner en términos más ó menos precisos sobre el tapete.

## XI

## PRINCIPIO DE LA OPOSICIÓN Á LA POLÍTICA IMPERIAL.

## MUERTE DE CAVOUR

El emperador abrió el 4 de febrero la legislatura de 1861 y la Francia se preparaba á experimentar el nuevo régimen creado por el decreto del 24 de noviembre.

La cuestión palpitante, la italiana, que era la que por entonces apasionaba los ánimos, fué la primera que sirvió de pretexto á los representantes del país para empezar á hacer uso de la libertad de discusión que en dicho decreto les concedía el emperador, y quien rompió el fuego fué precisamente el príncipe Napoleón combatiendo una enmienda presentada por M. de la Rochejaquelein en el Senado á la contestación al discurso de la corona. En la enmienda se abogaba por la soberanía del Padre Santo y por los principios del antiguo derecho público, y el primo del emperador con más vehemencia de la acostumbrada pronunció un largo discurso de oposición á dicha enmienda, haciendo la apología de la política imperial en los asuntos de Italia, y acabando por decir que el Papa debía imitar la sencillez de los apóstoles, ceder Roma á los piemonteses que la necesitaban mucho más que él, y «refugiarse en un decoroso retiro desde el cual dominaría el mundo sin depender de nadie.»

Este discurso causó profunda sensación entre los senadores poco acostumbrados á tan fogoso lenguaje. El ministro del Interior Persigny mandó que se conociera en toda Francia, insertándolo en el *Moniteur de los Ayuntamientos*. De Italia se recibieron muchas felicitaciones; en Turín se le tradujo para pagarle por Roma y Venecia, y Cavour escribió al príncipe: «El discurso de V. A. es para el poder temporal del Papa lo que ha sido Solferino para el dominio austriaco.» Contra este discurso publicó el duque de Aumale, desterrado como todos los príncipes de la casa de Orleans, un folleto en el que contestaba á los ataques que á su familia había dirigido el primo del emperador, y que llevaba el título de *Carta sobre la historia de Francia dirigida al príncipe Napoleón*, folleto que se persiguió criminalmente, siendo duramente castigados el editor y el impresor; pero no puede aducirse este hecho como prueba de que el gobierno no quería oír verdades, porque en vista de las graves acusaciones que en aquél se dirigían contra el emperador, el permitir su publicación habría sido interpretado también muy en perjuicio suyo.

mada en 15 de junio de 1862, cediendo á la Francia la Cochinchina. Sin embargo, en diciembre del mismo año estallaron nuevas hostilidades; el gobierno francés reflexionó que era prudente restituir parte de las conquistas hechas para conservar con más seguridad la otra parte; y después de algunos nuevos triunfos militares, logró inducir á Tuduc á enviar una embajada á Francia para ofrecer cuarenta millones de duros por la evacuación completa de aquel país. Después de largas negociaciones, se convino en 15 de julio de 1864 en que la Francia conservara á Saigón y restituyera las demás provincias, recibiendo en cambio el protectorado sobre ellas, tres puertos abiertos en Cochinchina y veinte millones de duros.

Napoleón no pudo ocultarse que todas estas empresas y campañas en lejanos países no daban á la Francia ningún aumento positivo de fuerza, sino que muy al contrario empeoraban la situación de la hacienda y debilitaban la fuerza armada. A pesar de esto, el emperador, en lugar de evitar estas guerras, las buscaba, indudablemente porque esperaba encontrar en ellas sin gran riesgo una gloria militar modesta que pudiera prestarse á grandes aparatos para dar una satisfacción al pueblo francés, siempre vanidoso, satisfacción que no podía conseguirse en Europa sino á un precio que no quería arriesgar. Por este motivo prefirió aguardar con tranquilidad fatalista á que se zanjaran en Europa por medio de un congreso las muchas complicaciones que ponían en peligro la paz, creyendo además que el mismo congreso podría facilitar á la Francia los deseados aumentos de territorio del lado del Rhin. Aunque todas sus tentativas para reunir «el areópago europeo» habfan fracasado, no renunció á su idea y la volvió siempre á poner en términos más ó menos precisos sobre el tapete.

## XI

## PRINCIPIO DE LA OPOSICIÓN Á LA POLÍTICA IMPERIAL.

## MUERTE DE CAVOUR

El emperador abrió el 4 de febrero la legislatura de 1861 y la Francia se preparaba á experimentar el nuevo régimen creado por el decreto del 24 de noviembre.

La cuestión palpitante, la italiana, que era la que por entonces apasionaba los ánimos, fué la primera que sirvió de pretexto á los representantes del país para empezar á hacer uso de la libertad de discusión que en dicho decreto les concedía el emperador, y quien rompió el fuego fué precisamente el príncipe Napoleón combatiendo una enmienda presentada por M. de la Rochejaquelein en el Senado á la contestación al discurso de la corona. En la enmienda se abogaba por la soberanía del Padre Santo y por los principios del antiguo derecho público, y el primo del emperador con más vehemencia de la acostumbrada pronunció un largo discurso de oposición á dicha enmienda, haciendo la apología de la política imperial en los asuntos de Italia, y acabando por decir que el Papa debía imitar la sencillez de los apóstoles, ceder Roma á los piemonteses que la necesitaban mucho más que él, y «refugiarse en un decoroso retiro desde el cual dominaría el mundo sin depender de nadie.»

Este discurso causó profunda sensación entre los senadores poco acostumbrados á tan fogoso lenguaje. El ministro del Interior Persigny mandó que se conociera en toda Francia, insertándolo en el *Moniteur de los Ayuntamientos*. De Italia se recibieron muchas felicitaciones; en Turín se le tradujo para pagarle por Roma y Venecia, y Cavour escribió al príncipe: «El discurso de V. A. es para el poder temporal del Papa lo que ha sido Solferino para el dominio austriaco.» Contra este discurso publicó el duque de Aumale, desterrado como todos los príncipes de la casa de Orleans, un folleto en el que contestaba á los ataques que á su familia había dirigido el primo del emperador, y que llevaba el título de *Carta sobre la historia de Francia dirigida al príncipe Napoleón*, folleto que se persiguió criminalmente, siendo duramente castigados el editor y el impresor; pero no puede aducirse este hecho como prueba de que el gobierno no quería oír verdades, porque en vista de las graves acusaciones que en aquél se dirigían contra el emperador, el permitir su publicación habría sido interpretado también muy en perjuicio suyo.

La vehemente oratoria del príncipe no había hecho cambiar en el Senado una sola convicción, y así se vió cuando pocos días después hubo de votarse otra enmienda en favor del poder temporal del Papa, la cual reunió la imponente minoría de 61 votos entre 139 votantes.

En la Cámara de los diputados la actividad fué mayor, y en ella, como en el Senado, la cuestión italiana era la predominante, cuestión que no solamente influía en la política, sino que por su íntima conexión con los sentimientos religiosos había suscitado en el país verdaderas divisiones.

A medida que se desarrollaron los sucesos de Italia creció el descontento entre los partidarios del Pontificado, y ya á fines de 1859 se manifestó cierta tirantez entre los ultramontanos y el emperador, que apenas fué posible velar y mucho menos disminuir. Como las enmiendas que presentaban los obispos á la contestación al discurso de la Corona se transformaban en folletos, el ministro del Interior había decidido que, si se entregaban al comercio, quedarían sujetos al impuesto de timbre. Habiéndose establecido comisiones para recoger donativos en favor del dinero de San Pedro, una circular prohibió esta clase de colectas y sólo autorizó las ofrendas individuales recogidas por la autoridad eclesiástica.

Por más que se esforzó Napoleón por no excitar á la curia romana y garantizarle la posesión de Roma, no fué bastante para que le perdonara la guerra de Italia, y cuando con la anexión de Saboya y Niza autorizó la incorporación de la Romaña al nuevo reino de Italia, el partido adicto al Papa no le guardó ya atenciones. El nuncio del Padre Santo en París, monseñor Sacconi, desahogó su indignación abiertamente en todos los salones, diciendo entre otras cosas que de él dependía únicamente encender la guerra civil en Francia y destruir el trono del emperador. Los informes del nuncio, según decía lamentándose el duque de Gramont, eran aceite echado al fuego y excitaban al Papa, no sólo con las reflexiones políticas que hacía el nuncio, sino con la comunicación de anécdotas calumniosas y con expresiones que atribuía al emperador y que recogía la oposición más encarnizada.

«Poco ganó el emperador, dice el Dr. Bolle, cuando consiguió que después de una licencia bastante larga fuese sustituido Sacconi por Chigi, de opiniones más templadas, porque quien estaba más indignado de la política imperial era el mismo Papa; y aunque el cardenal Antonelli recomendaba en general la moderación, el ministro de la Guerra, Merode, y toda la camarilla trabajaban en sentido contrario. La correspondencia que de cuando en cuando tuvo el emperador con el Papa, aplacó un poco el espíritu de la curia romana, pero no le modificó en el fondo; así fué que Pío IX por Navidad de 1860 escribió una carta al emperador, en la cual se negó á confirmar algunos obispos y pidió que Napoleón designara un sucesor á Morlot, arzobispo de París, al cual instaban los ultramontanos á dimitir. La contestación que dió el emperador en 8 de enero de 1861 á esta exigencia fué muy franca y clara. En ella se lamentaba de que

circunstancias fatales hubiesen suscitado desconfianza y casi enemistad entre el Estado y la Iglesia, que Dios había creado para vivir en concordia. Decía que desde hacía diez y ocho meses las menores divergencias de opinión eran continuamente motivos de disputa; que había hecho todo cuanto había dependido de él para mantener en lo posible la autoridad del Papa, sin perjudicar los intereses de Francia, y á pesar de esto se le acusaba de no haber hecho bastante; que los hombres más exaltados del clero francés estaban excitados contra él; que querían obligar á Morlot á dimitir su cargo de capellán mayor de palacio, y trabajaban para crear en Francia con obispos y eclesiásticos un gobierno papal que burlándose de las leyes del país, enganchaba reclutas y recogía dinero para el Papa; en fin, que Roma se había hecho un foco de conspiraciones contra su gobierno.

»La impresión que hizo esta carta sobre el Papa fué más favorable que adversa á Napoleón. Pío IX dijo que esta vez el emperador había manifestado tan claramente su disgusto, que merecían crédito las seguridades de sumisión que daba en la misma carta. Por esta razón la contestación del Papa del 14 de febrero fué mucho más benigna y conciliadora que la del día de Navidad; mas en el fondo mantuvo todas sus quejas y el partido clerical francés continuó también en su actitud hostil.

»Un folleto de La Guerrenniere, publicado á mediados de febrero con el título de *Francia, Roma é Italia*, enardeció todavía más los ánimos, y habiéndose supuesto, aunque muy erróneamente, que el emperador le había inspirado, los obispos empezaron á condenarlo en pastorales. Dupanloup, obispo de Orleans, supo conservar las formas sin menoscabo de la energía; pero Pie, obispo de Poitiers, no tuvo la menor consideración al emperador y le calificó sin ambages de Poncio Pilato, el deicida, «que pudo salvar á Cristo y sin el cual no se le hubiera podido conducir al Calvario.» A esto ya no podía callar el gobierno; se limitó respecto de Dupanloup á prohibir al prefecto y demás funcionarios elevados todo trato con el obispo; pero respecto de Pie decidió censurarle oficialmente, y el ministro de Justicia ordenó á los fiscales proceder judicialmente contra aquellos eclesiásticos que en sus ataques al gobierno faltasen á la ley. También se tomaron disposiciones severas desde principios del año 1860 contra las sociedades católicas que se hacían instrumentos de hostilidad; y tan pronto como algún periódico se excedió de los límites de prudencia, que en general supieron guardar, conforme sucedió á la *Gazette de Lyon* y al *Univers* de Veullot, no titubeó el gobierno en atemorizarlos con sus advertencias ó en suprimirlos para hacerlos inofensivos. Hasta la reproducción de una carta dirigida por tres diputados clericales al emperador fué castigada con la prohibición del periódico *La Bretagne*, que la había publicado. Pero suprimiendo los síntomas, no se suprimía el mal, que consistía en la hostilidad de los ultramontanos al imperio, hostilidad que iba ganando terreno entre los miembros clericales del cuerpo legislativo, aunque elegidos en calidad de candidatos oficiales.

»Los diputados Kéller, Plichón, Anatolio Lemerrier y otros no tardaron en ser adversarios del gobierno imperial, tan molestos como los cinco diputados republicanos, y detrás de ellos se hallaba un número mucho mayor de indecisos, que si bien no llegaban á lanzarse francamente á la oposición para no imposibilitarse en las próximas elecciones, se dejaban arrastrar en ciertos casos por sus simpatías religiosas. Así en la sesión del 22 de marzo, en el debate sobre la cuestión italiana, pidieron la supresión de un pasaje de la contestación al discurso de la corona en el cual se censuraba la resistencia del Papa á los sabios consejos del emperador. La enmienda presentada á este efecto fué rechazada sólo por la protesta enérgica de Baroche, pero á pesar de esto tuvo á su favor 91 votos contra 126.»

De todos los incidentes de la legislatura, este fué el más memorable. Por la primera vez desde el establecimiento del Imperio surgía una oposición imponente, y no en una cuestión de negocios, sino en una cuestión política. Hasta entonces no había habido más que una oposición, la de los cinco diputados republicanos que formaban la extrema izquierda; en adelante habría otra, la de los noventa y uno; y esta oposición, oscilante aún y fácil de reducir, podía vigorizarse un día si no se tenía cuidado con ella. El gobierno no se engañó, y sintió tanto más este fracaso relativo, cuanto que estaba acostumbrado á mayor docilidad.

La principal oposición partía de los ultramontanos de la Cámara; pero no pudiendo el gobierno reducirlos al silencio, extremó sus medidas de rigor contra la prensa que los apoyaba y estimulaba su oposición; pero en lugar de denunciarlos por la vía jurídica, empleó las armas que le facilitaba la ley de imprenta, con lo cual demostró lo poco que había modificado su espíritu. Con igual crudeza utilizó el poder que le daba la ley sobre asociaciones, y casi simultáneamente prohibió á los masones reunirse para la elección del Gran Oriente, y disolvió las comisiones centrales y departamentales de la sociedad ultramontana de beneficencia de San Vicente de Paúl, con lo cual dió á esta sociedad un rudo golpe; bien es verdad que se había hecho desde unos dos años antes el foco de resistencia contra la política italiana del gobierno, y dirigía además la recaudación del dinero de San Pedro, la cual utilizaba para manifestaciones hostiles. En sus comisiones figuraban en primera línea orleanistas y legitimistas muy notables, y según decían los prefectos, estas comisiones formaban un Estado dentro del Estado.

El famoso decreto del 24 de noviembre había tenido, pues, un resultado contraproducente: habíase iniciado una oposición ostensible, que sin duda el emperador no esperaba al promulgar aquel decreto. Verdad es que su popularidad no había sufrido aún sensible menoscabo, pero la confianza en su cordura y prudencia no eran ya tan grandes como antes. Desde el golpe de Estado todos los hombres de orden se habían adherido á su política; pero los incidentes de la cuestión romana los dividió en dos partidos, y la oposición, que sólo contaba

cinco diputados en las Cámaras, aumentó en las próximas elecciones, conforme más adelante veremos. En todos los negocios comenzaba á observarse una dirección menos firme al llegar el año 1861, se notaban corrientes contradictorias y de cuando en cuando señales de inquietud que contrastaban con la tranquila seguridad de los primeros años.

El Imperio había llegado á su apogeo; pronto se iniciará su decadencia.

En el entretanto, Víctor Manuel había abierto el Parlamento italiano el 18



M. Dupanloup, obispo de Orleans

de febrero de 1861, y por vez primera se encontraron reunidos en un mismo recinto los representantes de toda Italia, desde el Piamonte hasta Sicilia. La primera resolución que se votó fué la de cambiar el antiguo título de rey de Cerdeña que llevaba aquel monarca por el de *rey de Italia*, con lo cual se sancionaban sus conquistas. Italia estaba en efecto completa á excepción de Roma y Venecia. De ésta última apenas se atrevían á hablar los diputados; pero Roma era el objeto de todas las aspiraciones, y el ardor de los piamonteses por adquirir la Ciudad Eterna sólo era comparable con el celo de los católicos por disputársela.

Por esto una de las cuestiones que en el Parlamento se pusieron á la orden del día fué la romana. Invitado Cavour á dar explicaciones sobre sus miras res-

pecto de este asunto, lo hizo en tres largos discursos cuya síntesis se redujo á lo siguiente: «Roma debe ser y será la capital de Italia.»

«Hacía algún tiempo, dice M. de la Gorce, á quien varias veces hemos citado, que el exceso de trabajo, las emociones, las cavilaciones, habían alterado su robusta salud, y las frecuentes sangrías, remedios habituales de sus indisposiciones, habían acabado por disminuir sus fuerzas. Pero nadie lo notaba, excepto sus servidores; su actividad era la misma; su talento seguía tan apto como antes para abarcarlo todo, y su elocuencia había aumentado. Su extraordinaria labor exigía una violencia de trabajo inaudita que poco á poco minaba el cuerpo, y en breve debía dejarle sin defensa contra todo nuevo ataque. Un solo remedio hubiera sido eficaz, el reposo; pero Cavour, aunque no desistía de adoptarlo, lo aplazaba indefinidamente. En ciertos momentos hablaba á sus más íntimos amigos de su retiro, de la tranquilidad de que disfrutaría en su finca de Leri; decía riendo que no iría á Roma porque no era artista; que una vez constituida la monarquía, dejaría á otros la tarea y pasaría sus últimos días entre los turineses, á quienes quería mucho y de quienes era querido. Sin embargo, los negocios daban al traste con sus propósitos, hasta el punto de consumir la vida que le quedaba. Su pensamiento tenía que atender á toda clase de asuntos: ya al reino de Nápoles, siempre levantisco á pesar de las seguridades que en contra se le daban, y hasta entonces rebelde á todo ensayo de asimilación; ya á Francia, benévola sin duda, pero algo lenta en imitar á Inglaterra y en reconocer el nuevo reino; ya sobre todo á la insoluble cuestión romana. En el interior, el embarazo no era menor para asegurar el funcionamiento de un Estado ensanchado en gran manera, escoger entre la centralización y el sistema ya preconizado de las *regiones*, proveer á los gastos de una organización enteramente nueva y disciplinar en fin á los numerosos auxiliares que había tenido que dejar crecer ó tolerar. El más molesto de estos auxiliares era Garibaldi, que se quejaba, con extraordinaria amargura, de la suerte que había cabido á sus compañeros de armas. Garibaldi fué á Turín, provocó un debate en el Parlamento, y en un discurso lleno de invectivas acumuló todos los agravios de los que habían sido sus soldados. La discusión, abierta el 18 de abril, duró tres días. Fué un duelo implacable entre Garibaldi y el primer ministro. Este salió victorioso de la lucha, pero á costa de un esfuerzo que le consumió. Algunos amigos que le acompañaron á su casa después de las sesiones, se quedaron aterrados al ver su palidez lívida, la sobreexcitación febril que contrastaba con su sangre fría habitual, y desde aquel día empezaron á dudar de que el que había sido tanto tiempo su jefe pudiera soportar hasta lo último su abrumadora carga.»

El 29 de mayo de 1861 se manifestó resueltamente el mal en forma de fiebre violenta acompañada de vómitos, y aunque dos días después pareció ceder á los remedios, al tercero recrudeció, y el 5 de junio el enfermo hizo llamar al cura de Nuestra Señora de los Angeles, con quien confesó y de quien recibió los sacramentos diciendo: «Quiero que el pueblo de Turín sepa que muero co-

mo buen cristiano.» A las nueve de la noche Víctor Manuel visitó á su primer ministro, el cual le conoció, quiso incorporarse y exclamó: *Ah Maestá*; pero en seguida perdió el conocimiento. A la mañana siguiente, el ilustre enfermo exhaló el último suspiro.

Amigos y adversarios tributaron grandes honores á su memoria. Inglaterra fué la primera en enviar solemnes pruebas de duelo y de simpatía, y el gobierno francés, por su parte, quiso dar á Italia, privada de su gran ministro, la prueba de benevolencia que hasta entonces había diferido: algunos días después reconoció el nuevo reino, y este fué el homenaje póstumo tributado al que acababa de desaparecer del mundo de los vivos.

## LA EXPEDICIÓN DE MÉJICO

Los partidos políticos que, casi desde la emancipación del dominio español, se disputaban el gobierno de Méjico, habían impedido de la manera más lamentable la prosperidad de aquel país y dado ocasión á frecuentes conflictos con potencias europeas y con la Unión norteamericana. El motivo de estos conflictos era la mayor parte de las veces deudas que un partido había contraído y cuyo pago aplazaba indefinidamente, cuando no lo eludía, el partido contrario cuando llegaba á ser gobierno.

Dos partidos principalmente se disputaban el poder en Méjico: el conservador, llamado también clerical, sostenido por el clero y por los grandes propietarios, que manifestaba tendencias hacia una monarquía centralizada, y el liberal, cuyo programa podía resumirse en tres palabras: secularización de los bienes de la Iglesia, organización federativa, afianzamiento de las instituciones republicanas. Desde 1857 la rivalidad degeneró en una lucha sin tregua, esterilizando las fuerzas y los grandes recursos del país.

En el conflicto que motivó la expedición de que vamos á ocuparnos no era Francia la principalmente interesada, sino más bien España, que ya en 1855 había procurado apoyar sus reclamaciones de dinero por medio de un bloqueo de Veracruz, pero que había visto frustradas sus esperanzas á causa de uno de los frecuentes cambios de presidente de aquella república. Comonfort, que había hecho el arreglo con España, fué derribado del poder por el general Zuloaga, y éste á su vez dejó su puesto en febrero de 1859, medio voluntariamente, medio á la fuerza, al general Miramón. Contra ambos luchaba á la cabeza del partido liberal Benito Juárez.

Había nacido este importante hombre político en 1809 de padres indios en una aldea cerca de Oaxaca: al comenzar sus estudios siguió la carrera eclesiástica; pero muy luego la cambió por la jurídica y desde 1856 desempeñó un papel cada vez más importante en la política de su país.

En 1852, siendo gobernador de su Estado natal, fué desterrado por el general vencedor Santa Ana, y entonces pasó algunos años en la Habana y en Nueva Orleáns. En 1855 fué uno de los fomentadores más activos de la revolución que llevó á Comonfort á la presidencia de la república de Méjico. Siendo Juárez presidente del tribunal supremo, tomó posesión, en virtud de la Constitución,



BENITO JUÁREZ  
presidente de la República Méjicana



de la presidencia de la república á la caída de Comonfort, y fué reconocido por los Estados Unidos. En diciembre de 1860 expulsó á Miramón completamente del país, y el expulsado, con el auxilio de muchos partidarios suyos, buscó en Europa los medios de volver y derribar á Juárez. Para esto el mismo Juárez reconocido por Inglaterra y Francia, y elegido en toda regla presidente en junio de 1861, le facilitó la ocasión, porque apretado por la penuria suspendió en 17 de julio de 1861 por dos años los pagos convenidos con los acreedores extranjeros, entre los cuales fueron los principales, además de España, Inglaterra y Francia. La suspensión tuvo efecto en virtud de una ley votada por las Cortes y sancionada por el presidente. Las tres potencias recibieron además graves motivos de queja por los actos agresivos que se cometieron contra sus representantes y nacionales en Méjico. El embajador español Pacheco había sido expulsado so pretexto de que estaba de parte de los reaccionarios, y el embajador francés y tres súbditos ingleses fueron objeto de un atentado en 14 de agosto.

En esta situación, era natural que las tres potencias se unieran para conseguir en común una satisfacción de Méjico; pero mientras el gobierno inglés se proponía únicamente este objeto, y en el borrador del tratado que lord John Russell sometió á la aceptación de las otras dos potencias expresó explícitamente la condición de que no ejercerían ninguna influencia en los asuntos interiores de Méjico, España y Francia concibieron desde el primer instante propósitos de más alcance. El ministro de Estado español, Calderón Collantes, apoyado por Napoleón, insistió en que se exceptuara únicamente toda influencia que perjudicara el derecho del pueblo mejicano de elegir libremente la forma de su gobierno. La idea reservada de las citadas dos potencias era establecer la monarquía en Méjico, y ya en 19 de septiembre de 1861 había dicho Thouvenel que entre los pueblos neolatinos sólo la monarquía podía formar un gobierno fuerte, y que todas las personas honradas y de talento en Méjico profesaban la misma idea, que el emperador estaba pronto á apoyar excluyendo desde luego toda candidatura de un príncipe francés. Ya entonces Napoleón había fijado la vista en el archiduque Maximiliano, que desde su visita á París en 1855 estaba muy bienquisto en las Tullerías, y hasta se dice que ya en el año 1859 había mencionado esta candidatura en Villafranca. España tenía fijada la vista en uno de sus infantes, y además se atribuyó, aunque infundadamente, al general Prim, que estaba casado con una mejicana, el plan de conquistar para sí el trono de Méjico.

Apenas había partido monárquico en Méjico, aunque de cuando en cuando hubo algunos movimientos en este sentido, pues en 1846 se habían dirigido ya emigrantes mejicanos al gobierno austriaco para pedirle un archiduque á quien dar su trono de Méjico. También habían comunicado sus proyectos á Napoleón cuando todavía era presidente, y en julio de 1854 Santa Ana había entablado negociaciones en este sentido en Madrid, París y Viena por medio de

Gutiérrez Estrada, el propagandista más activo de estas ideas monárquicas. Apadrinaron esta misma idea Miramón y su embajador en París, el general Almonte, y entraron en negociaciones con la corte de Viena. Sin embargo, Gutiérrez Estrada fué quien, en particular y apoyado por Napoleón, se esforzó por atraer á su idea al archiduque Maximiliano, del cual consiguió en efecto, á fines de 1861, la promesa escrita de que aceptaría la corona, siempre que Francia é Inglaterra le apoyaran. Al estallar la guerra separatista en los Estados Unidos, se hizo evidentemente más probable la realización de tales proyectos, porque entonces no se hallaba la Unión en estado de oponerse á ellos con las armas, y todo cuanto se manifestó dispuesta á hacer en favor de la república vecina, y en particular en el de Juárez, fué negarse á tomar parte en una alianza contra Méjico para la cual fué invitada. Además el gobierno de los Estados Unidos ofreció al mejicano garantizar los intereses de la deuda de este país por cinco años, pero con condiciones tan onerosas que en ello no se veía una manifestación de simpatía ó de auxilio á una potencia amiga, sino la realización de un negocio lucrativo, como que exigía, además del tanto por ciento correspondiente, los derechos sobre minas en los Estados mejicanos de la Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa, llegando á ser propiedad absoluta de los Estados Unidos si al expirar el término de seis años, contados desde que el tratado tuviera cumplimiento, no hubiese sido hecho el reembolso antes de dicho tiempo. Naturalmente Juárez no pudo acceder á tales pretensiones que equivalían á la pérdida segura de una parte del territorio.

Napoleón, por su parte, tampoco aceptó la mediación de los Estados Unidos porque podía frustrar las esperanzas que él y las personas que le rodeaban tenían respecto de Méjico. El emperador, al pretender establecer una monarquía en aquel país, esperaba dar nueva importancia á la raza latina en América en vista del predominio creciente de la germánica en aquella parte del mundo, y al mismo tiempo creía encontrar en Méjico un ventajoso mercado para los productos de la industria francesa y para él el puesto de protector.

La emperatriz por su parte deseaba auxiliar á la Iglesia mejicana, á cuyo favor le excitaba el arzobispo de Méjico Labastida, pues que los bienes de la Iglesia habían sido secularizados por Juárez. Por este medio la emperatriz creía prestar algún servicio á la religión. El conde de Morny finalmente, como representante de los intereses de la Hacienda, tenía también motivo bastante para desear una guerra y un nuevo gobierno en Méjico, á fin de que fuesen reconocidas por este último en globo las reclamaciones de los acreedores franceses sin ser examinadas en detalle, porque no hubieran podido sostener semejante examen. En efecto, se fundaban estas reclamaciones en su mayor parte en un empréstito estafalario que había hecho con Miramón en 1859 un suizo llamado Jecker, y este empréstito había sido colocado en París en 1860 por un comité á cuya cabeza se hallaba el conde de Germiny, director del Banco de Francia. Juárez no quiso reconocer este negocio y Jecker acudió á Morny, al cual prometió el 30

por 100 del beneficio si conseguía que el gobierno mejicano pagara esta deuda. Morny proporcionó á Jecker la nacionalización francesa en marzo de 1862 é hizo que la embajada francesa en Méjico asegurara á los acreedores en nombre del gobierno francés que serían completamente satisfechas sus reclamaciones.

Las deudas que tenía el gobierno mejicano con Inglaterra, España y Francia ascendían á 82,316,290 pesos, cantidad que se descomponía de esta manera: deuda inglesa, 69,994,542; deuda española, 9,460,986; deuda francesa, 2,860,762, de los cuales el banquero Jecker sólo había desembolsado 1.600.000.

Aparte de la dificultad que había en cobrar estas deudas, las noticias que se recibían de Méjico en septiembre y octubre de 1861 anunciaban un recrudescimiento del desorden que allí reinaba. Según rumores muy acreditados, sus mismos amigos combatían á Juárez, y ora era el general Ortega, que aspiraba á sucederle, ora el ministro de Negocios extranjeros Doblado, que, según opinión común, trabajaba por su propia cuenta. El partido reaccionario había sido vencido, pero no aniquilado. Si Miramón proscrito vivía como desterrado en la Habana, los generales Márquez y Mejía continuaban en campaña. Así M. Dubois de Saligny, representante de Francia, como sir Carlos Wyke, que lo era de Inglaterra, dirigían continuas notas á sus gobiernos sobre la inseguridad en que de continuo se hallaban las vidas y haciendas de sus respectivos compatriotas, y el segundo, que era más bien favorable que hostil al partido liberal, después de enumerar en una nota á su gobierno las violencias contra las personas, las extorsiones de fondos y los ataques á mano armada contra las diligencias, terminaba diciendo: «La impunidad es completa, y el gobierno renuncia á disculparse ó á manifestar sentimiento por lo que ocurre.»

Estos informes no podían ya menos de disipar toda vacilación, así fué que el 31 de octubre, reunidos en la capital de la Gran Bretaña los representantes de los gobiernos inglés, francés y español, lord John Russell, el conde de Flahaut y D. Francisco Javier de Istúriz, firmaron un tratado que se conoció con el nombre de *Convención de Londres*, y cuyos artículos reproducimos á continuación por su importancia:

«Artículo primero S. M. la reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, S. M. la reina de España y S. M. el emperador de los franceses se comprometen á adoptar, inmediatamente después de que sea firmada la presente convención, las medidas necesarias para enviar á las costas de Méjico fuerzas combinadas de mar y tierra, cuyo efectivo se determinará en las comunicaciones que se cambien en lo sucesivo entre sus gobiernos, pero cuyo conjunto deberá ser suficiente para poder tomar y ocupar las diversas fortalezas y posiciones militares del litoral mejicano. Además, se autorizará á los comandantes de las fuerzas aliadas para practicar las demás operaciones que se juzguen más á propósito en el lugar de los sucesos, para realizar el objeto indicado en la presente convención y especialmente para garantir la seguridad de los residentes extranjeros. — Todas las medidas de que se trata en este artículo se dictarán en nom-

bre de las altas partes contratantes y por cuenta de ellas, sin excepción de la nacionalidad particular de las fuerzas empleadas en su ejecución.

»Art. 2.º Las altas partes contratantes se comprometen á no buscar para sí, al emplear las medidas coercitivas previstas por la presente convención, ninguna adquisición de territorio ni ventaja alguna particular, y á no ejercer en los asuntos interiores de Méjico ninguna influencia que pueda afectar el derecho de la nación mejicana de elegir y constituir libremente la forma de su gobierno.

»Art. 3.º Se establecerá una comisión compuesta de tres comisionados, cada uno de los cuales será nombrado por cada una de las potencias contratantes y quienes serán plenamente facultados para resolver todas las cuestiones que pudieran suscitarse, con motivo del empleo de la distribución de las sumas de dinero que se recobren de Méjico, teniendo en consideración los derechos respectivos de las tres potencias contratantes.

»Art. 4.º Deseando además las altas partes contratantes que las medidas que se proponen adoptar no tengan un carácter exclusivo, y sabiendo que los Estados Unidos tienen como ellas reclamaciones que hacer por su parte contra la República Mejicana, convienen en que inmediatamente después de que sea firmada la presente convención se remita copia de ella al gobierno de los Estados Unidos, y que se invite á dicho gobierno á adherirse á ella; y que previniendo esa adhesión, se faculte desde luego ampliamente á sus respectivos ministros en Wáshington, para que celebren y firmen colectivamente ó por separado, con el plenipotenciario que designe el presidente de los Estados Unidos, una convención idéntica á la que ellas firman en esta fecha, á excepción del presente artículo. Pero como las altas partes contratantes se expondrían á no conseguir el objeto que se proponen si retardasen en poner en ejecución los artículos 1.º y 2.º de la presente convención, en espera de la adhesión de los Estados Unidos, han convenido en no diferir el principio de las operaciones arriba mencionadas más allá de la época en que pueden estar reunidas sus fuerzas combinadas en las cercanías de Veracruz.

»Art. 5.º La presente convención será ratificada, y el canje de las ratificaciones deberá hacerse en Londres dentro de quince días.»

Con arreglo á este convenio, las tres potencias contratantes se aprestaron para llevarlo á su completa realización; pero como España estaba preparada con alguna anticipación, ella fué la primera en llevar sus armas al territorio mejicano. En efecto, con fecha 11 de septiembre, ó sea mes y medio antes de firmarse el convenio de Londres, el gobierno español ordenó al capitán general de Cuba que organizase y enviase una expedición militar para exigir del gobierno de la República las siguientes reparaciones: 1.ª Satisfacción por la expulsión del embajador D. Francisco Pacheco; 2.ª Reconocimiento del tratado Mon Almonte; 3.ª Indemnizaciones por los asesinatos y vejaciones de que hubiesen sido objeto los ciudadanos españoles en la República; 4.ª Abono de los intereses correspondientes á la demora que habían sufrido los acreedores españoles por la suspen-

sión del tratado de 1853; 5.<sup>a</sup> Devolución ó abono del valor de la fragata *Concepción* é indemnización de perjuicios á sus propietarios y cargadores.

Recomendóse al general Serrano, entonces capitán general de Cuba, que procediese con la mayor actividad para que llegase la expedición á Veracruz en todo el mes de octubre á fin de anticiparse á los vientos del Norte que tanto dificultan en invierno el desembarco en aquellas costas. El gobierno español dejó á la discreción del general Serrano la elección y número de las tropas que debían constituir la expedición, así como cuanto tuviera relación con el modo de hacer efectivas las reclamaciones en caso de resistencia por parte del gobierno de Méjico. Serrano obró con tanta actividad, que habiendo recibido las instrucciones el 11 de octubre, la expedición estaba ya lista á fines del mismo mes. No habiendo recibido dicho general orden en contrario, á pesar de haberse firmado ya la convención de Londres, salió aquélla en tres divisiones, haciéndose á la mar la primera el 29 de noviembre, la segunda el 1.<sup>o</sup> de diciembre y la tercera el día siguiente. Como jefe de la escuadra iba el general D. Joaquín Gutiérrez de Rubalcava, y de las tropas el general D. Manuel Gasset. El ejército expedicionario se componía en total de 5.762 hombres.

El 10 de enero de 1862 avistó la escuadra el puerto de Veracruz, y el 14 el general Rubalcava intimó al general La Llave, gobernador de la plaza, que se la entregara juntamente con el castillo de San Juan de Ulúa, «que serían conservados, decía aquel marino, como prenda pretoria hasta que el gobierno de S. M. se asegure de que en lo futuro será tratada la nación española con la consideración que le es debida y que serán religiosamente observados los pactos que se celebren entre ambos gobiernos.» El gobernador de Veracruz contestó á Rubalcava que remitía su nota al primer magistrado de la nación y que se trasladaría con el gobierno de su cargo á un punto inmediato á la plaza, tanto para cuidar del orden como para transmitirle la contestación del gobierno general. En efecto, retiradas las fuerzas mejicanas, el 17 desembarcaron las españolas en la plaza, en la cual entraron sin necesidad de disparar un tiro.

Nombrado el general D. Juan Prim, marqués de los Castillejos, por el gobierno español general en jefe del cuerpo expedicionario, salió de Cádiz el 27 de noviembre, llegó á la Habana el 23 de diciembre y el 8 de enero á Veracruz. Prim iba animado de un espíritu conciliador, como lo manifestó desde luego en la contestación dada á los jefes y oficiales españoles que se le presentaron para felicitarle por su nombramiento y su llegada. «No venimos, les dijo, á dominar ni á conquistar; venimos á exigir una satisfacción de injustos agravios pasados y á obtener garantías para el porvenir. Creo que, convencidos de nuestras justas y leales intenciones, los mejicanos no se nos opondrán con las armas en la mano; pero si lo hicieren, ellos solos serán los responsables de los resultados, y nosotros tendremos la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber y nuestra conciencia...» Y en la orden general del día 9 decía á los soldados españoles: «No embargue vuestro ánimo la importancia conseguida. (Aludía á la

ocupación de Veracruz.) Si la bravura es proverbial en las armas españolas, hijos son también de España los que tal vez aquí tengamos que combatir. Si sus discordias intestinas, si sus disensiones los dividen y perturban, no por eso



El general D. Juan Prim, jefe de la expedición española á Méjico

merecen menos la consideración de los pueblos que por su dicha disfrutaban paz y sólido gobierno.»

«Tan acostumbrado estaba Méjico, dice el historiador mejicano Vigil, á escuchar de sus enemigos insultos, calumnias y alusiones humillantes, que estas palabras, que en sí nada tenían de particular, sonaron bien á los oídos de la nación y previnieron favorablemente los ánimos hacia el jefe español, conocido

ya de antemano por la justicia con que se había expresado en el Senado acerca de las cuestiones pendientes con la República.»

El día 6 de enero habían llegado á Veracruz las fuerzas inglesas, consistentes únicamente en ochocientos soldados de marina á las órdenes del comodoro Dunlop, y casi al mismo tiempo las francesas, que ascendían á dos mil quinientos hombres al mando del almirante Jurién de la Gravière, á quien el emperador había investido de plenos poderes políticos y militares. Habiéndose retirado de la capital M. Dubois de Saligny, representante de Francia, y M. Carlos Wyke, que lo era de Inglaterra, encontráronse reunidos en Veracruz los jefes militares y políticos de la expedición, á saber: por España, el general Prim; por Francia, el vicealmirante Jurién y M. de Saligny, y por Inglaterra, el comodoro Dunlop y sir Carlos Wyke.

Lo primero que hicieron estos representantes fué dirigir al pueblo mejicano una proclama cuyo tono era á la vez conminatorio y amistoso. Empezaba por un acta de acusación contra los varios gobiernos que se habían sucedido en Méjico y que por su mala fe habían hecho necesaria la intervención, la cual en realidad no lo era, pues si las tropas europeas habían ocupado á Veracruz, no las guiaban ideas belicosas, sino más bien el propósito «de tender una mano amiga al pueblo á quien la Providencia prodigó todos sus dones, y á quien se ve con dolor ir gastando sus fuerzas y extinguiendo su vitalidad al impulso violento de guerras civiles y de perpetuas convulsiones.»

«Esta es la verdad, se añadía en dicha proclama, y los encargados de exponerla no lo hacemos en son de guerra ni amenaza, sino para que labréis vuestra ventura, que á todos nos interesa. A vosotros, exclusivamente á vosotros, os toca constituirlos de una manera sólida y permanente; vuestra obra será la obra de regeneración que todos acatarán, porque habrán contribuído á ella, con sus opiniones los unos, los otros con su ilustración, con su conciencia todos en general. El mal es grave, el remedio urgente; ahora ó nunca podéis hacer vuestra felicidad.»

Esta proclama no satisfizo á nadie, ni á la nación, ni al partido conservador ni á los mismos aliados; así fué que no produjo el efecto que se habían propuesto sus firmantes.

Los europeos, y muy especialmente los franceses, creían que en Méjico existía un gran partido de orden que no esperaba para levantarse más que la llegada de las tropas extranjeras. En Francia sobre todo reinaba esta convicción, tanto por los informes exagerados de M. Dubois de Saligny cuanto por las afirmaciones de los emigrados, los cuales aseguraban que tan luego como llegaran á su país las tropas francesas se agruparían á su alrededor todos los mejicanos de alguna posición. Pero pasaron muchos días sin que ningún personaje de nota se presentara, y esta fué la primera decepción sufrida por los franceses. Cierta era que Márquez, á la cabeza de algunos centenares de hombres, seguía desconociendo la autoridad del presidente Juárez; pero, como decía Prim, su

actitud no era la de un enemigo que ataca, sino la de un proscrito que se oculta en los montes, y era probable que muy pronto tendría que someterse ó abandonar el país.

La segunda decepción fué el resultado de la reunión que el día 13 tuvieron dichos representantes á fin de ponerse de acuerdo sobre las reclamaciones concretas que en forma de ultimátum debían dirigir colectivamente al gobierno de Juárez. Los ingleses reclamaban la puntual ejecución de los tratados precedentes, el reembolso de las sumas que Miramón había sustraído, ya en las conductas de dinero, ya en la legación británica, y por fin el pago inmediato de los créditos ya reconocidos, así como el de los que se reconocieran ulteriormente y que debían abonarse lo más pronto posible. Los españoles formulaban demandas parecidas, y además una satisfacción por la expulsión de su embajador Pacheco. Cuando les llegó el turno á los franceses, reclamaron doce millones de pesos por la indemnización debida al banquero Jecker, y M. de Saligny manifestó en seguida exigencias de tal carácter que sir Wyke, apoyado por el general, protestó con la mayor vehemencia contra ellas. Y se comprende; Jecker sólo había entregado á Miramón setecientos cincuenta mil pesos en metálico, y hacía subir su reclamación á catorce millones. Después de alguna discordancia de pareceres se firmó un ultimátum que debían entregar á Juárez en Méjico el brigadier español Miláns del Bosch, el capitán de marina inglés Tatham y el jefe de Estado mayor Thomasset, para los cuales se pidió un salvoconducto.

Pero mientras tanto las condiciones insalubres de la costa de Veracruz habían hecho sentir sus perniciosos efectos en las tropas expedicionarias. A causa de los calores del día y de las humedades de la noche á que estaban más expuestos los soldados acampados fuera de la plaza, en poco tiempo llegó á cuatrocientos el número de enfermos españoles. El almirante Jurién llevó sus tropas á la Tejería y Prim las suyas á Medellín, creyendo que se evitaría el peligro desde el momento en que la gente no estuviera tan aglomerada, pero sucedió lo contrario y el número de bajas en el contingente español duplicó. No era aún la fiebre amarilla la que causaba tantos enfermos, pues esta epidemia tardaría lo menos dos meses en aparecer, sino unas fiebres intermitentes, siendo el número de defunciones bastante corto relativamente al de los atacados; en los ingleses y franceses predominó la disenteria y sufrieron comparativamente más bajas efectivas. Entonces se resolvió enviar los enfermos á la Habana y movilizar al ejército para que acampase en la zona templada.

Mas para lo segundo era menester ó romper las hostilidades, atravesando á viva fuerza las líneas juaristas situadas cerca de Veracruz, ó pedir autorización al gobierno central. En el deseo de aplazar, particularmente por parte del general Prim, todo cuanto hubiera podido parecer hostilidad, optóse por alcanzar dicha autorización, y al partir los comisionados portadores del ultimátum colectivo, se les dió también el encargo de que exploraran el ánimo del gobierno mejicano sobre la necesidad de facilitar á los aliados campamentos salubres,

donde aguardarían el arreglo de las indemnizaciones y la reorganización del país.

Era entonces ministro de Negocios extranjeros de la República D. Manuel Doblado, hombre de gran ingenio y perspicacia, quien recibió afablemente á los comisionados, los agasajó, y trató con ellos con gran benevolencia del asunto que á la capital los llevaba; pero el resultado de las conferencias celebradas fué decirles que los representantes de las potencias, acompañados de una guardia de honor de dos mil hombres, pasasen á Orizaba, adonde acudirían comisionados del gobierno mejicano debidamente autorizados para que con toda calma discutiesen y concluyesen los convenios que asegurasen á las potencias aliadas la satisfacción de sus reclamaciones, y como consecuencia de esto tendría que efectuarse el reembarco de las fuerzas existentes en Veracruz.

Cuando, al regresar los enviados, el almirante Jurien oyó hablar de reembarco, propuso acabar de una vez con las conferencias y ocupar á viva fuerza los campamentos que el estado sanitario del ejército exigía. Pero sir Wyke se opuso, así como el general Prim, y se envió un nuevo mensaje á Méjico diciendo que las fuerzas aliadas se pondrían en marcha á mediados de febrero hacia Orizaba y Jalapa, donde esperaban que se les haría una acogida sinceramente amistosa.

En contestación á este mensaje, Juárez opuso algunas objeciones y estableció algunas bases para la autorización pedida, añadiendo que si los representantes extranjeros querían enviar pronto á Córdoba un comisionado para discutir con otro enviado por el gobierno mejicano, se daría la orden permitiendo que las fuerzas avanzaran á los puntos en que se conviniere. Los plenipotenciarios accedieron á lo propuesto y designaron para representarlos al general Prim, quien el 18 celebró una conferencia en la Soledad con Doblado, enviado al efecto por Juárez, habiendo quedado acordados al otro día, después de alguna discusión, los preliminares siguientes:

«*Primero.* — Supuesto que el gobierno constitucional que actualmente rige en la República Mejicana ha manifestado á los comisarios de las potencias aliadas que no necesita del auxilio que tan benévolutamente han ofrecido al pueblo mejicano, pues tiene en sí mismo los elementos de fuerza y de opinión para conservarse contra cualquiera revuelta intestina, los aliados entran desde luego en el terreno de los tratados para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones.

«*Segundo.* — Al efecto y protestando como protestan los representantes de las potencias aliadas, que nada intentan contra la independencia, soberanía é integridad del territorio de la República, se abrirán las negociaciones en Orizaba, á cuya ciudad concurrirán los tres comisarios y dos de los señores ministros del gobierno de la República, salvo el caso en que, de común acuerdo, se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes.

«*Tercero.* — Durante las negociaciones, las fuerzas de las potencias aliadas

ocuparán las tres poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con sus radios naturales.

«*Cuarto.* — Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mejicano, se estipula que en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados desocuparán las poblaciones antedichas y volverán á colocarse en la línea que está delante de dichas fortificaciones en rumbo á Veracruz, designándose como puntos extremos principales el de Paso Ancho, en el camino de Córdoba, y Paso de Ovejas, en el de Jalapa.

«*Quinto.* — Si llegase el caso desgraciado de romperse las negociaciones y retirarse las tropas aliadas de la línea indicada en el artículo precedente, los hospitales que tuvieren los aliados quedarán bajo la salvaguardia de la nación mejicana.

«*Sexto.* — El día en que las tropas aliadas emprendan su marcha para ocupar los puntos señalados en el artículo 3.º, se enarbolará el pabellón mejicano en la ciudad de Veracruz y en el castillo de San Juan de Ulúa.»

Este convenio, que en adelante llevó el nombre del pueblo en que se celebró, mereció incontinenti la aquiescencia de los ingleses, y aunque los franceses lo aceptaron también, en realidad no fué por gusto, sino por la fuerza de las circunstancias. Por su parte el gobierno y el partido liberal mejicanos lo aplaudieron asimismo, pues con él creían conjurado el peligro en que Méjico había visto su independencia, desde el momento en que no habría intervención de las naciones europeas en su política.

El 23 de febrero Juárez ratificó el convenio, y los franceses se pusieron en marcha el 26 y los españoles el 28. Aquéllos se establecieron en Tehuacán y éstos en Orizaba y en Córdoba; en cuanto á los ingleses, continuaron en la costa al amparo de sus buques, según las órdenes terminantes que había recibido el comodoro Dunlop.

Mientras tanto habían llegado á Europa las primeras noticias del cuerpo expedicionario. La proclama de los representantes aliados fué tan censurada en Londres como en París, pero por motivos diferentes; en París pareció muy tímida, en Londres demasiado acentuada. Tampoco mereció la aprobación de los gobiernos español é inglés el ultimátum dirigido á Juárez; pero sobre todo, lo que causó mayor sorpresa fué el convenio de la Soledad. El gobierno español lo desaprobó desde luego, y dió orden á Prim de que activara las negociaciones y si el resultado no era satisfactorio obrara con prontitud; el inglés no quedó muy satisfecho, pero sancionó la conducta de su representante, diciendo que de todos los arreglos posibles aquel era el menos peligroso así como el menos perjudicial; el francés lo reprobó tan enérgicamente que hizo publicar en *Le Moniteur* del 2 de abril una nota diciendo «que desaprobaba los convenios de la Soledad por ser contrarios á la dignidad de Francia.» Además dispuso

que el vicealmirante Jurién de la Gravière quedara reducido á mandar la escuadra, confiando todos los poderes públicos á M. Dubois de Saligny, disposición que hubiera bastado por sí sola para marcar el ya invariable rumbo que se proponía seguir la política francesa.

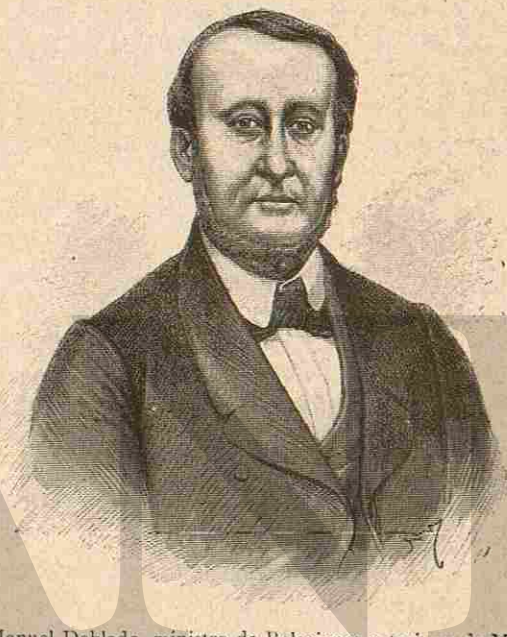
Desde principios del año 1862 Napoleón III había resuelto aumentar el efectivo de sus tropas en Méjico, á cuyo efecto mandó organizar una brigada de cuatro mil hombres á las órdenes del general Lorencez que debía embarcarse con urgencia para aquel país. Cuando los ingleses lo supieron, concibieron algunas sospechas, viendo en aquella determinación una prueba de los desig-nios que abrigaba el gobierno francés; á las objeciones hechas por lord Russell, el embajador M. Flahaut le contestó diciendo que las fuerzas francesas no debían ser inferiores en número á las españolas, y que si era preciso emprender una marcha hacia el interior, Francia no podía permitir que el reducido número de los combatientes diese motivo á un descalabro.

El 5 de marzo fondeó en Veracruz el *Forfait* conduciendo al general Lorencez y á su Estado mayor; los demás buques de esta nueva expedición le siguieron de cerca llevando 4.474 hombres y 616 caballos. Pocos días antes había desembarcado en el mismo puerto el general emigrado mejicano D. Juan Nepomuceno Almonte que debía haberse embarcado en el mismo buque que Lorencez, pero no lo hizo por haberse demorado dos días la salida de este último. Almonte, que había sido en tiempo anterior embajador de Miramón en París y era enemigo encarnizado de Juárez, había hecho creer al emperador en los recursos extraordinarios y en la gran influencia del partido conservador que, según él, tenía aspiraciones monárquicas. Influido por estas seguridades, que estaban en relación con sus propias ideas, Napoleón indujo á Almonte á regresar cuanto antes á su patria y á activar aquel movimiento de la opinión que, según se suponía, sería irresistible.

Almonte llegó á Veracruz acompañado de muchos mejicanos notables, y el favor de que gozaba en las Tullerías autorizaba á creer que era portador de los pensamientos más recientes del emperador. Para adivinar cuáles eran éstos, bastaba saber que el mismo monarca había instigado á Almonte á regresar á Méjico.

Si sorprendidos se quedaron los representantes español é inglés al saber la llegada de Almonte, no fué menor la sorpresa de éste al ver que los acontecimientos habían seguido un rumbo muy diferente del que se figuraba, pues creía que las tropas aliadas se habían apoderado ya de la capital y que él no tendría más que ponerse en camino para ejecutar al pie de la letra las órdenes que el emperador de los franceses le había dado. Hallábase Prim todavía en Veracruz, así como el comodoro Dunlop, y Almonte fué á verles, manifestándoles sin rodeos ni ambages que contaba con el apoyo de las tres potencias para cambiar en monarquía el gobierno establecido en Méjico y colocar la corona en las sienes del archiduque Maximiliano de Austria; que él pensaba que este proyecto sería bien acogido en Méjico y que acaso antes de dos meses se realizaría. A esto

contestó el general Prim que su opinión era diametralmente opuesta y que no debía contar con el apoyo de España; que Méjico, constituido en república cuarenta años hacía, debía necesariamente ser antimonárquico y no aceptaría jamás nuevas instituciones que no conocía y eran contrarias á las que había adoptado, y por último, que le pedía encarecidamente que no siguiera adelante, porque si marchaba solo, desterrado como estaba por un decreto, caminaba á su ruina, y si lo escoltaban las tropas de alguna de las potencias aliadas, este hecho



D. Manuel Doblado, ministro de Relaciones exteriores de Méjico  
firmante del Convenio de la Soledad

produciría una alarma cuyo resultado sería comprometer la buena política seguida hasta entonces por los comisionados.

Almonte no hizo caso de estas atinadas observaciones, confiado como estaba en el apoyo decidido de las tropas francesas.

La llegada del general mejicano fué la manzana de la discordia, arrojada no sólo entre los franceses y sus aliados, sino entre aquellos mismos. Jurién de la Gravière estaba dispuesto á retroceder en virtud de lo pactado en el convenio de la Soledad, para emprender en seguida su movimiento de avance; Dubois de Saligny sostenía que no había ya que preocuparse de tales preliminares, mientras que el general Lorencez estaba perplejo por no haber encontrado en Méjico ningún cambio de los que se le habían anunciado.

A pesar de las conferencias particulares que venían celebrando unos comi-

sionados con otros, la situación se iba poniendo cada vez más tirante y mayores eran las desconfianzas entre ingleses y españoles por una parte y franceses por otra, mucho más después que Almonte, protegido por un batallón francés, avanzó de Veracruz á Córdoba. Para poner fin á este estado de cosas, los primeros dirigieron el 23 una nota á sus colegas diciéndoles «que en vista de la actitud tomada por la parte francesa de la expedición aliada y del carácter de las resoluciones adoptadas por los jefes franceses, no conformes á lo estipulado en la convención de Londres, les invitaban á una conferencia á fin de que las explicaciones á que diera lugar sirvieran para fijar la conducta que todos de común acuerdo, ó cada uno separadamente, si la avenencia no fuera posible, debieran tener de allí en adelante. Efectuóse la conferencia, y á consecuencia de lo acordado en ella el jefe francés dió orden para que Almonte y los demás emigrados regresasen á Veracruz; pero á los pocos días volvió sobre su acuerdo y dejó la orden sin efecto.

No transcurrió mucho tiempo sin que el ministro mejicano de Relaciones exteriores dirigiera una nota á los comisionados de las tres potencias manifestándoles que la presencia de Almonte y sus compañeros de emigración en territorio mejicano era una amenaza criminal contra la paz pública, objeto principal de las altas potencias aliadas, tan interesadas en su conservación como era necesario al bienestar general y al feliz término de las cuestiones pendientes entre ellas y la República, por lo cual el supremo gobierno pedía á los comisarios que dispusieran que las personas mencionadas fueran reembarcadas desde luego y enviadas fuera de la República.

Con objeto de ponerse de acuerdo para contestar á esta petición, los representantes de las tres potencias se reunieron en Orizaba el 9 de abril. En ella el general Prim y sir Wyke manifestaron que la presencia de Almonte entre las tropas francesas y el apoyo por parte de éstas de los planes que á Méjico le habían llevado eran incompatibles con lo pactado en el convenio de Londres así como en el de la Soledad, y por consiguiente, ó se accedía á lo solicitado con justicia por el gobierno mejicano, ó se retirarían con sus fuerzas. La discusión, serena y cortés al principio, se fué acalorando hasta el punto de convertirse por parte de M. Dubois de Saligny en desagradables alusiones personales contra el general Prim, y como los dos comisarios franceses se negaran en absoluto á retirar su protección á Almonte, dióse por terminada la conferencia anunciando ingleses y españoles su resolución de reembarcar sus tropas sin pérdida de tiempo, por considerar la conducta de sus colegas como una violación de los convenios.

La anunciada determinación de reembarco se realizó en efecto, y el 9 de mayo desembarcaba el general Prim en la Habana. El gobierno español aprobó su conducta «y no pasó mucho tiempo, dice el historiador mejicano Vigil, sin que se viera la justificación con que había procedido el conde de Reus, no sólo porque salvó á tiempo el honor español evitando que sus tropas se envol-

viesen en la inicua política del gabinete de las Tullerías, y se precipitasen en complicaciones gravísimas, sino porque puso término á las violentas rencillas entre mejicanos y españoles, echando las bases de una amistad sincera cuyos vínculos se han venido estrechando más cada día, pues se fundan en intereses legítimos y en respetos mutuos que nada seguramente alterará en lo porvenir.»

Quedaban ya solas las tropas francesas para llevar á efecto los planes y proyectos acariciados hacía tiempo por el emperador. Para no dar pretexto á que



El general mejicano D. Tomás Mejía

se dijera que se rompía abierta é injustamente con los preliminares de la Soledad, el general Lorencez abandonó sus acantonamientos de Tehuacán y retrocedió con sus tropas á Córdoba, dejando algunos centenares de enfermos en Orizaba bajo la salvaguardia de la lealtad mejicana; pero no tardó en avanzar nuevamente bajo el especioso pretexto de que aquellos enfermos estaban amenazados por el enemigo y que sería imprudente por su parte dejarlos expuestos «á los excesos de un ejército indisciplinado y de jefes sin escrúpulos.» Hay que advertir que los enfermos estaban perfectamente tratados en Orizaba, y de ello pudo convencerse Lorencez cuando en su nuevo avance volvió á penetrar en aquella ciudad.

Bajo la protección de dicho general, fué proclamado Almonte presidente del gobierno que titulaba legítimo, y entre todos los que le ofrecieron su concurso

figuraban los generales Mejía, de origen indio y muy influyente en la región montañosa que se extiende más allá de Querétaro, y Márquez, militar de rara energía afiliado al partido reaccionario. También el general Gálvez se presentó en el campamento francés con doscientos ó trescientos jinetes mejicanos.

El 27 de abril, Lorencez, que ardía en deseos de combatir, aunque sólo contaba con seis mil hombres válidos, pero con los cuales, según escribía al ministro de la Guerra, se prometía ser dueño de Méjico en poco tiempo á causa de la inmensa superioridad que les atribuía sobre los mejicanos, y por otra parte aguijoneado por M. Dubois de Saligny, quien le aseguraba que, á medida que avanzara, todo el país se pondría á su lado, emprendió la marcha hacia Puebla de los Angeles, plaza que Juárez había ordenado defender á todo trance, y cuya guarnición constaba de unos doce mil hombres mandados por el general Zaragoza. El 4 de mayo, el ejército francés acampó en Amozoc, sin que se hubiera presentado ninguno de los supuestos amigos de los franceses.

La ciudad de Puebla está dominada al NE. y á cosa de un kilómetro de distancia por el cerro de Guadalupe, en el que se elevaba un convento que los mejicanos habían fortificado y artillado; dicho cerro se prolonga hacia el NO. descendiendo un poco y termina en su extremo en un pequeño fuerte llamado de Loreto. Aunque no faltó quien aconsejara á Lorencez que emprendiera el ataque por el Sur, pues la situación y las obras de defensa del cerro de Guadalupe eran demasiado formidables para que fuera fácil apoderarse de él por un golpe de mano, el general francés dispuso que se asaltara dicho cerro por juzgar que su posesión tenía que dar por resultado inmediato la rendición de la ciudad.

Pronto conoció Lorencez lo desafortunado de su plan. Poco antes de mediodía dió la orden de ataque, y si bizarramente acometieron los franceses y subieron impávidos al asalto, no menos bravamente se defendieron los mejicanos, haciendo unos y otros verdaderas proezas. Tres ataques sucesivos dieron los franceses al Cerro y se preparaban á dar el cuarto, cuando la caballería mejicana se presentó, y aunque fué desbaratada, logró impedir este último ataque. A las cuatro de la tarde las pérdidas de los franceses eran tan considerables, que el general Lorencez, reconociendo la imposibilidad de una nueva tentativa sobre Guadalupe, mandó dar la señal de retirada, que emprendieron sus tropas perseguidas por el cañón de los mejicanos victoriosos.

Las pérdidas del ejército francés en aquella jornada ascendieron, según el parte del general Lorencez, á unos quinientos hombres; las del mejicano, según el del general Zaragoza, á ochenta y tres muertos, ciento treinta y dos heridos y doce extraviados.

Los franceses se retiraron á sus acantonamientos de la hacienda de los Alamos, donde pasaron los días 6 y 7, y el 8 comenzaron su movimiento retrógrado, no parando hasta treinta y cuatro leguas de Puebla.

Gran júbilo causó en toda la República el triunfo de los mejicanos. El Congreso expidió un decreto declarando beneméritos de la patria á los generales,

jefes, oficiales y soldados que habían tomado parte en la defensa de Puebla y se abrió una suscripción nacional para regalar al general Zaragoza una espada de honor.

La única preocupación de Lorencez era ya acabar en paz su retirada, esquivar las emboscadas del enemigo, conservar lo que le quedaba de su reducido ejército y aguardar refuerzos de Francia.

El fracaso de Puebla por una parte y la poca armonía que mediaba entre Lorencez y Saligny, ó mejor dicho, el rompimiento de relaciones que hubo entre ambos, indujeron al emperador, que confiaba más que nunca en el segundo, á reprender en términos muy acres al general á pesar de salir á su favor el ministro de la Guerra Randon, que encontró simplemente ridículas las críticas militares de Saligny. Lo indudable era que sin fuerzas mayores ningún general podía hacer nada, y en vista de esto dió Napoleón órdenes de cuadruplicar las fuerzas francesas en Méjico. Desde fines de agosto hasta principios de noviembre desembarcaron en Veracruz más de veintidós mil franceses, de suerte que su ejército se elevó aproximadamente á veintiocho mil hombres con seis mil caballos y cincuenta cañones. Confióse el mando en jefe de esta fuerza al general Forey, al cual encargó el emperador antes de su partida que se pusiera en un todo de acuerdo con Saligny inmediatamente, ó diera á conocer, también inmediatamente, su opinión si discrepaba de la de aquel diplomático. Además dirigió á Saligny en 3 de julio una carta destinada á la publicidad, en la cual expuso sus ideas sobre el porvenir de la raza neolatina en América, y dijo que por muy importante que fuese también para Europa la prosperidad de los Estados Unidos, no podía desearse que esta República dominara todo el golfo de Méjico y desde allí toda la América del Sur, y que, fundando un gobierno fuerte, si fuese posible, una monarquía en Méjico, se restituiría á la raza latina su influencia. Esta carta nada decía de Maximiliano, y Billault declaró en la Cámara el 26 de junio que Francia reconocería toda resolución que tomara el pueblo mejicano tocante á su porvenir, aunque resultara á favor de Juárez.

El emperador mostró el mayor interés en los preparativos y en los progresos de la expedición; desde Vichy dirigió las negociaciones con un contratista norteamericano para la construcción de un ferrocarril de Veracruz á Chiquihuite y aceptó con alegría el ofrecimiento del embajador de Honduras de poner á su disposición para depósito de enfermos la isla salubre de Huatán, porque el clima de Veracruz causaba tantas víctimas que los soldados llamaban con amarga sorna al cementerio de aquella ciudad el «jardín de aclimatación» de los franceses. Mucho le disgustó que el presidente Lincoln hiciera por medio del embajador americano Corwin un convenio con Juárez que proporcionaba á este último importantes auxilios en dinero, y de muy buena gana hubiera contestado con el reconocimiento de los Estados del Sur, á la sazón en guerra con los del Norte, si Inglaterra hubiese estado dispuesta á imitarle.

Parecía natural que con las fuerzas de que disponía Forey, ordenara este



general la inmediata marcha sobre Puebla; porque el aplazarla equivalía á prolongar el descrédito moral del reciente descalabro de las armas francesas, enfriar á sus partidarios y sobre todo dar tiempo al enemigo para fortificar dicha plaza. Sin embargo, por varios motivos, unos fundados, otros especiosos, las operaciones militares sufrieron un retraso de cinco meses, con gran descontento del ejército, que ardía en deseos de tomar el desquite y que veía sus filas diariamente mermadas por las enfermedades en las tierras calientes. Durante este tiempo, sólo se habían realizado pequeñas empresas, como la ocupación de Tampico y la de Jalapa.

Por fin á últimos de febrero se puso el ejército en movimiento formando dos grandes divisiones, una á las órdenes del general Bazaine y otra á las del general Douay, y el 17 de marzo llegó delante de Puebla, plaza que durante aquel tiempo había fortificado el gobierno mejicano todo cuanto pudo. Este mismo gobierno había procurado organizar un pequeño ejército llamado del Centro, que puesto á las órdenes del general Comonfort, debía acudir en auxilio de la plaza.

Inmediatamente procedieron los franceses al asedio de ésta, y Forey dispuso el ataque, no por el cerro de Guadalupe, de triste recordación, sino por el Sur, donde sólo la protegía el fuerte de San Javier, pues conquistado éste se tendría un pie en la plaza. En efecto, en la noche del 26 de marzo se rompió el fuego de cañón, y derribados los parapetos tres días después y tras de una lucha encarnizada que costó á los asaltantes doscientas bajas, ondeó la bandera francesa en el fuerte conquistado. Pero Forey no tenía sospechas ni podía presumir cuál era el estado de las defensas interiores de la ciudad, de cuya defensa estaba en esta ocasión encargado el general González Ortega, no menos resuelto y animoso que su predecesor Zaragoza.

Haremos gracia á nuestros lectores de los detalles de este largo asedio de sesenta y un días, durante los cuales, si atacaron los franceses con tesón, los mejicanos se defendieron con tenaz bizarría. Baste decir que se peleó obstinadamente de calle en calle, de casa en casa, de convento en convento, de manzana en manzana, hasta el punto de que muchos oficiales franceses llegaron á murmurar casi en alta voz contra la política ciega ó culpable que, sin ningún interés nacional, sacrificaba una sangre tan preciosa. Momento hubo en que el general Forey pensó en levantar el sitio de Puebla y marchar en derechura á Méjico, opinión en que le apoyaron en un principio los generales Bazaine y Douay diciendo que sus soldados no querían *guerra de manzanas*; pero estos generales volvieron poco después sobre su parecer y se decidió la continuación del sitio, si bien paralizando un tanto las operaciones hasta la llegada de municiones y nuevas piezas de artillería.

La tenacidad con que luchaban sitiadores y sitiados en aquella guerra especial de calles y casas, habría dado sin duda por resultado la destrucción del ejército francés y la ruina completa de la ciudad, si el resultado de las operaciones en campo abierto no hubiera preparado un desenlace menos sangriento. Cuan-

tas tentativas había hecho Comonfort para acercarse á Puebla se habían frustrado, particularmente en los combates de Cholula y Atlixco, y en una nueva prueba que hizo dicho general mejicano para romper el asedio, fué sorprendido el 8 de mayo en San Lorenzo por Bazaine, que le derrotó con pérdida de seiscientos ó setecientos muertos y mil prisioneros. Este triunfo de los franceses tuvo un doble resultado: alejar el resto del ejército de Comonfort é introducir el desaliento en los defensores de la plaza, que careciendo ya de víveres, sólo contaban con los que aquél pudiera proporcionarles. Satisfechas, pues, en alto grado las exigencias del honor militar después de tan brillante defensa, el general González Ortega se decidió á entregar la plaza, no sin destruir antes las armas y municiones y clavar los cañones, y el 19 de mayo Forey hizo su entrada en la ciudad.

La guarnición debía quedar prisionera de guerra, pero muchos soldados habían conseguido escapar, y de los que quedaban unos fueron ocupados en deshacer las barricadas y á los otros se les incorporó á las fuerzas de Márquez; pero como podía presumirse, aprovecharon la primera ocasión para desertar. En cuanto á los generales y oficiales, decidióse que se les embarcara para Francia, pero en su mayoría pudieron evadirse antes de llegar á Veracruz.

Las pérdidas de los franceses durante el sitio ascendieron á más de mil cien hombres entre muertos y heridos.

Libre ya el camino de Méjico con la caída de Puebla, Forey entró en la capital el 10 de junio, evacuada ya por Juárez al acercarse la vanguardia francesa á las órdenes de Bazaine. Le acompañaban el general Almonte y M. Dubois de Saligny. El presidente de la República trasladó su gobierno á San Luis de Potosí.

El general Forey, hombre de edad proecta, completamente extraño á la política hasta que se encargó del mando de la expedición, militar ordenancista, pero poco fértil en recursos, se había visto metido de pronto en una empresa algo incompatible con su edad y con sus aptitudes. De ello eran prueba sus vacilaciones antes de emprender el ataque de Puebla, y posteriormente su perplejidad acerca de la resolución que debía tomar una vez dueño de la capital. Las instrucciones que había recibido del emperador le ordenaban consultar á la nación mejicana y proceder con arreglo al resultado de esta consulta; pero como Juárez, aunque proscrito de la capital, dominaba aún en la mayoría de las provincias, era imposible apelar al sufragio popular.

A falta de plebiscito, Forey, de acuerdo con Saligny, nombró una junta de gobierno compuesta de treinta y cinco individuos, la cual debería nombrar tres personas que se encargasen del poder ejecutivo, y asociarse además con doscientos quince notables cuya misión sería resolver sobre la forma definitiva del gobierno de Méjico. El 22 de junio se instaló la junta de gobierno, la cual eligió para que ejerciesen el poder ejecutivo á los generales Almonte y Salas y al arzobispo Labastida, y el 8 de julio se reunió la junta de notables nombrados por la de gobierno, y después de nombrar una comisión que redactase un dictamen, aprobáronse por unanimidad las siguientes proposiciones con que este dictamen terminaba:

- 1.<sup>a</sup> La nación mejicana adopta por forma de gobierno la Monarquía moderada hereditaria, con un príncipe católico.
- 2.<sup>a</sup> El soberano tomará el título de emperador de Méjico.
- 3.<sup>a</sup> La corona imperial de Méjico se ofrece á S. A. I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.
- 4.<sup>a</sup> En el caso de que por circunstancias imposibles de prever, el Archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, la nación mejicana se remite á la benevolencia de S. M. Napoleón III, emperador de los franceses, para que le indique otro príncipe católico.

Tomadas estas primeras disposiciones, el gobierno interino procuró atemorizar á los contrarios ó hacerles inofensivos con disposiciones extraordinariamente crueles. Un decreto de Forey, que en todo se dejaba guiar por Saligny, orde-

nó el embargo de los bienes de cuantos estaban en armas contra los franceses, y dispuso que cuantos formaran parte de una «banda de criminales armados» fuesen sometidos á un consejo de guerra y fusilados en el plazo de veinticuatro horas. El efecto de este rigor no correspondió de ninguna manera á lo que habían esperado los jefes franceses; en lugar de desanimar á los enemigos, los exasperó y enajenó al futuro emperador y á sus protectores aun á los mejicanos

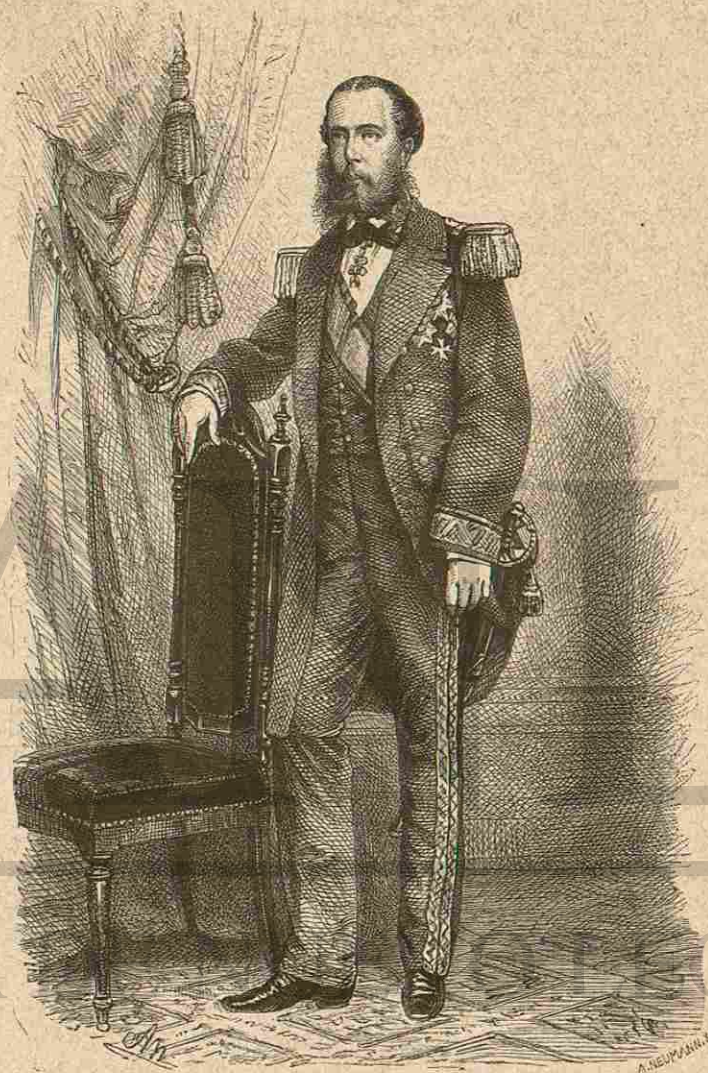


El general Bazaine

que hubieran podido ser atraídos á aceptar el nuevo régimen. No se le ocultó esto á Napoleón, que además empezaba á vacilar en sus proyectos monárquicos y había criticado duramente la convocación de la asamblea de notables hecha sin orden suya. La confianza que antes había tenido en Saligny y en su perfecto conocimiento de las cosas de Méjico, se cambió en el extremo opuesto, y su descontento alcanzó hasta á Forey, aun cuando el emperador le agració con el bastón de mariscal en recompensa de la toma de Puebla. Uno y otro fueron llamados á Francia y el sangriento decreto del 20 de junio fué revocado. Ocupó el puesto de Forey en 1.<sup>o</sup> de octubre el general Bazaine, y á Saligny ni siquiera se le permitió esperar la llegada de su sucesor Montholón, sino que Bazaine recibió orden de embarcarle inmediatamente, aun en el caso de que renunciara al servicio del gobierno francés y quisiera quedarse en Méjico.

Entretanto, una diputación de la asamblea de notables había pasado á Europa para ofrecer la corona de Méjico al archiduque Maximiliano. Por grande que fuese la ambición de este príncipe, no dejó de conocer las infinitas dificultades que se le ofrecían si aceptaba. En primer lugar, el voto de los notables no le garantizaba el de la nación. La votación efectuada por un pequeño número cuidadosamente elegido de notables y hecha bajo la protección de las bayonetas francesas, no le permitía contar con fuerza moral; para esto era menester que fuese elegido libremente por toda la nación, si bien aun en este caso la presencia de tropas extranjeras daría á la elección el carácter de forzada. Por un eslabonamiento de circunstancias se veía forzado además á apoyarse, á pesar de sus opiniones bastante liberales, en el partido ultramontano principalmente, cuyas exigencias por otra parte eran tales, que de ningún modo era posible satisfacerlas, pues que desde luego quería, ante todo, anular la confiscación de los bienes de la Iglesia, lo que había de ser completamente imposible al gobierno en su situación de penuria. Ya en otoño de 1863 hubo con este motivo conflictos entre el arzobispo Labastida y sus colegas en el gobierno, que de acuerdo con Bazaine se opusieron á la pretensión del prelado, el cual finalmente se retiró del gobierno y excomulgó á los compradores de los bienes de la Iglesia. Era, pues, evidente que sin la mediación benévola del Papa, Maximiliano tendría que romper desde luego con los ultramontanos y que de todos modos no podía pasarse por mucho tiempo sin el apoyo del ejército francés para sostenerse en el trono. En segundo lugar era ineludible arreglarse definitivamente con la Francia respecto de sus reclamaciones de dinero y obtener la seguridad de que el nuevo Imperio encontraría en Europa el crédito necesario para hacer un empréstito, aunque fuese en condiciones onerosísimas.

Por lo mismo Maximiliano, al recibir en 3 de octubre de 1863 la diputación mejicana, puso por condición de la aceptación de la corona, no solamente el voto de toda la nación, sino también que se dieran garantías para la consolidación de su posición futura. Fácil fué cumplir la primera condición, porque en todas partes donde se presentaron las armas francesas, que en los meses siguientes llegaron hasta el Potosí, Guadalajara, Zacatecas, etc., la mayoría del pueblo se declaró á favor del Imperio y del archiduque austriaco. Más difícil fué recibir del Papa el prometido apoyo, pues fuera de la bendición del Padre Santo sólo consiguió Maximiliano en su visita de despedida á Roma la promesa de que le seguiría á Méjico un nuncio con poderes conciliadores. Napoleón finalmente se obligó, en un convenio que hizo el 12 de marzo de 1864 en París con Maximiliano, á reducir sólo gradualmente los treinta y ocho mil franceses que estaban en Méjico hasta veinticinco mil hombres, y dejar éstos allí, de donde los llamaría sólo á medida que se hallara organizado el ejército mejicano. También prometió Napoleón que la legión extranjera francesa de cinco mil hombres quedaría todavía seis años en Méjico al servicio de Maximiliano después de haber sido retirados de Méjico los demás franceses. Maximiliano por



EL EMPERADOR MAXIMILIANO



su parte se obligó á pagar doscientos setenta millones de francos por los gastos de la expedición francesa, calculados en esta suma, hasta 1.º de julio de 1864. Desde este día se convino en que Maximiliano pagaría mil francos anuales por cada hombre. Inmediatamente tuvo que pagar Maximiliano á cuenta de estas sumas sesenta y seis millones y luego veintiséis millones anuales. A fin de suministrarle los primeros recursos se hizo un empréstito de seis millones nominales de libras esterlinas al interés del 6 por 100, pero que sólo pudo ser colocado en Londres al tipo de 63 por 100.

Habiendo regresado el archiduque á Miramar después de estos arreglos, volvió á vacilar porque el emperador de Austria insistió en que renunciara á su derecho eventual hereditario, con lo cual se conformó Maximiliano á condición de que por medio de un acta secreta se declarase nula su renuncia en el caso de que tuviese que abdicar el trono de Méjico. El emperador Francisco José se resistió tenazmente á aceptar esta condición, ni pudieron nada las instancias personales de la archiduquesa Carlota, que á este efecto se trasladó súbitamente á Viena. Entretanto el general Frossard, á quien Napoleón había enviado á Miramar, instaba al archiduque para que recibiera la diputación, aceptara la corona y ratificara como emperador el convenio del 12 de marzo. Maximiliano, convencido ya de que no podía torcer la voluntad de su hermano, se conformó con la exigencia de éste, aunque con mucha repugnancia. Francisco José, acompañado de sus más próximos parientes y de algunos ministros, llegó á Miramar, donde fué firmada el acta de renuncia é inmediatamente después el convenio con Francia. El 10 de abril de 1864 recibió el nuevo emperador la diputación mejicana por segunda vez y le hizo saber definitivamente su aceptación de la corona. Cuatro días después embarcó para su nueva patria en la fragata austriaca *Novara*, escoltada por la francesa *Themis*, como si Napoleón hubiera querido afirmar á los ojos de Europa y del mundo que la protección francesa jamás faltaría al augusto viajero. De paso desembarcó en Civitavecchia, visitó al Papa en Roma, donde pasó algunos días, y prosiguiendo su viaje llegó el 28 de mayo á Veracruz y el 12 de junio verificó su entrada en Méjico, donde fué recibido con tan marcadas demostraciones de júbilo que no parecía sino que había desaparecido todo rastro de las anteriores guerras.

Desde que tomó posesión de su elevado puesto, todo el afán de Maximiliano se dirigió visiblemente á granjearse la confianza del partido liberal. Colmó de honores y distinciones á los hombres que hasta entonces habían representado su causa, pero no gobernó con arreglo á sus planes, pues que reconoció la libertad de cultos, confirmó la venta de los bienes de la Iglesia, abolió la censura, estableció la milicia nacional y finalmente otorgó en 10 de abril de 1865 una Constitución. Esta política, sin embargo, no dió el resultado que esperaba. Militarmente prosperó el Imperio porque los franceses se apoderaron de una provincia tras otra obligando al fugitivo presidente Juárez á establecer su go-



LA EMPERATRIZ CARLOTA

bierno en Chihuahua en el extremo Norte. Napoleón recompensó al victorioso Bazaine en 5 de septiembre con el bastón de mariscal. Los triunfos de los franceses resultaron pasajeros, porque si bien sometían á las provincias más lejanas no las podían ocupar permanentemente y hasta la comunicación entre Méjico y Veracruz fué interrumpida por las fuerzas republicanas. Entonces se aconsejó á Maximiliano que declarase á estas fuerzas enemigas simples bandoleros, á lo cual se negó con razón; pero cuando el general Brincourt consiguió expulsar á Juárez de Chihuahua, quedándose este último sólo con la ciudad fronteriza del Paso, situada á orillas del río del Norte, Maximiliano se creyó autorizado para hacer saber en un bando del 3 de octubre de 1865 que el ex presidente había abandonado el territorio mejicano y que en adelante todos los que hicieran armas en su nombre serían sometidos como malhechores al consejo de guerra y fusilados en el término de veinticuatro horas. Esta amenaza fué realizada luego en las personas de los generales juaristas Arteaga y Salazar. Maximiliano mismo calificó de draconiana esta orden en una carta que escribió á Napoleón, pero decía que esperaba que produciría efecto. En realidad para producir efecto hubiera sido menester un ejército mucho más fuerte, mientras que la persecución sangrienta á que se había dejado inducir Maximiliano no hizo más que aumentar la exasperación de los juaristas.

Tampoco fué posible arreglar la situación administrativa de Méjico. La Hacienda se hallaba en un estado desesperado, y la administración sólo pudo continuar á favor de un nuevo empréstito que fué colocado á principios de 1865 en Francia con el auxilio del gobierno al tipo solamente de 54 por 100. Pero al año siguiente se halló el gobierno otra vez abocado á la bancarrota, y los escasos adelantos que facilitó Bazaine á fuerza de instancias no pudieron detener el fatal desenlace ni fueron aprobados en París.

Aparte de esto, se iban haciendo cada vez más tirantes las relaciones de Maximiliano con el partido ultramontano. El nuncio Meglia, en lugar de ejercer una intervención moderadora y conciliadora entre uno y otro, calificó públicamente al emperador de súbdito del Papa y publicó sin su autorización los decretos que recibía del Vaticano. Por otro lado, á pesar de las gracias y distinciones otorgadas á los liberales, tampoco logró Maximiliano formarse entre ellos un partido que le hubiera podido apoyar, de suerte que al fin acabó por hallarse en una situación insostenible.

Sus relaciones con los franceses se fueron también haciendo de día en día más difíciles, lo cual consistía en que era imposible la coexistencia de dos autoridades paralelas: por un lado Maximiliano y por otro Bazaine. Aquél ocupaba el primer puesto en el Imperio, pero no podía hacer uso de la principal prerrogativa del poder, porque incumbía al mariscal, no tan sólo mandar al cuerpo expedicionario, sino también al ejército mejicano unido al francés, y dictar todas las medidas militares que, según el éxito, podían consolidar ó poner en apurado trance al nuevo Estado. Si se hubiera preguntado al monarca cuáles

eran las fronteras de su Imperio, habría tenido que preguntárselo á Bazaine, dueño de ensanchar ó reducir el radio de ocupación y de fijar así los límites del Estado. Arbitro de la guerra, Bazaine lo era en parte de la Hacienda, pues todos los gastos que hacía el ejército los aplicaba en seguida al presupuesto mejicano. Hasta la administración civil estaba en manos de Francia, porque las más de las veces sólo existía amparándose de la fuerza pública, de la que el mariscal disponía exclusivamente.

Ya á principios de 1865 se notaron ciertos gérmenes de desavenencia entre Maximiliano y Bazaine, pues el primero criticó algunos reveses sufridos en sus operaciones por los franceses, y cuando poco después sus tropas evacuaron algunas plazas al Norte del Imperio, Maximiliano se quejó, calificó la medida de impolítica y dijo que el general en jefe había procedido con flojedad é inercia.

Bazaine, comprendiendo á su vez que el archiduque austriaco no lograba ganar terreno en el país, empezó á acariciar la idea de ponerse en su lugar, pues habiendo enviudado, contrajo segundas nupcias con una mejicana y creía que este enlace le facilitaría un partido. Hizo, pues, todo lo que pudo para dar disgustos á Maximiliano á fin de impulsarle á abdicar. Para este plan le estorbaban los legionarios austriacos y belgas que Maximiliano enganchó, y también le disgustó que el emperador encargara la organización del ejército mejicano, no al general francés Lheriller, sino al general austriaco Thun. Quiso crear un cuerpo de gendarmería y de ingenieros con cuadros franceses, pero Napoleón no lo permitió, porque en las Tullerías, y esto fué para Maximiliano mucho más funesto que los planes ambiciosos de Bazaine, se había efectuado un cambio completo de opiniones, debido sin duda principalmente á la convicción que se había apoderado de Napoleón de la impopularidad de la expedición mejicana. La Francia no había mostrado gran interés en los principios de esta empresa, pero tampoco había manifestado hostilidad, y en el fondo el país se prometía de ella gloria y botín á manera de las expediciones de China y de las luchas de Anam. Se creía que como éstas sería de corta duración la de Méjico, y en vista de la alianza con España é Inglaterra y de la situación difícil de los Estados Unidos, nadie temía ningún peligro serio. Cuando después los mejicanos se decidieron á la resistencia á todo trance, no hubo nadie en Francia durante algún tiempo que no insistiera en que se continuara la guerra, pero esto duró poco. Salvado el honor de Francia por el descalabro de Puebla, se aumentó la aversión contra una empresa que exigía más víctimas á causa del clima que por los combates. La oposición vió luego los muchos puntos de ataque que le ofrecía tal aventura, y no omitió ninguna ocasión de censurarla vivamente en los debates de la contestación al discurso de la corona, como al aprobar los recursos pedidos. Ya en enero de 1864 no ocultó la mayoría del cuerpo legislativo, en su contestación al discurso de la corona, que muchas personas en Francia pensaban con tristeza en los sacrificios y obligaciones que originaba la expedición y declaró que el país se alegraría de ver pronto los buenos resultados que esperaba el emperador.

Mientras Maximiliano hacía toda clase de esfuerzos por allanar los entorpecimientos que por dondequiera se le presentaban, tropezó con otro no menos grave, que consistió en la decidida oposición que le hizo el gobierno de los Estados Unidos. Ya en 4 de abril de 1864 la Cámara de diputados de la Unión había declarado solemnemente que el reconocer una monarquía fundada en América sobre las ruinas del gobierno republicano era incompatible con los principios sustentados por los Estados Unidos. El Senado de este país aplazó la discusión de este dictamen por un tiempo indeterminado por llamar más su atención la guerra separatista que por entonces ardía en la Confederación; pero los progresos que las armas del Norte realizaron en su lucha contra los del Sur, y la tenacidad con que la Cámara de diputados sostuvo su anterior declaración, despertaron grandes temores para el porvenir, de los cuales participó también Napoleón. Después de los triunfos decisivos de los unionistas en los primeros meses de 1865, el lenguaje oficial de Seeward, ministro de Negocios extranjeros de los Estados Unidos, se fué haciendo más brusco, rudo y terminante, y cuando el presidente Johnson, que después del asesinato de Lincoln le había sustituido, se negó resueltamente á recibir una carta de Maximiliano, no quedó ya ninguna duda de que la Unión restablecida en la América del Norte expresaría muy pronto su hostilidad á la monarquía mejicana. Así, pues, Napoleón no se hizo ya ilusiones y se convenció de que sólo era cuestión de tiempo la necesidad de retirar sus tropas y abandonar á Maximiliano á su suerte. Le aconsejaban además esta medida los informes que de diferentes fuentes se recibían en las Tullerías. Allí se concentraban las quejas de Maximiliano contra Bazaine y las de éste contra aquél; las insinuaciones del Cuerpo legislativo, que predicaba sin cesar la economía; las representaciones de los Estados Unidos cada día más altaneras, y las cartas que se le proporcionaban de los oficiales de Estado mayor del ejército expedicionario, en las que se pintaba con negros colores la situación del país, la falta de avenencia de las autoridades y la insuficiencia de Bazaine, que había perdido casi toda su popularidad en el ejército, concluyendo por decir que era preciso salir cuanto antes de aquel *avispero de Méjico*.

Resuelto ya Napoleón á retirar sus tropas, deseaba sin embargo demostrar que lo hacía por su propio impulso y no por imposición ajena, es decir, de los Estados Unidos. Fácil le hubiera sido realizarlo desde luego si la Unión hubiese accedido á reconocer al nuevo gobierno en Méjico; pero Seeward rechazó decididamente toda indicación en este sentido, diciendo que precisamente el establecimiento de una monarquía era lo que excitaba el descontento de sus compatriotas. Seeward, sin embargo, conforme escribió á principios de enero de 1866 al ministro de Negocios extranjeros de Juárez, deseaba facilitar al emperador de Francia el modo de abandonar á Méjico decorosamente, á cuyo fin quería sostener la apariencia de que el ejército francés regresaba porque Maximiliano no tenía ya nada que temer. Pero de ningún modo quiso conservar esta apariencia reconociendo la autoridad del archiduque, como lo declaró decidida-

mente en sus notas del 6 y 16 de diciembre de 1865, antes bien exigió entonces la retirada incondicional del ejército francés. Únicamente accedió al fin á prometer, conforme le pidió Drouyn de Lhuys en una nota del 9 de enero de 1866, la rigurosa neutralidad de los Estados Unidos en la guerra civil mejicana si la Francia retiraba sus tropas.

Llegó por fin la hora de la evacuación. Al abrir la legislatura el 22 de enero de 1866, el emperador de los franceses anunció á las Cámaras que la expedición tocaba á su término y que se entendía con el emperador Maximiliano para fijar la época del llamamiento de las tropas. El 31 de enero decía el mariscal Bazaine, en una carta confidencial, para justificar su resolución, que las circunstancias eran más poderosas que su voluntad y le exhortaba á trabajar con todo su celo y toda su actividad en organizar algo duradero. La carta terminaba con estas significativas palabras en las que preveía la desgracia de su protegido: «Si por casualidad el emperador Maximiliano no tuviera la energía necesaria para quedarse en Méjico después de la salida de nuestras tropas, habría que convocar una junta, organizar un gobierno y conseguir, merced á vuestra influencia, la elección de un presidente de la República, cuyos poderes deberían durar de seis á diez años. Naturalmente, este gobierno debería comprometerse á pagar la mayor parte de nuestros créditos sobre Méjico.»

A mediados de enero escribió el ministro de la Guerra, mariscal Randón, á Bazaine algunas instrucciones relativas á la evacuación, diciéndole que podía elevar la legión extranjera francesa á ocho mil hombres, y que por lo demás se arreglara Maximiliano como pudiese. El reembarque de las tropas debía efectuarse en tres veces: el primero en el otoño de 1866, el segundo en la primavera de 1867 y el tercero en el otoño del mismo año. Para Maximiliano fué esto un desengaño terrible, y se dice que exclamó: «¡Me han engañado! Existe entre Napoleón y yo un convenio solemne sin el cual no hubiera aceptado la corona y que me aseguraba sin reservas el auxilio de las tropas francesas hasta fines de 1868.» Quiso abdicar, pero su esposa le contuvo y le conjuró á hacer cuanto pudiera para sostenerse.

Para hacer una postrera tentativa, Maximiliano envió á París al general Almonte con objeto de pedir á Napoleón su auxilio en hombres y en dinero, es decir, la observación del tratado de Miramar en su más lata y favorable acepción; pero la respuesta fué una rotunda y áspera negativa, condensada en un ultimátum, á saber: que se haría con el emperador mejicano un nuevo convenio, en virtud del cual se comprometería éste á ceder al gobierno francés, en pago de los anticipos hechos, la mitad de la renta de las aduanas marítimas; que si se aceptaba este convenio, las tropas saldrían de Méjico en los plazos anunciados, de lo contrario el reembarque podría efectuarse inmediatamente. No falta historiador que asegure que había un motivo secreto para tanto rigor: el de privar á Maximiliano de toda clase de recursos para obligarle á abdicar, pues de este modo la retirada de las tropas francesas podría efectuarse sin mengua de

su dignidad, haciendo recaer toda la culpa en la inercia ó ineptitud del archiduque austriaco.

Mientras tanto los juaristas iban ganando de día en día más terreno: á medida que los franceses evacuaban las provincias más apartadas se apoderaban de ellas, y llegaron hasta amenazar á Tampico. En esta penosa situación la emperatriz Carlota se decidió á pasar personalmente á Europa y buscar auxilio en París, Roma, Viena y Bruselas. Cuando menos se lisonjeaba de conseguir el auxilio pecuniario de Napoleón. Pero Carlota no podía haber escogido peor época para su viaje, porque en aquellos momentos la batalla de Koenigsgratz no solamente acababa de revelar la fuerza interior de la Prusia, sino que había obligado al emperador Napoleón y á sus hombres de Estado á confesar la debilidad de Francia, cuya debilidad, á su modo de ver, era debida, si no exclusivamente, por lo menos en su mayor parte, á la complicación mejicana. Por esta causa el gobierno francés, á raíz de la batalla de Sadowa, no pudo concentrar un fuerte ejército junto al Rhin é imponer con él la ley á la Prusia; y fueron rechazadas las pretensiones que Benedetti presentó á principios de agosto en Berlín, no quedando más recurso al gobierno francés que devorar en silencio su disgusto y resentimiento. Apenas predominaba en las Tullerías más pensamiento político, sobre el cual todo el mundo estaba de acuerdo, que la absoluta necesidad de retirar las tropas de Méjico.

Napoleón, que acababa justamente de salir de un grave ataque de su enfermedad, hubiera preferido no ver á la emperatriz Carlota, pero no pudo negar una entrevista á esta princesa, que se hallaba en estado agitadoísimo. La entrevista fué larga y violenta, y de ella salió la emperatriz completamente quebrantada. No había podido obtener de Napoleón ni facilidades pecuniarias, porque el emperador participaba sin duda de la opinión que Fould le había expuesto en una memoria del 14 de agosto, á saber: que no se podía auxiliar al trono de Maximiliano con dinero, porque ya no podía dudarse de que el partido monárquico había sido mucho más débil de lo que habían hecho creer en su tiempo los refugiados mejicanos; que Maximiliano no podía sostenerse sin las tropas francesas, y por lo mismo era conveniente que declarara en un manifiesto que cuando los mejicanos le habían ofrecido la corona se habían engañado á sí mismos; que abdicaba, y que sólo aprovecharía la presencia del ejército francés para mantener el orden y dar lugar á la elección de un nuevo gobierno y de un jefe del Estado. Estos también fueron los únicos consejos que Napoleón supo dar á la emperatriz Carlota, declarándose pronto á facilitar su ejecución si los aceptaba, en cuyo caso ofreció retardar la retirada de sus tropas algunos meses, para embarcarlas definitivamente en la primavera de 1867. La infortunada soberana, después de quince días de permanencia, salió de la corte de Francia con el corazón destrozado. «¡Tengo mi merecido!, exclamó; la nieta de Luis Felipe no habría debido fiarse jamás de un Bonaparte.» Tampoco pudo esperar auxilio del Austria, que acababa de sucumbir en Koenigsgratz, y también fueron

vanos todos sus esfuerzos en Roma. Estos desengaños y agitaciones acabaron con su fortaleza de espíritu, y á principios de octubre se apoderó de ella una incurable enajenación mental, en cuyo estado continúa desde entonces y que le ocultó la terrible catástrofe de su esposo.

Inmediatamente después de la marcha de su esposa, Maximiliano, desorientado ya, echóse en brazos del partido reaccionario, nombrando un nuevo minis-



El general mejicano imperialista D. Miguel Miramón

terio cuya presidencia confió á D. Teodoro Lárez. Creía sin duda que este partido lograría sacarle de su apurada situación. La militar tomaba asimismo un sesgo cada vez peor. Periódicamente se habían estado publicando derrotas sufridas por los republicanos en diferentes partes del territorio, y sin embargo no pasaba mucho tiempo sin que surgiesen como por ensalmo numerosos cuerpos armados que hacían tocar las dificultades insuperables con que se tropezaba para llevar á cabo la obra de pacificación. Una de las plazas que cayeron en poder de los juaristas fué la de Tampico, de lo cual Maximiliano culpó á Bazaine, quien á su vez se quejó amargamente de la conducta de los generales mejicanos imperialistas. Con este motivo aumentó la tirantez entre la corte y el mariscal, agregándose el temor de los planes ambiciosos de Bazaine.

La emperatriz Carlota había manifestado también este temor á Napoleón, al

cual impresionó tanto más cuanto que estaba de acuerdo con las noticias y quejas que había recibido y se hallaba confirmado particularmente por la correspondencia del general Douay con su hermano, según afirma el mariscal Randón en sus Memorias. No faltaba otra cosa para poner á Napoleón en la situación más falsa sino la tentativa de su mariscal de hacerse elegir emperador ó presidente de Méjico en lugar de Maximiliano; y como Bazaine había dado demasiados motivos para que el emperador francés mermara sus poderes, entre aquéllos el de permitir, siquiera con repugnancia, que dos de sus oficiales, Friant y Osmond, entraran á formar parte del ministerio mejicano, envió á Méjico en septiembre de 1866 á su edecán el general Castelnau con poderes que le autorizaban para dar órdenes á Bazaine. Lo primero que hizo Castelnau fué aconsejar á Maximiliano que abdicase y favorecer luego la formación de un gobierno republicano á cuyo frente debería ponerse un general de verdadera popularidad, por ejemplo Ortega ó Porfirio Díaz. Al propio tiempo estaba encargado de proceder de acuerdo, si era posible, con el general norteamericano Sherman y con el embajador de los Estados Unidos Campbell, cuyas instrucciones le mandaban tratar sólo con Juárez, por deber considerarle como el jefe legítimo del Estado mejicano. El ministro de la Unión Seeward había consentido en esta acción común partiendo del supuesto de que la retirada de los franceses comenzaría en noviembre; pero cuando supo que Napoleón la había aplazado hasta el mes de marzo de 1867, conforme había prometido á la emperatriz Carlota, no solamente pidió explicaciones sobre este cambio, sino que llamó á Sherman y dispuso que Campbell marchara á Durango al lado de Juárez.

Las funestas noticias recibidas de Europa referentes al fracaso de las gestiones de la emperatriz Carlota así como á su enfermedad mental, causaron tal impresión en el ánimo de Maximiliano, que pasó algún tiempo encerrado en su palacio de Chapultepec sin querer ver más que á dos ó tres personas de su mayor intimidad. Entonces formó el propósito de abdicar y así se lo indicó á Bazaine en una comunicación confidencial, añadiendo que procuraba que hubiera seguridad para su viaje á Veracruz, en donde pensaba embarcarse después de publicar su abdicación. Con tal motivo, el emperador, alegando que los médicos le habían aconsejado que cambiase de aires á causa del mal estado de su salud, salió el 21 de octubre de la capital, escoltado por trescientos húsares, y se trasladó á Orizaba. En el camino encontró al general Castelnau, que le pidió una entrevista, pero se negó á recibirle: estaba más desalentado por la triste suerte de su esposa que por su propio infortunio político.

A pesar de todo, volvió á abandonar su resolución de abdicar, cediendo á las reiteradas excitaciones de los reaccionarios, y en particular á las instancias del presbítero Fischer, en quien tenía la mayor confianza. También le instaban á mantenerse firme los generales Márquez y Miramón, que hacía algún tiempo se había puesto á su servicio, y en vista de todo ello tomó la resolución de someter primero la cuestión al ministerio y al Consejo de Estado. Éstos fueron

convocados en Orizaba, y en su conferencia del 24 de noviembre aconsejaron por veinte votos contra dos convocar un congreso nacional para que decidiera si el país había de ser regido por monarquía ó por república. Maximiliano aceptó por su desgracia el consejo, quizás en la creencia de que los juaristas, convencidos de su triunfo, tomarían parte en el congreso. Encargó al presidente del ministerio, Lárez, que comunicara esta resolución á las autoridades francesas en



El general mejicano D. Mariano Escobedo

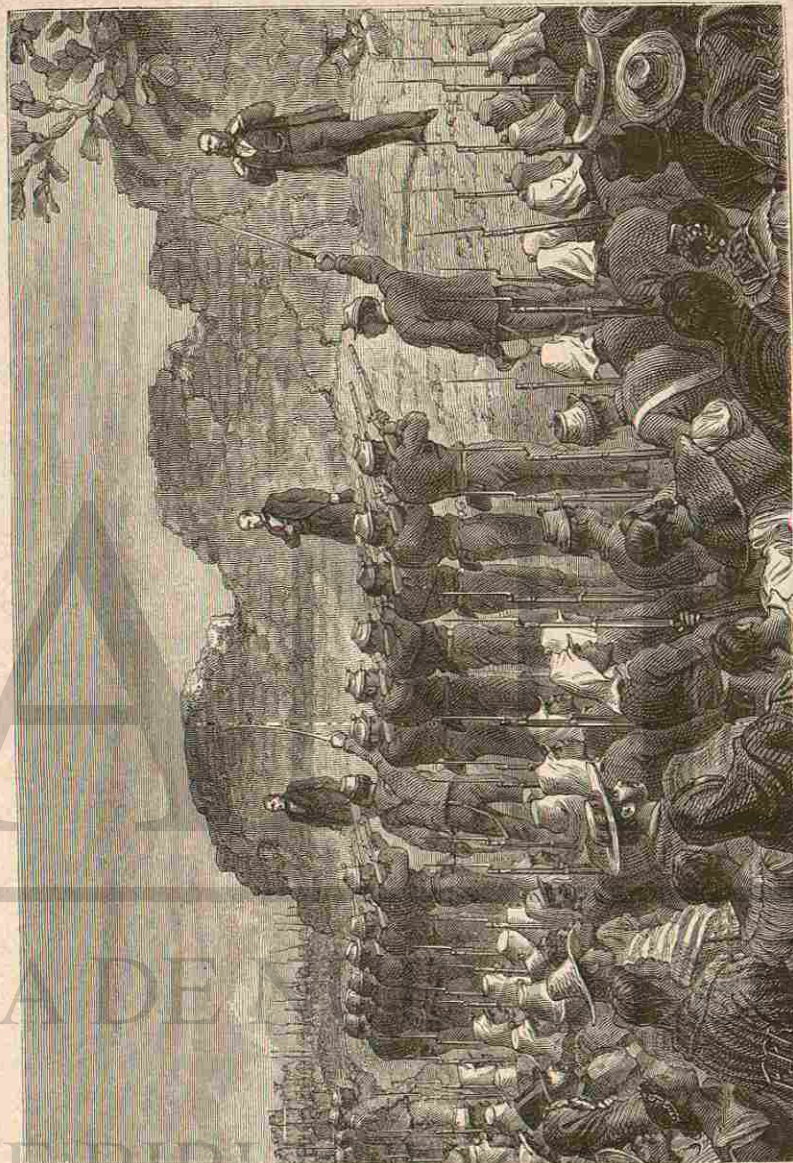
Méjico y que les dijera que el emperador, en vista de que la Francia no quería apoyarle más, estaba decidido á apoyarse en las fuerzas del país.

El disgusto que causó esta resolución en París fué grande, tanto que Napoleón envió la orden telegráfica de que se embarcara también la legión extranjera francesa, á pesar de haber confirmado la promesa de Miramar, en el convenio del 30 de julio, de que esta legión después del embarque del ejército continuaría todavía seis años al servicio de Maximiliano. La ruptura entre Napoleón y su protegido se había hecho, pues, completa, lo cual dió á las relaciones de Maximiliano y de su gobierno con Castelnau un giro violento, mientras Bazaine, que naturalmente había renunciado á sus propios planes ambiciosos, mostraba cierto celo por conservar su contacto con el infortunado monarca é inducirle hasta el último momento á abdicar. Por lo mismo se presentó á invitación de Maximiliano en la reducida asamblea de notables que en lugar



del congreso nacional se reunió en 14 de enero de 1867, y cuyos miembros suplicaron al monarca por gran mayoría que no abdicara, por supuesto porque así lo impedía su interés particular. Bazaine se esforzó en vano por hacer renunciar á estos notables á su empeño; casi por unanimidad, exceptuando sólo cuatro votos, resolvió esta asamblea suplicar al emperador que continuara en su puesto. Maximiliano accedió, á pesar de la casi ninguna probabilidad que había de que una victoria militar cambiara todavía la situación ó cuando menos facilitara una retirada honrosa. En lugar de semejante contingencia favorable, á los pocos días el general Miramón, que con una parte de las tropas del país se hallaba cerca de Guadalajara, fué derrotado por el general republicano Escobedo. Otra fuerte columna marchó contra la capital, de la cual se retiraron los últimos franceses en 12 de febrero, y el emperador se trasladó á Querétaro para oponerse allí á Escobedo; pero pronto se vió cercado por todos lados en la citada ciudad. A mediados de marzo rechazó con buen éxito el primer asalto de Escobedo y envió al general Márquez á Méjico para buscar refuerzos, en particular los regimientos formados por austriacos. Márquez, sin embargo, prefirió hacer primero una expedición para socorrer á Puebla, empresa inútil, pues que el 2 de abril fué tomada esta plaza por los republicanos mandados por el general Porfirio Díaz. Márquez quedó sitiado en Méjico; sus tentativas para abrirse camino fracasaron contra las fuerzas de Porfirio Díaz, y quedó completamente cercado á mediados de abril. Estando amenazada también seriamente Veracruz, evacuada por los últimos franceses en 11 de marzo, no quedó más recurso á Maximiliano que abrirse camino hacia la costa para salvarse; pero al hacer Miramón una salida para atacar la línea de San Gregorio, tuvo que retroceder con sus tropas desbaratadas. La situación de los defensores de Querétaro era por demás precaria; carecían ya de toda clase de recursos, no podían esperar auxilio del exterior, y en su consecuencia, los generales sitiados dictaron las disposiciones necesarias para tratar de romper nuevamente el sitio en la noche del 15 de mayo. Pero las tropas republicanas ocuparon el convento de la Cruz á las dos de la madrugada de aquel día, cayó luego en su poder la plaza de Querétaro é hicieron prisioneros á Maximiliano y á la mayor parte de sus jefes.

Por espacio de veinte años se ha venido sosteniendo y admitiendo como verdad incontrovertible que la rendición de la plaza se debió á una traición del coronel imperialista D. Miguel López, el cual comprado por el general sitiador Escobedo, entregó el convento de la Cruz é introdujo las fuerzas republicanas; pero resulta ahora de un documento firmado y entregado por este general en 8 de julio de 1887 al Gobierno supremo de la nación, que lo asegurado era una calumniosa patraña, y que si bien fué cierto que el coronel López estuvo en la noche del 14 en el campo sitiador, donde conferenció con Escobedo, lo hizo por orden de Maximiliano, diciéndole de parte de éste «que ya no podía ni quería continuar más la defensa de la plaza, cuyos esfuerzos consideraba completamente inútiles; que en efecto estaban formadas las columnas que debían for-



FUSILAMIENTO DEL EMPERADOR MAXIMILIANO Y DE LOS GENERALES MIRAMÓN Y MEJÍA



zar la línea de sitio; que deseaba detener esa imprudente operación, pero que no tenía la seguridad de que se respetaran sus órdenes por los jefes que obstinados en llevarla á cabo ya no obedecían á nadie; que, no obstante lo expuesto, se iba á aventurar á dar las órdenes para que se suspendiera la salida, y obedecieran ó no, me comunicaba que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentraran en el convento del mismo; que hiciera yo un esfuerzo cualquiera para posesionarme de dicho punto, en donde se entregaría prisionero sin condición.»

Así se hizo, y el resultado fué que á las seis de la mañana del 15 los republicanos ocuparon todas las defensas exteriores de Querétaro y Maximiliano entregaba su espada al general en jefe Escobedo.

Añade éste en el citado documento que así á él como al coronel López les había exigido el emperador su palabra de guardar secreto acerca de la conferencia celebrada entre ambos por su orden, porque no se encontraba con bastante fuerza de ánimo para soportar el reproche que le hicieran sus compañeros de desgracia, y que lo guardaran por lo menos hasta que dejara de existir la emperatriz Carlota, cuya vida se apagaría al dejar de existir su esposo. Ambos se lo prometieron, y cumplieron tan fielmente su palabra, que el coronel López no vaciló en ser tenido universalmente por traidor, por no faltar á ella.

Ni Maximiliano ni nadie se hicieron ilusiones sobre la suerte que le esperaba. En vano fué que las potencias europeas y hasta los Estados Unidos se interesaran por él. El mismo emperador solicitó sin resultado una entrevista con Juárez, á quien también suplicó por escrito que se contentara con su sangre, dejando libres á Miramón y Mejía. Un consejo de guerra condenó á los tres á muerte, principalmente en atención al decreto de 3 de octubre de 1865, y el 19 de junio de 1867 fueron fusilados los tres al pie del Cerro de las Campanas cerca de Querétaro, habiendo mostrado todos en sus últimos momentos gran serenidad y entereza. El cadáver de Maximiliano fué entregado al emperador de Austria á su solicitud y llevado á Austria por la fragata *Novara*, la misma que tres años antes había conducido á los nuevos emperadores á Méjico.

De tan trágico modo concluyó una insensata empresa: un emperador pasado por las armas y una emperatriz demente.

Para Napoleón fué un golpe igualmente duro el fin desastroso de su protegido y el malogro de sus planes en América. Tuvo que reconocer en su interior que ninguno de sus propósitos había salido conforme á su deseo, y ni siquiera había conseguido el pago de las reclamaciones que habían dado pretexto para la guerra. La sabiduría política insondable que se le atribuyó durante una serie de años se estrelló miserablemente en Méjico; sus disposiciones indecisas y su retirada final habían dejado malparada su fama de hombre consecuente y enérgico en sus planes, y la ya menguada confianza que inspiraban sus palabras quedó destruída por la manera con que había tratado á Maximiliano.

## XIV

## LA CUESTIÓN DE POLONIA

Mientras se desarrollaban en Méjico los sucesos que dejamos narrados en los anteriores capítulos, surgía en Europa otra cuestión que no dejó de preocupar al gobierno francés, y que si no le ocasionó las pérdidas en hombres y dinero que le costó la expedición en favor de la monarquía mejicana, contribuyó por su contrario resultado á mermar la influencia de Napoleón en los consejos europeos, y lo que fué peor, le condujo á una desavenencia con Rusia, potencia á la que tanto debía el emperador. Nos referimos á la insurrección polaca de 1863.

Más de treinta años habían transcurrido desde que la fracasada sublevación de 1830 había hecho sentir á los polacos todo el peso del yugo moscovita, y aun cuando alguna que otra vez se habían reanimado sus esperanzas de mejor suerte, particularmente al advenimiento al trono de cada nuevo soberano ruso, la opresión en que vivían seguía siendo la misma. Pero llegó el año 1860, y durante él recibieron los polacos muchas excitaciones del extranjero para sacudirla. Era la época en que Italia conseguía su unidad, en que Garibaldi efectuaba su marcha triunfal por Sicilia y Calabria y en que dondequiera se hablaba de nacionalidades que se reconstituían, de grupos antes separados que tendían á unirse. Los polacos, que carecían de armas, no habían podido tener la temeridad de provocar la lucha; pero sí podían hacer manifestaciones que demostraran que la raza aún no había perdido su vitalidad.

No faltaban en Polonia aniversarios memorables de sus revoluciones ó batallas, y quiso conmemorarlos con funciones religiosas que enseñaran á las víctimas á conservar su recuerdo y que vinieran á ser para los vencedores rusos como un reproche pacífico á la par que ardiente. Los puntos de reunión debían ser las iglesias, los guías los sacerdotes, los emblemas los pendones parroquiales, y el único himno en que prorrumpiera la muchedumbre los cantos nacionales autorizados por la antigua liturgia.

El 25 de febrero era el aniversario de la batalla de Grochow y la víspera se habían pegado furtivamente en las esquinas de las calles de Varsovia unos anuncios manuscritos invitando al pueblo á reunirse en el antiguo mercado y á pasar desde allí á la iglesia vecina á rezar por los muertos. Una inmensa muchedumbre respondió á este llamamiento. Cuando salió de la iglesia, se diseminaron

zar la línea de sitio; que deseaba detener esa imprudente operación, pero que no tenía la seguridad de que se respetaran sus órdenes por los jefes que obstinados en llevarla á cabo ya no obedecían á nadie; que, no obstante lo expuesto, se iba á aventurar á dar las órdenes para que se suspendiera la salida, y obedecieran ó no, me comunicaba que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentraran en el convento del mismo; que hiciera yo un esfuerzo cualquiera para posesionarme de dicho punto, en donde se entregaría prisionero sin condición.»

Así se hizo, y el resultado fué que á las seis de la mañana del 15 los republicanos ocuparon todas las defensas exteriores de Querétaro y Maximiliano entregaba su espada al general en jefe Escobedo.

Añade éste en el citado documento que así á él como al coronel López les había exigido el emperador su palabra de guardar secreto acerca de la conferencia celebrada entre ambos por su orden, porque no se encontraba con bastante fuerza de ánimo para soportar el reproche que le hicieran sus compañeros de desgracia, y que lo guardaran por lo menos hasta que dejara de existir la emperatriz Carlota, cuya vida se apagaría al dejar de existir su esposo. Ambos se lo prometieron, y cumplieron tan fielmente su palabra, que el coronel López no vaciló en ser tenido universalmente por traidor, por no faltar á ella.

Ni Maximiliano ni nadie se hicieron ilusiones sobre la suerte que le esperaba. En vano fué que las potencias europeas y hasta los Estados Unidos se interesaran por él. El mismo emperador solicitó sin resultado una entrevista con Juárez, á quien también suplicó por escrito que se contentara con su sangre, dejando libres á Miramón y Mejía. Un consejo de guerra condenó á los tres á muerte, principalmente en atención al decreto de 3 de octubre de 1865, y el 19 de junio de 1867 fueron fusilados los tres al pie del Cerro de las Campanas cerca de Querétaro, habiendo mostrado todos en sus últimos momentos gran serenidad y entereza. El cadáver de Maximiliano fué entregado al emperador de Austria á su solicitud y llevado á Austria por la fragata *Novara*, la misma que tres años antes había conducido á los nuevos emperadores á Méjico.

De tan trágico modo concluyó una insensata empresa: un emperador pasado por las armas y una emperatriz demente.

Para Napoleón fué un golpe igualmente duro el fin desastroso de su protegido y el malogro de sus planes en América. Tuvo que reconocer en su interior que ninguno de sus propósitos había salido conforme á su deseo, y ni siquiera había conseguido el pago de las reclamaciones que habían dado pretexto para la guerra. La sabiduría política insondable que se le atribuyó durante una serie de años se estrelló miserablemente en Méjico; sus disposiciones indecisas y su retirada final habían dejado malparada su fama de hombre consecuente y enérgico en sus planes, y la ya menguada confianza que inspiraban sus palabras quedó destruída por la manera con que había tratado á Maximiliano.

## XIV

## LA CUESTIÓN DE POLONIA

Mientras se desarrollaban en Méjico los sucesos que dejamos narrados en los anteriores capítulos, surgía en Europa otra cuestión que no dejó de preocupar al gobierno francés, y que si no le ocasionó las pérdidas en hombres y dinero que le costó la expedición en favor de la monarquía mejicana, contribuyó por su contrario resultado á mermar la influencia de Napoleón en los consejos europeos, y lo que fué peor, le condujo á una desavenencia con Rusia, potencia á la que tanto debía el emperador. Nos referimos á la insurrección polaca de 1863.

Más de treinta años habían transcurrido desde que la fracasada sublevación de 1830 había hecho sentir á los polacos todo el peso del yugo moscovita, y aun cuando alguna que otra vez se habían reanimado sus esperanzas de mejor suerte, particularmente al advenimiento al trono de cada nuevo soberano ruso, la opresión en que vivían seguía siendo la misma. Pero llegó el año 1860, y durante él recibieron los polacos muchas excitaciones del extranjero para sacudirla. Era la época en que Italia conseguía su unidad, en que Garibaldi efectuaba su marcha triunfal por Sicilia y Calabria y en que dondequiera se hablaba de nacionalidades que se reconstituían, de grupos antes separados que tendían á unirse. Los polacos, que carecían de armas, no habían podido tener la temeridad de provocar la lucha; pero sí podían hacer manifestaciones que demostraran que la raza aún no había perdido su vitalidad.

No faltaban en Polonia aniversarios memorables de sus revoluciones ó batallas, y quiso conmemorarlos con funciones religiosas que enseñaran á las víctimas á conservar su recuerdo y que vinieran á ser para los vencedores rusos como un reproche pacífico á la par que ardiente. Los puntos de reunión debían ser las iglesias, los guías los sacerdotes, los emblemas los pendones parroquiales, y el único himno en que prorrumpiera la muchedumbre los cantos nacionales autorizados por la antigua liturgia.

El 25 de febrero era el aniversario de la batalla de Grochow y la víspera se habían pegado furtivamente en las esquinas de las calles de Varsovia unos anuncios manuscritos invitando al pueblo á reunirse en el antiguo mercado y á pasar desde allí á la iglesia vecina á rezar por los muertos. Una inmensa muchedumbre respondió á este llamamiento. Cuando salió de la iglesia, se diseminaron

por la ciudad cantando himnos patrióticos que terminaban con la frase: «Dios santo, Dios omnipotente, devuélvenos nuestra patria.» La policía quiso disolver los grupos, pero no pudiendo conseguirlo, lanzó dos escuadrones sobre aquella multitud inerme. Cayó ésta de rodillas sin interrumpir sus cánticos, y cuando se retiró quedaron en el terreno cuarenta muertos ó heridos. A los dos días otro aniversario sirvió de pretexto para una nueva demostración, y como en la anterior, intervino la fuerza pública causando diez muertos y más de sesenta heridos.

Era entonces gobernador de Varsovia el príncipe Miguel Gortschakoff que indudablemente hubiera dado una batalla á los revoltosos; pero ¿qué podía hacer con una gente que si daba muestras de reprobación, lo hacía sin resistencia, sin levantar barricadas, sin dar un grito subversivo ni disparar un tiro?

Como en la cuestión no había comprometido ningún amor propio, y lo que no se hubiera concedido á un pueblo sedicioso podía otorgarse sin desdoro á aquel pueblo que hacía sus peticiones de rodillas, el emperador Alejandro, que era bueno por naturaleza y liberal por convicción, acogió una petición firmada por los polacos más conspicuos, en la que se reclamaba el restablecimiento de las instituciones nacionales, y el 26 de marzo de 1861 promulgó un ukase concediendo á Varsovia y á las principales ciudades de Polonia el derecho de elegir ayuntamientos, estableciendo en cada distrito y en cada gobierno asambleas deliberantes de elección popular, así como un Consejo de Estado para todo el reino de Polonia, y nombrando al marqués Wielopolski, polaco adicto á Rusia, director de Cultos y de Instrucción pública. Estas concesiones podrían haber mejorado la situación; pero á los seis días una orden imperial mandando disolver la *Sociedad agrícola*, á la que pertenecían los hombres más ilustrados del país y estaba presidida por el conde Andrés Zamoyski, hizo que se olvidaran las recientes promesas y que no se pensara más que en la injuria recibida.

De nuevo se repitieron las manifestaciones, y las hubo el 7 y el 8 de abril en la plaza del Castillo, terminando como las anteriores por un ataque de las tropas que causaron cincuenta muertos y muchos centenares de heridos. Al día siguiente ni una sola persona dejó de presentarse vestida de luto en las calles de Varsovia.

Algún tiempo después, el 15 de octubre, fecha de la muerte de Kosciusko, el pueblo invadió la catedral de San Juan y la iglesia de los Bernardinos, y mientras cantaba tranquilamente sus himnos al pie de los altares, las tropas rusas cercaron ambos templos. Como la concurrencia se negaba á salir de ellos si antes no se retiraban los soldados, pasó en las iglesias cerca de diez y siete horas, hasta que por fin las tropas penetraron en ellas y se llevaron dos mil prisioneros á la ciudadela.

Todos estos excesos hicieron que la emigración polaca en el extranjero trabajara con mayor ahinco para revivificar las antiguas simpatías en favor de su patria, y una de las naciones donde se le profesaban con mayor sinceridad era Francia.

Napoleón había tenido en otro tiempo la idea de provocar una insurrección polaca para fomentar sus planes de otra clase; pero desde la paz de París y desde su inmediata aproximación á la Rusia se había limitado á recomendar reformas liberales tales como las concedidas entonces por el tsar. Por tanto el *Monitor* en 23 de abril declaró que el emperador estaba muy lejos de alentar deseos que no podía satisfacer, y que deseaba sinceramente que el tsar no se dejara influir por manifestaciones violentas para negar las reformas realizables en Polonia. A pesar de esto, los polacos en París no renunciaron á la esperanza de un cambio en la política del emperador, sabiendo que el príncipe Napoleón y el conde de Walewski trabajaban á favor suyo. Entretanto empeoró la situación en Varsovia; el gobernador general, Gortschakoff, persona de índole conciliadora, había muerto; su sucesor decretó el estado de sitio sobre todo el país, y Wielopolski salió del ministerio; por manera que pareció haber renunciado el tsar á su política de reformas. En junio de 1862 dió, sin embargo, un nuevo paso en esta senda: nombró á su hermano Constantino lugarteniente y encargó al marqués de Wielopolski el gobierno de todo el país. Varios atentados contra la vida de estos dos hombres y mayores exigencias de la nobleza, que se dejó gobernar enteramente por el conde Zamoyski, deshicieron también esta vez toda esperanza en el buen resultado; y el temor de una revolución general indujo al tsar á decretar una quinta para purgar el país de elementos de desorden, según se decía.

Esta quinta era en realidad una leva forzada, pues no se dirigió contra los campesinos, gente de pasiva resignación, sino contra la juventud de las ciudades, pronta á todas las manifestaciones que afirmaran la independencia. Su realización fué un verdadero acto de crueldad y de despotismo. En la noche del 14 al 15 de enero de 1863, los agentes de policía, con el auxilio de la fuerza armada, penetraron en las casas designadas de antemano para proveer al tsar de soldados; y se apoderaron de los jóvenes, ó á falta de ellos, de sus padres, llevándolos á todos á la ciudadela. Lo que se hizo en la capital se repitió en las principales ciudades del reino.

Los que pudieron salvarse de esta razzia y los que se creyeron amenazados huyeron al campo, se refugiaron en los bosques y fueron al poco tiempo el núcleo de la insurrección que por fin estalló de veras.

En Francia empezó al propio tiempo una viva agitación en favor de los polacos. En pocos días recibió el Senado francés más de cuatrocientas peticiones, entre las cuales había una firmada por individuos de la Academia, obispos, ex ministros y diputados. El ponente de la comisión, Larabit, apoyó el 17 de marzo una orden del día expresando la confianza de que el emperador haría en favor de Polonia todo lo que fuese justo y posible. En contra de esta proposición pidieron el príncipe Napoleón, el príncipe Poniatowski, el conde de Walewski y otros, que el asunto pasara al gobierno, á lo cual se opuso Billault y de consiguiente no se hizo así; pero el ministro expresó al mismo tiempo vivas

simpatías por el pueblo amigo, y el emperador, en un billete que luego fué publicado, le dió las gracias por haber sabido conciliar tan perfectamente la simpatía en favor de los polacos con el respeto debido á soberanos y gobiernos extranjeros. Al discutir la contestación al discurso de la corona se había tratado también en el cuerpo legislativo la cuestión de Polonia, principalmente por Guyard-Delalain y Julio Favre; pero allí no hizo ninguna promesa el ministro Billault y se limitó á aconsejar á la Polonia que confiara en la magnanimidad del tsar, de la cual podía esperar mucho más que de intentonas de sublevación, declarando al final que el gobierno del emperador era demasiado celoso de su dignidad y de la de la Francia para repetir la frase favorable á los polacos que bajo la monarquía de julio se repetía en todas las contestaciones de los discursos del trono.

A pesar de esto, Napoleón no pudo resistir á la tentación de aprovechar esta cuestión en pro de su popularidad. Dióle pretexto para ello el convenio firmado por Rusia y Prusia el 8 de febrero de 1863. Este convenio era una habilidad diplomática del ministro de Negocios extranjeros prusiano Otón de Bismarck, que entonces entraba en escena. Unos doce días antes de la quinta de Varsovia, el general Gustavo de Alvensleben, ayudante de campo de Guillermo I, recibió el encargo de marchar á San Petersburgo con objeto de demostrar al gobierno ruso la solidaridad de las dos potencias, los peligros que corría el orden público y la necesidad de una acción concertada. «El rey, decían las instrucciones de que era portador, está persuadido de que los intereses de los dos gobiernos están amenazados por la cuestión de Polonia. Este movimiento de emancipación no se detendrá, sino que atravesará la frontera real y perturbará las provincias prusianas lo mismo que las que dependen de Rusia. A las dos cortes les alcanza por igual, y por consiguiente tienen interés en oponerse á él.»

De la conferencia que celebró el general Alvensleben con el autócrata ruso resultó el convenio que fué firmado por aquél y por el príncipe Gortschakoff, y en virtud del cual los jefes prusianos y rusos podían prestarse mutuo apoyo en los límites de ambos Estados, y en caso necesario atravesar la frontera en persecución de los rebeldes. Se designaría un estado mayor superior, escogido entre los oficiales de los dos ejércitos, para velar por la ejecución del convenio.

Túvose éste oculto por espacio de algún tiempo, pero al fin traslució á las potencias y los diferentes gobiernos se alarmaron. Napoleón se lisonjeó de que, ejerciendo una fuerte presión sobre Rusia, lograría apartarla del convenio, lo cual hubiera hecho valer el emperador como un gran triunfo de su política. A fin de no exponerse á una negativa invitó á los gobiernos de Inglaterra y Austria á unirse con Francia y pedir en una nota común, redactada en términos corteses, la anulación del convenio.

Este objeto de Napoleón fracasó completamente, porque ni Inglaterra ni

Austria quisieron dar un paso que había de arrojar al gobierno de Prusia completamente en los brazos de Rusia y que fácilmente podría suscitar una guerra europea. Por lo demás la Rusia misma en 22 de febrero renunció á la aplicación del convenio, y Bismarck, hablando con el embajador de Inglaterra, le calificó de letra muerta. Por tanto, Drouyn de Lhuys en 1.º de marzo tuvo que renunciar á ulteriores maniobras y sólo se reservó seguir los sucesos con el interés que merecían, asegurando que los deberes de la Francia en este asunto eran los mismos que los de las otras potencias. Esta retirada diplomática estaba calculada únicamente para ocultar los pasos que había dado Napoleón al mismo tiempo, porque había escrito en aquellos días una carta autógrafa al tsar recomendándole que hiciera de la Polonia un reino independiente bajo el gobierno del gran duque Constantino. Como era de prever, recibió una contestación negativa en 10 de marzo, y dió á conocer su disgusto al embajador ruso, Budberg, diciendo que sentiría mucho tener que encontrarse en un campo enemigo del tsar y que suplicaba á Dios que esto no sucediese.

En seguida envió á Viena un agente oficioso, Debrauz de Saldapenne, á fin de indagar allí si había medio de contar con el Austria para una guerra en grande escala. Hay que suponer que recibió noticias favorables de su agente, porque se atrevió á exponer al embajador de Austria, príncipe de Metternich, un programa según el cual el Austria se desprendería de la Galitzia y la Croacia, obteniendo en cambio la Silesia, los Principados danubianos, la costa albanesa del Adriático y la hegemonía en Alemania, indemnizándose á la Turquía en el Cáucaso. Metternich se encargó de presentar estas proposiciones á su soberano, pero éste no quiso comprometerse á nada sin la anuencia de Inglaterra, cuyo embajador, lord Bloomfield, le desilusionó completamente respecto de toda cooperación de su gobierno. A su vez se mostraron Inglaterra y Austria dispuestas á intervenir, en unión con la Francia y por la vía diplomática, á favor de los polacos. Los despachos que dirigieron á este fin el 10 y 12 de abril á San Petersburgo eran diferentes, tanto en su forma como en su contenido. El Austria se fundaba en las dificultades que resultaban para ella de las repetidas sublevaciones polacas, para manifestar que en vista de los últimos triunfos de sus armas podía ejercer benevolencia y vencer así el resto de la resistencia. El gobierno inglés se refirió ante todo á los tratados de 1815, según los cuales estaba obligada la Rusia, enfrente de las demás potencias del congreso de Viena, á dar á la Polonia una constitución independiente. La Francia por fin hizo ver el efecto que las revoluciones continuamente repetidas habían de ejercer de rechazo sobre el resto de Europa, poniendo en peligro la buena inteligencia entre los gabinetes. Gortschakoff contestó con mucha habilidad, retorciendo este argumento, que el levantamiento de los polacos había sido provocado por el partido revolucionario general europeo, que tenía apoyo en varios países de Europa, y suplicando á los gabinetes que cooperasen por su parte á cegar esta fuente de descontento.

Al mismo tiempo el rigor y la energía redoblados de las autoridades civiles y militares en Polonia demostraron que la solicitud de las potencias extranjeras no haría más que aumentar los padecimientos de los infelices habitantes del país insurreccionado, mientras en Rusia se manifestaba claramente un movimiento nacional que impulsaba al tsar forzosamente á la guerra, lo cual, á decir verdad, no habría disgustado á Napoleón si hubiera estado seguro de Inglaterra y Austria.

No ha faltado historiador que asegurara que entonces se meditó en París en el desembarco de un ejército francés en Trieste para marchar desde allí en unión de otro ejército austriaco á Polonia, ó también en un desembarco de franceses en Curlandia, contando en este caso con la cooperación de la Suecia. Lord Russell declaró en la cámara de los lores en 8 de mayo, después de haber recibido la contestación del gobierno ruso, que el inglés no pensaba desenvainar su espada en favor de la Polonia y que únicamente continuaría dirigiendo reflexiones amistosas á la Rusia. Al mismo tiempo se declaró dispuesto á entenderse con las otras dos potencias sobre nuevas proposiciones que se someterían al tsar; pero esto lo dijo solamente con el objeto de contener dentro de ciertos límites las exigencias de Napoleón. Éste propuso que los tres gobiernos se obligaran en un acta á hacer aceptar su programa por medios diplomáticos, «ó de otra manera si fuera necesario;» exigió que las concesiones que se habían de pedir para la Polonia, señaladas en el congreso de Viena, se pidieran también para la Lituania, la Podolia, la Volhynia, etc., y para este arreglo solicitó la reunión de un congreso europeo. Ni la Inglaterra ni el Austria admitieron nada de esto, y pasaron dos meses antes de que las tres potencias se pusieran de acuerdo sobre una contestación común. En ella, en 17 de junio, recomendaron al tsar la concesión de las seis reclamaciones siguientes: amnistía completa, un parlamento polaco, funcionarios polacos, libertad religiosa, el empleo exclusivo de la lengua polaca y una nueva ley de servicio militar. A estas reclamaciones añadieron Francia é Inglaterra la proposición de que el tsar promulgara un armisticio é invitara á las potencias firmantes del congreso de Viena á celebrar conferencias sobre los mencionados seis puntos.

La respuesta del canciller ruso se hizo esperar bastante tiempo. Mientras tanto se extremó la guerra en Polonia con todos sus horrores y con todo lo implacable que tienen las represiones militares. Habiéndose sublevado también Lituania, se envió allí un nuevo gobernador, el general Murawieff, nombre que adquirió en breve siniestra celebridad. En muchas ocasiones se exterminó sin piedad á los prisioneros: se promulgaron bandos de cruel minuciosidad, imponiendo las delaciones, declarando sospechosos á los propietarios que se alejaran sin autorización de sus posesiones, á las mujeres que se vistieran de luto y á los sacerdotes que se obstinaron en considerar como hermanos á los rebeldes. Las penas consistían en encarcelamiento, destierro, confiscación, deportación y muerte. Todos los medios parecían buenos para sofocar la rebelión. Los pola-

cos, exasperados á su vez, no daban cuartel á sus enemigos, y á los excesos respondían con otros excesos.

Por fin, Gortschakoff se decidió á contestar á las tres potencias el 13 de julio. En su respuesta, escrita al parecer sencillamente, pero en la que traslucía cierto tono sarcástico, decía que el tsar no podía promulgar el restablecimiento de la paz, pero que las potencias extranjeras podían contribuir á él, pues que las cuadrillas que estaban todavía en armas se reclutaban únicamente del extranjero, y cuando llegaban á aumentarse en algún punto eran inmediatamente derrotadas, si bien luego pasaban la frontera y volvían á presentarse en otros puntos. Añadió que este juego era continuamente renovado por los comités revolucionarios extranjeros por el efecto teatral que producía en la opinión pública europea, todo con la esperanza de que la Rusia finalmente llegaría á verse enredada en una guerra con las demás potencias, y que todo esto era dirigido desde París. Tocante á los seis puntos, rehusó Gortschakoff manifestar su opinión antes del restablecimiento del orden, y tampoco aceptó ninguna conferencia con las potencias del congreso de Viena, porque no lo permitía la dignidad de Rusia; pero dijo que estaba pronto á tratar con Austria y Prusia, que como dueñas de territorios polacos tenían intereses idénticos á los rusos. Esta última proposición estaba evidentemente calculada para separar al gabinete de Viena de los gabinetes aliados; pero el propósito fracasó porque el conde de Rechberg, primer ministro de Austria, declaró en términos muy corteses que no podía entrar en tales conferencias separadas y que la situación en Galitzia no podía ser compaña da con la de Polonia.

La contestación de Rechberg disgustó tanto en San Petersburgo que el tsar invitó en una carta autógrafa al rey de Prusia á una declaración de guerra en común contra el Austria y la Francia. Esta proposición fué rechazada inmediatamente en Berlín por consejo de Bismarck, pero dió lugar á una correspondencia entre los dos monarcas hasta que Alejandro renunció á su plan guerrero.

La inutilidad de las gestiones practicadas hizo que el gobierno francés propusiera al austriaco y al inglés dar mayor fuerza á sus reclamaciones, pasando de los ruegos á las reconvenciones, y quién sabe si á la acción. Pero la Gran Bretaña se esquivó y Austria siguió su ejemplo. A pesar de esto, los aliados conocieron que no podían resignarse á un silencio que equivalía á la confesión de su derrota diplomática, y el 12 de agosto los tres gobiernos enviaron nuevas notas á San Petersburgo, que en su frase final estaban concebidas en los mismos términos. En ellas cada gabinete exponía á su manera la justicia de las quejas polacas, la insignificancia de los auxilios que la sublevación recibía de fuera, su extrañeza de ver rechazada por Rusia la proposición de un congreso, la sorpresa que le causaba la contraproposición del gabinete moscovita, y terminaba dejando á Rusia la responsabilidad de las consecuencias que pudiera acarrear la prolongación de las turbulencias de Polonia.

Gortschakoff aceptó estas notas, á las cuales se contentó con acusar recibo,

añadiendo que el emperador su amo era el mejor amigo de Polonia, y que se consideraba bastante fuerte para aceptar todo género de responsabilidades, teniendo en su favor á Dios, á su conciencia y á sus pueblos. De esta manera cerró una discusión que, de continuar, sólo habría podido separar más á las diferentes potencias en lugar de aproximarlas.

La derrota de las tres potencias aliadas fué completa, y como cada una quería atribuir la culpa principal á la otra, acabó de repente su unanimidad. La Inglaterra se entendió todavía con la Francia para declarar en San Petersburgo que la Rusia, por haber faltado á sus compromisos de 1815, había perdido sus derechos sobre la Polonia y su propósito de reconocer como beligerantes á los sublevados. Pero no por eso el gobierno inglés se mostró dispuesto á apoyar su declaración con disposiciones guerreras, como probablemente hubiera deseado Napoleón. El Austria se negó á tomar parte en otros pasos dados de común acuerdo, porque el conde de Rechberg había recibido de San Petersburgo el aviso claro y terminante de que el tsar consideraría una nota parecida á la mencionada como una declaración de guerra. Entonces el gobierno austriaco pidió al gobierno inglés que le garantizara sus territorios, y como el gobierno inglés no accedió á esta petición, el Austria se aproximó otra vez á la Rusia y algunos meses después declaró sus territorios polacos en estado de sitio, con lo cual perdió la sublevación polaca su último apoyo. A pesar de todo, el gobierno inglés envió su despacho, aunque redactado en forma más suave, á San Petersburgo; pero detuvo al portador telegráficamente en Berlín, porque el gobierno prusiano había declarado entretanto que se uniría con la Rusia para defender la integridad de Alemania. Como además había pasado á primer término en aquellos momentos la cuestión del Schleswig Holstein, los ministros ingleses creyeron más fácil poder salvar la Dinamarca si abandonaban la Polonia. Con este motivo volvieron á suavizar la mencionada nota, que finalmente fué entregada el 20 de octubre en una forma completamente pálida.

Napoleón comprendió con pesar que en todo este asunto había sufrido su política un grave fracaso y que era de la mayor importancia para su posición en Francia hacerlo olvidar. Con este objeto, en su discurso de apertura de la legislatura el 5 de noviembre de 1863, trató de la cuestión polaca, hablando de la cordialidad de sus relaciones con el emperador Alejandro, y lamentando que el interés que se había tomado por una causa simpática á Francia, le hubiera conducido á comprometer una de las primeras alianzas del continente. En seguida trazó á grandes rasgos la historia de las recientes negociaciones, diciendo con tristeza que los consejos desinteresados del gobierno francés habían sido tomados en Rusia por intimidaciones; que las gestiones practicadas, en lugar de contener la lucha, la habían envenenado, y que por ambas partes se cometían excesos que se debían deplorar en nombre de la humanidad. La conclusión de estas consideraciones fué la proposición de un congreso europeo que no tan sólo arreglara la situación de Polonia, sino que sustituyera los tra-

tados de 1815, ya caducos, con nuevas estipulaciones encaminadas á asegurar la paz del mundo.

En efecto, desde el 4 de noviembre el gobierno francés había dirigido á las diferentes potencias despachos invitándolas á celebrar dicho congreso; pero las contestaciones que fué recibiendo, fríamente corteses y muchas de ellas llenas de desconfiadas reservas, no dejaron lugar á duda sobre el éxito de la proposición. Austria pidió que se precisara el programa del congreso; el tsar se limitó á encomiar lo que había hecho en bien de sus pueblos y pedía también aclaraciones; el rey Guillermo I de Prusia convino en que los tratados de 1815 debían sufrir algunas modificaciones, y en tal concepto se adhería á la reunión del congreso, pero sin desearlo; Italia, atenta á Roma y á Venecia, aceptó, pero sin interés ni entusiasmo. Inglaterra, después de meditar tres semanas su respuesta, dió una rotunda negativa en frases que podían lastimar el amor propio del gobierno francés.

Resultado final, que quien sacó provecho del congreso propuesto por Napoleón III, y del cual no se volvió á hablar, fué Rusia, á la que le quedó el campo libre para entenderse con los sublevados y que pudo tener el gusto de ver cómo entre los gabinetes francés é inglés se cambiaban explicaciones tan agrias como todas las reconveniones acumuladas antes contra San Petersburgo.

Sucedió lo que no podía menos de suceder: que Polonia, entregada á sus propias fuerzas y agotados sus recursos, acabó por sucumbir, y Rusia la hizo sentir todo el peso de sus rigores.

Había pasado irrevocablemente el tiempo de los triunfos de Napoleón III en su intervención en la política europea.

## LA SITUACIÓN FINANCIERA DEL IMPERIO

En medio de todas las preocupaciones que la política exterior causaba al gobierno francés, la situación interior del país no dejaba de dar en qué pensar al emperador y á sus ministros.

Desde luego la cuestión financiera fué una de las que más detenidamente llegó á estudiarse en 1861.

Entre las prerrogativas más importantes del emperador figuraba la libertad limitada de disponer de la hacienda del país, cuya libertad le había concedido el senadoconsulto de 25 de diciembre de 1852. Con arreglo á esta facultad aprobaba la cámara los gastos por ministerios, quedando el emperador dueño de aplicar la suma concedida á los diferentes capítulos según su buen criterio, y del mismo modo podía después transferir cantidades de un capítulo á otro. Por lo demás, el emperador no abusó de su poder tan despóticamente como en general se creía, y la administración de la hacienda bajo el Imperio no mereció los cargos que le dirigían las críticas de la oposición, pues mientras la monarquía de julio, desde 1831 hasta 1847, había gastado novecientos veinticuatro millones más de lo que le permitían los ingresos, y la república en los cuatro años siguientes trescientos cincuenta y ocho millones más, habiendo de consiguiente aumentado en estas cantidades la deuda flotante, resultó al cabo del primer decenio del Imperio un exceso de ingresos de sesenta y seis millones de francos. Naturalmente se había conseguido este equilibrio aumentando en gran manera la deuda del Estado; pues en 1.º de julio de 1830 había inscritos en el libro mayor de Francia ciento sesenta y cuatro millones de renta, á los cuales la monarquía de julio había añadido doce millones y la república cincuenta y cuatro millones, de suerte que la suma total ascendía en la época del golpe de Estado á doscientos treinta millones, y en 1.º de enero de 1865 á trescientos cuarenta y un millones, de los cuales sesenta y cinco fueron originados por la guerra de Crimea. «Por grande que fuese este aumento, dice Bulle, basta recordar que el imperio alemán dentro de un período casi igual contrajo deudas por mil doscientos millones de marcos, para que se comprenda que el aumento de la deuda francesa no fué tan monstruoso como se presentó al público, y la mejor prueba de que este aumento de la deuda no era insostenible fué que el déficit de la administración del Estado se disminuyó, no obstante la

mayor suma que exigía el pago de los intereses, y hasta la conclusión del primer decenio arrojó un pequeño sobrante.» Esto se debió principalmente al aumento del producto de los impuestos indirectos, que antes de la revolución (en 1842) habían producido ochocientos veintitrés millones y en 1852 ochocientos cuatro millones, pero que desde entonces fueron en aumento sin interrupción hasta llegar á mil doscientos cuarenta y cuatro millones en 1863, y esto á pesar de que los tratados de comercio habían rebajado considerablemente las tarifas. El aumento de la riqueza nacional correspondió á la misma marcha ascendente. En 1852 se había evaluado la riqueza mueble en cuarenta y cinco mil millones y la inmueble en ochenta y tres mil millones, las dos juntas de consiguiente en ciento veintiocho mil millones, y en 1864 importaba sólo la riqueza mueble ciento veintisiete mil millones y la inmueble ciento veinte mil millones, por manera que reunidas se habían duplicado las dos riquezas. La importación y la exportación se habían aumentado desde 1847 hasta 1862 desde dos mil seiscientos hasta cinco mil quinientos millones, y habiéndose casi cuadruplicado la red de ferrocarriles desde 1852 hasta 1863, el transporte de mercancías por las vías férreas aumentó de trescientos cincuenta millones hasta cuatro mil, es decir, en la proporción de uno á doce.

Aunque, según demuestran estas cifras, la situación económica del Imperio no era tan grave como propalaban sus contrarios, no por esto era menos cierto que las facultades ilimitadas de que disponía el emperador y la obscuridad que envolvía la administración de la hacienda especialmente por la incertidumbre que reinaba tocante al importe de la deuda flotante, hubieron de hacer mella en la confianza. Por esto los partidarios fieles del gobierno habían manifestado en todo tiempo la necesidad de conceder á las cámaras mayor intervención en los gastos.

No dejaban de preocupar á la opinión pública, así como al emperador, dos circunstancias que podían ejercer dañosa influencia en el estado financiero del país. Una de ellas era la guerra separatista de la Unión norteamericana, pues á consecuencia del bloqueo de los Estados del Sur apenas llegaban algodones á Francia y esto producía una disminución notable en una de las principales industrias francesas, la de la fabricación de tejidos, siendo de temer que llegara un día en que por falta de primera materia se vieran sin trabajo, y por consiguiente sin pan, millares de obreros. Aparte de esto, el 1.º de octubre de 1861 debía ponerse en vigor el tratado de comercio con Inglaterra, y el nuevo régimen establecido por él tenía tan recelosos á los fabricantes que, llevando hasta el extremo el temor de la competencia extranjera, habían limitado de antemano la producción.

Todo esto hubiera podido conjurarse en gran parte si la abundancia de las producciones agrícolas y en especial la de los cereales hubiera asegurado un modo de vivir barato. Mas por desgracia la última cosecha había dado resultados menos que medianos, y por otra su parte los capitales franceses estaban en



mayoría invertidos en importantes especulaciones en el extranjero, de suerte que el dinero empezó á escasear, el crédito se limitaba, el Banco elevó el 1.º de octubre el tipo del descuento al 6 por 100 y el presupuesto ordinario de 1860 se cerró con un déficit de ciento diecinueve millones, siendo de esperar para el año siguiente un resultado todavía peor.

En tal estado las cosas, el emperador sometió la situación de la hacienda en el consejo íntimo á una discusión fundamental, y en la reunión que se celebró en las Tullerías en 12 de noviembre de 1861 aprobó una Memoria que el ministro de Estado Fould le presentó sobre la situación de la Hacienda, de la cual resultaba que los créditos extraordinarios concedidos desde 1852 ascendían á dos mil ochocientos millones y que la deuda flotante importaba á la sazón mil millones. Convencido el emperador de que era preciso detenerse en este camino, decidió nombrar á Fould ministro de Hacienda y publicar su Memoria, conforme se hizo en el *Monitor* de 14 de noviembre.

Estas revelaciones llamaron mucho la atención; pero entre los hombres de negocios no se consideró incurable el mal una vez confesado, y todos abrigaron la lisonjera esperanza de un cambio de sistema, por lo cual la Bolsa acogió el nombramiento de Fould con una subida de la renta.

La posición del nuevo ministro adquirió una importancia desusada, no solamente por la disposición del emperador prohibiendo que en adelante los decretos que hubieran de originar gastos se le presentasen para su aprobación sin el dictamen del ministro de Hacienda, sino mucho más por el programa propio que había presentado y en virtud del cual había sido nombrado ministro. Dióse entonces por primera vez el caso de que la iniciativa del ministro sustituyera á la del emperador.

A propuesta de Fould se sometieron al Senado dos modificaciones del derecho de discutir los presupuestos con arreglo á la Constitución, modificaciones que fueron aprobadas por aquella cámara en 31 de diciembre de 1861. La primera modificación consistió en que ésta aprobase en adelante los gastos divididos en cincuenta y seis secciones, y después el Consejo de Estado repartiera en capítulos las sumas aprobadas para cada sección. Pero después el Consejo podía hacer transferencias de una sección á otra dentro de cada ministerio, de suerte que la esfera de acción del gobierno apenas quedaba mermada. Más importante fué por lo mismo la segunda modificación, por la cual el emperador renunció á su derecho de conceder créditos extraordinarios estando cerradas las Cámaras. Verdad es que indirectamente podía aprobar también en adelante gastos nuevos, valiéndose del derecho de transferencia, y por lo mismo no fué sino una fanfarronada la carta que escribió en 14 de noviembre á Walewski considerando como un gran mérito suyo aquella renuncia y diciendo que, fiel á su origen, no veía en las prerrogativas de la corona un derecho sagrado al cual no se pudiera tocar, ni tampoco una herencia de sus mayores que hubiera de transmitir íntegra á su hijo. No obstante, debió de quedar contento del efecto moral de esta

reforma de hacienda, aunque no se la agradeció la oposición, siempre implacable, y aunque hasta los críticos benévolos anunciaron que la consecuencia más segura del nuevo arreglo sería un aumento considerable del presupuesto ordinario. En efecto, Fould pidió para el año siguiente ciento doce millones de impuestos nuevos; pero de todos modos la gran masa de la opinión pública concedió su confianza al nuevo régimen.

Sin embargo, amigos y enemigos se convencieron muy pronto de que la situación híbrida creada por las reformas de noviembre de 1860 y 1861 no era viable. La ampliación del derecho de intervenir en los presupuestos que Fould había proporcionado al cuerpo legislativo, resultó ya el primer año sin ningún valor práctico, pues en marzo de 1863 el ministro orador Magne confesó que las necesidades de la expedición de Méjico habían obligado al gobierno á emplear recursos que no habían sido aprobados por la Cámara; y habiendo reñido con Fould, añadió maliciosamente que habiendo procedido los ministros de la Guerra y de Marina en este caso sin la aprobación del ministro de Hacienda, sin el conocimiento del Consejo de Estado y sin un decreto imperial que hubiese sido publicado, resultaba que con los nuevos arreglos no se había conseguido más que perder las garantías que antes había en las formas prescritas para las transferencias y los créditos supletorios. Esta expresión costó á Magne su puesto de ministro orador, porque el emperador le destituyó «por haber mostrado divergencia entre su modo de ver y la opinión del ministro de Hacienda;» pero en 30 de marzo le nombró el emperador miembro del consejo íntimo. El público entretanto quedó suficientemente ilustrado respecto del valor que debía atribuir á las reformas de Fould.

## XVI

## LAS ELECCIONES DE 1863

En 1863 terminaba el período legal de la Cámara elegida en 1857, y por consiguiente había que proceder á nuevas elecciones.

El nuevo período electoral no se presentaba tranquilo ni infundía la misma unanimidad que el de 1857; por el contrario, todos los partidos se aprestaban á la lucha, y en especial el republicano, que trabajaba activamente por agregar á sus cinco diputados de la legislatura anterior todos cuantos le fuera posible.

El gobierno por su parte también se preparaba á trabajar en las elecciones, y ya en los últimos meses del período electoral se esforzó por inspirar confianza y disponer á su favor la opinión pública. En el discurso del trono de 1863 dijo el emperador que habría considerado como una ingratitude disolver la Cámara antes de haber terminado su período legal; que había pasado ya el tiempo en el cual el gobierno se había valido de cualquier accidente feliz para asegurarse los votos de un número limitado de electores, y que el sufragio universal no cambiaba su convicción á cada ligero soplo que moviera la atmósfera política. Siempre estaba dispuesto, añadía, á sancionar todo lo que pedía el interés de la mayoría, y por consiguiente del país; pero éste también debía cooperar á ello, eligiendo representantes que aceptaran, como los de entonces, sin segunda intención, el sistema vigente de gobierno, y que animados del espíritu de la época y de verdadero patriotismo estuviesen decididos á ilustrar al gobierno con completa independencia y á posponer todos los intereses de partido á la grandeza de la patria.

Morny, presidente del Cuerpo legislativo, redactó la contestación á este discurso siguiendo las indicaciones del mismo Napoleón, según se aseguraba, y en el final se decía que la Cámara tenía la confianza de que el país respondería á los deseos del emperador y elegiría representantes cuyo único objeto sería confirmar completamente la alianza de la dinastía con la libertad.

Los partidos en general estaban mal apercebidos para la lucha, y en aquellos en que no reinaba la división como en el republicano, fraccionado en los tres grupos de radicales ó demagogos, hombres de 1848 y grupo de los jóvenes, reinaba la falta de decisión, como en el orleanista, ó la resistencia de los jefes á autorizar á sus partidarios á emitir su voto, como le sucedía al legitimista. En cambio el gobierno contaba para dirigir las elecciones con un hombre que á

la constancia, actividad y energía jamás desmentidas, unía al propio tiempo la propiedad de no retroceder ante medidas arbitrarias, siquiera astutamente veladas por el más entusiasta liberalismo. Este hombre era M. de Persigny, ministro del Interior, cargo que ejercía por segunda vez, aunque su carácter batallador, sus bruscas salidas y su franqueza á veces rayana en rudeza tenían disgustado al emperador.

El 8 de mayo dió á conocer el ministro su programa en una circular á los prefectos. Después de hacer una exagerada apología del Imperio «que había restaurado el orden moral, político y religioso, duplicado la fortuna inmueble, aumentado la mueble en siete ú ocho mil millones, surcado todo el territorio de carreteras y vías férreas, devuelto en fin á nuestra política exterior la influencia que había perdido,» añadía que, como la confianza del país había permitido al emperador llevar á cabo esta grande obra, el monarca apelaba de nuevo á esta confianza. «El sufragio es libre,» decía el ministro; pero á continuación agregaba: «Con el objeto de que la buena fe de las poblaciones no pueda resultar engañada por sutilezas de lenguaje ó profesiones de fe equívocas, designará usted (encargaba á los prefectos) claramente, como en las elecciones anteriores, los candidatos que inspiren más confianza al gobierno. Sepan los pueblos cuáles son los amigos ó los adversarios más ó menos disfrazados del Imperio, y que se pronuncien con toda libertad, pero con pleno conocimiento de causa... El gobierno no puede recomendar á los electores sino personas adictas sin reserva á la dinastía imperial y á nuestras instituciones.»

A esta circular siguió el empleo de los medios que le proporcionaba su elevado puesto, y en cuyo uso Persigny no anduvo parco. El Código penal y la ley de 10 de abril de 1834 le autorizaban para disolver toda asociación, para impedir toda reunión pública, y ya el 1.º de mayo una nota inserta en el *Monitor* recordaba que todo comité compuesto de más de veinte personas estaba prohibido, por más que se fraccionase en subcomités que no llegaran á dicha cifra. El decreto de 1852 sobre la prensa ponía los periódicos á su albedrío, y no omitió el hacer uso de las facultades que dicho decreto le confería. Según la ley electoral vigente, las circunscripciones no correspondían á los distritos territoriales, sino á la cifra de la población á razón de un diputado por cada 35.000 electores. Como esta falta de fijeza las prestaba á toda clase de modificaciones, el gobierno no se abstuvo de introducirlas y en veintinueve departamentos cambió las antiguas divisiones. Como la ley exigía que para emitir su voto cada elector presentara un certificado acreditando llevar seis meses de residencia en el lugar de la elección, se dificultó en lo posible la expedición de estos certificados, y para París solamente, cuya población había aumentado desde 1857 en 226.000 habitantes, se redujo por este y otros medios análogos el número de electores de 358.000 á 326.000, en cuya consecuencia la capital, en lugar de diez, sólo podía elegir nueve representantes, cuando la oposición había calculado catorce á causa del aumento de población. Es inútil afirmar

que todos los empleados de los departamentos, aleccionados por los prefectos que habían recibido sus instrucciones, estaban obligados á trabajar por el triunfo de los candidatos ministeriales.

Por lo que respecta á la oposición, ya hemos dicho antes que el partido republicano era el que más se agitaba, aunque no en las poblaciones rurales, donde contaba con pocos partidarios, sino en las grandes capitales. Quien más trabajó para conseguir que dicho partido se reanimara y aunar voluntades discordantes fué Garnier Pagés, el antiguo individuo del gobierno provisional, que á pesar de su edad ya avanzada recorrió toda la Francia durante los primeros meses de 1863, predicando de ciudad en ciudad á los republicanos la concordia, la esperanza y la acción.

A fin de asistir con sus consejos á sus correligionarios contra los abusos de la administración, se unieron varios jóvenes abogados del partido republicano, con Julio Ferry á su cabeza, para la publicación de un «manual del elector,» y les ofrecieron además sus servicios personales. Con gran celo se declaró este grupo contra la abstención que recomendaban los republicanos viejos, y aunque aquéllos estaban en parte disgustados porque Ollivier, en el curso del debate sobre la contestación al discurso del trono, había rechazado la acusación de que hiciera una oposición sistemática, tomaron de nuevo su partido con mucha decisión los más influyentes entre los opositores, Ferry y Gambetta. De Darimón les disgustó que tuviera relaciones con el príncipe Napoleón; pero también de esto se prescindió y se decidió apoyar de todos modos la reelección de los cuatro opositores de París, pues que Henón había salido elegido en Lyon. Los cuatro opositores supieron apreciar en todo lo que valía el auxilio que aquellos jóvenes les ofrecieron, porque de los antiguos poco podían esperar. Carnot, Proudhón, Bastide y otros no quisieron renunciar al sistema de abstención, y á lo más querían entregar papeletas en blanco, como una especie de demostración; otros se empeñaron en protestar contra la elección de Ollivier y Darimón, á los cuales acusaban de no ser ya verdaderos opositores, y otros se esforzaron en introducir nuevas candidaturas, como las de Havin y Guérault. La lucha entre estos grupos se ensañó tanto, que la confusión hizo probable durante semanas la derrota de la oposición. Sólo cuando al fin de la legislatura los cinco opositores dieron pública cuenta de sus actos y se reunieron en un comité con las redacciones del *Siècle*, *La Presse* y *La Opinión Nationale*, se aclaró gradualmente la situación y fué posible comprometer á la mayor parte de los oradores de los diferentes grupos para formar una lista de candidatos. En ella, al lado de Favre, Ollivier, Picard y Darimón, figuraron también Havin, Guérault, Julio Simón, Pelletán y Thiers. Guérault y Thiers fueron los que menos votos tuvieron para ser incluidos en la candidatura; pero Persigny cometió una gran torpeza, que hizo aceptar á Thiers. Temiendo que este viejo parlamentarista llegara á tener influencia sobre el emperador y consiguiera la vuelta al sistema constitucional, escribió el ministro en 21 de mayo una carta al prefecto Haus-

mann para prevenir á éste contra Thiers, como persona deseosa de restablecer un régimen que en diez y ocho años sólo había producido impotencia en el interior y debilidad en el exterior, y que se había hundido en la revolución de la cual había salido. Según Persigny, no convenía que el sufragio universal pusiera enfrente del gobierno que había sacado á la Francia de un abismo al hombre precisamente que la había precipitado en él. El resultado de esta carta, reforzada por un manifiesto simultáneo de Hausmann, fué contrapro-



Julio Ferry

ducente, pues una multitud de republicanos que hasta entonces habían sido partidarios de la abstención, decidieron salir de su retraimiento y emitir su voto.

El partido legitimista también se agitaba, aunque contenido por las terminantes órdenes que su jefe, el conde de Chambord, comunicaba desde Froshdorff recomendando el retraimiento. A pesar de esto, uno de sus hombres más eminentes, M. Berryer, no podía persuadirse de que la resolución fuese definitiva, y luchando con su fe realista, su conciencia y su patriotismo, vaciló algún tiempo antes de presentar su candidatura. Al fin, cediendo á las instancias de sus amigos y correligionarios y á las excitaciones de algunos obispos, resolvióse, aunque con el dolor de desobedecer á su jefe, y aceptó la candidatura por Marsella, donde su nombre, su elocuencia y el recuerdo de antiguos servicios prestados le habían hecho popular.

Los católicos puros se aprestaron también á la lucha, así como los orleanistas, y todo anunciaba que las elecciones habían de ser muy reñidas.

La votación se había fijado para los días 30 y 31 de mayo. La primera de estas fechas coincidía con las carreras de caballos del *Gran Premio*, por lo cual el número de electores fué escaso en París; pero al otro día cambió el aspecto de las cosas, y aquéllos acudieron en tropel á los comicios.

El resultado fué que de los nueve candidatos de la oposición, ocho triunfaron desde luego, casi todos por diez y siete á diez y ocho mil votos contra siete á once mil que alcanzaron sus competidores, y si Pelletán no alcanzó entonces la mayoría necesaria, antes de fin de año la obtuvo con creces en una nueva votación.

Para el gobierno fué un golpe formidable el brillante éxito de los candidatos de la oposición en París, y además sufrió también notables reveses en los departamentos. En algunas grandes ciudades venció asimismo la oposición liberal, como en Lyon, donde además de Henón fué elegido Julio Favre; en el departamento de las Bocas del Ródano, donde obtuvo mayoría Marie, y en Nantes Lanjuinais; Havin salió triunfante en dos distritos, y en las costas del Norte Glais Bizoin. Mayor éxito obtuvieron todavía los clericales enemigos del gobierno. Éstos votaron á Dupanloup y otros seis obispos, que fueron apoyados por los republicanos en los distritos donde éstos no se vieron con fuerzas para triunfar. Gracias á este auxilio, obtuvo Berryer los votos de los electores de Marsella, siendo elegidos también otros veinte diputados clericales combatidos por el gobierno. Así, pues, la oposición reunida había conseguido treinta y seis diputados; y si bien este número apenas formaba la octava parte de la Cámara, que entonces se componía de doscientos ochenta y tres miembros, robustecieron su importancia hombres como Thiers y Berryer hasta un grado difícil de apreciar. Aumentó todavía el triunfo de la oposición el hecho de haber obtenido notables minorías en muchas circunscripciones electorales á pesar de todos los manejos de los prefectos.

Persigny trató de borrar la impresión producida por estas elecciones en una circular dirigida el 21 de junio á los prefectos, en la que felicitaba á todos los funcionarios por el celo con que habían ilustrado á las poblaciones sobre los candidatos que debían escoger. Añadía que por vez primera después de diez años se había formado una coalición entre opiniones más ó menos adictas á los gobiernos anteriores, coalición que poseyendo notable influjo en los grandes centros de población, había podido sorprender al sufragio universal, pero que la inmensa mayoría del país había demostrado que Francia no deseaba derrumbar las bases del plebiscito de 1851. El ministro se consideraba todavía tan seguro en su puesto, que dió á los prefectos consejos de cordura y les recomendó la moderación, diciendo que era la verdadera señal de la fuerza del gobierno y de una administración paternal.

Pero Persigny no podía sospechar que mientras redactaba esta circular, re-



VÍCTOR DURUY,  
ministro de Instrucción pública.

dactaba también su testamento. Las elecciones parisienses, que fueron naturalmente las primeras de que se tuvo noticia en los círculos oficiales, causaron un despecho tan grande que no fueron bastantes á disiparlo las noticias posteriores de las provincias, que tampoco lograron borrar el efecto de la decepción sufrida. Los enemigos del ministro, bastante numerosos por cierto, aprovecharon la ocasión para denunciar sus rarezas, sus torpezas y sus brusquedades: el emperador, á su vez, empezaba á cansarse de aquel servidor tan incómodo como fiel, y un decreto de 23 de junio decidió su destitución, aun cuando para que no pareciera que había caído en completa desgracia, Napoleón premió sus servicios otorgándole el título de duque.

La caída de Persigny trajo consigo la modificación del gabinete, y también salió de él Walewski, que en casi todas las cuestiones había sido el contradictor de aquél. El ministerio de Estado fué encomendado á Billault con atribuciones mucho más amplias, porque se le encargó la representación del gobierno en las Cámaras, quedando suprimidos los ministros oradores. Baroche dimitió al propio tiempo la presidencia del Consejo de Estado, recibiendo en cambio el ministerio de Justicia, que dejó Delangle. La presidencia del Consejo de Estado fué confiada á Rouher, cuyo ministerio de Comercio y Agricultura pasó á manos de Behic, hasta entonces director de las mensajerías imperiales. El ministerio de Instrucción pasó de Rouland, que fué indemnizado con la lucrativa sinecura de gobernador del Banco de Francia, á Duruy, autor de muchos libros de enseñanza de historia y geografía que estaban esparcidos sobre la Francia en doscientos mil ejemplares; Boudet, finalmente, fué nombrado ministro del Interior, habiendo sido hasta entonces presidente de una sección del Consejo de Estado. Como antiguo amigo de Billault, la posición de éste contribuyó á su nombramiento. La misión que correspondía á Billault como representante del gobierno ante las Cámaras no podía conciliarse bien con la Constitución, aunque el *Monitor* lo afirmó así; pero de lo que no había duda ninguna era de que fuera de Billault no había otro capaz de encargarse de la lucha oratoria con la oposición. Sus adversarios del Parlamento le predijeron que no resistiría la carga inmensa que había echado sobre sus hombros, y una declaración pública de Morny, según la cual Billault no había tomado la parte que los periódicos le atribuían en el nuevo orden de cosas, dió á conocer que encontraría también por este lado grandes dificultades. Faltaba que la experiencia justificara la confianza con que fué recibido su nombramiento; mas no pudo hacerse esta experiencia, porque tres meses después la muerte arrebató á Billault á su país y al Imperio.

Entre los nuevos ministros, Duruy, que se sostuvo unos seis años en su puesto, resultó el más activo de todos y fué autor de muchas reformas provechosas en el ramo de instrucción pública. Con prudencia y circunspección, pero con mano segura, acabó gradualmente con el sistema de bifurcación en las escuelas superiores; introdujo la enseñanza de la historia de los tiempos modernos, la gimnasia y finalmente los ejercicios de tiro; organizó las escuelas

especiales, propuso la enseñanza gratuita en las escuelas elementales, fomentó la instrucción de las niñas por el Estado, que hasta entonces había corrido enteramente á cargo de la Iglesia; fundó en las grandes ciudades escuelas nocturnas



Eugenio Rouher, ministro de Estado

de adultos, socorrió á las sociedades científicas en las provincias y siguió en sus disposiciones siempre principios moderadamente liberales. Esto le atrajo conflictos con el partido clerical, sin que por esto contentara siempre á la oposición liberal, cuyos individuos más entendidos supieron no obstante apreciar por un lado los méritos del ministro y por otro los obstáculos que tuvo que vencer. «El

espíritu que introdujo en el ministerio, dice Enrique Martín, discrepó demasiado de la corriente general del imperio; la marcha que se propuso fué demasiado inteligente y rápida para que se le hubiese permitido seguir por mucho tiempo en esta dirección.» En efecto, tuvo que reducir á menores proporciones y efectuar con más lentitud muchas de las cosas que se propuso; pero á pesar de esto, su administración forma una de las páginas más gloriosas de la historia del Imperio.

Durante el verano de 1863 las reformas de Duruy fueron las que despertaron principalmente el interés público, además de la política extranjera, en la cual ocupaba preferentemente la atención la agitación de la Polonia. En general, la agitación del período electoral fué seguida de cierto cansancio. Esperábase que cesaría al abrirse la nueva legislatura; mas la inesperada muerte de Billault, ocurrida en 13 de octubre de 1863, hizo vacilar toda la organización del gobierno realizada en junio, siendo más que dudoso que entre todas las notabilidades del bonapartismo se encontrara un individuo que pudiese reemplazar al difunto. Morny y otros instaron al emperador para que redujese de nuevo las atribuciones del ministerio de Estado y encargara por medio de un senadoconsulto á todos los ministros la defensa de las leyes nuevas en el Senado y en la Cámara de diputados. Napoleón, sin embargo, no siguió estos consejos, sino que nombró sin vacilar, en 18 de octubre, á Rouher ministro de Estado, reemplazándole en la presidencia del Consejo de Estado Rouland con tres vicepresidentes, Forcade de la Roquette, Chaix-d'Est-Ange y Vuitry.

Esta resolución tuvo una trascendencia extraordinaria. Se dudaba que Rouher, á pesar de su grande aptitud, resultara á la altura del papel que se había destinado á Billault; pero todo el mundo estaba convencido de que mucho más que su predecesor, sabría impedir que se ejerciese otra influencia que no fuera la suya sobre el emperador. Creíase firmemente que procuraría hacerse consejero y representante único del soberano, y así sucedió hasta más allá de lo que nadie pudo prever. Facilitaron á Rouher esta posición dos circunstancias: primera, la muerte de Mocquard y de Morny, que por su situación habrían podido ejercer una influencia enteramente especial sobre el ánimo de Napoleón; y segunda, los padecimientos físicos que desde el año 1865 impidieron frecuentemente al emperador dedicarse como antes á los asuntos del gobierno y aumentaron su antigua aversión á tratar con nuevas personas. Como los rivales de Rouher, Walewski, Persigny, Maupas y otros, no se cansaban de procurar la caída del ministro, las intrigas en la corte se hicieron más apasionadas que nunca, valiéndose los envidiosos preferentemente de las reformas liberales, naturalmente con gran daño del país y del desarrollo de su constitución.

## XVII

LA SOCIEDAD FRANCESA AL INICIARSE LA DECADENCIA  
DEL SEGUNDO IMPERIO

El estado moral del pueblo francés, y particularmente de la sociedad más elevada, era tan poco lisonjero, que no cabe negar que contribuyó á la decadencia del Imperio. Antes de pasar á ocuparnos de él, conviene advertir que no se debe imputar á toda la Francia los males que emanaban más particularmente de París; pero también se debe confesar que á causa de la inmensa influencia que la capital y su gobierno centralizador ejercían sobre el resto del país, se extendió irresistiblemente el contagio. También sería injusto atribuir al Imperio toda la responsabilidad de la desmoralización creciente, pues sus caracteres principales aparecieron ya bajo la monarquía de julio.

Para pintar con sus verdaderos colores, bastante oscuros por cierto, dicho estado social, no acudiremos á lo que puedan decir de él los historiadores extranjeros, sino que á fuer de imparciales trasladaremos á este capítulo algunas consideraciones debidas á escritores franceses, testigos naturalmente de mayor excepción.

Uno de ellos, E. Montegut, dijo, describiendo al joven francés, «que dotado por la naturaleza de cualidades nobles, tenía que reconocer á su entrada en la sociedad que para ella todo sentimiento noble y generoso era un objeto de lujo, y que el que no quisiera ser explotado ni ponerse en ridículo necesitaba resolverse á luchar con las armas que la misma sociedad le daba. El joven francés, añadía Montegut, opone á la dureza el egoísmo; no se fía ni desconfía en absoluto de las personas que le rodean; quieren explotarle y por lo mismo se cree con derecho á explotarlas á su vez. Para él la sociedad representa un cambio de servicios lucrativos; es duro y cruel con toda tranquilidad de conciencia; es generoso con orgullo y sin entusiasmo. No conoce el odio porque no da resultados provechosos; para él es tan inútil vengarse como perdonar, pero al mismo tiempo no olvida. De esta manera sólo cuenta consigo mismo, convencido de que el hombre es el enemigo natural del hombre. Su conciencia le prohíbe devorar á nadie, pero cumpliendo con este deber se considera con derecho á luchar hasta lo último para no dejarse devorar por los demás.» Esto escribió el citado autor, que muy lejos de pertenecer á la oposición fué desde 1862 el crítico literario del *Monitor oficial*.

espíritu que introdujo en el ministerio, dice Enrique Martín, discrepó demasiado de la corriente general del imperio; la marcha que se propuso fué demasiado inteligente y rápida para que se le hubiese permitido seguir por mucho tiempo en esta dirección.» En efecto, tuvo que reducir á menores proporciones y efectuar con más lentitud muchas de las cosas que se propuso; pero á pesar de esto, su administración forma una de las páginas más gloriosas de la historia del Imperio.

Durante el verano de 1863 las reformas de Duruy fueron las que despertaron principalmente el interés público, además de la política extranjera, en la cual ocupaba preferentemente la atención la agitación de la Polonia. En general, la agitación del período electoral fué seguida de cierto cansancio. Esperábase que cesaría al abrirse la nueva legislatura; mas la inesperada muerte de Billault, ocurrida en 13 de octubre de 1863, hizo vacilar toda la organización del gobierno realizada en junio, siendo más que dudoso que entre todas las notabilidades del bonapartismo se encontrara un individuo que pudiese reemplazar al difunto. Morny y otros instaron al emperador para que redujese de nuevo las atribuciones del ministerio de Estado y encargara por medio de un senadoconsulto á todos los ministros la defensa de las leyes nuevas en el Senado y en la Cámara de diputados. Napoleón, sin embargo, no siguió estos consejos, sino que nombró sin vacilar, en 18 de octubre, á Rouher ministro de Estado, reemplazándole en la presidencia del Consejo de Estado Rouland con tres vicepresidentes, Forcade de la Roquette, Chaix-d'Est-Ange y Vuitry.

Esta resolución tuvo una trascendencia extraordinaria. Se dudaba que Rouher, á pesar de su grande aptitud, resultara á la altura del papel que se había destinado á Billault; pero todo el mundo estaba convencido de que mucho más que su predecesor, sabría impedir que se ejerciese otra influencia que no fuera la suya sobre el emperador. Creíase firmemente que procuraría hacerse consejero y representante único del soberano, y así sucedió hasta más allá de lo que nadie pudo prever. Facilitaron á Rouher esta posición dos circunstancias: primera, la muerte de Mocquard y de Morny, que por su situación habrían podido ejercer una influencia enteramente especial sobre el ánimo de Napoleón; y segunda, los padecimientos físicos que desde el año 1863 impidieron frecuentemente al emperador dedicarse como antes á los asuntos del gobierno y aumentaron su antigua aversión á tratar con nuevas personas. Como los rivales de Rouher, Walewski, Persigny, Maupas y otros, no se cansaban de procurar la caída del ministro, las intrigas en la corte se hicieron más apasionadas que nunca, valiéndose los envidiosos preferentemente de las reformas liberales, naturalmente con gran daño del país y del desarrollo de su constitución.

## XVII

LA SOCIEDAD FRANCESA AL INICIARSE LA DECADENCIA  
DEL SEGUNDO IMPERIO

El estado moral del pueblo francés, y particularmente de la sociedad más elevada, era tan poco lisonjero, que no cabe negar que contribuyó á la decadencia del Imperio. Antes de pasar á ocuparnos de él, conviene advertir que no se debe imputar á toda la Francia los males que emanaban más particularmente de París; pero también se debe confesar que á causa de la inmensa influencia que la capital y su gobierno centralizador ejercían sobre el resto del país, se extendió irresistiblemente el contagio. También sería injusto atribuir al Imperio toda la responsabilidad de la desmoralización creciente, pues sus caracteres principales aparecieron ya bajo la monarquía de julio.

Para pintar con sus verdaderos colores, bastante oscuros por cierto, dicho estado social, no acudiremos á lo que puedan decir de él los historiadores extranjeros, sino que á fuer de imparciales trasladaremos á este capítulo algunas consideraciones debidas á escritores franceses, testigos naturalmente de mayor excepción.

Uno de ellos, E. Montegut, dijo, describiendo al joven francés, «que dotado por la naturaleza de cualidades nobles, tenía que reconocer á su entrada en la sociedad que para ella todo sentimiento noble y generoso era un objeto de lujo, y que el que no quisiera ser explotado ni ponerse en ridículo necesitaba resolverse á luchar con las armas que la misma sociedad le daba. El joven francés, añadía Montegut, opone á la dureza el egoísmo; no se fía ni desconfía en absoluto de las personas que le rodean; quieren explotarle y por lo mismo se cree con derecho á explotarlas á su vez. Para él la sociedad representa un cambio de servicios lucrativos; es duro y cruel con toda tranquilidad de conciencia; es generoso con orgullo y sin entusiasmo. No conoce el odio porque no da resultados provechosos; para él es tan inútil vengarse como perdonar, pero al mismo tiempo no olvida. De esta manera sólo cuenta consigo mismo, convencido de que el hombre es el enemigo natural del hombre. Su conciencia le prohíbe devorar á nadie, pero cumpliendo con este deber se considera con derecho á luchar hasta lo último para no dejarse devorar por los demás.» Esto escribió el citado autor, que muy lejos de pertenecer á la oposición fué desde 1862 el crítico literario del *Monitor oficial*.

El extranjero que llegaba á París veía desde luego á la Francia grande, próspera y floreciente; pero al observar más de cerca las cosas cambiaba muy pronto de ideas, y muchos observadores extranjeros se complacían en pintar con colores lúgubres á esta nación ciega y corrompida, lanzada con ardor febril á todas las exageraciones del materialismo más grosero, del lujo más escandaloso y del afán de goces sensuales. París fué llamada por todos la Babilonia del Sena, y un distinguido autor, Beaumont Vassy, escribió en 1860: «Toda idea de deber, de justicia y de honor ha desaparecido: el conjunto produce la impresión de una danza macabra de Holbein alrededor del becerro de oro. En la cúspide de la escala social se halla la familia imperial, que toma la iniciativa de todos los excesos y de todas las debilidades. La charla frívola de las Tullerías, de las embajadas, de los ministerios, gira únicamente alrededor de las aventuras misteriosas del emperador y de las personas que el día anterior le han acompañado. La inmoralidad se asoma por todos lados; todo el mundo vive y se recrea en esta atmósfera malsana; los periódicos y las obras dramáticas ensalzan y glorifican escándalos tan horribles que es difícil acostumbrarse á los usos y á las escenas de este lazareto. Las tres bases de toda sociedad civilizada, el ejército, la justicia y la administración, están corrompidas en Francia. La justicia se encuentra en situación tan abyecta que los ministros la aplican á su capricho, según les inspira la ira ó la amistad. El magistrado es un empleado que en lugar de consultar los autos para formar su juicio, pregunta á su superior. La opinión pública está corrompida sistemáticamente con el auxilio de una prensa inmoral y de escritores mercenarios. No se deja penetrar ninguna luz en esta atmósfera malsana, se reparte la verdad en dosis homeopáticas y se deja consumir la nación en esta ignorancia cómoda y estúpida. La vida es artificial, todo es antinatural; el lujo es loco, las inmoralidades son irritantes; no hay más Dios que el dinero ni más ideal que el estómago. En el ejército francés ha penetrado la decadencia, que lo dividirá y deshonrará. Los ascensos se esperan sólo del favor. Nadie habla de estudiar ni de aplicarse; en todas partes se ven sólo la ociosidad, la indolencia y la codicia. Ya no se sirve á la Francia, á la bandera y al honor; sólo se precipita la gente sobre las ocasiones de servir á la dinastía. El espionaje y la delación se encuentran, según se asegura, en todos los grados de la escala social. Africa es una escuela funesta para el ejército francés: allí hay celadas, combates de sorpresa y falsedad, y se provocan sublevaciones para conseguir ascensos y favores. La centralización ha hecho de Francia una gran máquina que mantiene un ejército de burócratas rutinarios y arbitrarios. Casi todos los puestos de la administración han caído en manos de abogados y periodistas, es decir, en las peores manos en que una nación puede confiar su suerte. Desde 1793 estas dos clases de holgazanes obtienen todos los puestos, se meten en todas partes y lo rebajan y echan á perder todo. No hay más que abrir los ojos y contar: embajadores, ministros, diputados, casi todos son abogados ó periodistas, pero raras veces son escritores y oradores verdaderos, son simplemente

parlanchines. El periodismo francés es un instrumento que sólo sirve para el pueblo francés. Salvo dos ó tres excepciones, estos extraños periódicos no saben nada de cuanto ocurre en el resto del mundo. Su mundo está comprendido entre el boulevard Montmartre y la Magdalena. Su polémica es una contienda viva entre dos especialistas que procuran atraer al público á su tienda. El francés no se cuida de lo que pasa fuera de sus fronteras, pero quiere que le entretengan, y así se le divierte; por esto se ha hecho el periodismo la crónica de las alcobas sospechosas y de las historias escandalosas de la ciudad y de la corte. El periódico que sabe husmear con más destreza, tiene éxito y se hace popular. Si estos dos manantiales de la literatura llegaran á cegarse súbitamente, el periodismo francés dejaría de existir, moriría de terrible anemia.»

Aunque en este cuadro los colores son demasiado fuertes, no puede negarse la exactitud del dibujo. Otro testigo, Helie, que miraba las cosas desde un punto de vista enteramente diferente y que escribió sus impresiones después de la caída del Imperio; autor de la obra de las constituciones políticas de Francia, bonapartista independiente, hombre de opiniones moderadas en todo, y como proteccionista inclinado á culpar en gran parte al librecambio del materialismo creciente, señala los siguientes defectos nacionales como causa de la decadencia de la Francia.

«Vanidad y orgullo, frivolidad y falta de previsión, arrogancia y precipitación en nuestras resoluciones, unidas al pronto desaliento, predilección por los placeres y la vida cómoda, pasión por la moda, unida al prurito implacable de hacer la oposición, menosprecio de las formas legales, complacencia demasiado condescendiente, pasión inconsiderada por lo extranjero, terquedad en sostener nuestra opinión y derrocho, y finalmente, nuestro peor defecto, la pasión por la igualdad social.» «El gobierno y el pueblo, dice este autor, trabajaron en igual sentido, y esto nos puso en gran confusión. Los poderes del Estado habían perdido del todo su fuerza, porque el exceso de los derechos del emperador no había dejado elasticidad é independencia ni á los grandes cuerpos del Estado ni á las autoridades locales ni á los individuos. La magistratura se completaba generalmente con individuos de la clase media y le faltaba importancia política; la manera de ascender apartaba á muchos individuos de sus deberes, los impulsaba á solicitar continuamente ascensos é hizo á muchos hasta serviles. En el ejército descorazonaba á los más capaces el abusivo ascenso por los años de servicio, que era resultado de la falsa inclinación á la igualdad y ponía las medianías á la cabeza de todos los organismos militares. Nuestras escuelas especiales no supieron retener una parte de la juventud que hubiera podido dedicarse al servicio del Estado, y daban á los demás un exceso de ciencias positivas, que atrofian el espíritu, y demasiado poca instrucción filosófica, que hubiese podido ensanchar la inteligencia y formar el corazón. La división excesiva de los ramos del servicio público, el abuso que se hizo de la incompatibilidad de los empleos y las traslaciones incesantes, hacían prosperar en



todas partes á las medianías. El medio engañador de las reformas que se aplicó á los males políticos, contribuyó á lanzar así á las corporaciones consultivas como á los individuos á la palestra de los partidos y de la crítica estéril, en lugar de hacer de ellos los puntales robustos y libres del orden constitucional. El periodismo volvió á entregarse á una inmoralidad sin nombre desde que el reciente uso, rápidamente extendido, de vender números sueltos de los periódicos prometió el mayor lucro á los embusteros más hábiles y más descarados.

»El desorden social fué aún más grande que el político. No se enfrenaron ni enmendaron nuestras costumbres demasiado democráticas. La potestad paterna quedó rebajada por estas excrecencias democráticas; las familias perdieron su unión y vivieron separadas bajo la protección del poder del Estado. El excesivo aumento del comercio que produjo el librecambio había despertado la concupiscencia y el egoísmo y enriquecido á muchos demasiado. La usura levantó la cabeza, acumulando descaradamente sus tesoros robados, y hasta sacó del librecambio argumentos á su favor para justificar su conducta con una moral nueva. La aristocracia de los capitalistas estaba emponzoñada por las doctrinas de Adam Smith, que favorecen sus intereses á expensas de los obreros pacíficos y de los proletarios. Un lujo desenfrenado extendió en ella la corrupción. La libertad de coalición separaba cada vez más á los patronos y obreros en dos clases enemigas. La fuerza de una competencia desordenada fué concentrando el trabajo en las fábricas y desmoralizaba allí las masas, que olvidaron la vida de familia. Las industrias pequeñas, no menos necesarias que la propiedad pequeña, fueron desapareciendo y el comercio se vió favorecido á expensas de la agricultura. Los precios crecientes de los objetos más necesarios, en los cuales influyeron también por una parte la codicia de los vendedores y por otra la necesidad de los consumidores, llevaron la confusión á la vida doméstica. La centralización social, que se desarrolló gradualmente sin obstáculo gracias á los ferrocarriles, desangró á las provincias más lejanas y la Francia vivía sólo en París; lo que dió lugar en cierta manera á una nueva especie de vida vagabunda, la de las familias ricas que paseaban su egoísmo y holgazanería por los sitios de verano y por los puntos de recreo de invierno, sin cuidarse de la suerte de sus compatriotas, casi sin domicilio y sin pertenecer á ningún pueblo, provincia ni patria, gastando las riquezas que Dios les había concedido para auxiliar á los pobres. El clero procuró separarse del Estado; se complacía en su altanero aislamiento y educaba en sus colegios una parte de nuestra juventud en los principios ultramontanos, mientras la universidad se inclinaba á los librepensadores y aun á los ateístas. Los curas párrocos, insuficientemente instruídos, estaban animados más de fanatismo que de religión; nuestros obispos, nombrados casi todos por favor, gobernaban sus diócesis sin autoridad y aun bajo el espionaje de las congregaciones, que se habían entregado al absolutismo de la Santa Sede. Estos obispos obedecían á su clero,

para no quedar abandonados por él. La polémica antirreligiosa atacó á la religión con violencia, apoyándose cada vez más en principios que los ignorantes no sabían combatir con la fuerza necesaria.»

Mucho hay en esta pintura de apasionado é insostenible, particularmente por lo que respecta á las acusaciones que el autor dirige á los principios del librecambio, pues deben dirigirse más bien al exagerado aprecio que se hacía de las riquezas materiales, así como por lo que hace á su opinión sobre los prelados franceses, muchos de los cuales sabían regir sus diócesis con entera autoridad y apoyados por el amor de sus diocesanos; pero lo cierto es que los autores que acabamos de citar ponen muy de relieve los varios y múltiples males que padecían el Estado francés y el espíritu de la nación.

A pesar de todo ello, París era no solamente el centro de Francia, sino también el del arte, del lujo y de la moda; puede decirse que era la capital de Europa. Todo extranjero que llegaba á ella ensalzaba lo que en ella veía y ponderaba el genio francés; por eso las demás naciones trataron de imitar la civilización francesa, y aunque no se ignoraba que bajo el brillante barniz había bastante carcoma, esto no impedía ni el goce ni la imitación.

En medio de todas las preocupaciones que al emperador Napoleón y á su gobierno causaban todos los incidentes de la política interior y exterior, la cuestión italiana seguía penetrando, por decirlo así, en todos los asuntos y era una de las que más daban en qué pensar, por lo mismo que no se veía una solución práctica, fácil é inmediata, y tan difícil era resolverla de un modo ú otro como esquivarla. Esa cuestión era la predominante, no sólo en la política exterior francesa á causa de las complicaciones que de ella podían surgir, sino también en la interior, porque dada la actitud adoptada desde un principio por Napoleón III se había enajenado en gran parte el apoyo de los católicos.

En el período á que hemos llegado de nuestra historia se ve á aquel monarca ingeniándose por calmar la impaciencia de los italianos reiteradamente manifestada, persiguiendo con más perseverancia que esperanza varios planes de transacción entre el Piamonte y la curia romana, desalentándose luego de sus propios esfuerzos, dejando caer de sus manos cansadas y ya débiles todo lo que imprudentemente había levantado, y contentándose con una dilación á falta de una solución.

Cavour había fallecido en el momento preciso en que toda Italia, á excepción de Roma y Venecia, quedaba reunida bajo un mismo cetro; pero aquel grande hombre de Estado no consideraba terminada su misión y en sus últimos momentos tenía la vista fija en Roma, combinando planes para buscar una solución aceptable para sus compatriotas, no muy ofensiva para Francia y acompañada de las suficientes garantías espirituales para que los católicos la aceptasen sin grandes protestas y el Papado se resignase á aceptarla. Ricasoli, su sucesor al frente del gobierno italiano, siguió el mismo designio; pero como no estaba dotado de la misma fertilidad de recursos ni de igual autoridad, creyó compensar con su energía, su atrevimiento y el ardor de sus instancias lo que le faltaba de prestigio y de genio. Ya desde su subida al poder muchos de sus amigos empezaron á recelar de sus intemperancias, y los sucesos que se siguieron confirmaron estos temores.

Aún no habían transcurrido tres semanas desde la muerte de Cavour, cuando Ricasoli, obedeciendo á su impaciencia, envió á París al conde Arese con una carta para el ministro de Negocios extranjeros, Thouvenel, en la que pedía

que Francia fijara un próximo término á la ocupación de Roma y cesara de poner un obstáculo á las aspiraciones nacionales. El enviado no logró ningún resultado positivo de sus conferencias con el ministro, ni de la que tuvo con el emperador en Fontainebleau, el cual acabó por decirle que Ricasoli era demasiado apremiante é Italia sobrado exigente; que ésta, á fuerza de importunidades, se exponía á cansar á sus protectores, y que después de haber obtenido tanto, procedería con cordura no haciendo hablar de ella.

Dió motivo á esta agria contestación un discurso pronunciado por el ministro piemontés en el Parlamento italiano, en el cual sin ambages ni rodeos proclamó el derecho de Italia á apoderarse de Roma, é hizo alusión á los rumores que circulaban de que el emperador exigía la isla de Cerdeña en pago de las facilidades que dejaba al gobierno piemontés, añadiendo que su gobierno jamás consentiría en sacrificar la menor parte de su territorio.

A consecuencia de esto y de las continuas reclamaciones de Ricasoli al gobierno francés, llegó el caso de que no sólo el emperador, sino Thouvenel y los demás ministros rehuían las entrevistas con Nigra, embajador de Italia en París, que se encontraba por lo mismo en una situación desairada entre las exigencias de Ricasoli y los procederes del gobierno francés.

En estas circunstancias ocurrióse al ministro piemontés un medio para precipitar, según creía, el desenlace de la cuestión romana, proyecto á la vez sencillo y astuto, porque consistía en pedir al Papa que renunciara á su poder temporal «en nombre del derecho incontestable que tenía la nación italiana sobre Roma,» dándole en cambio toda clase de compensaciones, y en hacer que Francia se hiciera intermediaria de la petición comprometiéndola y haciéndola solidaria de sus ambiciones. Con arreglo á este plan, dirigió en 10 de septiembre al Papa una carta muy extensa para despertar su sentimiento nacional, exponiendo al mismo tiempo las ventajas de toda clase que habían de resultar para la Iglesia misma de un arreglo pacífico con la Italia. Acompañaba á la carta un borrador de convenio, según el cual se aseguraban al Papa los derechos soberanos, el ejercicio completamente libre de su misión espiritual, la convocación y reunión también completamente libres de concilios y sínodos, la independencia de los obispos y sacerdotes de toda acción del gobierno en sus funciones espirituales, la renuncia del rey á todos sus derechos de patronato y de participación en el nombramiento de los obispos, y finalmente una dotación fija é invariable. Ricasoli solicitó el auxilio del cardenal Antonelli y el del gobierno francés para entregar la citada carta al Papa, si bien el conde de Arese había vuelto de París con la noticia de que el emperador no juzgaba oportuno dar entonces ningún nuevo paso á favor de Italia.

Thouvenel recibió los documentos relativos á este proyecto por conducto de M. Benedetti, que había sustituido á Talleyrand en la representación de Francia en Turín, y desde luego comprendió lo incorrecto del paso que de él se solicitaba; por esto se limitó á contestar al embajador Nigra que la combina-

ción de Ricasoli no era á propósito para proponerla al Papa, y todo cuanto se podría hacer sería invitar al representante francés en Roma á sondear el terreno.

A la carta dirigida al Papa, el cardenal Antonelli contestó solamente, por medio de un artículo publicado en la *Gaceta oficial de Roma*, que no veía en la proposición del gobierno italiano sino el espíritu insaciable de ambición y de codicia, un descaro sin ejemplo, una estupidez que movía á risa, y aquellos principios inicuos é irracionales «con los cuales los instrumentos desenfrenados de la revolución llenaban desde hace tiempo la Italia de ponzoña.»

Este fracaso completo de Ricasoli excitó al partido de acción á intervenir directamente, y sus periódicos pidieron cada vez con más energía que se confiara el gobierno á Rattazzi. En los comités encargados de preparar la acción, á cuya cabeza estaba Garibaldi, había un número considerable que impulsaba á obrar, y en la misma ciudad de Roma tenían los patriotas muchas relaciones para poder detener ó hacer estallar, por medio de proclamas de los comités nacionales secretos, manifestaciones y desórdenes. El síntoma más notable de la disposición de los ánimos en Italia fué quizás el libro del padre Passaglia, que con el título: *Pro causa italica ad episcopos*, apoyaba la unión de Roma á la Italia, y se consiguieron más de ocho mil novecientas firmas de clérigos para una petición en este sentido que debía presentarse al Papa.

Todo esto dió mucho que pensar á Napoleón, que observó con gran disgusto que el general Goyón, que mandaba la fuerza francesa de ocupación en Roma, se mostraba demasiado complaciente con el gobierno romano; y cuando supo que aquel general había facilitado tropas suyas al gobierno del Papa para la custodia de presos, le hizo escribir: «No quiero que hagamos en Roma el papel de sayones del Papa.» Después, cuando le dijeron que aquel general había asistido á la celebración del aniversario de Castelfidardo, le envió una fortísima reprimenda. Esta desaprobación permaneció reservada; pero la opinión pública en Italia recibió nuevo aliento con el cambio del embajador francés en Roma. El duque de Gramont se encontraba entonces en una situación muy desagradable entre la inflexibilidad de la curia, con la cual no simpatizaba, y la unidad italiana, á la cual era también contrario, por cuya razón había solicitado hacía ya tiempo su traslación á otra embajada, y fué nombrado á principios de septiembre de 1861 para la de Viena. Su traslación significó, pues, muy poca cosa, pero fué mucho más importante la elección de su sucesor, el marqués de Lavalette, cuyas opiniones anticlericales eran conocidas. Sus instrucciones respecto de la situación política de Italia le encargaban proponer á Víctor Manuel la renuncia de Roma, quedarse con las provincias anexionadas del Estado de la Iglesia con el título de vicario del Papa, y encargarse de una parte proporcional de las deudas del Estado de la Iglesia. Por otra parte debía Lavalette aconsejar al Papa que concediera á sus súbditos reformas liberales. La contestación de Antonelli fué, como era de prever, completamente negativa, diciendo:

«El Padre Santo no hará ninguna concesión en este punto; un conclave no tendría derecho para hacerla, un nuevo pontífice no podría hacerla, y sus sucesores de todos los siglos venideros tampoco tendrían libertad de hacerla.» Por esto dijo Antonelli que no podía reconocer de ninguna manera los hechos consumados ni entrar en discusión sobre ningún convenio.

Por desagradable que fuese para el emperador Napoleón este inflexible *non possumus*, no le quedó más recurso que el manifestado por Billault en los debates del cuerpo legislativo, es decir, esperar, y que con él esperase toda la Europa; aguardar hasta que las cosas se presentasen posibles; no descuidar nada, pero tampoco precipitar nada. Esta actitud expectante era, por supuesto, muy mortificadora para la Italia, donde sólo algún hombre de Estado se atrevió á recomendar que por lo pronto no se pensara ni en Roma ni en Venecia y que se procurara con todas las fuerzas consolidar lo que se había conquistado ya. Cuando el conde Pouza di San Martino pidió en los últimos días del año 1861 que se aceptase este programa político y rechazó en caso contrario la cartera que se le ofrecía, lo rechazaron no solamente Ricasoli, sino también la opinión pública; pero esta conformidad con la opinión no añadió nueva fuerza al ministerio, porque se había comprometido hasta cierto punto á resolver la cuestión por medio de negociaciones y este camino resultó imposible. Ricasoli, no pudiendo encontrar un hombre de Estado que pudiese reemplazar á Minghetti en el ministerio del Interior, el cual había dimitido por no poderse poner de acuerdo con el presidente respecto de la organización de la administración; teniendo por contrario á Rattazzi, que amenazaba presentar su dimisión como presidente de la Cámara; estando apoyado tibiamente por las dos Cámaras del Parlamento y amenazado por un nuevo movimiento del partido de acción, dimitió el 2 de marzo de 1862, siendo reemplazado por Rattazzi, personaje muy bienquisto en la corte de las Tullerías, y de modo de proceder menos arrebatado que su predecesor.

En su primer discurso, pronunciado el 7 de marzo de 1862, Rattazzi afirmó que la cuestión de Roma se debía resolver con arreglo al voto del parlamento; pero en seguida añadió que debía serlo por los medios morales y por la diplomacia.

Rattazzi no pudo encontrar nuevas proposiciones para solventar la cuestión romana, y aprobó una idea propuesta por lord John Russell en París, á saber: que la guarnición francesa se limitara á ocupar el Vaticano y Civitá Vecchia, y que todo el resto del territorio se dejara á los italianos, sin que el Papa por esto renunciara al dominio temporal. Napoleón no aceptó este proyecto é hizo contestar al ministro inglés por vía de Thouvenel: «Lo más que se puede esperar de nosotros es que restituyamos la ciudad de Roma á los romanos, pues las pretensiones de Italia sobre Roma como capital son completamente injustificadas desde el punto de vista del derecho internacional.» De ahí no se dejó apartar Napoleón ni en un sentido ni en otro, á pesar de todos los esfuerzos así de la

emperatriz como del príncipe Napoleón. Entre Lavalette y Goyón, que representaban al emperador en Roma, el primero políticamente y el segundo militarmente, se originaron pronto conflictos serios, tanto que ambos fueron llamados á París, donde las quejas fueron decididas á favor de Lavalette, y el emperador dijo: «Sin vituperar la actitud militar de Goyón, exijo que mi política en Roma sea dirigida de un modo uniforme.» A mayor abundamiento el emperador, en una carta abierta muy larga que dirigió á Thouvenel el 20 de mayo de 1862, expuso otra vez sus intenciones, diciendo que deseaba un arreglo según el cual el Papa reconociese lo que había de grande en el anhelo de un pueblo que procuraba constituirse en nación unida, y por otra parte el pueblo reconociese la utilidad del poder del Papa, que se extendía sobre todo el mundo. El emperador indicaba en esta carta con bastante vaguedad los medios para conseguir este objeto; pero los explicó el ministro claramente en las instrucciones que se llevó Lavalette al regresar á su puesto en 30 de mayo, á saber: que la Italia renunciara á Roma; que se obligara ante la Francia á respetar el territorio del Papa y que se encargara de la deuda romana, si no del todo, por lo menos de gran parte; que la Francia, por la suya, procuraría que las potencias firmantes del acta del congreso de Viena garantizaran este estado de cosas, y les propondría, ó á lo menos á las potencias católicas, que fijasen en común una dotación al Papa, para la cual la Francia se obligaba á contribuir con tres millones de francos; pero que si el Padre Santo continuara en su sistema de inflexibilidad, el emperador se vería obligado á salir de una situación que, prolongada más allá de cierto plazo, falsearía su política.

Esta amenaza, junto con la de retirar la tropa de ocupación, cuyo mando pasó de Goyón al general Montebello, no produjo absolutamente ningún resultado.

Por entonces, ó sea en la primavera de 1862, Víctor Manuel y Pío IX presidieron solemnes festejos durante los cuales se pudo apreciar la infranqueable distancia que los separaba. Como en la Italia meridional había reinado siempre una agitación promovida por el partido borbónico que había dado lugar á medidas de severísimo rigor, creyóse que la presencia del rey acabaría de desconcertar á dicho partido. Con este motivo el monarca italiano se trasladó á Nápoles, donde fué recibido con toda pompa y aclamado frenéticamente por el pueblo. Pues bien: con motivo de estas solemnidades, en cada uno de sus discursos públicos ó de sus conferencias privadas expresó su propósito de no cejar en su tarea hasta el día en que toda Italia estuviera reunida bajo su cetro.

Por el mismo tiempo se celebraba en Roma la canonización de los mártires del Japón, á la que se dió desusada importancia. La capital se llenó de prelados y de fieles procedentes de todos los países, que saludaban al Papa con los gritos de «¡viva Pío IX rey!» Cuando á los pocos días el Padre Santo despidió á los obispos que habían acudido á aquella solemnidad, les dirigió una alocución concebida en el antiguo espíritu de inviolabilidad de la soberanía temporal. En cam-

bio los prelados le presentaron una petición, firmada por doscientos sesenta y cuatro arzobispos y obispos, cincuenta y seis de ellos franceses, suplicándole humildemente que se mantuviese firme é inflexible.

La conducta oscura y ambigua de Napoleón en todo este asunto había acabado por exasperar al partido de acción, cuyos jefes habían meditado durante



Rattazzi, presidente del ministerio italiano

los primeros meses del año un ataque contra Venecia y sólo en segundo lugar contra Roma, y en el mes de mayo habían hecho ya todos los preparativos para invadir desde la Lombardía el Veneto y para apoyar este movimiento con levantamientos revolucionarios simultáneos en Dalmacia y en los países danubianos. Rattazzi había ganado por la mano á los revolucionarios y disuelto las bandas de voluntarios que se habían reunido alrededor de Sarnico en la Lombardía, cuyo acto desató contra el ministro la enemistad del partido de acción. Este partido, no teniendo que atender ya á la política del ministerio, se ocupó en preparar la expedición contra Roma, que debía salir de la isla de Sicilia, y Garibaldi estaba decidido á ponerse á su cabeza. A fines de junio pasó á Palermo, donde desahogó su ira contra Napoleón en violentos discursos y empezó á reunir voluntarios. Esta actitud del héroe popular contrarió en gran manera al gobierno, que en aquellos días acababa de entrar en negociaciones con los de

Rusia y Prusia para el reconocimiento oficial del joven reino de Italia, y con razón se creía que la decisión y buen éxito del gobierno italiano en la sofocación del movimiento intentado en la Lombardía, habían contribuido en gran parte á disponer á las potencias en favor del nuevo reino de Italia, y que de consiguiendo su actitud más débil en el movimiento de Sicilia podía anular esta disposición favorable. Tal fué la razón por que Rattazzi y el general Durando, nombrado ministro de Negocios extranjeros, declararon en los términos más precisos que impedirían toda tentativa que pudiera poner en peligro la tranquilidad y seguridad de Italia, y en su consecuencia fué reemplazado por el general Cugia el prefecto de Palermo Trivulzio Pallavicini, que parecía proceder con demasiada flojedad; se reforzaron las tropas acantonadas en la isla, y el mismo rey publicó en 3 de agosto un manifiesto en el cual hizo saber el reconocimiento del reino de Italia por la Rusia y la Prusia, y amenazó con todo el rigor de la ley á cuantos excitaran á la guerra civil escuchando sólo su culpable impaciencia. Aquel mismo día declaró Rattazzi en el Parlamento que Garibaldi sería juzgado y castigado como cualquier otro individuo si traspasaba los límites de la ley; pero todas estas advertencias no fueron oídas, porque Garibaldi, auxiliado por el subprefecto de Corleone que le entregó las armas de la guardia nacional, se puso á la cabeza de ochocientos voluntarios y emprendió su marcha hacia la costa oriental de la isla. Perseguido por los generales Ricotti y Mella, que probablemente hicieron en cuanto pudieron la vista gorda, tomó Garibaldi al principio la dirección de Mesina; pero desviándose después sobre Catania entró en esta ciudad el 19 de agosto con tres ó cuatro mil hombres, y en una proclama llena de ataques al ministerio y de seguridades de obediencia y fidelidad al rey, excitó á la nación á levantarse, diciendo: «Estoy decidido á entrar vencedor en Roma ó morir al pie de sus murallas. Si perezco, confío en que vosotros vengaréis dignamente mi muerte y concluiréis mi obra. ¡Viva Italia! ¡Viva Víctor Manuel en el Capitolio!»

Sin ser molestado por las tropas reales, á las cuales entretuvo Menotti, hijo de Garibaldi, con un ataque fingido contra Mesina, se apoderó de dos vapores correos franceses que se hallaban en el puerto de Catania, en los cuales embarcó dos mil quinientos hombres, «apretados como sardinas en barril,» dice Garibaldi en sus *Memorias*, que no podían moverse en la cubierta ni menos defenderse en caso de un ataque. Dos fragatas italianas, el *Duca di Genova* y el *Vittorio Emmanuele*, tenían orden de impedir la travesía; pero no lo hicieron, «con honor sea dicho de sus comandantes,» añade Garibaldi en su relación, y se excusaron diciendo que les había inducido á error el ver la bandera francesa en los dos vapores. La expedición verificó, pues, la travesía con toda felicidad el día 24 de agosto de 1862, desembarcando cerca de Melito, como en 1860. Los ochocientos hombres que habían quedado en Catania fueron hechos prisioneros al día siguiente por las tropas reales.

Lamármora entretanto, como prefecto de Nápoles, había declarado el esta-

do de sitio en el continente y había enviado tropas á las órdenes del coronel Pallavicini contra los aventureros. Para evitar en lo posible toda colisión con las tropas reales, dejó Garibaldi el camino de Reggio y llegó el 29 de agosto con su gente, extenuada de hambre, á la meseta de Aspromonte, donde los habitantes de las inmediaciones le proveyeron de víveres; pero también les siguió Pallavicini y mandó hacer fuego contra los voluntarios, «como sobre bandoleros y quizás con más rigor,» según dice Garibaldi en sus *Memorias*. Los voluntarios contestaron también á tiros, pero solamente en el ala izquierda que mandaba Menotti, porque Garibaldi quiso evitar todo combate. No obstante, le alcanzaron dos balas, de las cuales una le hirió bastante mal en el pie derecho. Después de una corta lucha se rindieron los voluntarios y fueron desarmados.

El 30 de agosto, Garibaldi fué trasladado en una fragata italiana á la Spezzia, adonde llegó con una escolta que más bien parecía guardia de honor que destinada á custodiarle. Acudieron muchos agentes para vigilarle, pero mayor fué el número de médicos para curarle, el de patriotas para aclamarle y el de turistas ingleses para repartirse como reliquias todo lo que había tocado. Quedaba una grave cuestión por resolver: el desenlace de este asunto. ¿Qué se haría del popular rebelde? ¿Se le sometería á un proceso? ¿Qué tribunal le juzgaría? ¿El Senado? ¿Un consejo de guerra? Afortunadamente para el gobierno, por entonces ocurrió un suceso que vino á sacarle del apuro. Se acababa de anunciar el casamiento de la princesa María Pía, hija de Víctor Manuel, con el rey Luis de Portugal, y este fausto acontecimiento podía servir de pretexto natural para una amnistía. Así se hizo; Garibaldi se retiró á Caprera á fines de diciembre después de haber sido amnistiado él y sus compañeros el 5 de octubre, y el rey pudo envanecerse de su clemencia ahorrándose los enojos de un proceso.

En la corte de las Tullerías se habían seguido con gran curiosidad las fases de la tentativa de Garibaldi. Hasta entonces el emperador se había mostrado perplejo entre Turín y Roma, gastando sus energías en conciliar lo inconciliable. En tal disposición de ánimo estaba cuando ocurrió la tentativa de Aspromonte. Los insultos que le dirigió en esta ocasión Garibaldi le encolerizaron: las agitaciones de Italia disminuyeron su fe en el nuevo reino, y á consecuencia de esto apareció en el *Monitor* una nota en que se confirmaban en términos más enérgicos que de costumbre los deberes de la Francia para con el Padre Santo. «Debe saber el mundo, añadía el órgano oficial, que Francia no abandona en el peligro á aquellos á quienes ha extendido su protección.» Lo más gracioso del caso fué que el gobierno italiano, lejos de disculparse por la rebelión reprimida, hizo hincapié en ella para reclamar el auxilio de las potencias de Europa á fin de que desapareciese el poder temporal del Papa.

El general Durando, ministro de Negocios extranjeros de Italia, expidió el 10 de septiembre de 1862 un despacho á sus agentes diciendo que toda la nación clamaba por Roma como capital; que sólo había resistido al empuje

irreflexivo de Garibaldi porque contaba que el rey satisfaría el anhelo nacional, y que él mismo pondría término á aquella situación insostenible aun á riesgo de turbar la paz de Europa.

En los consejos del emperador los pareceres eran encontrados. Thouvenel insistía en que el emperador fijara un plazo para la terminación de la ocupación de Roma por sus tropas, en lo cual le apoyaron casi todos los ministros, Billault, Rouher, Persigny, Fould, Rouland, Baroche, Delangle y Chasseloup, así como Morny y Troplong. Defendieron la causa del Papa sólo Walewski, Randón y Magne, pero tenían á la emperatriz por aliada poderosa. La Guernonniere, que había escrito muchos artículos por encargo del emperador y que desde el mes de agosto defendía con Vieil Contel los intereses del Papa en el periódico *La France*, recientemente fundado, pidió un congreso europeo que decidiese la cuestión en el sentido de una confederación italiana.

Pero el 17 de octubre, un verdadero golpe de Estado diplomático marcó claramente la nueva tendencia de la corte francesa. El emperador destituyó á Thouvenel dorándole la píldora en una carta llena de frases lisonjeras, y en su lugar nombró ministro de Negocios extranjeros á Drouyn de Lhuys, al que sacó del retiro en que vivía hacia siete años y cuyo programa era aproximación al Austria, mantenimiento del *statu quo* territorial y estricta observancia de los tratados. Para el puesto de Lavalette en la embajada de Roma nombró al príncipe de Latour d'Auvergne, hermano de un cardenal y muy adicto á la política conservadora, y para el de Benedetti en la embajada de Turín al conde de Sartigés. Algunos individuos del gabinete, entre ellos Persigny, Rouher, Fould y Baroche, le anunciaron sus dimisiones, pero no las aceptó.

La crisis perdió su importancia para la política interior, y para la exterior su efecto fué más negativo que positivo; pues se aplazó la cuestión de evacuación de Roma, y los despachos de Drouyn no dejaron ninguna duda de que en las Tullerías se había renunciado á toda tentativa de mediación y se estaba decidido á dejarlo todo en la situación en que estaba. Así el ministro dijo en 26 de octubre que las expresiones de Durando, á pesar de sus formas amistosas y moderadas, no ofrecían suficiente base para deliberaciones por parte de la Francia. En Roma se propuso otra vez, por supuesto sin resultado, la antigua idea de obtener la garantía de las potencias europeas á favor de las provincias que el Papa conservaba todavía, sin renunciar expresamente á las que había perdido, es decir, la idea de un congreso. Habían resultado inútiles todas las negociaciones. La Inglaterra hizo una nueva tentativa para auxiliar á los italianos, á cuyo fin propuso en París entregar la ciudad de Roma á los romanos y poner la isla de Malta á disposición del Papa por si quería trasladar allí su residencia; pero ambas proposiciones encontraron la mayor resistencia. Tales como estaban las cosas, sólo podía resolverse esta cuestión complicada por medio de las armas ó por el tiempo, que todo lo calma.

La situación fué para el ministerio Rattazzi la sentencia de muerte, porque

había perdido el contacto con los elementos republicanos de la nación por el suceso de Aspromonte y desde un principio no había sido simpático á los elementos moderados. Así es que se derrumbó á la primera embestida seria, que ocurrió cuando al volverse á reunir el Parlamento en 18 de noviembre, después de algunas semanas de suspensión, Buoncompagni dirigió una interpelación sobre los sucesos últimos. Esta interpelación suscitó un debate que duró muchos días, en cuya consecuencia Rattazzi, antes de su terminación en 1.º de diciembre de 1862, anunció la retirada del ministerio. Para la formación de otro nuevo llamó el rey á Farini, que aunque enfermo aceptó la presidencia sin cartera, encargándose de la de Hacienda Minghetti, de la de Negocios extranjeros Pasolini, de la del Interior Peruzzi, y de las demás Rovere, Ricci, Menabrea, Amari, Pisanelli y Manna. En el discurso de presentación del ministerio á las Cámaras, el nuevo presidente del Consejo pronunció estas graves palabras: «La nación cree haber llegado el tiempo de aplicarse con energía al arreglo de los asuntos interiores;» y Pasolini completó esta declaración participando al embajador francés, el día de Navidad, la resolución del gobierno de aplazar la cuestión romana, si bien el ministerio participaba de la opinión del país de que Roma era la capital natural de Italia, y no dejaría de volver á emprender las negociaciones con el gobierno francés siempre que se ofreciese la posibilidad de entenderse con él.

En efecto, á principios de 1863 Pasolini envió á París al indispensable Arese con el objeto de que explorase de nuevo los propósitos del emperador acerca de Venecia, del Tirol italiano y sobre todo de Roma, pero disfrazando su misión con una oferta de auxilio, porque los asuntos de Grecia, de Polonia y otros hacían presagiar muchas complicaciones, y si Napoleón desnudaba la espada no le faltaría la ayuda de Italia y pelearía á su lado como en 1855 y 1859. El emperador dió esperanzas al enviado italiano en lo que atañía á Venecia y al Tirol; mas con respecto á Roma se limitó á contestarle: «Creedme, estaos quietos y tranquilizad al Papa;» y luego añadió estas palabras como pronunciadas al azar: «Dejad que el Padre Santo tenga la convicción de que no le atacaréis; entonces procuraré retirar mis tropas, y después haced lo que queráis.»

A pesar de estas palabras, Arese salió de París bastante desalentado y escribió á su ministro: «El aire que aquí se respira no es favorable, ni poco ni mucho.»

Con esto desapareció la cuestión romana por algún tiempo del primer término de la política.

## XIX

## LA CUESTIÓN DINAMARQUESA

Una de las fatalidades que pesaron sobre el segundo Imperio fué que no bien se solventaba ó aplazaba una complicación, ó una cuestión, como entonces se decía, ya en la política interior, ya en la exterior, surgía otra. Necesitábase una cabeza tan bien organizada como la de Napoleón III mientras su estado de salud no menoscabó sus energías, su constancia y su laboriosidad, para poder atender á todas las que se presentaban, ya simultánea, ya sucesivamente.

A la cuestión de Oriente, terminada en Crimea, había sucedido la italiana, aún sin solución definitiva en la época á que llegamos de esta historia; la italiana había sido reemplazada por la de Polonia, ésta por la de Méjico, y sin contar con las de China, Siria y Cochinchina, habíase venido á parar á la dinamarquesa, que si reducida á estrechos límites en la apariencia, no sólo Francia sino toda Europa debían intervenir en ella.

Insistente Napoleón en su idea de reunir un congreso para arreglar las diferentes cuestiones que en 1863 agitaban á Europa, anunció en el discurso de la corona, al abrir la legislatura el 5 de noviembre de 1863, la invitación que había dirigido á las potencias para celebrarlo, expresándose en estos términos:

«Los tratados de 1815 ya no existen. La fuerza de los hechos los ha destruído ó está ocupada en destruirlos. Casi en todas partes, lo mismo en Grecia que en Bélgica, que en Francia, en Italia y en el Danubio, han resultado infrinuidos. Alemania se agita para modificarlos; Inglaterra los ha modificado ya cediendo magnánimamente las islas Jónicas al reino heleno; Rusia los pisotea en Varsovia. En medio de esta descomposición paulatina del tratado que estableció los fundamentos del equilibrio en Europa, se inflaman las pasiones excesivamente, y en el Sur como en el Norte piden solución poderosos intereses. ¿Puede haber, pues, algo más justificado y más racional que invitar á las potencias á un congreso en el cual desaparezcan el amor propio y la resistencia ante un areópago supremo?»

A continuación expuso el emperador difusamente la necesidad de disminuir los insoportables gastos que ocasionaban los ejércitos, la confianza en una paz duradera, el desaliento de los partidos revolucionarios; en fin, pintó como fruto de su proposición un estado de cosas capaz de satisfacer los intereses bien entendidos de los soberanos y de los pueblos, y poco faltó para que fundase su

esperanza de ver aceptada por todas las potencias su invitación en la sospecha de que una conducta contraria indicara la existencia de planes ocultos que temieran presentarse á la luz del día.

El gobierno inglés no se dejó imponer por esta sospecha, y antes de acceder á la reunión del congreso, pidió explicaciones precisas respecto de las cuestiones que el gobierno francés se proponía presentar en él. Drouyn de Lhuys señaló como las más importantes la polaca, la danesa, la oriental, la italiana y la romana, y dijo que las conferencias podrían conducir á la resolución del desarme general de las potencias. Se abstuvo, por lo demás, de presentar soluciones concretas, expresando su convicción de que la reunión de un congreso era el único camino para llegar á una paz duradera.

Recibida esta contestación, declaró lord John Russell en una nota muy cortés, pero muy decisiva, fecha 25 de noviembre, que el gobierno inglés no podía participar de las esperanzas del emperador; que congresos generales presuponían guerras prolongadas como la de los treinta años y las napoleónicas de principios de este siglo, pues todo el mundo, cansado de matanzas y exhausto de recursos, estaba entonces dispuesto á hacer concesiones y sacrificios; pero que en el momento ni la Rusia ni el Austria ni ninguna otra potencia estaría dispuesta á renunciar á ningún territorio sobre el cual tuviera algún derecho, por manera que era de prever que muchos miembros del congreso se retirarían en peores condiciones que aquellas en que se hubieran reunido, por cuya razón no podía esperarse de tal congreso ninguna resolución que condujese al desarme. En vista de esta negativa de Inglaterra, ninguna importancia tenía que la mayor parte de las cortes accediera sin reserva á la proposición del emperador, ni que otras pidieran la exposición previa de un programa, ó, como las cortes alemanas, hicieran depender su decisión de una resolución común de la dieta. Drouyn, en vista de esto, quiso demostrar en un despacho circular del 8 de diciembre que creía útil y posible la reunión de un congreso aun sin la participación de Inglaterra; pero añadió, para disimular su retirada, que, en atención á haber variado las circunstancias, sería evidentemente necesario entenderse primero por la vía diplomática sobre las cuestiones que debieran someterse al congreso. Los sucesos le facilitaron la retirada hasta el punto de que pudo abandonar el proyecto sin llamar la atención, y aun dar á su emperador, en vista de los acontecimientos belicosos con que comenzó el nuevo año, la pequeña satisfacción de atribuir la culpa del fracaso á los que no se habían agregado á la idea del congreso que hubiera establecido la paz.

Estos nuevos acontecimientos belicosos fueron producidos por la cuestión del Schleswig-Holstein, originada súbitamente por la muerte del rey Federico VII de Dinamarca, que ocurrió el 15 de noviembre de 1863. La cuestión surgió en realidad por la ambición de la Confederación germánica, ó mejor dicho, de las dos grandes potencias que en ella predominaban, Austria y Prusia, de arrancar aquellos ducados á la corona danesa. Una circunstancia especial dió margen á

las reclamaciones alemanas á la muerte de aquel monarca. En las diferentes partes de la monarquía regían leyes diferentes para la herencia real. En el Holstein, la corona no era transmisible sino en la línea masculina; en Jutlandia y las islas la posteridad femenina estaba facultada para ceñirla. Si la dinastía reinante carecía de descendencia directa, se corría el riesgo de ver surgir competidores provistos de varios títulos que reivindicaran la sucesión vacante. Para evitar esta contingencia los soberanos dinamarqueses proclamaron el vínculo directo que unía el Schleswig á su reino. En los países germánicos estallaron grandes protestas y en 1848 el Holstein se sublevó contra el dominio dinamarqués; Alemania intervino; los batallones prusianos acamparon hasta en Jutlandia, y se necesitaron las reconvenciones reiteradas de Europa para que se restableciera la paz en aquellos países.

Las potencias juzgaron que quedaría incompleta su tarea si al restablecer el orden en el presente, no lo consolidaban para el porvenir, y con este objeto, después de largos preliminares, el 8 de mayo de 1852 se firmó en Londres un acta solemne, resumida en dos puntos principales. Por el primero se proclamaba el principio de la integridad de la monarquía, bajo la única reserva del vínculo federal que desde 1815 unía el Holstein y el Lauenburgo á la Confederación germánica: por el segundo se resolvía la cuestión de la sucesión á la corona de Dinamarca en términos bastante claros. Como Federico VII, que no tenía hijos, había designado para sucederle en todos sus Estados, entre los varios pretendientes, al príncipe Cristiano de Gluksburgo, y después de él á sus sucesores por línea masculina, los plenipotenciarios sancionaron esta elección, y el tratado fué firmado por los representantes de las cinco grandes potencias. Luego los Estados de segundo y tercer orden se adhirieron á él, así como muchos pequeños principados de la Confederación germánica.

Pero este tratado no llegó á calmar la agitación en los ducados, fomentada por las ambiciones y la mala voluntad de la dieta germánica; tanto es así que el consejo federal consiguió en 1858 con sus amenazas que se anulara la constitución general de la monarquía dinamarquesa en cuanto esta constitución se refería al Holstein. Este triunfo puramente negativo de la causa alemana no hizo dar un paso á la solución de la contienda enredada, pues el gobierno de Copenhague, con su firmeza acostumbrada, no renunció á su plan de incorporación y esperó una ocasión favorable para volver á emprender la ofensiva. No obstante, abandonó su idea de una monarquía completamente unificada, consintiendo en conceder al Holstein una constitución separada con tal que el Schleswig quedara en cambio estrechamente unido al resto de la monarquía. El ministerio prusiano, en el cual el conde de Bernstorff tenía la cartera de Negocios extranjeros, no reconoció en estas medidas ninguna satisfacción dada á las reclamaciones alemanas, como lo pretendían los dinamarqueses, y pidió en 5 de diciembre de 1861 explicaciones sobre las intenciones ulteriores de Dinamarca. Tampoco aceptó que el Holstein fuese considerado como parte separa-

da de la monarquía dinamarquesa, á la cual debiera quedar reunido el Schleswig, y al mismo tiempo protestó contra la persecución persistente del elemento alemán al Norte del Eider, en la cual veía una violación de las promesas del 29 de enero de 1852. El gobierno dinamarqués creyó que podía no hacer caso de esta protesta, porque confiaba en la desunión y debilidad de la confederación alemana, y en último extremo esperaba el apoyo de Suecia y de Rusia, y hasta de Inglaterra y Francia. Sin embargo, fué para aquel gobierno una advertencia de que no debía hacerse ilusiones demasiado lisonjeras la proposición que en septiembre de 1862 hizo lord John Russell de anular la constitución general de la monarquía dinamarquesa de 1855 y establecer la administración y legislación separadas del reino y de los ducados con un presupuesto decenal para hacer frente á los gastos comunes y permanentes. El gobierno dinamarqués rechazó esta proposición con la mayor decisión, diciendo que equivalía á una desmembración de la monarquía, y no admitió tampoco los consejos de Rusia y Francia en favor de la proposición inglesa, de suerte que el rey anunció en un decreto del 30 de marzo de 1863 la resolución de que el Schleswig quedaría definitivamente unido á Dinamarca y se daría al Holstein una administración separada que satisficiera en cuanto fuese posible las exigencias de la confederación alemana.

Este paso atrevido no aumentó por cierto la disposición favorable de las grandes potencias no alemanas hacia Dinamarca; además la Rusia se hallaba justamente en aquellas semanas muy ocupada con la sublevación polaca, y por lo mismo muy interesada en no contrariar á la Prusia, mientras Napoleón había considerado siempre en su interior la cuestión de Dinamarca en un sentido muy desfavorable al gobierno dinamarqués. La unión de una población alemana con la monarquía dinamarquesa contra su voluntad era contraria al principio de las nacionalidades, y al mismo tiempo la unión del Holstein, y en caso necesario la de la parte meridional del Schleswig á la Prusia, pareció á Napoleón uno de los medios más naturales de engrandecer á esta última potencia, á fin de que hiciera á la Francia concesiones territoriales por la parte del Rin. En este sentido se había explicado repetidas veces en conversaciones confidenciales, dejando entrever además la idea de la unión escandinava con la agregación de la Suecia y la Noruega á la Dinamarca. No tenía Napoleón ningún interés particular en el pequeño reino del Norte, y por lo mismo constituía en su opinión la víctima que debía ser sacrificada en un caso dado á planes más grandes; y mientras viera la posibilidad de entenderse con la Prusia, estaba muy lejos de disgustar á ésta y de servir á la Dinamarca.

Una guerra entre la Prusia y la Rusia por una parte y las demás grandes potencias por otra, habría podido dejar al gobierno de Dinamarca las manos libres; pero este peligro desapareció apenas se hubo presentado. A pesar de esto el gobierno dinamarqués no retrocedió en su empeño. Ni las protestas que presentaron Prusia y Austria á mediados de abril de 1863 contra el decreto del 30



de marzo, ni la amenaza de repetir la ejecución federal anunciada por la Dieta de Francfort en 9 de julio produjeron el menor efecto, y el presidente del ministerio dinamarqués, Hall, declaró con la mayor confianza en 3 de septiembre que tenía muy buenos motivos para creer que Dinamarca no se vería reducida á sus propios recursos y en caso de estallar la lucha se resolverían en ella no solamente la suerte de Dinamarca, sino también la de los intereses más sagrados de todo el Norte. Con esto aludía evidentemente al auxilio de Suecia, conforme lo demostraron las visitas que se hicieron los soberanos de Suecia y de Dinamarca y las negociaciones entabladas entonces en Copenhague entre el presidente del ministerio dinamarqués Hall y el embajador sueco Manderstrom. De esta manera se fueron complicando las cosas; la Dieta decidió en 1.º de octubre proceder á la ejecución y al propio tiempo el gobierno dinamarqués presentó el proyecto de una constitución para Dinamarca y el Schleswig, que fué aprobado en 13 de noviembre por 41 votos contra 16; pero la muerte del rey Federico VII, ocurrida dos días después en Glucksburg en el Schleswig, le impidió firmar esta constitución, con lo cual la situación política tomó un aspecto enteramente nuevo.

Desde el punto de vista de la nación alemana se trató entonces de si debía realizarse ó no lo convenido respecto de la sucesión en el protocolo de Londres de 1852; es decir, si el nuevo rey de Dinamarca Cristián IX debía suceder también en los ducados de Schleswig-Holstein ó si en estos últimos entraría á gobernar la línea de Augustenburgo. Considerándose las dos grandes potencias alemanas comprometidas en el citado protocolo, basaron su política exclusivamente en la suposición de que Cristián IX firmaría la nueva constitución; pero surgió un conflicto grave entre ellas y la mayoría de los demás gobiernos federales, los cuales conformes con la opinión pública pidieron el reconocimiento de Federico de Augustenburgo como duque de Holstein, aun cuando el padre de este príncipe había reconocido el arreglo de la sucesión al trono dinamarqués hecho en el citado protocolo, y renunciado á toda pretensión sobre los dos ducados, por sí y sus sucesores, mediante una crecida cantidad de dinero que le entregó el gobierno de Copenhague. Había contraído este compromiso por mediación de Bismarck, entonces representante de Prusia en la dieta germánica: el hijo rompía el pacto, pero no devolvió el dinero.

Además de este conflicto, amenazaba también otro europeo, y el lenguaje de Napoleón era tan cauto y reservado, que había que contar con toda clase de contingencias. Aseguró sus simpatías al pretendiente de Holstein, Federico, diciéndole que para él no había cosa más digna y honrosa que apoyar la independencia y nacionalidad de un pueblo; pero añadió que las grandes potencias se encontraban atadas por el protocolo de Londres, y que si bien se habría podido dar solución á todas las dificultades en un congreso, no se había logrado reunirlo porque Inglaterra había negado su participación en él. Era ciertamente lamentable, dijo, que la confederación no hubiera sido consultada respecto de

los derechos de los ducados; pero si se obligara á Dinamarca contra su voluntad por las potencias vecinas á una nueva solución, la opinión pública en Francia se pondría del lado de aquel reino. El emperador expresó finalmente el deseo que la confederación examinara por lo pronto la cuestión de sucesión y sometiera después el resultado á la decisión de las potencias firmantes del protocolo de Londres. Estas expresiones se conciliaban muy mal con las promesas secretas con que Napoleón trataba de atraerse al gabinete de Berlín, diciendo al conde de Goltz en 23 de noviembre que deseaba entenderse con la Prusia sobre otras cosas más graves; que la Prusia se hallaba rodeada de pequeños Estados que impedían su acción y no aumentaban su poder. A esto añadió Drouyn de Lhuys que en lugar de hacer del Schleswig-Holstein un ducado independiente sería mejor agregar á la Prusia las partes alemanas de estos ducados y abandonar el Schleswig septentrional á los dinamarqueses, ó mejor dicho, á una unión escandinava. La Francia no pretendía como compensación sino los buenos servicios de la Prusia en otras cuestiones, ó como dijo Napoleón al día siguiente en una conversación confidencial, la formación de una alianza.

Evidentemente el emperador meditaba planes de muchísima trascendencia, cuya víctima sólo podía ser el Austria y cuya realización habría necesitado una guerra europea. A entrar en tales planes no estaba de ningún modo inclinado el rey de Prusia, que no tenía además ninguna confianza en el emperador. Por eso le pareció muy extraño que su embajador hubiese entrado sin autorización en la idea de una alianza con Francia. Menos ambigua, pero más amenazadora fué la actitud de Inglaterra. Lord John Russell escribió en 24 de diciembre al embajador inglés en Berlín que no podía prometer la neutralidad de Inglaterra si entraban tropas alemanas en el Schleswig, y propuso una conferencia de las potencias firmantes del protocolo de 1852, con la admisión de un representante de la confederación alemana, lo cual era en su opinión el único camino de evitar una guerra europea. Esta idea, sin embargo, no encontró aceptación en ninguna parte; Napoleón no la rechazó del todo, pero no quiso que la conferencia se reuniera en París, y Drouyn de Lhuys instó á la dieta directamente á no admitir la conferencia, calificando de ineficaz, en un despacho que dirigió el 7 de enero de 1864 á los gobiernos alemanes, el protocolo de Londres y dando particular importancia á la necesidad de que la conferencia propuesta no se pusiera en conflicto con el consejo federal.

La ruptura de las dos grandes potencias alemanas con la Dinamarca y la entrada de sus tropas en el Schleswig hicieron que se arrinconara por algún tiempo el proyecto de conferencia.

El ejército aliado ascendía á sesenta mil hombres bien armados, equipados y disciplinados, tan seguros por lo que respecta á la fuerza como débiles por lo que hace al derecho. Mandaba á los prusianos el príncipe Federico Carlos, á los austriacos el general de Gablens, y el feldmariscal Wrangel tenía el mando en jefe de ambos ejércitos. Los dinamarqueses, descontando las tropas que de-

fendían las plazas fuertes, no contaban más que con treinta mil hombres, inferiores á sus contrarios en cuanto á instrucción y armamento. Al principio quisieron defenderse en una línea de obras defensivas conocida con el nombre de Danewirke que había al Norte del Eider, pero los generales de Cristián IX, persuadidos de su debilidad, no juzgaron conveniente exponer su único ejército á un fracaso desde el principio de la guerra y el 5 de febrero abandonaron dicha línea sin resistencia. Cuando se supo esta noticia en Copenhague, pareció tan inverosímil que nadie quería darle crédito; pero una vez confirmada, á la incredulidad siguió la consternación y á ésta la cólera, llegándose á decir del rey que más que monarca nacional era príncipe germánico é inepto para defender la patria.

Mientras tanto el ejército retrocedía por el Schleswig, en donde sólo quedó defendida una fortaleza, la de Duppel cerca de la isla de Alsen; en Jutlandia había otra, Fredericia cerca de la isla de Fionia.

No ha habido príncipe que haya hecho en tan duras condiciones como Cristián IX el aprendizaje de la realeza. No le era posible otra cosa, dada la escasez de sus medios en su lucha desigual con dos colosos, sino volver sus miradas á Europa, y en un apremiante llamamiento dirigido á las potencias no alemanas invocó en su favor un título antiguo y un título nuevo: un acta de 1720 en virtud de la cual Francia é Inglaterra habían garantizado á Dinamarca la posesión del Schleswig, y el tratado de 8 de mayo de 1852 que había proclamado la integridad de los Estados dinamarqueses y arreglado la sucesión al trono.

Esta protesta partió de Copenhague el 11 de febrero, y con tal motivo Prusia y Austria dieron orden á sus generales de que activaran las operaciones de la guerra. El 17 los aliados entraron en Jutlandia, noticia que fué acogida con estupor, por cuanto se veía que ya no era cuestión del Holstein, territorio federal, ni del Schleswig, territorio en litigio, sino que la invasión se extendía al país dinamarqués, donde jamás se había establecido ningún alemán. Bismarck, interpelado por los diplomáticos, contestó, según afirmación de lord Russell, que se había verificado la ocupación sin previa orden, pero que continuaría.

Por triste que fuese la guerra, casi lo fué más la política y la diplomacia. La amenaza de Inglaterra de apelar á las armas en defensa de la monarquía dinamarquesa era sólo condicional, y perdió todavía más fuerza cuando Drouyn de Lhuys rechazó rotundamente en su nota del 28 de enero de 1864 la solicitud de conceder auxilio material á la Dinamarca en su resistencia á la desmembración. Decía el citado ministro en este documento que el emperador reconocía perfectamente la importancia del tratado de Londres, pero que también comprendía que las circunstancias pudieran reclamar una modificación del mismo tratado; que, acostumbrado á atender á los deseos de las nacionalidades, debía rechazar todos los medios que pudieran obligarle á oponerse con las armas á los deseos de Alemania, que consistían en realizar una unión más estrecha con los alemanes del Schleswig-Holstein; que una guerra entre Alemania y Francia

sería la más funesta y arriesgada que podría emprender el Imperio; que además el emperador tenía presente la desconfianza que se había extendido respecto de sus pretendidos planes sobre la frontera del Rhin, y que si á la sazón comenzara allí una guerra, adquirirían mayor fuerza estas acusaciones infundadas é injustificadas, por cuya razón prefería conservar su completa libertad de acción, y sólo si llegara á ser amenazado seriamente el equilibrio europeo, tomaría nuevas disposiciones en el interés de Francia y de Europa.

Este último giro del despacho daba á conocer claramente que no era el desinterés lo que movía al emperador al tomar esta actitud favorable á Alemania, pero esto no invalidó el efecto que aquél debió de producir. Verdad es que no faltaban influencias en las Tullerías que impulsaban al emperador á la guerra, pero Napoleón las rechazó diciendo á sus ministros que un ataque al Rhin sería el mejor medio de realizar la unión alemana. Si hubiera podido contar positivamente con que Inglaterra tomara parte enérgica en la guerra y no se opusiera á un gran aumento territorial de Francia, es seguro que no habría retrocedido entonces ante una política guerrera; pero preguntando como lo hizo á Drouyn de Lhuys con tono dudoso: «¿Nos prestaría la Inglaterra su apoyo ilimitado? ¿Consentiría la Inglaterra que la Francia obtuviera en semejante guerra ventajas que correspondieran á los grandes sacrificios que tendría que hacer?», dió ya á conocer que esperaba una contestación negativa.

Muy favorable á Dinamarca y aun belicosa era la opinión pública en Inglaterra; pero al mismo tiempo no se hallaba dispuesta á reconocer anexiones francesas, y á esto se agregaba la actitud en favor de Alemania de la reina Victoria. Ésta declaró resueltamente que no iría contra Prusia, y aun á principios de febrero había llamado á un ministerio tory si éste hubiese querido adoptar una política diferente de los whigs; pero lord Derby prefirió no aceptar el encargo de la reina de formar ministerio y sólo prometió limitar su actividad en sentido pacífico. Esto bastó para paralizar la energía del ministerio, de manera que el gobierno inglés ni siquiera intentó separar á la Prusia de la guerra por medio de un *ultimátum*.

Mientras tanto la situación de Dinamarca iba empeorando. No sólo el Schleswig, sino también Jutlandia sufrieron en breve todos los males de la guerra, y particularmente contribuciones ruinosas. Pero el principal esfuerzo de los aliados se concentraba sobre Duppel, cuyo sitio había comenzado, y nadie dudaba de que esta operación fuese el hecho decisivo de la campaña. Allí concentraron los dinamarqueses su resistencia, que era valiente, tenaz y á veces estimulada por algunos triunfos parciales.

Llegó por fin el día en que quedó resuelta la celebración de la conferencia propuesta por Inglaterra, con objeto de restituir al Norte de Europa las bendiciones de la paz. Debería celebrarse en Londres y estar representadas en ella las cinco grandes potencias, así como Dinamarca, la Confederación germánica y Suecia. Las tareas de la conferencia iban á inaugurarse en condiciones bastante

singulares. No se había fijado ningún programa como base de las deliberaciones, ni celebrado ningún armisticio ni suspensión de armas, de suerte que, continuando la lucha, las noticias de la guerra podían influir en las decisiones de los representantes. Por un momento se creyó que, puestas de acuerdo Francia é Inglaterra, resultaría de él un plan de conducta. Lord Clárendon fué enviado por el ministerio inglés á Francia con encargo de explorar las disposiciones del emperador, y en efecto éste se las manifestó lisa y llanamente con las siguientes palabras: «Hemos recibido un gran bofetón de Rusia á causa de Polonia; no podríamos, sin devolverlo, recibir otro de Alemania á causa de Dinamarca, de lo contrario se nos despreciaría. Pues bien: debo confesar que no estoy preparado para la guerra.» Lord Clárendon volvió, pues, á Londres sin haber combinado ninguna acción común.

En las discusiones á que dió origen la celebración de la conferencia, Francia presentó por vez primera la proposición de que las potencias se rigieran por el deseo de los habitantes. Drouyn dijo en su despacho del 20 de marzo que toda la contienda procedía de la rivalidad de los dos pueblos, cuyo sentimiento nacional se manifestaba de una manera evidente; de suerte que lo más natural era aplicar, así en favor de Alemania como de Dinamarca, el principio de las nacionalidades, que formaba el derecho fundamental de Francia y con el cual se podría dar la solución más fácil y más justa á esta difícil cuestión. Esta proposición favorecía evidentemente á la Alemania porque se abandonaba el convenio inglés; pero al mismo tiempo era muy ocasionada á introducir la discordia entre la Prusia y el Austria, ya que esta última potencia de ningún modo podía reconocer el principio de nacionalidades.

Para Napoleón hubiera sido un gran golpe, si hubiera podido darlo, introducir una cuña entre las dos grandes potencias alemanas y conseguir, como había dicho en diciembre á Nigra, embajador italiano, que aquellos dos aliados peleasen al fin el uno contra el otro. Hizo, pues, desde entonces cuanto pudo para apartar al gabinete de Berlín de una alianza demasiado estrecha con el de Viena. Reconociendo también Bismarck los deseos de los habitantes como un elemento muy importante, aunque no fuese el único y principal, el emperador francés tomó pie de esta opinión para que Drouyn declarara en 9 de abril al conde de Goltz, con más insistencia que en noviembre, que Francia lamentaría la creación de un nuevo Estado alemán pequeño, pero que abogaría en la conferencia por la incorporación de este Estado á la monarquía prusiana, siempre que la población se pronunciara en su favor. A esto contestó Bismarck en 14 de abril que Prusia sostendría en todos los estadios de las conferencias la necesidad de consultar á los habitantes; pero que no era prudente echar mano en aquel momento de semejante medio porque la contestación de los habitantes resultaría á favor del duque de Augustenburgo y contraria á toda desmembración del país. En su concepto, sólo debía someterse á la población esta cuestión cuando Dinamarca hubiese rechazado la proposición de la unión personal y

cuando los habitantes de los ducados se hubiesen convencido de que la desmembración era inevitable. Añadió que, por lo demás, para la Prusia no resultaba ninguna ventaja de este aplazamiento.

Bismarck tuvo razón, según lo probaron los sucesos, cuando contó con la oposición decidida de Dinamarca á toda unión personal, y con mucho mayor fundamento podía asegurarse que rechazaría todas las proposiciones de división, pues que ésta le había de traer la pérdida segura del Holstein y de la mayor parte del Schleswig.

La situación militar de Dinamarca se había empeorado considerablemente por la toma de los baluartes de Düppel el 18 de abril, antes de abrirse las conferencias; y su situación política recibió un golpe todavía mayor cuando la Prusia y el Austria, en el curso de las conferencias de Londres, declararon que después de haber sido rechazada su proposición de la unión personal, se veían en el caso de pedir la completa separación de los ducados de la monarquía de Dinamarca y su reunión en un Estado bajo la soberanía del príncipe heredero de Augustenburgo. Basándose no solamente en el derecho hereditario, sino también en la indudable aprobación de la inmensa mayoría de los habitantes, se acercaron casualmente un paso á la idea napoleónica del plebiscito, si bien el gobierno de Austria no estaba dispuesto á aceptarlo, porque entonces hubiera tenido que admitirlo también para la población de Venecia. Tampoco quiso el gobierno inglés admitir esta base porque conocía que el resultado había de ser decididamente contrario á Dinamarca, por cuyo motivo propuso fijar por frontera el Schlei, con lo cual renunció también por su parte al convenio de Londres, pero conservaba á la Dinamarca la mayor parte del Schleswig.

El gobierno de Dinamarca, con el deseo de obtener, antes de declararse conforme en principio con la división, la aprobación de la Francia respecto de la frontera propuesta, encargó á su embajador en París, el conde de Moltke-Hwitfeldt, que conferenciase sobre este punto con Napoleón, el cual en efecto le recibió el 31 de mayo; mas lo que le dijo no fué lisonjero para Dinamarca, porque señaló como lo más favorable que esta nación podía esperar la frontera de Flensburg-Tondern, que correspondía aproximadamente á la frontera lingüística, y que también estaban dispuestas el Austria y condicionalmente la Prusia á conceder, antes que la Dinamarca, continuando la guerra, se expusiera á perder irremisiblemente todo el Schleswig, pues que Inglaterra no le prestaría su auxilio. Añadió Napoleón que le constaban las vivas simpatías que á la nación francesa inspiraban los dinamarqueses; pero que para él estaban en primer término los intereses de Francia, que le prohibían emprender por sí solo la guerra.

Habiendo perdido Dinamarca las esperanzas que había puesto en Napoleón y no estando apoyada más que por Inglaterra, se conformó con la frontera del Schlei, para conservar por lo menos el apoyo del gabinete inglés. Cuando las potencias alemanas declararon esta frontera inaceptable, Inglaterra propuso encomendar la decisión de la cuestión á un arbitraje, á lo cual se opu-

so resueltamente el gabinete de Copenhague, temiendo que el árbitro fuese el emperador Napoleón, cuya opinión ya conocía. Por lo mismo decidióse á probar otra vez la fortuna de la guerra. Además del pundonor debió de tener el gobierno dinamarqués alguna esperanza de que Inglaterra, y quizás también Francia, saldrían de su neutralidad; y en efecto, Inglaterra después de haberse roto las conferencias el 25 de junio, procuró nuevamente que Napoleón tomase parte en la guerra, y se dice que lord Pálmerston hasta consintió en la adquisición de la frontera del Rhin por la Francia. En efecto, escribió un poco más adelante al rey de Bélgica: «Si nuestro buen amigo en París se propusiera ahora arrebatarse á la Prusia sus provincias rhinianas, nadie movería en Inglaterra ni siquiera un dedo contra este despojo; nadie levantaría la voz, ni se expondría un hombre ni un chelín á favor de la Prusia; y si Francia é Italia arrebatasen al Austria la Venecia, les aplaudiría toda Inglaterra.» Con este apoyo moral no se contentó Napoleón, ni tampoco con la cooperación de la escuadra inglesa, sino que pidió un tratado formal de alianza ofensiva y defensiva como en la guerra de Crimea, á lo cual la Inglaterra estaba tanto menos dispuesta, cuanto que entretanto los prusianos habían invadido la isla de Alsen en 29 de junio, tan pronto como habían quedado rotas las conferencias. Este golpe y el desvanecimiento de la última esperanza en el auxilio extranjero, obligaron á la Dinamarca á conformarse con su suerte. En 12 de julio solicitó un armisticio y en 1.º de agosto se firmaron los preliminares de paz, por los cuales perdió la monarquía danesa, además de Holstein y Lauenburgo, todo el Schleswig.

«Desde el punto de vista alemán, dice el Dr. Bulle, la conducta de Napoleón en este asunto complicado puede ser mirada con casi completa satisfacción, pero no se la miró así en Francia, y en el corazón de Napoleón quedó probablemente una dolorosa espina. Si hubiese conseguido siquiera la admisión del principio del plebiscito, ó si por lo menos hubiese sido nombrado árbitro, habría podido celebrar el resultado como un triunfo de su política, no obstante las simpatías que en Francia prevalecían en favor de Dinamarca; pero tales como estaban las cosas, era evidente que no había alcanzado su verdadero propósito del reconocimiento internacional del principio de las nacionalidades, y aun quedaba despreciado este mismo principio con la cesión de distritos puramente dinamarqueses en el Norte del Schleswig, al revés de lo que había sucedido antes á los habitantes de raza alemana de aquel ducado. El deseo de tomar el desquite continuó vivo en el ánimo de Napoleón y le indujo dos años después á imponer á la Prusia el artículo 5.º de la paz de Praga.»

Dado el estado en que se encontraban las potencias de Europa hacia aquella época, la cuestión dinamarquesa no habría acabado con la desmembración de este pequeño reino, si Francia é Inglaterra, que tantas simpatías afectaban mostrarle se hubieran unido sólidamente para imponer su arbitraje. Prusia aún no había completado todo su armamento; Austria mostraba escrúpulos á aliarse

con ella; Rusia luchaba todavía con la insurrección polaca; Italia estaba atenta solamente á su organización interior; Dinamarca no había agotado aún sus recursos, y Suecia estaba pronta á auxiliarla con la condición de que la sostuvieran. Con la unión resuelta de ambas potencias se habría colocado el derecho á tanta altura que la mano de los ambiciosos no hubiera podido alcanzarle, y asegurando por el presente la salvación de los débiles, habría quedado garantizada para el porvenir la seguridad de los débiles.

Napoleón no tuvo tanta previsión y perspicacia, y dió escasa importancia á lo que ocurría con el modesto reino de Dinamarca, sin presumir que la guerra de que acabamos de ocuparnos sería la primera chispa del grande incendio que seis años después abrasó al segundo Imperio.

## EL COMLOT DE GRECO Y SUS CÓMPICES

Al imponer el emperador, el 14 de enero de 1864, el birrete cardenalicio á Mons. de Bonnechose, respondió al discurso de gracias de este prelado las siguientes palabras que revelaban cierto desaliento: «Los honores de este mundo son pesadas cargas que la Providencia nos impone. En su justicia, ha querido aumentar los deberes en proporción de las dignidades. Por eso me pregunto si la buena fortuna tiene tantas tribulaciones como la mala.»

Este lenguaje, al que traslucía cierta inquietud, usado precisamente en medio de los festejos de aquella ceremonia, produjo en cuantos lo oyeron cierta desagradable sorpresa, y supusieron que aquella semiconfidencia era precursora de algún anuncio de complicación exterior.

Pero no era la cuestión política la que causaba esta aprensión en el ánimo del emperador, sino más bien la intuición de que podría sobrevenirle algún contratiempo desagradable.

Y en efecto, sus inconscientes recelos estuvieron á punto de justificarse.

Desde el atentado de Orsini no se había tramado ningún complot contra su vida; pero á principios del año mencionado se supo que la policía estaba sobre la pista de un nuevo atentado, y como sus antecesores, los conspiradores eran italianos. Estos eran cuatro; salieron de Lugano, y al entrar en Francia por la frontera franco-suiza, el comisario de vigilancia creyó notar en uno de ellos cierto parecido con una cara conocida y avisó por telégrafo á la policía de París, la cual, tan luego como aquéllos llegaron á la capital, siguió todos sus pasos. Sus actitudes misteriosas, sus cambios de fonda, el continuo temor de que les abrieran los baúles ó los muebles, la tardanza en presentar sus papeles, todo contribuía á confirmar las sospechas que habían despertado.

Observóse que primeramente se habían instalado en casas separadas, y no se hablaban sino á hurtadillas, para despistar á la policía. Se les vió explorar muchas veces los alrededores de las Tullerías y los Campos Elíseos. Una noche que el emperador debía ir á la Ópera, se les vió en las inmediaciones del teatro, pasando, repasando y estudiando los lugares.

Cuando las sospechas se convirtieron ya en certidumbre, se practicó un reconocimiento en los cuartos de las fondas donde se alojaban, y el resultado fué encontrar ocho bombas con los instrumentos necesarios para montar ó atorni-

llar las chimeneas, además un bastón escopeta, dos revólvers, cuatro puñales y paquetes de pólvora y balas. Inmediatamente se procedió al arresto de los cuatro extranjeros, que se llamaban Pascual Greco, Imperatori, Scaglioni y Trabucco. Todos pertenecían al partido revolucionario más exaltado, y á excepción de Trabucco, habían formado parte de los *Mil* de Garibaldi.

Greco era oriundo de Calabria, hijo de un patrón de barco y de aficiones



Minghetti, presidente del Consejo de ministros de Italia

artísticas. Su padre había servido á las órdenes de Murat, y á favor de este recuerdo logró presentarse al hijo del ex rey de Nápoles cuando en mayo de 1863 hizo su primer viaje á París, circunstancia que desorientó á la policía que le seguía la pista. De regreso en Lugano, reclutó allí á sus cómplices: Scaglioni, joven estudiante de Pavia que había adoptado el nombre de Maspoli; Imperatori, nacido en la Suiza italiana y de profesión librero, y Trabucco, verdadero tipo de gitano, que había recorrido todos los países, ejercido todos los oficios, empleado subalterno á bordo de una fragata francesa, soldado en Italia, músico callejero en Londres, Constantinopla, Esmirna y París, condenado dos veces

por estafa y por robo, empujado al crimen por la lectura de periódicos que habían exaltado su menguada imaginación, acosado por la miseria y no contando para ganarse la vida más que con una trompa de la que nunca se separaba.

Los conjurados, que no podían alegar nada justificado en su defensa, declararon que las bombas eran de fabricación inglesa y las habían introducido en Francia escondiéndolas entre su ropa. No negaron sus propósitos de atentar á la vida del emperador; confesaron que su proyecto era arrojar las bombas en el coche del monarca, y valerse de los puñales y pistolas, ya para defenderse, ó bien para rematar su obra. El 25 de febrero comenzó la causa de resultas de la cual Greco fué sentenciado á la deportación, lo propio que Trabucco, quien únicamente solicitó una cosa de sus jueces, que no le quitaran su trompa. Scaglioni é Imperatori, el uno merecedor de alguna clemencia á causa de su juventud y el otro menos comprometido en el proyectado atentado, fueron condenados á veinte años de prisión correccional.

Pero á los ojos de los magistrados, de los jurados y aun del público, no eran los más criminales aquellos cuatro desdichados, sino otro personaje que se sirvió de ellos como testaferos. Durante la causa, Greco aseguró que sus compañeros y él no eran otra cosa sino agentes de Mazzini; decía que el año anterior, estando Mazzini en Lugano, había conferenciado con él muchas veces; que Mazzini era quien había organizado el complot, proporcionado el dinero y las armas, así como la clave para entenderse con él por escrito, y ratificado en fin la elección de cómplices. La declaración de Greco tenía tal carácter de veracidad que llamó la atención, pues concordaba en todas sus partes. Al principio de la causa había guardado silencio acerca de este punto, pero luego habló, sin que pareciera inspirado por la pasión, sino más bien á disgusto. Los indicios vinieron en su apoyo, pues Mazzini había estado en efecto en Lugano hacia la misma época que Greco, á quien conocía de larga fecha, considerándole como un entusiasta patriota; los conjurados, pobres y oscuros, con dificultad hubieran preparado el complot, si un jefe oculto no hubiese combinado el programa, trazado el itinerario, atendido á los gastos y proporcionado las armas. Además, entre las ropas de Greco se encontró una nota que debía servir de clave para la correspondencia, y un perito calígrafo afirmó que aquella nota era de puño y letra de Mazzini. Por último, á los tres días de la detención de Greco se recibieron fondos á su dirección por mediación de un banquero íntimamente asociado á todos los manejos del partido mazziniano. El conjunto de todos estos cargos convenció al tribunal, que considerando á Mazzini como el verdadero jefe de la empresa, le condenó en rebeldía á la deportación el 30 de marzo de 1864.

El gran revolucionario había protestado de antemano en el *Times* contra la acusación, pero su defensa pareció débil y le dejó como abrumado bajo el peso de las pruebas. En Francia se recordó que aquel hombre, tan pródigo de la vida de los demás, había estado mezclado en otro tiempo en el proceso Tibaldi, y si indignación causó la perversidad con que tramaba el crimen, mayor la produjo

la cobardía con que esquivaba el castigo. La misma Inglaterra prescindió de su habitual indulgencia, y sin atreverse á negar su asilo al criminal, vituperó por lo menos el crimen con desusada energía. Verdad es que aquella nación tenía motivo para ello, pues del proceso resultó que lord Stransfield sostenía relaciones con Mazzini, y aunque el lord, que formaba parte del almirantazgo, dimitió su puesto oficial, siempre quedó la impresión de estas revelaciones.

Pero en ninguna parte fueron tan vivas las protestas como en Italia. Minghetti, que había sustituido en la presidencia del Consejo de ministros á Farini, el cual tuvo que retirarse á la vida privada en marzo de 1863 á causa de un reblandecimiento cerebral, denunció con vehemencia «á aquellos hijos espúreos que la patria arrojaba de su seno.» Cuando en la península se tuvo noticia de los cargos que pesaban sobre Mazzini, sus amigos más entusiastas no supieron cómo disculparle. Italia necesitaba aún á Francia, y se temía allí que el emperador se cansara por fin de aquella tierra ingrata, tan incansable en suscitar asesinos como él en colmarla de beneficios.

En otra ocasión, poca ó ninguna importancia habría dado Napoleón á este frustrado complot contra su persona; pero habiéndose descubierto precisamente en los momentos en que más preocupado le tenían las contrariedades que sufría su política, así en Europa como en el Nuevo Mundo, no dejó de causarle una impresión desagradable.

ROMA Y EL VÉNETO. — LA ENCÍCLICA «QUANTA CURA»  
Y EL «SYLLABUS»

Dejamos dicho en uno de los anteriores capítulos que la cuestión romana había quedado relegada al segundo término de la política europea, y en efecto transcurrió un año sin que se renovara; pero el ministro italiano Minghetti, fiel á la política de sus antecesores en el poder, se encargó de reproducirla, contando probablemente con la especie de aislamiento en que iba quedando Francia entre los Estados europeos.

Con el objeto de dar á aquel asunto una nueva fase que activara su solución para una época próxima, encargó al general Menabrea y al marqués de Pépoli que fueran á ver á Napoleón III, y así lo efectuaron trasladándose en julio de 1864 á Vichy, donde éste residía accidentalmente, proponiéndole en nombre del gobierno italiano que retirase sus tropas de Roma, y en cambio Italia se comprometía á no atacar á esta ciudad ni permitir que otros la atacaran, así como á trasladar su capital desde Turín á Florencia.

Con esta última disposición, el gobierno italiano quería dar una especie de garantía material de que, al menos por el pronto, renunciaba á la ocupación de Roma, si bien era moralmente imposible renunciar definitivamente á la pretensión tantas veces y tan terminantemente expuesta en el Parlamento por cuantos hombres de Estado habían ocupado el poder de hacer de Roma la capital de Italia. El gobierno de este país esperaba también una notable mejora en su situación interior con la traslación de la capitalidad á Florencia, pues aunque esta determinación disgustara á los turineses y al Piamonte en general, en cambio contentaría á los pueblos del centro y de la Italia meridional que levantaban continuas quejas contra el predominio del Piamonte, aparte de que siendo Florencia un punto más céntrico, esta circunstancia facilitaba el gobierno del Estado en todo el país.

Napoleón aceptó en principio esta proposición, y en su consecuencia entabláronse negociaciones entre Francia é Italia, que se llevaron á cabo con tanto sigilo que la curia romana no tuvo noticia de ellas hasta que Drouyn de Lhuys se las comunicó en despacho del 12 de septiembre cuando el asunto estuvo completamente asegurado, pues se firmó el convenio tres días después. En este convenio no se hacía mención de la traslación á Florencia del gobierno italiano,

porque las disposiciones relativas á este punto fueron objeto de un acta separada que impuso la condición, para la ejecución del convenio, de que el rey elegiría en el término de seis meses por capital otra ciudad que no fuese Turín. Para la salida de las tropas francesas de Roma, que debían evacuar esta ciudad, no de golpe, sino gradualmente, fijóse el plazo de dos años, prometiendo además el gobierno italiano que por su parte no se opondría á la formación de un ejército pontificio y entrar en negociaciones con la curia romana para encargarse de una parte proporcional de las deudas del Estado de la Iglesia.

Al hacerse público este convenio, no produjo el efecto de calmar los ánimos como se esperaba, y sobre todo el furor de los habitantes de Turín excedió á toda ponderación; el Ayuntamiento protestó indignado contra el traslado de la capital, y los vecinos hicieron manifestaciones y formaron grupos amenazadores que hubo de disolver la fuerza armada. Además el rey estaba personalmente en contra de aquel traslado, aunque como monarca constitucional no tuviera más remedio que aprobarlo, todo lo cual motivó que el ministerio presentara la dimisión el 24 de septiembre, quedando el general Lamármora encargado de la formación de otro nuevo; en este ministerio entraron dos piamonteses, Sella y Lanza, que se encargaron de las carteras más importantes como satisfacción dada al Piamonte; pero de todos modos no pudieron retroceder, y como compensación á la ciudad de Turín por las pérdidas que indudablemente le ocasionaría la traslación de la capitalidad, presentaron una ley al Parlamento, que fué aprobada, en virtud de la cual se concedía á la ciudad desposeída una renta de un millón de liras.

Pasó mucho tiempo antes de que en todo el Piamonte se conformase la población con la traslación inevitable, pero poco á poco se realizó. Nadie guardó rencor al rey, porque todo el mundo sabía que para él mismo había sido un gran sacrificio. Cuando salió súbitamente de la ciudad para Florencia durante las turbulencias de enero de 1865, á las cuales dieron lugar los debates de la Cámara con motivo de los tumultos de septiembre, una diputación muy solemne le suplicó que regresara una vez más á Turín; y al cumplir este deseo, fué recibido con las manifestaciones más brillantes. En los partidos en que se dividió el Parlamento continuó durante mucho tiempo la exasperación de los piamonteses con gran perjuicio del gobierno; la mayor parte de los diputados se separaron del antiguo consorcio de la mayoría fundada por Cavour y formaron un club particular, llamado de los permanentes, cuya política incierta, que obedecía á motivos personales, hizo en adelante todavía más difícil de lo que era la vida del Parlamento. En el resto del país apenas se tuvo compasión alguna con la caída de Turín, de cuya desgracia se regocijaron más bien los demás italianos. La Cámara de diputados y el Senado aprobaron por gran mayoría la traslación de la capital.

Respecto del resto del convenio, la opinión pública lo aprobó con la reserva de que no había de impedir á la Italia acudir al llamamiento de los romanos

tan pronto como éstos se levantaran. Esto era completamente contrario al objeto de la Francia; en el convenio no estaba previsto este caso; pero como Napoleón no había de pensar en dejar al Papa á la merced de una revolución, era de prever que al estallar turbulencias dentro de Roma se derrumbaría todo el convenio y que la intervención de la Francia en Italia excitaría mayor exasperación que si hubiese continuado la ocupación. Napoleón se hizo cargo de esta contingencia, pero esperaba que en los dos años que había de durar la retirada de sus tropas, el Papa habría organizado un ejército bastante fuerte para dominar cualquiera sublevación. La organización de este ejército pontificio ocupó seriamente al emperador y á sus ministros, pero adelantó muy lentamente. Drouyn propuso al emperador, en agosto de 1865, formar una legión extranjera en Argelia ó en Córcega que reemplazara gradualmente á la guarnición francesa y que al fin del tiempo designado fuese entregada al Papa. Recomendó como modelo la legión extranjera que se había facilitado á España en 1835, y que acababa de ser facilitada á Maximiliano en Méjico. Estas proposiciones recibieron en principio la aprobación de Napoleón: la legión fué fundada en Antibes en la costa del Mediodía de Francia, pero no pudo ser trasladada á Roma hasta septiembre de 1866, donde entró inmediatamente á servir á las órdenes del Papa. El jefe militar de la legión, el coronel d'Argy, quedó no obstante en relaciones oficiales con el ministro de la Guerra de Francia, y continuaron estas relaciones hasta después de haberse embarcado en 12 de diciembre de 1866 las últimas tropas francesas de la guarnición de Roma. Con esto no mejoraron las esperanzas de Italia respecto de la incorporación de Roma, á lo menos por efecto del convenio, y cuanto más se generalizaba esta convicción, tanto más desfavorable era el juicio que se formaba en Italia del convenio de septiembre.

Más condenatorio fué todavía el concepto que se formó del convenio en el Vaticano y con que lo juzgó el partido clerical en Francia. Al recibir la comunicación del convenio, el Papa y el cardenal Antonelli contestaron con acerbas reconveniones á Napoleón por haberlo hecho á sus espaldas. Drouyn en su despacho del 12 de septiembre hizo á la curia romana varias observaciones fundadas en la diferencia de los conceptos políticos que prevalecían ya en Roma, ya en Francia, y en la que existía entre los principios de derecho que guiaban al gobierno pontificio y las ideas de la época. Este contraste, decía el ministro francés, ha hecho de la ocupación francesa un manantial de disgustos. En contestación á este despacho publicó el Papa en 8 de diciembre su famosa encíclica *Quanta cura* con el aditamento del *Syllabus*, en el cual anatematizó casi todas las instituciones de la vida pública moderna: la representación nacional parlamentaria, la libertad de conciencia de los no católicos, la libertad de la prensa, la enseñanza civil, la legislación civil relativa al matrimonio y muchos otros principios del derecho público. La indignación que excitó en París este ataque brusco fué grandísima, y el príncipe Napoleón quiso inducir al emperador á declararse desligado de todas sus obligaciones hacia el Papa; pero Napo-

león no se encontraba con fuerzas para tomar semejante resolución en vista de la situación en que se hallaba, y se contentó con prohibir á los obispos por medio del ministro de Justicia la publicación de la primera parte de la encíclica y del *Syllabus*, y con hacer condenar por el consejo de Estado por abuso de autoridad á los que á pesar de la prohibición publicaran los citados documentos desde el púlpito.

El Papa mostró su disposición personal respecto del emperador en el acto de recibir el día de Año Nuevo al cuerpo de la oficialidad francesa: bendijo á la Francia y á la familia imperial y añadió que el poder del emperador y la conservación de su dinastía dependían de que practicara la justicia, y que, esperando que sería fiel á este principio, le bendecía también á él.

La agitación clerical en Francia fué también alentada por todos los medios posibles: el nuncio felicitó al arzobispo de Poitiers por su valor y firmeza al ser citado ante el consejo de Estado; el Papa dió directamente las gracias al obispo Dupanloup por haber publicado un folleto sobre la encíclica y la convención de septiembre, expresando al propio tiempo su satisfacción especial por haber revelado el obispo en su escrito todos los engaños, ardides, desvergüenzas, despojos y monstruosidades de aquellos á cuya custodia había confiado la convención de septiembre el resto del Estado de la Iglesia y los sagrados derechos del pontificado.

Estas expresiones no autorizaban ciertamente la esperanza de que Pío IX entrara en negociaciones con la Italia para pasar á ésta una parte de las deudas del Estado de la Iglesia, según se suponía en el convenio; porque de esta manera habría reconocido de hecho el régimen que él mismo calificaba de usurpación, ni hubiera podido evitar la precisión de conceder ventajas en cambio. Por lo mismo sorprendió que el Papa dirigiera á Víctor Manuel una carta autógrafa en 6 de marzo de 1865, en la cual entabló negociaciones confidenciales, que si bien se referían únicamente á la provisión de gran número de obispos vacantes, podían dar ocasión á otras negociaciones de mucha importancia. Fué nombrado agente intermedio el caballero Vegezzi, muy bienquisto del Papa y de su corte, y sin grandes dificultades se convino entre las dos partes en el reconocimiento oficial de los obispos nombrados hasta entonces por el Papa, y á los cuales el gobierno italiano prometió exigir un juramento de fidelidad concebido en términos muy suaves. Mientras Vegezzi regresaba á Florencia para obtener la aprobación del ministerio á este arreglo, cambió completamente la disposición de ánimo del Papa, que fué nuevamente subyugado por el partido jesuíta, y al llegar Vegezzi á Roma se convenció del fracaso completo de sus esfuerzos. En julio se rompieron las negociaciones, sin que se hubiese alcanzado ni siquiera el objeto que figuraba en primera línea y sin haberse llegado á empezar las conversaciones políticas.

Otra de las cuestiones por cuyo favorable y más pronto resultado trabajaba también el gobierno de Víctor Manuel era la incorporación del Véneto al



nuevo reino de Italia. Con arreglo al programa tantas veces expuesto, Napoleón III deseaba sinceramente que Italia poseyese también aquellas provincias del Adriático, y aun la emperatriz, que tan hostil se mostraba á las pretensiones de Italia sobre Roma, llevada por su fervor católico, favorecía por su parte la adquisición del Véneto. El embajador italiano Nigra, que estaba muy bien visto por la esposa de Napoleón, habló con ella en más de una ocasión de este asunto, y la emperatriz le dijo que fuera más justo que Italia se ocupara seriamente en la adquisición de Venecia que en ambicionar á Roma, cosa que no podría conseguir. Por supuesto, que ni la emperatriz ni nadie en las Tullerías pensaba en que Francia empuñara otra vez las armas para auxiliar á Italia en aquel proyecto, confiándose más bien en lograr que Austria renunciara voluntariamente á una provincia que tan hostil le era á cambio de una indemnización pecuniaria proporcional ó de un territorio en el bajo Danubio.

Vislumbrábase también en lontananza la realización de una esperanza de Cavour, como así sucedió al cabo de algún tiempo, pero que se frustró por entonces: esta esperanza era la alianza entre Prusia é Italia, cuya realización formal ni siquiera hubiera sido menester, pues habría bastado sólo la amenaza para hacer al Austria más condescendiente en la cuestión de Venecia. El gabinete de Turín sabía ya á fines de 1862 que Bismarck meditaba planes belicosos contra el imperio austriaco, y en este concepto había autorizado á su embajador en Berlín para que declarase al ministro prusiano que, en caso de guerra entre Austria y Prusia, Italia se pondría al lado de esta última. Un año después desapareció al parecer la discordia entre dichas potencias, por cuanto ambas unidas hicieron la guerra á Dinamarca.

Napoleón procuró consolar á los italianos, que se mostraron disgustados de la aparente concordia entre Austria y Prusia, diciéndoles con previsorá intuición que de la alianza de ambas resultaría probablemente una guerra, y en diciembre de 1863 añadió á Nigra y á Pasolini, según asegura el historiador Reuchlin: «Conseguiremos que las dos se hagan fuego la una á la otra, y entonces llegará pronto para Italia la hora de libertar á Venecia.» Los sucesos ocurridos en los meses siguientes no justificaron esta esperanza, ni tampoco produjo el efecto deseado la mayor cordialidad de relaciones entre Francia y Prusia, de la cual esperaba Italia un importante resultado. Al contrario, una visita que Bismarck hizo al emperador en Biarritz en el otoño de 1864 con objeto de estrechar estas relaciones para sus ulteriores planes produjo cierto enfriamiento, porque Napoleón, influido por su ministro de Negocios extranjeros, Drouyn de Lhuys, contra Bismarck, escuchó todas sus explicaciones con estudiada reserva y dijo después con sorna que Bismarck le había ofrecido aquello de que no podía disponer porque no le pertenecía. El ministro prusiano por su parte tampoco ocultó su desagrado: calificó al emperador de nulidad aún no conocida, y dijo que con tales personajes no podía hacerse nada.

Algunas semanas después, Napoleón aconsejó al gobierno italiano el desar-

me, probablemente como consecuencia de las explicaciones de Bismarck, con la esperanza de que el Austria reconociera entonces el reino de Italia y de que acaso consentiría después en la cesión del Véneto, cuando se le ofreciera la ocasión de una indemnización, por ejemplo en los Principados danubianos.

Para justificar su proposición de desarme aludió á la crítica situación en que se encontraba la hacienda italiana. En efecto, al constituirse el gabinete presidido por Lamármora, el ministro de Hacienda, Sella, encontró vacías las arcas del tesoro, teniendo que pagar en el plazo de tres meses doscientos noventa y ocho millones de liras. Para cubrir estos gastos tuvo que recurrir á la venta de propiedades del Estado y de ferrocarriles, al aumento de impuestos sobre la sal, el tabaco, el trigo y el franqueo de la correspondencia y á la emisión de bonos del Tesoro. Además pidió adelantado el importe de la contribución territorial correspondiente al año 1865, á cuyo pago el país se declaró unánimemente dispuesto, dando el ejemplo Brescia y renunciando el rey por su parte á tres millones y medio de liras de su asignación. Este recurso fué no obstante momentáneo, pues para que el alivio fuese verdadero no había otro remedio sino la reducción del presupuesto militar. Pero por otro lado era seguro que la reducción de la fuerza armada excitaría el disgusto de todo el país, porque éste vería en ella una renuncia á Venecia, lo cual daría en las próximas elecciones de diputados una mayoría republicana que obligaría al ministerio á retirarse y sería un peligro para las instituciones. Por tanto, Lamármora no pudo seguir el consejo de Napoleón, ó por lo menos le era forzoso aguardar el resultado de las elecciones que debían verificarse á fines de octubre de 1865.

Pero en este intermedio, la política de Prusia, que ya empezaba á ejercer visible influencia en todos los gobiernos, dió lugar á diferentes peripecias, que merecen capítulo aparte.

Después que Austria y Prusia firmaron definitivamente la paz con Dinamarca, Bismarck dejó entrever cada vez más claramente el deseo de incorporar todo el Schleswig-Holstein á Prusia, si bien oficialmente se limitó á oponerse á que este país se entregara oficialmente al duque Federico de Augustenburgo mientras éste no se conformara con las condiciones militares y políticas que la Prusia le presentaba, y que en rigor constituían la absorción de los ducados, dejando á dicho príncipe solo como un testafarro.

En una entrevista que tuvo el duque Federico con Bismarck manifestó éste que el nuevo Estado, situado en el extremo septentrional de Alemania y sin límites naturales, estaría expuesto á muchos riesgos si no se apoyaba en un aliado poderoso, íntimo, que fuera un protector lo mismo que un amigo. La Prusia, vecina del Schleswig-Holstein, parecía, según Bismarck, llamada á desempeñar esta misión tutelar. Además, para preservar al duque de todo peligro como soberano, el rey Guillermo se encargaría de reclutar y organizar sus fuerzas militares y aun se tomaría la molestia de mandarlas. Por otra parte, en un Estado que tenía costas en dos mares, las defensas marítimas no eran menos importantes que las terrestres, y por lo tanto se atendería á la armada con la misma solicitud que al ejército de tierra. Una detenida exploración de las costas había sugerido á Bismarck otra idea. En el litoral de los ducados había una rada segura y profunda, la de Kiel, desproporcionada para las necesidades de un pequeño principado, pero preciosa para una gran potencia que andaba entonces en busca de un establecimiento naval. Penetrado de esta oportunidad, el ministro se aseguraba el derecho de fortificar á Kiel y de ocuparlo. Pero no era esto todo. Como se había proyectado un canal de navegación para unir el Báltico con el mar del Norte, Prusia se atribuía la propiedad del canal, pues era la única capaz de construirlo, utilizarlo y defenderlo. Atento á proteger al nuevo soberano de los ducados contra todo ataque extranjero, el ministro prusiano no se mostraba menos celoso para ahorrarle las molestias de la administración, y á este efecto hacía entrar á los ducados en el sistema aduanero prusiano, reclamaba luego para su país el libre uso de ciertas vías de comunicación y además tomaba á su cargo la dirección de los correos y de los telégrafos.

El duque Federico empezó por escuchar atónito esta serie de imposiciones;

pero no pudiendo por fin contenerse, estalló en quejas y recriminaciones, indignado de que se le quisiera convertir en un esclavo de Prusia, mientras que Bismarck se lamentaba de tener que habérselas con un ingrato.

En cambio, Austria insistía diariamente en que se diera la investidura al duque, de suerte que en diciembre de 1864 se habían hecho ya muy tirantes las relaciones entre las dos grandes potencias alemanas, y Bismarck, en una conversación tenida con el periodista dinamarqués Hansen, insinuó que era muy probable la guerra, aunque no podía decir si estallaría dentro de un mes ó de un año.

Pasaron seis meses en negociaciones más ó menos serias ó ficticias entre las dos cortes alemanas, y á cada proposición que fracasaba aumentaba la tirantez, tanto que en el mes de julio llegaron las cosas á punto de parecer la escisión inevitable. Bismarck habló en Carlsbad el 25 de agosto con el embajador francés M. de Gramont diciendo que era imposible ya evitar la guerra, y entre otras cosas significativas le refirió una conferencia que había celebrado acerca del asunto con el representante de la Gran Bretaña, M. Andrés Buchanam. Según Bismarck, éste le había amenazado con que la Gran Bretaña haría grandes concesiones á la política francesa á fin de conseguir del emperador que ajustara una alianza con ella; á lo cual contestó el ministro prusiano que se haría mal en incitar á Napoleón á una política aventurera, porque á lo sumo se le podría ofrecer el permiso de hacer una guerra ruinosa y encarnizada para arrancar á Prusia las Provincias renanas; «pero, añadió, el que puede dar las Provincias renanas á Francia es el que las posee, y el día en que se haya de correr la aventura, nosotros podemos, mejor que otro cualquiera, correrla con Francia, empezando, no por prometerle, sino por darle una prenda para su concurso.»

Bismarck indujo también al rey de Prusia durante su viaje á los baños en 21 de julio á convocar un consejo de ministros extraordinario en Ratisbona, al cual asistieron también Moltke y los embajadores de Prusia en Viena y en París. El resultado fué calificar de insuficientes las concesiones de Austria y asegurar que Prusia se encontraba en situación de emprender la guerra.

El conde de Goltz, agente prusiano en París, recibió de su gobierno el encargo de sondear á Napoleón respecto de un convenio de neutralidad. Nadie más á propósito que este diplomático para semejante misión, pues su carácter dominante era una perspicacia pasmosa, propiedad tanto más peligrosa cuanto que la ocultaba tras una sencilla ingenuidad, y para averiguar mejor los secretos del gobierno francés, fingía primero revelar los suyos. Ninguna de las diferentes fases que seguía la política en las Tullerías ó en el ministerio de Negocios extranjeros había escapado ni escapaba á su penetración, y para hacerse bienquisto del emperador y enlazarle en sus redes, le conquistó diciéndose discípulo suyo. Para confirmarlo, recogió cada uno de los aforismos que salían de sus labios, afectó seguir su escuela y luego repetía las máximas de Napoleón. La trata tuvo completo éxito, y el emperador consideró como hombre de gran talento

y profundo político al que era como un eco de sus pensamientos. De este modo nació para el conde de Goltz un favor que fué creciendo por grados, y que algún día debía ser funesto para Francia. Tan persuadido estaba éste de su predominio en el ánimo de Napoleón, que llegó á escribir: «Si quisiéramos, podríamos hacer fácilmente que el emperador se aliara con nosotros contra el Austria.»

Viéndolo todo de color de rosa, en la información que envió á Bismarck respecto de la cuestión austriaca le aconsejó que sin pérdida de tiempo se pusiera de acuerdo con Francia; pero el ministro prusiano, creyendo que había alguna exageración en los lisonjeros informes del conde de Goltz, y no queriendo por otra parte precipitar las cosas, aplazó para más adelante su decisión.

También el conde de Usedom, embajador prusiano en Florencia, recibió orden de preguntar al presidente del ministerio italiano qué conducta pensaba observar Italia en el caso de una guerra entre Prusia y Austria. El general Lamarmora, procurando reprimir la alegría que le causaba esta pregunta, en la que veía una probabilidad de adquisición del Véneto, contestó con prudente reserva que Prusia hiciese á Italia una proposición seria y formal, y entonces se examinaría; que por el momento nadie creía en las medidas agresivas de Prusia contra Austria, y esta última potencia menos que nadie, y por fin que no podía contraer ningún compromiso sin consultar con el emperador Napoleón, cuyas intenciones debería también Prusia tener interés en averiguar.

Puesto este paso del conde de Usedom en conocimiento del embajador italiano en París, contestó éste á su gobierno que no creía conveniente precipitar las cosas, pero que el emperador no opondría ningún obstáculo á la libre decisión de Italia, y por lo demás, Napoleón había cesado de ambicionar la frontera del Rhin y mostraba gran repugnancia á toda guerra, lo que no obstaba para que considerara la lucha entre Prusia y Austria como un suceso muy favorable, en el cual Francia no podía menos de salir gananciosa en aquellos momentos en que estaba algo comprometida su posición política europea.

«Napoleón, dice M. de la Gorce, á consecuencia de la propensión general de su carácter, estaba más inclinado á favorecer á Prusia que á aborrecerla. No quería mal á ninguno de sus vecinos, y en diferentes grados, sirvió á todos los pueblos excepto al suyo. La única potencia que le inspirara prevenciones bastante marcadas era Austria; desconfiaba de ella, por recordar el Congreso de Viena que había desposeído á su familia, por cierta antigua levadura revolucionaria que dormitaba en él secretamente, por influencias de los emigrados italianos que le habían rodeado en su juventud. De la antipatía al Austria al favor á Prusia no había más que un paso fácil de dar. Una escuela política, acreditada aún á mediados de este siglo, sostenía que el verdadero peligro para el equilibrio europeo residía en Viena; que en cambio Prusia no era más que un Estado de segundo orden, admitido por pura cortesía entre las grandes monarquías y al cual se podía patrocinar y dejar crecer sin pecar de imprudencia: Napoleón había admitido esta doctrina sin notar que la misma máxima que en

otro tiempo se recomendaba por su cordura, ya no se perpetuaba sino por rutina, ignorancia ó prejuicio. Prusia era una potencia innovadora, amiga del progreso: nueva razón para que agradara al emperador, que se jactaba sobre todo de no temer los adelantos. Napoleón, en fin, estaba muy encariñado con el plan de una Europa ideal, no sólo distribuída con arreglo á las aspiraciones naciona-



El conde de Goltz

les, sino armoniosa á la vista y que, contemplada en el mapa, tuviera un aspecto simétrico. En sus largas meditaciones solitarias se ingeniaba en variar, regularizar, rectificar las fronteras, y se embecía en este placer de teórico hasta olvidarse por completo del pueblo en que reinaba. Entre todos los territorios había dos especialmente cuya modificación le pareció necesaria: Italia, que estaba demasiado dividida, y Prusia, que juzgaba muy mal conformada; de aquí la idea de simplificar la una y redondear la otra, no porque quisiera una sola monarquía en Alemania y otra en la Península; al contrario, en cada uno de estos dos territorios había soñado con dos ó tres Estados bien aglomerados, organizados conforme á los mejores datos de la etnografía y la geometría, en una palabra, formados según su deseo, tanto para el bien de los pueblos cuanto para recreo de la vista.»

Penetrado de estas máximas, Napoleón las había adoptado por regla desde su advenimiento al poder, y por esto se puso de parte de Prusia en las cuestiones de esta potencia con Austria. No es de extrañar, pues, que en los momentos á que nos referimos fuera una amarga decepción, así para Napoleón como para el gobierno italiano, el convenio de Gastein del 14 de agosto de 1865, que cerró bien ó mal las grietas que, según expresión de Bismarck, se habían abierto en las relaciones entre las dos potencias alemanas. Este convenio fué obra de los dos monarcas, austriaco y prusiano, personalmente unidos por vínculos de amistad, y que tuvieron una entrevista en Gastein. En ella se convino en que Austria quedara en posesión del Holstein y Prusia del Schleswig hasta ulterior acuerdo. Por lo que respecta al ducado de Lauenburgo, Francisco José lo vendió definitivamente á su aliado.

En el texto del convenio, Prusia había tenido la habilidad de introducir todas las cláusulas que preparaban su dominio futuro: derecho de ocupar y de fortificar á Kiel, derecho de poseer dos caminos militares al través del Holstein, derecho de hacer ingresar á los ducados en el Zollverein ó unión aduanera alemana, derecho de abrir el canal del mar del Norte al Báltico. El mismo Holstein, penetrado por todas partes por influencias prusianas, no parecía dejado en poder de Austria sino por tolerancia pasajera y mientras llegaba el día de su absorción total.

Drouyn de Lhuys expresó en una nota del 29 de agosto en términos muy vivos el disgusto que en las Tullerías produjo este nuevo giro de los sucesos, diciendo que el convenio prescindía así de los tratados como del derecho hereditario, del principio de las nacionalidades y de la voluntad del pueblo, no reconociendo más base ni justificación que la fuerza bruta y la conveniencia de las dos potencias. Añadía que el Austria y la Prusia renovaban así una conducta á la cual la Europa no estaba ya acostumbrada y de la que sólo se encontraban ejemplos en las épocas más lamentables de la historia. Estas críticas no se referían tanto á la venta del Lauenburgo cuanto al hecho de que el convenio no decía ni una palabra de la restitución de los distritos más septentrionales del Schleswig á la Dinamarca, atendido que Napoleón no tenía que objetar nada contra la venta del Véneto. Bismarck comprendió la importancia que para Napoleón tenía la omisión de la restitución de los distritos septentrionales, á la cual nunca se había opuesto, y se apresuró también entonces á dar en París explicaciones tranquilizadoras. Más duradero fué el disgusto producido en Florencia, donde Lamármora se decidió á enviar á Viena al conde de Malaguzzi para ofrecer mil millones de francos por la cesión de Venecia. La inutilidad de estos esfuerzos, y por otra parte la disposición más favorable á la Prusia que prevaleció en París, produjeron en Florencia una nueva aproximación á la Prusia. Lamármora, sin embargo, jamás llegó á vencer la desconfianza que le inspiraba Bismarck, pues que confesó que en el fondo él también jugaba con dos barajas con la Prusia y que de buena gana se hubiera servido de la alianza prusia-

na como espantajo para atemorizar al Austria y disponerla á ceder la Venecia.

Bismarck, después de haber quedado un tanto disipadas las impresiones desfavorables causadas por el convenio de Gastein, emprendió otro viaje á Biarritz con el objeto de interrogar directamente al que podía vedarlo ó permitirlo todo. El 4 de octubre llegó á aquella estación de baños, donde la corte imperial pasaba la temporada de otoño.

Las primeras palabras de Napoleón al ministro prusiano confirmaron la creencia de que había pasado el mal efecto causado por el citado convenio. El emperador habló de él, pero no tanto para recriminar á Prusia como para



Entrevista de Napoleón III y el conde de Bismarck en Biarritz

disculpar la circular de Drouyn de Lhuys. «Siento, dijo, que se haya publicado ese documento y desearía que se considerase como nulo y de ningún valor.» Bismarck tomó nota de este sentimiento, pero sin creer mucho en él, porque precisamente la antevíspera le dijo Rouher en París que el emperador había leído y aprobado el despacho. «El acta de Gastein, prosiguió Napoleón, ha desagradado aquí por dos razones: primera, por tenerse la persuasión de que la aproximación de las dos potencias alemanas no era otra cosa sino el prelude de una coalición contra Francia, y segunda, por juzgarse que Austria no habría hecho á Prusia tan amplias concesiones si no hubiese obtenido en cambio alguna ventaja secreta.» Después el emperador pasó á interpelar al ministro, y sin rodeos le preguntó claramente: «¿Puede usted afirmarme en conciencia que la Prusia no ha garantizado al Austria, en cualquier forma que sea, la posesión de Venecia? — Nada de eso se ha estipulado, contestó Bismarck, y muy pronto se tendrá la prueba de nuestra sinceridad. Además, ¿cómo habríamos contraído un compromiso que podría arrastrarnos á la guerra sin ningún provecho para nos-

otros?» Tranquilizado sobre este punto, Napoleón no insistió, y volviendo á la cuestión de los ducados, preguntó: «¿Cuáles son las miras de Prusia sobre el Holstein? — Nos proponemos apropiárnoslo, contestó Bismarck resueltamente, sin perjuicio de asegurar á Austria, si es necesario, una indemnización pecuniaria.» Partiendo de aquí, se ingenió en probar que el engrandecimiento era mediano; que no debía despertar envidia; que Prusia, al extenderse hacia el mar del Norte y el Báltico, tendría que aumentar sus fuerzas marítimas, y que los gastos de este aumento excederían con mucho á los beneficios modestos de la conquista. El emperador convino con ello, y entonces Bismarck, animado por esta tolerancia, se aventuró á provocar las confidencias de Napoleón revelando él mismo sus propios designios.

«La adquisición de los ducados, vino á decir, no es más que un comienzo. Nuestro Estado alemán tiene una gran misión que cumplir por derecho histórico, y en la realización de lo que á nuestros ojos es un deber contamos con la actitud amistosa de Francia. El gabinete de las Tullerías está interesado en favorecer la misión nacional de Prusia; una Prusia vigorosa se aproximará naturalmente á Francia; en cambio, una Prusia miserable tendrá que buscar en el centro y en el Norte de Europa aliados contra su poderosa vecina del Oeste.»

Napoleón escuchó á Bismarck sin interrumpirlo, y cuando éste hubo terminado se limitó á contestar que aquellas consideraciones eran ciertas y dignas de atención. Al dejar traslucir sus miras ambiciosas, el ministro prusiano se lisonjeaba de provocar una confianza igual por parte del emperador, y tal vez le desilusionaría una contestación tan lacónica. Pero la adhesión, aun formulada en términos tan generales, tenía gran precio.

El género de vida familiar que se llevaba en Biarritz favorecía estas entrevistas, así es que algunas de ellas tuvieron efecto durante los paseos que el emperador daba por la playa ó en el mirador de la quinta imperial.

El 11 de octubre Bismarck se despidió de Napoleón, y en el mismo día resumía en un informe dirigido á su rey la impresión general de su viaje en los siguientes términos: «Según las observaciones que he recogido, considero la opinión actual de la corte imperial como muy favorable para nosotros.» Pero en esta ocasión Bismarck no alcanzó, como en otra época Cavour en Plombières, ningún resultado ni arreglo definitivo; verdad es que tampoco trataba de obtenerlos, porque habría tenido que soltar prendas respecto á un aumento territorial de Francia. Sin embargo, de sus entrevistas con Napoleón dedujo dos consideraciones importantes: que no se opondría á una guerra de Prusia con Austria, puesto que de lo contrario no le habría permitido, sin hacerle alguna objeción, exponer sus miras sobre los ducados, y al preguntarle si en aquel caso podría contar con su actitud amistosa, se contentó con diferir la alianza, cuando con una palabra clara y terminante el emperador podía oponerse á todas las ambiciones prusianas, reprimir todas las codicias de Bismarck.

La segunda consideración era que descubrió en Napoleón una solicitud apa-

sionada por la suerte de Venecia, que deseaba pasase al dominio de Italia. Por esto quedó plenamente convencido el diplomático prusiano de que, como Víctor Manuel no efectuaría su alianza con el rey Guillermo para atacar al Austria sin la aquiescencia de Napoleón, podía contar desde luego con que esta aquiescencia sería otorgada. Tan persuadido estaba de ello, que al pasar por París de regreso á Berlín, una de sus primeras visitas fué para Nigra, á quien dijo: «Si no existiera Italia, sería preciso inventarla.»

No obstante, por aquel tiempo, Napoleón favoreció una aproximación de la Italia al Austria, en la apariencia incompatible con la alianza prusiana. Ninguna parte tuvo en la misión infructuosa de Malaguzzi, que había sido enviado á Viena sin su conocimiento; pero en cambio se esforzó en facilitar una inteligencia entre Italia y Austria en cuestiones aduaneras á instancia del conde de Mensdorff, ministro de Negocios extranjeros de Austria, al cual quizás impulsó á dar este paso la noticia de las negociaciones existentes para un tratado de comercio entre Italia y la Unión aduanera alemana. La diplomacia francesa aceptó diligentemente la mediación y dejó entrever que las consecuencias ulteriores podrían ser quizás el reconocimiento de Italia por parte de Austria y la negociación sobre la cuestión de Venecia. A mayor abundamiento, recomendó Nigra en esta ocasión al presidente del ministerio italiano el desarme y la renuncia por cierto número de años á la adquisición de Venecia, cuyo asunto podría volver á ponerse sobre el tapete cuando estuviera organizada la administración interior y hubiese mejorado la situación de la hacienda.

Atendidas las íntimas relaciones que Nigra tenía en las Tullerías, pudo suponerse que esto formaba parte del programa del emperador, que por lo mismo debía ser contrario á la alianza pruso italiana; y el mismo Lamármora lo comprendió así, por lo cual se decidió á reducir el presupuesto de la Guerra, reducción que, por otra parte, el estado de la Hacienda exigía imperiosamente. Pasar más allá en sentido del supuesto programa de Napoleón, le habría sido imposible so pena de excitar al Parlamento contra el gobierno. Además le apartó de semejantes intentos la actitud solícita de Bismarck, el cual había vuelto á emprender las negociaciones relativas al tratado de comercio de Italia con la Unión aduanera inmediatamente después de su viaje á Biarritz, y entretanto el rey Guillermo había enviado á Víctor Manuel las insignias de la orden del Águila negra, que le fueron entregadas solemnemente el 28 de enero de 1866.

Al mismo tiempo el ministro de Prusia invitó al de Italia, por mediación de los dos embajadores en París, á enviar un general á Berlín con el cual se pudiera concertar lo necesario para el caso de una guerra con el Austria, y por su parte prometió enviar un general prusiano á Florencia, que, según se lisonjeó Lamármora, sería el mismo general Moltke, jefe del Estado mayor prusiano.

Las relaciones entre Prusia y Austria volvieron á tomar por aquel tiempo un carácter amenazador. A consecuencia de la tolerancia con que el general Gablenz, gobernador austriaco del Holstein, trataba entonces al partido del

duque de Augustenburgo, Bismarck tomó pretexto de ello para manifestar al gabinete de Viena en 26 de enero de 1866 que la situación respectiva de las dos potencias había llegado á un punto decisivo; que Prusia se consideraba hostilizada por los trabajos revolucionarios que favorecía Gablenz en el Hols-tein, territorio confiado á la lealtad del Austria; que necesitaba que el gobierno de Viena declarase francamente si quería ó no marchar unido á la Prusia, y que si no quería marchar de acuerdo, la Prusia haría el uso que le conviniera de su libertad de acción.

El conde de Mensdorff rechazó en términos decisivos en 7 de febrero la exigencia de Prusia, con lo cual quedó hecho el rompimiento. Bismarck declaró al embajador austriaco que consideraba rotas las relaciones cordiales que la guerra dinamarquesa había engendrado entre los dos Estados, y que las relaciones entre ambas potencias habían vuelto á ser las mismas que existían entre Prusia y cualquiera otra potencia extranjera. El gobierno de Prusia sometió otra vez la cuestión de si era menester prepararse á la guerra á un consejo solemne presidido por el rey, en 28 de febrero, y en el cual tomaron también parte, además de los ministros, el príncipe heredero, el embajador prusiano en París y los militares más influyentes, como Moltke y Manteuffel. La resolución fué negativa, pero al mismo tiempo se invitó al gobierno italiano á enviar un general á Berlín para conferenciar, y por otra parte el gobierno prusiano contestó á una petición de algunos nobles del Schleswig-Holstein, que la anexión de su país á la Prusia parecía á ésta la solución más conveniente.

Napoleón se mostró muy satisfecho del giro que llevaba la cuestión. Quizás había dudado de la formalidad de Bismarck bajo la impresión que debió de producirle la inesperada reconciliación de Gastein, por cuyo motivo animó al gobierno italiano á negociar con el Austria; pero á la sazón recomendó en Florencia que se aceptara la invitación de Berlín, y por esto no debió de gustarle que el gobierno italiano volviera justamente entonces á remover de nuevo el cambio de Venecia por los Principados danubianos que el mismo Napoleón acaso había deseado antes. El motivo que tuvo el gobierno italiano para volver á esta cuestión fué que una conspiración había obligado en 24 de febrero al príncipe Cusa á abdicar y se había nombrado en Bucarest un gobierno provisional. Nigra propuso aprovechar este suceso en beneficio de Italia, y autorizado telegráficamente por Lamármora, solicitó en 28 de febrero la cooperación del emperador. Napoleón se mostró muy sorprendido y objetó que el Austria probablemente no aceptaría la proposición. No obstante, prometió sondear primero al gabinete inglés y aconsejó que no se rechazara por esto la inteligencia ofrecida por la Prusia. Siguiendo este consejo, envió Lamármora al general Govone á Berlín, el cual tuvo en 14 de marzo una primera entrevista con Bismarck.

El general italiano, creyendo casi seguro el buen éxito del proyecto de cambio de los Principados por el Véneto, del cual Lamármora le había enterado,



EL CANCELLER CONDE DE BISMARCK

(De un grabado hecho en el año 1866 por S. Roemer)

miró su misión principalmente desde el punto de vista de la conveniencia de excitar los recelos de la corte de Viena y facilitar así su renuncia á Venecia. Con este motivo quiso ganar tiempo antes de aceptar compromisos con la Prusia, á cuyo fin aprovechó la declaración de Bismarck de que no podía esperarse el comienzo de las hostilidades hasta dentro de algunos meses. La Prusia, en efecto, según dijo Bismarck, consideraba cuestión más preferente la de reorganización de Alemania que la de Schleswig-Holstein, y por lo mismo necesitaba tiempo para preparar diplomáticamente aquel asunto. Govone contestó que no estaba autorizado para contraer por entonces compromisos para contingencias lejanas y que tenía que pedir nuevas instrucciones para esto. Al mismo tiempo, tan astuto y desconfiado como Bismarck, temió que éste jugara como él jugaba con dos barajas, y que únicamente pidiera la formalización de la alianza para ejercer presión sobre el Austria y conseguir de ella la cesión de los ducados del Elba. No obstante, consideró la situación de Italia en este asunto más favorable que la del diplomático prusiano, y dijo con gran confianza en su comunicación á Lamármora que esperaba que «esta vez el áspid mordería al juglar.»

Tres días después de su primera conversación con Bismarck, en 17 de marzo, vió Govone destruída su esperanza por una comunicación del embajador Nigra, en la cual éste le participaba que ni la Inglaterra ni el gobierno austriaco aceptaban el cambio de los Principados danubianos por Venecia. Antes de que esta comunicación pudiera llegar á Florencia, y mucho menos á Berlín, habían aumentado el recelo de Govone nuevos indicios que observó en la capital de Prusia. Supo que el rey Guillermo tenía el ánimo muy vacilante y que las personas que le rodeaban le instaban á reconciliarse con el Austria. Una audiencia que había solicitado del rey, y que le había sido concedida para el día 17, fué aplazada indefinidamente por indisposición del monarca; el mismo día contestó Bismarck con una decidida negativa á la pregunta oficial del embajador austriaco sobre si la Prusia estaba dispuesta á rasgar el convenio de Gastein y á romper la paz de la confederación, y finalmente Inglaterra ofreció justamente entonces sus servicios para mediar entre Prusia y Austria.

Bismarck, agitado por estos obstáculos que se oponían á su política, sondeó en 19 de marzo á los italianos para saber si estaban dispuestos á declarar inmediatamente la guerra al Austria, en cuyo caso la Prusia les seguiría luego. La contestación fué negativa, con tanta más razón, cuanto que Bismarck mismo dijo que hacía la proposición sin conocimiento del rey, añadiendo solamente que para obtener la aprobación de su soberano presentaría en caso necesario su dimisión. Al día siguiente, sin embargo, abandonó todo el plan y se limitó otra vez á proponer un tratado de amistad concebido en términos muy generales, en el cual entraría la obligación de un tratado ofensivo y defensivo, que podría ya redactarse desde luego para firmarlo sólo cuando se presentaran acontecimientos belicosos. Este plan fué también abandonado por Bismarck cuando los italianos le propusieron una alianza ofensiva y defensiva por dos meses, y pidió que se

extendiera el plazo á tres. Fundado en esta negociación, entregó Bismarck el 27 de marzo al embajador italiano Barral, que además de Govone tomó parte en ella, un proyecto de alianza en seis artículos, que obligaba á la Italia á acudir á las armas cuando la Prusia hubiese abierto las hostilidades, y disponía que ninguno de los dos países haría la paz sin consentimiento del otro y sin que el Austria se declarase dispuesta á ceder la Venecia á la Italia y á la Prusia otro territorio de igual número de habitantes.

En 28 de marzo declaróse Lamármora conforme con estas proposiciones, pues entretanto había recibido nuevas noticias de Nigra que destruían toda esperanza de adquisición pacífica de Venecia. «No se haga usted ilusiones, había dicho el emperador el día 23 al embajador Nigra, el Austria sólo cederá el Véneto á la fuerza de la guerra.» El emperador favoreció, pues, la entrada de Italia en la guerra, pero no quiso que fuese la agresora, y dijo al príncipe Napoleón que en este caso no podría ayudar á la Italia; pero que si fuese el Austria la agresora, hizo añadir por Drouyn de Lhuys, el pasado de la Francia respondía del porvenir. En aquella conversación Napoleón había dicho además al embajador italiano que habiendo propuesto una vez al Austria la renuncia amistosa de Venecia, el emperador austriaco se había resentido diciendo que se le proponía en plena paz lo que sólo podía exigírsele después de una guerra desgraciada. Al conde de Arese, que á solicitud de Lamármora había ido á París, dió Napoleón, «cómo amigo,» el consejo de firmar la alianza con la Prusia, sin que por esto aceptara ninguna responsabilidad ni menos obligación. Usó, sin embargo, un lenguaje belicoso prometiendo su auxilio aun en el caso de que Prusia, faltando al convenio, hiciera la paz separadamente con el Austria y de que esta potencia se echara entonces con todas sus fuerzas sobre Italia.

No se sabe fijamente hasta qué punto llegaron el emperador y el embajador de Prusia en sus conferencias personales. Según indica Nigra en su comunicación del 17 de marzo, el embajador prusiano, á su vuelta de Berlín, preguntó á Napoleón por encargo de su gobierno cuáles serían las exigencias de Francia en el caso de un engrandecimiento de Prusia, y Napoleón contestó que en este caso se examinaría la diferencia entre las fronteras actuales de Francia y las del año 1814. El emperador evitó entonces formular sus exigencias porque sabía que sólo en una situación desesperada de Prusia podría obtener de ella un gran aumento de territorio.

El embajador italiano en París, que seguía en muy buen predicamento con Napoleón y en comunicación casi permanente con él, ya por poder acercarse á él directamente, ó ya por intermediarios hábilmente escogidos, le expresaba los deseos de sus compatriotas, y si se ha de dar crédito á los informes del diplomático italiano, el emperador, con inconsciente complacencia, no vaciló en aconsejar la alianza. Como Nigra le expusiera las asechanzas que tal vez ocultaran las proposiciones prusianas, Napoleón se esforzó por disipar sus objeciones, y dijo que era cada vez más improbable un arreglo directo con Austria

acerca del Véneto; que el gabinete de Florencia no estaba obligado á guardar ninguna consideración al del Austria, y que por el contrario había gran interés en que Bismarck encontrara en la seguridad de un auxilio por parte de Italia un argumento para inducir á su rey á la guerra.

Nigra, en posesión del proyecto de tratado secreto que se le había transmitido por telégrafo, se presentó de nuevo en las Tullerías, enseñándoselo al emperador, quien al punto aconsejó la aceptación. En esto llegó Arese á París, y Napoleón repitió al amigo de su juventud lo que había dicho al representante oficial de Italia. «Firmad el tratado, le dijo; os doy este consejo como amigo.» Sin embargo, añadió que eludía toda responsabilidad, y que el gobierno de Florencia cometería una gran falta si tomaba la iniciativa de la ruptura. Luego, á las repetidas insinuaciones de Nigra y del príncipe Napoleón para inducirle á favor de una triple alianza entre Francia, Italia y Prusia, procuró esquivar la contestación. «Creo, escribía Nigra al príncipe de Carignano el 31 de marzo, que el emperador desea la guerra; pero creo también que no quiere comprometerse con nadie hasta que haya estallado.»

Mucho disgustó á Bismarck esta dilación falaz del emperador. En 3 de abril comunicó Benedetti á su gobierno que el ministro le había recordado lo que había comunicado el embajador prusiano en París, y que había añadido que juzgaba llegado el tiempo de renovar aquellos ofrecimientos y deseaba que Francia designara las garantías que exigía. Benedetti no se hallaba en situación de contestar á esto por sí solo, porque Drouyn de Lhuys, con el cual no corría muy bien, le había dejado en la mayor ignorancia respecto de estas cuestiones, y por lo demás era personalmente de opinión que el interés de Francia exigía no apresurarse, porque el rey de Prusia estaría difícilmente dispuesto por lo pronto á conceder lo que tenía que exigirse de él. Sólo después de una derrota de la Prusia, con la cual contaba el embajador con toda seguridad lo mismo que el emperador, creyeron así el uno como el otro que el rey Guillermo se mostraría dispuesto á hacer concesiones.

El hecho de que Bismarck en aquellos primeros días de abril volviera á dar gran importancia á una inteligencia con Francia, debe atribuirse al peligro que corrían sus planes de guerra. El convenio con Italia no estaba firmado todavía, y el embajador prusiano en Florencia notificó á su gobierno la llegada del príncipe Napoleón y la reunión de un consejo de ministros, que en opinión de aquel embajador debía tratar de una inteligencia directa entre el Austria y la Italia. Esta noticia era inexacta, pero se recibió justamente en un momento en que el partido de la paz hacía los mayores esfuerzos en favor de su propósito; el Austria había declarado solemnemente en 31 de marzo al gobierno prusiano que el emperador no tenía intención de atacar á la Prusia; también había llegado á Berlín una carta autógrafa del tsar aconsejando la reconciliación, y toda la diplomacia prusiana trabajaba, según se lamentó Bismarck en 6 de abril, contra su plan.

Así pues, por una parte Napoleón apremiaba para la alianza con Italia; por otra las circunstancias iban oponiéndose á los proyectos del ministro prusiano: era, pues, preciso que éste tomara una determinación definitiva si no quería verlos malogrados. Por consiguiente, dando tregua á las mutuas desconfianzas, el 8 de abril, á las ocho y media de la noche y después de una larga conferencia y de una revisión detenida del texto, firmóse el convenio entre Prusia é Italia. Conforme esta potencia deseaba, á fin de no comprometerse por mucho tiempo, la duración del tratado debía ser de tres meses. En cambio el gabinete de Berlín se reservaba fijar el momento de la ruptura de las hostilidades, pues en efecto, el de la entrada en campaña sería aquel en que el estado de los asuntos alemanes indujera á Prusia á tomar las armas. La guerra debería hacerse con todos los recursos de las dos naciones, y el objetivo sería para Italia la adquisición de las provincias venecianas, y para Prusia, según se convino verbalmente, la sanción de su supremacía en la Alemania del Norte. De este convenio, que el rey Guillermo quiso que se titulara tratado de alianza y amistad en lugar de tratado de alianza ofensiva y defensiva, se había descartado el deseo de Italia de que se le garantizara la posesión del Tirol italiano, y se imponía á esta potencia la obligación de entrar en guerra tan pronto como Prusia rompiera las hostilidades, sin que existiera esta obligación por parte de Prusia en el caso de que la guerra estallara en Venecia.

Cuando después de tantas negociaciones Bismarck tuvo en sus manos el acta que le permitía llevar sus empresas al nivel de sus ambiciones; cuando conoció que el Austria quedaba fuertemente cogida entre sus dos enemigos, no ocultó su contento. Recreándose de antemano en aquella confusión, de la que saldría su grandeza, calmó las últimas ansiedades de los que se habían hecho sus cómplices, y al despedirse de ellos, les dijo: «Podéis estar tranquilos; tendremos guerra, pero me lisonjeo de producir la gran confusión que la asegurará.»

Y en efecto, Bismarck aprovechó desde entonces los menores incidentes para producir esta gran confusión. Sin dejar de ocuparse de los agravios que suponía recibidos la Prusia por parte del Austria en la gestión del gobierno de los ducados, se apresuró á reclamar contra los movimientos militares que se notaban en el Norte del imperio austriaco, y que en realidad eran muy limitados, y reuniendo todos los hechos, hasta los más insignificantes, y agrupándolos con gran arte, el 24 de marzo denunció en una circular á Alemania lo que llamaba provocaciones de Austria. El gabinete de Viena, en contestación á esta circular, negó todo pensamiento belicoso por su parte, y el primer ministro prusiano tuvo que hablar como su rival, so pena de descubrir sus verdaderos proyectos.

Pero á los pocos días pudo desquitarse de su moderación, porque M. de Mensdorff, por una de esas torpezas habituales en su país, envió el 7 de abril un despacho muy altanero, en el cual pedía á Prusia que á su vez revocara to-

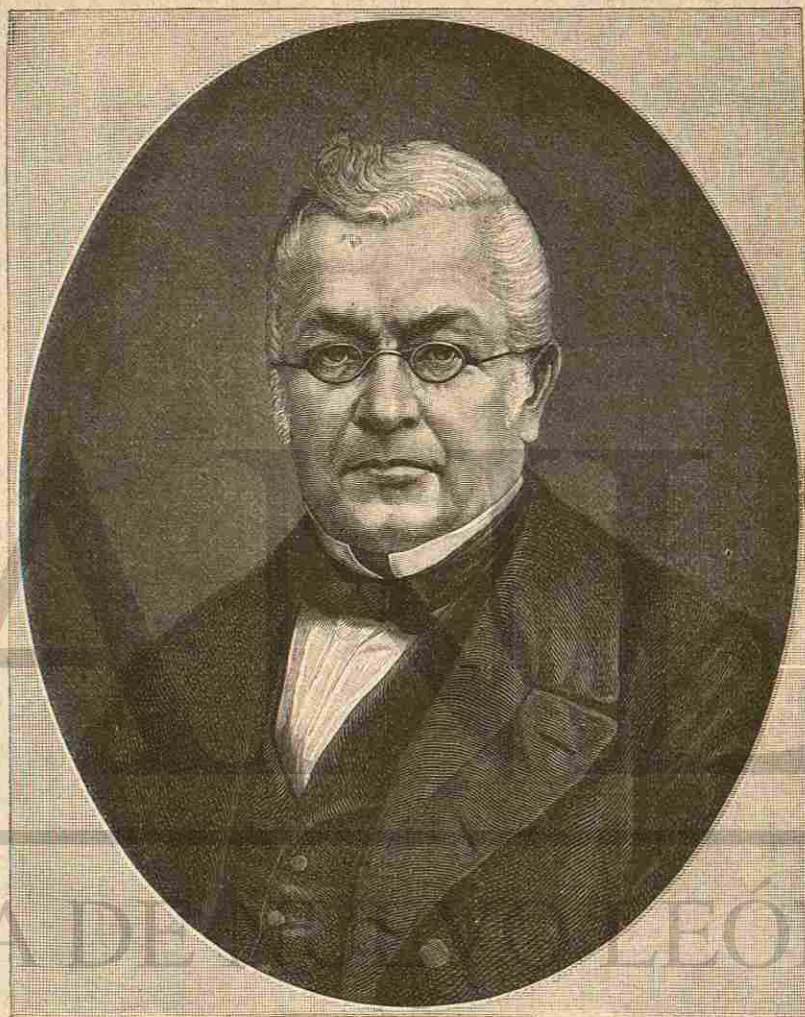


das sus medidas militares. Al punto se apoderó Bismarck del documento, lo publicó, hizo resaltar todas sus frases conminatorias, y fingiendo haber sido herido en lo vivo y procurando excitar el amor propio del rey, prorrumpió en quejas de enojo.

Más aplacado el conde de Mensdorff, ofreció el 25 de abril retirar las fuerzas austriacas de la frontera prusiana si Prusia reducía su ejército desde el día siguiente al estado que tenía el 27 de marzo, amenazando en caso contrario, no con romper las hostilidades, sino con poner en pie de guerra el ejército de Venecia, ya que cerca de Bolonia y de Piacenza se concentraban tropas italianas. Este plan, que en apariencia era amenazador para Italia, iba dirigido en realidad contra la Prusia, pues el gabinete de Viena esperaba con este ardid engañar al rey Guillermo, cuyas intenciones pacíficas le constaban, y sembrar la discordia entre los gabinetes de Berlín y de Florencia. De este modo se aplazaría la ruptura de las hostilidades hasta más allá de principios de julio y era de esperar que después Italia no prolongaría la alianza.

Napoleón recibió al mismo tiempo de la corte de Viena las seguridades más precisas de que no se meditaba un ataque desde Venecia, por lo cual el emperador francés dió al gobierno italiano con gran insistencia el consejo de no mostrarse receloso ni menos contestar con armamentos. El gobierno italiano no pudo seguir este consejo porque se lo impedía la agitación de la opinión pública, aunque participaba de la opinión de Napoleón. En su consecuencia anunció Lamármora en una circular del 27 de abril que la seguridad del país pedía el inmediato aumento de la fuerza terrestre y marítima, y al propio tiempo el embajador prusiano en Viena recibió de su gobierno la orden de declarar que la Prusia no podía consentir que los armamentos de Italia sirviesen al Austria de pretexto para continuar también armada. Aunque en la actitud de los dos aliados hubo completo acuerdo, la conducta del Austria no dejó de causar cierta desconfianza entre ellos, pues Bismarck declaró al embajador de Italia que su soberano no se había comprometido en el tratado del 8 de abril á atacar al Austria en caso de que la guerra estallara en Italia; que el ministerio entero haría á la verdad de este ataque cuestión de gabinete, y la Italia podía confiar en la marcha irresistible de los acontecimientos, pero que nada sería capaz de inducir al rey á firmar un tratado que pusiera en manos de Italia la participación de la Prusia en la guerra. Estas declaraciones irritaron á Lamármora, pero también las noticias recibidas de París llenaron de recelo á Bismarck.

Referíanse estas noticias á una declaración del Austria, la cual se mostraba dispuesta á renunciar á Venecia siempre que Francia é Italia permanecieran neutrales y consintieran en que Austria se indemnizara con territorio prusiano. Hallándose Napoleón en negociaciones sobre un arreglo de esta clase, le irritaron los armamentos de Italia, y dijo á Nigra en 1.º de mayo que si quiera se le debía haber consultado antes de hacer justamente lo contrario de lo que él recomendaba. Además influyó en gran manera en el emperador la con-



LUIS ADOLFO THIERS



sideración que debía á la opinión pública, que era muy contraria á la alianza pruso-italiana. En la sesión del 3 de mayo en el Cuerpo legislativo y en un debate sobre la ley del contingente, Thiers manifestó su odio contra la Prusia y contra la unidad alemana que se proponía Bismarck, lo cual el orador francés comparó con la renovación del imperio de Carlos V, y dijo que había llegado el momento de que Francia saliese de su neutralidad y declarase á Prusia muy cortésmente, pero en términos resueltos, que la Francia no apoyaría la política prusiana. Según Thiers, estaba enteramente en manos del emperador aniquilar los propósitos de Bismarck, pues que sólo le bastaba decir una palabra para apartar á Italia de una alianza con Prusia.

Este discurso fué un triunfo para el orador de la oposición, á quien la Cámara entera felicitó por sus declaraciones. «La sesión del 3 de mayo, dice un escritor, fué la manifestación del buen sentido nacional.» El historiador alemán dijo á su vez: «En estas coyunturas, Thiers ha encarnado en sí el alma misma de su patria.»

El discurso del ex ministro orleanista y la demostración que le siguió, lejos de volver al emperador hacia la política de paz y de equilibrio territorial, le produjo una de esas frías y sordas cóleras que á raros intervalos hervían en su alma tranquila y acababan por estallar en frases de enojo. Buscó una ocasión para refutar las afirmaciones de Thiers y aprovechó para ello su presencia en un concurso regional celebrado en Auxerre. En su respuesta al alcalde, evocó los recuerdos de Napoleón I con palabras que resonaron con acentos belicosos. Con una acritud de lenguaje desusada en su boca, añadió «que detestaba los tratados de 1815, de los que se quería hacer la base de la política exterior.» Luego, dirigiéndose á la población labriega y trabajadora que le rodeaba, añadió: «Entre vosotros respiro á mis anchas, porque encuentro el verdadero genio de Francia.» Al día siguiente, el discurso imperial, el *discurso de Auxerre* como se le llamó, se difundió por toda Europa, y todo el mundo lo consideró como la respuesta á M. Thiers y al Cuerpo legislativo.

Para el emperador habría sido un gran triunfo si hubiera podido contestar de otro modo al discurso de Thiers, es decir, con un hecho diplomático brillante, emancipando á Italia de las obligaciones contraídas en el tratado de Berlín por medio de la cesión pacífica de Venecia. Este triunfo le parecía seguro, y el 4 de mayo llamó á Nigra para declararle que Austria le había propuesto formalmente ceder el Véneto á Francia para que ésta lo cediera á Italia, siendo la única condición que se le permitiera indemnizarse con territorio prusiano y que la entrega de Venecia se efectuase simultáneamente con la adquisición de la compensación. Semejante arreglo suponía evidentemente que Italia y Francia habían de favorecer el triunfo de Austria sobre Prusia, ó que cuando menos habían de permanecer neutrales en la lucha. Se trataba, pues, de saber en primer lugar si Italia podía y querría salir de la alianza del 8 de abril. Napoleón se declaró por la afirmativa, pero á los gobernantes italianos detuvieron

escrúpulos morales y también políticos bastante graves. Recibir de manos de Francia en calidad de regalo el Véneto, habría aumentado la dependencia, pesada ya, de Italia respecto de Francia; sólo en una guerra podía conseguir Italia un puesto independiente en el equilibrio político de Europa, y si por otra parte Prusia, contra todo lo que se esperaba, triunfara de Austria, Italia saldría perjudicada. Además habría sido imposible al gobierno italiano justificar ante el país el nuevo giro dado á su política, pues los arreglos que exigía debían quedar por lo pronto secretos; de suerte que el ministerio italiano sería objeto en la Cámara de violentos é inevitables ataques, que darían por resultado su caída, y esto sin contar con la impresión que al fin habían de producir la publicación de semejante tráfico de mala ley y la infracción del tratado como precio de la adquisición de Venecia. Lamarmora comprendió todo esto, y su primera impresión fué, según telegrafió inmediatamente á Nigra, que era cuestión de honor y de lealtad no separarse de Prusia, bien que añadió que todo podría arreglarse en un congreso, porque el tratado caducaba el 8 de julio; con lo cual venía á decir que en el fondo le convenía la proposición, y que si Prusia se negara á sacrificar la Silesia para que Italia ganara el Véneto, Italia podría negarse á la renovación del tratado y abandonar á su aliado á su suerte.

La idea del congreso no era nueva, sino que había sido propuesta ya por el gobierno inglés, el cual daba por seguro que Napoleón la aceptaría, pues correspondía á un deseo repetidas veces expresado por él. En efecto, un congreso reunido en París que se ocupara en la revisión de las disposiciones territoriales del congreso de Viena de 1815, habría sido para Napoleón un triunfo de gran importancia política y la confirmación de lo expuesto en su discurso de Auxerre.

Así pues, hizo que su gobierno propusiera en Londres y en San Petersburgo que las tres potencias enviaran de mancomún las invitaciones para un congreso en el que se había de discutir el siguiente programa: liberación de Venecia y garantías para asegurar el poder pontificio; destino de los ducados del Elba y reforma de la confederación alemana.

Según comunicación de Nigra, debía permitirse á Prusia indemnizarse de la cesión de la Silesia con la incorporación del Schleswig-Holstein y de algunos otros pequeños Estados alemanes. En cambio se crearían en las comarcas del Rin tres ó cuatro pequeños ducados que formarían parte de la confederación germánica, pero que estarían al mismo tiempo bajo la protección de Francia. Otros príncipes alemanes desposeídos serían colocados en los Principados danubianos.

Walewski, en representación del gobierno francés, y los embajadores de Inglaterra y Rusia, Cowley y Budberg, tuvieron en 15 de mayo una conferencia para redactar la invitación, la cual necesitó todavía otras conferencias para que la aceptaran los tres gabinetes, de suerte que hasta el 24 de mayo no se pudo enviar á las potencias desde París. El 29 se recibió la adhesión de Prusia, el 1.º

de junio la de Italia y luego la de la Confederación germánica. Creíase que Austria daría también una contestación favorable; pero con gran sorpresa su aceptación contenía tantas reservas que equivalía á una negativa. El 3 de junio Metternich comunicó oficialmente á Drouyn de Lhuys la resolución de su soberano. Austria accedía á figurar en el congreso, pero con la condición de que de las conferencias quedara excluída toda combinación que implicara aumento de territorio ó de poder á favor de cualquiera de las potencias interesadas en el congreso: además, quería que se invitara al Papa, al cual, según decía, no se podía negar el derecho de tomar parte en una conferencia que debía tratar de asuntos italianos.

Recibida esta contestación fechada en 1.º de junio, el príncipe Gortschakoff preguntó á los gabinetes de Francia é Inglaterra si en vista de semejantes reservas el congreso podía tener todavía un fin práctico, á lo cual respondieron aquellos negativamente. Bismarck, que recibió esta noticia justamente en el momento en que se hallaba en su despacho el embajador francés Benedetti, leyó gozoso el despacho en que se le anunciaba la retirada de la invitación, y exclamó: «¡Viva el rey! ¡Esto es la guerra!» expresando en estas palabras su confianza en su patria, en su ejército y en su propia fortuna.

El presidente del ministerio prusiano, en la suposición de que sería nombrado para tomar parte en el congreso de París, había encargado al embajador Goltz en los días anteriores que le explicara de nuevo las pretensiones francesas de compensación y las había discutido también en Berlín con Benedetti. Una nota de las condiciones, que quedó en manos de Bismarck, limitó los propósitos comunes, en el caso de realizarse el congreso, á la cesión de Venecia á favor de Italia y del Schleswig-Holstein á favor de Prusia. En caso de fracasar el congreso debía Prusia emprender á la mayor brevedad la guerra contra Austria y auxiliarla Francia en el término de treinta días con trescientos mil hombres. Al hacerse la paz debía recibir Prusia territorios alemanes á su elección con siete á ocho millones de habitantes, y en cambio cedería á Francia el territorio entre el Mosela y el Rhin, sin Coblenza y Maguncia, con medio millón de súbditos prusianos, y algunos otros territorios más pequeños.

El emperador Napoleón no intervino directamente, ni tampoco su diplomacia oficial, en estas negociaciones y hasta manifestó su oposición á adquirir una Venecia rhiniana; antes al contrario, considerando seguro el triunfo de Austria, le pareció mucho más conveniente obtener para este caso la cesión de Venecia que llegar á una inteligencia con Prusia, y obtener esta ventaja sin necesidad de facilitar tropas ni de desenvainar la espada. Por esto el duque de Gramont regresó el 4 de junio á Viena, donde en efecto consiguió pactar un convenio sobre la base que Napoleón deseaba, y según el cual Francia se obligó á observar una neutralidad absoluta y ofreció hacer cuanto pudiese para inducir á Italia á conservar la misma actitud. Austria se comprometió á respetar en todos los casos la integridad del territorio existente de Italia, á renunciar al

Véneto cualquiera que fuese el resultado de la guerra, á no reclamar ninguna especie de preponderancia en Alemania que sometiera á este país á su influencia exclusiva, y á no realizar cambios territoriales que pudieran comprometer el equilibrio europeo sin el consentimiento de Francia. También quiso Austria que Napoleón al transmitir la Venecia á Italia impusiera la condición de conservar el poder temporal del Papa en la extensión que entonces tenía; que Italia reconociera definitivamente la nueva frontera de Austria (es decir, que renunciara al Tirol italiano y á Trieste); que pagara una indemnización para las fortalezas; que se encargara de una parte proporcional de la deuda austriaca, y finalmente que no hiciera del puerto de Venecia una base de operaciones contra las costas austriacas. El emperador francés prometió además oponerse á una reacción popular contra la unidad de Italia, siempre que estallara semejante reacción, y Austria se reservó el derecho de reclamar indemnización para los soberanos destronados de la casa de Austria cuando ocurrieran conferencias sobre modificaciones territoriales, excepto en Italia.

Al mismo tiempo que aseguraba de este modo la suerte de Italia, Napoleón preparaba para su país la exposición de su política. El 12 de junio de 1866, al abrirse la legislatura, M. Rouher leyó en la Cámara el programa imperial, resumido en una carta dirigida el día anterior al ministro de Negocios extranjeros. En este documento negó el emperador que tuviera aspiraciones á ningún aumento territorial, diciendo que Francia sólo podía pensar en él cuando se rompiera el equilibrio europeo, es decir, en el caso de que se modificara el mapa de Europa en beneficio exclusivo de una gran potencia y cuando las provincias limítrofes expresaran libremente su deseo de ser incorporadas al imperio francés. En la misma carta atribuyó á tres causas la guerra que amenazaba: la situación geográfica de Prusia que estaba mal deslindada, la necesidad que sentía Alemania de una constitución política mejor y el deseo de Italia de consolidar su independencia. «Si el congreso se hubiese reunido, continuaba el monarca, habríamos deseado una union más íntima, una misión más influyente por parte de los Estados de segundo orden de la Confederación; más homogeneidad y fuerza en el Norte para la Prusia; para Austria el mantenimiento de su gran posición en Alemania, y la adquisición de Venecia por Italia á cambio de una indemnización proporcionada.» La cuestión de alcanzar estos objetos por la guerra no comprometía en nada la situación de Francia, y lo que tocaba al emperador exigir, esto es, la conservación del equilibrio europeo y de Italia, estaba asegurado sin que Francia tuviera que echar mano á la espada. Al terminar calificó con una palabra su actitud futura, que sería la de una *neutralidad expectante*.

El plan de Napoleón no estaba mal trazado. Alejar á la Prusia de sus fronteras, conservar á Austria como gran potencia alemana rival de la Prusia, poner los Estados secundarios moralmente bajo la protección de Francia, libertar á Italia hasta el Adriático, y conseguir todo esto sin desenvainar la espada, era

una perspectiva realmente seductora. Difícil sería demostrar que Napoleón hubiese dado un golpe falso que hubiese comprometido la posibilidad del buen éxito. Lo que derrumbó todo este castillo de naipes fueron dos circunstancias que no estaba en manos del emperador modificar: primera, la asombrosa superioridad de las armas prusianas; y segunda, el estado miserable del ejército francés, del cual Napoleón por supuesto era responsable, pero que seguramente no conocía entonces en toda su extensión, y por lo demás no podía ser mejorado en pocos meses, sobre todo cuando grandes armamentos franceses al principio de la guerra habrían podido dar lugar á una inteligencia entre Austria y Prusia. Así, cuanto menos tuvieron en cuenta el emperador y sus hombres políticos estos dos factores desfavorables, tanto mayor fué su consternación cuando llegaron á conocer su error y se convencieron de que había desaparecido la base de sus planes, aparentemente tan bien fundados.

Bismarck, impaciente por romper las hostilidades y cansado ya de tantas y tan infructuosas negociaciones, apeló al primer pretexto que se le ofreció. Austria no confiando ya en llegar á un acuerdo con el gobierno prusiano, envió á la Dieta de Francfort el reglamento sobre la cuestión de los ducados, y además convocó los Estados del Holstein para que diesen á conocer sus deseos sobre su suerte futura. Al punto Bismarck, en una circular dirigida á todos sus agentes, denunció esta violación del tratado de Gastein, añadiendo: «Todos nuestros informes concuerdan para demostrar que en Viena se ha resuelto definitivamente hacer la guerra á Prusia.» El general prusiano de Manteuffel, que mandaba en Schleswig, recibió orden de cruzar la frontera y penetrar en el Holstein: el general austriaco Gablenz evacuó á Kiel, donde entró Manteuffel el 8 de junio, y los austriacos se replegaron sobre Altona.

El 11 de junio, Austria, fundándose en la entrada de los prusianos en Holstein, recurrió á la alta jurisdicción de la Dieta y pidió la movilización de todos los cuerpos de ejército federales. Por entonces ya habían salido de Berlín y Viena los respectivos embajadores austriaco y prusiano. Después de una detenida discusión en la Dieta, se aprobó la proposición de Austria por nueve votos contra seis. Terminado el escrutinio, el representante de Prusia, Savigny, se levantó y en nombre del rey su señor declaró roto el pacto federal.

Importaba á Prusia entrar en campaña antes que pudieran reunirse los contingentes de los Estados secundarios confederados con Austria: así fué que el 16 de junio comenzaron las hostilidades.

Italia, fiel al tratado de 8 de abril, declaró por su parte la guerra y á los pocos días su ejército pasó el Mincio. Desde el Po hasta el Elba, toda la Europa central estaba en conflagración. Mientras tanto Napoleón, atento á su declaración del 12 de junio, permanecía en una neutralidad expectante.

## XXIII

## LA GUERRA AUSTRO-PRUSIANA Y SUS CONSECUENCIAS

La misión de la diplomacia francesa en los momentos en que las primeras tropas prusianas penetraban en territorio austriaco fué evitar que Italia se mostrase demasiado ardorosa. Debiendo quedar rigurosamente secreto el convenio del 9 de junio y no pudiendo por tanto el gobierno italiano hacer más que decir en Florencia, en términos muy generales, que la adquisición de Venecia estaba asegurada en todos los casos, se procuró enfrenar por otros medios el humor belicoso de los italianos. Napoleón especialmente mandó decir por medio de su primo al rey de Italia, que el rey de Prusia había declarado al emperador de Austria bajo su palabra de honor que no existía verdadero convenio entre él y la Italia, y que si esta última potencia atacaba al Austria, no tenía obligación el rey de Prusia de seguirla. Al embajador Nigra observó Napoleón que durante la campaña podría presentarse una situación en la cual resultara útil para Italia no hacer la guerra con demasiada energía. Algunos días después Nigra notificó que Austria se limitaría en Venecia á la simple defensiva, indicando con esto implícitamente que Italia haría bien en limitarse al sitio de las fortalezas.

En sentido enteramente contrario se expresó Prusia respecto de la campaña de Italia, y su embajador en Florencia, Usedom, aconsejó á Lamármora, en una carta fechada en 17 de junio, que las tropas italianas, dando un rodeo para evitar el cuadrilátero, sin detenerse en sitios marcharan sobre Viena para dar allí la mano á los prusianos, pues para asegurarse la posesión duradera de Venecia era menester primero herir al Austria en el corazón. Añadía la nota que podía encontrarse un excelente auxilio en la insurrección de Hungría; que si Garibaldi desembarcara en la costa del Adriático encontraría la recepción más cordial, y que desde la Silesia avanzaría un cuerpo volante hacia el Sur para unirse con Lamármora, golpes todos que serían dirigidos no ya á los miembros, sino al corazón del Austria.

Lamármora, que entretanto había tomado el mando del ejército de operaciones, por cuya razón había cedido la dirección política á Ricasoli, como presidente del Consejo de ministros, y á Visconti-Venosta, que sucedió á Ricasoli en el ministerio de Negocios extranjeros, se mostró muy disgustado de los consejos prusianos, y á pesar de haber recibido dos veces la nota de Usedom, no juzgó conveniente contestar á ella ni menos tomarla en consideración.

una perspectiva realmente seductora. Difícil sería demostrar que Napoleón hubiese dado un golpe falso que hubiese comprometido la posibilidad del buen éxito. Lo que derrumbó todo este castillo de naipes fueron dos circunstancias que no estaba en manos del emperador modificar: primera, la asombrosa superioridad de las armas prusianas; y segunda, el estado miserable del ejército francés, del cual Napoleón por supuesto era responsable, pero que seguramente no conocía entonces en toda su extensión, y por lo demás no podía ser mejorado en pocos meses, sobre todo cuando grandes armamentos franceses al principio de la guerra habrían podido dar lugar á una inteligencia entre Austria y Prusia. Así, cuanto menos tuvieron en cuenta el emperador y sus hombres políticos estos dos factores desfavorables, tanto mayor fué su consternación cuando llegaron á conocer su error y se convencieron de que había desaparecido la base de sus planes, aparentemente tan bien fundados.

Bismarck, impaciente por romper las hostilidades y cansado ya de tantas y tan infructuosas negociaciones, apeló al primer pretexto que se le ofreció. Austria no confiando ya en llegar á un acuerdo con el gobierno prusiano, envió á la Dieta de Francfort el reglamento sobre la cuestión de los ducados, y además convocó los Estados del Holstein para que diesen á conocer sus deseos sobre su suerte futura. Al punto Bismarck, en una circular dirigida á todos sus agentes, denunció esta violación del tratado de Gastein, añadiendo: «Todos nuestros informes concuerdan para demostrar que en Viena se ha resuelto definitivamente hacer la guerra á Prusia.» El general prusiano de Manteuffel, que mandaba en Schleswig, recibió orden de cruzar la frontera y penetrar en el Holstein: el general austriaco Gablenz evacuó á Kiel, donde entró Manteuffel el 8 de junio, y los austriacos se replegaron sobre Altona.

El 11 de junio, Austria, fundándose en la entrada de los prusianos en Holstein, recurrió á la alta jurisdicción de la Dieta y pidió la movilización de todos los cuerpos de ejército federales. Por entonces ya habían salido de Berlín y Viena los respectivos embajadores austriaco y prusiano. Después de una detenida discusión en la Dieta, se aprobó la proposición de Austria por nueve votos contra seis. Terminado el escrutinio, el representante de Prusia, Savigny, se levantó y en nombre del rey su señor declaró roto el pacto federal.

Importaba á Prusia entrar en campaña antes que pudieran reunirse los contingentes de los Estados secundarios confederados con Austria: así fué que el 16 de junio comenzaron las hostilidades.

Italia, fiel al tratado de 8 de abril, declaró por su parte la guerra y á los pocos días su ejército pasó el Mincio. Desde el Po hasta el Elba, toda la Europa central estaba en conflagración. Mientras tanto Napoleón, atento á su declaración del 12 de junio, permanecía en una neutralidad expectante.

## XXIII

## LA GUERRA AUSTRO-PRUSIANA Y SUS CONSECUENCIAS

La misión de la diplomacia francesa en los momentos en que las primeras tropas prusianas penetraban en territorio austriaco fué evitar que Italia se mostrase demasiado ardorosa. Debiendo quedar rigurosamente secreto el convenio del 9 de junio y no pudiendo por tanto el gobierno italiano hacer más que decir en Florencia, en términos muy generales, que la adquisición de Venecia estaba asegurada en todos los casos, se procuró enfrenar por otros medios el humor belicoso de los italianos. Napoleón especialmente mandó decir por medio de su primo al rey de Italia, que el rey de Prusia había declarado al emperador de Austria bajo su palabra de honor que no existía verdadero convenio entre él y la Italia, y que si esta última potencia atacaba al Austria, no tenía obligación el rey de Prusia de seguirla. Al embajador Nigra observó Napoleón que durante la campaña podría presentarse una situación en la cual resultara útil para Italia no hacer la guerra con demasiada energía. Algunos días después Nigra notificó que Austria se limitaría en Venecia á la simple defensiva, indicando con esto implícitamente que Italia haría bien en limitarse al sitio de las fortalezas.

En sentido enteramente contrario se expresó Prusia respecto de la campaña de Italia, y su embajador en Florencia, Usedom, aconsejó á Lamármora, en una carta fechada en 17 de junio, que las tropas italianas, dando un rodeo para evitar el cuadrilátero, sin detenerse en sitios marcharan sobre Viena para dar allí la mano á los prusianos, pues para asegurarse la posesión duradera de Venecia era menester primero herir al Austria en el corazón. Añadía la nota que podía encontrarse un excelente auxilio en la insurrección de Hungría; que si Garibaldi desembarcara en la costa del Adriático encontraría la recepción más cordial, y que desde la Silesia avanzaría un cuerpo volante hacia el Sur para unirse con Lamármora, golpes todos que serían dirigidos no ya á los miembros, sino al corazón del Austria.

Lamármora, que entretanto había tomado el mando del ejército de operaciones, por cuya razón había cedido la dirección política á Ricasoli, como presidente del Consejo de ministros, y á Visconti-Venosta, que sucedió á Ricasoli en el ministerio de Negocios extranjeros, se mostró muy disgustado de los consejos prusianos, y á pesar de haber recibido dos veces la nota de Usedom, no juzgó conveniente contestar á ella ni menos tomarla en consideración.

Napoleón lo había previsto todo, excepción hecha de una cosa: que Austria pudiese ser derrotada. En el ejército francés se daba por indudable la victoria de los austriacos, y en el elemento civil no escaseaban los que afirmaban que los veteranos de Francisco José derrotarían á los soldados prusianos, en quienes se suponía tal falta de consistencia, que se les calificaba desdeñosamente de guardias nacionales; pero también había personas observadoras y perspicaces, que habían seguido y estudiado la labor lenta, pero constante, de la transformación y organización del ejército prusiano, y no veían que fuera cosa fácil su derrota por los austriacos.

Bismarck no había logrado atraerse á Baviera; pero la carta de Napoleón III, leída en el Cuerpo legislativo, había excitado á los unitarios alemanes, irritados por ella y por la negativa de Austria y de la Dieta á aceptar el voto universal. Si los gobiernos alemanes estaban al lado de Austria, en cambio estaban con Prusia en todas partes los que pertenecían al partido bullidor del Nationalverein, y esto era algo. Bismarck obraba con extraordinaria rapidez y ojo cierto. A pesar del voto contrario emitido en la Dieta, el gobierno prusiano ofreció á los soberanos de Sajonia, Hannover y Cassel una alianza, sin exigirles que tomasen parte en la lucha, pero sí que redujeran sus fuerzas al pie de paz y que procedieran á las elecciones para el Parlamento alemán tan pronto como se celebraran en Prusia, garantizándoles en cambio sus territorios y los derechos soberanos que resultaran de la reforma federal. Rechazaron la oferta, pero Prusia desconcertó con la rapidez de su acción á las cortes de Hannover, Cassel y Dresde; los reyes de Sajonia y Hannover huyeron con sus ministros al saber que se aproximaban las tropas prusianas; no huyó el elector de Hesse, pero en menos de tres días su territorio y el de los monarcas fugitivos estuvieron en poder de los prusianos.

El 18 de junio publicó el rey Guillermo un manifiesto dirigido á su pueblo, que empezaba así: «En el instante en que el ejército de Prusia se pone en campaña para una lucha decisiva, me siento impulsado á hablar á mi pueblo, á los hijos y nietos de los valientes á quienes hace más de medio siglo dirigió mi padre, que en Dios descansa, palabras no olvidadas. La patria está en peligro. Austria y una gran parte de Alemania están en armas contra ella.» El manifiesto terminaba con estas palabras: «He hecho todo lo que he podido para ahorrar á la Prusia los gastos y sacrificios de una guerra; esto lo saben mi pueblo y Dios, que ve los corazones. Hasta el último instante he buscado y he tenido abiertos en unión con Francia, Inglaterra y Rusia los caminos para un arreglo amistoso. Austria no ha querido este arreglo y otros Estados alemanes se han puesto de su parte. Sea, pues. No es culpa mía si mi pueblo tiene que pasar por una lucha ardua y por duros trances, pero no nos ha quedado otro recurso. Hemos de combatir por nuestra existencia, hemos de entrar en una lucha de vida ó muerte contra aquellos que quieren precipitar de su altura á la Prusia del gran Elector, de Federico el Grande, á Prusia levantada á la altura en que

hoy se encuentra por el talento y vigor de sus soberanos y por el valor, la adhesión y la cultura de su pueblo. Supliquemos al Todopoderoso, que dirige los destinos de los pueblos y las batallas, que bendiga nuestras armas. Si Dios nos da la victoria, tendremos también fuerza para renovar, robusteciéndolo y haciéndolo más provechoso, el flojo lazo que mantuvo unidos á los países alemanes, de palabra más que de hecho, y que ahora está roto. Dios sea con nosotros.»

Las suposiciones respecto al curso y teatro de la guerra debían fundarse en los hechos de la de los Siete años, y según ellos era natural que Prusia y Austria buscasen el camino más corto para llegar á la capital del enemigo; y como este camino pasaba á través de Sajonia á ambas orillas del Elba, era natural que al declararse la guerra se hallara todo el ejército prusiano en la frontera Norte de Sajonia, y el ejército austriaco en la frontera Sur del mismo reino, y que los dos ejércitos se encontraran en dicho territorio ó en la provincia de Prusia que antiguamente formaba parte de Sajonia. Si el choque ocurría en Bohemia, señal sería de que las operaciones del Austria habrían sido desgraciadas ó torpes. El caso fué que al comenzar la guerra ninguno de los dos ejércitos estuvo allí donde, según todas las suposiciones, debía haber esperado, debido á consideraciones de orden político.

De las fuerzas prusianas, en 15 de junio sólo el ejército del general Herwarth de Bittenfeld, compuesto de 73.728 hombres, estaba á ambos lados del Elba, cerca de Torgau, dispuesto para penetrar en Sajonia; las demás tropas se hallaban en Silesia, á saber: el primer ejército, á las órdenes del príncipe Federico Carlos, de fuerza de 97.020 hombres, entre Gorlitz y Lowenberg; y el segundo ejército, de 124.817 hombres, mandado por el príncipe heredero, Federico Guillermo, cerca de Neisse, detrás del río del mismo nombre. Los tres ejércitos que amenazaban á Sajonia y á Austria contaban juntos, incluso el primer cuerpo de reserva, 295.594 hombres con 847 piezas de artillería.

El ejército austriaco del Norte, mandado por el general de artillería Benedek y compuesto de 186.116 hombres, se hallaba en Moravia, dentro del radio del campo fortificado cerca de Olmutz, mientras en Bohemia se hallaban solamente el cuerpo del general Clam-Gallas, de 39.989, y la fuerza sajona de 30.000; por manera que las fuerzas austriacas estaban situadas al Este del camino que conducía á la capital enemiga y bastante distantes del mismo camino. Esta colocación era motivada, como la de los prusianos, por consideraciones políticas, que no quedaron resueltas hasta el 14 y 15 de junio.

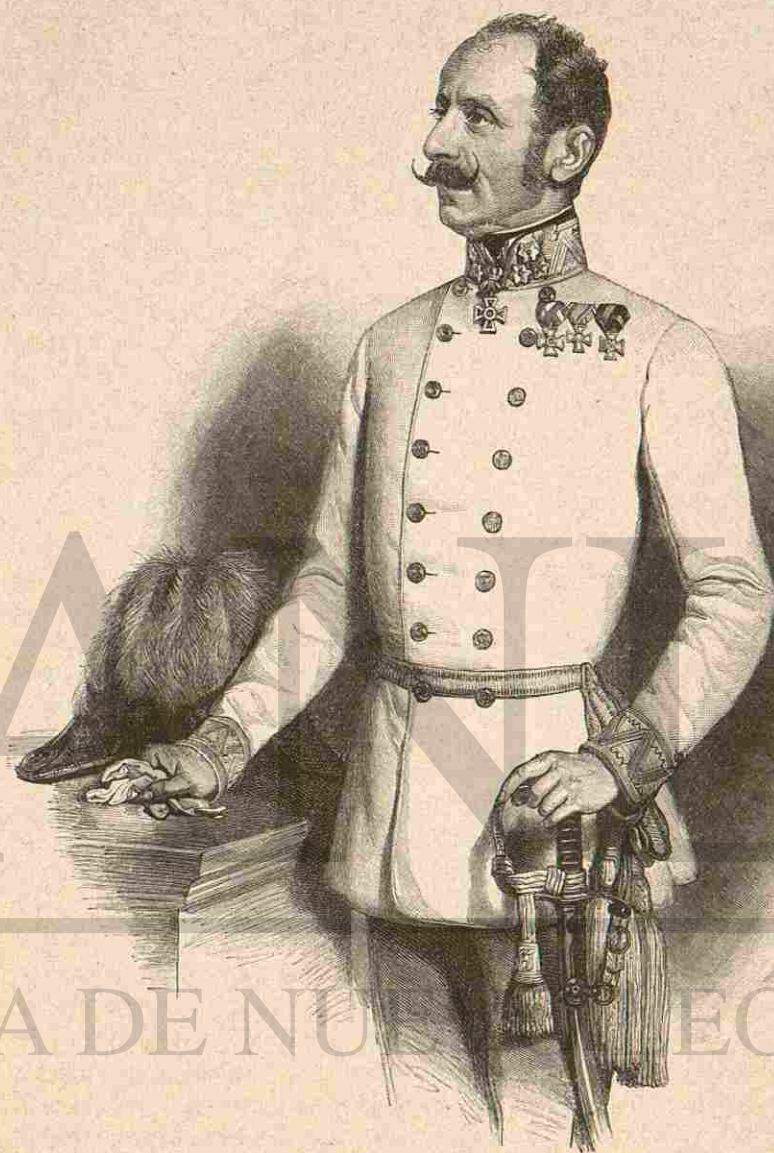
Se dice que el primer plan del general Moltke fué invadir con todo el ejército, pasando por Sajonia, Bohemia, y marchar inmediatamente sobre Viena para obligar al ejército austriaco reunido en Moravia á invadir la Silesia y tomar la dirección de Viena, para buscar por este lado la decisión de la guerra. Este plan de Moltke no pudo ser seguido, porque el rey Guillermo declaró que no quería que se atacara á Sajonia hasta que ella comenzara las hostilidades. Su voto en favor del Austria en el consejo federal y el acto de rechazar la alianza

prusiana, fueron considerados como actos de hostilidad. Hasta quedar esto decidido, fué menester prepararse para penetrar en Bohemia sin pasar por Sajonia, y por eso estaban divididas las fuerzas prusianas en la Silesia y en la frontera de Sajonia.

Las fuerzas austriacas estaban en Moravia, y no en Bohemia. A principios de abril el general Krismanic, jefe de estado mayor del general Benedek, había presentado al emperador un plan de operaciones del ejército del Norte, en el cual calculaba que se igualaban las fuerzas de los dos ejércitos — 220 á 230.000 hombres. — Además, se renunciaba á la ofensiva. El motivo de esta resolución era dar á Prusia el carácter de agresora y demostrar que Austria armaba á medida que lo hacía su enemiga; plan era este que colocaba á los austriacos en situación desfavorable, pero no impidió que se tomara la resolución de llevarlo á cabo, y en ella se perseverara.

Renunciando á la ofensiva, la mejor posición era el campo fortificado de Olmutz, contra el cual creía el Estado mayor que dirigirían sus ataques los prusianos; pero también admitió la posibilidad de que penetrasen en Sajonia para marchar sobre Praga é impedir la unión de las fuerzas de la Alemania del Sur con las de Austria. Lo que sólo se admitió como posible se convirtió en realidad, pues dos ejércitos prusianos entraron en Sajonia, lo que obligó al general en jefe austriaco Benedek á tomar el 16 de junio la resolución de marchar precipitadamente con el ejército del Norte á Bohemia, para evitar la completa derrota del cuerpo de ejército de Clam-Gallas y del sajón. Benedek creía encontrar junto al Elba á los sajones y bávaros, que pensaba incorporar á sus tropas, con lo cual se igualarían en número á los prusianos, y luego marchar contra éstos, seguro de la victoria.

Desarrolló su plan pensando sólo en el ejército del príncipe Federico Carlos y en el del Elba, sin dar importancia al del príncipe heredero de Prusia, que tenía á su derecha. Desde el 23 de junio ambos ejércitos, atravesando desfiladeros difíciles que nadie defendía, habían bajado al valle de la Bohemia septentrional. En su marcha hacia el río Iser sostuvieron los combates de Liebenau y Hunerwasser, en los que se desvaneció la leyenda de la superioridad de la caballería austriaca. Los choques nocturnos de Podol, 26 y 27 de junio, permitieron á los prusianos posesionarse de la orilla izquierda del Iser, y el combate cerca de Munchengratz, 28 de junio, decidió la retirada del cuerpo de ejército de Gallas y la del sajón á Gitschin, adonde llegaron el 29; pero el día siguiente una división prusiana los empujó hasta Milletni y Horitz, y durante la noche tomaron las tropas del rey Guillermo por sorpresa á Gitschin. Así como en la guerra de Italia los austriacos sintieron la superioridad del cañón rayado, en estos combates parciales tuvieron que reconocer que sus adversarios contaban con un elemento poderoso de combate, que ellos no tenían: el fusil de aguja. El parte dado por Clam-Gallas á Benedek del ataque nocturno á Gitschin, debió poner pensativo al generalísimo austriaco, porque revelaban los hechos enumerados



BENEDEK, GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO AUSTRIACO  
(de una fotografía de Eduardo Kaiser)

que la fuerza de resistencia del ejército del emperador Francisco José estaba quebrantada.

En tanto avanzaban las tropas del Elba y las que mandaba el príncipe heredero de Prusia. Éste llegó el 30 cerca de Arnau, con lo cual quedó asegurada la unión de los tres ejércitos prusianos. El austriaco había llegado el 26 y 27 de junio al triángulo formado por Reichenau, Koniggratz y Trautenau. El príncipe heredero tenía que atravesar los desfiladeros de la cordillera de Sudeles; y á fin de evitar la desmembración y los peligros de un ataque por fuerzas superiores á su salida de la cordillera, se dispuso que los tres ejércitos efectuaran en cuanto fuese posible simultáneamente el movimiento. El primer cuerpo de ejército, á las órdenes de Bonin, pasó el desfiladero de Trautenau, que es el más septentrional; el desfiladero del centro, el de Eypel, fué atravesado por la guardia real, y el más meridional, el de Nachod-Skalitz, lo fué por el quinto cuerpo de ejército, que estaba mandado por el general Steinmetz, al cual debía seguir el sexto cuerpo, mandado por Mutius. Contra los 125.000 hombres del príncipe heredero, que se acercaban, tenía Benedek el 27 de junio casi 200.000 hombres en la comarca de Josephstadt, de tal manera á mano, que podía atacar á cada una de las dos columnas septentrionales prusianas por lo menos con fuerzas iguales, y á la meridional con abrumadora superioridad numérica, cuando los prusianos pasaban con trabajo los desfiladeros y no podían pensar en auxiliarse mutuamente. De su marcha, situación y larguísimo desarrollo estaba perfectamente instruido Benedek por la tarde del 26 de junio, y le quedaba todo el día siguiente hasta las doce de la mañana del 28 para disponerse á recibir con un fuego mortífero á las columnas prusianas en sus tres salidas. Pero pensando solamente en reunir su ejército para una embestida en masa contra el príncipe Federico Carlos, cuyo aniquilamiento debía ahorrarle todas las victorias sueltas, contentóse con tomar contra el príncipe heredero las disposiciones más necesarias para hacerle frente.

Suponiendo muy acertadamente que el ala derecha del ejército del príncipe heredero, al salir de la cordillera, enviaría inmediatamente refuerzos al príncipe Federico Carlos, Benedek mandó marchar contra ella un cuerpo de ejército mandado por el general Gablenz, con orden de arrojarse con vigor sobre los prusianos. Temprano, en la mañana del 27, apareció la brigada Mondl en la alta meseta que forma pendiente hacia Trautenau. Los prusianos disputaron vigorosamente la meseta á los austriacos; pero hacia la noche tuvieron que retirarse cuando, estando ya en lo alto de la meseta, aparecieron por todos lados masas enemigas. En esta acción, que los austriacos llaman la victoria de Trautenau, tuvieron los prusianos bajas insignificantes, mientras que los austriacos perdieron muchos hombres, en particular prisioneros. El cuerpo de Gablenz fué derrotado completamente, después de un combate violentísimo, por la guardia real prusiana, cuando ésta salió, el 28 de junio, de la cordillera cerca de Eypel. El quinto cuerpo, mandado por Steinmetz, ocupó la ciudad de Nachod,

en el desfiladero más meridional, en la noche del 26 de junio, y los austriacos le opusieron el cuerpo de ejército de Ramming y la división de caballería de Hartmann, limitándose á esto las precauciones de Benedek para contener la marcha del príncipe heredero á su paso por la cordillera. No había pensado en el paso de Eypel, y cuando Ramming apareció en las alturas al Sudoeste de Nachod, habían salido los prusianos por aquel punto de la cordillera. Atacaron á los austriacos, obligaron á retirarse á Ramming, tomaron á Skalitz, el 29 de junio pasaron el río Aupa y por la noche entraron en Gradlitz, después de haber derrotado á Fesfetris.

Había fracasado el plan de Benedek contra el ejército del príncipe Federico Carlos, y dispuso el 30 la retirada general sobre Koniggratz, adonde llegó al amanecer del 1.º de julio. Recibió un telegrama del emperador en el que, á pesar de la retirada, le manifestaba su confianza en que con una dirección enérgica se conseguirían pronto éxitos favorables; pero el general, consternado por las derrotas y sin dar cuenta del despacho á nadie, telegrafió al emperador exhortándole á hacer la paz á cualquier precio, porque creía inevitable una catástrofe para el ejército. La respuesta del emperador fué: «Imposible hacer la paz. Mando, si fuere ineludible, efectuar la retirada en el mayor orden. ¿Se ha dado una batalla?» Benedek contestó que, si bien no se había dado una batalla, había tenido el ejército tantas bajas en acciones sueltas, que igualaban á las pérdidas de una gran batalla; añadiendo que sólo dos cuerpos de ejército habían quedado ilesos; que la caballería de reserva y la artillería estaban muy fatigadas, y todos necesitaban descanso, calzado y otras cosas. Las grandes pérdidas habían sido causadas principalmente por el fusil de aguja, cuyo efecto mortífero había hecho profunda impresión en cuantos habían entrado en fuego.

A mediodía del 2 de julio reunió Benedek á los generales y jefes excitándoles á la conservación de la disciplina y á alentar la confianza, manifestando su opinión de que el ejército podría descansar un par de días en las posiciones que ocupaba. Al objetar el general Edelsheim que acaso la misma noche, y con seguridad á la mañana siguiente, era de esperar el ataque de todo el ejército enemigo, Benedek no hizo caso de la observación y sólo volvió á encargar reconocimientos á gran distancia. A las tres y media de la tarde telegrafió al emperador: «Todo el ejército permanecerá mañana en sus posiciones cerca de Koniggratz; el día de descanso y el rancho abundante producirán buen efecto. Espero no tener necesidad de continuar la retirada.»

El espacio en el cual Benedek había colocado su ejército estaba limitado al Este por el Elba y al Oeste por el Bistritz, y lo atravesaba en dirección oblicua la gran carretera general que conduce desde Gitschin, pasando por Horitz y Sadowa, á Koniggratz. Desde el punto de vista de la táctica era este terreno muy á propósito para una batalla defensiva, por cuya razón lo había elegido Benedek, que falto de talento estratégico sólo atendía á la táctica.



El arroyo Bistritz, crecido por lluvias torrenciales, presentaba un fuerte obstáculo al enemigo que procediera del Oeste, al paso que las alturas onduladas cubiertas de bosque que se levantan á cada lado de la carretera de Sadowa á Koniggratz, ofrecían multitud de defensas naturales que podían fortificarse mucho más con obras de tierra, troncos y ramas de árboles y baterías. La dificultad de la defensiva estaba en los flancos, pues por el Norte, entre Ratschitz, á orillas del Trotinka, Horienowes y Benatek, y por el Sudoeste cerca de Nechanitz, á orillas del Bistritz, el terreno estaba abierto al enemigo. A derecha é izquierda de Koniggratz hay alturas que dominan todo aquel terreno: al Norte, las de Lipa y Chlum; al Sur, las de Problus y Prim, elevándose las últimas doscientos pies sobre el nivel del valle del Bistritz, y sobre ellas aún se eleva otros noventa pies el pico de Chlum. En la meseta que forman estas alturas cubiertas de espeso bosque, se encuentran las aldeas de Cistowes, Maslowed y Benatek, y más lejos, en dirección Nordeste, las de Horienowes y Ratschitz, que fueron el teatro de las luchas más sangrientas en la batalla titánica de Koniggratz.

El mismo día 28 de junio, en que quedó tan bien realizada la entrada en Bohemia de todo el ejército prusiano, tuvo que rendirse cerca de Langensalz el ejército del ciego rey de Hannover. Estas victorias motivaron en Berlín una manifestación de entusiasmo. El pueblo entonó delante del palacio real el cántico: «Fortaleza sólida es nuestro Dios,» y al salir el monarca al balcón callaron y se descubrieron todos, y entonces dijo el rey á su pueblo: «Gracias, gracias por vuestro júbilo, que me llevaré al ejército. Con el auxilio de Dios hemos alcanzado la primera victoria, pero todavía nos falta mucho que hacer. Esperad y pensad en el grito de guerra: Con Dios, por el rey y por la patria. ¡Viva el ejército!» El mismo día publicó el rey una orden del día dirigida á las tropas; el 30 de junio partió para el ejército; el 2 de julio llegó á Gitschin, donde encontró al príncipe Federico Carlos ocupado en reconocimientos que dieron la certidumbre de que tenía delante, acampando entre el Elba y el Bistritz, todo el ejército austriaco. Esto decidió al príncipe á obligar al día siguiente al enemigo á aceptar una batalla decisiva y vencerle completamente con la cooperación del ejército del Elba y del príncipe heredero, plan que quedó decidido en la noche del día 2. En un consejo de guerra celebrado á las tres de la tarde bajo la presidencia del rey se había acordado hacer reconocimientos y dar á las tropas fatigadas un par de días de descanso; pero el príncipe Federico Carlos, enterado de que el enemigo estaba, no detrás, sino delante del Elba, tomó la resolución, cargando con la responsabilidad del acto, de disponer en la misma noche el avance general, ordenando á las nueve de ella la marcha de todo su ejército hacia el Bistritz. Mandó al general Herwarth que marchara con cuantas fuerzas pudiese sobre Nechanitz y cayera sobre la izquierda del enemigo; suplicó al príncipe heredero que á la mañana siguiente, á lo menos con la guardia real, se lanzase sobre el flanco derecho del enemigo en la dirección de Josephstadt, y luego el jefe del estado mayor del primer ejército enteró al rey de las últimas



EL PRÍNCIPE FEDERICO CARLOS DE PRUSIA

(según una litografía de E. Milster)

noticias y del cambio de situación, proponiendo al soberano que aprovechara la circunstancia favorable de querer el ejército enemigo, al parecer, librar batalla á este lado del Elba. A consecuencia de esto se dispuso todo con el general Moltke conforme al plan del príncipe Federico Carlos, y á media noche fué enviada la orden al príncipe heredero de que todas sus fuerzas avanzaran sobre el ala derecha, según el movimiento probable del enemigo, y atacaran cuanto antes para apoyar al primer ejército.

Entre una y dos de la madrugada del 3 de julio se pusieron en marcha los prusianos, en medio de una lluvia torrencial, hacia el Bistritz. Poco antes de las ocho se presentó el rey en una eminencia próxima á la aldea de Dub, desde cuya altura se ven Sadowa y el valle del Bistritz. Acompañaban al monarca, que montó allí el caballo después llamado Sadowa, el duque de Coburgo, de Roon, ministro de la Guerra, Moltke y Bismarck, que vestía uniforme de comandante de caballería. A las ocho empezó el fuego de artillería, que hizo patente que el enemigo tenía ocupadas con grandes masas todas las alturas y que había medido bien todas las distancias, por cuya razón su artillería hacía destrozos considerables en las fuerzas prusianas; pero á las diez los prusianos obligaron á las tres primeras baterías á retirarse, y entonces tres divisiones prusianas marcharon al asalto de Sadowa y de las aldeas inmediatas, mientras otra luchaba cerca de la aldea de Benatek, quedando otras dos de reserva. En el espacio de una hora fueron tomadas, costando ríos de sangre, las aldeas de Sadowa, Dohalitzka y Mekrovans, y la línea del Bistritz quedó en poder de los prusianos. Alrededor de Lipa, en la pendiente cubierta de bosque detrás de la aldea, tuvo que sostener durante largas horas la división prusiana al mando de Horn una lucha espantosa contra baterías escalonadas una encima de la otra, cuyos proyectiles sembraban la muerte, en un bosque del cual habían conquistado los prusianos á mediodía la mitad, mientras los austriacos se mantenían dueños de la otra mitad.

Entretanto la división Fransecky había tomado la altura de Benatek, en el lado Norte, y además había empeñado terrible lucha dentro del bosque, llamado de Maslowed y también Svip ó Vobora, que no estaba anotado en los mapas y del que nada se sabía. Estaba ocupado por el cuarto cuerpo del ejército austriaco, auxiliado por tres brigadas del segundo. Cuando Fransecky, hizo avanzar la 13.<sup>a</sup> brigada á la izquierda sobre Maslowed, y cuatro batallones de la 14.<sup>a</sup> brigada á la derecha contra el bosque, quedándose sólo con dos batallones de reserva, empezó una lucha desigual, pero sostenida con heroísmo. Tres veces intentó la 13.<sup>a</sup> brigada tomar por asalto la posición cerca de Maslowed — dos regimientos contra casi todo un cuerpo de ejército, — y tres veces fué rechazada. La 14.<sup>a</sup> brigada había penetrado en el bosque y en él se sostuvo dos horas bajo un fuego mortífero de artillería é infantería. A las once empezaban á flaquear las fuerzas de los prusianos. Los austriacos avanzaron de todos lados en masa dentro del bosque, donde su artillería sembraba en todas partes la muerte y su

victoria parecía segura; pero Fransecky hizo avanzar de Benatek sus dos últimos batallones y su artillería de reserva, y en este momento decisivo suspendieron los austriacos su avance como paralizados. Era que detrás de sus columnas habían visto la caballería prusiana del ejército del príncipe heredero, que acudía en auxilio de la 13.<sup>a</sup> brigada. La llegada de este ejército decidió la victoria más completa.

Entre doce y una ocurrió la gran crisis de la batalla. Los austriacos se sos-



El general prusiano Fransecky

tenían en todo el centro. A la derecha estaba la ventaja decididamente de su parte, y á la izquierda avanzaba muy lentamente y con grandes pérdidas el ejército prusiano del Elba, á causa de la resistencia heroica de los austriacos y sajones. Cuando Fransecky hizo avanzar sus dos últimos batallones, el príncipe Federico Carlos se decidió á hacer entrar en línea sus dos últimas divisiones. «Con gran ansiedad, escribió el rey, esperábamos la llegada del segundo ejército. En el incesante cañoneo se había acudido ya repetidas veces á las municiones de reserva, y el combate de infantería oscilaba de una parte á otra, cuando finalmente conocimos que se estaba acercando la guardia real; pero no se podía ver el combate que se libraba al otro lado de la altura, y sólo pudimos juzgar de él por la posición del enemigo, que se había puesto de flanco.

A pesar de este rodeo y del avance muy lento de Herwarth, el enemigo se mantuvo firme en el centro. Entonces, para apoyar el ataque, se mandó avanzar la quinta brigada y el regimiento número 48. Yo pasé á caballo al través de los regimientos, que me saludaron con mucho júbilo. Súbitamente se debilitó el fuego de artillería en el centro y se pidió caballería, prueba de que el enemigo empezaba á ceder. Entonces abandoné mi altura, porque la victoria empezó á decidirse á causa del ataque del segundo ejército por el flanco del enemigo, y avancé con la caballería. Encontré primero la segunda división de la guardia real, que estaba avanzando tambor batiente, y parte del regimiento de fusileros de la guardia, en medio de doce cañones que acababa de tomar al enemigo. El júbilo que estalló cuando estas tropas me vieron es indescriptible; los oficiales se precipitaron á mis manos para besarlas, lo que esta vez hube de permitir, y así pasamos, por supuesto en medio del fuego de artillería, siempre adelante, de una tropa á la otra, y en todas partes los vivas fueron interminables.»

Véase de qué manera entró el segundo ejército en acción. Después de una marcha difícilísima de cerca de tres horas por caminos enteramente reblandecidos por la lluvia, la vanguardia del príncipe heredero llegó al pie de la altura de Horienowes y del grupo de árboles de más arriba, que desde lejos parecía un solo árbol, que el príncipe heredero, según refiere en su diario, indicó como meta á todas las partes del ejército, á medida que pasaban delante de él; este camino les condujo directamente á Maslowed y al ala derecha austriaca. «Había reconocido que mi misión era caer sobre el flanco derecho del enemigo; esto es lo que grité á las columnas á medida que pasaban, y algunas contestaciones energicas que salieron de las filas, me probaron que se me había entendido.» La primera división de la guardia, Hiller, y la oncena división, Zastrow, fueron las primeras tropas del príncipe heredero que llegaron al sitio de la lucha. Aquella tomó al asalto Horienowes, y la segunda la aldea de Ratschitz, defendidas ambas por la artillería del segundo cuerpo de ejército enemigo. Con esto quedó abierto el campo de batalla á toda la guardia real. El segundo cuerpo de ejército austriaco tuvo que dejar el ataque á la división de Fransecky en el momento en que ésta se hallaba en el mayor peligro, y se vió obligado á ocupar nuevas posiciones entre Maslowed, Sendraschitz y Nedelist, para hacer frente al nuevo enemigo. Esto produjo un ancho claro entre este cuerpo de ejército y el cuarto, que continuaba peleando en el bosque de Maslowed, por cuyo claro pasó la primera división de la guardia, que dejando á Maslowed á la derecha se dirigió por una parte á la altura de Chlum y por otra á la aldea de Rosberitz, por la cual pasaba el camino de Koniggratz. Chlum era la clave de la posición de Benedek, y Rosberitz la del único camino que le quedaba para la retirada, después de haber tomado el ejército del Elba las aldeas de Problus y Prim. A las dos de la tarde los prusianos hallaron ambas posiciones sin defensa.

El haber podido penetrar las diferentes divisiones sueltas hasta aquellos dos puntos, es uno de los sucesos más maravillosos que registra la historia de las guerras, y que no se explica bastante ni por la osadía de los jefes alemanes, ni por la circunspección defectuosa de los generales de la derecha austriaca, ni por la mala actitud de algunos batallones, ni por el mal tiempo, que según Benedek dificultaba ver de lejos. La razón principal ha de buscarse en la terquedad de Benedek, que, á pesar de la experiencia, no quiso creer que el ejército del príncipe heredero le sería peligroso, y por este motivo descuidó las disposiciones más necesarias. Los doce batallones de Hiller fueron recibidos á cañonazos, pero á paso de carga y en medio de una mortandad espantosa se posesionaron de Chlum y Rosberitz; viendo debajo de ellos á todo el ejército austriaco, cuyo general en jefe se hallaba muy cerca, en Lipa, sin sospechar lo que acababa de pasar á sus espaldas. Un oficial del estado mayor, enviado para convencerse de la situación del cuarto y segundo cuerpos de ejército, que á su regreso había pasado casualmente por Chlum, fué el primero que llevó á Benedek la noticia abrumadora de que Chlum estaba en poder del enemigo. Tan increíble le pareció la noticia, que él mismo se dirigió con su séquito hacia la citada aldea, desde cuyas cercanías un violento fuego de infantería le mató algunos de sus oficiales y le convenció de la verdad del caso. Ya no se trató de alcanzar la victoria, sino de salvar la retirada, por la cual hubo dos horas de lucha espantosa alrededor de Chlum, Rosberitz y Lipa, en cuya lucha entraron continuamente nuevos regimientos de la guardia prusiana. La segunda división de la guardia, ó mejor dicho su vanguardia, tomó por asalto á las cuatro y media de la tarde la aldea de Lipa. Los cuerpos de ejército mandados por Gablenz y el archiduque Ernesto tuvieron que emprender la retirada protegidos por la caballería de Benedek. El general Hiller hizo dar la señal de reunirse á sus heroicos batallones, que se habían separado de la formidable lucha, y en el momento en que supo que estaba decidida la victoria, una granada austriaca le mató. Refiere el príncipe heredero en su diario: «El cielo empezó á serenarse y algunos rayos de sol cayeron sobre el ensangrentado campo de batalla. Acabaron de comunicarme la muerte heroica del general Hiller y de su ayudante el teniente Theissen, del cuarto regimiento de la guardia, y cuando me iba á dominar el sentimiento del dolor, oí vivas. Creíamos que era el rey que venía, pero era Federico Carlos; nos saludamos desde lejos con nuestras gorras y después nos abrazamos, en medio de los vivas de las tropas de mi ala derecha y de la suya izquierda. Dí un viva entusiasta á nuestro rey. Dos años antes le había abrazado delante de Duppel como vencedor; á la sazón éramos vencedores ambos y yo había decidido la jornada con mi ejército.»

Bismarck, que como hemos dicho asistió á la batalla á caballo, escribió sobre ella en 9 de julio: «Nuestra gente da ganas de besarla; todos valientes, despreciando la muerte, tranquilos, obedientes, cultos, con el estómago vacío, la ropa mojada, el lecho húmedo, el sueño escaso, las suelas de las botas á punto

de caer, atentos con todos, nada de saqueo ni de incendios, pagan lo que pueden y comen pan mohoso. Por fuerza ha de haber un gran fondo de temor de Dios en el hombre de nuestro pueblo; si no, no podría haber todo esto. El rey se expuso mucho el día 3, y gracias que estuve con él, porque las advertencias de todos los demás eran inútiles y nadie se hubiera atrevido á hablar como yo me lo permití la última vez, lo que dió resultado, cuando diez coraceros y quince caballos del sexto regimiento se revolcaban al lado nuestro en su sangre y las granadas volaban alrededor de nuestras cabezas. Por fortuna no reventó la peor de todas; bien que prefiero esto á un exceso de precaución. Estaba Su Majestad tan entusiasmado, y con razón, de sus tropas, que no pareció hacer caso de los proyectiles que dieron cerca de él, y estuvo tan tranquilo y sereno como si se hallara en Berlín, teniendo que dar las gracias y que saludar siempre á nuevos batallones, hasta que nos hallamos otra vez en medio del fuego.»

La persecución del enemigo derrotado fué cosa de la caballería, que persiguió á los fugitivos hasta que la noche puso fin al combate. A las ocho se presentó al rey el príncipe heredero con su estado mayor y le anunció, besándole la mano, la presencia de su ejército en el campo de batalla. El rey le abrazó sin proferir una palabra en el primer momento, hasta que volvió á ser dueño de sí y le dijo que se alegraba de los felices resultados que había tenido y que había demostrado aptitud para la dirección, por lo cual le había concedido, como ya se lo había participado por telégrafo, la orden *Por el mérito*. Mas aquel telegrama no había llegado á manos del príncipe, y entonces ofreció el rey á su hijo en el campo de batalla la condecoración militar más elevada de Prusia. Los ojos del príncipe se arrasaron de lágrimas y el sol al ponerse alumbró esta escena conmovedora con toda su magnificencia. Después tuvo el príncipe una corta conversación con el rey, al cual recomendó á los generales Blumenthal y Steinmetz para recompensarles en particular por sus méritos extraordinarios, y á propuesta del príncipe determinó el rey que la batalla se llamara de Königgratz, lo que no impide que sea generalmente conocida por Sadowa.

Los italianos habían entrado en campaña tomando el mando del ejército de operaciones el general Lamármora, cuyo plan se mantenía dentro de muy estrechos límites, debido á su carácter circunspecto, enemigo de toda osadía. Situó á Cialdini con 80.000 hombres á la orilla del Po inferior, y él mismo el 19 de junio, día de la declaración de guerra, á la cabeza de 120.000 hombres de los cuerpos de Durando, Cucchiari y Rocca, tomó posiciones en la línea del Mincio, cuyo río pasó el 23, dejando á Cucchiari en el ala derecha delante de Mantua para observar al enemigo, haciendo avanzar el cuerpo de Durando en el ala izquierda en dirección de Verona y disponiendo que el centro, mandado por Rocca, se dirigiese al Adige y se reuniera al otro lado de este río con Cialdini, que en la noche del 25 debía pasar el Po. Diseminó de este modo así sus fuerzas en la firme creencia de que el archiduque Alberto, general en jefe de las fuerzas austriacas, no pensaba en atacarle, según se le había asegurado des-

de París; pero el archiduque había pasado ya el Adige marchando al encuentro del ejército italiano, al cual esperó en la comarca montuosa entre Peschiera y Verona. Las faldas de la cadena de cerros se extienden desde Valeggio á orillas del Mincio hasta Sommacampagna al Nordeste y desde allí hasta Bussolengo á orillas del Adige al Norte. Al Sur de Sommacampagna está la llanura de Villafranca, y á mitad de camino entre Sommacampagna y Valeggio se halla Custozza á orillas del Tione, que allí atraviesa la comarca montuosa y que se dirige á la llanura al Sur. Durando había entrado con sus tropas desde Valeggio en el país montuoso al Norte, donde tuvo luchas con los austriacos, que no le dejaron pasar el Tione y que finalmente le rechazaron hasta el Mincio. El principal de estos combates sueltos tuvo efecto cerca de Custozza, que fué repetidas veces tomada y perdida. Durante estas luchas la mayor parte del cuerpo de Rocca estaba al Sudoeste cerca de Villafranca, tocándose casi con el ejército de Durando. Rocca había llegado por la madrugada de la parte de Goito, y después de haber rechazado un ataque formidable de la caballería austriaca, se mantuvo todo el día inactivo, á pesar de las instancias de Bixio y del príncipe heredero Humberto, que mandaban dos divisiones. Cuando hacia la noche Custozza fué tomada por los austriacos, éstos, después de haber arrojado de allí á los italianos, dieron un segundo ataque contra Villafranca, que fué rechazado al principio; pero al fin los italianos tuvieron que abandonar su posición y se retiraron tambor batiente sobre el Mincio.

No se puede saber si la culpa de esta derrota fué debida exclusivamente á las disposiciones de Lamármora, ó si la causa principal fué la inactividad de Rocca, que fué sometido á un consejo de guerra y absuelto, ó si finalmente el mismo rey había influido con órdenes directas en la conducta de Rocca, en cuyo caso el rey debió de obedecer á motivos políticos. De todos modos, Lamármora no se mostró á la altura de su misión, ni tampoco dió pruebas de gran general después de la derrota. Las bajas que tuvo (aproximadamente 8.100 hombres) excedieron apenas en 200 hombres á las bajas de los austriacos, que no tomaron ninguna disposición, en parte seguramente por motivos políticos, para aprovechar enérgicamente su victoria. Mas á pesar de esto, Lamármora se quiso retirar no solamente hasta detrás del Mincio, sino hasta detrás del Po, que Cialdini no había querido pasar. Al reflexionar con más calma se renunció á llegar á tal extremo. El ejército principal se detuvo á orillas del Oglio, y Cialdini prometió en una conferencia que tuvo con Lamármora el 29 de junio, en Parma, pasar el Po con todas sus fuerzas. Sin embargo, no cambió la indecisión en el campo italiano. Lamármora presentó la dimisión del mando superior, en el cual continuó en calidad de interino; Cialdini no quiso admitirlo, y así quedó paralizada en esta parte la guerra.

En tal situación se hallaba el ejército italiano cuando se recibió la noticia de la victoria de Königgratz ó Sadowa, que produjo en el mundo político europeo el efecto de un terremoto. La corte imperial de París quedó como

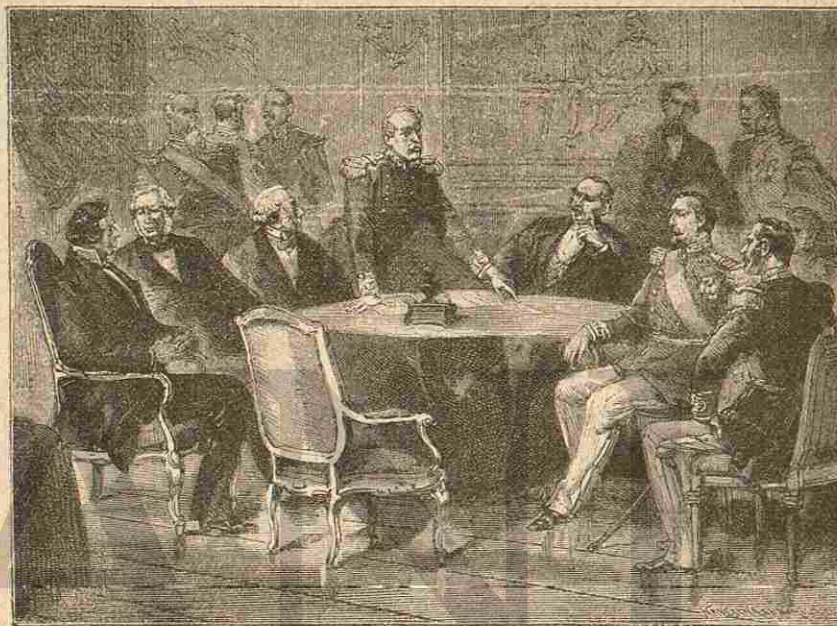
herida del rayo, porque, como hemos dicho, todo se había previsto menos la victoria de los prusianos. A las once de la noche del 3 de julio el embajador de Prusia en París, conde de Goltz, recibió un despacho del señor Wérther, de Berlín, participándole que el correo de campaña acababa de anunciar oficialmente á las ocho de la noche: «Victoria brillante cerca de Sadowa, dos leguas al Noroeste de Koniggratz.» Este telegrama fué confirmado al día siguiente en Saint-Cloud, donde estaba el emperador, por otro de Benedetti, que decía: «Ciento y un cañonazos anuncian que el ejército ha alcanzado una gran victoria. Los austriacos, en completa desorganización, están perseguidos por la caballería prusiana.»

Aquella misma mañana del 4 de julio se presentaron á Napoleón dos hombres de Estado, el ministro Drouyn de Lhuys y Metternich, embajador de Austria; y el primero, más agitado todavía que el otro, le dijo: «Señor, nos encontramos enfrente de sucesos que pueden llegar á ser tan funestos para Francia como las derrotas del primer Imperio. En las circunstancias del momento, opino que V. M. debe convocar el cuerpo legislativo y poner inmediatamente en la frontera del Este un ejército de observación de ochenta mil hombres. Al propio tiempo debería escribirse al señor Benedetti, nuestro embajador cerca del rey de Prusia, para que declarara á éste que V. M. se vería en el caso de ocupar la orilla izquierda del Rhin si Prusia no se mostrara equitativa en sus exigencias con el vencido y procediera á engrandecimientos territoriales que pudieran comprometer el equilibrio de Europa. El Rhin está sin tropas, y todo induce á creer que una intervención como la que propongo llenará el objeto deseado, tanto más cuanto que el mariscal Randón acaba de asegurarme que se encuentra en estado de ponerse en marcha un ejército de ochenta mil hombres.»

De acuerdo con el ministro se expresó Metternich, que había recibido por telégrafo orden de su gobierno de pedir á Napoleón que interpusiera su mediación cerca del rey de Italia y declarase públicamente que aceptaba la cesión de Venecia, convenida en el tratado secreto de 9 de junio. Además solicitaba que el emperador pidiera á Italia la garantía de un armisticio y ocupara sin demora militarmente el Véneto, aunque fuese sólo con pocos batallones, con tal de impedir las hostilidades de parte de los italianos. Teniendo así Austria cubiertas las espaldas, dispondría de un ejército de ciento treinta mil hombres, que podría hacer pasar á Bohemia para cambiar allí la situación, si se presentase simultáneamente un ejército francés á orillas del Rhin. En realidad lo que pedía Austria vencida á Napoleón era que se pronunciara á su favor. El emperador de los franceses veía destruidas todas sus combinaciones por el triunfo de los prusianos.

Si Napoleón hubiese seguido el consejo de su ministro y atendido la súplica del Austria, habría hecho el papel de mediador armado, ó mejor dicho, de protector de Austria, pues habría detenido á los ejércitos aliados. La interven-

ción habría tenido consecuencias gravísimas para Prusia y Alemania, pues según confesó Bismarck el 16 de enero de 1874 en el Parlamento alemán, aunque Francia tenía entonces muy pocas tropas, habría bastado una agregación pequeña de la fuerza francesa á las innumerables masas de tropa de la Alemania del Sur, para formar con ellas un ejército muy respetable, que habría obli-



Consejo de ministros en Saint-Cloud.

gado á los prusianos á cubrir inmediatamente á Berlín y abandonar todas sus ventajas en Austria. No podía Napoleón negarse á la mediación una vez invocada por Austria, y la anunció inmediatamente dirigiéndose al rey de Italia y al de Prusia. Al primero comunicó los ofrecimientos austriacos, no dudando que hecha la cesión del Véneto, el armisticio no encontraría dificultades en Italia. Al rey de Prusia le dijo:

«Al rey de Prusia en su cuartel general. — París, 4 de julio de 1866. — Señor: Los resultados tan rápidos como brillantes de V. M. han dado lugar á sucesos que me obligan á salir de mi papel de completa inacción. Me comunica el emperador de Austria que quiere cederme Venecia y aceptar mi mediación para poner fin á la lucha que se ha suscitado entre Austria, Prusia é Italia. Conozco demasiado bien la magnanimidad de V. M. y su cariñosa confianza en mí para creer que V. M., después de tan gran elevación de su gloria militar, verá con satisfacción los pasos que quiero dar para devolver á sus Es-

tados y á Europa las bendiciones de la paz. Si V. M. aprueba mi proposición, encontrará sin duda conveniente que un armisticio hecho para Alemania é Italia abra el camino directo á las negociaciones. El buen hermano de V. M. — NAPOLEÓN.»

Después se reunió en Saint-Cloud el Consejo de ministros para discutir las proposiciones del ministro Drouyn de Lhuys. El mariscal Randón, ministro de la Guerra, confesó que, incluyendo las tropas reunidas en el campamento de Chalóns, no podía poner más de cuarenta mil hombres en campaña, y que ni á éstos podía proveer más allá de la frontera de municiones de guerra. Randón atribuyó á la campaña de Méjico el estado lamentable de los parques y la insuficiencia de la tropa. Finalmente el Consejo aprobó lo propuesto por el ministro de Negocios extranjeros, y cuando menos la inmediata convocación de las Cámaras; pero en lugar de la convocatoria envió el emperador una simple nota al *Monitor*, que decía: «París, 4 de julio de 1866. — Ha ocurrido un suceso importante. Después de haber hecho el emperador de Austria en Italia lo que exige el honor de sus armas, adopta las ideas expresadas por el emperador Napoleón á su ministro en su carta de 11 de junio y cede Venecia al emperador de los franceses, cuya mediación acepta para contribuir á hacer la paz entre las potencias beligerantes. El emperador Napoleón se ha apresurado á corresponder á esta solicitud y se ha dirigido inmediatamente á los reyes de Prusia é Italia para obtener un armisticio.»

Esta nota, publicada el día 5 de julio, excitó en París un júbilo general, ya que anunciaba al parecer una gran victoria moral que no había costado una gota de sangre, mas para el ministro de Negocios extranjeros fué un desengaño cruel, porque contaba con la convocación de las Cámaras y la mediación armada. Para explicar las vacilaciones de Napoleón, el duque de Gramont recuerda que el emperador estaba entonces atacado y debilitado por una enfermedad y le turbaba la idea de verse arrastrado á hacer la guerra si tomaba una actitud demasiado enérgica. A esto añade Alfredo Darimón: «Abí está todo el secreto de las órdenes y contraórdenes que hubo en la noche del 4 al 5 de julio de 1866. A las once de la noche se había decidido que se enviarían los decretos al cuerpo legislativo para reunir en la frontera un ejército que sirviese de obstáculo á las pretensiones ambiciosas de Prusia; á las cinco de la mañana fueron retirados los decretos y se persistió más que nunca en aquella política de desaparición voluntaria que por eufemismo se había llamado neutralidad cortés.»

M. Drouyn de Lhuys no se dió por vencido y marchó á Saint-Cloud para ver si lograba su intento con el auxilio de un telegrama del rey de Italia, en el que decía que aceptaba la mediación del emperador, pero indicaba respecto del armisticio que su deber le obligaba á ponerse de acuerdo con el gobierno de Prusia. Mientras Drouyn de Lhuys discutía en presencia sólo del ministro de Estado Rouher, del emperador y de la emperatriz, llegó el ministro del Interior marqués de Lavalette, muy sorprendido de saber que se había reunido un

Consejo al cual no se le había invitado. Sin hacerse anunciar entró en la sala de sesiones y ocupó su puesto sin hacer caso de la sorpresa de los demás. El emperador le enteró de las resoluciones tomadas, y Lavalette le observó que aquellas resoluciones estaban en completa contradicción con el papel de mediador, del que se había encargado el día antes y que había sido aceptado inmediatamente por los reyes de Italia y de Prusia. «Sin duda, dijo, los consejos que V. M. ha dirigido á los dos cuarteles generales encontrarán objeciones y resistencias; pero si Italia está irritada por sus derrotas y Prusia está embriagada por sus victorias, corresponde al mediador, á su sabiduría y á su dominio sobre sí mismo, aplacar sus pasiones y emplear la persuasión para que aquellas potencias le ayuden en sus propósitos.»

Drouyn de Lhuys no contestó una palabra; el emperador se levantó y vivamente agitado le llevó á su gabinete, adonde les siguió la emperatriz. Habiendo quedado solos Lavalette y Rouher, el primero dijo: «¿Cómo me ha dejado usted hablar solo contra las funestas resoluciones que parece van á convertirse en hechos?» A lo cual contestó Rouher que su colega no necesitaba ser apoyado, pues había hablado muy bien. Cuando el emperador volvió á la sala de sesiones anunció á Lavalette que, bien meditados el pro y el contra, creía tener que insistir en sus primeras resoluciones. Entonces le dijo Lavalette: «Permítame, pues, V. M. faltar por un momento á la consideración debida y preguntarle dónde están las fuerzas armadas para una política que, según los despachos recibidos de Goltz y Nigra, ha de conducir infaliblemente á la guerra, y á una guerra fatal, contra Prusia é Italia. Me he enterado de los recursos militares que están á nuestra disposición, y ¿sabe V. M. que Méjico lo ha apurado todo, que no tenemos caballos, ni artillería, ni hombres, y que á lo más estarían prontos á ponerse en marcha cuarenta mil hombres, que insuficientemente provistos de municiones recibirían una impresión terrible por los efectos del fusil de aguja, que en la campaña de Bohemia tan irresistiblemente lo ha arrollado todo?» El emperador, visiblemente conmovido por esta pregunta, convino en que el ejército no estaba preparado para entrar en campaña simultáneamente con Prusia é Italia. Dicho esto por Napoleón, Lavalette se dirigió á Drouyn de Lhuys: «Y usted, que siempre ha pensado sólo en Austria y ha rechazado sistemáticamente toda inteligencia con Prusia, ¿se atreve hoy á aconsejar semejante política sin saber siquiera los medios que hay para sostenerla?» El interpelado no supo qué contestar, y el emperador levantó la sesión en medio de una indecible agitación, sin que se hubiese tomado resolución alguna. No hubo preparativos militares, ni entraron los franceses en Venecia ni en la provincia rhiniana, ni se habló en Francia de movimientos de tropas; pero no por esto dejó de expresarse la diplomacia imperial en términos serios y decisivos.

Hay que observar que al hablar Lavalette como lo hizo, exageró, porque Francia no se hallaba en la deplorable situación que supuso para contener al emperador, á pesar de que en Méjico se había derrochado mucha sangre y oro

francés; pero no se habían consumido todos los recursos de la nación, ni mucho menos. El mariscal Randón, que había prestado muy buenos servicios á su país en Africa y cuando la guerra de Italia, no había tenido la energía necesaria para contener la desorganización del ejército: el sentimiento del deber se debilitaba, los recursos no se empleaban bien, las plazas de guerra estaban en mal estado, lo mismo que los arsenales, y Francia no estaba preparada para la guerra. Cuando el mariscal Randón hablaba de poner sobre las armas á cuatrocientos cincuenta mil hombres en el espacio de un mes, se hacía grandes ilusiones; pero ya se aproximaba á la realidad cuando decía que podía hacer marchar ochenta mil hombres hacia la frontera, cifra que hubiera bastado.

La lucha que se sostuvo en aquellos momentos en la corte del emperador fué porfiada. Intervino con energía el príncipe Napoleón, yerno de Víctor Manuel, quien reflejaba los sentimientos é intereses italianos y acariciaba la ilusión de una alianza franco-prusiana. El ministro de Estado Rouher, muy hábil en la política interior, pero apartado de la extranjera, se inclinaba á las ideas del príncipe. Cuando Napoleón cedió y lo supo Randón, exclamó: «Somos nosotros los vencidos en Sadowa.» Ni el ministro de la Guerra ni el de Negocios extranjeros se dieron por vencidos. El mariscal preparaba la movilización de doscientos cincuenta mil hombres. M. Drouyn de Lhuys demostraba al emperador que la reforma federal anunciada por Bismarck el 10 de junio sería la absorción de Alemania por Prusia, é insistía en que se la detuviese acudiendo á la mediación armada. Los representantes de Austria y de los pequeños Estados alemanes rogaban á Napoleón que no les abandonase, diciéndole que bastarían cien mil hombres, pues aún conservaban Maguncia.

La situación era esta: Bismarck había jugado el todo por el todo al declarar la guerra contando con la neutralidad francesa. En las provincias del Rhin no había tropas; los italianos habían sido derrotados en el Véneto, donde los austriacos demostraron cualidades de estratégicos que les hicieron falta en Bohemia; y el vencedor de Custozza, el archiduque Alberto, hijo del célebre archiduque Carlos, el mejor general austriaco de las guerras del primer Imperio, podía regresar con rapidez á Viena y reorganizar el ejército, reuniendo al suyo, vencedor, los restos del de Benedek, vencido. «Señor, dijo un diplomático alemán á Napoleón, una simple demostración militar vuestra puede salvar á Europa, y Alemania os estaría eternamente agradecida. Si no aprovecháis esta ocasión, dentro de cuatro años os veréis obligado á sostener la guerra con Prusia, y entonces Alemania entera estará contra V. M.» La opinión de Bismarck es decisiva para apreciar qué era lo que en aquel entonces hubiera debido hacer Napoleón. «Después de la batalla de Sadowa, dijo en el Parlamento alemán el 16 de enero de 1874, el emperador Napoleón inició su mediación. La presencia de Francia en el teatro de la guerra nos exponía á perder los resultados de nuestra victoria. Si bien Francia no tenía entonces fuerzas disponibles, la unión de un cuerpo francés hubiera bastado para convertir en un buen ejército las nu-

meras tropas de la Alemania del Sur, que poseían excelente material, pero les faltaba organización; y este ejército nos hubiera obligado á cubrir Berlín y á renunciar á todas nuestras victorias en Austria.» A esto hay que añadir que el ejército vencedor en Sadowa, muy valiente y disciplinado, pero joven y aún no acostumbrado á las penalidades de la campaña, estaba fatigado, y además azotado por el cólera.

El telegrama de Napoleón colocó al rey de Italia, lo mismo que á sus ministros, en situación muy difícil, porque derrotado en Custozza, se hallaba repentinamente en la cruel alternativa de romper con Francia ó con Prusia. Bajo la impresión de la nota del *Monitor*, Lamarmora telegrafió desde su cuartel general al embajador Nigra en 5 de julio: «El telegrama imperial es tanto más grave, cuanto acaba de ser publicado en *El Monitor*. Comprendo que el emperador quiera detener á Prusia, pero es dolorosísimo que esto haya de hacerse á expensas del honor de Italia. Aceptar á Venecia como un regalo de Francia nos rebajaría mucho, y todo el mundo creería que habíamos hecho traición á Prusia. No podría gobernarse ya en Italia, el ejército perdería toda consideración. Procure librarnos de la dura alternativa de sufrir una humillación insoportable ó de reñir con Francia.»

No era solamente el deber que imponía el tratado con Prusia ni la consideración del honor militar los que se oponían al armisticio: el gobierno de Italia había fijado sus miradas en el Tirol italiano y no quería renunciar desde luego á este su deseo favorito. El 5 escribió el ministro de Negocios extranjeros de Italia, Visconti-Venosta, á Nigra, manteniéndose firme en que el rey de Italia no debía detenerse en su avance ni aceptar á Venecia como regalo. Así quedó el asunto á pesar de que el gobierno imperial, para influir en el italiano, dijo que Prusia había admitido el armisticio y que con esto había faltado al tratado. Esto no era exacto, pero hasta el 8 de julio no se tuvo en Florencia la certidumbre de que el rey de Prusia había declarado á Napoleón que no podía consentir en un armisticio hasta que fuesen aceptadas las bases de una paz que dejara satisfechas las pretensiones de la Prusia é Italia. En vista de esto, el Consejo de ministros italiano decidió aquel día continuar la guerra, á pesar de la amenaza de Napoleón de convocar el cuerpo legislativo, restituir Venecia á Austria y hasta aliarse á esta potencia. A tales amenazas contestó Ricasoli el 9 de julio con esta nota dirigida á Nigra: «El tratado con Prusia nos impone la obligación de ponernos de acuerdo con ella antes de hacer un armisticio, y todavía no nos ha hecho saber sus condiciones. En virtud del tratado podemos vernos obligados á salir también garantes de las condiciones puestas por Prusia. En Viena no se ocultan para decir que al ceder á Venecia lo hacen con la esperanza de recuperar su poder sobre Prusia por la fuerza de las armas. Italia no puede aceptar, pues, un papel contrario á su honor y al deber que le impone el tratado. La admisión incondicional del armisticio sería un acto inmoral y cobarde; sería faltar á la palabra dada á Prusia, y bastaría para cubrir de ignomi-

nia á la nación italiana por todo un siglo, para cerrarnos en adelante toda alianza y quitarnos toda independencia y confianza políticas. Esto no puede ser de ningún modo. El emperador conoce nuestras obligaciones para con Prusia, si es que no las ha recomendado él mismo, y no puede pedir que faltemos á ellas. Hay algo que vale más que Venecia, y es el honor de Italia, del rey y de la monarquía. Nuestras reservas al aceptar un armisticio son, primero, que Prusia lo acepte, y segundo, que se atiendan las reclamaciones justas y modestas de Italia. Si el emperador convoca el cuerpo legislativo, convocaremos nosotros el Parlamento y expondremos á la faz de Europa lo que se nos ha pedido y lo que hemos tenido que contestar. Ignoro si los frutos de una alianza austro-francesa serán mejores que los tratados de 1815, aborrecidos por el emperador con mucha razón y justicia. En todo caso, no dirigiremos nuestras armas contra él; sufriremos nuestra suerte, respetados y acaso mirados con indulgencia por Francia y aun por Austria; y obrando así conservaremos ileso el elemento más esencial de nuestra unidad, á saber: la conciencia que debe tener la nación de su honor y del honor de su dinastía. Tengo la convicción de que proceder de otro modo sería la ruina del rey y de la dinastía. De todo esto daré inmediatamente cuenta á S. M. y al ministro de Negocios extranjeros, que anoche partió para el ejército. Espero que usted logrará que prevalezca la razón y que para lograrlo le prestarán su apoyo los amigos del emperador y de Italia.»

Además de esto, se dió al embajador de Italia en Berlín, conde de Barral, la orden de ver á Bismarck é inducirle á que su gobierno no consintiera el armisticio, noticia que había dado desde Berlín, en 9 de julio, Benedetti.

No hubo, pues, armisticio en Italia ni separación de ésta de Prusia. Del cuartel general prusiano dependía la resolución de seguir la guerra ó de suspender las hostilidades.

Lo que allí pasó lo sabemos con exactitud porque lo ha narrado Bismarck: «Después de la batalla de Koniggratz, dice, la situación era tal que la aquiescencia á una primera aproximación de Austria parecía, no sólo posible, sino además impuesta por la intervención de Francia, intervención que se iniciara con el telegrama dirigido por Luis Napoleón al rey y recibido por éste en «Horricz» en la noche del 4 al 5 de julio, en el cual el emperador de Francia comunicaba á S. M. que el emperador de Austria, Francisco José, le había cedido Venecia y solicitado su mediación. El éxito brillante de las armas de nuestro monarca obligó á Napoleón á abandonar la reserva en que hasta entonces se había mantenido. La intervención había sido provocada por nuestra victoria, cuando Napoleón había siempre contado con que seríamos derrotados y nos veríamos en la necesidad de implorar ayuda. Si nos hubiésemos aprovechado por completo de la victoria de Koniggratz, haciendo que tomara parte en el combate el general Etzel y que nuestra caballería intacta persiguiera al enemigo derrotado, el envío del general Gablenz al cuartel general prusiano habría traído consigo la firma, no sólo de un armisticio, sino también de las

bases para una paz futura, dada la moderación de nuestras pretensiones, y entonces de las del mismo rey, en punto á las condiciones bajo las cuales la paz podía pactarse. Aquella moderación, sin embargo, exigía ya de Austria algo más de lo conveniente y nos habría valido en lo porvenir la amistad de todos los hasta entonces confederados, pero todos mortificados y empequeñecidos. Por indicación mía S. M. contestó al emperador en términos dilatorios, pero haciendo constar que no aceptaría ningún armisticio sin garantías para una paz definitiva.



Visconti-Venosta, ministro de Negocios extranjeros de Italia

»Más adelante pregunté en Nikolsburgo al general Moltke qué haría si Francia intervenía militarmente.

»Su contestación fué: «una actitud defensiva respecto de Austria, limitada á la línea del Elba, y la guerra contra Francia.»

»Esta respuesta afirmóme más en mi resolución de aconsejar al rey que firmara la paz sobre la base de la integridad territorial del Austria. Mi opinión era, en caso de una intervención francesa, ó bien firmar la paz con Austria en seguida y bajo condiciones razonables, y aun á ser posible aliarnos con esa potencia, ó que la debilitáramos por completo atacándola rápidamente y fomentando el levantamiento de Hungría, y quizás también el de Bohemia, manteniéndonos en el entretanto á la defensiva respecto de Francia, no respecto de Austria, como quería Moltke. Creía yo que la guerra con Francia, que Moltke deseaba emprender desde luego y rápidamente, no había de ser tan fácil como



aquél imaginaba; que Francia contaba realmente con pocas fuerzas para la ofensiva; pero que, colocándose en una actitud defensiva, la experiencia histórica nos enseñaba que pronto había de ser, dentro de su país, bastante fuerte para prolongar la guerra, de modo que quizás llegara á sernos muy difícil mantenernos á la defensiva respecto de Austria si nos veíamos obligados á hacer á Francia una guerra de invasión, teniendo á la espalda á Austria y á la Alemania del Sur hostiles. Esta perspectiva me impulsaba á trabajar con todas mis fuerzas en pro de la paz.

»Francia, en caso de tomar parte en la lucha, no habría podido tal vez poner inmediatamente en pie de guerra contra Alemania más de sesenta mil hombres, acaso menos; pero este refuerzo llevado á los contingentes del ejército confederado de la Alemania del Sur habría sido bastante para dar á éste una dirección única y enérgica, probablemente bajo el mando supremo de los franceses. El ejército bávaro contaba, al tiempo del armisticio, cien mil hombres, y con las demás tropas alemanas disponibles, todos buenos y valerosos soldados, y los sesenta mil franceses, habríamos tenido en el Suroeste un ejército de doscientos mil hombres sometidos á una jefatura única y vigorosa, la francesa (en vez del modesto y dividido que antes teníamos enfrente), al cual no habría podido Berlín oponer fuerzas proporcionales sin debilitar su acción respecto de Viena. Maguncia estaba ocupada por las tropas confederadas al mando del general bávaro conde de Rechberg; de haber estado allí los franceses, hubiera costado improbos trabajos arrojarlos de aquella plaza.

»Bajo la presión de la intervención francesa y en un momento en que no podía aún preverse si sería posible lograr que no se saliera del terreno de la diplomacia, resolví aconsejar al rey que hiciera un llamamiento á la nacionalidad húngara. Si Napoleón emprendía la guerra del modo que había dado á entender; si la actitud de Rusia continuaba siendo dudosa, y sobre todo si el cólera seguía haciendo estragos en nuestro ejército, nuestra situación podía llegar á ser tan difícil que, en previsión de ella y para no sucumbir, habíamos de utilizar cualquier arma que pudiera ofrecernos el movimiento nacional desencadenado, no sólo en Alemania, sino que también en Hungría y en Bohemia.»

El 12 de julio se celebró en el cuartel provisional de Czernahora un consejo de guerra, bajo la presidencia del rey de Prusia, al que asistió Bismarck. Discutióse el avance sobre Viena y se trató de ocupar las fortificaciones de las líneas de Floridsdorf, á fin de llegar hasta la capital austriaca; dada la naturaleza de aquellas obras, necesitábase llevar artillería de grueso calibre y para su transporte se necesitaban catorce días. Una vez abierta brecha habían de tomarse las fortificaciones por asalto, lo cual costaría unos dos mil hombres. El rey pidió á Bismarck su parecer. Su primera impresión fué que no se podía perder catorce días sin aproximarse más de lo que estaban al peligro por lo menos de la intervención francesa; así es que expuso sus temores y dijo: «No podemos perder un lapso de catorce días sin aumentar considerablemente la



EL GENERAL MOLTKE

gravedad del peligro del arbitrio francés.» Pregunté además si era indispensable tomar por asalto las fortificaciones de Floridsdorf ó si podíamos esquivarlas dando un rodeo, y añadí que con un cuarto de conversión á la izquierda lograríamos tomar la dirección de Pressburgo, en donde nos sería fácil atravesar el Danubio. Conseguido esto, los austriacos tendrían que aceptar la lucha en condiciones desfavorables, con su frente hacia el Este, al Sur del Danubio, ó se verían obligados á retroceder á Hungría, con lo cual nos apoderaríamos de Viena sin disparar un tiro. El rey hizo que le enseñaran un mapa y aprobó mi proposición, que se ejecutó, aunque, en mi concepto, á regañadientes.»

Según se consigna en la obra del Estado mayor general (página 522), en 19 de julio se dictó por el cuartel general el siguiente decreto:

«El propósito de S. M. el rey es concentrar el ejército en una posición detrás del Russbach. — En esta posición el ejército podrá desde luego hacer frente á un ataque que el enemigo pudiera emprender desde Floridsdorf con 150.000 hombres; después habrá de reconocer y atacar desde la misma las fortificaciones de Floridsdorf ó bien podrá marchar con la mayor rapidez posible sobre Pressburgo, dejando un cuerpo de observación que atienda á Viena. — Los dos ejércitos harán avanzar sus vanguardias y sus reconocimientos en el Russbach en dirección de Wolkerdorf y del Wagram alemán. Al propio tiempo que estos movimientos de avance, debe intentarse la toma de Pressburgo mediante un ataque de sorpresa y asegurar en aquel punto el paso del Danubio.»

Quando llegó para Prusia el caso de tomar posiciones en vista del telegrama de Napoleón del 4 de julio, el rey bosquejó las condiciones de la paz en la forma siguiente: reforma de la Confederación bajo la dirección de Prusia, adquisición del Schleswig-Holstein, de la Silesia austriaca, de un territorio en la frontera bohemia y de la Frisia oriental, y reemplazo de los soberanos hostiles de Hannover, Electorado de Hesse, Meiningen y Nassau por sus herederos. Posteriormente surgieron otras aspiraciones, nacidas unas de la propia voluntad del rey y otras de influencias exteriores. Quería Guillermo anexionarse algunos territorios de Sajonia, Hannover y Hesse, y sobre todo recobrar para su dinastía Ansbach y Bayreuth. Sus vivos y justificados sentimientos de familia hacíanle desear la recuperación de los principados francos, y costóle mucho renunciar á su posesión.

Los propósitos altamente políticos de Bismarck se fundaban en las futuras relaciones de Prusia con Austria, y tendían á evitar en lo posible todos los recuerdos mortificantes. La entrada triunfal del ejército prusiano en la capital enemiga no constituía una necesidad, y cualquiera cesión de territorio habría dejado en el austriaco la huella de una ofensa que habría aumentado la dificultad de las relaciones en el porvenir; á lo que hay que añadir que habría sido necesario sostener todas las conquistas de aquella campaña en posteriores guerras, del mismo modo que Federico *el Grande* hubo de defender en la terrible guerra de los Siete Años los resultados de sus dos primeras campañas en Sile-

sia. La lógica de la historia permitía asegurar que á una guerra austriaca seguiría otra francesa, aun cuando Prusia pudiera otorgar á Napoleón los pequeños emolumentos que esperaba en pago de su neutralidad. También con respecto á Rusia cabía la duda de qué efecto le produciría el ver claramente cuánto se fortalecía la situación de Prusia con el desenvolvimiento nacional de Alemania.

El deseo del rey de quedarse con la Sajonia occidental, Leipzig, Zwickau y Chemnitz para establecer una comunicación con Bayreuth, se estrelló ante la declaración de Karolyi de que había de insistir en la integridad de Sajonia como *conditio sine qua non* para la paz. Esta diferencia en la manera de tratar á los confederados fundábase en las relaciones personales con el rey de Sajonia y en la conducta que en la batalla de Koniggratz observaron las tropas sajonas, las cuales fueron durante la retirada el cuerpo militar que se mantuvo más firme é intacto. Los demás contingentes alemanes se batieron con valor cuantas veces entraron en combate, pero siempre tardíamente y sin resultado práctico, lo cual hizo que en Viena se creyera, sin razón, que había sido deficiente el apoyo de los confederados, especialmente de Baviera y Wurtemberg.

Como la diplomacia ni el Estado mayor podían perder el tiempo en vista de la mediación de Francia, Bismarck preguntó á Moltke si consideraba como peligrosa ó como exenta de peligro la operación sobre Pressburgo, añadiendo que si se podía confiar con seguridad en el buen éxito de la empresa, era preciso que se diera el golpe aplazando doce horas el comienzo del armisticio, ya que la victoria daría mayor fuerza para las negociaciones; pero que, en caso contrario, mejor sería desistir del proyecto. Moltke contestó que consideraba el éxito dudoso y la operación arriesgada, si bien en la guerra todo ofrecía peligros. La respuesta movió á Bismarck á recomendar al rey el armisticio, de modo que el domingo, día 22, al mediodía, se suspendieran las hostilidades, las cuales no podrían reanudarse hasta el mediodía del 27. El general Fransecky recibió el día 22, á las siete y media de la mañana, la noticia de la tregua que aquel mismo día comenzaba y la orden de ajustar á ello su conducta. Así fué que á las doce hubo de suspenderse el combate que sostenía en Blumenau.

Mientras Bismarck conferenciaba con Karolyi y con Benedetti y les exponía las condiciones bajo las cuales podía conseguirse la paz, Benedetti, que gracias á la torpeza de la policía militar prusiana había logrado entrar en Zwickau en la noche del 11 al 12 de julio, presentóse de repente á Bismarck que estaba aún en la cama, y le declaró, ajustándose á la norma fundamental de la política napoleónica, que un aumento del territorio de Prusia de cuatro millones de almas á lo sumo en la Alemania del Norte, con la posesión de la línea del Mein como frontera meridional, no provocaría ninguna intervención por parte de Francia, que sin duda esperaba formar una confederación sudalemana bajo su patronato. Austria se salía de la Confederación germánica y estaba dispuesta á reconocer todas las instituciones que el rey adoptara en la Alemania del Norte, á reserva

siempre de mantener la integridad de Sajonia. Estas condiciones significaban todo lo que Prusia necesitaba, es á saber, libertad de acción en Alemania.

Bismarck resolvió hacer de la aceptación de la paz ofrecida por Austria una cuestión de gabinete, á pesar de que los generales se resistían á interrumpir la serie de triunfos alcanzados, y en aquellos días el rey se dejaba dominar más á menudo y voluntariamente por las influencias militares que por las políticas. El Estado mayor prusiano llamaba á Bismarck *el Questenberg del campamento*. «Confieso, dice Bismarck, que no me halagaba mucho este mote que me identificaba con el consejero de guerra áulico de Wallenstein.»

El día 23 de julio celebróse, presidido por el rey, un consejo de guerra en el que debía resolverse si se firmaba la paz bajo las condiciones ofrecidas ó se proseguía la guerra. Una dolorosa enfermedad que Bismarck padecía obligó á reunirse en su cuarto, y de todos los asistentes era el único paisano de uniforme. En aquella reunión expuso su convencimiento de que la paz debía firmarse bajo las condiciones presentadas por Austria; pero fué el único de este parecer, y el rey se adhirió á la mayoría militar. «Mis nervios no podían resistir más el cúmulo de impresiones recibidas, ha escrito el Canciller; me levanté sin decir palabra; me dirigí á mi dormitorio, que estaba al lado, y prorrumpí en llanto convulsivo, mientras se levantaba la sesión del consejo de guerra. Entonces consagréme al trabajo de consignar en el papel las razones que había tenido para aconsejar la paz, y supliqué al rey que, en caso de no querer aceptar mi consejo responsable, me relevara del cargo de ministro si continuaba la guerra. Con este documento fuíme al día siguiente á verle para apoyarlo verbalmente. En la antecámara encontré á dos coroneles portadores de partes relativos á la propagación del cólera entre sus soldados, de los cuales apenas quedaban útiles la mitad. Las terribles cifras me afirmaron en mi resolución de hacer cuestión de gabinete la aceptación de las condiciones austriacas, pues aparte de las inquietudes políticas, temía que, al trasladar las operaciones á Hungría, la naturaleza de aquel suelo, que me era bien conocida, haría aún más horrorosa la enfermedad. En aquel país el clima, especialmente en agosto, es calurosísimo, la falta de agua grande y las poblaciones rurales, con campos de muchas millas cuadradas, muy distantes unas de otras, y como complemento de todo esto, una gran abundancia de ciruelas y melones. Y al considerar todo esto, asaltábame el recuerdo instructivo de nuestra campaña de 1792, en la Champagne, en la que nos obligó á retirarnos la disentería, no los franceses.» Durante la campaña contra Austria perecieron del cólera 6.427 hombres.

Con el documento en la mano Bismarck explicó al rey las razones políticas y militares que se oponían á la continuación de la guerra. Ofender gravemente á Austria y dejar en pos una amargura permanente y un deseo de desquite mayor del que era necesario, eran cosas que debían evitar procurando la posibilidad de reconciliarse con los enemigos de entonces, ó, cuando menos, considerando al Estado austriaco como un peón en el tablero europeo y la renovación

de las buenas relaciones con el mismo como una jugada que Prusia debía reservarse. Si se perjudicaba gravemente á Austria, ésta se aliaría con Francia y con cualquier enemigo de Prusia, y aun sacrificaría sus intereses antirusos al afán del desquite.

Por otro lado, no se veía un porvenir favorable á Prusia en aquellos territorios que formaban la monarquía austriaca, en el caso de que ésta se viera destruída por sublevaciones húngaras ó eslavas, ó condenada á eterna dependencia. ¿Qué se pondría en el lugar que en Europa ocupaba Austria? No era posible engrandecer á Prusia con la adquisición de provincias como la Silesia austriaca y algunos territorios de Bohemia; una amalgama del Austria alemana con Prusia era irrealizable, y Viena no podría nunca ser gobernada desde Berlín como una dependencia.

Si la guerra continuaba, el teatro de la misma sería probablemente Hungría. El ejército austriaco, que no podría sostenerse en Viena si los prusianos pasaban el Danubio por Pressburgo, se dirigiría hacia el Oeste y proseguiría la defensa de Hungría, esperando la probable intervención francesa y confiando en Italia preparada por Francia. Desde el punto de vista militar, la continuación de la guerra en aquel país no ofrecía ventaja alguna, pues los éxitos no guardarían proporción con las victorias hasta entonces obtenidas, con lo cual menguaría el prestigio de los prusianos; esto, aun prescindiendo de que la continuación de la guerra allanaría el camino á una intervención francesa. Era preciso, pues, firmar la paz antes de que Francia tuviera tiempo de desarrollar más su acción diplomática sobre el Austria. Tales fueron los argumentos de Bismarck.

El rey no formuló ni una sola objeción, pero declaró insuficientes las condiciones presentadas, sin formular sus pretensiones. Era bien claro que sus aspiraciones habían aumentado desde el 4 de julio. «El principal culpable, decía, no ha de quedar impune, y en cuanto á los que obraron seducidos por aquél, fácilmente podremos dejar después que se salven.» Y con estas ideas insistía en las citadas cesiones territoriales de Austria. En el ánimo del rey prevalecía la aversión hacia todo lo que significara interrumpir la marcha triunfal del ejército, aversión que fomentaban los militares. La resistencia de Bismarck á los propósitos de Guillermo y á las exigencias de la política militar irritó de tal manera al rey, que fué imposible seguir discutiendo, y salió Bismarck de la estancia persuadido de que sus ideas serían rechazadas. «Cuando volví á mi habitación, dice el Canciller, me encontraba tan preocupado, que habiendo oído abrir la puerta y sospechando que el que entraba era el príncipe heredero, por delante de cuya habitación acababa yo de pasar, ni siquiera volví la cabeza. Sentí que su mano se posaba sobre mi hombro, mientras me decía: «Ya sabe usted que he sido contrario á la guerra; usted la consideró necesaria, y por consiguiente es responsable de ella. Si ahora está usted convencido de que se ha logrado el objeto que se deseaba y de que es preciso firmar la paz, estoy dispuesto á ayudarle y á defender su opinión cerca de mi padre.» Luego se fué á ver al

rey y volvió al cabo de media hora tan tranquilo y tan amable como antes, pero pronunciando estas palabras: «Mucho ha costado, pero al fin mi padre ha consentido.» Este consentimiento habíalo expresado el monarca por medio de una nota marginal escrita con lápiz en una de mis últimas Memorias, que decía poco más ó menos: «En vista de que el presidente del Consejo de ministros me deja en la estacada delante del enemigo y de que aquí me es imposible reemplazarlo, he discutido la cuestión con mi hijo, y puesto que éste se ha adherido al criterio del presidente, véome con gran sentimiento obligado á morder esta manzana tan agria, después de las brillantes victorias del ejército, y á aceptar una paz tan ignominiosa.» Aun cuando no tengo á mano ahora aquel documento, no creo equivocarme respecto de los términos en que estaba concebido. De todos modos, su sentido era el indicado, y á pesar de la dureza de las frases fué una solución agradabilísima para mi tensión de ánimo, que ya se me hacía intolerable. Acepté de buen grado el real asentimiento á lo que yo había considerado como políticamente necesario, y no me dí por resentido de la forma poco amable en que venía expresado. En aquella ocasión precisamente prevalecían en el ánimo del rey las impresiones militares, y la necesidad de proseguir la serie de triunfos hasta entonces tan brillantes pesaba en él más que todas las consideraciones políticas y diplomáticas.»

En tanto, el ejército italiano, excitado por la derrota de Custoza y sin cuidarse de que Venecia era por el momento territorio francés, se había puesto en marcha el 5 de julio; Cialdini había pasado ya el Po, y su ala izquierda, á las órdenes de Medici, avanzó entre frecuentes escaramuzas, en 21 de julio, en dirección de Trento, pasando por Val Sugana, mientras que Cadorna, con cuarenta y cinco mil hombres, se ponía en movimiento contra Trieste. También se esperaba un hecho notable, como la destrucción de la escuadra austriaca y el apoyo del ataque de Cadorna á la península de Istria por la escuadra italiana, en la cual se habían gastado sumas extraordinarias. Esta esperanza no se realizó. El almirante Persano hizo fuego en vano el 18 y 19 de julio contra las fortificaciones de Lissa, y el 20 fué atacado por el almirante austriaco Tegethoff, que acudió desde Pola. La escuadra austriaca formaba tres falanges precedidas por siete acorazados, seguidos de los grandes buques de madera y demás barcos menores. La italiana se formó en dos grandes líneas. En la primera se situaron doce acorazados, divididos en tres grupos, separados entre sí por anchos espacios. En la segunda línea se colocaron á considerable distancia de la primera los barcos de madera, con el buque almirante de Persano, si bien el almirante no se hallaba en él, sino á bordo del pequeño *Affondatore*, con el cual se dirigió contra la última falange austriaca sin que consiguiera ventaja alguna. Tegethoff pasó por uno de los espacios de la línea italiana y atacó por la retaguardia al grupo del centro, arrojándose con cuatro acorazados sobre el buque almirante, en cuyo auxilio sólo acudió el acorazado *Palestro*, mientras los buques italianos de madera se abstuvieron temerosos de tomar parte en la

pelea. Los demás acorazados italianos tuvieron que resistir los ataques de los buques austriacos de madera. Tegethoff, después de haber cercado el buque almirante enemigo por todos lados, lo embistió súbitamente con el suyo de costado y le abrió una ancha y formidable vía de agua, que echó á pique en pocos minutos el buque con toda su tripulación. El *Palestro* pudo salir del combate, pero una bala había incendiado sus carboneras, el fuego se extendió y llegó á la santabárbara, y la nave se hundió después de una horrible explosión. Los austriacos no perdieron ningún buque, aunque el de madera *Kaiser* se incendió y tuvo que retirarse. El almirante Tegethoff atravesó con toda su escuadra las líneas enemigas y se colocó detrás de ellas con la popa contra las fortificaciones de Lissa. Persano se apresuró á aprovechar su provisión de carbón y llegar á Ancona, en cuyo puerto se hundió el *Affondatore* en circunstancias muy sospechosas. La batalla de Lissa fué un desastre mayor que el de Custoza. Tan deplorable era el estado de la escuadra y de los ánimos después del duro desengaño, que el ministro no pudo encontrar un almirante resuelto á emprender un segundo ataque marítimo.

Algunos días antes del desastre de Lissa había pasado el príncipe Napoleón á Italia para inducir á su suegro á una política más pacífica, y pocos días después de Lissa firmó Prusia el armisticio de Nikolsburgo é invitó al gobierno italiano á entrar en él, lo cual éste se apresuró á hacer. Ya en 25 de julio había reconocido Visconti-Venosta que el cambio de situación, es decir, la actitud de la Rusia, obligaba á ceder, porque el fracaso de la mediación francesa hubiera arrojado á Napoleón forzosamente en brazos de Rusia. Así fué que tan luego como Benedetti hubo cumplido en 29 de julio, por medio de una comunicación oficial y escrita, la condición admitida en la paz de Nikolsburgo, de que Francia pusiera el Véneto á disposición de Italia, declaró Barral que su gobierno aceptaba el armisticio, que debía empezar para Italia el 2 de agosto.

El cambio de comunicaciones entre París y el cuartel general prusiano era muy activo. Napoleón hubiera podido elegir entre dos políticas, pero ambas exigían el armamento inmediato de Francia: reclamar la orilla izquierda del Rin si Prusia se anexionaba grandes territorios, ó bien oponerse á dichas anexiones, declarando que Francia no pedía la orilla izquierda del Rin, pero defendería á los Estados alemanes; proponiendo al mismo tiempo la reunión de un congreso europeo para resolver las cuestiones pendientes. Para la primera política era tarde; la segunda era mejor y más práctica, y, según confesión de Bismarck, hubiera tenido buen éxito; pero Napoleón no optó por la una ni por la otra; y si bien se había mostrado siempre favorable á la reunión de un congreso, esta vez desistió, á pesar de haber tomado Rusia la iniciativa de una manera inesperada. El príncipe de Gortchakof, canciller de Rusia, que había cometido la falta de abandonar á Dinamarca, estaba dispuesto á no reincidir en daño de los pequeños Estados alemanes, y propuso á Francia el envío por Inglaterra y Rusia de una nota idéntica á Berlín, negando á Prusia el derecho

de abolir por sí sola la Confederación germánica y crear otra nueva de la Alemania del Norte. Parece que el tsar Alejandro II se dirigió personalmente á Napoleón para pedirle que se asociase á la protesta de Rusia; pero aunque era probable que Inglaterra aceptara, el emperador no se adhirió á las ideas del gobierno ruso.

Se explica que Napoleón no fuese ya partidario de la reunión de un congreso europeo, porque éste no hubiera consentido la rectificación de la frontera á favor de Francia, con la que soñaban lo mismo el emperador que su ministro M. Drouyn de Lhuys; si bien éste confiaba obtenerla por medio de una actitud apoyada por los armamentos, mientras que Napoleón contaba llegar al mismo resultado gracias á la buena voluntad de Prusia.

## XXIV

## LA PAZ DE NIKOLSBURGO. — LA FRONTERA DEL RHIN.

La primera parte de las condiciones de paz de Prusia consistía en la salida de Austria de la confederación alemana, condición que el príncipe de Reuss logró hacer aceptar desde luego al gobierno francés. Napoleón juzgó que si salía Austria de la confederación era justo que se le garantizara la inviolabilidad de su propio territorio. En su consecuencia, recomendó el siguiente proyecto de bases de paz á los interesados, á los cuales lo participó Drouyn de Lhuys en 14 de julio:

- 1.º Se conservará el territorio de Austria, exceptuando á Venecia.
  - 2.º Austria reconoce la disolución de la actual confederación alemana y no se opone á la formación de una nueva confederación en Alemania, en la que no tomará parte alguna.
  - 3.º Prusia formará una confederación de la Alemania del Norte que comprenderá todos los Estados al Norte de la línea del Mein, y se encarga del mando en jefe de las fuerzas armadas de estos Estados.
  - 4.º Los Estados alemanes situados al Sur del Mein tendrán el derecho de formar una federación de la Alemania del Sur, federación que tendrá una existencia internacional independiente.
  - 5.º Las relaciones internacionales entre la confederación del Norte y la del Sur de Alemania se arreglarán libremente de común acuerdo.
  - 6.º Los ducados del Elba serán reunidos á la Prusia, excepto los distritos en el Norte del Schleswig, cuyos habitantes deseen ser devueltos, conforme podrán manifestarlo libremente, á la Dinamarca. El Austria y sus aliados indemnizan á la Prusia de una parte de sus gastos de guerra.
- Y 7.º Si estas bases fuesen aceptadas por las potencias beligerantes, podría hacerse inmediatamente un armisticio y quedaría abierto el camino para el restablecimiento de una paz sólida y equitativa.

No se hablaba de las pretensiones ya anunciadas de Prusia de ensanchar su territorio para unir las dos grandes fracciones de la monarquía prusiana. El rey de Prusia hizo telegrafiar á París que no podía considerar el proyecto de paz suficiente, porque era necesario un aumento territorial de Prusia á expensas de los Estados enemigos en el Norte de Alemania; pero que bastaba, suponiendo el consentimiento de Italia, para un armisticio con el objeto de llegar á una

de abolir por sí sola la Confederación germánica y crear otra nueva de la Alemania del Norte. Parece que el tsar Alejandro II se dirigió personalmente á Napoleón para pedirle que se asociase á la protesta de Rusia; pero aunque era probable que Inglaterra aceptara, el emperador no se adhirió á las ideas del gobierno ruso.

Se explica que Napoleón no fuese ya partidario de la reunión de un congreso europeo, porque éste no hubiera consentido la rectificación de la frontera á favor de Francia, con la que soñaban lo mismo el emperador que su ministro M. Drouyn de Lhuys; si bien éste confiaba obtenerla por medio de una actitud apoyada por los armamentos, mientras que Napoleón contaba llegar al mismo resultado gracias á la buena voluntad de Prusia.

## XXIV

## LA PAZ DE NIKOLSBURGO. — LA FRONTERA DEL RHIN.

La primera parte de las condiciones de paz de Prusia consistía en la salida de Austria de la confederación alemana, condición que el príncipe de Reuss logró hacer aceptar desde luego al gobierno francés. Napoleón juzgó que si salía Austria de la confederación era justo que se le garantizara la inviolabilidad de su propio territorio. En su consecuencia, recomendó el siguiente proyecto de bases de paz á los interesados, á los cuales lo participó Drouyn de Lhuys en 14 de julio:

- 1.º Se conservará el territorio de Austria, exceptuando á Venecia.
  - 2.º Austria reconoce la disolución de la actual confederación alemana y no se opone á la formación de una nueva confederación en Alemania, en la que no tomará parte alguna.
  - 3.º Prusia formará una confederación de la Alemania del Norte que comprenderá todos los Estados al Norte de la línea del Mein, y se encarga del mando en jefe de las fuerzas armadas de estos Estados.
  - 4.º Los Estados alemanes situados al Sur del Mein tendrán el derecho de formar una federación de la Alemania del Sur, federación que tendrá una existencia internacional independiente.
  - 5.º Las relaciones internacionales entre la confederación del Norte y la del Sur de Alemania se arreglarán libremente de común acuerdo.
  - 6.º Los ducados del Elba serán reunidos á la Prusia, excepto los distritos en el Norte del Schleswig, cuyos habitantes deseen ser devueltos, conforme podrán manifestarlo libremente, á la Dinamarca. El Austria y sus aliados indemnizan á la Prusia de una parte de sus gastos de guerra.
- Y 7.º Si estas bases fuesen aceptadas por las potencias beligerantes, podría hacerse inmediatamente un armisticio y quedaría abierto el camino para el restablecimiento de una paz sólida y equitativa.

No se hablaba de las pretensiones ya anunciadas de Prusia de ensanchar su territorio para unir las dos grandes fracciones de la monarquía prusiana. El rey de Prusia hizo telegrafiar á París que no podía considerar el proyecto de paz suficiente, porque era necesario un aumento territorial de Prusia á expensas de los Estados enemigos en el Norte de Alemania; pero que bastaba, suponiendo el consentimiento de Italia, para un armisticio con el objeto de llegar á una

paz definitiva. Benedetti fué á Nikolsburgo, donde el rey Guillermo había establecido la noche del 18 de julio su cuartel general, á cuyo punto también llegó el conde de Barral, embajador de Italia. El 19 el embajador francés anunció que Austria admitía en principio las bases propuestas por Francia y estaba pronta á aceptar un armisticio para tratar de las condiciones previas de la paz. Prusia declaró que estaba dispuesta á suspender durante cinco días las hostilidades.

Aquel mismo día se dirigió Bismarck al embajador de Prusia en París diciéndole que el rey había dado su permiso para la tregua, pero no sin dificultades, aun en la suposición segura de que la paz daría un aumento considerable de territorio en el Norte de Alemania. «Ha dicho, añadía Bismarck, y lo participo á V. E. para su gobierno personal y enteramente íntimo, que preferiría abdicar á regresar sin un considerable aumento territorial, y hoy ha llamado aquí al príncipe heredero.»

El día en que Bismarck escribió estas líneas en Nikolsburgo, su embajador, el conde de Goltz, había obtenido en Saint-Cloud un triunfo que excedió las esperanzas más atrevidas del ministro de Prusia. El conde de Goltz se había captado en la corte imperial una confianza excepcional, por haber logrado de la emperatriz la misma consideración que le dispensaba el emperador. El 18 de julio se presentó á Drouyn de Lhuys, vituperó al conde de Bismarck su presunción y su modo de proceder, y dijo que iba á enviarle su dimisión; que le había tocado la misión de presentar exigencias que condenaba, contrarias á sus principios y hasta á sus declaraciones anteriores; pero había recibido instrucciones dictadas por el mismo rey; la corte estaba embriagada por la victoria y Bismarck empujaba. Goltz esperaba que el gobierno imperial, teniendo en cuenta las circunstancias, facilitaría al rey el medio de satisfacer las exigencias del ejército y de la opinión, pues de otra manera se dirigirían contra aquellos que quisieran disputar á Prusia el premio de sus victorias y de sus sacrificios. Por conclusión añadió que sólo se trataba de algunos jirones de territorio con trescientas mil almas apenas, que pagaría en su mayor parte el príncipe elector de Hesse, abominado por sus súbditos. Dicho esto, sacó del bolsillo un mapa de Alemania, esforzándose en hacer ver al ministro que con un pedacito de Hesse, otro de Sajonia y otro de Hannover se llenarían los sensibles claros que separaban á la Prusia antigua de la moderna, lo cual, por supuesto, no valía la pena de que por ello se disgustase un país tan grande como la Francia ni se trastornara el equilibrio europeo.

El ministro francés le contestó que tenía razón, que 300.000 almas poco significaban; pero que la transmisión de una población de un gobierno á otro sería siempre un asunto suficientemente grave para ser meditado maduramente y que necesitaba ser aprobado por toda Europa; «por lo demás, le dijo, no puede usted haber olvidado lo que le he repetido siempre: que toda anexión en la orilla derecha del Rhin exigiría inevitablemente anexiones en la orilla izquierda. — Las órdenes del rey, dijo el embajador, son formales, y rechaza toda ce-

sión de territorio por su parte. — Si es así, dijo el ministro, levantándose de su asiento, no tenemos que hablar una palabra más, y queda de mi cuenta el enterar al emperador de las comunicaciones de usted.» Goltz se anticipó á Drouyn de Lhuys, pues se fué á Saint-Cloud para hablar á Napoleón, por quien fué recibido sin muchas formalidades. El embajador prusiano obtuvo una victoria completa; y cuando á la mañana siguiente se volvió á presentar en el ministerio de Negocios extranjeros, hizo saber á Drouyn de Lhuys que el emperador no solamente había reconocido el principio de la unificación territorial, sino que había prometido prestar su apoyo para que Prusia consiguiera la incorporación del Hannover, del Hesse electoral, de Nassau y de Francfort con 4 500,000 almas aproximadamente, dejando para negociaciones posteriores, añadió Goltz, la fijación de compensaciones que se pedirían para Francia, como era equitativo, compensaciones en las cuales no creía el prusiano, pero que eran el cebo que había mordido Napoleón. Sin duda Bismarck había señalado al embajador un máximo y un mínimo de exigencias. Con el mínimo se había presentado en el despacho del ministro, y había sido rechazado; pero el emperador le concedió el máximo en la esperanza de recibir la recompensa.

El conde de Goltz aprovechó con audacia las costumbres de la corte imperial, que había prescindido de ciertas reglas de las demás cortes, que impiden que el soberano pueda ser sorprendido; algunos representantes del extranjero habían aprovechado esta circunstancia para conquistarse una posición privilegiada y hasta excepcional en la corte de Francia. «¿Por qué, dice Rothan, no debía creérseles? Decían que Francia era su segunda patria, la patria que habrían elegido ellos, donde eran felices; estaban orgullosos de la preeminencia de Francia y parecía que obraban contra su conciencia al hacer ciertas cosas á que sus gobiernos les obligaban. Así es que delante de ellos se hablaba de las cosas más delicadas y se les permitía mezclarse en nuestras discusiones, comunicar noticias á los periódicos y estar en relación manifiesta con adversarios declarados del gobierno. Todas las puertas les estaban abiertas de par en par. En todas las fiestas tomaban parte, tanto en las pequeñas reuniones de los lunes como en las cacerías y en las ambicionadas sociedades llamadas de *serie*, en Compiègne y Fontainebleau. De esta manera, cualquier día, en las relaciones personales más estrechas y escogiendo el momento más favorable, podían lograr de un hombre tan bondadoso como era el emperador concesiones y promesas que muchas veces estaban en completa contradicción con los intereses que nuestra política oficial debía amparar y conservar. Así sucedía que nuestra voz (la de los empleados diplomáticos) perdía su fuerza, porque era muy frecuentemente contraria á lo que se había dicho en las Tullerías. Así ocurrió que el barón de Talleyrand protestó en tono amenazador contra la invasión en las Marcas cuando el conde de Cavour tenía ya en el bolsillo el despacho que decía: *Fa presto*, concesión que Farini había sabido arrancar al emperador en las festividades de Chambery.»

La primera declaración que Bismarck hizo al empezar las negociaciones fué que Prusia trataba solamente con Austria, es decir, con exclusión de los aliados alemanes de Austria, sin reconocer ninguna de las obligaciones que esta potencia había contraído para con ellos en virtud del pacto federal antiguo. Concedido esto por Austria, hizo Bismarck otra declaración, que comunicó Benedetti en 24 de julio á París, á saber: que el gobierno prusiano rompería las negociaciones si el gabinete de Viena no accedía al aumento territorial de Prusia en la Alemania del Norte; y enseñando los últimos despachos del embajador prusiano en París, demostró que en esta parte tenía la conformidad de Francia.

Austria pidió la integridad de su territorio y de Sajonia, petición apoyada por Francia y concedida por Prusia, con lo cual pudo considerarse acabada la guerra y asegurada la paz; Benedetti escribió á su gobierno en 25 de julio: «Se han entendido las partes respecto de los gastos de guerra, que quedan fijados en veinte millones de talers. Prusia se obliga á conservar á Sajonia sus fronteras, y Austria promete no oponerse al ensanche de Prusia en el Norte.»

En virtud del tratado con Austria y de la mediación de Francia se presentó en Nikolsburgo el ministro bávaro Pfordten, á quien Bismarck trató duramente, diciéndole que Baviera estaba excluida de las negociaciones sobre el armisticio, que tendría que pagar una considerable contribución de guerra y ceder una parte importante de su territorio. El bávaro, asustado, buscó el amparo de Benedetti, quien consideraba la defensa de la integridad territorial de Baviera como deber de todo ministro francés; pero quedó desconcertado cuando Bismarck le enseñó un despacho del embajador prusiano en París, en el cual éste participaba que el emperador Napoleón comprendía que sería difícil reunir el alto Hesse á la confederación del Norte de Alemania y que preferiría que se indujera al gran duque de Hesse á que renunciara á favor de Prusia al alto Hesse en cambio de la Baviera rhiniana. Baviera se vió, pues, abandonada á la vez por Austria y por Francia.

El 26 de julio fueron firmados los preliminares y ratificados por los dos monarcas en 28 del mismo mes. Los italianos habían ocupado el Tirol meridional y pidieron que se reconociera á Italia en el armisticio el derecho de *Uti possidetis*; mas esta exigencia no fué apoyada por Prusia. Víctor Manuel se dirigió á Napoleón, que tuvo la debilidad de hacer suya la exigencia del vencido de Custozza y de Lissa y de apoyarla en Viena; pero el gobierno austriaco se mantuvo firme, y el archiduque Alberto hizo saber al general Lamármora que volvería á emprender la ofensiva si el Tirol no quedaba evacuado en veinticuatro horas. El emperador dió nuevos pasos á favor de Italia; pero el ministro de Austria, Mensdorff, contestó por telégrafo: «El armisticio se firmará tan pronto como quede evacuado el Tirol.» Italia tuvo que ceder, y su empeño sólo sirvió para hacer ver á la corte de Austria lo que era la mediación francesa.

La prisa de Bismarck para firmar los preliminares de paz sin aguardar á Italia, fué debida á una razón poderosa, entonces ignorada. De las revelaciones

de Rothan resulta que la causa debió ser la actitud de Rusia, que súbitamente abandonó su retraimiento y pidió la convocación de un congreso europeo, lo que podía dificultar todas las negociaciones que estaban á punto de terminar. El embajador de Rusia en Berlín, conde de Oubril, declaró al ministro interino Wérther que su gobierno consideraría nulos todos los cambios territoriales y políticos que Prusia se proponía en Alemania si no eran sometidos á la libre discusión de una conferencia internacional, cuya autoridad el mismo gabinete de Berlín había reconocido antes de la guerra. El ministro interino de Negocios extranjeros de Prusia no estaba preparado para semejante comunicación y no quiso darse por enterado oficialmente, á lo cual contestó el embajador de Rusia: «Si no le basta una comunicación verbal, se le dirá en una nota; tanto se nos da.» Al instante se enteró de esto el gabinete de las Tullerías, y el embajador ruso en París, barón de Budberg, hizo los mayores esfuerzos para ponerlo de su lado. Si el emperador Napoleón no hubiese tenido la más absoluta confianza en lograrlo todo de la amistad de Prusia, se habría adherido á la proposición de Rusia, aprovechando la ocasión de convertirse en árbitro de Prusia, Austria é Italia; pero la rechazó, porque confiaba en las compensaciones que le había hecho entrever Goltz, y en que Bismarck se mostraría agradecido.

Napoleón pensaba recobrar la frontera del Rin como compensación del engrandecimiento territorial de Prusia en el Norte de Alemania. Esta pretensión de Napoleón fué presentada en Nikolsburgo, y como no podía ser sometida á un congreso europeo, por eso no aceptó la idea de Rusia.

Napoleón III fué el primer soberano francés que conoció y apreció á Alemania, que nunca odió ni despreció á los alemanes, y que hasta envidió y admiró á los prusianos, debido tal vez á que no se crió ni educó en Francia, sino en el ostracismo, entre alemanes y suizos, enlazándose sus mejores recuerdos de la edad juvenil con el instituto de segunda enseñanza de Augsburgo y el castillo de Arenenberg, cerca de Constanza. Del tiempo de su prisión en Ham data un artículo notable escrito por él, en el que estudia la organización militar prusiana, la ensalza y presenta como modelo al ejército francés. También pensó de muy diferente modo que los políticos respecto á las relaciones de Prusia con Francia. Siendo presidente, lo mismo que cuando fué emperador de los franceses, se empeñó en hacer saber en Berlín que consideraba á Prusia, y no á Austria, como la verdadera gran potencia de Alemania; que creía insostenibles las fronteras de Prusia y su subordinación á Austria como cabeza de la confederación, y que estaba animado del vivísimo deseo de ver destruido el dominio del Austria sobre Alemania é Italia, y hasta de cooperar á su destrucción. Tales proyectos suponían una reserva que hacía imposible á cualquier rey de Prusia entrar en negociaciones, cosa que no comprendió Napoleón y acabó por ser funesta al mismo emperador y á su política alemana. En agosto de 1857, hallándose Napoleón en Osborne de sobremesa con el príncipe Alberto, dijo á éste, mientras tomaba café, que para consolidar á su familia



en Francia le faltaba sólo una cosa, pero que esta cosa era indispensable, á saber: restituir á Francia la Bélgica y agregarle algunos territorios de la orilla izquierda del Rin. A esto contestó el príncipe, asustado, que «tal pretensión sería rechazada por Inglaterra y Prusia y originaría una guerra espantosa.» Napoleón replicó: «De ninguna manera; no se disparará ni un tiro; á Inglaterra le daré un buen tratado de comercio, y si Prusia comprende sus intereses, de buena gana me concederá dos millones de almas, si en cambio puede tomarse en Alemania diez ó doce millones para sí.»

Esta fué la ilusión que causó la ruina del emperador, quien no supo comprender que á los prusianos les parecía cosa monstruosa que un rey de Prusia se ciñera la corona imperial de Alemania con una mano, y con la otra vendiera, como Judas, una parte á Francia, considerada como enemiga mortal. Pero la ilusión era tan fuerte, que un hombre de Estado prusiano supo servirse de ella para guiar al emperador; mas para excusar á Napoleón hay que recordar que tenía otra ilusión, compartida por todos los hombres de Estado de Francia, y era la de creer invencibles las armas francesas. Tenían esta creencia los hombres de la diplomacia imperial, y en primera línea su embajador en Berlín, conde de Benedetti.

Tienen mucho interés las negociaciones relativas á las fronteras del Rin que Napoleón exigió por vía de compensación, y según Bismarck por vía de *propina*, para permitir el engrandecimiento de Prusia. Benedetti escribió en 8 de junio de 1866 que los recelos de Alemania contra Francia volverían á despertarse al menor motivo de sospecha de que pretendía ensancharse del lado del Rin. «El conde de Bismarck es el único que se ha acostumbrado á la idea de que Prusia pudiera tener interés en concedernos un aumento territorial, cuando todo lo más que concedería sería una rectificación de las fronteras comunes; pero ningún prusiano, desde el rey al más humilde de sus súbditos, admite la posibilidad de hacer semejante sacrificio.» El príncipe heredero había declarado que preferiría la guerra á comprar la incorporación de los ducados con la cesión del pequeño condado de Glatz. Tales temores parecían olvidados cuando los renovó la carta de Napoleón del 11 de junio. Benedetti anunció á su gobierno que el documento había causado en Berlín una impresión profundísima y era objeto de todas las conversaciones. Añadía el embajador que en Berlín se rechazaba la idea de ceder territorio á Francia.

Asegurada la paz preliminar de Nikolsburgo, es decir, cuando estaba conjurado el peligro de una intervención armada de Francia, recibió Benedetti el encargo de anunciar las exigencias de compensaciones de Francia. El embajador francés no sospechó que las dificultades que antes había señalado se habían transformado en imposibilidades por efecto de los acontecimientos, y creyó que el éxito dependía del lenguaje que se le permitiese usar, y aconsejó un tono decisivo, es decir, que se amenazase con la guerra en caso de ser rechazadas las pretensiones, consejo que fué efectivamente seguido. Al regresar á Berlín en los

primeros días de agosto, recibió orden de entregar al conde de Bismarck un proyecto de tratado que concedía á Francia toda la orilla izquierda del Rin con inclusión de la fortaleza de Maguncia. Benedetti vaciló ante semejante exigencia, y parece que tuvo el propósito de prescindir de sus instrucciones é ir á París para hablar á Drouyn de Lhuys. Hizo mal en no seguir este primer impulso, que habría ahorrado á su país dolorosísimas pruebas, pues hubiera podido decir en Vichy al emperador, y en París al ministro, que después de las victorias de Prusia era temeraria la petición de Francia.

El proyecto de tratado constaba de tres artículos:

«1.º El imperio francés vuelve á entrar en posesión de los territorios, pertenecientes actualmente á Prusia, que estaban incluidos en los límites de Francia en el año 1814.

»2.º Prusia se obliga á alcanzar del rey de Baviera y del gran duque de Hesse, reservando á estos soberanos una indemnización, la cesión de los territorios que poseen en la orilla izquierda del Rin, y traspasarlos á Francia.

»3.º Quedan suprimidas todas las disposiciones que ligan á la confederación alemana con los territorios que se hallan bajo la soberanía del rey de Holanda, como igualmente las disposiciones que se refieren al derecho de tener guarnición en la fortaleza de Luxemburgo.»

Benedetti envió en la mañana del 5 de agosto una copia al conde de Bismarck, con una carta que decía así: «Mi querido presidente: en contestación á las comunicaciones que envié á París á consecuencia de nuestra conversación de 26 del mes pasado en Nikolsburgo, recibo de Vichy el proyecto de un convenio secreto del cual encontrará adjunta una copia. Me apresuro á ponerlo en su conocimiento para que pueda examinarlo con calma. Por lo demás, estoy á su disposición para hablar del asunto con usted tan pronto como juzgue el momento oportuno. Enteramente á sus órdenes: BENEDETTI. — Domingo, 5 de agosto de 1866.»

El embajador de Francia esperó dos largos días una señal de vida del conde de Bismarck, hasta que la noche del día 7, no pudiendo dominar su impaciencia, pasó á visitarle á su casa. Se hallaba á la sazón en el gabinete del ministro prusiano Vilbort, corresponsal del *Sicle*, que hacía á Bismarck su visita de despedida para darle las gracias por las atenciones que le había dispensado en Berlín, en el campamento de Horitz y en Nikolsburgo. A las diez fué anunciado el conde de Benedetti, y Bismarck dijo al periodista que pasara al salón y le aguardara tomando una taza de te, pues estaría pronto á su disposición; pero pasaron casi tres horas, durante las cuales esperaron el periodista, la familia y los amigos de la casa, hasta que vieron entrar en el salón á Bismarck, sereno y sonriente. Se sirvió te, se fumó y se bebió cerveza á la manera alemana; la conversación se hizo viva, se habló de Francia, Italia y Alemania; y como corrían entonces en Berlín rumores de una guerra inmediata con Francia, dijo Vilbort al marcharse á Bismarck: «Señor ministro, ¿quiere usted permitirme una

pregunta muy indiscreta? ¿Me llevo á París la guerra ó la paz?» A esto contestó Bismarck en tono vivo: «La amistad, la amistad duradera con Francia. Espero firmemente que Francia y Prusia formarán en adelante una alianza fraternal de inteligencia y de progreso.»

En esta entrevista Benedetti apoyó las exigencias de Francia, rechazadas por Bismarck, quien dijo á su interlocutor que equivalían á la guerra y que haría bien en ir personalmente á París para evitarla. Repuso Benedetti que á París iría de todos modos, pero que recomendaría por convicción propia al emperador el sostenimiento de su exigencia, porque estaba persuadido de que la conservación de la dinastía peligraba si no se tranquilizaba á la opinión pública en Francia con una concesión de esta clase por parte de Alemania. Bismarck repitió que después de tan grandes victorias no había medio de proponer siquiera al rey semejante proyecto, por lo cual suplicaba al embajador que retirara su nota. Benedetti contestó que las órdenes de su gobierno eran formales y que si el ministro se negaba á poner en conocimiento de su soberano las exigencias de Francia, no tendría más recurso que solicitar ser recibido por el mismo rey. Al final de la entrevista suplicó Bismarck al embajador que llamara la atención del emperador sobre que una guerra en tales circunstancias podría ir acompañada de estampidos revolucionarios, enfrente de los cuales la dinastía alemana resultaría más sólidamente arraigada que la del emperador Napoleón. Las últimas palabras del embajador fueron: «Si usted rehusa, es la guerra,» á lo cual el ministro prusiano contestó también en son de despedida: «Pues bien, la guerra.»

La mañana del 8 de agosto fué recibido el embajador francés por el rey Guillermo, quien le dijo que no cedería ni un terruño alemán ni una chimenea de aldea alemana. Aquella misma mañana el periodista Vilbort visitó al consejero prusiano Keudell, para preguntarle por qué se había sonreído de una manera tan singular cuando la noche anterior le habló Bismarck de la amistad con Francia, á lo cual Keudell le respondió: «Usted sale esta noche para París; pues bien, déme palabra de honor de guardar el secreto de lo que le voy á confiar hasta que se halle en París: antes de quince días tendremos la guerra junto al Rhin, si Francia insiste en sus exigencias territoriales. Francia nos pide lo que ni podemos ni queremos dar. Prusia no cederá ni una pulgada de terreno alemán; no lo podríamos hacer sin levantar contra nosotros á Alemania entera; pero si es preciso que de todos modos se haya de levantar toda Alemania, la haremos levantar contra Francia y no contra nosotros.» Vilbort guardó el secreto hasta que se halló en París; pero el 10 de agosto publicó la gran noticia, con la cual aseguró al rey de Prusia una victoria completa contra el emperador.

El conde de Benedetti no pudo decidirse á partir sin hacer una última tentativa, y á fin de contentarle le dijo Bismarck que no había que hablar de concesiones de territorios, pero que quedaban otras combinaciones, como una alianza con Francia. Benedetti supo que el general Manteuffel había sido enviado en

misión extraordinaria á San Petersburgo, lo cual hizo temer al embajador francés que tuviese la de explicar á la corte de Rusia, por medio del proyecto de tratado del 5 de agosto, el porqué la corte de París no había querido aceptar la idea de un congreso de las grandes potencias. Preguntó Benedetti á Bismarck lo que significaba la tal misión, y el ministro prusiano le contestó que nada tenía que ver con su conversión del 7 de agosto, pues todo lo que quería el rey era dar satisfacción á la corte de Rusia por haberse negado á aceptar la proposición del congreso. Esto no satisfizo á Benedetti, quien quiso saber si se había dado conocimiento á Manteuffel de las proposiciones de Francia. Contestó Bismarck que había evitado hablarle de este asunto, pero que no podía salir garante de que el rey no le hubiese enterado de él en substancia. Benedetti telegrafió á París: «Conste que la mañana del domingo día 5 de agosto envié al señor de Bismarck copia de nuestro proyecto y que á la noche fué llamado á Berlín el general Manteuffel, que acababa de establecer su cuartel general en Francfort.»

Benedetti llegó á París el 10 de agosto y leyó en *Le Siècle* la gran noticia: «En previsión de un considerable engrandecimiento de Prusia, dícese que ha entrado el gabinete francés en negociaciones con el de Berlín respecto de la frontera del Rhin, y que Prusia hasta ahora no ha aceptado las proposiciones francesas.»

El mismo día 10 de agosto regresó de Vichy el emperador á Saint-Cloud, y después de haber oído la exposición de Benedetti escribió el 12 la siguiente carta al ministro del Interior, marqués de Lavalette:

«Llamo la atención de usted sobre los siguientes hechos. En el curso de las conversaciones entre los señores Benedetti y Bismarck, ocurrió al señor Drouyn de Lhuys enviar á Berlín un proyecto de tratado tocante á compensaciones que podríamos tener. Este arreglo hubiera debido quedar secreto en mi opinión; pero se ha metido ruido en el extranjero, y los periódicos llegan hasta sostener que se nos han negado los países del Rhin. De mi conversación con Benedetti resulta que tendríamos por una ganancia muy pequeña á toda la Alemania contra nosotros. Importa que no se extravíe la opinión pública respecto de esto. Haga usted negar estas noticias con la mayor energía en los periódicos. Escribo en este sentido al señor Drouyn de Lhuys, que me envía hoy la adjunta correspondencia de Havas. El verdadero interés de Francia no estriba en que recibamos un aumento insignificante territorial, sino en que ayudemos á la Alemania á arreglarse de la manera más favorable á nuestros intereses y á los de la Europa.»

Las circunstancias arrollaban á Napoleón, físicamente debilitado por la falta de salud, y en vez de prever los acontecimientos, se veía obligado á modificar constantemente su política. En vista de la carta dimitió Drouyn de Lhuys; pero el emperador no aceptó la dimisión, porque todavía abrigaba la esperanza de realizar por otro camino sus deseos de engrandecimiento territorial. Benedetti recibió nuevas instrucciones con fecha 16, que según aseguran autores franceses

fueron redactadas de acuerdo con el embajador prusiano Goltz. En primer lugar debía pedir la cesión de Landau, Saarbruck, Saarlouis y Luxemburgo, por un convenio público, y además un tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva que asegurase á Francia la adquisición de Bélgica. En caso de no ser esto factible, debía desistir en segundo término de la cesión de Landau, Saarbruck y Saarlouis; y finalmente en tercer lugar, y á fin de debilitar la resistencia de Inglaterra, debía acceder á la transformación de Amberes en ciudad libre, sin consentir de ninguna manera en que esta ciudad fuese agregada á Holanda ni la de Maestricht á Prusia, debiendo ésta prometer en todo caso su auxilio, sin exceptuar el armado, para la conquista de Bélgica. Benedetti informó en tales términos que el gobierno francés había de creer que Prusia no opondría obstáculos. Bismarck no admitió cesiones de territorio alemán, pero entró en discusión sobre la proposición, y según dijo Benedetti en 1870, indujo á éste á formular sus proposiciones «como quien dice bajo el dictado de Bismarck.» Se ha dicho que en realidad Bismarck dictó el proyecto, pero los alemanes lo niegan. Sea lo que fuere, lo cierto es que Benedetti creyó que Bismarck estaba conforme con la anexión del Luxemburgo y de Bélgica.

El embajador francés fué á París para dar explicaciones y se encontró con que M. Moustier había sido nombrado ministro de Negocios extranjeros. Al regresar á Berlín, Benedetti no pudo continuar las negociaciones, porque Bismarck se había ido á Varzin, donde estuvo más de tres meses. El 21 de noviembre Rothan, cónsul general francés en Francfort, dió la primera noticia, todavía bastante vaga, de los tratados ofensivos y defensivos de Prusia con los Estados de Alemania del Mediodía, noticia que produjo excitación grandísima; pero el gobierno se tranquilizó porque Benedetti dudaba de su autenticidad, tanto más cuanto el gabinete de Berlín dió algunos pasos que indicaban su deseo de vivir en buena inteligencia con Francia y, además, había concedido al embajador francés la orden del Aguila Negra; pero cuando éste á principios de diciembre volvió á tocar el asunto de la anexión, Bismarck se mostró muy frío, diciendo que no había podido hablar al rey y que el príncipe heredero se había pronunciado contra una alianza con Francia «porque ésta disgustaría al gobierno de su suegra (Inglaterra).» La contrariedad de las Tullerías aumentó cuando se tuvieron noticias de la organización del ejército de Alemania del Norte y de la negativa de Bismarck á tomar parte en un convenio europeo que garantizase los Estados de la Iglesia, con cuya garantía Napoleón deseaba asegurar el tratado de septiembre.

Napoleón comprendió la urgente necesidad de aumentar la fuerza armada de Francia para poder entrar en lucha con Prusia; pero ante la resistencia del cuerpo legislativo y el conocimiento de su debilidad militar, se vió obligado á no irritar á su adversario; y como era muy fuerte la presión que ejercía sobre su ánimo el temor á la opinión pública, cuanto más se acercaba la apertura de la legislatura de 1867, tanto más deseaba dejar por lo menos arreglada la cues-

tion del Luxemburgo. A principios de enero dió orden á Benedetti de tratarla de nuevo, pero el resultado fué poco satisfactorio. «El rey, dijo Bismarck al embajador francés, no se creía con derecho á abandonar el Luxemburgo, que sus tropas ocupaban en virtud de tratados europeos; pero tal vez, si los luxemburgueses lo deseaban, podrían arrasarse las fortificaciones, y entonces Prusia retiraría sus tropas.» Napoleón rechazó esta proposición con disgusto, que aumentó al notar que Bismarck prescindía enteramente de la anexión de Bélgica y de la alianza ofensiva y defensiva; y al saber que el príncipe heredero de Bélgica iba á casarse con la princesa María de Hohenzollern, se convenció de que la anexión de Bélgica con el consentimiento de Prusia, era pura ilusión. Benedetti aconsejó no renunciar al Luxemburgo. «Una vez allí, escribió, ya estamos camino de Bruselas, y vale más que vayamos allí quedando Prusia neutral, que exponernos al peligro de combatirla aliada de Austria.» Este modo de ver prevaleció en París, y mientras Moustier hacía declarar á su embajador en Berlín que el emperador todavía estaba dispuesto á firmar el tratado de alianza del mes de agosto de 1866, se decidió á gestionar en el Haya la venta del Luxemburgo.

## VARIACIONES EN LA POLÍTICA INTERIOR

Napoleón comprendió la inmensa trascendencia de las variaciones habidas en la política europea como consecuencia de la batalla de Sadowa, previstas por Bismarck y minuciosamente calculadas, mientras que la política francesa nada había previsto, porque se había equivocado; pero ahora los hechos no permitían perseverar en el error. Del 17 al 22 de agosto los Estados de Alemania del Sur, Baviera, Wurtemberg y Baden, habían firmado tratados de alianza ofensiva y defensiva con Prusia. Bismarck no perdía el tiempo, porque como sabía adónde iba y lo que quería, no vacilaba; y á fuer de hábil había aprovechado el agravio de dichos Estados, que solicitaron en vano el auxilio de Francia, y también les recordó que Napoleón había tenido el propósito de ensanchar las fronteras de Francia anexionándose territorios alemanes en la orilla izquierda del Rhin. Cierto que el emperador había desistido, pero no lo era menos que tuvo el deseo, y que ningún alemán podía recordarlo sin sentirse herido en su patriotismo. La famosa liga del Mein, que debía separar á la Alemania del Norte de la del Sur, quedaba suprimida gracias á las citadas alianzas; y aquellos Estados que hubieran sido aliados de Francia si Napoleón hubiese poseído las energías físicas y morales de otros tiempos y hubiese obrado en el momento oportuno, se habían convertido en auxiliares de Prusia victoriosa, y, por lo tanto, en adversarios de Francia. A la firma de dichos tratados siguió inmediatamente la del de paz con Austria, que tuvo lugar en Praga el 23 de agosto.

Otro éxito importante había alcanzado Prusia, pues el general Manteuffel obtuvo en San Petersburgo lo que Bismarck se había propuesto, esto es, restablecer su influencia en Rusia y atraerse de nuevo al príncipe de Gortchakof. Napoleón había rechazado las proposiciones de Rusia cuando la guerra, y el gabinete moscovita, abandonando su política tradicional, dejaba de apoyar á los pequeños Estados alemanes y entregaba el Occidente á Prusia á cambio de ciertas facilidades en Oriente; pero al aproximarse á Berlín no preveía que el rey de Prusia podría transformarse en emperador de Alemania, y que entonces sería posible que Berlín empujase á Austria contra ella en Oriente.

La política de Bismarck, sus éxitos, su audacia, sus procedimientos con Francia, fueron otros tantos golpes para el emperador, que comprendió que era absolutamente necesario hacer algo. M. de Lavalette, ministro interino de Ne-

gocios extranjeros, dirigió el 16 de septiembre á las potencias una circular, obra personal del emperador, en la que ensalzaba el carácter pacífico y elevado de la política francesa. Confesaba que la opinión pública de Francia se hallaba excitada y oscilaba indecisa é insegura entre la alegría por la abolición de los tratados de 1815 y el temor por el aumento del poder prusiano. El gobierno francés estaba convencido de que la Francia había salido gananciosa con los cambios realizados en los últimos meses, pues hasta entonces había estado oprimida por el poder unido de Austria, de Prusia y de la confederación germánica, que juntas representaban ochenta millones de habitantes, y que además había existido una antigua alianza entre Rusia y las potencias alemanas. Esta coalición de las tres cortes del Norte había quedado destruída, y el principio que en adelante regiría en Europa sería la libertad de las alianzas. En la nueva organización de Alemania no había nada que pudiera hacer sombra á la Francia, pues hallándose satisfecho el sentimiento nacional alemán, desaparecería la antigua hostilidad contra la nación francesa. En Italia había surgido una nueva potencia que, á pesar de injusticias pasajeras, se uniría á la nación que con su sangre la había ayudado á conquistar su independencia. Por lo demás, Francia tenía con la Argelia cerca de cuarenta millones de habitantes, Alemania solamente treinta y siete, de los cuales ocho correspondían á los Estados del Mediodía, Austria treinta y cinco millones é Italia veintiséis, y esta distribución de fuerzas no podía alarmar á Francia. Un poder irresistible empujaba á los pueblos á reunirse formando grandes Estados, y la política debía elevarse sobre las preocupaciones mezquinas de otras épocas. El emperador no creía que la fuerza de Francia se fundara en la debilidad de sus vecinos, pues para él el verdadero equilibrio consistía en que los pueblos vieran sus deseos satisfechos. Un aumento de territorio era sólo admisible cuando con él se unieran á la patria pueblos que tenían iguales costumbres é igual sentimiento nacional. Por esto había procurado el emperador el restablecimiento de las fronteras naturales apelando al libre voto de los habitantes de la Saboya y de Niza. Francia sólo deseaba aquellos engrandecimientos que no debilitaran su fuerte cohesión interior; que el país trabajara en su engrandecimiento moral y político, sirviendo los grandes intereses de la civilización; que perfeccionara sin demora su organización militar para defender su territorio, y que la nación no eludiera este deber, que no era una amenaza para nadie. En general el horizonte aparecía libre de peligros inminentes, y la paz, que descansaba sobre bases como las que se acababan de crear, prometía ser duradera. Tales eran los conceptos de la circular.

Napoleón quiso reorganizar el ejército y nombró una comisión compuesta de generales y personas peritas en administración, publicándose en el *Monitor* del 12 de diciembre el resultado de sus trabajos. La comisión propuso que todos los jóvenes fuesen llamados al servicio militar, repartiéndose anualmente cada clase entre el ejército activo y la reserva, por medio del sorteo. Después de haber servido seis años en activo ó reserva, se prestaría servicio durante tres

años en la guardia móvil. Con esto se lograba reunir un ejército de un millón doscientos mil hombres, divididos en tres cuerpos casi iguales. La reserva comprendería dos categorías: los que perteneciesen á la primera podrían ser llamados á las armas por una simple disposición del ministro de la Guerra, pero los de la segunda sólo entrarían en filas en virtud de un decreto imperial. Si la reserva recibía la instrucción necesaria, el gobierno francés podría disponer de ochocientos mil hombres para entrar en campaña, y además, de cuatrocientos mil para el servicio interior y defensa de plazas y costas. Tal organización se aproximaba á la del ejército prusiano, con la diferencia de que no ingresaba todo el mundo, como en Prusia, en el ejército activo, pues la mitad de las clases sólo servían en la reserva.

La opinión se alarmó porque creyó adivinar lo que el proyecto significaba, es á saber, que el Imperio había sufrido demasiadas humillaciones para que Napoleón no soñase con el desquite. La oposición comprendía que Francia no podía continuar con un ejército insuficiente, pero temía verse privada de toda fiscalización sobre los contingentes, que pasarían á ser fijos; y, además, sabía que, de realizarse lo proyectado, el emperador tendría á su disposición una enorme masa militar: por su parte el gobierno había perdido aquella autoridad moral que en otro tiempo le hizo tan fuerte; comprendió que el país había acogido mal la perspectiva del aumento extraordinario de las cargas públicas, que significaba la reorganización militar, y para atenuar el disgusto insinuó que el proyecto podría ser modificado. No había, en tanto, vacilaciones en Berlín, pues el 16 de agosto, sin esperar la paz de Praga y en virtud de una ley votada por el Parlamento prusiano, Guillermo I tomó posesión para sí y sus sucesores del gobierno del reino de Hannover, del electorado de Hesse, del ducado de Nassau y de la ciudad libre de Francfort. Una diputación de hannoverianos se presentó al rey de Prusia para suplicarle que conservase el reino de Hannover y su dinastía; pero Guillermo contestó que, á pesar de ser pariente de la casa de Hannover, se veía obligado á cumplir el penoso deber de anexionar el citado reino á sus Estados. Otra ley votada el 20 de septiembre dispuso la incorporación para siempre á la monarquía prusiana de Hannover, Hesse, Nassau y Francfort.

La Cámara de los diputados de Berlín, en la que dominaban los nacionales liberales, había en su mensaje «saludado con júbilo y gratitud la incorporación de territorios alemanes á Prusia.» El dictamen de la comisión indica cuál era la opinión del país y de sus representantes. En él recordaba que Bismarck había invocado sin restricción á favor de Prusia el derecho de conquista, y se consignaba que el Estado prusiano debía apoyarse en otro derecho que no fuese el de conquista; pero la mayoría de la comisión reconocía que tal derecho existe en tanto que existe la guerra, pues el de gentes moderno, al igual que la doctrina antigua, enumera la conquista como uno de los medios de adquirir territorios. La comisión añadía que la idea de hacer sancionar el citado derecho «por el

sufragio universal, no había sido aceptado por la comisión, porque el tal sufragio se funda más en la apariencia que en la realidad.»

Durante el invierno de 1866 á 1867 la diplomacia francesa y austriaca procuraron atraerse á Rusia con motivo de la insurrección de Creta contra los turcos, insurrección sostenida por el apoyo indirecto de Grecia. Los gabinetes de



Emilio Ollivier

Viena y de las Tullerías deseaban ponerse de acuerdo con el de San Petersburgo para modificar el estado de cosas establecido en 1856 por la paz de París; pero Gortchakoff no se dejó convencer.

El 11 de diciembre de 1866, la bandera francesa fué reemplazada en el castillo de San Angelo por la pontificia. Según dijo el general Montebello al despedirse del Padre Santo, el gobierno del emperador Napoleón, con una idea de respeto y adhesión filial, sustituía á la ocupación militar, que había durado diez y siete años, una protección moral tan importante y no menos eficaz, afirmación que no tranquilizó á los católicos.

Napoleón se propuso hallar en la política interior la fuerza que había perdido en la exterior por sus fracasos en Méjico y en la cuestión prusiana, y pensó

en lo que él llamaba el coronamiento del edificio. La oposición había aumentado en número, pero no era tan irreducible como antes, pues los diputados por los departamentos que á ella pertenecían, se mostraban contrarios á la revolución y algunos de los de París asistieron á la sesión de apertura, cosa que antes evitaban para no encontrarse con el emperador. Ollivier, uno de los cinco, había declarado que la oposición se mostraría leal y enemiga de triquiñuelas. La formación del tercer partido hizo visibles progresos, protegida por el presidente duque de Morny, que deseaba se atrajera á parte de la izquierda y tomó particularmente bajo su protección á Ollivier y Darimón. A fines de marzo de 1864 logró la elección de Ollivier como ponente de una comisión, á pesar de que Rouher había inducido al emperador á pronunciarse contra este nombramiento. Desde aquel momento se vió Ollivier atacado por la prensa de oposición, acusado de renegar de su pasado, y la izquierda cesó de invitar á él y á Darimón á sus conferencias preparatorias. Como era natural, esto le empujó más hacia la derecha y se puso más en contacto con Morny.

Algunas señales indicaron que el emperador se inclinaba á las concesiones; pero los partidarios de ellas sufrieron una gran pérdida al morir en marzo de 1865 el duque de Morny, que en las semanas anteriores había trabajado para preparar la entrada de Ollivier en el ministerio, quien en un discurso fijó su posición política en términos que le aproximaron al tercer partido. Rouher estaba entonces dispuesto á admitirle, á restablecer la libertad de la prensa, á conceder á la Cámara el derecho de interpelación, á abolir la discusión de contestación al discurso del trono y á aceptar la compatibilidad del cargo de diputado con el de ministro, disposiciones todas que significaban la vuelta al sistema parlamentario, aunque manteniendo la responsabilidad imperial.

Schnéider comparó al país con un enfermo que deseaba cambiar de posición, y Merimee observó con satisfacción que los partidos extremos eran más tratables. Por aquel entonces publicó el emperador la primera parte de su *Historia de Julio César*, recibida por el público más como un manifiesto político en el sentido del poder personal y por lo tanto contrario á lo que se esperaba, que como un trabajo histórico.

Napoleón aún vacilaba, vacilaciones que aumentaban el descontento, pues cuando no se sigue una política fija, el que espera se impacienta. El discurso del trono pronunciado en la legislatura de 1866, no les alentó, y en estas circunstancias, el tercer partido creyó necesario fijar su posición claramente por medio de una enmienda á la contestación al discurso del trono, en la cual decía que Francia, unida por lazos robustos á la dinastía que le garantizaba el orden, creía indispensable que se ampliasen las reformas de 1860. El número de firmas llegó pronto á cuarenta y dos, y á sesenta y uno los votos.

Rouher no mostró la menor intención de apoyar al tercer partido, y á fin de desvanecer toda duda sobre lo inadmisibile de estas pretensiones, hizo que el Senado votase el senadoconsulto del 18 de julio de 1866, que declaró de nuevo

en términos precisos que á aquel alto cuerpo exclusivamente correspondía el derecho de discutir modificaciones constitucionales.

Los rumores sobre la salud del emperador aumentaban la intranquilidad. Darimón escribía en su diario á principios de octubre de 1866: «El imperio pierde fuerzas, lo cual no quiere decir que se derrumbe; sin embargo, pasa por una crisis que según las circunstancias puede resultar saludable ó pernicioso. El emperador se ha apartado de los principios que le guiaban al comenzar su reinado, y todavía no ha encontrado un nuevo camino. Procede como fascinado, y aun á los hombres de inteligencia más clara cuesta trabajo seguirle en sus vacilaciones caprichosas.» A medida que mejoró la salud de Napoleón fué recobrando su energía y serenidad, y volvió á pensar en hacer concesiones, tal vez influido por las reformas militares proyectadas, cuya realización exigía grandes sumas que habían de emplearse en el nuevo armamento del ejército. Un decreto del 30 de agosto de 1866 ordenó la adopción del fusil inventado por Chassepot, que éste había presentado al gobierno ya en 1858, pero para el cual sólo á fines de 1865 se consiguió construir un cartucho á propósito. Todo estaba preparado para la fabricación de la nueva arma, de la cual debían entregarse diariamente mil fusiles al precio de setenta francos. Estos gastos se conciliaban muy mal con el sistema de economías que representaba Fould, el ministro de Hacienda; de suerte que se acercaba el momento en que el emperador debería separar de su lado á este ministro, y al separarle se vería obligado á dar al país una satisfacción con algunas concesiones liberales. Por otra parte, la proyectada ley del servicio militar que suprimía la sustitución de los quintos, era impopular en el campo como en las ciudades, y el solo rumor de que en adelante no habría «números favorables» indignó tanto á la población rural, con cuyo apoyo hasta entonces se había podido contar, que los diputados elegidos como candidatos oficiales temieron no ser reelegidos si la ley era aprobada. No fué, pues, extraño que en la mayoría hubiera cada vez más individuos que vacilaran y que se preguntaran si no les era más conveniente afiliarse al tercer partido.

La actitud de Walewski favoreció esta disposición de los ánimos, pues aconsejó al emperador que concediese nuevas reformas. Durante la estancia en Compiègne, en otoño, obtuvo el asentimiento de Napoleón para el proyecto que autorizaba á los ministros á tomar parte en los debates parlamentarios; reemplazaba la contestación al discurso de la corona con el derecho de interpelación, y hacía algunas concesiones en la legislación sobre la prensa. Con motivo de esta ley, entró en negociaciones con Ollivier, con el asentimiento de Napoleón; pero Ollivier pidió concesiones mayores, en particular que la prensa no estuviese bajo la acción discrecional del gobierno, la compatibilidad del cargo de diputado con el de ministro y la renuncia á la ley del servicio militar. Con estas condiciones estaba pronto Ollivier á ocupar el puesto de Rouher en el gobierno, ó á ser su colega si éste las aceptaba. Era imposible de momento una

inteligencia con Napoleón, porque Ollivier no quería aumentar la carga de contribuciones con la reforma del ejército y pedía una política pacífica decidida. El 10 de enero vió al emperador, y si bien terminó la conferencia quedando ambos favorablemente impresionados, se renunció á la entrada de Ollivier en el ministerio. El mismo Ollivier declaró á Napoleón que podría ser más útil al gobierno apoyándolo independientemente, pues el emperador tenía bastante con Rouher. A la comunicación por escrito de sus ideas de reforma, contestó Napoleón en una carta muy atenta, fechada en 15 de enero, en la cual decía: «Créame usted: no es la indecisión ni la presunción vanidosa de mi prerrogativa lo que me hace vacilar, sino el temor de renunciar á los medios de restablecer el orden moral, base esencial de la libertad.» A renglón seguido exponía las dificultades que ofrecía el dar libertad á la prensa, é indicaba con grande acierto lo mucho que importaba efectuar el coronamiento del edificio de un golpe, pues «no es conveniente que se me obligue cada año á nuevas concesiones, porque, como dice Guizot, uno cae siempre del lado á que se inclina.» Terminaba la carta diciendo que Ollivier le había inspirado completa confianza, añadiendo que su conformidad con sus ideas les daba todavía mayor valor. Hubo después otra conversación en la cual el emperador se mostró dispuesto á conceder la responsabilidad ministerial, el derecho de reunión y una ley sobre la prensa; diciendo, sin embargo, que estas concesiones se calificarían de insignificantes si no resucitaba por completo el sistema parlamentario, pues parecía que, á pesar de todas las libertades que el pueblo disfrutaba, no había concedido todavía ninguna. No tenía Napoleón el sincero impulso necesario para seguir una nueva política interior ni la confianza en su éxito, y por esto lo que entonces hizo llevó el sello de un cambio á medias. En el consejo de ministros del 17 de enero anunció el emperador á sus consejeros su intención de conceder una ley liberal de imprenta y la libertad de reunión, rogándoles al mismo tiempo que permanecieran en sus puestos. Rouher indudablemente tenía motivo para mostrarse ofendido por lo ocurrido durante las últimas semanas, porque Walewski no le había dado noticia de la conversación de Ollivier con el emperador ni de haberse ofrecido á aquél un ministerio, é igualmente ignoraba que el emperador se hubiese inclinado á favor de las reformas. Por esto declaró conveniente que todos los ministros presentasen su dimisión para dejar al emperador en libertad. Así se hizo, y el *Monitor* publicó el 19 de enero, á la vez que la dimisión, los nuevos decretos acompañados de una carta del emperador á Rouher, en la cual decía que lejos de conmovier las innovaciones las bases á las cuales el país debía quince años de paz y prosperidad, las consolidarían si se coronaba con nuevas garantías el edificio levantado por la voluntad del pueblo. Añadía que había llegado la hora de dar á las instituciones del Imperio el desarrollo de que eran capaces. En adelante cualquier ministro, por encargo especial del emperador, podría representar las ideas del gobierno en el Senado ó en el cuerpo legislativo; se concedió á las dos grandes corporaciones el dere-

cho de admitir interpelaciones, bajo la condición de que en el Senado fuesen aprobadas las tales interpelaciones previamente por dos de las cuatro secciones, y en el cuerpo legislativo por cuatro de las nueve secciones. En cambio se suprimiría el debate de contestación al discurso del trono, que había excitado sin ningún provecho las pasiones y había dado lugar á discusiones estériles. Con más energía que esta carta hizo resaltar el periódico oficial en sus notas explicativas que no se trataba de una modificación de la Constitución; que los ministros no podían ser diputados y eran responsables únicamente ante el emperador cada uno por las disposiciones que tomara en su ramo. En esta inteligencia no había motivo para que Rouher y sus colegas mantuvieran su dimisión; pero insistieron en ella Fould, Randón y Chasseloup-Laubat, encargándose Rouher de Hacienda además del ministerio de Estado, Niel de la Guerra y Rigault de Genouilly de la Marina. Lavalette persistió al principio en su primera resolución, diciendo que no tenía práctica de hablar ante la Cámara; pero al fin cedió á las instancias de la emperatriz, y entonces retiraron también los demás ministros su dimisión sin ninguna dificultad. Los decretos perdieron con esto su importancia en la opinión pública, que creyó ver una ficción en las reformas, cuya realización se quería fuese confiada á personas nuevas, puesto que de una política nueva se trataba, para la que no estaban capacitados los ministros antiguos. Los propósitos del emperador eran sinceros, pero debió temer que se atribuyera el mérito de las reformas exclusivamente á Ollivier si daba á éste el poder, y al servirse de Rouher quiso dar á entender que las reformas no eran el programa de un ministro, sino que se debían únicamente á la iniciativa imperial. Lo que había de acertado en este cálculo quedó muy debilitado por la circunstancia de que nadie creía en las simpatías sinceras de Rouher respecto del nuevo sistema, y su conducta confirmó este juicio. Se aseguró á la mayoría que los decretos de enero no habían sido resultado de la enmienda de los cuarenta y dos, sino que el emperador había tenido en cuenta «el progreso prudente» de la libertad que la mayoría había recomendado en la contestación al discurso del trono. Respecto á Ollivier observó el ministro de Estado una actitud muy fría.

Al abrirse la legislatura después de las concesiones, Napoleón habló en el discurso del trono de las grandes aglomeraciones de los pueblos, teoría que hizo remontar á Napoleón I. Mostróse seguro y satisfecho y dijo que la paz no se turbaría, pero que convenía aumentar las fuerzas defensivas de Francia para que fuese invulnerable. No olvidó encomiar las reformas liberales. Las conferencias que conforme al deseo del emperador había de celebrar Rouher con Ollivier con motivo de las prometidas leyes sobre la prensa y la libertad de reunión, se paralizaron luego, y un incidente parlamentario hizo irremediable el rompimiento. Ollivier quiso tomar la palabra en la sesión del 26 de febrero; Rouher pretendió que á él le correspondía, y habló con tanta extensión que al fin la mayoría pidió que se declarase el punto bastante discutido, de modo

que Ollivier no tuvo más remedio que conformarse con la exposición y el discurso del ministro. El disgusto de Ollivier aumentó y su posición se hizo insoportable, pues apenas estaba en contacto con la izquierda, los jefes del tercer partido no querían dejarse obscurecer por él, en quien veía un enemigo peligroso la mayoría, que fundó un círculo convertido en centro de la resistencia á las reformas. Una de sus primeras intrigas fué impedir, por cierto con buen éxito, que Ollivier fuese elegido para la comisión que había de dar dictamen sobre la ley de imprenta, no obstante la declaración de Walewski de que el emperador deseaba su elección. Walewski presentó su dimisión de presidente y fué nombrado Schnéider.

La mayoría, más imperialista que el emperador, aplazaba dictaminar sobre los proyectos de ley de imprenta y de reunión para que no se aplicasen. Causó alguna inquietud la autorización concedida para fundar sesenta y siete periódicos políticos nuevos, de los cuales correspondían veintinueve á París. A esto se agregaron rumores de que el emperador se impacientaba y meditaba la disolución de la Cámara, lo que se atribuía á la aversión de la mayoría á la ley del servicio militar y al disgusto que causaban á Napoleón las ideas reaccionarias de la misma mayoría; pero la verdad era que los adversarios más ardientes de las reformas hablaban del emperador en ciertos momentos de la manera más irrespetuosa, oyéndose expresiones como éstas: «Si ya no sabe gobernar, que se vaya; no puede hacerse nada con él, pues parece una persona que está empeñada en arrojarse por la ventana; se ha emponzoñado á la mayoría con los decretos de enero, y urge que arroje el veneno antes de que sea tarde.» Al fin las comisiones tuvieron que presentar á mediados de junio, y á pesar de su repugnancia, sus dictámenes, cuya discusión se aplazó hasta noviembre. Disgustado Ollivier por el aplazamiento, desahogó su cólera á costa de Rouher, diciendo que los unos le llamaban primer ministro, otros gran visir y otros mayordomo, pero que en realidad era un vice-emperador irresponsable, que se oponía con todas sus fuerzas á la transición del gobierno de la dictadura á la libertad. Estas frases hirieron á Napoleón, que respondió enviando al fin de la legislatura á Rouher la gran cruz de la Legión de Honor con una carta muy afectuosa «para indemnizarle de los injustos ataques de que era blanco.» No se creyó que el emperador, al hacer tal manifestación, sólo hubiera pensado en el debate sobre la expedición mejicana, en el cual Favre el día antes había dicho á Rouher que en un país libre se le formaría causa. Por lo demás, desde aquel momento Ollivier rompió otra vez completamente sus relaciones con las Tullerías.

El proyecto de ley de organización del ejército, á pesar de que su discusión era tan urgente como necesaria, también fué aplazado, gracias á que la mayoría, falta de perspicacia y de elevación de miras, á la par que temerosa de los sacrificios que el proyecto exigía, y la oposición, por la desconfianza que el gobierno le inspiraba, estaban mal dispuestas; á lo que hay que añadir que el gobierno vacilaba en arrostrar los debates, á pesar de que no se le ocultaba que no se

debía perder tiempo, porque Francia no podía continuar sin disponer de un buen ejército. Ciertamente que el proyecto de ley atenuaba el primitivo plan de la comisión extraparlamentaria, pues si bien conservaba los nueve años de servicio, los cinco primeros se prestaban en activo ó en la reserva y los otros cuatro en la guardia móvil. El gobierno podría llamar la reserva al activo, aun en tiempo de paz; pero á la guardia móvil sólo se la llamaría en virtud de una ley ó de decreto, que debería convertirse en ley en el espacio de veinte días. Se llamaba á todos á las armas, mas esto no era aún el verdadero servicio obligatorio, pues se admitía la redención á metálico para el servicio activo, y mediante sustitución para la reserva y la guardia móvil.

Si la legislatura fué infecunda para los verdaderos intereses de Francia, porque las pasiones políticas no permitieron hacer lo que necesitaba, en cambio abundaron los incidentes provocados por los partidos. La discusión sobre política extranjera fué ruidosa, pues M. Thiers recordó la historia de la política francesa desde el siglo XVI; opuso á la teoría de las nacionalidades que, según él, había extraviado al gobierno imperial y perjudicado á Francia, la del equilibrio europeo, que sostuvo constituía la tradición francesa. Thiers asimilaba la unidad de Alemania á la de Italia, y lamentaba que ésta se hubiese realizado, porque había traído aquélla. Las conclusiones de M. Thiers fueron que había que oponerse á que la unidad de Alemania se completase. «La verdadera política, dijo, consiste, admitiendo los hechos consumados, en declarar en voz alta que no se permitirá que se vaya más lejos; lo que no es reaccionar contra los acontecimientos, sino contenerlos, suspenderlos ó, cuando menos, aplazarlos.»

Para esta política se necesitaba un ejército fuerte, pues si Prusia pudo realizar sus planes se debió á que Francia no estaba preparada, y los diputados no se mostraban dispuestos á apresurar la reorganización.

M. Thiers no aconsejaba que se declarase la guerra á Prusia, pero sí que Francia se aproximara á Inglaterra, á Austria y á los pequeños Estados mientras se preparaba para la lucha. Consecuente con sus afirmaciones, aprobaba las reformas militares. Veía claro y sacrificaba los intereses de partido á los nacionales; pero, por desgracia, no todos los diputados estaban dispuestos á hacer el mismo sacrificio. Sus conclusiones merecían ser meditadas por todos los franceses, hasta por los que no admitían sus teorías. Después de haber enumerado todos los errores del gobierno imperial, le dirigió estas terribles palabras: «Ya no le queda ninguna falta por cometer.»

Grande fué la impresión que produjo el discurso, sin exceptuar á la misma mayoría. M. Rouher se mostró enérgico al contestarle, diciendo que no se había cometido una sola falta y que la situación al otro lado del Rin era mejor para Francia que antes, pues Alemania quedaba dividida en tres grupos, entre los cuales contaba al Austria alemana. Como consecuencia, Francia podía mirar el porvenir con profunda tranquilidad. Julio Favre replicó al ministro con este dilema: «O vuestro discurso no es más que una exageración que no se apoya



en los hechos reales, ó debéis retirar vuestro proyecto de ley militar.» Tenía razón.

Los debates pusieron de manifiesto las ilusiones de los hombres de la izquierda respecto á Alemania. Garnier Pagés se hallaba tan atrasado que estaba en los tiempos de 1848 y no había pasado del pacto fraternal propuesto por la segunda constituyente al Parlamento de Francfort; y tan grande era su candidez, que creía que en Alemania la opinión se pronunciaba cada vez con mayor energía contra Bismarck, cuya obra, afirmaba, «encontrará obstáculos que la destruirán.» Emilio Ollivier preconizaba la alianza franco-alemana, y si bien admitía que se impidiese á Prusia que acabase la unificación de Alemania por la fuerza, no quería que se pusiesen obstáculos á que Alemania se unificase libremente.

El término del debate fué ruidoso. Thiers había criticado el principio, con frecuencia emitido por Napoleón, que consistía en que el pueblo sancionara ó rechazara las anexiones por medio del plebiscito. M. Rouher aprovechó la ocasión para defender el derecho de las naciones y la soberanía del pueblo, y provocó una tempestad parlamentaria para levantar el espíritu de la mayoría. «La nación, dijo, proclamó libre y espontáneamente á Luis Napoleón después del 2 de diciembre.» Al oír esto, la izquierda se levantó lanzando gritos de ira; y Thiers, uniéndose á los republicanos, exclamó: «No habléis del 2 de diciembre delante de aquellos á quienes proscibió.» No se amilanó Rouher, quien replicó que el 2 de diciembre había salvado á Francia. Se cruzaron de banco á banco los más violentos apóstrofes, y de pie mayoría y minoría, se amenazaban y estaban á punto de pasar de las palabras á los hechos. La orden del día fué votada por 219 contra 45.

Bismarck desvaneció la teoría de Rouher que dividía Alemania en tres grupos, publicando los tratados secretos firmados por Prusia con los Estados del Sur del Mein. ¿Lo sabía el gobierno francés? Sí, según revelaciones posteriores de M. Rothan, entonces encargado de Negocios en Francfort. Bismarck había dado noticia de dichos tratados al embajador francés bastante tiempo atrás; pero en el Parlamento los gobiernos, acosados por las oposiciones, que con tal de herir desnaturalizan los hechos, suelen defenderse atenuando y también ocultando la verdad.

## XXVI

## CUESTIÓN DEL LUXEMBURGO. — EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1867

A pesar de las palabras pacíficas del emperador y de sus ministros, la opinión estaba preocupada porque temía que estallase la guerra. Napoleón estaba empeñado en anexionarse algún territorio, teniendo más en cuenta el efecto que el hecho produciría en los franceses, que la importancia del pedazo de tierra que se unía á Francia. Hemos dicho que después de haber desistido de la rectificación de frontera en el Rhin y luego de la anexión de Bélgica, pensó en el Luxemburgo, cuya parte oriental formaba un gran ducado perteneciente al rey de Holanda. Como Bismarck no le secundara, resolvió dirigirse directamente al monarca holandés para comprárselo. La adquisición hubiera tenido alguna importancia desde el punto de vista estratégico, pues las fortificaciones construídas por Vaubán habrían protegido la frontera francesa. El Luxemburgo había entrado á formar parte de la Confederación germánica en 1815, y en su nombre Prusia daba guarnición á sus plazas.

Bismarck había aconsejado á Napoleón que tratase con el rey de Holanda y ultimase el asunto antes de la reunión del Reichstag ó Parlamento de la nueva Confederación; pero Napoleón no aprovechó el consejo, dado en septiembre de 1866, y hasta febrero de 1867 no entabló las negociaciones con el rey de Holanda, á quien en marzo aseguró el embajador francés que no había que temer ninguna objeción de Berlín; la anexión sería ratificada por un plebiscito y se fijaría la indemnización. El rey accedió á medias diciendo: «Pues bien; yo no digo que no,» prometiendo tener el asunto secreto. Moustier autorizó al embajador para ofrecer cuatro ó cinco millones de francos y firmar los dos tratados.

Cuando el despacho de Moustier llegó á la Haya, había ya sospechado el rey que no existía la mejor armonía entre Francia y Prusia, y propuso al embajador francés encargar de la cesión á las potencias firmantes del tratado de 1839. En vista de esto Moustier ordenó á Benedetti que obtuviese la adhesión de Prusia; pero Bismarck le declaró que no solamente tenía que contar con el rey, sino también con el Parlamento y con la opinión pública, por cuyo motivo no podía autorizar á nadie para declarar que Prusia había consentido en la incorporación del Luxemburgo á Francia; pero como nadie había protestado contra la anexión, el rey de Holanda creyó que podría ceder é hizo te-

en los hechos reales, ó debéis retirar vuestro proyecto de ley militar.» Tenía razón.

Los debates pusieron de manifiesto las ilusiones de los hombres de la izquierda respecto á Alemania. Garnier Pagés se hallaba tan atrasado que estaba en los tiempos de 1848 y no había pasado del pacto fraternal propuesto por la segunda constituyente al Parlamento de Francfort; y tan grande era su candidez, que creía que en Alemania la opinión se pronunciaba cada vez con mayor energía contra Bismarck, cuya obra, afirmaba, «encontrará obstáculos que la destruirán.» Emilio Ollivier preconizaba la alianza franco-alemana, y si bien admitía que se impidiese á Prusia que acabase la unificación de Alemania por la fuerza, no quería que se pusiesen obstáculos á que Alemania se unificase libremente.

El término del debate fué ruidoso. Thiers había criticado el principio, con frecuencia emitido por Napoleón, que consistía en que el pueblo sancionara ó rechazara las anexiones por medio del plebiscito. M. Rouher aprovechó la ocasión para defender el derecho de las naciones y la soberanía del pueblo, y provocó una tempestad parlamentaria para levantar el espíritu de la mayoría. «La nación, dijo, proclamó libre y espontáneamente á Luis Napoleón después del 2 de diciembre.» Al oír esto, la izquierda se levantó lanzando gritos de ira; y Thiers, uniéndose á los republicanos, exclamó: «No habléis del 2 de diciembre delante de aquellos á quienes proscibió.» No se amilanó Rouher, quien replicó que el 2 de diciembre había salvado á Francia. Se cruzaron de banco á banco los más violentos apóstrofes, y de pie mayoría y minoría, se amenazaban y estaban á punto de pasar de las palabras á los hechos. La orden del día fué votada por 219 contra 45.

Bismarck desvaneció la teoría de Rouher que dividía Alemania en tres grupos, publicando los tratados secretos firmados por Prusia con los Estados del Sur del Mein. ¿Lo sabía el gobierno francés? Sí, según revelaciones posteriores de M. Rothan, entonces encargado de Negocios en Francfort. Bismarck había dado noticia de dichos tratados al embajador francés bastante tiempo atrás; pero en el Parlamento los gobiernos, acosados por las oposiciones, que con tal de herir desnaturalizan los hechos, suelen defenderse atenuando y también ocultando la verdad.

## XXVI

## CUESTIÓN DEL LUXEMBURGO. — EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1867

A pesar de las palabras pacíficas del emperador y de sus ministros, la opinión estaba preocupada porque temía que estallase la guerra. Napoleón estaba empeñado en anexionarse algún territorio, teniendo más en cuenta el efecto que el hecho produciría en los franceses, que la importancia del pedazo de tierra que se unía á Francia. Hemos dicho que después de haber desistido de la rectificación de frontera en el Rhin y luego de la anexión de Bélgica, pensó en el Luxemburgo, cuya parte oriental formaba un gran ducado perteneciente al rey de Holanda. Como Bismarck no le secundara, resolvió dirigirse directamente al monarca holandés para comprárselo. La adquisición hubiera tenido alguna importancia desde el punto de vista estratégico, pues las fortificaciones construídas por Vaubán habrían protegido la frontera francesa. El Luxemburgo había entrado á formar parte de la Confederación germánica en 1815, y en su nombre Prusia daba guarnición á sus plazas.

Bismarck había aconsejado á Napoleón que tratase con el rey de Holanda y ultimase el asunto antes de la reunión del Reichstag ó Parlamento de la nueva Confederación; pero Napoleón no aprovechó el consejo, dado en septiembre de 1866, y hasta febrero de 1867 no entabló las negociaciones con el rey de Holanda, á quien en marzo aseguró el embajador francés que no había que temer ninguna objeción de Berlín; la anexión sería ratificada por un plebiscito y se fijaría la indemnización. El rey accedió á medias diciendo: «Pues bien; yo no digo que no,» prometiendo tener el asunto secreto. Moustier autorizó al embajador para ofrecer cuatro ó cinco millones de francos y firmar los dos tratados.

Cuando el despacho de Moustier llegó á la Haya, había ya sospechado el rey que no existía la mejor armonía entre Francia y Prusia, y propuso al embajador francés encargar de la cesión á las potencias firmantes del tratado de 1839. En vista de esto Moustier ordenó á Benedetti que obtuviese la adhesión de Prusia; pero Bismarck le declaró que no solamente tenía que contar con el rey, sino también con el Parlamento y con la opinión pública, por cuyo motivo no podía autorizar á nadie para declarar que Prusia había consentido en la incorporación del Luxemburgo á Francia; pero como nadie había protestado contra la anexión, el rey de Holanda creyó que podría ceder é hizo te-

legrafiar al emperador que consentía en la cesión. Moustier escribió á Benedetti: «Hemos llegado al punto decisivo; tome usted todas las precauciones. El emperador considera la cosa como concluída. Volver atrás es imposible.»

Los jefes de casi todos los partidos se propusieron interpelar á Bismarck para saber si el gobierno prusiano tenía noticia de las negociaciones y si estaba decidido á asegurar la unión del Luxemburgo con Alemania de una manera permanente y el derecho de Prusia á mantener guarnición en aquella plaza. En este caso los interpelantes prometían al gobierno el apoyo unánime de todos los partidos. Fuera del Parlamento, en la prensa y en el público fué grande la agitación, y Benedetti telegrafió á París que Bismarck temía que no fuera posible dominar el movimiento. En tanto el embajador prusiano suplicaba á Moustier que desistiera. En la mañana del 1.º de abril, en que se hizo la interpelación, Benedetti tuvo una conversación con Bismarck, quien le dijo que si se anunciara al Parlamento que era ya un hecho el tratado entre Francia y Holanda, habría una manifestación de un alcance extraordinario, por cuyo motivo sólo haría semejante comunicación si el embajador francés le autorizaba. Benedetti no quiso dar la autorización, y Bismarck se limitó á decir en el Parlamento que no sabía si estaba ultimado ó no el tratado, y manifestó la esperanza de que se lograría sostener los derechos alemanes sin peligro de las relaciones amistosas. El tratado no se firmó aquel día en el Haya porque el ministro de Holanda advirtió que debía figurar entre los firmantes el presidente del gobierno de Luxemburgo, Tornaco, y que hasta su llegada era preciso aplazar el acto, aplazamiento que agnó el negocio, pues al conocerse lo ocurrido en el Parlamento alemán, el embajador de Prusia en el Haya aconsejó en nombre de su gobierno que se renunciara á la cesión del Luxemburgo en interés de la paz, y el ministro de Holanda se negó á firmar, fundándose en que la pretendida armonía entre Francia y Prusia no existía.

Napoleón se indignó y pareció decidido á la guerra á pesar de la Exposición universal, que acababa de abrir solemnemente el mismo 1.º de abril. Trabajó asiduamente con su ministro de la Guerra Niel y con los generales Lebœuf y Trochu, y hasta se llegaron á enviar órdenes á Argelia y á los departamentos del Mediodía para concentrar tropas. Pero el gobierno francés no podía pensar seriamente en la guerra, atendido el estado de su ejército; pues si bien el mariscal Niel declaraba públicamente que el gobierno tenía resolución y fuerza, en el seno de la confianza decía que jamás aconsejaría una guerra sin aliados, y que primero se dejaría descuartizar que declararla. Moustier trabajó en este sentido. Se habló de acudir á las potencias firmantes de los tratados de 1839; después declaró que Francia no tomaría la iniciativa de la consulta, pero consentiría que se examinaran los tratados y que las otras grandes potencias resolvieran sobre el derecho de Prusia á mantener guarnición en el gran ducado. Bismarck hizo declarar en Londres que Prusia, en vista de la situación del momento, no podía consentir en la evacuación de la fortaleza de Luxemburgo, pero al mismo tiempo

se mostró dispuesto á aceptar una proposición de Beust según la cual podía unirse el Luxemburgo á Bélgica y ser declarado por lo mismo país neutral, cediendo Bélgica á Francia algún territorio (Philippeville y Marienburgo). A esto se opuso el rey de Bélgica y Napoleón no quiso oír hablar de este arreglo, pues consideró en aquella situación más propio de su dignidad no aceptar un au-



Moustier, ministro francés

mento insignificante de territorio. La neutralización del Luxemburgo permitía á Prusia renunciar á su derecho de guarnecerlo.

Siempre activo Bismarck, quiso aliarse con Austria para paralizar la acción de Francia, y para lograrlo se valió de la mediación del gobierno bávaro; pero el barón de Beust conservaba la esperanza de tomar á la primera ocasión favorable el desquite de Koniggratz, y se opuso; mas sabiendo que ni Austria ni Francia se hallaban suficientemente preparadas para la guerra, se encargó de mediar, con lo cual contribuyó á evitar el conflicto armado. La neutralización del Luxemburgo también era factible. El príncipe Gortchakoff propuso resolver la cuestión en este sentido en una conferencia, y accedió Bismarck. Prusia pedía para renunciar á su derecho que la neutralidad del Luxemburgo

fuese garantida por todas las grandes potencias; mas Inglaterra no quiso contraer semejante obligación. El plenipotenciario ruso, Brunnow, presentó una fórmula según la cual cada gran potencia respondería individualmente de la neutralidad del gran ducado, aunque no respondiesen todas colectivamente, lo cual Inglaterra interpretó en el sentido de que quedaba libre de todo compromiso siempre que otra gran potencia retirase su concurso. Según esta interpretación, la garantía sería ilusoria en el momento en que hubiera de hacerse efectiva, es decir, si una gran potencia fronteriza faltase á la neutralidad del gran ducado, separándose así de la garantía colectiva; pero el deseo de acabar con tan enojoso asunto fué tan general, que los conferenciantes prescindieron de este contrasentido, y después de cinco días de conferencias firmaron el convenio de Londres del 11 de mayo, según el cual Francia renunció á la anexión del Luxemburgo, Prusia á su derecho de guarnición y el rey de Holanda prometió arrasar la fortaleza y no reconstruirla nunca. Se reconoció también la separación completa de Alemania, de Limburgo, y su reunión con Holanda. En vista de las declaraciones del gobierno inglés, dadas unas cuatro semanas después en la Cámara de diputados y en la de los lores, la garantía colectiva en definitiva se redujo á que cada potencia aisladamente tenía el derecho de defender con las armas la neutralidad del Luxemburgo, pero que ninguna de ellas estaba obligada á ello.

Durante toda la crisis la diplomacia francesa observó la más prudente reserva, pero el ministerio de la Guerra hizo los mayores esfuerzos activando sus armamentos. Moustier escribió en 6 de abril á Benedetti: «Nos han inferido una herida grave, no podemos ocultarlo, y nuestra confianza en Bismarck está tan quebrantada, que no podemos explicar su conducta de otra manera que creyendo que nos ha tendido un lazo confiando en nuestra buena fe. Hemos estado expuestos á una guerra; muchos creen que la intención de Prusia ha sido irritarnos y que nos irritará también más adelante... De todos modos procuraré que todo buen propósito del gabinete de Berlín halle abierta nuestra puerta, sin que por esto cuente con semejante contingencia; pero si Bismarck llega á buscar intencionadamente motivo de contienda, nos encontrará.»

Los armamentos habían progresado en aquellas semanas notablemente: el ejército de Argelia estaba á punto de embarcarse en Argel; el campamento de Chalóns se había abierto antes de la época acostumbrada y contenía doble número de tropas que en otro tiempo; se habían entregado á los depósitos seiscientos mil chassepots y se esperaban nuevas remesas de España y de América; se pertrecharon las fortalezas; en Metz se reunió un inmenso parque de artillería; se habían llevado á Estrasburgo lanchas cañoneras; se habían llamado las reservas de 1864 y 1865; no se había licenciado la quinta de 1860, y en todas partes, en Hungría, en Suiza y en Italia estaba comprando el gobierno francés caballos y mulas. No obstante, faltaba todavía mucho para que Francia estuviera realmente preparada para la guerra, pues á Napoleón convenía establecer la

nueva ley del servicio militar y asegurarse alianzas antes de emprender nada contra Alemania. A estos dos últimos puntos se dirigió su atención sin desviarse, y éste fué motivo bastante para que evitara que la guerra estallase antes de tiempo. A esto se agregaba el deseo de no echar á perder la Exposición Universal de París, á la que debían acudir muchos soberanos, entre ellos el rey de Prusia, y que atraería á París á millares los extranjeros. Napoleón gozaría una vez más con tranquilidad del poderío y magnificencia del Imperio. A pesar del lenguaje belicoso de muchos periódicos de París, la opinión pública se alegraba de la conservación de la paz.

El 1.º de abril de 1867 Napoleón inauguró la Exposición en medio de las aclamaciones de los expositores. El emperador se había propuesto asombrar á Francia y á Europa levantando un gigantesco edificio de construcción ligera, destinado á desaparecer al terminar la Exposición, é instalando en el Campo de Marte los productos del arte y de la industria de Europa y del mundo entero. En una serie de círculos concéntricos había cafés, fondas y salas de concierto, donde se saboreaban los manjares y se oía la música de todos los países. Jardines improvisados servían de cuadro á palacios árabes, egipcios, chinos, persas, y allí se veían edificios que eran modelos de la arquitectura de todos los pueblos, desde la choza del salvaje al palacio gótico y oriental. Al otro lado del Sena, Mr. Haussmann había dispuesto una colina, á la que se subía por una suave pendiente y desde cuya altura se abarcaba el Campo de Marte, tan admirablemente transformado. El palacio de la Exposición producía extraordinario efecto y encerraba una rica y sorprendente variedad de todos los productos de la Industria y de las Bellas Artes, unidos á la Arqueología y las ciencias aplicadas, proporcionando mil medios variados de comparación respecto á los adelantos de los diferentes países.

En mayo de 1867 estaba en todo su esplendor y afluían á París millares de visitantes procedentes de Europa, de América y también de Oriente. El tsar Alejandro II llegó á París el 1.º de junio, y pocos días después el rey Guillermo de Prusia, acompañado de Bismarck. Durante su permanencia en la capital de Francia abundaron las grandiosas fiestas dadas por Napoleón en obsequio de sus coronados huéspedes, y mientras el emperador trataba de atraerse á Alejandro II y, por tanto, á alejarle de Prusia, el rey Guillermo y Bismarck cuidaban de que no se enfriasen las simpatías existentes entre San Petersburgo y Berlín. Hay que confesar que los acontecimientos, debidos á la pasión política, contrariaron á Napoleón y favorecieron á Bismarck. El 6 de junio el emperador ofreció al tsar y al rey de Prusia el espectáculo de una revista de sesenta mil hombres de la guardia imperial y de otros cuerpos; y al regresar, cerca de la Gran Cascada, cuando pasaba el primer carruaje, se oyó un pistoletazo disparado contra Alejandro II por un polaco, de nombre Berezowski, quien fué detenido en el acto. Compareció ante el jurado, que teniendo en cuenta su edad, sus buenos antecedentes y el fanatismo político que había sido el móvi-

de su delito, admitió circunstancias atenuantes para librarle de la guillotina. El tsar dominó sus impresiones, nada dejó traslucir, y después del atentado aún permaneció en París algunas semanas. Los grandes cuerpos del Estado se apresuraron á protestar para desagaviar al imperial huésped de Francia. El rey de Prusia y el tsar salieron de París el 11 de julio. Alejandro II recordaba, además del atentado, una grosería de que fué blanco, pues Floquet le había lanzado al rostro este grito: «¡Viva Polonia, caballero!»

Al distribuir Napoleón las recompensas á los expositores, pronunció un discurso muy pacífico. Los reyes y los príncipes se sucedían en París, y no parecía sino que el mundo entero rendía homenaje á aquel soberano, tan quebrantado. En las pomposas recepciones de las Tullerías se vió al rey de Bélgica, al príncipe de Gales y á uno de sus hermanos, al rey de Baviera y á otros soberanos alemanes, al de España, al príncipe heredero de la corona de Holanda, al de Italia, al jefe de Egipto y también al sultán, cuyos antecesores jamás habían salido de Oriente. Hasta el hermano del taicoín del Japón vino á París.

La Exposición se cerró el 4 de noviembre. El gran bazar cosmopolita del Campo de Marte había confundido materialmente á todos los pueblos y todos los idiomas, pero no había conciliado las tendencias ni fundido los intereses. Sus resultados á favor de la paz fueron nulos, y continuaban los puntos negros en el horizonte, como confesó Napoleón al contestar al alcalde de Lille. El movimiento comercial no era el que se esperaba, pues al vertiginoso producido por la Exposición, sucedió la atonía, debida á que nadie tenía seguridad en el porvenir, y faltando la confianza, faltaba el empuje para los negocios. Al mismo tiempo se agitaban los internacionalistas, si bien hablaban de la paz, pero basada en su especial ideología. Los internacionalistas franceses se pusieron en contacto con las *Trade's Unions* inglesas, que apoyaron una huelga de los obreros broncistas de París. La asamblea de Lausana terminó sus sesiones decretando la formación de la liga de la paz y de la libertad, la federación cosmopolita y cosas por el estilo.

## XXVII

## MENTANA. — LAS NUEVAS LEYES

Llamó la atención la visita hecha en agosto al emperador de Austria por Napoleón y la emperatriz Eugenia. Se dirigieron á Carlsruhe y Stuttgart, pasaron por Augsburgo y de allí fueron á Munich; el rey Luis de Baviera les acompañó hasta Rosenheim, y llegaron á Salzburgo en 18 de agosto, cumpleaños del emperador Francisco José, donde pasaron cinco días de fiestas brillantes. Beust estuvo en cuerpo y alma á favor de la alianza con Francia, pero frío Andrassy. No pudo el primero aconsejar un tratado formal y se limitó á redactar un memorándum muy breve: ambas potencias velarían por la observancia exacta de la paz de Praga; Francia se abstendría de amenazas, y entre tanto Austria procuraría ganarse las simpatías de la Alemania del Mediodía con el desenvolvimiento del sistema constitucional. En la cuestión de Oriente se pusieron los dos soberanos de acuerdo para mostrarse más flexibles con el sultán y no aprovechar los sucesos de Creta. Finalmente se acordó que en caso de que Rusia pasara el Pruth, Austria ocuparía inmediatamente la Valaquia. Estos acuerdos se tuvieron muy secretos.

No se dejó engañar el gabinete de Berlín, tanto menos cuanto Napoleón, á su regreso á París, no quiso pasar por Coblenza para devolver en Ems al rey de Prusia la visita que le debía. El emperador de Austria fué á París, donde se le obsequió y se ganó generales simpatías, especialmente al pronunciar un brindis en el banquete que le fué ofrecido en el palacio del Ayuntamiento, en cuya ocasión dijo que habiendo visitado algunos días antes el sepulcro de sus antecesores en Nancy, había sentido el deseo de que toda discordia entre Francia y Austria quedase sepultada en aquellas tumbas; que se alegraba de la recepción cordial que le había hecho París, pues que en nuestros tiempos la amistad de los soberanos tenía doble valor cuando se apoyaba en las simpatías de los pueblos. Por su parte el conde de Beust no perdió ninguna ocasión para afirmar la amistad de ambos soberanos, asegurando en una circular que al poco tiempo dirigió á los embajadores de Austria, que los dos gabinetes, aunque no estaban unidos por una alianza formal, se hallaban perfectamente de acuerdo en todas las cuestiones pendientes.

La satisfacción de Napoleón fué amargada por los sucesos que en aquellos días ocurrieron en Italia. Desde que la evacuación de Roma por los franceses

de su delito, admitió circunstancias atenuantes para librarle de la guillotina. El tsar dominó sus impresiones, nada dejó traslucir, y después del atentado aún permaneció en París algunas semanas. Los grandes cuerpos del Estado se apresuraron á protestar para desagaviar al imperial huésped de Francia. El rey de Prusia y el tsar salieron de París el 11 de julio. Alejandro II recordaba, además del atentado, una grosería de que fué blanco, pues Floquet le había lanzado al rostro este grito: «¡Viva Polonia, caballero!»

Al distribuir Napoleón las recompensas á los expositores, pronunció un discurso muy pacífico. Los reyes y los príncipes se sucedían en París, y no parecía sino que el mundo entero rendía homenaje á aquel soberano, tan quebrantado. En las pomposas recepciones de las Tullerías se vió al rey de Bélgica, al príncipe de Gales y á uno de sus hermanos, al rey de Baviera y á otros soberanos alemanes, al de España, al príncipe heredero de la corona de Holanda, al de Italia, al jefe de Egipto y también al sultán, cuyos antecesores jamás habían salido de Oriente. Hasta el hermano del taicoín del Japón vino á París.

La Exposición se cerró el 4 de noviembre. El gran bazar cosmopolita del Campo de Marte había confundido materialmente á todos los pueblos y todos los idiomas, pero no había conciliado las tendencias ni fundido los intereses. Sus resultados á favor de la paz fueron nulos, y continuaban los puntos negros en el horizonte, como confesó Napoleón al contestar al alcalde de Lille. El movimiento comercial no era el que se esperaba, pues al vertiginoso producido por la Exposición, sucedió la atonía, debida á que nadie tenía seguridad en el porvenir, y faltando la confianza, faltaba el empuje para los negocios. Al mismo tiempo se agitaban los internacionalistas, si bien hablaban de la paz, pero basada en su especial ideología. Los internacionalistas franceses se pusieron en contacto con las *Trade's Unions* inglesas, que apoyaron una huelga de los obreros broncistas de París. La asamblea de Lausana terminó sus sesiones decretando la formación de la liga de la paz y de la libertad, la federación cosmopolita y cosas por el estilo.

## XXVII

## MENTANA. — LAS NUEVAS LEYES

Llamó la atención la visita hecha en agosto al emperador de Austria por Napoleón y la emperatriz Eugenia. Se dirigieron á Carlsruhe y Stuttgart, pasaron por Augsburgo y de allí fueron á Munich; el rey Luis de Baviera les acompañó hasta Rosenheim, y llegaron á Salzburgo en 18 de agosto, cumpleaños del emperador Francisco José, donde pasaron cinco días de fiestas brillantes. Beust estuvo en cuerpo y alma á favor de la alianza con Francia, pero frío Andrassy. No pudo el primero aconsejar un tratado formal y se limitó á redactar un memorándum muy breve: ambas potencias velarían por la observancia exacta de la paz de Praga; Francia se abstendría de amenazas, y entre tanto Austria procuraría ganarse las simpatías de la Alemania del Mediodía con el desenvolvimiento del sistema constitucional. En la cuestión de Oriente se pusieron los dos soberanos de acuerdo para mostrarse más flexibles con el sultán y no aprovechar los sucesos de Creta. Finalmente se acordó que en caso de que Rusia pasara el Pruth, Austria ocuparía inmediatamente la Valaquia. Estos acuerdos se tuvieron muy secretos.

No se dejó engañar el gabinete de Berlín, tanto menos cuanto Napoleón, á su regreso á París, no quiso pasar por Coblenza para devolver en Ems al rey de Prusia la visita que le debía. El emperador de Austria fué á París, donde se le obsequió y se ganó generales simpatías, especialmente al pronunciar un brindis en el banquete que le fué ofrecido en el palacio del Ayuntamiento, en cuya ocasión dijo que habiendo visitado algunos días antes el sepulcro de sus antecesores en Nancy, había sentido el deseo de que toda discordia entre Francia y Austria quedase sepultada en aquellas tumbas; que se alegraba de la recepción cordial que le había hecho París, pues que en nuestros tiempos la amistad de los soberanos tenía doble valor cuando se apoyaba en las simpatías de los pueblos. Por su parte el conde de Beust no perdió ninguna ocasión para afirmar la amistad de ambos soberanos, asegurando en una circular que al poco tiempo dirigió á los embajadores de Austria, que los dos gabinetes, aunque no estaban unidos por una alianza formal, se hallaban perfectamente de acuerdo en todas las cuestiones pendientes.

La satisfacción de Napoleón fué amargada por los sucesos que en aquellos días ocurrieron en Italia. Desde que la evacuación de Roma por los franceses

en diciembre de 1866 llegó á ser un hecho definitivo, se había apoderado de los italianos la más alegre confianza, pues creían estar seguros de que el ejército de ocupación jamás volvería. La tirantez entre Francia y Prusia les halagaba, porque fijaba la atención de Napoleón en el Rin. El embajador francés en Florencia, Malaret, comunicó en sus cartas con disgusto que las palabras «Roma capital» se hallaban en todas las bocas y que ninguna consideración se guardaba ya á la política francesa, en la creencia de que el emperador era, en virtud del convenio de septiembre, víctima ó instrumento de la ambición italiana. A fines de abril comunicó Malaret, muy alarmado, que Garibaldi trataba de realizar una expedición contra los Estados Pontificios. Napoleón, libre del temor de la guerra inmediata con Alemania, adoptó una actividad enérgica respecto á Italia, cuyo gobierno intimó á Garibaldi que aplazara sus proyectos. Se conformó de momento, pero acabó por ir á la frontera romana para encargarse del mando de los voluntarios que se habían reunido allí en numerosas bandas. No habiendo atendido una última intimación del gobierno, fué preso y conducido á la fortaleza de Alejandría; mas en vista de la excitación del pueblo juzgó el gobierno italiano más prudente llevarlo á Caprera. Francia temía que detrás de Garibaldi estuviera Bismarck y que facilitara recursos, siendo probable que se quisiera tomar la cuestión romana, como la veneciana en 1866, por base de una alianza entre Prusia é Italia en previsión de nuevas complicaciones. A pesar de la prisión del jefe, continuó su empresa: el 30 de septiembre, Menotti, el hijo de Garibaldi, pasó la frontera romana y ocupó la pequeña ciudad de Acquapendente y algunos otros lugares, mientras Nicotera entró por el Sur en los Estados de la Iglesia. No obtuvieron triunfos notables los voluntarios, y casi en todas partes donde se batieron con las tropas pontificias, como en Bagnorea y Monte-Libretti, sufrieron descalabros, mostrándoseles la población hostil.

Acentuó Napoleón su actitud y anunció al gobierno italiano que, en vista de que éste no podía impedir la violación del convenio de septiembre, Francia se vería obligada á hacerlo cumplir, y en el mismo sentido telegrafió personalmente á Víctor Manuel. Moustier telegrafió á Roma que se continuara con valor la defensa, pues el auxilio de la Francia no faltaría; y á la vez se envió un ultimátum á Florencia pidiendo garantías en el término de veinticuatro horas. Rattazzi presentó la dimisión, y el emperador, después de este primer triunfo, creyó poder manifestar su moderación suspendiendo el embarque de la expedición y publicando esta decisión en el *Monitor*. Pero Garibaldi se evadió de Caprera, se presentó súbitamente en Florencia y partió, sin que nadie le molestara, para la frontera romana. Al saber esto intentaron sublevar á Roma los revolucionarios, quienes volaron el cuartel de los zuavos pontificios, mientras una turba capitaneada por Enrique Cairoli, hermano del que después fué presidente del Consejo de ministros, levantó la bandera del motín. Los revolucionarios sucumbieron, pereciendo su jefe Cairoli.

Mandó Napoleón el embarque de las tropas dispuestas en Tolón, y una cir-

cular de Moustier comunicó á Europa las resoluciones del emperador, asegurando que la nueva ocupación no debía ser considerada como un acto hostil á Italia, añadiendo que se limitaría hasta donde fuera posible y solicitando al mismo tiempo la cooperación de las otras potencias para el arreglo de la cuestión de Roma. Víctor Manuel declaró que una guerra con Francia sería una lucha fratricida, y que una vez restablecido el orden, procuraría arreglar de común acuer-



El conde de Beust, diplomático austriaco

do con el emperador la cuestión de Roma. Todas las autoridades recibieron instrucciones severas para proceder contra los que amparasen á los garibaldinos; fué disuelto su comité central, se cerraron sus banderines y se dispuso un informe jurídico. Disgustó en París que el general Cialdini recibiera orden de ocupar algunos puntos de los Estados de la Iglesia, medida con la cual creyó el rey conservar su dignidad y evitar una explosión. Lamármora quiso justificar esta disposición é hizo saber á Faily que sus tropas evitarían, no solamente todo conflicto con las francesas, sino también con las pontificias, y hasta ordenó restablecer en los puntos ocupados los escudos de armas del Papa. Las tropas pontificias, en número de tres mil, se vieron obligadas á romper el fuego contra los garibaldinos, en la madrugada del 3 de noviembre de 1867, y su general Kanzler fué apoyado en seguida por una reserva francesa de dos mil doscientos hombres, mandada por el general Polhes, con orden de tomar parte en el com-

bate si fuese necesario. Así empezó el combate de Mentana, que fué librado hasta las cuatro de la tarde exclusivamente por los voluntarios y los pontificios, superiores aquéllos en número. Entonces tomaron parte en la acción los franceses, que por primera vez emplearon los fusiles Chassepot, que según la expresión de Faily, «hicieron maravillas.» Los garibaldinos fueron derrotados y tuvieron seiscientos muertos; los soldados pontificios treinta y uno, y los franceses un herido. Los garibaldinos se mantuvieron durante la noche en posesión de Mentana, pero á la mañana siguiente pasaron la frontera y entregaron sus armas á las tropas italianas.

Después de Mentana no pudo retardar Menabrea la orden de retirar las tropas italianas, sin esperar una nueva intimación de Francia. En cambio, anunció Napoleón que las dos divisiones francesas se retirarían paulatinamente á Civitavecchia, donde serían embarcadas. El convenio de septiembre quedaba anulado por los hechos. Napoleón quiso reunir un congreso para tratar la cuestión romana, pero la idea no pudo realizarse.

El estado del país no era nada satisfactorio, á pesar de las apariencias. El pueblo de los arrabales quería la guerra y la clase media la paz. En el ejército cundía el descontento por la marcha lenta de los trabajos de reorganización, y se temía una sorpresa por parte de los alemanes. En diciembre de 1866 escribió Ducrot á Trochu: «Participo de tu opinión y empiezo á creer que nuestro gobierno está ciego.» Merimee decía que mientras Francia meditaba sobre la reorganización, se preparaba Prusia al ataque; añadiendo que al otro lado del Rhin no dudaba nadie de la proximidad de la guerra y no se comprendía la inacción de Francia. Hay que agregar á esto la hostilidad sañuda entre el ex ministro de Guerra Randón, y su sucesor Niel. A Randón se atribuía la culpa de que no estuviese preparado el ejército y se hizo correr la noticia de que había sido preso. Se lamentó Rouher en una exposición al emperador de que había en realidad dos ministros de la Guerra: el uno, Niel, que vivía en la *rue Saint Dominique*, y el otro, Fleury, que residía en el Louvre. Únicamente adelantaba el armamento, activándose la fabricación de los chassepots y en el mayor secreto la de las ametralladoras, de las cuales se esperaba que darían una gran superioridad á la tropa francesa, quedando ya preparadas en abril de 1867 algunas baterías. Tocante á la nueva ley militar, Randón quería conservar la quinta de costumbre de cien mil hombres y el efectivo del ejército permanente de cuatrocientos mil, pero con obligación de servir nueve años en lugar de siete, seis años en activo y tres en la reserva, quedando fijada ésta en cuatrocientos mil hombres y completada por la segunda serie de los llamados contingentes anuales, que debían practicar durante dos años ejercicios de cinco meses. Para llegar al millón de soldados que el emperador se empeñaba en pedir, propuso Randón poner sobre las armas doscientos mil guardias móviles. El proyecto del emperador se basaba en el principio del servicio general obligatorio, debiendo ser puesto sobre las armas todo el cupo, agregando la mitad al servicio activo y la otra mitad

á la reserva, y debiendo durar en ambas clases el servicio seis años. A los tres años podrían redimirse los soldados, con la obligación de servir en la guardia móvil. La reserva se compondría de dos clases, de las cuales la primera había de ser llamada por el ministro, pero la segunda exclusivamente por el emperador. Para discutir estos proyectos se reunió en 26 de octubre de 1866 un gran consejo, en el cual tomaron parte todos los mariscales y muchos generales. El resultado que dió vino á ser aproximadamente el proyecto de Napoleón; pero la oposición fué tan viva, que los periódicos oficiosos aseguraron que el proyecto no era definitivo y admitía modificaciones, que se hicieron al ser nombrado Niel ministro de la Guerra. La mayoría y la minoría comenzaron á suscitar dificultades. La extrema izquierda propuso con mucha formalidad suprimir el ejército permanente y transformarlo en una milicia, á la manera de Suiza. Así querían una Francia fuerte los mismos que después de Sedán culparon del desastre al Imperio. Como sólo se concedieron cinco millones para la guardia móvil, ésta no pasó de ser nominal, pues si bien se formaron las listas de los obligados al servicio, y en París hasta se organizaron algunos batallones y se les enseñó el ejercicio, por lo regular se contentaron los encargados con nombrar gente de confianza para los puestos de oficiales, sin ponerles en servicio activo. La ley de 1.º de febrero de 1868 se limitó al aumento de la fuerza armada que resultaba de la prolongación del servicio de siete á nueve años. Suponiendo los contingentes anuales como de costumbre en cien mil individuos y restando la acostumbrada disminución anual, venían á componer el ejército activo y la reserva unos setecientos cincuenta mil hombres.

Mientras los proyectos militares y la situación de la política extranjera sembraban en el público la agitación y aumentaban el combustible, se agregaron en verano de 1867 otras dos circunstancias que acrecentaron el malestar, á saber: una grave crisis económica por quiebra de dos sociedades de crédito y el aumento del precio del pan. Los informes de la policía que comunicaba Pietri á Napoleón distaban mucho de ser satisfactorias. Las masas, decían los partes de Pietri, continúan fieles al emperador y le aman personalmente; pero nadie podía responder de que no fuesen atraídas hasta entrar en la órbita revolucionaria, pues dudaban ya de las verdaderas intenciones del gobierno, ignorando si quería la guerra ó la paz y si pensaba ampliar el programa del 19 de enero. Era indispensable contestar á estas preguntas, porque Francia más que ningún otro país, necesitaba tener un gobierno fuerte y resuelto, por lo mismo que tantos gérmenes revolucionarios albergaba en su seno.

Cada día se agravaba el mal. La autoridad no era respetada; la calumnia trabajaba sin cesar, dirigiendo sus saetas más envenenadas contra el emperador y la emperatriz, según se lamentaba Pietri el 24 de noviembre; las frases de la prensa menuda habían penetrado en la conversación usual; en los salones se entretenía el público con las noticias de la crónica escandalosa; los elementos conservadores estaban desalentados y desunidos, pudiendo observarse al través



de esta situación las pasiones excitadas y la sed insaciable de la vida de regalo y de placeres materiales. «Los librepensadores no ocultan su propaganda, y basta que uno se muera sin asistencia eclesiástica y que sea enterrado de la misma manera, para que le glorifiquen ciertos periódicos, resultando después en los entierros manifestaciones cuyo carácter anárquico y cuya ausencia de todo sentimiento religioso espanta á unos y desmoraliza á otros.»

No era sólo Pietri el pesimista, pues Persigny en 15 de diciembre de 1867 escribió al emperador: «No tengo ya libertad intelectual bastante para examinar, dadas las grandes cuestiones que ahora se nos presentan, otras cuestiones relativamente insignificantes; pues el Imperio parece derrumbarse por todos lados, obteniendo triunfos tras triunfos los que combaten á V. M. implacablemente y con el pretexto de consolidar el régimen parlamentario se han conjurado para derribar á V. M. Cada triunfo oratorio de sus ministros es una derrota para V. M. He seguido atentamente los últimos debates y he observado por un lado el odio más desenfrenado; pero el tono y los ademanes indicaban mucho más todavía que el odio, dirigido únicamente contra V. M.; descubrían intenciones implacables. Por otro lado, el gobierno se inclinaba quizás á la fuerza ante los enemigos de V. M., suplicando humildemente á los contrarios sañudos que retirasen sus interpelaciones, y abandonando así de un solo golpe la política de los últimos catorce años, el camino medio entre la extrema derecha y la extrema izquierda. No hay que admirarse, pues, del extravío general de los ánimos, ahora que ya no tenemos el Imperio ni existe todavía el régimen parlamentario.»

El emperador se lisonjeó durante mucho tiempo de que contra él personalmente no se mostraba animadversión; y entre los papeles encontrados en las Tullerías se ha descubierto el borrador de un artículo de periódico escrito por el mismo emperador y destinado probablemente á la *Époque*, al *Peuple* ó al *Dix Décembre*, cuyos tres periódicos subvencionaba Napoleón de su bolsillo particular. En este borrador se decía: «Es incontestable que el emperador es tan popular como hace quince años; pero no lo es su gobierno, porque los representantes del poder en lugar de imitar la benevolencia extraordinaria, la modestia y sencillez del emperador, se han envanecido á consecuencia del poder que se les ha otorgado; no han seguido la corriente de las ideas del pueblo y no se han cuidado suficientemente de sus intereses. La administración ha continuado como en el tiempo de Luis Felipe, siendo insolente y rutinaria. Los prefectos han querido ser bajaes é imponer al pueblo su voluntad. Siendo el gobierno del emperador el más honrado que ha habido jamás, se ha dejado dominar por personas que sin ser gobierno tenían relaciones con él y lo comprometieron con sus especulaciones. La prensa, en lugar de velar sobre la conducta de los funcionarios del gobierno, ha sido servil y díscola. Nosotros, fieles al emperador, queremos servirle, pero sin cerrar los ojos. Queremos censurar lo que merece censura y tener el valor de manifestar nuestra opinión sobre personas y

cosas; alabaremos sólo lo que sea bueno é ilustraremos al gobierno sobre lo que necesite saber.»

La nueva legislatura se abrió el 18 de noviembre de 1867. El emperador habló de proyectos de ley sobre la prensa y derecho de reunión, asegurando que atendidos el buen espíritu de la nación y la energía del gobierno, podrían aprobarse; lo que probaba que continuaba en actitud favorable á las reformas que había concertado con Ollivier. El proyecto de ley del ejército fué redactado en términos muy poco diferentes de las bases de la ley militar de 1832. La política italiana del emperador resultó también enteramente conforme con la opinión de la mayoría. Rouher, en la sesión del 5 de diciembre, dijo: «Declaramos en nombre del gobierno francés que Italia no se apoderará de Roma jamás» La mayoría se puso de pie y repitió: «¡Jamás! ¡Jamás!» La promesa de protección al Papa fué acogida con un aplauso atronador, y la orden del día fué para el gobierno un brillante voto de confianza dado por 237 diputados de los 254. No fué muy grato al emperador el período de esta legislatura; Rouher había ido demasiado lejos en sus explicaciones, y además había cedido á las instancias de Thiers y de Berryer, que le habían obligado casi á la fuerza á pronunciar su «jamás», lo que hizo decir á Napoleón que este suceso dejaba restablecido en realidad el régimen parlamentario. Ya hemos dicho cómo se expresó Persigny con este motivo, y era indudable que triunfos de esta clase más conmovían que robustecían. Las leyes sobre prensa y libertad de reunión agitaron la opinión. Una diputación de la prensa de provincias expuso al emperador que quedaba arruinada si se permitía á la oposición fundar nuevos periódicos en todos los departamentos, y en una reunión del ministerio y del consejo secreto se resolvió indicar que el gobierno dejaba á sus partidarios en libertad para rechazarla; pero el emperador se opuso diciendo que había dado su palabra y que era cuestión de honor el cumplirla. Rouher hizo un último esfuerzo, atemorizado por las amenazas de la derecha, para que el emperador renunciase á esta ley, presentando su dimisión; pero cedió á las instancias de Napoleón y de la emperatriz para que retirase la dimisión y apoyara francamente el proyecto presentado. Entonces la derecha aprobó el proyecto.

El de reunión permitía aquellas en las cuales no se tratara de política ni de religión, pero daba á los prefectos la facultad de suspenderlas siempre que la seguridad pública se viese amenazada. Durante los períodos electorales se permitían también reuniones políticas, pero sólo de los electores del distrito. En el cuerpo legislativo no encontró gran oposición y fué aprobado el proyecto por 212 votos contra 22.

Al amparo de las nuevas leyes se dirigieron violentos ataques al Imperio, y si bien los tribunales hicieron uso vigoroso de la sanción penal impuesta por la ley, tanto que en las primeras dos semanas después de su promulgación se había condenado ya á tres redactores á cinco mil francos de multa cada uno, no escarmentaron los periódicos, sino que se hicieron más cautelosos. Durante los

años anteriores no se había mencionado el 2 de diciembre, según asegura Darimón, sino dos veces en el cuerpo legislativo; pero desde la publicación de las nuevas leyes se citaba esta fecha en todas partes, siendo motivo de incesantes acusaciones y alusiones. Enrique Rochefort adquirió de un solo golpe asombrosa popularidad con *La Lanterne*, cuya venta fué tan enorme que About aseguró en el *Gaulois* que el editor había ganado en el poco tiempo de existencia del libelo trescientos mil francos. Los primeros dos números no fueron perseguidos, pero después fueron recogidos los siguientes y el tribunal condenó á Rochefort á trece meses de cárcel y diez mil francos de multa. Rochefort se libró de la cárcel huyendo, y publicó su periódico en Bruselas, aumentando todavía la malignidad de sus ataques, que eran más groseros y más bajos. El carácter personal de Rochefort, su falta completa de seriedad moral y de madurez política, su afición al escándalo, al dinero y á los placeres materiales, no eran bastante conocidos entonces para que pudiesen perjudicar á su popularidad. En general se admiraba su valor, se exageraba su talento, y se creía haber ganado en él un brillante adalid contra el Imperio; pero á la larga se hizo monótono, cansó y se apagó aquel fuego graneado de agudezas, malignidad, mentiras y calumnias.

La prensa de oposición veía en todos los sucesos europeos signos del descrédito de Francia y la mano de Bismarck. En el fondo, todas las censuras recaían sobre el emperador y su régimen personal como origen de todo el mal. Empezaba á faltar á la prensa oficiosa valor para emprender la lucha en este terreno.

Los efectos de la ley de reuniones también contribuyeron á aumentar el descontento, pues en los barrios obreros se expusieron las teorías democráticas más radicales que se habían proclamado en los clubs de 1848. Verdad es que la ley no permitía discutir ciertas cuestiones; pero la policía se mostró condescendiente y consintió debates sobre el trabajo, el capital y los intereses, la influencia de los monopolios, la educación y la enseñanza, el matrimonio y el divorcio, y otras cuestiones que permitían declamar á los oradores socialistas, ateos y materialistas, quienes aprovechaban las ocasiones para desarrollar sus doctrinas. Los periódicos oficiosos publicaron con gran afán todos los escándalos que ocurrían en las asambleas tempestuosas de los arrabales, para espantar á la clase media y atraerla de nuevo al Imperio. Rouher creía que aquella agitación no tenía importancia y se limitaba á la superficie, conservando la gran masa de la población su excelente disposición de ánimo, á pesar de que muchas segundas elecciones habían dado á la oposición nuevos triunfos en los departamentos, y hasta en el Jura había sido elegido Julio Grevy por veintidós mil votos de treinta y dos mil. Del emperador apenas se hablaba; había envejecido evidentemente, y su intervención en los asuntos públicos ya no era la de antes. Rouher cuidaba de todo.

El Imperio se hallaba evidentemente en una grave crisis. Las concesiones hechas á la oposición habían contribuido, como dijo con razón Prevost-Paradol, á soltarle la lengua más que á remediar sus quejas. Nadie tenía confianza sóli-

da en el porvenir. Se veía al emperador juguete de diversas corrientes de opinión, sin voluntad propia y dependiente de la emperatriz y de Rouher, cuya repugnancia á la política de reformas era conocida. Los pequeños medios de los cuales se echó mano para ganar otra vez las simpatías de los obreros, no pudieron dar ningún resultado eficaz, y no obstante el emperador dió más im-



Enrique Rochefort (de fotografía)

portancia á las simpatías de esta clase que al juicio de la clase media, en lo cual demostró todavía algo de su antigua iniciativa. Había tomado parte con su bolsillo particular en la Exposición universal de 1867, en la construcción de habitaciones obreras, y le ocupaban toda clase de proyectos para extender los seguros contra los accidentes y contra la vejez. A excitación suya se abolió la disposición injusta del código de Napoleón que daba fuerza testimonial á la declaración del burgués que manifestaba el jornal que pagaba. Pocas semanas después convocó una comisión que discutiera la abolición de las libretas de los operarios, abolición que pedían con grandes instancias desde algún tiempo las clases obreras. Pero ni siquiera halló gratitud alguna en la masa obrera de París, influída por los agitadores socialistas. «La oposición se apodera de todo, lo devora todo y lo funde todo,» exclamaba Paul de Cassagnac.

La apariencia exterior de bienestar, prosperidad y satisfacción que presentaba Francia durante estos años, no engañaba. Washburne, embajador de los Estados Unidos en París, escribía que todo aquello era falso y que debajo de la superficie se podía oír el sordo rumor del descontento. Entre los llamados héroes de la libertad, cuyo nombre se convirtió en bandera contra el Imperio, figuraba Baudin, el diputado que en 3 de diciembre pereció en las barricadas. Se había descubierto su sepulcro, hacía tiempo olvidado, y después de una bien organizada manifestación el día de Difuntos, se decidió abrir una suscripción nacional para erigirle un monumento, y todos los periódicos de la oposición abrieron listas de suscripción. El gobierno llevó á los tribunales tres diarios, entre ellos el *Reveil*, redactado por Delescluze, y como defensor suyo se presentó el joven Gambetta, hasta entonces sólo conocido de pocas personas, pero que por su discurso del 13 de noviembre se elevó súbitamente á héroe del día, siendo luego elegido por Marsella en lugar del difunto Berryer. Las penas bastante leves á que fueron condenados los acusados, no pudieron atenuar la profunda impresión causada por este proceso y por el discurso y actitud de Gambetta ante el tribunal. A todo se atrevió para crearse una reputación. Al hablar de los hombres del 2 de diciembre les apostrofó como faltos de talento y de honor, llenos de deudas y de crímenes. «Desde hace diez y siete años, vosotros, que sois los dueños de Francia, jamás os habéis atrevido á conmemorar el 2 de diciembre como un aniversario nacional. Pues bien, este aniversario lo celebraremos nosotros.»

En el discurso leído por el emperador al abrir la legislatura de 1869 se lamentó de la excitación artificiosa que había sido consecuencia de las leyes sobre prensa y reunión; habló de los aficionados á revoluciones que procuraban perturbar el orden público, y aseguró que la nación podía contar con la firmeza del gobierno para conservarlo. Maupás se propuso, en unión de otros senadores, interpelar al gobierno sobre los ataques sistemáticos á la persona del emperador y medios de evitarlos; pero tuvo que renunciar para complacer á Napoleón que al aproximarse las elecciones trató de encauzar el movimiento electoral. En Chartres pidió que sólo se tuviese en cuenta el bien público; después anunció la celebración de la fiesta nacional del 15 de agosto en toda Francia en honor de Napoleón I, y prometió á todos los soldados antiguos del Imperio y de la República, desde aquel día, una pensión anual de doscientos cincuenta francos.

Los republicanos no supieron luchar unidos, y en las elecciones de París se hicieron la competencia Carnot y Gambetta, Garnier-Pagés y Raspail, Gueroult y Julio Ferry, Favre y Rochefort. Ollivier y Thiers tuvieron por competidores á republicanos. El espíritu que dominó en las elecciones de la capital fué, como dijo Gambetta, «la oposición irreconciliable.» Hasta Julio Favre fué mirado como sospechoso por la juventud apasionada. Contando la oposición dinástica, llegaban á un centenar los diputados elegidos contra la voluntad de Rouher, es decir, una tercera parte de la Cámara, que constaba de doscientos noventa y

dos miembros. Contados los votos de los diputados elegidos, resultaban para el gobierno 3.636.000 y para la oposición 3.266.000. París dió 231.000 votos contra el gobierno y sólo 74.000 favorables. Al conocerse los resultados hubo manifestaciones en la capital, y después de las segundas elecciones creció la excitación, repitiéndose durante varios días las demostraciones, que consistían en la Marsellesa, vivas á Rochefort y á la anarquía y en destrozar algo. Se distinguió en estas demostraciones una numerosa turba de individuos que llevaban blusa blanca, cuya aparición provocó cada noche nuevos tumultos; y como la policía procedió con lenidad, se dijo que aquello era obra del gobierno; pero teniendo en cuenta las cualidades personales de Rouher y de Rochefort, acaso se opine que el libelista fué el instigador de las provocaciones y no Rouher, que á pesar de sus debilidades era personalmente demasiado honrado para acudir á semejantes recursos. Además sabía que contaba con el favor del emperador.

Maupás aconsejó al emperador un cambio político radical en vista del resultado de las elecciones, pero Napoleón opinó que en la nueva Cámara no faltaría una mayoría sumisa. Por consejo de Julio Bames se constituyó un partido al cual pertenecieron Buffet, Plichón, Andelarre, Segris, Talhouet, Kéller, Daru y Estancelin, y luego también Ollivier, que se propuso pedir reformas compatibles con la Constitución, y al efecto se redactó un proyecto en términos bastante generales que se comprometieron á adoptar ochenta diputados. La derecha hizo una débil tentativa para presentar una conainterpelación, pero muchos diputados creyeron más prudente firmar la interpelación de los liberales para quitarle el carácter de obra de partido, con lo cual aumentaron las firmas. Los autores de la idea resolvieron concretarla y pedir la responsabilidad ministerial y el derecho de la Cámara para hacer su reglamento. En esta forma se volvió á reunir firmas, que llegaron á ciento dieciséis, entre ellas las de Mackau y el duque de Mouchy, esposo de la princesa Ana Murat. Entonces se cerró la lista antes de que la izquierda pidiera su inclusión en ella, pues aunque se mantuvo por de pronto apartada por pura formalidad, de haber entrado en la lista hubiera constituido desde luego una mayoría. Buffet y otros que habían sido recibidos por el emperador, dijeron que éste no miraba con malos ojos la interpelación, si bien no podía aceptar la responsabilidad ministerial por estar en contradicción con el plebiscito de 1852; pero como al mismo tiempo indicó que en un nuevo plebiscito se podrían reunir seis millones de votos, se infirió de aquí que en el fondo estaba dispuesto á restablecer el régimen parlamentario por un nuevo voto popular. Como el movimiento no se dirigía contra Napoleón, los autores de la interpelación entendieron que, además de la responsabilidad de los ministros, era necesario conservar la del emperador como el principio esencial de su posición; por manera que el ataque era exclusivamente á Rouher, á quien se deseaba hacer caer por todos los medios. Schnéider, presidente del cuerpo legislativo, á instancias de muchos diputados se presentó al emperador exponiéndole la inconveniencia de sostener á Rouher. Napoleón cedió; pidió á Schnéider la lista de un ministerio nuevo y la aprobó sin modificación. La composición del nuevo ministerio causó sorpresa en todos los campos. En él había miembros del antiguo gabinete, á saber:

Forcade de la Roquette, Magne, Niel, Rigault de Genouilly y Gressier; los nuevos ministros eran Duvergier, Latour d'Auvergne, Leroux, Bourbeau y Chasseloup-Laubat. El ministerio de Estado quedó completamente suprimido, de modo que no tuvo sucesor Rouher, quien aceptó la presidencia del Senado, que había quedado vacante con la muerte de Troplong, teniendo así la misión de dirigir en el Senado las discusiones relativas á las nuevas reformas, que empezaron el 2 de agosto. El emperador sufrió un ataque gravísimo de su enfermedad de la vejiga, que le impidió fijar su atención en los debates. Los periódicos radicales, como el *Rappel* y el *Reveil*, se entretenían en hacer cálculos suponiendo posible la muerte del jefe del Estado, con un brutalidad tan inconcebible, que un autor ha dicho que en Inglaterra no se habrían tolerado ni un solo día semejantes artículos, que habrían sido reprobados por todas las personas honradas.

Las disposiciones más importantes de las leyes nuevas eran las siguientes: al cuerpo legislativo se le reconocía el derecho de iniciativa; los ministros dependerían únicamente del emperador, celebrarían sus consejos bajo su presidencia y podrían ser acusados por el Senado; podían ser miembros del Senado ó del cuerpo legislativo; y pedir la palabra, aunque no lo fuesen, siempre que les conviniese, en ambas Cámaras; las sesiones del Senado serían públicas, pero á petición de cinco miembros podría celebrarse sesión secreta; las leyes adoptadas por el cuerpo legislativo podían ser devueltas por el Senado siempre que deseara alguna mejora; el cuerpo legislativo elegiría á sus presidentes; todo miembro, así del Senado como del cuerpo legislativo, podría dirigir interpeleaciones al gobierno, cuya discusión se pondría en la orden del día; el presupuesto sería discutido y aprobado en adelante por capítulos, y para introducir modificaciones en los aranceles se necesitaría la aprobación del cuerpo legislativo. Después de cuatro semanas de discusiones, quedó aprobado el nuevo senadoconsulto en 6 de septiembre por todos los votos menos tres, absteniéndose otros nueve senadores.

Durante la suspensión de las sesiones se reanudaron las negociaciones entre el emperador y Ollivier, sirviendo de mediador Duvernois. Ollivier trazó á grandes rasgos su programa. Tocante á política extranjera, dijo que la guerra complicaría la situación todavía mucho más. «Ha pasado para no volver el tiempo en el cual fué posible detener á los prusianos, y en adelante sólo puede buscarse la salvación y grandeza del Imperio en el respeto del principio de las nacionalidades, al cual el emperador ha abierto el camino; si ahora lo combatiere, quedaría vencido. Por esta razón creo conveniente examinar si será conveniente oponerse á la unión de la Alemania del Sur con la del Norte en el caso de que Prusia quiera obtenerla á la fuerza; pero considero improcedente oponernos á esta unión bajo ningún pretexto si por la voluntad de las poblaciones se realiza.» En la política interior pidió la abolición de la ley de seguridad, y á lo menos en principio, la de las candidaturas oficiales. No aprobaba la elec-

ción de los alcaldes por los consejos municipales, pero dijo que deseaba mayor descentralización. Respecto á la prensa y las reuniones, la política que se seguía entonces era en su concepto excelente y daría dentro de pocos meses buenos frutos, conviniendo ante todo tener separadas las dos corrientes existentes, á saber, la revolucionaria y la liberal, y vencer á la primera por medio de la segunda, sirviendo los conservadores de ejército de reserva, que decidiría la jornada. Añadió que si el emperador estaba de acuerdo con este modo de pensar, podía disponer de él, pero era necesario que se le encargara de formar un nuevo ministerio en el cual entraran Magne, Chasseloup, el ministro de la Guerra y el de Marina, y acaso también Forcade, pero no como ministro del Interior; y que elegiría los otros, salvos los afectos personales del emperador, entre los ciento diez y seis interpelantes. Además necesitaba tener autorización para disolver la Cámara, si bien no creía que tendría necesidad de hacer uso de ella, porque bastaría la convicción de que contaba con la autorización. Si el emperador no aprobaba estas proposiciones, lucharía como hasta entonces contra la revolución en calidad de guerrillero, papel que prefería. Esta indicación se debía indudablemente al temor de que los elementos no bien definidos de los ciento diez y seis interpelantes, no estuviesen dispuestos á apoyarle. Hasta creía Ollivier que tendría que romper con ellos y apoyarse en la derecha moderada. El emperador le citó por conducto de Pietri para celebrar una conferencia nocturna en Compiègne, en la que no llegaron á ponerse de acuerdo. Napoleón pidió que Ollivier entrara en el gabinete existente y que Forcade conservara el ministerio del Interior, á lo que se negó. Continuaron las negociaciones por correspondencia directa y por mediación de Duvernois. Por fin, desvaneció los últimos escrúpulos de Ollivier una carta autógrafa del emperador, del 11 de noviembre, en la cual Napoleón hizo grandes concesiones, tanto que Ollivier escribió á Duvernois: «Esta carta está redactada en términos tan sinceros y nobles, que triunfa de todas mis objeciones. Estoy decidido y me precipito al combate. Que Dios bendiga nuestras armas.» Al emperador contestó al día siguiente que el senadoconsulto implicaba un cambio de personas, que debía atraerse á los jóvenes, y le proponía á Duvernois y á Philis para secretarios generales del Interior y de Justicia. «Llame V. M. á la juventud. Los viejos egoístas que rodean á V. M. sólo se acuerdan de sí propios... Este rejuvenecimiento del personal es indispensable, pues sin él se perderá V. M. por falta de fuerza en medio de la cohorte inepta y pusilánime de sus empleados.» La verdad era que para los puestos directivos sólo podía echarse mano por lo pronto de los parlamentaristas conocidos, es decir, de los jefes de los ciento diez y seis, y aquí fué donde Ollivier se encontró por parte del emperador con antipatías personales muy vivas. Primero fué rechazado el conde de Daru, y se opusieron á Buffet muchas dificultades; Ollivier propuso á Segris, y Napoleón le dijo: «De buena gana le rodearía á usted de personas de su gusto; pero tenemos que entrar en un desfiladero muy difícil, y esto sólo podemos hacerlo encargándonos cada uno por nuestra parte de vencer las dificultades. Cuando al

fin de la legislación resulten fogueados nuestros reclutas, podrá usted arreglar las cosas enteramente á su gusto y no tendrá que imponerse el sacrificio de una antipatía personal.» A pesar de estas consideraciones, no fué posible ponerse de acuerdo; de suerte que llegó el día de la apertura de la Cámara sin que Ollivier hubiese conseguido formar el ministerio.

La izquierda se presentó muy belicosa. Su manifiesto del 15 de noviembre



Clemente Duvernois (según fotografía)

anunció que esperaba conseguir con la discusión pacífica que el país se gobernara á sí mismo; pero también dijo que si la fuerza amenazara ahogar su voz, emplearía otras armas. Se anunciaron interpelaciones y se pidieron cosas que, como el abandono de la ley militar, la introducción del sistema de milicias y el derecho de la nación á decidir la paz y la guerra, hacían prever debates violentísimos. Las segundas elecciones de París llevaron á la Cámara á Arago, Cremieux, Glais-Bizoin y aumentaron la confianza de los irreconciliables. Esto confirmó á Ollivier en su deseo de asegurarse el auxilio de la derecha hasta donde le fuese posible y romper con los ciento dieciséis. A este fin entró en relaciones con Jerónimo David para preparar las bases de una mayoría compuesta en parte de la derecha y en parte del tercer partido. El emperador, al inaugurar el período legislativo el 29 de noviembre, excitó á los diputados á que

se le unieran para salvar la libertad, diciendo que él por su parte respondería del orden. Por lo demás, el discurso del trono tuvo un carácter bastante vago, que dejó entrever que la crisis ministerial continuaba todavía en la atmósfera; pero antes que el emperador adoptara ninguna decisión, quiso dejar algún tiempo á los partidos para que se agruparan. Después del examen de las actas se realizó el paso decisivo, y el *Monitor* publicó una carta del emperador dirigida á Ollivier, con fecha 27 de diciembre, en la que se anunciaba la dimisión de todo el ministerio y se encargaba á Ollivier de la formación del nuevo gabinete.

Aun así, las cuestiones personales ofrecieron muy grandes dificultades, y Ollivier estuvo muchas veces á punto de renunciar; pero finalmente se sujetó en todos los puntos esenciales á las exigencias del centro izquierdo, y reunió el 2 de enero de 1870 su ministerio, encargándose de las carteras de Justicia y Cultos; Daru recibió la cartera de Negocios extranjeros, Chevandier de Valdrome la del Interior, Segris la de Instrucción, Talhouet la de Obras públicas, Louvet la de Comercio y Agricultura, Mauricio Richard la de Bellas Artes, que se restableció, y Leboeuf, Rigault de Genouilly y Vaillant conservaron sus puestos. Entre las modificaciones que se efectuaron fuera de los ministerios, las más principales fueron la retirada de Hausmann de la prefectura del Sena y el nombramiento de Parieu para la presidencia del consejo de Estado, en reemplazo de Chasseloup Laubat.

El cambio de sistema hizo una impresión favorable sobre la gran masa de la población, según tuvieron que confesarlo los mismos contrarios. Esta gran masa, si bien no tenía una confianza exagerada en Ollivier, temía un desenlace revolucionario, lo que le hacía desear el éxito del nuevo ministerio. Los republicanos no participaban de ese modo de pensar, pero se lisonjearon de que el cambio de principios aceleraría la caída del Imperio. Gambetta repitió en la Cámara lo que ya había declarado en su elección, que no había que hablar de conciliación; «pero, añadió, aunque no pueda yo alcanzar nada aquí, no por eso apelaré fuera á la fuerza, antes bien creo que la luz del progreso saldrá de esta tribuna y que después de esta mayoría vendrá otra que sacará la consecuencia lógica: para nosotros nuestros predecesores no son más que un puente por donde pasaremos.» A la extrema izquierda, á Rochefort y á Raspail pareció este lenguaje pacífico casi como una traición, y muy distantes de querer aguardar el curso de los sucesos, excitaron á seguir la lucha en la vía pública y á derribar al gobierno con el auxilio de las masas obreras de la capital, para lo cual se les ofreció una ocasión como no podían desearla más propicia cuando apenas hacía ocho días que funcionaba el ministerio Ollivier.

El príncipe Pedro Bonaparte se hallaba enredado en una guerra periodística con Pascual Grousset, colaborador de Rochefort en *La Marsellesa*, y Rochefort mismo se había mezclado en este asunto con algunos de sus artículos maliciosos é insultantes. En su consecuencia, el príncipe le envió en 8 de enero un

reto que fué aceptado; pero en la redacción de *La Marsellesa* se opinó que el príncipe debía batirse primero con Grousset, por cuya razón se le enviaron dos periodistas, llamados Víctor Noir y Fonvielle, á Auteuil, donde Pedro Bonaparte vivía lejos de todo contacto con la corte, para enterarle de la exigencia de Grousset. El príncipe dijo que él sólo tenía que ver con Rochefort y no con sus peones, lo que dió lugar á un altercado; se cruzaron ultrajes, y por último terminó la escena con un bofetón que dió Noir al príncipe, ó éste á Noir. El príncipe echó mano á un revólver y mató á Noir, y luego cambió con Fonvielle, que también sacó un arma de su bolsillo, varios tiros, sin que ninguno de los dos fuese herido.

Este suceso produjo gran sensación. Era dudoso quién había dado lugar á la pendencia sangrienta, pues las declaraciones de Fonvielle y del príncipe eran contradictorias; y si todo podía creerse del carácter iracundo del príncipe, también era igualmente creíble la sospecha de que el partido contrario hubiese tratado de armar un escándalo adrede. La gente sensata se tranquilizó al saber que Ollivier había dispuesto la prisión del príncipe. El acusado hubo de comparecer ante el tribunal del Estado; Raspail protestó en la Cámara, pero esto no impidió que el acusado saliese absuelto el 27 de marzo, si bien sólo por 22 votos contra 18, lo cual estaba conforme con la impresión que produjo la actitud del príncipe, mucho más simpática que la de Fonvielle y su abogado. La conducta de los republicanos después del asesinato, abonaba la suposición de que ellos mismos habían provocado el conflicto. *La Marsellesa* del 11 de enero se publicó con orla negra é insertó un artículo furibundo, en el cual Rochefort se acusaba de debilidad por haber creído posible un desaffo leal con un Bonaparte y que un miembro de esta familia de matones pudiera ser otra cosa más que un asesino. Excitó al pueblo á declarar que estaba llena la medida y á que demostrara, tomando parte en masa en el entierro, que este asesinato sería el último que cometería el Imperio. En términos más claros excitó en la Cámara á todos los ciudadanos á empuñar las armas para tomarse la justicia por sí mismos, y por la noche invitó al público á presentarse en una reunión que debía decidir del porvenir de la democracia. Discursos análogos se pronunciaron aquel día en los clubs, y en todos ellos estaban las tribunas con gasas negras. Era evidente que se trataba de llevar á cabo un movimiento bien organizado, y que el gobierno debía estar preparado para presenciar el día 12 un levantamiento revolucionario. Tomó sus medidas poniendo las tropas sobre las armas, y la policía estableció sus puestos en los barrios más peligrosos. El plan de los revolucionarios era efectuar el entierro, no en el vecino cementerio de Neuilly, sino en el del *Pere la Chaise* para proclamar allí el levantamiento. Rochefort, en vista de los preparativos amenazadores del gobierno, se acobardó, y se dice que desfalleció y desapareció. Fonvielle, Delescluze y otros detuvieron al pueblo; Flourens, Beaury y algunos más que se empeñaron en dar el golpe, no tuvieron bastante dominio sobre la multitud, y el resultado fué que

el sepelio se efectuó en Neuilly y que las turbas innumerables que habían acudido y que volvieron á París al son de la Marsellesa y á los gritos de «abajo el emperador, abajo la emperatriz,» se dispersaron cuando en los Campos Eliseos se encontraron con las masas de tropa. Además, el día estuvo lluvioso, lo cual contribuyó también á aplacar el ardor revolucionario. No dejó de ser un gran resultado que aquel día tan temido pasara sin excesos peores; pero el ministerio comprendió que no debía contentarse con este triunfo, sino que era necesario proceder con decisión y energía. En 11 de enero había pedido á la Cámara que ésta autorizara el procesamiento de Rochefort á pesar de su calidad de diputado. La izquierda y hasta el centro izquierdo se opusieron; pero Ollivier se mantuvo firme, y también Daru y Buffet manifestaron á sus correligionarios que dimitirían si no se les autorizaba á encausar á Rochefort. Ante esta amenaza retrocedió el centro izquierdo, retiró su orden del día y la Cámara en 13 de enero concedió por doscientos veintiséis votos contra treinta y cuatro la autorización solicitada. La causa dió por resultado el 22 de enero la condena de Rochefort á seis meses de cárcel, y análogas penas tocaron á Vermorel, que había proclamado en *La Reforma* la guerra á muerte contra el «bandido corso,» y á Grousset por otros artículos. La izquierda hizo una nueva tentativa para impedir la prisión de Rochefort, diciendo que para esto era menester una nueva autorización de la Cámara; pero la mayoría permaneció fiel al gobierno, y en la noche del 8 de febrero Rochefort, al querer entrar en un club, fué conducido á la cárcel. Al recibir esta noticia, Flourens proclamó la revolución y empezó con algunos centenares de compañeros á levantar barricadas, las primeras que había visto París desde el mes de diciembre de 1851. Hubo una corta lucha en la cual los sublevados fueron dispersados muy pronto; Flourens, Beaury y otros huyeron á Londres, y también se sofocó con facilidad en 9 de febrero un movimiento amenazador.

La agitación socialista que estalló en aquellos días en los distritos mineros del Creuzot era muy propia para alarmar á los partidarios del gobierno existente. Los obreros exigieron que las cajas de socorro, cuyo capital había sido reunido por ellos, fuesen entregadas á una comisión ó comité que ellos mismos habían elegido, y á cuya cabeza se hallaba un individuo de la Internacional llamado Assy. Tratándose de un fondo de reserva de cerca de medio millón y de ingresos anuales de doscientos cincuenta mil francos por lo menos, el propietario de los talleres del Creuzot, que era Schnéider, presidente de la Cámara, se opuso á la pretensión de los obreros, contando con que la mayoría tendría confianza en la administración como hasta entonces la había tenido. Pidió, pues, á los obreros una especie de votación en la cual esperaba que resultaría vencido Assy; pero la mayoría de los obreros se abstuvo de votar y las tres cuartas partes de los que votaron lo hicieron contra la situación anterior. Entonces Schnéider despidió á los jefes del movimiento, con lo cual no hizo más que exasperar la resistencia; el orden quedó realmente comprometido y tuvo que ser

asegurado por medio de disposiciones militares. La Internacional reunió socorros á favor de los obreros del Creuzot, pero en abril acabaron los huelguistas sus recursos y tuvieron que someterse. Un gran número de jefes del movimiento fué encausado y condenado á penas pecuniarias y á prisión. En otros muchos departamentos se organizaron también grandes huelgas; los periódicos democráticos no se cansaban de excitar la discordia, y si estos movimientos no acabaron por lo general en desastres, fué debido principalmente á las disposiciones militares que tomó el gobierno.

En el concepto del emperador ganó mucho el ministerio por su energía en situaciones tan difíciles, y por otra parte se vió con gran sorpresa que Napoleón dió pruebas de su intención de ser un soberano verdaderamente constitucional, y que los ministros, de los cuales muchos habían estado predispuestos contra él, llegaron á estar positivamente entusiasmados de su comportamiento y de su rectitud. En efecto, el emperador aprobaba cuanto hacía su ministerio; el consejo discutía todas las disposiciones antes que el cuerpo legislativo ó los ministros las sometiesen á la aprobación del emperador, el cual prometió, después de oír á Daru, renunciar á la dirección, practicada desde antiguo, de la política extranjera por medio de la correspondencia directa con los embajadores acreditados cerca de las cortes principales y de conferencias decisivas con los embajadores acreditados cerca de la corte francesa. Se estaba preparando una ley de imprenta en sentido extraordinariamente liberal, y entretanto se permitió la venta de los periódicos franceses por las calles y la libre circulación de los extranjeros. Algunos de los prefectos más reaccionarios fueron jubilados y un número mucho mayor fué trasladado á otros departamentos; se prometió la ley concediendo el derecho de acusar, sin previa autorización, á los funcionarios por actos ilegales en el ejercicio de sus cargos; se reunió una comisión especial para ampliar los derechos de los municipios, y otras disposiciones de descentralización, y fué nombrado presidente de esta comisión el anciano Odilón Barrot; se derogaron los decretos de diciembre de 1851 que autorizaban la deportación de los individuos de sociedades secretas; se anuló la ley de seguridad de 1855, y Ledru-Rollin, excluido de las amnistías anteriores, recibió el permiso de regresar á Francia. Las intenciones pacíficas del gobierno recibieron la necesaria garantía con la disminución del contingente militar anual de cien mil quintos á noventa mil. Verdad es que á la izquierda no satisficieron estas concesiones, pues lo que ella quería era la república y obligar al ministerio á disolver el cuerpo legislativo. Esperaba obtener grandes triunfos en las nuevas elecciones; pero Ollivier no pensaba complacerles, pues sólo en el caso de que la mayoría de los diputados le hubiese sido hostil, se habría resuelto á disolver la Cámara. Ollivier mostró una confianza optimista que los sucesos no justificaron. Merimee dijo de él: «Se cree el hombre de Estado más eminente de nuestro tiempo y se figura que puede conseguirlo todo; recuerda á Lamartine en el año 1848, que también creyó que podría dominar la situación.» La confianza en que vivía

se halla en estas palabras dichas al contestar á un antiguo amigo de la izquierda, que le preguntaba por la salud del emperador: «No está bien; su ánimo decae, su energía va desapareciendo, todo le espanta; pero yo le daré una vejez feliz.»

En realidad no fué Ollivier el director de los sucesos, sino el dirigido, según se vió en la cuestión de la revisión constitucional. Se declaró á favor de la revisión total, para la cual obtuvo la aprobación del emperador; pero en el proyecto de la nueva Constitución que redactó, evitó cuidadosamente tocar á las disposiciones reservadas á la consulta del pueblo, que deseaba eludir; mas modificó su modo de ver cuando la comisión del Senado, compuesta de Baroche, Behic, Boudet, Chasseloup-Laubat, Devienne, Drouyn, Magne, Maupás, Rouher, todos ex ministros, y Quintín Bauchart, exigió que la Constitución, tal como se fijara entonces, fuese sometida á un plebiscito. El emperador se declaró decididamente conforme con esta idea, aceptada por todos los ministros, menos Buffet; visto lo cual Ollivier renunció á su anterior propósito y defendió en la Cámara el plebiscito, obteniendo una gran mayoría que le manifestó su confianza.

Las disposiciones nuevas más importantes se referían al Senado, que fué elevado á cuerpo legislativo al lado del emperador y de la Cámara, pero perdió sus atribuciones constituyentes; se elevó el número de sus miembros, reservándose al emperador el nombramiento de presidente, así como la iniciativa exclusiva de las futuras modificaciones de la Constitución y la apelación necesaria al pueblo.

La trascendencia de este último punto era capital, pues daba al emperador la posibilidad de volver, siempre que quisiera, por medio de un nuevo plebiscito, al régimen absoluto autoritario. Hasta aquellas personas que desde el punto de vista de la democracia estaban dispuestas á admitir la legalidad de los plebiscitos, á pesar de que la experiencia demostraba que en ellos siempre disponía el gobierno de las masas, no pudieron conformarse con que la iniciativa del emperador no necesitara la aprobación del Parlamento. Buffet y Daru reclamaron la cooperación de la Cámara, y no habiéndola conseguido, presentaron su dimisión. El ministerio de Negocios extranjeros fué conñado temporalmente á Ollivier, y entregado algunas semanas después al duque de Gramont, embajador en Austria. Segris se encargó de la Hacienda; y saliendo también del gabinete el marqués de Talhouet, se completó con Mege y Plichón. Entretanto había sido aceptada por unanimidad la nueva Constitución del 20 de abril por el senado-consulta, y un decreto imperial del 23 fijó para el 20 de mayo la votación plebiscitaria, con esta fórmula: «El pueblo francés aprueba las reformas liberales efectuadas por el emperador en la Constitución desde 1860, con la cooperación de los grandes cuerpos del Estado, y aprueba también el senado-consulta del 21 de abril de 1870.» A pesar de la seguridad que podía tener el gobierno de alcanzar una gran mayoría, no omitió Ollivier ningún esfuerzo. A los jueces de paz les hizo saber que deseaba verlos en los comités que en todas partes se for-

maban para preparar el plebiscito. También se informó de la actitud del clero, y si bien solía contestar á la noticia de que algún presidente del tribunal se mostraba tibio, ó hasta hostil, que estaba en su derecho, pedía informes oficiales de la actitud que se observaba. El emperador dirigió una alocución al pueblo, diciendo que su aprobación sería una prueba de su confianza; que tenía que desarmar á la revolución y colocar el orden y la libertad sobre una base duradera para facilitar la transmisión de la corona al príncipe imperial. «Hace diez y ocho años que me disteis casi unánimemente los poderes más latos; venid ahora en igual número que entonces á confirmar la transformación del régimen imperial... Por lo que á mí toca, fiel á mi origen, me identificaré con vuestros pensamientos; vuestra voluntad me vigorizará, y confiando en la Providencia, trabajaré sin cesar en fomentar la prosperidad y la grandeza de Francia.»

Con igual decisión se dirigió el ministerio á todos los empleados, diciéndoles que abstenerse ó votar negativamente sería ayudar á los enemigos de la organización política y nacional, sobre la cual descansaba la grandeza de Francia; que se trataba de asegurar á la patria un porvenir tranquilo, á fin de que así en el trono como en la choza más humilde pudiese el hijo entrar pacíficamente en posesión de la herencia de su padre. Un comité central que tenía sus últimas ramificaciones hasta en los lugares más pequeños y disponía de abundantes recursos pecuniarios, trabajaba en favor del plebiscito auxiliando eficazmente los intereses del gobierno; pero, por otra parte, tampoco estuvieron ociosos los contrarios. El banquero italiano Cernuschi puso á su disposición cien mil francos, y cuando á consecuencia de esto fué expulsado de Francia, dobló la suma. Un manifiesto de la izquierda decía que la aceptación del plebiscito robustecería el régimen personal y sería la abdicación de la soberanía del pueblo; que el que no votara no protestaría contra dieciocho años de opresión, contra Méjico y Sadowa, contra los presupuestos elevadísimos y el gran ejército permanente y contra todo el régimen personal. Discursos exagerados pronunciados en las asambleas populares, en los cuales el socialista Lermine pidió, por ejemplo, que se condenara al emperador á cadena perpetua, redundaron más bien en favor del gobierno que de sus contrarios. Regresó entonces de Inglaterra Beaury; se sospechó que se quería cometer un atentado; se encontraron en su casa cartas de Flourens; á consecuencia de este descubrimiento partió Ledru-Rollin á toda prisa para Londres; se cogió una caja llena de bombas explosivas, y todo esto llenó de temor á muchos y les decidió á votar *sí*. Con razón prevalecía en ambos campos la convicción de que prescindiendo de la importancia y significación directa de la fórmula del plebiscito, su verdadero sentido era éste: ¿Debe seguir el Imperio, ó debe dejar el puesto á la República?

El emperador personalmente mostró en aquellos días la mayor tranquilidad, que formaba extraño contraste con la excitación de Ollivier y de otros



ministros. El 8 de mayo por la noche se acostó temprano, sin manifestar temor alguno. Su confianza quedó al día siguiente perfectamente justificada, porque aunque en París había prevalecido la oposición, pues la votación había dado ciento cincuenta mil papeletas con *no* contra ciento diez mil con *sí*, había conseguido mayoría en Lyon, Marsella, Burdeos, Toulouse, Metz y Nimes, faltando poco para que la consiguiera en Estrasburgo y en otras ciudades. El plebiscito en totalidad dió siete millones de votos favorables contra millón y medio negativos. Comparada esta votación con la del año 1852, resultaban para el emperador unos seiscientos mil votos menos, al paso que la oposición había ganado doble cantidad. Además, en el ejército hubo doscientos ochenta mil votos favorables y cuarenta y seis mil contrarios. Los revolucionarios aprovecharon esta circunstancia para hacer una demostración delante del cuartel del Príncipe Eugenio el 9 de mayo al anochecer; mas esta demostración tuvo mal éxito, porque el regimiento, cuya mitad parece había votado *no*, dispersó á los manifestantes, y lo mismo sucedió en tumultos análogos en las dos noches siguientes. El emperador expresó en una carta dirigida á Canrobert su confianza en el ejército, á pesar de haber corrido voces tan alarmantes respecto de la votación de los soldados; en especial dió las gracias al general Lebrun y á sus tropas por la firmeza que habían mostrado en los citados desórdenes, y personalmente visitó diferentes cuarteles, donde fué recibido con gran entusiasmo. Es muy probable que el emperador considerara aquella votación de la tropa como un síntoma más grave de lo que dió á entender, y parece justificada la suposición de que podía muy fácilmente aumentarse el descontento en el ejército si no le daba ocupación por medio de una guerra, si bien para esta suposición faltan pruebas.

El periódico oficial repetía: «¡El plebiscito es la paz!, ¡la paz!, ¡la paz!» Después de haber presentado el consejo de Estado, el Senado y el cuerpo legislativo al emperador en 21 de mayo el resultado del plebiscito, se volvieron á emprender los trabajos parlamentarios, interrumpidos hasta entonces, y se realizaron todavía algunas reformas liberales. Una de ellas fué anular el derecho que por la ley del 22 de julio tenía el gobierno de elegir los alcaldes fuera de los consejos municipales; al mismo tiempo se rebajó á cinco años la duración de las funciones de los consejos municipales, y se autorizó á los consejos generales y de distrito para elegir sus mesas, formar su reglamento y publicar sus sesiones. La prensa por su parte consiguió que sus delitos fuesen sometidos al jurado. En todos estos asuntos se presentó la situación del ministerio como muy segura, porque siempre que Ollivier lo pidió, la mayoría aceptó su criterio. En la izquierda hubo una división entre exaltados y moderados, encargándose Picard de la jefatura de estos últimos, contando cada grupo aproximadamente diez y ocho miembros. A los moderados costó trabajo resistir al otro grupo exaltado, y diciendo una vez Glais Bizoin que se proponía formar el eslabón de unión entre los diferentes matices de la izquierda y que pensaba tomar su asien-

to al lado de Picard, se le dijo: «Picard es un traidor; no queremos á nadie que se le parezca.» Una carta de los príncipes de Orleans dirigida al presidente de la Cámara excitó algún tanto el interés, porque pedían el levantamiento de su destierro. El marqués de Piré lo propuso á la Cámara, Favre lo apoyó y Grevy lo combatió. Ollivier declaró que el gobierno no tenía que cuidarse de semejante asunto, porque los príncipes no se habían dirigido al emperador, pues de ha-



Ernesto Picard (según fotografía)

berlo hecho habría merecido su solicitud un examen benévolo. La proposición fué rechazada, como lo pidió Ollivier, por una mayoría de ciento cuarenta y tres votos. Cuando el diputado Mony, á principios de junio, interpeló al gobierno con motivo de la construcción de la línea férrea de San Gotardo, se profirieron algunas frases belicosas, pero el duque de Gramont hizo notar que Francia no tenía el derecho ni el deber de intervenir en el asunto. La interpelación dió lugar á algunas expresiones ofensivas para Alemania, y sobre todo á una polémica violenta de periódicos, con la cual probablemente se consiguió el objeto que se esperaba, porque por lo menos se vió que el partido que excitaba á la guerra no daba por perdida su causa, á pesar del cambio ocurrido en el sistema de gobierno. No hay duda de que Ollivier nada tenía que ver con ese partido, y no hay derecho á dudar de su buena fe cuando declaró en 30 de junio en el deba-

te sobre el contingente de 1871, que el gobierno en ningún tiempo había seguido una política de paz más franca que entonces, y que la paz europea nunca había estado menos amenazada. Verdad es que los políticos más ilusos no podían ignorar que ésta no era sino una opinión individual adecuada á las circunstancias del momento, pero que el menor suceso podía transformarla en la opinión contraria; pues desde el año 1867 era tan manifiesto el antagonismo entre Francia y Alemania, que la explosión de la guerra parecía casi una cosa natural. Hasta en Alemania hubo personas que se preguntaron si sería más ventajoso apresurar los sucesos y apelar á las armas antes de que la nueva ley militar de Francia pudiera dar todo su resultado. El conde de Bismarck no participaba de esta opinión, y decía que nadie era tan capaz de penetrar los designios de la Divina Providencia, que pudiese calificar la guerra de inevitable. Al propio tiempo contaba Bismarck con la posibilidad de que ocurriesen cambios en la constitución y en la política de Francia que alejaran el peligro de una ruptura. Deseando también el emperador Napoleón personalmente la paz, pasaron tres años (desde 1867 á 1870) sin que hubiera guerra, pero también sin que se aumentara en este tiempo la confianza en la duración de la paz.

Respecto á política extranjera hemos de decir que no eran ya tan tirantes las relaciones entre Francia é Italia, y que así en París como en Florencia se volvió al principio sentado en el convenio de septiembre, considerándolo simplemente como suspendido, y se pensó en el modo de volverlo á hacer efectivo introduciendo en él las modificaciones que fueran del caso. El lenguaje que usó el emperador fué tan halagüeño, que Menabrea llegó á esperar que podría alcanzar una explicación del *jamás* de Rouher, que equivaliese á la retirada de esta palabra y robusteciera su posición parlamentaria. Esto era más de lo que podía conceder Napoleón. Menabrea, deseoso de halagar al emperador, se empeñó en que la Cámara votara una proposición que desaprobara toda tentativa armada contra Roma, pero fué derrotado por 201 votos contra 199.

Las relaciones de las Tullerías con la corte de Berlín mejoraron después de resuelta la crisis italiana, y Moustier se mostró muy afectuoso con Bismarck en todas las cuestiones relativas al Oriente. Verdad es que el ministro de la Guerra, Niel, adoptó un tono muy belicoso en los debates sobre la ley militar; pero se atribuyó á la necesidad de vencer la antipatía que inspiraba el proyecto. La tranquilidad no duró mucho tiempo, pues se volvió á sentir la mano de Francia en la cuestión del Schleswig septentrional, cuestión que el gobierno francés había tratado ya de explotar en el verano de 1867. En este asunto la política de Bismarck se fundaba decididamente en que Prusia no se había comprometido, fuera de Austria, con ninguna otra potencia á hacer concesiones territoriales; de suerte que ni la misma Dinamarca, y mucho menos Francia, podían exigirle ninguna concesión de esta clase. Bismarck estaba dispuesto á consultar á la población de los distritos septentrionales, por medio de una votación, si prefería

ser dinamarquesa ó alemana, bajo la condición de que Dinamarca diera garantías de que mostraría el mismo respeto á la nacionalidad alemana que á la dinamarquesa en los territorios que debían cedérsele; pero el gobierno de Copenhague no quiso aceptar, porque temió que Alemania se propusiera con esto crear un pretexto continuo para intervenir, y por tanto Bismarck abandonó las negociaciones en julio de 1867. Este fué justamente el tiempo que Napoleón juzgó á propósito para salir á la defensa de Dinamarca y atraerse sus simpatías, mas procediendo con prudencia procuró ocultarse detrás de la Rusia. Gortchakoff había escrito á Bismarck manifestándole su convicción de que Napoleón personalmente tenía las intenciones más pacíficas, si bien le costaba gran trabajo dominar las pasiones de las personas que le rodeaban. Según Gortchakoff, sería un gran auxilio para el emperador francés el arreglo del asunto del Schleswig, y si no lo había suscitado de nuevo en Berlín era por no excitar la delicadeza de Prusia. Por tanto, sería de desear que Bismarck mismo lo arreglara; Rusia se interesaba también en este asunto, pero procuraría evitar toda apariencia de intervención. Preparado así el terreno, promovió de nuevo la cuestión el embajador francés en Berlín Lefévre de Behaine; pero Thile, sustituto interino de Bismarck en ausencia de éste, no quiso entrar en discusión, diciendo que la paz de Praga se había hecho exclusivamente entre Prusia y Austria; y advirtió al embajador de Dinamarca que toda amenaza extranjera tendría por único resultado perjudicar los intereses de Dinamarca. Moustier desistió entonces de su empeño y declaró al gobierno prusiano que sentiría vivamente que Prusia diera un sentido equivocado á sus observaciones y que podía estar convencida de que Francia de ningún modo heriría la delicadeza de un gobierno vecino y amigo. En Berlín se dió poca importancia á estas seguridades, y en efecto, un viaje que hizo pocas semanas después el ministro de Comercio de Francia, Béhic, á Copenhague, dió á comprender que el gobierno francés no había renunciado sino en apariencia á sus propósitos. Las fiestas que con expansión ostentosa celebraron algunos diputados y periodistas franceses en la capital de Dinamarca; el viaje á París del ministro de Marina dinamarqués Raasloff, acompañado de algunos oficiales del ejército, quien apenas regresó á Copenhague volvió otra vez á la capital de Francia en compañía de oficiales de marina, aumentaron la inquietud. Entretanto había llegado á Berlín el príncipe Napoleón para hacer una visita á aquella corte, donde permaneció diez días, y volviendo á poner sobre el tapete las exigencias territoriales francesas y en particular el deseo de apoderarse de Bélgica; pero no encontrando acogida tales pretensiones, las negociaciones entre París y Copenhague no podían ser consideradas sino como amenazas, tanto más cuanto la prensa francesa volvía á desahogar su mal humor en artículos violentos. En un folleto oficioso, al exponer que la situación política, según la expresión de Napoleón, no era ni la paz con su seguridad ni la guerra con sus buenas consecuencias, se afirmaba la necesidad de que concluyera tal situación y se conquistara la paz por medio de la guerra.

Las relaciones entre el gobierno francés y el destronado rey de Hannover indicaron también en aquel tiempo que en las Tullerías prevalecía una corriente belicosa, y así lo demostró la legión hannoveriana, que el rey destronado había reunido en tiempo del conflicto del Luxemburgo en Holanda, para organizarla allí militarmente, por lo cual el gobierno de Prusia le consideró como enemigo declarado. A pesar de esto, el mismo gobierno prusiano procuró, mediante cierta cantidad de dinero, que reconociera el nuevo estado de cosas ó á lo menos renunciara á su conducta hostil. Con este fin se había firmado un tratado en septiembre de 1867, y en el tiempo de que hablamos, el 1.º de febrero de 1868, fué ratificado por el Parlamento prusiano á instancias de Bismarck. El rey de Hannover desposeído, respondió á esta conducta de Prusia insistiendo más y más en sus intenciones hostiles y proponiéndose emplear la suma concedida por Berlín para su legión hannoveriana. Esta había tenido que salir de Holanda de resultas de las reclamaciones de Prusia, y se había trasladado á Suiza. Pero como también allí se le opusieron dificultades, el destronado rey consiguió de Napoleón permiso para enviar su legión á Francia, adonde llegaron sus individuos con pasaportes austriacos en febrero de 1868. Prusia suspendió desde el 2 de marzo de 1868 el pago de las sumas destinadas al rey desposeído, y en enero de 1869 embargó todo el capital; pero esto no impidió á la corte de Hannover continuar sus intrigas hostiles, á lo cual la animaba la continua tirantez de la situación europea, que particularmente en el verano y el otoño de 1868, con motivo de los sucesos de Oriente llegó á tomar un carácter peligroso, porque por una parte los cretenses sublevados, socorridos abiertamente por la Grecia, se mantenían en armas; por otra Kara Georgewitz, el príncipe expulsado de Servia, intentaba recuperar el trono; el príncipe Milano Obrenowitz moría asesinado en 10 de junio de 1868 en el jardín de su palacio; y finalmente estalló en la Bulgaria una sublevación, que fué sofocada pronto por Midhat-Bajá, pero que dió un pretexto de queja contra Rumanía porque había permitido la entrada en su territorio á turbas armadas de sublevados, de lo cual se culpó también en parte á Prusia. Algunos meses después, el mismo Bismarck declaró en la Cámara de diputados que la paz se había visto amenazada; y el rey Guillermo, en una alocución que pronunció en Kiel el 14 de septiembre, dijo que un soberano, á pesar de su gran amor á la paz, no podía eludir en circunstancias dadas la responsabilidad de una guerra. Estas frases fueron consideradas con razón como indicio de una situación muy grave. Sólo cuando el ministerio Bratiano dimitió á fines de noviembre de 1868 y fué reemplazado por un ministerio decididamente pacífico, se aplacaron los temores de guerra, y entonces, gracias á los esfuerzos unidos de las grandes potencias, que á propuesta de Prusia se reunieron en conferencia en París en enero de 1869, se zanjó la cuestión de Creta y se obligó al rey de Grecia á cambiar su ministerio belicoso.

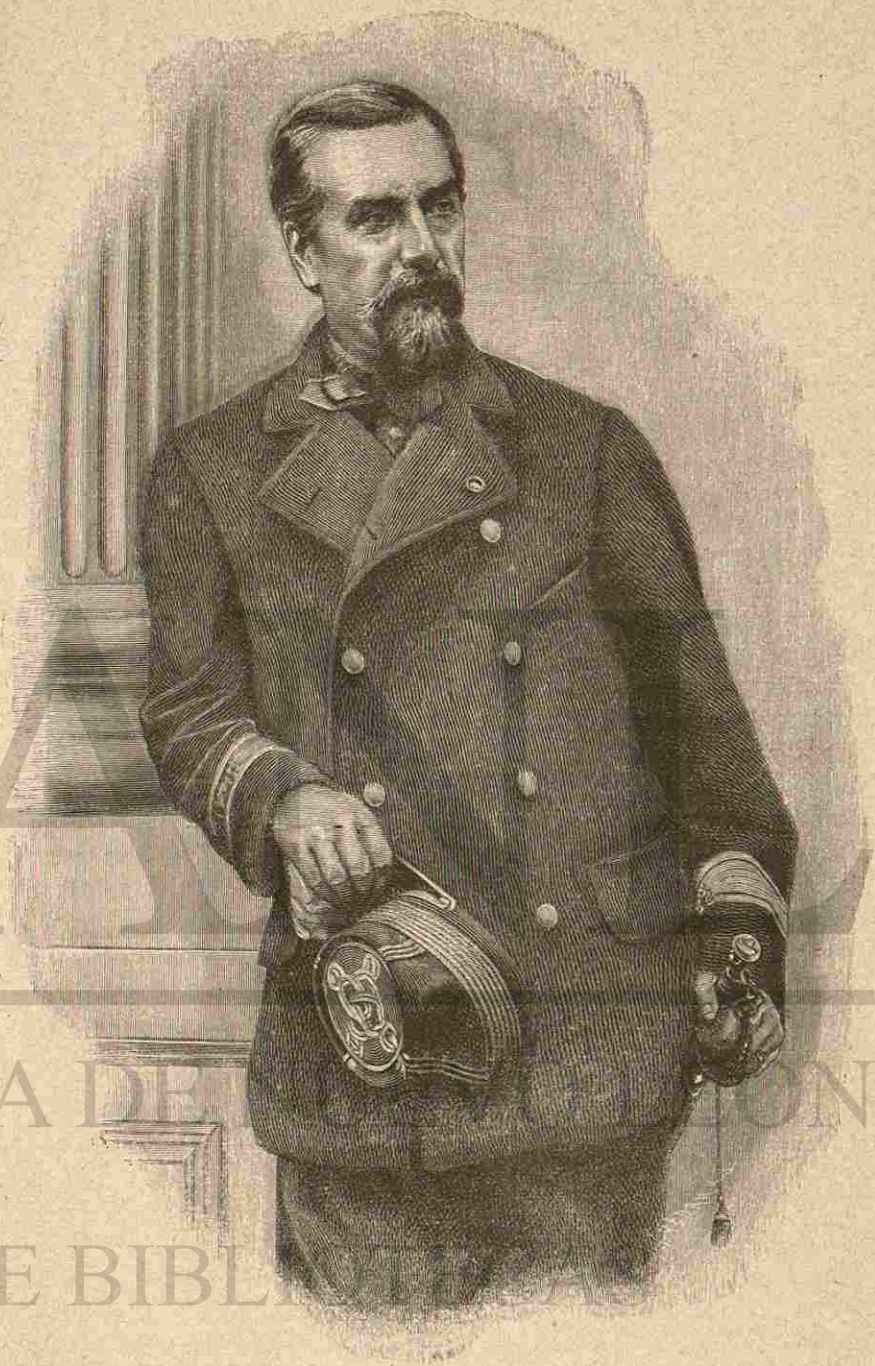
La resolución de estas complicaciones sólo produjo una tranquilidad pasaje-

ra, porque el antagonismo y la desconfianza entre Francia y Prusia continuaron, como debían continuar mientras la opinión pública en Francia no reconociese sin reserva el nuevo estado de cosas en Alemania y renunciara á toda oposición á la unión de los Estados del Mediodía con la confederación del Norte. Acaso Napoleón habría podido conseguir tal resultado si él mismo hubiese seguido semejante política pública y francamente, conforme se lo aconsejaron Rothan en mayo de 1867 y Ollivier; mas no tuvo energía, porque temía facilitar á sus adversarios en el interior nuevas armas contra el Imperio. La consecuencia inevitable de esto fué el aumento de la desconfianza y de la suspicacia por ambos lados. En Francia se miraba la política de Bismarck como modelo de arteria y de intriga, y muchos tenían por seguro que el canciller alemán se había propuesto la conquista de la Alsacia y la Lorena; pues cuando Moltke recorrió en abril de 1868 la frontera, le siguió á cada paso un agente francés, el capitán Samuel, que informó por telégrafo al ministro de la Guerra de todo cuanto hacía el general alemán. Por su parte el general Ducrot llegó á decir que el jefe del Estado mayor alemán había declarado á un funcionario badense que no pasaría mucho tiempo sin que la Alsacia y Baden estuviesen reunidos en un solo país, que sería el mejor del mundo. Añadía Ducrot: «Vivo en continua exacerbación, pues siento el furor de un hombre que quiere salvar á otro que se ahoga, y que con su oposición expone á su salvador á ahogarse con él;» y manifestaba que había hablado hacía poco con la condesa de Pourtalés, siempre optimista y que había admirado todo cuanto hacían el rey Guillermo y Bismarck; pero á la sazón había regresado de Berlín convencida de que la guerra era ya inevitable; que Prusia estaba perfectamente preparada, bien dirigida y segura de su triunfo; que á Francia se la engañaba inicualemente; que en Prusia se esperaba sorprenderla indefensa; que en público se alababan las buenas relaciones entre los dos países, pero á solas los alemanes se burlaban del emperador Napoleón, de la emperatriz, del ejército francés, de la guardia móvil, del gobierno y del ministerio, añadiendo que el ministro de la casa real Schleinitz se atrevía á decir que la Alsacia sería dentro de año y medio prusiana. «Ahora sí que tengo la seguridad, había exclamado la condesa, de que nada, nada puede conjurar la guerra, ¡y qué guerra!» También Thiers, que en cuestiones de política extranjera era considerado por muchas personas como un oráculo, repetía incesantemente sus advertencias aconsejando guardarse de la ambición de Prusia y hablaba de una alianza defensiva con Inglaterra. Decía que en seguida se unirían á la alianza Bélgica, Holanda, Dinamarca, Portugal y Suiza, y que Austria se decidiría también pronto. «Sólo una alianza como esta, añadía Thiers, puede asegurar la tranquilidad que la Europa tanto necesita.» El agregado militar de la embajada francesa en Berlín, coronel Stoffel, daba cuenta de la fuerza formidable del ejército alemán, y por otro lado proclamaba las intenciones pacíficas de Bismarck. En 20 de noviembre de 1868, después de una entrevista con Bleichroder, que había pasado ocho días con Bismarck en Varzin, comunicó á su go-

bierno que el canciller deseaba más vivamente que nunca la paz; que no pensaba acelerar la entrada del Sur en la confederación del Norte, porque estaba convencido de que esta entrada se efectuaría por sí sola; pero que en cambio le interesaba hacer desaparecer los temores de guerra, para lo cual era en su opinión el mejor medio una entrevista de Napoleón con el rey Guillermo, y por lo demás, Bismarck no tendría inconveniente en obligarse por escrito á no emprender nada respecto de la Alemania del Sur. Stoffel en su comunicación manifestó la duda de si lo dicho por Bleichroder serían sólo observaciones personales; pero de todos modos consideraba positivo el proyecto de una entrevista, y también creía por su parte que en ella se podría suavizar mejor que de otro modo la antipatía general que prevalecía en Alemania contra Francia.

Semejante entrevista no tuvo efecto; Napoleón quedó deudor de la visita, y no tardó la prensa en mostrarse de nuevo alarmada. La expulsión de la reina Isabel de España en septiembre de 1868, dió otra vez abundante motivo á los periódicos franceses para acusar á la política de Bismarck de sembrar en todas partes el descontento. Aquel acontecimiento fué evidentemente para Napoleón un golpe muy sensible; porque no solamente había contado en general con el auxilio de la reina destronada, sino que había pensado encomendarle la misión de guardar á Roma contra Italia, para lo cual la reina Isabel se había mostrado muy propicia. Precisamente en aquellos días en que la revolución la destronó, estaba en San Sebastián y había dispuesto hacer una visita en Biarritz á la familia imperial de Francia, en cuya ocasión debían hacerse algunos arreglos políticos bastante decisivos; y en la destrucción de estas esperanzas encontraron los franceses motivo para acusar á la política artera de Prusia de haber provocado el pronunciamiento de los generales españoles.

También se creyó ver en Bélgica, como en España, la influencia enemiga de Prusia. Desde la primavera de 1868 la compañía francesa del ferrocarril del Este había empezado á adquirir líneas férreas del Luxemburgo y de Bélgica. La adquisición de la línea de Guillermo en el Luxemburgo, y de un ramal á Spa, había sido la primera operación de esta clase y no había suscitado objeciones; pero cuando se divulgaron en otoño las negociaciones entabladas para la adquisición de diferentes líneas principales de Bélgica y de Holanda, y se dijo que el gobierno francés quería garantizar al ferrocarril del Este el cuatro y medio por ciento de interés, no pudo menos de sospecharse en Bélgica que había motivos políticos en el fondo de estos proyectos de adquisiciones de líneas férreas y que se trataba evidentemente de reducirla á la dependencia de Francia en el terreno económico, y obligarla al fin á una unión aduanera. También podía tener grandísima importancia la posesión de estos ferrocarriles en concepto militar, pues que ofrecían la posibilidad de arrojar rápidamente una parte del ejército francés sobre el flanco derecho de Prusia y convertir así la Bélgica neutral en teatro de la guerra. En vista de estos peligros, el ministerio belga declaró que no reconocería la venta de las líneas; y cuando á pesar de esto se efectuó en enero



EL GENERAL DUCROT (según fotografía)

de 1869, las Cámaras belgas aprobaron una ley según la cual sería nulo todo cambio de propiedad que se hiciera sin consentimiento del gobierno. Esto suscitó una indignación formidable en la prensa parisiense, que se dirigía igualmente contra Bélgica y contra Prusia. Diplomáticamente sólo podía el gobierno francés reclamar contra Bélgica, y el embajador La-Guerroniere recibió el encargo de pedir el nombramiento de una comisión franco-belga que examinara las objeciones contra la venta de los ferrocarriles. El presidente del ministerio belga, Frere Orban, no admitió la pretensión, y en las negociaciones que se siguieron en París en el mes de abril de 1869, insistió en que la tal comisión se ocupara únicamente en el estudio de las facilidades de explotación de las líneas belgas, según estaba convenido. Con esto quedó zanjada la parte política de la cuestión; y el único resultado positivo, pero insignificante, que se consiguió al cabo de algunos meses de negociaciones, fué que el ferrocarril del Este pudiese enviar trenes directos con su personal propio de explotación al través de Bélgica, con destino á Amberes y Rotterdam. Con esto quedó en Francia el disgusto roedor de que la diplomacia prusiana, sin cuyo apoyo Bélgica no se habría atrevido á oponerse á las exigencias francesas, había frustrado una combinación cuyo objeto definitivo era dar un gran paso para la incorporación final de Bélgica.

Durante este tiempo se llevaron en el más profundo silencio negociaciones para una triple alianza entre Francia, Austria é Italia. Respecto de Austria había iniciado Napoleón el asunto en julio de 1868, proponiendo por conducto del príncipe de Metternich al conde de Beust dirigir una especie de interpelación á Prusia con motivo de las tentativas cada vez más visibles que se hacían para traspasar la línea del Mein. Beust manifestó que éste sería el mejor medio de encontrar partidarios en la Alemania del Sur para la unión con la confederación del Norte, y por lo mismo recomendó que Napoleón declarara á Berlín que estaba dispuesto á no plantear la nueva organización militar siempre que Prusia hiciera una declaración satisfactoria respecto del mantenimiento de la paz de Praga. Estando persuadido el ministro austriaco de que Bismarck ni podría ni querría hacer semejante declaración, pensaba que Francia adquiriría con esto el derecho de presentarse como guardadora de la línea del Mein. De esta manera habría sido inevitable el conflicto; pero Napoleón no quiso seguir tal camino, diciendo que, atendida la organización militar de Prusia, saldría él perdiendo, y por esto propuso «un cambio de ideas y de memorias» sobre una alianza franco-austro-italiana. Este cambio de ideas duró un año, hasta septiembre de 1869, y sólo estuvieron iniciados, además de los tres soberanos, Rouher, Beust, el príncipe de Metternich, los condes de Vitzthum y Vimercati y el príncipe Napoleón, quedando ignorante de todo, por deseo expreso del emperador, el embajador en Viena duque de Gramont. En el último momento fueron también iniciados en el secreto el marqués de Lavalette y el príncipe de la Tour d'Auvergne. Según se aseguraba en Francia, la primera excitación pro-

cedió del rey de Italia, porque atendidas las simpatías de Víctor Manuel por Napoleón, le molestaba la tirantez que existía entre su gobierno y el francés desde la nueva ocupación de Roma por los franceses. Por otra parte, se notaba en la población de Italia una corriente cada vez más fuerte á favor de una alianza con Prusia, y la asistencia del príncipe heredero de Prusia á las bodas del príncipe heredero de Italia, en abril de 1868, dió lugar á vivas manifestaciones de simpatía en favor del prusiano, mientras que el príncipe Napoleón fué recibido hasta con frialdad. En julio Lamarmora, acaso con anuencia del rey, se había valido de algunos párrafos de la obra del Estado mayor prusiano sobre la guerra de 1866, para quejarse de Prusia en la Cámara y arrojar una nueva manzana de discordia entre Austria y Prusia con la publicación del despacho de Usedom del 17 de junio de 1866. No obstante, la diplomacia oficial italiana observó una actitud intachable; desaprobó el proceder de Lamarmora y conservó la buena armonía con la confederación del Norte de Alemania. Por esta misma razón el rey de Italia no quiso iniciar á ninguno de sus ministros en el secreto, cuando empezó la mencionada correspondencia con Napoleón, y las muchas cartas que durante los meses inmediatos se cruzaron entre París, Florencia y Viena, no tuvieron carácter oficial. El resultado de estas largas discusiones fué un proyecto de alianza, según el cual se obligaron los tres soberanos á proceder de común acuerdo en todas las cuestiones políticas. Entonces fué menester iniciar en el secreto al ministerio italiano, que puso en primer término la dificultad que ofrecía la cuestión de Roma. Menabrea declaró que era menester presentar en el tratado una solución para la cuestión romana si se quería que Italia firmara la alianza. Austria apoyó esta exigencia; pero Napoleón, después de nuevas negociaciones, se negó á contraer ningún compromiso en este concepto, y finalmente hizo declarar en Florencia y Viena por Lavalette, que en tiempo oportuno se volvería á tratar el asunto diplomáticamente, pero que por de pronto proponía el canje de cartas autógrafas de los tres monarcas, en las cuales se prometiera en términos generales el auxilio mutuo. En septiembre de 1869 se cambiaron estas cartas autógrafas, con lo cual creyó Napoleón tener la seguridad suficiente de que al estallar una guerra bastarían pocos días para conseguir tratados definitivos: ilusión funesta é injustificable, aun admitiendo las expresiones de confianza que se dice usaron Metternich y Nigra. Acaso la ilusión del emperador explique que Francia se arrojara á la guerra con tanta ligereza.

to; que Bismarck había hablado también del príncipe Federico Carlos, diciendo que éste había mostrado igualmente deseos de aceptar la aventura española, pero que le imposibilitaba el ser protestante. Le pareció á Benedetti que Bismarck deseaba eludir todo compromiso en caso de elección y servirse de esta contingencia para intimidar á Francia. El embajador francés, en vista de sus



El príncipe Leopoldo de Hohenzollern (de fotografía)

instrucciones, no creyó prudente importunar más á Bismarck, y su ministro aprobó esta conducta.

No la modificó la publicación de un folleto de Salazar y Mazarredo en octubre de 1869 para recomendar la candidatura de Leopoldo. No se sabe hasta qué punto se tuvo noticia en París de la continuación de estas negociaciones, pero no se explica que Napoleón no protestara en Madrid cuando Drouyn de Lhuys le llamó nuevamente la atención, en 17 de noviembre de 1869, sobre la candidatura de Leopoldo. Pareció que esta cuestión desaparecía de la escena política, porque después de haber enviado el príncipe por dos veces á una persona de su confianza á Madrid para examinar la situación, se decidió á renunciar á su candidatura. Prim no se desanimó, y Salazar desplegó nuevamente una

XXIX

LA CUESTIÓN HOHENZOLLERN.—LA GUERRA

La atención pública se fijó en España. El general Prim buscaba un príncipe para convertirlo en rey de España. El padre del monarca portugués no aceptó, y por último se fijó en el príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, hermano del príncipe Carlos de Rumanía. Como era pariente del emperador Napoleón por su madre, se podía suponer que el gobierno francés aprobaría su elección con la misma facilidad que se esperaba hallar de parte de Prusia. A fines de marzo se entablaron las primeras negociaciones. El antiguo embajador de España en Berlín, Rancés y Villanueva, pasó desde Viena á Berlín; el rey le concedió una audiencia y conferenció dos veces con Bismarck, pero no encontró al parecer las facilidades que había esperado. A pesar del secreto y de su seguridad de que la elección se decidiría primero en favor del rey Fernando de Portugal, del cual se admitía como seguro que no aceptaría, y de que por lo mismo se elegiría en segundo lugar al duque de Montpensier, sospechó el embajador francés en Berlín, Benedetti, y en 31 de marzo pidió explicaciones á Thile, sustituto interino de Bismarck. Este le aseguró bajo palabra de honor que no tenía la menor noticia de la candidatura de Leopoldo, lo cual tranquilizó á Benedetti, si bien al escribir á París hizo notar que el secretario de Estado Thile no estaba siempre enterado de las intenciones de Bismarck. En una visita que hizo poco después á París habló de esto al emperador personalmente y recibió el encargo de no perder de vista el asunto, diciéndole Napoleón que la candidatura de Montpensier iba dirigida únicamente contra su dinastía, pero que la del príncipe de Hohenzollern iba dirigida contra la nación francesa; y si él podía conformarse con la primera, debía impedir la segunda de todas maneras, porque el país no se conformaría con ella. De regreso á su puesto, Benedetti se dirigió personalmente á Bismarck y pudo comunicar el 11 de mayo de 1869 á París que aquél le había afirmado que el rey de seguro no recomendaría al príncipe la aceptación de la corona, aunque las cortes le eligieran, y que tampoco el anciano príncipe de Hohenzollern le animaría á aceptarla, porque la subida de su hijo mayor al trono de Rumanía le había impuesto gravísimos sacrificios pecuniarios. Añadió Benedetti que Bismarck reconocía también que el príncipe, para aceptar la corona de España, necesitaba el consentimiento del rey, pero no aseguraba que este consentimiento le fuese negado en absolu-

actividad infatigable como agente, yendo cuatro ó cinco veces á Sigmaringen, de donde regresó á Madrid con noticias más favorables. Un embajador extraordinario que Prim envió con una carta al rey Guillermo, no fué recibido por éste, pero se enteró de todo Bismarck. La diplomacia no ignoraba estas negociaciones, pues el embajador inglés en Madrid, Layard, comunicó á su gobierno en mayo de 1870 noticias relativas al asunto, y el mismo Prim en 11 de junio manifestó en las Cortes que creía estar seguro de tener el candidato que hacía falta, si bien no podía nombrarlo todavía. Antes de dar á conocer el nombre del príncipe de Hohenzollern, debía éste obtener la aprobación del rey de Prusia como jefe de la familia. El rey, sin negar su aprobación, aconsejó la no aceptación de la candidatura, y sólo después de repetidas instancias de Leopoldo, declaró en 28 de junio que no se opondría á sus deseos.

Tan pronto como Prim recibió esta noticia la comunicó, en 2 de julio, al embajador francés en Madrid, Mercier de Lostende, y le suplicó que cooperase á que el emperador no se opusiera. A pesar de sus temores, estaba decidido á sostener la candidatura de Leopoldo, y sin esperar la impresión que causaría en París, celebró un Consejo de ministros presidido por el regente, general Serrano, en el cual se decidió oficialmente ofrecer al príncipe la corona y convocar las Cortes para proceder á la elección, el 20 de julio.

Reinaba ya en París la mayor agitación. Gramont, al recibir el 3 de julio las primeras comunicaciones de Mercier, se apresuró á dar cuenta de ellas á la prensa; por manera que los diarios de la mañana del 4 publicaron la noticia. El lenguaje violento que usaron los periódicos que recibían inspiraciones del gobierno, dió á conocer claramente que obedecían á instrucciones superiores, y en el *Constitutionnel* dijo que los españoles querían confiar el cetro de Carlos V á un príncipe prusiano nieto de Murat, cuyo nombre estaba ligado á España por tristes recuerdos. Al día siguiente aumentó la violencia de la prensa y el cuerpo legislativo empezó á moverse. El diputado del centro izquierdo, Cochery, anunció una interpelación, y negándose la izquierda á apoyarla, fué increpada por la prensa oficiosa, que habló de falta de patriotismo. Gramont se apresuró á prometer para el día siguiente la contestación, y la sometió al Consejo de ministros. Su redacción era muy moderada; pero tal vez influido por el estado de los ánimos en París, el emperador quiso que se estudiara de nuevo, y en el consejo que se celebró á la mañana siguiente, se intercalaron frases que le dieron un tono enérgico; frases aprobadas con alguna repugnancia por la mayoría del Consejo de ministros, de opiniones pacíficas. Acordóse que el duque de Gramont se negaría á admitir ningún debate sobre un asunto cuyos permenores todavía le eran desconocidos; que luego asegurara que evitaría toda ingerencia en los asuntos interiores de España, y que no había mostrado preferencia ni aversión á ninguno de los candidatos hasta entonces mencionados; pero, y esto fué añadido el 6 de julio para satisfacer la exigencia expresa del emperador, «no creemos que el respeto á los derechos de un país vecino nos obligue á to-

lerar que una potencia extranjera, al sentar á uno de sus príncipes en el trono de Carlos V, turbe en perjuicio nuestro el equilibrio de Europa, poniendo en peligro los intereses y el honor de Francia. Tenemos la firme esperanza de que esta contingencia no se realizará, y para impedirlo contamos, así con la prudencia y buen sentido del pueblo alemán, como con la amistad de los españoles. Si así no fuere, fuertes con vuestro auxilio y el de la nación, sabremos cumplir nuestro deber sin vacilación ni debilidad.»

Redactada la contestación de esta manera, era evidente la intención del gobierno francés de no involucrar en el asunto al español y de zanjarlo sólo con el prusiano. Para justificar esta conducta, se fundó después Gramont en que el gobierno prusiano se había mostrado completamente ajeno al asunto y en que el señor de Thile había declarado al encargado de Negocios de Francia, Lessourd (porque el embajador francés se encontraba á la sazón con licencia tomando los baños de Wildbad), que Prusia no tenía nada que ver en todo este asunto; de suerte que en opinión de Gramont había sido preciso hacer comprender al gobierno prusiano que Francia no se dejaba engañar. El emperador estaba convencido de que se trataba de una intriga prusiana y de que debía pedir una satisfacción á Prusia si no quería aparecer humillado ante la opinión; y en esta convicción no titubeó en amenazar con la guerra, sin desearla, pues sólo quería intimidar á Prusia con una actitud firme. Los ministros comprendían que por este camino se iba á la guerra, pero también estaban persuadidos de que era menester arrostrarla. Ya en 4 de julio había observado Gramont al embajador prusiano, barón de Wérther, que existía el peligro de una catástrofe en caso de que el rey no indujera al príncipe á rechazar la corona de España; y al preguntarle el embajador si entendía por catástrofe una declaración de guerra, Ollivier, que se hallaba presente, contestó en tono solemne, «en nombre del emperador y su gobierno,» que este era en efecto el caso. Así Gramont, con la esperanza de asegurar la paz intimidando á Prusia, apoyó de esta manera al partido de la guerra, que quería imposibilitar un arreglo amistoso de la cuestión por medio de una provocación atrevida. Este partido consiguió un primer triunfo cuando Gramont leyó el 6 de julio por la tarde la declaración, y así lo comprendió la oposición en el cuerpo legislativo; pues mientras la derecha aplaudía frenéticamente, pidió Picard los documentos diplomáticos, y Glais-Bizoin y Arago calificaron las palabras de Gramont de declaración de guerra. «¿Queréis, pues, la guerra?», gritó Cremieux. — «El gobierno, replicó Ollivier, desea la paz; la desea apasionadamente, pero con honra. Siempre que Francia se muestre firme en la defensa de su derecho, sin traspasar la medida racional, podrá contar con el apoyo moral de Europa. Nosotros no queremos la guerra, no buscamos la guerra, sólo atendemos á conservar nuestra dignidad. Suplico á la Asamblea, suplico á la nación que se convenza de que no asiste á preparativos disimulados de una acción á la que marchamos por senderos ocultos.» Thiers vió en lo hecho un acto de locura y lo reprochó á Ollivier. Ni éste ni la mayoría

de los ministros habían medido el alcance de la declaración y les asustó la impresión que causó. Después de la sesión no ocultó Ollivier al emperador que la agitación de la Cámara había excedido todo cálculo, y que no parecía sino que se hubiera leído la declaración de guerra.

No siendo de esperar que Thile modificara su opinión, según la que el gabinete de Berlín no tenía nada que ver en este asunto, se decidió en París dirigirse al rey; Gramont, no contento con haber suplicado al embajador Wérther el día 4 que solicitara del rey en Ems que retirara el permiso dado al príncipe Leopoldo, adoptó también la proposición de Benedetti, que desde Wildbad se había puesto por telégrafo á disposición del gobierno, no obstante su licencia, y le ordenó en la noche del 7 al 8 de julio que pasara á Ems. Gramont, al dar esta orden, no había decidido todavía lo que debía ordenar á Benedetti que pidiera al rey en su entrevista. En el despacho que envió al embajador por conducto del barón de Bourqueney, le dijo que pidiera al rey que indujera al príncipe, si no ordenándosele, á lo menos con sus consejos, á retirar su candidatura. En una carta particular dijo con más decisión: «La única contestación que puede impedir la guerra es ésta: — El gobierno no aprueba la aceptación del príncipe y le ordena retirar esta resolución que ha tomado sin su permiso. — Tenemos mucha prisa, añadía el ministro, porque en el caso de una contestación no satisfactoria, debemos empezar el sábado los movimientos de tropas para entrar en campaña dentro de quince días. Si el embajador consiguiera del rey la revocación, sería esto un gran triunfo y un grandísimo servicio, pues aseguraría el rey la paz de Europa; de lo contrario, vendrá la guerra.»

El despacho oficial se expresaba con buen criterio, pero la carta particular empujaba á la guerra. Apenas hubo Gramont entregado el despacho á Bourqueney, cuando recibió un parte de Madrid anunciando que Prim estaba dispuesto á facilitar la retirada de la candidatura si el príncipe daba el primer paso, lo que hizo telegrafiar á Gramont, á la una de la madrugada del día 8 de julio, á Benedetti: «Diga usted esto al rey, y si es necesario también al príncipe: Dígame el príncipe, había manifestado Prim, que encuentra dificultades para el consentimiento del rey, y entonces le facilito la retirada.» Inglaterra, Austria, Italia y también el príncipe de Rumanía, hermano del candidato, apoyaban esta solución. Al tener noticia Ollivier del telegrama, sin ponerse de acuerdo con Gramont, voló á la Cámara y anunció con efusión á Thiers y á otros diputados en los pasillos, que se había obtenido lo que se deseaba y la paz estaba asegurada. Ollivier no había aguardado la contestación del rey de Prusia, pues se contentaba con el telegrama de Madrid, y también los partidarios de la paz; pero la derecha se mostró indignada de lo que llamaba la cobardía de los ministros.

No es fácil que Gramont, al enviar su despacho, pensara en su trascendencia, porque si el embajador hubiese tratado directamente con el príncipe y le hubiese inducido á la renuncia, habría cambiado evidentemente la situación, colo-

cándose Francia en el terreno del gobierno prusiano y dejándole enteramente fuera de juego. En este caso, el príncipe no hubiera podido dejar de acceder á la petición de Francia. Gramont, en efecto, sintió al día siguiente haber enviado este telegrama; pidió instrucciones al emperador y telegrafió el 9 de julio á las dos y media de la tarde á Ems: «No busque usted al príncipe de Hohenzollern; el emperador no quiere tratar con él.»

No hallándose el príncipe en Ems, como se creía, Benedetti, que había llegado allí á las once de la noche, no pudo seguir la primera instrucción, y según parece no habló de ella siquiera en su entrevista con Wérther, el cual le visitó por la mañana del día 9, ni tampoco en la audiencia que le concedió el rey á las tres de la tarde. En esta entrevista, el monarca le expuso minuciosamente que su gobierno no tenía nada que ver con el asunto, y que él mismo personalmente, como jefe de la familia, sólo había hecho un papel negativo, omitiendo prohibir al príncipe la aceptación; que continuaría en la misma actitud; que Francia procurara hacer variar de resolución al ministerio español, y que el gobierno de Prusia no haría nada para disuadir al príncipe de una renuncia voluntaria. Por lo demás, añadió el rey que ignoraba cómo pensaban el príncipe y su padre en este asunto, y que se pondría en relación con ellos, pero no por telégrafo, por no haber convenido con el príncipe una clave, y que tan pronto como se hubiera enterado pondría al embajador francés al corriente de lo que ocurriese. Al mismo tiempo manifestó francamente el rey que el lenguaje de Gramont en la Cámara había sido injusto y equivalía casi á una provocación; opinión de la que no pudo apartarle el embajador con todas sus excusas. Benedetti se inclinaba á creer que el rey deseaba seriamente una renuncia voluntaria del príncipe; pero atendida su profunda desconfianza, le pareció también posible que Prusia sólo quisiera ganar tiempo para sus armamentos. No vió, según dijo, que se hicieran, pero los creía muy posibles, porque podían tomarse las primeras disposiciones muy ocultamente.

Invitado por el rey á su mesa, no pudo Benedetti telegrafiar ni escribir á París sobre su audiencia, hasta la noche. Al día siguiente volvió á ver al rey al anochecer y solicitó una audiencia para el 11. Le alarmaron las instrucciones múltiples y apremiantes que recibió de París: Gramont pedía unas veces una comunicación que pudiese presentar á la Cámara y en la cual se indicara con precisión que el rey quería entenderse con el príncipe antes de tomar una resolución, y otras solicitaba con urgencia una decisión pronta, diciendo que no debía pasar aquel día (el 10 de julio) sin que Francia empezara sus armamentos. «Mientras el rey, escribía Gramont en otra carta simultánea, nos hace esperar una hora tras otra con el pretexto de entenderse con el príncipe, se llaman en Prusia las reservas á las filas y se nos adelanta haciéndonos perder un tiempo precioso. No queremos de ningún modo dar á nuestro adversario hoy las mismas ventajas que tan funestas fueron al Austria en 1866. También amenaza adelantársenos la opinión pública. Es preciso que empecemos;



sólo aguardamos el despacho de usted para convocar á los trescientos mil hombres que hay que llamar á las armas. Suplico á usted encarecidamente que nos escriba, que nos telegraffe algo muy concreto. Si el rey no quiere aconsejar al príncipe la renuncia, tendremos la guerra inmediata, y en pocos días nos hallaremos á orillas del Rhin. En adelante sólo se trata del rey. Habiendo dicho que aprobó la aceptación del príncipe, le toca ahora prohibirla, ó por lo menos aconsejar y conseguir la renuncia; pero más importante que la misma renuncia, es para nosotros saber pronto á qué atenernos.»

En vano Benedetti aconsejó prudencia, telegrafando en la noche del 10 de julio: «La guerra sería inevitable si empezáramos con preparativos militares.» La contestación que recibió fué un nuevo telegrama, que llegó á la una de la madrugada y decía: «Estamos contando las horas. Usted ha de insistir de todas maneras en recibir una contestación del rey: sí ó no. La necesitamos para mañana (para el día 12); pasado mañana sería demasiado tarde.» Con esto iba unida la noticia de que el regente de España pensaba enviar un representante al rey y á Bismarck para recomendar la renuncia del príncipe, añadiendo Gramont al embajador: «Puede usted hacer uso de esta noticia si lo cree necesario para el buen éxito, si bien sería preferible que tuviésemos que agradecer la renuncia únicamente á la intervención del rey.» En el Consejo de ministros celebrado en París, ganaron los amigos de la paz algún terreno, pues tras una larga discusión se decidió en la mañana del 11 de julio no empezar todavía los armamentos y esperar el resultado de la audiencia que para el mediodía había concedido el rey de Prusia á Benedetti. Gramont leyó el mismo día en la Cámara una declaración que aseguraba que todos los gabinetes extranjeros reconocían la justicia de las reclamaciones francesas, y pidió que se tuviera calma hasta que llegara la contestación, de la cual habían de depender las resoluciones del gobierno. La oposición, siempre desconfiada, sospechó que el ministerio se ocupaba en preparar nuevos motivos de guerra en caso de que la cuestión española quedara zanjada con la renuncia del príncipe. Esto indujo á Arago á interpelar al ministro en los siguientes términos: «Tratándose únicamente de la candidatura de Leopoldo, podemos esperar, según creo, una contestación satisfactoria; pero si se mezclan otras cuestiones con la candidatura, tendremos que reconocer el deseo de buscar otros pretextos para una declaración de guerra.» El gobierno prusiano estaba persuadido de que Francia quería de todos modos la guerra, no siendo la candidatura de Hohenzollern más que un pretexto. En esta persuasión se entablaron negociaciones secretas con el gobierno español para que sostuviera la candidatura y arrostrara las consecuencias, poniendo cien mil hombres en la frontera. En cambio se le ofrecieron á España grandes ventajas; pero el gobierno español no quiso disgustar á Napoleón y se negó á salir de la neutralidad.

Entretanto Benedetti, á las doce de aquel día (11 de julio), tuvo su segunda audiencia, que duró una hora, sin que hubiese acuerdo. Fueron en el fondo las

mismas ideas las que se mantuvieron por ambas partes, con la diferencia de que el embajador francés se fundaba también en la posición difícil del ministerio francés ante el Parlamento, lo que ejercía evidentemente gran influencia en la conducta del gobierno, porque los que más excitaban á la guerra eran precisamente los miembros más apasionados de la derecha, deseosos de derribar al ministerio liberal; y el temor de que logran su intento paralizaba la resistencia á la guerra de Ollivier y sus amigos. El rey de Prusia manifestó que ya sabía que en París se hacían preparativos para la guerra, y no quería ocultar que él también tomaba disposiciones en este sentido para que no se le ganara por la mano, si bien al propio tiempo confiaba en que se conservaría la paz si en París se quisiese aguardar á que él se encontrara en situación de cooperar á este objeto de un modo útil, para lo cual era menester darle el tiempo necesario. Aquella misma noche ó á la mañana siguiente recibiría una comunicación del príncipe Leopoldo, y al recibirla se apresuraría á dar una respuesta definitiva, que Benedetti podía comunicar inmediatamente á Gramont. Terminada la audiencia, dispuso el rey que el barón de Wérther volviera en seguida á su puesto en París.

Antes de que Gramont recibiera el relato de la audiencia, había telegrafado á Benedetti, al terminar la sesión de la Cámara del día 11, diciéndole que el lenguaje que usaba carecía de firmeza y no correspondía á la actitud adoptada por el gobierno imperial, y que era menester que usara términos más fuertes. «No podemos admitir la diferencia entre el rey y su gobierno. Nosotros pedimos que el rey prohíba al príncipe insistir en su candidatura, y si mañana no tenemos una respuesta terminante, consideraremos el silencio ó la ambigüedad como una contestación negativa.» Benedetti se justificó inmediatamente, diciendo que cuando se hubiera leído su relato de la segunda audiencia, se vería que de su propio impulso había usado ya un lenguaje más crudo. El ministro reconoció al día siguiente que esto era verdad, pero añadió «muy confidencialmente» (martes 12 de julio, á la una y cuarenta minutos de la tarde): «Aplique usted toda su habilidad, y mejor dicho su astucia, para hacer constar que la renuncia del príncipe le ha sido anunciada, comunicada ó participada por el rey ó por su gobierno. Esto es para nosotros de la mayor importancia. El rey ha de confesar, cueste lo que cueste, su participación en la renuncia, ó esta participación ha de resultar de un modo palpable de los hechos.»

El príncipe Antonio de Hohenzollern telegrafió á las diez y veintiocho minutos de la mañana desde Sigmaringen á Olózaga, embajador de España en París, que acababa de dirigir al general Prim el siguiente despacho:

«Atendidas las complicaciones que parece encontrar la candidatura de mi hijo, y la situación penosa que los últimos sucesos han creado al pueblo español, poniéndolo enfrente de una resolución en la cual sólo puede guiarle el sentimiento de su independencia, retiro yo en nombre de mi hijo su candidatura, convencido de que en tales circunstancias la votación no podría tener la sinceridad y espontaneidad con las cuales el príncipe había contado al aceptarla.»

No se sabe cuáles fueron las influencias que se pusieron en juego en Sigmaringen para llegar á esta decisión, ni si intervino el gobierno francés. Hay quien atribuye al hermano del príncipe, soberano de Rumanía, una cooperación decisiva, diciendo que su agente en París, un tal señor Stratt, había pasado á Sigmaringen, donde había apoyado los consejos del rey de Prusia. Hasta hoy se ignora lo que hizo el gobierno español, lo que comunicó el rey Guillermo, los consejos que dió el ministerio de Negocios extranjeros de Berlín, y si intervino directamente el conde de Bismarck. La forma que se dió á la renuncia la hizo aparecer como libérrima resolución del príncipe y de su hijo, quitando hasta la posibilidad de ver en este acto una retirada indecorosa ante las pretensiones francesas.

La desilusión y el disgusto del partido de la guerra no conoció límites. Ollivier, que deseaba la paz sinceramente, divulgó en la Cámara la comunicación de Olózaga respecto á la renuncia del príncipe, con la observación de que no se había pedido nunca otra cosa á Prusia, por lo cual en su concepto quedaba zanjado el incidente. Entonces Clemente Duvernois anunció una interpelación para preguntar qué garantías había pedido el gabinete ó pensaba pedir á fin de impedir la repetición continua de complicaciones con Prusia.

Dícese que el emperador se mostró muy disgustado de esta interpelación, si bien manifestó por la tarde á dos diplomáticos extranjeros que sentía que el asunto no llegara á una guerra, porque la ocasión habría sido buena; «pero, añadió, bien pesado todo, es solución más segura la paz; pueden ustedes considerar el incidente como terminado.» Muy diferente era la opinión de Gramont, pues la solución que recibía el asunto era justamente lo contrario de lo que él pedía, á saber: una prueba palpable de la participación del rey de Prusia en la retirada de la candidatura, mientras que en lo resuelto sólo habían intervenido Madrid y Sigmaringen y quedaba descartado Berlín; y aun dos años después expresó su sentimiento en su escrito de defensa, lamentándose de que ni con una palabra se mencionara á Francia ni á Prusia en esta solución. Para él era forzoso pedir á Prusia una satisfacción bajo otra forma.

En este sentido habló al barón de Wérther, que habiendo llegado por la mañana de Ems, se hallaba con el ministro francés cuando Olózaga presentó la renuncia del príncipe. Gramont dijo con aire de indiferencia que la tal renuncia era cosa secundaria, porque Francia de ningún modo hubiera permitido que Leopoldo se sentara en el trono, y lo que convenía era extirpar el germen del disgusto que amenazaba continuar entre los dos países. Añadió que no deseaba la guerra, sino buenas y amistosas relaciones con Prusia, resultado que en su concepto acaso podría conseguirse por medio de una carta que dirigiera el rey al emperador, en la cual le dijese que al aprobar la candidatura no había creído herir los intereses ni la dignidad de la nación francesa y que se adhería á la renuncia, deseando y esperando que con esto desapareciera todo motivo de discordia entre los dos gobiernos. La publicación de estas y otras

palabras análogas contribuiría, en opinión del ministro, á calmar los ánimos. También manifestó el deseo de que en dicha carta no se hablara de las relaciones de parentesco del príncipe con el emperador, porque este argumento disgustaba en París. En esto llegó Ollivier, á quien Gramont había llamado, y después de una corta conferencia con éste en un gabinete inmediato, apoyó la proposición con gran insistencia. Ambos dijeron que encargarían á Benedetti la misión de obtener del rey esta carta, si el embajador de Prusia se negara á pedirla, porque la necesitaban para calmar los ánimos excitados.

Wérther escuchó con gran calma la proposición, prometió comunicarla á su soberano, pero se negó á hacerlo por telégrafo; mas esto no convenía al duque de Gramont. Apenas se hubo retirado el embajador prusiano (eran las tres y media), Gramont fué á ver al emperador á Saint-Cloud. Napoleón le autorizó para limitar su exigencia, no insistiendo en pedir una carta del rey, probablemente porque como soberano comprendió que la cosa era demasiado fuerte. A eso de las siete se dijo á Benedetti por telégrafo que viera inmediatamente al rey y le suplicara que declarase que se adhería á la renuncia del príncipe y que no aprobaría otra vez su candidatura. «A esto no podrá negarse el rey, telegrafió Gramont, si en realidad no tiene segundas intenciones. A pesar de la renuncia que ahora es conocida, reina tanta agitación, que no sabemos si podremos dominarla. Emplee usted otros términos para que este telegrama pueda comunicarlo al rey, y conteste usted tan pronto como le sea posible.»

Poco después de expedido el telegrama, llegó otro de Benedetti diciendo que el rey de Prusia acababa de anunciarle (antes de las seis de la tarde), que se le había avisado por telégrafo que al día siguiente recibiría la contestación del príncipe de Hohenzollern, y que tan pronto como la hubiese recibido haría llamar al embajador francés. Este último añadió que se esperaba para el día siguiente en Ems al conde de Bismarck, y suplicaba á Gramont que le autorizara para marchar inmediatamente si la contestación del rey no resultara satisfactoria.

El emperador dijo en una carta á su ministro, á eso de las diez de la noche: «Reflexionando sobre nuestras conversaciones de hoy, y repasando de nuevo el despacho del príncipe Antonio, veo que es menester *limitarse á reforzar más* el despacho que usted debe haber dirigido á Benedetti. Es necesario hacer resaltar los puntos siguientes: 1.º Nosotros nos entendemos con Prusia y no con España. 2.º El despacho dirigido por el príncipe de Hohenzollern al general Prim no es para nosotros un documento, ni nadie está encargado en debida forma de comunicárnoslo. 3.º El príncipe Leopoldo aceptó la candidatura y su padre es el que renuncia á ella. 4.º Benedetti, de consiguiente, debe insistir, conforme se le encarga, en que se le dé una contestación categórica, por la cual el rey se obligue á no permitir en adelante al príncipe Leopoldo (que no está ligado por compromiso ninguno) que siga el ejemplo de su hermano y salga el mejor día para España. 5.º Mientras no recibamos comunicación oficial de Ems, no ten-

dremos contestación á nuestras justas reclamaciones. 6.º Mientras no recibamos esta contestación, continuaremos nuestros armamentos. Y 7.º Es de consiguiente imposible dirigir una comunicación á las Cámaras ínterin no estemos mejor enterados.»

Después de haber comunicado Gramont esta carta á Ollivier, envió, pasadas ya las doce de la noche y de acuerdo con él, un nuevo telegrama á Benedetti, en el cual insistió en que la comunicación del embajador español no era contestación á la reclamación dirigida al rey de Prusia, y mucho menos una garantía para el porvenir. «A fin de que estemos seguros de que el hijo no hará quedar mal á su padre, ó de que no irá á España, como fué su hermano á Rumanía, es necesario que el rey tenga la bondad de decirnos que no permitirá al príncipe Leopoldo faltar á la renuncia anunciada por el príncipe Antonio.» A pesar de la llegada de Bismarck, recibió el embajador francés la orden de permanecer hasta nuevo aviso en Ems y de decir al presidente del Consejo de ministros y al rey que el gobierno francés no tenía segundas intenciones y no buscaba ningún pretexto de guerra, sino que únicamente deseaba salir con honra de una dificultad que no había suscitado.

En su consecuencia Benedetti visitó el día 13 al príncipe de Radziwil para solicitar por su intervención una pronta audiencia. El rey daba su paseo acostumbrado y mandó decir al embajador que á su regreso le recibiría; pero viéndole poco después en la alameda, se dirigió á su encuentro, indudablemente asombrado de la petición de audiencia, pues ya le había prometido que le haría llamar tan pronto como recibiera noticias de Sigmaringen. Díjole que todavía no había llegado la comunicación que esperaba, y al propio tiempo le enseñó un suplemento de la *Gaceta de Colonia* que acababa de recibir y anunciaba la renuncia en un telegrama particular de Sigmaringen. En su consecuencia Benedetti, según le estaba encargado, suplicó al rey, á fin de restablecer la confianza entre los dos países, que prometiese prohibir al príncipe la renovación de su candidatura dado caso que se intentara reproducirla. El rey se negó á esta exigencia; Benedetti insistió con respeto, pero Guillermo le contestó terminantemente que no quería contraer semejante compromiso indefinido y absoluto, y que se reservaba consultar las circunstancias que en su caso pudieran presentarse. El embajador francés hizo una última tentativa pidiendo que la promesa que no podía dar el soberano de Prusia, se la diera el rey como jefe de la casa de Hohenzollern, á lo cual contestó que sentía no poder satisfacer «esta nueva é inesperada exigencia,» con lo cual terminó la conversación.

El embajador francés, de regreso á la fonda, encontró el telegrama de Gramont enviado la noche anterior. En la creencia de que el rey le volvería á llamar después de recibir noticias de Sigmaringen, se propuso aprovechar entonces la ocasión para volver á insistir; pero se frustró esta esperanza, porque el príncipe de Radziwil se le presentó á eso de las dos para hacerle saber de parte del rey que éste había recibido una hora antes la confirmación de la re-

nuncia, y que de consiguiente consideraba el asunto como concluído. Benedetti no se dió por satisfecho, y fundándose en las nuevas instrucciones que había recibido, solicitó otra audiencia para conseguir la aprobación explícita de la renuncia por el rey y su promesa para el porvenir. La contestación de Guillermo, dada por conducto del príncipe de Radziwil, decía que el monarca aprobaba la renuncia del príncipe en el mismo sentido y con el mismo alcance con que había aprobado la aceptación de la candidatura, y que respecto de la promesa relativa al porvenir, S. M. sólo podía repetir lo que había dicho aquella mañana. A pesar de esto, renovó Benedetti su solicitud de una nueva audiencia, «aunque no fuese sino para oír las mismas palabras de boca de S. M.» en contestación de lo cual le tuvo que decir Radziwil, hacia las seis, que el rey decididamente no quería entrar en nuevas discusiones sobre este punto, pues lo que había dicho por la mañana era su última palabra.

Entonces comprendió Benedetti que sería inútil cuanto hiciera y que en adelante no le sería ya tan fácil como antes ser recibido por el monarca. Atribuyó, probablemente con razón, la negativa del rey, del día 13, á que éste, después de haberle encontrado en el paseo, habría recibido la comunicación de Wérther relativa á su entrevista con Gramont y Ollivier, es decir, á que estaría enterado de la pretensión del gobierno francés de que escribiese la carta consabida; y no recibía á Benedetti, porque temía que éste repitiese tal pretensión. Semejante encargo no se había dado al embajador, probablemente porque había parecido al mismo emperador demasiada exigencia; pero no por esto quiso renunciar Gramont á obtener la promesa para el porvenir, pues á ello le impulsaban el lenguaje exigente de los periódicos de París, y mucho más la actitud amenazadora de la derecha. Clemente Duvernois había anunciado el día 12 una interpelación preguntando al gobierno qué garantías pensaba exigir para impedir la repetición de complicaciones con Prusia; y cuando el ministro declaró el día 13 que las negociaciones, que nunca habían tenido más objeto que la candidatura española, continuaban todavía, por cuya razón no podía hablar de ellas, Jerónimo David anunció una nueva interpelación, en la cual, en vista de las explicaciones terminantes, claras y patrióticas del ministerio en la sesión del 6 de julio, que habían sido aplaudidas por la Cámara y por el país, y teniendo en cuenta la contradicción que había entre estas explicaciones y la lentitud de las negociaciones con Prusia, pidió que se explicaran los motivos de esta conducta, que á su entender perjudicaba no solamente el crédito de la nación, sino también la dignidad de la Francia. En el Senado, adonde pasó Gramont desde la Cámara de diputados, ocurrió una cosa análoga: Huberto Delisle, Larabit y Brenier le asediaron á preguntas, y también se fijó para el orden del día del viernes, como en la Cámara de diputados, una interpelación. No había duda de que á la derecha le lisonjeaba la esperanza de derribar al ministerio y tomar después la dirección de la guerra. Para impedirlo no quedaban más que dos caminos á Gramont: ó declarar la guerra, ó conseguir del rey

de Prusia una promesa tal como el gobierno la necesitaba. No le bastaron los despachos de Munich y de Stuttgart, que le participaban que allí se decía que el rey de Prusia había obtenido la renuncia del príncipe por medio de una carta que le había dirigido, y Gramont expuso al embajador inglés, que le fué á ver, que el rey Guillermo debía prohibir al príncipe explícitamente la renovación de su candidatura, y que sólo así quedaría zanjado el incidente. Véase, pues, cómo la opinión, la prensa y las Cámaras empujaban á la guerra, privando al gobierno de su libertad de acción é impidiendo que los amigos de la paz aceptaran una solución que hubiera debido satisfacer á Francia, puesto que el príncipe Leopoldo ya no se sentaría en el trono de España.

En un Consejo de ministros muy agitado que se celebró por la noche, y en el cual poco faltó para que ocurriera un rompimiento entre los ministros que estaban por la paz y los que estaban por la guerra, se decidió encargar á Benedetti que hiciese un nuevo esfuerzo, á lo menos para que el rey le dijera que prohibiría la repetición de la candidatura y le autorizara para comunicarlo á Gramont, ó que lo hiciera comunicar por su ministro ó su embajador, lo cual bastaría al gobierno. «Haga usted un último esfuerzo, telegrafió Gramont á Benedetti á las diez de la noche; diga usted al rey que nos limitamos á esta súplica, y si el rey no lleva segundas intenciones, será esto para él una cuestión secundaria, pero para nosotros será muy importante; pues la sola palabra del rey nos servirá de garantía para el porvenir. Tengo motivos para creer que los demás gabinetes encontrarán nuestra conducta justa y moderada; el emperador Alejandro la apoya calurosamente. De todos modos, traiga usted en persona la contestación negativa ó afirmativa á París. Quizás podría usted decir al rey al recibir la noticia de la renuncia: «Señor: salga V. M. garante de la palabra del príncipe, porque V. M. sabe que como gobierno no tenemos relaciones con él, y que de consiguiente sólo podemos responder ante el país con la palabra del rey.»

A esto no podía contestar el embajador sino que ya no le era posible presentarse al rey con semejante pretensión. En la mañana del día 14 se encontró casualmente con el ministro, conde de Eulenburg, y aprovechó la ocasión para exponerle la situación del gobierno francés en este asunto, pero sin resultado. Entonces hizo saber al rey su partida y pidió permiso para despedirse de él. El rey, que se había propuesto pasar á Coblenza para verse allí con su esposa, dijo á Benedetti que fuese á la estación, donde le concedió en el salón reservado, á las tres de la tarde, una corta audiencia, en la cual le dijo que se dirigiese para las negociaciones ulteriores á su ministerio, y que al día siguiente iría á Berlín. El embajador francés salió la noche del 14 para París.

Mientras se dirigía Benedetti á la capital de Francia, se tomó en París la última resolución. El día había pasado en la agitación más violenta, y casi todos los periódicos atacaban en términos apasionadísimos al ministerio. El hombre de confianza de Ollivier, Roberto Mitchell, en un artículo del *Constitutionnel* ha-

bía celebrado como una gran victoria la renuncia del príncipe, diciendo que no había costado ni una lágrima ni una gota de sangre. «Hemos sido escuchados, decía el articulista; han sido satisfechas nuestras justas exigencias; la paz de Europa no se turbará.» Casi todos los periódicos que no dependían directamente del ministerio, calificaron el artículo de ignominioso para Francia y pidieron la guerra.

Se había fijado para las nueve de la mañana un consejo de ministros, pero antes de reunirse recibió Gramont del encargado de Negocios de Berlín, Le-sourd, la comunicación de un telegrama de Ems que había sido publicado por vía de suplemento en la noche del día 13, por la *Norddeutsche Zeitung*. Este telegrama, al cual se dió luego una importancia tan grande, tenía origen oficial; pero de pronto no causó mucha impresión; y el consejo de ministros, al cual fué comunicado, se separó después de una sesión de tres horas, sin haber tomado ninguna resolución. Al llegar á su casa encontró Gramont, poco después de las doce, al embajador de Prusia, Wérther, el cual le dijo que había sido desaprobada en Berlín su conducta en la entrevista del día 12, y que había recibido orden de hacer uso de la licencia que se le había concedido antes, encargando al conde de Solms de los negocios pendientes. Gramont convocó entonces un nuevo consejo de ministros, que se reunió hacia las dos en las Tullerías, y encontró en el camino las calles llenas de una multitud exaltada. El espíritu de la capital pareció entonces tan amenazador al embajador inglés, lord Lyons, que comunicó á Londres que el gobierno francés sólo podría aplacar la tempestad pidiendo satisfacción á Prusia. Los ministros y el emperador debían de hallarse bajo la impresión de estas manifestaciones, en las que se gritaba: «¡A Berlín!, ¡á Berlín!» como en los días anteriores, cuando resolvieron, á propuesta del ministro de la Guerra Leboeuf, el llamamiento de las reservas. Se dice que al principio sólo apoyaron esta medida, además de Leboeuf, Gramont y el ministro de Marina; pero al hablar Leboeuf con la mayor excitación de su dimisión si no se aprovechaba esta ocasión favorable, y al apoyarle enérgicamente el agregado militar en Berlín, que fué llamado expresamente, otros dos ministros modificaron su voto y se tomó por cinco contra cuatro la resolución, aprobada por el emperador con estas palabras: «Ya que ustedes lo quieren, señores, sea la guerra.» ¡Sólo un voto de mayoría! Leboeuf se retiró inmediatamente para expedir órdenes; Ollivier, apoyado por sus colegas amantes de la paz, hizo nuevas objeciones, y el mismo emperador empezó á titubear. Se examinó la idea de si sería posible obtener de Prusia una satisfacción por medio de un congreso, y declarándose Napoleón por esta idea con mucho calor, apoyándola también Gramont, se decidió que al día siguiente se contestaría á las interpe-laciones en las dos Cámaras: «Que el gobierno creía que era un principio admitido tácitamente por Europa que ningún príncipe de cualquiera de las grandes dinastías, ocupara un trono extranjero, sin haberse puesto de acuerdo con las potencias, y que ahora el gobierno francés pediría que un congreso de las gran-

des naciones confirmara este principio.» En vista de esto, fué aplazada la convocación de las reservas.

Esto se había decidido en ausencia de Leboeuf, quien cuando supo por un billete del emperador que se había aplazado de nuevo el llamamiento de las reservas, corrió á ver al soberano y consiguió que se convocara un nuevo consejo de ministros para las diez de la noche. En él prevaleció la tendencia á las resoluciones pacíficas; pero á eso de las once recibió Gramont despachos de Berna y de Munich comunicándole que los embajadores prusianos en aquellas capitales habían entregado oficialmente el telegrama de Ems á la *Norddeutsche allgemeine Zeitung*, y que además se decía que se habían recibido noticias de armamentos prusianos. Gramont se enteró de una conversación que tuvieron el 13 Bismarck y lord Loftus. Según ella, el canciller no consideraba terminada todavía la contienda, pues sabía que el gobierno francés pensaba presentar nuevas reclamaciones, lo cual demostraría claramente que la cuestión española no era más que un pretexto y que en realidad se quería tomar el desquite de Sadowa. Según Bismarck, Alemania no tenía motivos para temer la guerra; la opinión pública pedía disposiciones decisivas para defender el honor nacional, y si Francia no declaraba explícitamente á las potencias europeas que consideraba la contienda definitivamente zanjada, absteniéndose de otras reclamaciones, y si Gramont además no desistía de su lenguaje amenazador (del día 6) ó no daba explicaciones suficientes, el gobierno prusiano se vería obligado á pedir estas explicaciones.

Es decir, que el canciller invirtió los papeles, como tantas otras veces había hecho en su carrera política, y pasó de la defensiva á la ofensiva. Siendo esto así, el gobierno francés no solamente tuvo que renunciar á toda esperanza de obtener ninguna nueva concesión, sino que se vió expuesto al peligro de que Prusia, quizás apoyada por otras potencias, le pidiera explicaciones, en lo que el pueblo francés creería ver una humillación. Por esto se comprende fácilmente que la comunicación en que se daba cuenta de esta situación había de ejercer influencia decisiva en el consejo de ministros y acabar decididamente con las ideas del congreso. No consta que Gramont recibiera y leyera en aquella sesión dicho despacho, pues sólo se dice que lo había recibido aquella noche; pero como ningún otro despacho pudo producir el cambio que se efectuó en el consejo de ministros, la suposición de que sólo podía tratarse en aquel consejo de la conversación con lord Loftus, resulta probable. Gramont y otros ministros, como Leboeuf y Parieu, sólo dieron á la publicidad las noticias de Berna y de Munich relativas á la comunicación oficial del despacho de Ems y á la consiguiente ofensa hecha á Francia, para justificar las decisiones guerreras. El consejo de ministros se separó después de haber confirmado el llamamiento de las reservas. Y he aquí cómo tras tantas vacilaciones, no habiéndose dado por satisfecho el Imperio con la retirada de la candidatura del príncipe Leopoldo, que era para él un triunfo; empujado Napoleón, ya sin las energías de otros

tiempos, se encontró con la guerra, con la que amenazaba, pero deseoso de evitarla. No se puede jugar con fuego. El juego, en el cual tomaron parte todas las pasiones políticas, abrasó el trono imperial y á Francia.

La verdad respecto al famoso despacho de Ems sólo se ha sabido al publicarse las *Memorias de Bismarck* (1). El rey Guillermo, que contaba ya setenta y tres años, no deseaba una nueva guerra, y también influía en él á favor de



Edmundo Leboeuf, ministro de la Guerra francés (de fotografía)

la paz su esposa la reina Augusta. Bismarck estaba disgustado de lo ocurrido en Ems, en lo que no había tenido participación, y estaba dispuesto á dimitir. El 13 invitó á comer á Roon, ministro de la Guerra, y á Moltke, y en esta ocasión recibió un telegrama cifrado de Ems, redactado y firmado de orden del rey por el consejero secreto Abeken.

Lo leyó á Roon y á Moltke, que se mostraron tan contrariados y abatidos que no quisieron continuar la comida. El telegrama original expedido el 13 de julio de 1870, á las 3'50 de la tarde, recibido en Berlín á las 6'9, decía: «S. M. me escribe lo siguiente: El conde Benedetti me esperó en el paseo para pedirme de una manera muy indiscreta que le autorizase para telegrafiar en seguida á su gobierno que yo me comprometía para siempre jamás á no volver á dar mi consentimiento, en el caso de que los Hohenzollern volviesen á insistir en su can-

(1) *Pensamientos y Recuerdos de Otón, príncipe de Bismarck*, 2 tomos.

didatura. Por fin le despaché con cierta severidad, porque *à tout jamais* no podía ni debía aceptar semejantes compromisos. Le dije naturalmente que nada había recibido todavía, y puesto que recibía él las noticias de París y de Madrid antes que yo, bien veía que mi gobierno no había entrado para nada en el asunto. S. M. ha recibido desde entonces una carta del príncipe. Como S. M. ha dicho al conde Benedetti que esperaba noticias del príncipe, ha resuelto, en vista de la anterior exigencia, así como del informe del conde Eulenburg y del mío, no volver á recibir al conde Benedetti, sino mandarle á decir por un ayudante que S. M. acababa de recibir del príncipe la confirmación de la noticia que ya Benedetti había recibido de París, y que no tenía nada más que decir al embajador. S. M. somete á la consideración de V. E. si la nueva exigencia de Benedetti y la negativa suya debe participarse á nuestros embajadores lo mismo que á la prensa.»

«Después de examinar repetidas veces el documento, dice Bismarck en sus memorias, hice hincapié en la autorización que envolvía el encargo de S. M. de participar la nueva exigencia de Benedetti y su negativa así á nuestros embajadores como á la prensa. Dirigí á Moltke algunas preguntas referentes al grado de confianza que le merecía el estado de nuestros armamentos y el tiempo que se necesitaría aún para terminarlos, en vista del súbito peligro de guerra. Me contestó que en el caso de que la guerra fuese inminente, no nos ofrecería ninguna ventaja el diferirla; y aun en el caso de que por de pronto no fuésemos suficientemente fuertes para proteger en seguida todos los territorios de la orilla izquierda del Rin contra la invasión francesa, muy pronto nuestros preparativos de guerra sobrepasarían á los de los franceses; mientras que en un período más lejano quedaría disminuida esta ventaja. En resumen, creía más ventajoso para nosotros el que la guerra estallara pronto que el que se difiriera.»

»Ante la actitud de Francia, el sentimiento del honor nacional nos obligó, á mi entender, á la guerra; y si no hubiéramos dado oídos á las exigencias de este sentimiento, perdíamos, en el camino emprendido para realizar nuestro desarrollo nacional, toda la ventaja ganada en 1866, y hubiera vuelto á entibiarse aquel sentimiento vigorizado por nuestros triunfos militares de dicho año en el Sur del Mein, como lo demostraba la asiduidad de los Estados del Sur en buscar diversas alianzas.» Bismarck opinaba que la guerra sólo podía evitarse á costa del honor de Prusia. «Con esta convicción, añade, hice uso de la autorización real, transmitida por conducto de Abeken, para publicar el contenido del telegrama, y en presencia de mis dos convidados reduje su contenido mediante tachaduras, sin añadir ni cambiar una sola palabra, á la siguiente fórmula:

«Después que la noticia de la renuncia del príncipe heredero de Hohenzollern se ha comunicado oficialmente al gobierno imperial francés por el gobierno español, el embajador francés en Ems ha dirigido todavía á S. M. el rey la demanda de que le autorizase para telegrafiar á París que S. M. el rey se comprometía en lo venidero á negar su consentimiento en el caso de que los

Hohenzollern volviesen á presentar su candidatura. En vista de esto, S. M. el rey se ha negado á volver á recibir al embajador francés, habiéndole hecho decir por un ayudante de servicio que S. M. no tenía nada más que participar al embajador.» La diferencia en el efecto que debía producir el texto extractado del telegrama de Ems y el que hubiera producido el texto original no era debida á la adición de palabras más fuertes, sino á la forma, que hizo que esta manifesta-



El general Roon, ministro de la Guerra prusiano

ción pareciese más concluyente; mientras que la redacción de Abeken sólo hubiera parecido un fragmento de una negociación pendiente y que tenía que continuar en Berlín.»

Después de haber leído Bismarck á sus dos convidados la condensada redacción, observó Moltke: «Así suena de otro modo; antes sonaba como una simple llamada, ahora como un toque de guerra contestando á una provocación.» El canciller añadió: «Si yo, cumpliendo las órdenes de S. M., comunico inmediatamente este texto, que no contiene ningún cambio ni ninguna añadidura al telegrama, no solamente á los periódicos, sino también por telégrafo á todos nuestros embajadores, será conocido antes de media noche en París y producirá allí, no sólo por su contenido, sino también por el modo de propagarlo, la impresión que un trapo rojo causa en el toro. Hay que pelear si no queremos aceptar el papel de vencido sin lucha. Pero el hecho depende esencialmente de las impresiones

que en unos y otros produzca el origen de la guerra; es de importancia el que seamos nosotros los atacados, y lo seremos á causa de la presunción y de la irritabilidad galas, si proclamamos *públicamente en Europa*, y hasta donde nos sea posible sin intervención del *Reichstag*, que aceptamos sin temor las públicas amenazas de Francia.»

En la mañana del 15 llegó Benedetti á París y tomó parte en un consejo de ministros que se celebró antes de la sesión de la Cámara. A pesar de haber declarado después explícitamente que en Ems no hubo ni ofendido ni ofensor, parece no haberse opuesto á que se interpretara como una ofensa la comunicación del telegrama famoso. El emperador firmó los decretos y proyectos de ley necesarios para la movilización. El gobierno pidió á la Cámara un crédito de cincuenta millones para el ejército y diez y seis para la armada, y se hizo autorizar para poner la guardia móvil en servicio activo y hacer enganches voluntarios durante la guerra. Con estos proyectos fueron Ollivier y la mayor parte de los ministros al cuerpo legislativo, y Gramont, Leboeuf y Rigault de Genouilly al Senado.

En la declaración que leyeron Gramont y Ollivier se recordaban los hechos. El rey de Prusia, decían los ministros, había aprobado la renuncia del príncipe, pero se había negado á dar una promesa para el porvenir y se había reservado el derecho de proceder en todos los casos según las circunstancias. Por más que esto pareciera injusto al gobierno, no había roto las relaciones por amor á la paz y había aplazado hasta aquel momento dar á las Cámaras explicaciones. Por la misma razón había sido grande su asombro cuando supo el día antes que el rey de Prusia había hecho decir por su ayudante de servicio al embajador francés que no le recibiría más, y que el gobierno prusiano, para dar á este desaire un carácter muy positivo, lo había comunicado oficialmente á los gabinetes europeos. Al mismo tiempo se había sabido que el barón de Wérther había recibido orden de partir con licencia, y que en Prusia se estaban haciendo armamentos. Hacer en estas circunstancias nuevas tentativas para conseguir un arreglo, habría sido una falta de dignidad y de prudencia. El gobierno no había omitido nada para evitar la guerra; pero impuesta á la fuerza, la sostendría, dejando á cada parte la responsabilidad que le correspondía. «Desde ayer hemos llamado á nuestras reservas, y con vuestro apoyo tomaremos inmediatamente las disposiciones necesarias para proteger los intereses, la seguridad y el honor de Francia.»

Esta declaración fué recibida por la mayoría del cuerpo legislativo con grandísimo aplauso. El centro izquierdo calló, y sólo la oposición expresó vivamente su indignación. Se votó la urgencia de los proyectos del gobierno é inmediatamente se discutieron. Thiers dijo que la vida de millares de personas y la suerte de la patria dependían de las decisiones que iban á tomarse, y que era obligación de la Cámara oír á todo ciudadano que no estuviese convencido, aunque sólo fuese uno y el más humilde, pues la exigencia principal de Francia

estaba cumplida y sólo se trataba de una cuestión de forma, por la cual se quería derramar ríos de sangre. «Yo pido aquí ante el país que se nos dé conocimiento de los despachos que han originado esta declaración... que es una declaración de guerra... Yo creo esta guerra en alto grado imprudente. Nadie ha sentido con más dolor que yo los sucesos de 1866, y nadie desea tan vivamente como yo poderlos deshacer; pero encuentro la ocasión malísimamente escogida.» La derecha trató al orador de partidario servil del extranjero. Thiers replicó: «Podéis insultarme, maltratarme, estoy dispuesto á todo para defender la sangre de mis compatriotas... No me da cuidado mi buen nombre; pero vendrán días que os harán arrepentir de vuestra precipitación.»

Ollivier repitió que el ministerio no había buscado la guerra, pero que no podía aceptarse el ultraje, que consistía en haber anunciado Bismarck á los gabinetes que el rey se negaba á recibir al embajador de Francia. Entonces Julio Favre y Gambetta, apoyados por la izquierda, pidieron que se leyera el despacho, y Ollivier leyó las comunicaciones enviadas por los embajadores franceses de Berna y de Munich, diciendo como conclusión: «¿Podíamos nosotros aguantar esto? Sí, hoy empieza para mis colegas y para mí una gran responsabilidad. (Voces en la izquierda: ¡Naturalmente!). Nos encargamos de esa responsabilidad con corazón ligero.» A estas palabras se levantó la izquierda como empujada por un resorte; Ollivier comprendió que se había servido de una expresión mal escogida, y queriendo rectificar, dijo que se refería á la tranquilidad de la conciencia, que de nada acusaba á los ministros. Mientras vivió Ollivier, quedó adherida á su nombre esta frase: *corazón ligero*. También leyó el telegrama de Benedetti que comunicaba la declaración del rey aprobando la renuncia del príncipe Leopoldo, lo cual produjo una nueva tempestad. Thiers, Arago y Grevy gritaron al ministro: «Si ahora emprende la guerra, diga que la quiere á toda costa. Europa nos atribuirá la culpa. No hay ni la más pequeña apariencia de que Prusia renueve esta candidatura.» La derecha contestó con igual violencia y gritó á Thiers: «Mancháis vuestras canas; se necesitarían muchos batallones prusianos para causar á Francia el daño que la habéis causado.» Gramont, que entretanto había llegado del Senado, habló con calor del ultraje que se había hecho á Francia y dijo: «Si se hiciera lo que es imposible, y se encontrara una Cámara que soportara esto, no continuaría yo cinco minutos en mi cargo de ministro.» No obstante, el ánimo de los diputados empezó á oscilar, y en los centros se confesó que los despachos leídos por Ollivier eran relatos de agentes franceses que daban cuenta de un ultraje prusiano, pero no citaban el documento que contuviera este ultraje. También se levantó Buffet para pedir la presentación de los documentos como cosa indispensable; pero la mayoría permaneció fiel al ministerio y rechazó por ciento cincuenta y nueve votos contra ochenta y cuatro la presentación de los despachos. Se suspendió después la sesión hasta las seis de la tarde y se encargó el examen de los proyectos del gobierno á una comisión, ante la que Leboeuf aseguró que llevaba de ocho á diez

días de ventaja al enemigo, y que estaba perfectamente preparado para la guerra, sin que faltara al soldado ni un botón en las polainas. Gramont eludió la contestación á la pregunta de si el gobierno había contraído alianzas, diciendo solamente que había hecho aguardar un poco á la comisión porque había recibido la visita del embajador austriaco y del italiano, y que esperaba que se contentarían con esta respuesta.

Serían las diez de la noche cuando se reunió la Cámara para oír el dictamen de la comisión. Gambetta volvió á pedir la comunicación del despacho prusiano, diciendo: «Vais á precipitar á Francia en una guerra que durará quizás hasta el fin del siglo XIX y que podrá tener por resultado la preponderancia del pueblo alemán ó del francés, y os negáis á presentar con claridad el origen de esta empresa gigantesca. Priváis á Francia y á Europa de los medios de saber si Francia ha sido ó no ultrajada positivamente.» Gritaron los miembros de la comisión, acallando la voz del orador, que ellos ya conocían aquel documento, que lo habían leído, y Ollivier dijo con desprecio que se asombraba de lo difícil que era hacer comprender á cierto partido un punto de honor. La mayoría ahogó toda discusión ulterior, y por doscientos cuarenta y cinco votos contra diez (cinco diputados se abstuvieron de votar) fueron concedidos los cincuenta millones que se pedían. Gambetta y Thiers votaron al final con la mayoría; pero Julio Favre, Grevy, Pelletán y Arago se mantuvieron firmes y negaron su voto. Contra los otros tres proyectos del gobierno votó únicamente Glais-Bizoin.

En el Senado se discutió la declaración de guerra sin incidentes. Cuando Gramont hubo leído la comunicación del gobierno y se hubieron calmado un poco las manifestaciones de entusiasmo y de aplauso, levantó Rouher la sesión «en testimonio de las simpatías ardientes del Senado en favor de las resoluciones del emperador,» diciendo que á la sazón tocaba cumplir su deber á la espada de Francia. También se aplazó para el día siguiente la sesión de la comisión en la cual debían examinarse los proyectos de ley del gobierno. En esta sesión anunció Gramont que según un despacho de Thionville habían pasado tropas prusianas la frontera cerca de Sierck, y aunque la noticia no era oficial, la aprovechó Rouher en su comunicación, diciendo: «Verdad ó no, siempre prueba este parte que ha pasado el tiempo de las discusiones.» El Senado confirmó este modo de ver aceptando sin debate los proyectos presentados y pasando luego en corporación á Saint-Cloud para presentar al emperador la expresión de su sumisión y lealtad. Rouher, dirigiéndose al soberano, dijo: «Las garantías que tuvimos que exigir nos han sido negadas; la dignidad de Francia ha sido despreciada; V. M. desenvaina la espada, y la patria, temblando de indignación y de orgullo, se pone al lado de V. M. Más tarde ó más temprano, una ambición sobreexcitada por un día de suerte había de permitirse extralimitaciones. El emperador, resistiendo toda impaciencia irreflexiva, ha sabido esperar; pero desde hace cuatro años viene perfeccionado el armamento de nuestros soldados hasta el último grado y ha desarrollado nuestra fuerza militar

hasta donde ha sido posible. Gracias á la previsión de V. M., Francia se halla enteramente apercebida y demuestra con su entusiasmo que está decidida, como V. M., á no tolerar empresas temerarias.»

Faltaba todavía probar que el país estaba tan entusiasmado y resuelto como decía Rouher. En París y en todas las grandes ciudades hubo manifestaciones apasionadas del espíritu guerrero y del odio á los alemanes; la embajada de Prusia en la capital y los consulados en las ciudades de provincias, se hallaban rodeados por grandes masas; en la prensa, en las reuniones, en las vías públicas y en el teatro no faltaban explosiones de patriotismo y de ilusiones de triunfo y de victoria; pero las relaciones de los prefectos presentaban las cosas de otra manera. Sólo pudieron anunciar que en dieciséis departamentos el espíritu de la población era favorable á la guerra; de treinta y siete departamentos decían que la población estaba indecisa, y nada menos que en treinta y cuatro departamentos los habitantes aceptaban la guerra con sentimiento. Claro es que entonces era demasiado arriesgado mostrar ideas contrarias á las ruidosas manifestaciones de los bulevares y á las retóricas de las Camaras; por esto Francia presentó un espectáculo de opinión pública tal como lo quería la prensa de París, que llegó adonde era posible en materia de patrióticas, pero muy peligrosas exageraciones.

El emperador debió de considerar útil ó necesaria esta sobreexcitación de la opinión, pero no participó de las esperanzas de los que creían que se trataba de una guerra de seis semanas ó de «un paseo á Berlín.» Miraba el porvenir con seriedad y hasta con temor. Su salud era entonces otra vez muy delicada, tanto, que el día que se supo la candidatura del príncipe de Hohenzollern, es decir, el 3 de julio, se había celebrado una consulta de médicos que creyó necesaria una operación. Sólo sufriendo grandes dolores podía sostenerse durante horas á caballo, y la campaña que le esperaba le prometía horas y días de padecimientos. Hay que reconocer que el mal estado de su salud perjudicaba á su claro entendimiento y á su fuerza de voluntad, porque en los últimos días se le habían arrancado más de una vez resoluciones, que en otros tiempos habría meditado con más detenimiento. Debe absolverse al emperador de la acusación de haber querido y buscado la guerra desde el principio del conflicto, pues de la exposición de los sucesos se infiere que titubeó hasta el último momento y que su afán consistía en obtener un triunfo diplomático ruidoso sobre Prusia. Aun así fué grande su culpa, porque para obtener este triunfo empleó desde un principio las amenazas belicosas. Ollivier aun la deseó menos que el emperador, pues toda su ambición consistió en conseguir el deseado triunfo diplomático ruidoso y consolidar la posición del ministerio; de modo que se puede afirmar que fué sincera su alegría cuando el príncipe de Hohenzollern le facilitó con su renuncia un cambio de actitud en sentido pacífico. Los que verdaderamente excitaban á la guerra, eran los adversarios del ministerio del 2 de enero, que no quisieron dejar escapar ninguna ocasión favorable para ser llamados al



gobierno, y esperaban el restablecimiento del cesarismo verdadero como consecuencia del triunfo en la guerra. Gramont se aproximó indudablemente mucho á este partido, aunque más que la política interior del Imperio le interesaba restablecer la preponderancia de Francia en la política europea. También correspondió una gran parte de la responsabilidad á la misma nación francesa, porque además de que todo francés deseaba extender las fronteras de su país hasta el Rhin, la excitabilidad del carácter nacional contribuyó á aquella embriaguez de la opinión pública, que hizo inútiles todas las reflexiones de las pocas personas juiciosas.

Una vez los acontecimientos del 15 de julio hicieron inevitable la ruptura de hostilidades, aumentaron las manifestaciones ruidosas favorecidas por el gobierno; turbas numerosas recorrían las calles al son de la Marsellesa, que entonces volvió á permitirse; amenazaron las casas de Thiers y de otros amigos de la paz; los telegramas fueron recibidos á los gritos de: ¡A Berlín!, ¡á Berlín!, y en los teatros y salas de conciertos tenía que aparecer la bandera francesa en el escenario, saludada con canciones patrióticas. La prensa de provincias rivalizó con la de París en profecías estupendas. Era una verdadera locura.

La guerra fué declarada el 19 de julio por medio de un documento que Lesourd, el representante accidental del gobierno francés en Berlín, presentó al canciller de la confederación. Pronto comenzaron los desengaños para Francia. Se supo que el rey de Baviera había firmado en Berg la orden de movilización del ejército, y no pudo ya dudarse de que los gobiernos de Wurtemberg, Carlsruhe y Darmstad seguían á Prusia. Las esperanzas de que la Alemania del Mediodía se separaría de la del Norte para aliarse con los franceses se desvanecieron muy pronto, y lo mismo se frustraron las que se fundaban en el espíritu de los pueblos en las provincias recientemente anexionadas á Prusia. Alemania entera se colocó al lado del rey Guillermo. También en Berlín se creía que Benedetti había ofendido al rey con su impertinencia y que el soberano había tenido que despedir al diplomático francés. Este error no hizo más que aumentar el entusiasmo de los alemanes por el monarca, que en su viaje á Berlín fué saludado en todas las estaciones con grande entusiasmo, y más todavía en la capital.

Europa había seguido con simpatía las primeras gestiones de Francia, pues parecía natural que quisiera descartar la candidatura de Hohenzollern, y la prensa inglesa había calificado al principio muy duramente al príncipe de Bismarck por suponerle autor de esta «intriga;» pero desde la declaración de Gramont del 6 de julio, empezó á cambiar la opinión, y desde el día 15 aún más, gracias á las revelaciones de Bismarck acerca de los planes de Napoleón. El 25 de julio publicó el *Times* el proyecto de tratado de Benedetti, que Bismarck presentó al embajador inglés en Berlín y á otros embajadores, á fin de que se convenciesen de que estaba escrito por Benedetti, y en una circular dió cuenta de las diferentes proposiciones francesas de alianza hechas desde 1862. Gra-

mont y Benedetti procuraron borrar la impresión causada por las audacias de Bismarck, sin gran resultado, y el gabinete inglés resolvió proponer á los beligerantes un convenio por el cual Inglaterra se obligaba á rechazar con las armas á la potencia que amenazara la independencia belga. Prusia firmó el convenio el 9 de agosto, y dos días después Francia. Con esto perdió Napoleón desde el principio de la guerra la posibilidad de indemnizarse á expensas de Bélgica.

No pudo contar Francia con el apoyo de Rusia, porque conocidas eran las buenas relaciones entre el tsar y la corte de Berlín. Napoleón, y con él la opinión pública en Francia, tenían tanta mayor confianza en que no les faltaría el apoyo de Austria y de Italia, cuanto que, decidida en principio la alianza con aquellos dos soberanos amigos desde septiembre de 1869, hubo con Austria negociaciones militares por medio del archiduque Alberto y del general Lebrún, quien sometió á las autoridades austriacas, en especial al archiduque Alberto, un plan completo de campaña, que suponía la participación inmediata de Austria é Italia en la guerra. En julio se presentó á los gobiernos de Florencia y Viena un proyecto de alianza en tres artículos, fundándose en otro proyecto anterior. Italia pidió que se añadiera un cuarto artículo, que debía tenerse secreto, por el cual Francia se obligara á conseguir del Papa un *modus vivendi* con Italia. Austria apoyó la pretensión, pero encontró en París la oposición más viva; y el general Turr, que la renovó el 27 de julio, después de prolongadas conferencias con los personajes más importantes, recibió de Gramont esta contestación telegráfica: «Nos es imposible hacer cosa alguna respecto á Roma; si Italia no quiere ponerse en campaña, que se quede en su casa.» Más difícil que Italia, que estaba pronta á tomar parte en la guerra si se atendían sus deseos, se mostró Austria. El conde de Beust había juzgado muy torpe el impetuoso ardor de Gramont, y en un despacho que dirigió el 11 de julio á Metternich, protestó enérgicamente contra la pretensión de que Austria se hallara obligada, en virtud de las cartas imperiales, á seguir á Francia en una guerra provocada por la diplomacia, en cuyas negociaciones el gabinete austriaco no había tenido la menor participación. Beust no negó la posibilidad de que los intereses de Austria la obligaran más adelante á tomar parte en la guerra, pero esto no al principio, porque el ejército austriaco no se hallaba preparado; y si Francia se encontraba en situación de desplegar en pocos días sus fuerzas, no le sucedía lo mismo á Austria; por lo cual Beust aconsejó al ministro francés no mezclar á Prusia en la cuestión de sucesión y atenerse exclusivamente á España. Por lo demás, ofreció que, en cambio, procuraría apoderarse del príncipe Leopoldo en el camino si llegara á salir para España. Gramont se opuso á semejante plan, diciendo que eso sería representar una escena digna de un sainete.

Habiéndose declarado la guerra formalmente, se activaron las negociaciones de alianza con mayor ardor que antes, y Beust dijo que consideraba la neutralidad como el medio de aproximarse al objeto de su política y de concluir los

armamentos sin dar lugar á un ataque prematuro de parte de Prusia ó de Rusia; pero, de todos modos, consideró condición ineludible la evacuación de Roma. Se negó Napoleón, que pidió simplemente la vuelta al convenio de septiembre, y en una carta autógrafa que dirigió á Víctor Manuel procuró que éste garantizase por su honor y lealtad, que después de la marcha de los franceses, los italianos no atacarían á Roma. Esta pretensión fué rechazada por el rey de Italia; pero mostró tan buena voluntad para un arreglo diplomático de la cuestión, que Napoleón dió en 26 de julio orden de evacuar á Roma el 5 de agosto.

Entonces se abrieron negociaciones en las cuales intervinieron, por parte de Austria, el príncipe de Metternich y el conde de Vitzthum; por Italia, el conde de Vimercati y el caballero Nigra, representando á Francia Gramont. Se convino que las dos potencias neutrales intervendrían por de pronto diplomáticamente, y si esto no produjera resultado, declararían la guerra. Respecto de Prusia, se propusieron pedirla que se obligara á mantener el estado creado por la paz de Praga. Suponiendo que sería rechazada esta pretensión, se concertaron desde luego las primeras disposiciones militares, que según el plan de Lebrún debían consistir en una cooperación de las fuerzas aliadas en Baviera. Con este proyecto se dirigieron el conde de Vitzthum á Viena y Vimercati á Florencia para pasar luego á Viena. El 1.º de agosto volvió á hallarse Vimercati en París con un proyecto de convenio en cuatro artículos, redactado de común acuerdo por Austria é Italia, en el cual quisieron que Francia entrara. Las dos potencias neutrales se obligaban á poner sus fuerzas en situación de neutralidad armada, y á transformar esta situación á principios de septiembre, simultáneamente y previo acuerdo, en cooperación efectiva á favor de Francia. Además Austria prometía su auxilio á Italia para obtener á favor de esta potencia, en el arreglo de la cuestión de Roma, mejores condiciones que las de la convención de septiembre. Habiendo partido ya entonces Napoleón para el ejército, pasó Vimercati á Metz; pero Napoleón se negó decididamente á admitir el artículo relativo á Roma; no pudo vencer su resistencia el príncipe Napoleón, y, además, el emperador exigió que se fijara inmediatamente y para una época más próxima el cambio de la neutralidad armada en auxilio armado. Vimercati volvió, pues, el 3 de agosto á París y desde allí á Florencia sin haber conseguido nada, lo cual descontentó mucho á Víctor Manuel. Pocos días más tarde, después de las derrotas de Worth y de Spicheren, el emperador quiso ceder, pero ya había pasado el momento favorable. Cuando el príncipe Napoleón llegó el 20 de agosto á Florencia para pedir el auxilio armado de Italia, ofreciendo en cambio completa libertad en Roma, los ministros contestaron que debían entenderse primero con Austria, y ésta entonces retardó adrede su contestación, de suerte que llegó la jornada de Sedán y con ella la caída del Imperio, sin que se hubiese firmado una alianza entre Francia y las dos potencias amigas, y lo que el Imperio no había podido conseguir hallándose todavía en toda su fuerza, resultó completamente imposible para la república después de tan formidables derrotas.

También resultó vana la esperanza de que cuando menos haría algo á favor de Francia la pequeña Dinamarca; pues por más que gustó en Copenhague la declaración de guerra, no se apresuró aquel gobierno á tomar resoluciones arriesgadas, y, además, trabajaron con mucho éxito los diplomáticos ingleses y rusos en contra de las pretensiones del señor de Cadore, que hizo los mayores esfuerzos para conseguir una alianza entre Francia y Dinamarca. La aparición de una escuadra francesa dió lugar á manifestaciones ardientes á favor de Francia; pero prevalecieron en Dinamarca los efectos que produjeron las primeras batallas. Para obligar á Dinamarca hubiera sido menester que Francia hubiese desembarcado un ejército en Alemania del Norte.

Francia fué á la guerra sola. Quedaba el emperador reducido á sus fuerzas propias, que en opinión de los franceses bastaban para aplastar á sus enemigos; y no solamente lo creía así la opinión pública con su habitual ligereza, sino que también se creía lo mismo en las principales esferas militares, excepción hecha del emperador, á pesar de que tenía la mejor opinión de su ejército y de su completa preparación para entrar en campaña, pues no podía dudar de la exactitud del estado militar que publicó el *Monitor* en 18 de agosto de 1869, trabajo debido al difunto mariscal Niel, en el cual Napoleón había depositado toda su confianza. Según este trabajo, tenía Francia un ejército activo de setecientos cincuenta mil hombres, con una guardia móvil de seiscientos mil y una existencia de un millón doscientos mil fusiles chassepot. El emperador tenía una opinión muy elevada del ejército alemán, y sabía que las fanfarronadas de los entusiastas eran resultado de la ignorancia y del patriotismo ciego; así, mientras se gritaba «¡á Berlín!» y se creía que la guerra se reduciría á un paseo militar, en su manifiesto del 28 de julio dijo: «Tendréis que luchar con uno de los mejores ejércitos de Europa; la guerra será larga y difícil, porque se hará en un país cubierto de fortalezas y de dificultades;» si bien añadió para animar al ejército: «Otros ejércitos igualmente valientes no han podido resistir á vuestro valor... Para los soldados de Africa y de Crimea, de Italia y de Méjico no hay cosas imposibles.» Ducrot, que mandaba en Estrasburgo, había propuesto arrojarse cuanto antes sobre Kehl y Landau, y quizás hubiera podido obtenerse por este medio un triunfo pasajero; pero, según se dice, el emperador no aprobó este proyecto por no arrojar en brazos de Prusia á Baviera y Baden. Para obligar á los Estados del Sur á aliarse á Francia, los franceses hubieran debido pasar el Rhin con fuerzas imponentes; pero muy pronto se vió que Francia no se hallaba en estado de hacer semejante esfuerzo. El 6 de julio todavía había declarado Leboeuf al emperador que bastarían á lo más dos semanas para juntar el ejército armado en la frontera, donde debían estar reunidos en el plazo indicado trescientos cincuenta mil hombres de todas armas, con ochocientas setenta y cinco piezas de artillería y cien mil guardias móviles; quedando en el interior de Francia, en Argelia y en Civitavecchia todavía disponibles doscientos treinta y ocho mil hombres, de los cuales podían agregarse por lo menos cincuenta

mil al ejército en campaña. Con arreglo á este informe se dispuso que se reunieran en Alsacia el primero y el séptimo cuerpos, mandados por el mariscal Mac-Mahón y el general Douay, compuestos de ciento siete mil hombres; que el segundo cuerpo (Frossard), el tercero (Bazaine), el cuarto (Ladmirault), el quinto (Faily) y la guardia imperial (Bourbaki), en total ciento veinte mil hombres, se concentraran alrededor de Metz, y que finalmente, el sexto cuerpo (Canrobert), de cincuenta y seis mil hombres, se reuniera en el campamento de Chalóns. En la esperanza de ver pronto ejecutadas estas órdenes, salió el emperador de París el 26 de julio para tomar personalmente en Metz el mando en jefe. Leboeuf le acompañó como jefe de Estado mayor, y el general Dejeán se encargó del ministerio de la Guerra. Como en la campaña de Italia, encargó Napoleón durante su ausencia la regencia á la emperatriz; pero limitó expresamente sus poderes, prohibiéndole promulgar más leyes que las que se habían propuesto ya á las grandes corporaciones políticas.

A su llegada á Metz el emperador tuvo un amargo desengaño al saber que los cuerpos reunidos allí y en Alsacia distaban mucho de hallarse completos, pues tenían á lo más doscientos veinte mil hombres, es decir, las dos terceras partes de los que debían tener. La culpa de esto era de los generales que mandaban en los diferentes departamentos, quienes, á pesar de las leyes vigentes, se habían mostrado muy tolerantes con los reservistas casados respecto á su presentación en las filas; pero la principal rémora fué la manera defectuosa de hacerse la movilización, pues los llamados habían de dirigirse primero á sus depósitos, á veces muy distantes, y desde allí debían ser enviados á sus regimientos, que ya marchaban á la frontera; de modo que aquellos hombres atravesaron el país en todas direcciones y se incorporaron á sus respectivos cuerpos, en el mejor caso, al cabo de muchos días, y á veces después de semanas.

El armamento dejaba también que desear. A cada regimiento no se le pudieron entregar sino los chassepots que le correspondían en tiempo de paz; así es que en lugar de cuatro á cinco mil fusiles de esta clase, sólo tuvieron á duras penas la mitad, y otro tanto sucedió respecto de los cartuchos, de los cuales cada individuo debía recibir noventa. Para mayor desgracia, los reservistas no conocían todavía el manejo del chassepot y tuvieron que aprenderlo. También originó grandes dificultades el de las ametralladoras, que se habían tenido tan secretas que sólo un pequeño número de capitanes de artillería fueron llamados á Meudón en 1869 para enterarse de esta nueva arma; y, cosa singular é increíble: cuando llegó el caso fueron llamados por el ministerio de la Guerra para encargarse de las baterías de ametralladoras los capitanes que no las conocían y que por ignorancia hacían los disparos sólo á distancias cortísimas, cuando el efecto del arma estaba calculado para mil ochocientos metros y más. La administración militar y el cuerpo de sanidad se hallaban en un estado verdaderamente desconsolador. Los carros de transporte de Chateauroux y de Vernón estaban tan inservibles que se necesitaron meses para poderlos utilizar. La administra-

ción se había hecho culpable de la mayor negligencia. En todas partes faltaban hornos de campaña, balanzas, transportes de heridos y enfermos, tiendas de campaña, galleta, avena, azúcar y heno. El telégrafo no cesaba de comunicar quejas y reclamaciones, y la publicación de una parte de estos despachos ofrece un cuadro vivo de la increíble confusión que reinó en aquellas semanas.

Muy diferente de esta confusión era el movimiento de los ejércitos alemanes, que se efectuó en orden perfecto y exactamente con arreglo á los planes preparados por el Estado mayor general, hasta en los menores detalles; y si bien llegaron algunos días después que los franceses, se presentaron en completo orden de guerra y á punto de entrar en acción, mientras los cuerpos enemigos continuaban formándose y completando su armamento. El ejército de campaña de la confederación de Alemania del Norte contaba, después de la movilización, sin los estados mayores y los oficiales, trescientos ochenta y cinco mil hombres de infantería, cuarenta y ocho mil de caballería y mil doscientas ochenta y cuatro piezas de artillería; á lo cual se agregaban ciento cincuenta y siete mil hombres de guarniciones y ciento treinta y ocho mil hombres de tropas de reserva. A estas fuerzas se unían: el ejército bávaro, de ciento veintinueve mil hombres y veinticuatro mil caballos; el ejército wurtembergués, de treinta y siete mil infantes y nueve mil caballos, y el de Baden, de treinta y cinco mil hombres y ocho mil caballos; resultando en agosto la fuerza total alemana, sin contar la marina, un millón ciento ochenta y tres mil trescientos ochenta y nueve hombres con doscientos cincuenta mil trescientos setenta y tres caballos. Según el plan de guerra trazado por Moltke, fueron enviados á la frontera sólo diez de los cuerpos de la Alemania del Norte, reservando los otros para poder ser empleados contra Austria y Dinamarca y contra tentativas de desembarque de fuerzas francesas.

Las fuerzas alemanas destinadas á la frontera se dividían en tres ejércitos; y mientras se dirigían á sus puntos de concentración, que eran, para el primer ejército, Saarlouis, para el segundo Saarbruck, y para el tercero Landau, ocurrieron en la frontera insignificantes escaramuzas y reconocimientos; pero no hubo la acometida enérgica que se esperaba de parte de los franceses, gracias al malísimo estado de su ejército. El 2 de agosto insistió Napoleón en que el general Frossard con el segundo cuerpo, reunido ya el 18 de julio cerca de Saint-Avold, inmediato á la frontera, efectuara un reconocimiento de mucha fuerza del lado de Saarbruck. El general alemán Gneisenau, que mandaba allí y disponía solamente de un regimiento de infantería, de tres escuadrones de caballería y dos baterías, aceptó el combate, pero se retiró legua y media hacia el Norte en cuanto vió que el enemigo desarrollaba una fuerza muy superior. Los franceses se contentaron con ocupar á Saarbruck sin pasar á la orilla derecha del Saar, lo cual no impidió que, á pesar de la poca importancia de la operación, se exagerara muchísimo el combate por parte de los franceses, y no menos por parte del mismo emperador con sus telegramas, en los cuales participó á

la emperatriz que su hijo había recibido el bautismo de fuego y que su serenidad y presencia de ánimo habían hecho llorar á los soldados. En París se celebró como una gran victoria lo que llamaron «la conquista de Saarbruck.»

Lo peor para el cuartel imperial fué que se quedó después de este reconocimiento tan á obscuras como antes respecto á la posición y fuerza del enemigo. El cuerpo de Douay, que debía acudir desde Belfort, recibió orden de conti-



El príncipe imperial Napoleón Eugenio Luis

nuar allí por haberse visto al Mediodía de Baden un destacamento wurtembergués, que fué tomado por una fuerza considerable. El cuerpo de Failly fué avanzado hasta Bitch, al Este, para establecer el contacto con Mac-Mahón; y cuando el 3 de agosto se recibió la noticia de que cuarenta mil prusianos avanzaban de la parte de Tréveris, Bazaine recibió orden de oponerse á ellos cerca de Boulay; mientras que la guardia, que se hallaba en Metz, estuvo toda la noche en movimiento á consecuencia de las órdenes más contradictorias; y habiéndose creído poder oponer setenta mil hombres á los cuarenta mil prusianos, se aguardó el ataque de éstos con grandes esperanzas. La dirección militar alemana seguía planes muy diferentes, pues Steinmetz tenía orden de detenerse con el primer ejército hasta que el segundo hubiese avanzado, para hallarse con él en la misma línea, debiendo en cambio el tercer ejército pasar la frontera cerca de Wissemburg, tomando así la ofensiva.

El cuerpo de Mac-Mahón se encontró en la mañana del 4 de agosto con la división de Abel Douay y la brigada de Septeuil (formada por ocho batallones, ocho escuadrones y diez y ocho piezas de artillería) cerca de Wissemburg, ocupando un batallón la ciudad y hallándose el resto de la tropa acampado en la montaña de Geisberg, al Sur de la población. A las seis de la mañana las patrullas de caballería no habían descubierto al enemigo; pero á las ocho y media se presentó la división bávara de Bothmer delante de la ciudad y atacó la estación y la puerta de Bitch. Llegaron en su apoyo los cuerpos prusianos de Kirchbach y Bose, y tan pronto como el general francés se hubo convencido de la fuerza superior del enemigo, que se dirigía contra Geisberg, tomó sus disposiciones de retirada, para cuya seguridad era menester sostenerse todavía en el Geisberg. Ocupado en estos preparativos, murió el general Abel Douay, probablemente á consecuencia de la explosión de un carro de pólvora, á pesar de lo cual los franceses continuaron defendiendo con valor la ciudad y el castillo de la montaña, que fué tomado á las dos de la tarde. Las bajas de los alemanes pasaron de mil quinientos hombres y las de los franceses de dos mil doscientos, incluyendo mil prisioneros. En vista de la delantera que habían tomado los franceses, no fué posible molestarlos en su retirada. Por la parte de los alemanes fué grande el júbilo de esta primera victoria, porque la habían alcanzado tropas del Norte y del Sur, sellando así su unión. En el cuartel general francés causó la noticia de la derrota una gran consternación, y el emperador resolvió ordenar á Mac-Mahón que concentrara todas las tropas á orillas del Mosela; pero como el mariscal le telegrafió que tenía esperanzas de conseguir alguna ventaja, no quiso Napoleón estorbarle y le encargó el 5 de agosto el mando en jefe del cuerpo de Faily, que avanzaba hasta Bitch, y el del cuerpo de Félix Douay, todavía muy diseminado en una gran extensión de terreno. Mac-Mahón ocupó entonces una buena posición defensiva detrás del Sauer (Sure), entre Froschweiler y Elsasshausen, destruyendo los puentes que había sobre el pequeño río citado y fortificando las vertientes de las colinas. Para el 7 de agosto se propuso efectuar un avance enérgico, en el cual debía tomar parte Faily; pero también el príncipe heredero de Prusia había destinado aquel día para atacar. En la madrugada del 6 se rompió el fuego cerca de Worth y de Funstedt. El estampido de las descargas atrajo al segundo cuerpo bávaro. Los alemanes tomaron Worth; fué rechazada una terrible carga de la caballería francesa al mando de Michel; batióse con bravura la infantería; renovó sus cargas la caballería, cargas de héroes, legendarias; pero ya no estamos en los tiempos heroicos, sino en los de la organización, del cálculo matemático, de los movimientos automáticos, y Mac-Mahón fué vencido, precipitándose sus tropas en desorden en Reichshoffen. Los que gritaban «¡á Berlín!» debieron convencerse de que no era cosa tan fácil como habían creído pasar el Rhin; los que se habían figurado que la victoria se obtenía cantando la Marsella, haciendo manifestaciones callejeras y viendo marchar á los soldados á la frontera, quedán-

dose ellos en casa, entonces se prepararon á continuar alborotando y vociferando, dando la culpa de todo al emperador, que no había participado de las ilusiones de la opinión, que sólo se acordaba de Jena, pero había olvidado á Leipzig. Los que por pasión política y por móviles de partido tantas dificultades opusieron á la reorganización del ejército, comenzaban á ver los resultados de su antipatriótica conducta.

Nos limitaremos á resumir las operaciones militares porque, según indicamos en el prefacio del presente tomo, debe considerarse la obra de Moltke, *Historia de la guerra franco-alemana de 1870 á 1871* (1), como complemento de la presente para el conocimiento de aquella guerra. Después de la derrota, Mac-Mahón se retiró detrás de los Vosgos. El general Frossard quedó cerca de Forbach, donde fué atacado, batiéndose admirablemente los franceses y obteniendo en algunos momentos ventajas parciales. El general alemán Goeben, que entre tres y cuatro de la tarde llegó al campo de batalla y se encargó del mando, envió á toda prisa las primeras secciones de las divisiones 5.<sup>a</sup> y 16.<sup>a</sup>, que acababan de pasar el Saar, á los puntos que peligraban más, y así consiguieron los prusianos no solamente sostenerse, sino también lograr lentamente ventajas. A las cuatro y media volvió á cambiar el mando, correspondiendo al general Zastrow por antigüedad, el cual se presentó en el campo de batalla. Los franceses también recibieron refuerzos de la división Bataille; atacaron con bríos y llegaron á peligrar los prusianos en sus posesiones, pero la caballería francesa no pudo ganar las alturas. Frossard se convenció de que no podía sostenerse, y dió orden al obscurecer de empezar la retirada, que no lograron impedir los alemanes.

El 7 de agosto se ordenó la retirada general sobre Chalóns; pero al día siguiente se decidió en un consejo de guerra que se hiciera frente al enemigo bajo los cañones de Metz. El emperador se halló personalmente en la situación más lamentable, pues sufría de una manera horrorosa á causa de su enfermedad de la vejiga, y comprendió que por el estado de su salud no podía estar á la altura de su misión. Quiso regresar á París y encargar á Bazaine el mando. Hizo telegrafiar á la regente por Pietri: «Si ocurriesen otros descalabros, no sería el emperador únicamente responsable de ellos.» En París se rechazó con espanto la idea de que el emperador vencido se presentara en la capital, donde reinaba una terrible agitación, pues las noticias de las derrotas de Mac-Mahón y Frossard habían venido tras partes falsos de victorias brillantes, anunciando que el tercer ejército alemán había quedado aniquilado, que el príncipe heredero de Prusia había sido hecho prisionero con veinticinco mil hombres, y que Landau había sido tomada por los franceses. Hubo colgaduras, iluminaciones, la gente se abrazaba en la calle; y luego vino el desengaño cruel y la persuasión de que todas estas mentiras se habían inventado para especulaciones de bolsa. Para colmo de la exasperación llegaron el 7 de agosto las noticias terribles de Spicheren y de Worth. Grandes masas del pueblo sobrecitadas llenaron

(1) Publicada en nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

los bulevares, y se temía que se desencadenara la revolución. El embajador de los Estados Unidos, Washburne, dice que desde la Revolución francesa París no había presenciado un espectáculo parecido, y que sólo la lluvia había impedido á las masas pasar á vías de hecho. La emperatriz había reunido por la mañana el Consejo de ministros en las Tullerías y publicado un manifiesto, en el cual conjuró á todos los buenos ciudadanos á mantener el orden, diciendo: «¡Que sólo haya entre nosotros un partido único, al cual pertenezcan todos los franceses! ¡Que sólo nos guíe una bandera, la del honor nacional! Fiel á mi deber, me encontraréis la primera allí donde sea necesario defender la bandera de Francia.» Al propio tiempo se declaró el estado de sitio y se anunció que las Cámaras se habían convocado para el 11 de agosto. La impaciencia pública halló largo el plazo, y un decreto del 8 ordenó la reunión de las Cámaras el día 9. El ministerio acordó proponer al emperador el nombramiento de Trochu para ministro de la Guerra; pero Trochu se negó á aceptar la cartera, diciendo que se vería obligado á exponer las faltas del gobierno, que habían traído la desgracia, con lo cual no haría más que dificultar la situación, sin que su entrada prolongara la vida del ministerio ni un solo día. El *Siecle* publicó un proyecto de ley firmado por diez y ocho miembros de la izquierda, que proponía elegir de entre los diputados una junta de defensa nacional, que desde luego fuera la representación del poder y llamara á las armas á todos los ciudadanos. Otros cinco periódicos se unieron al *Siecle* para publicar un corto manifiesto que pedía lo mismo y terminaba con estas palabras: «¡Que se levanten todos los patriotas y se unan á nosotros! La patria está en peligro.» La verdad era que ya no se trataba sólo del ministerio. Ollivier hubiera querido la vuelta del emperador, pero ni la regente ni los demás ministros compartían su opinión. Estos últimos, no obstante, creyeron útil el regreso del príncipe imperial y lo solicitaron del emperador por telégrafo; pero la emperatriz se opuso también á este deseo, diciendo en su parte al emperador que se oponía por motivos que no podía exponer en el telegrama, y que deseaba que su hijo quedara en el ejército; que el emperador prometiera su regreso, pero no lo realizara. Insistió en que Leboeuf dimitiera el cargo de jefe de Estado mayor y que el emperador se entendiera con Bazaine sobre las operaciones que convenía ejecutar, en lo cual se anunciaba ya el deseo de confiar á Bazaine el mando en jefe. Triste situación la de Napoleón III, digna de Esquilo: en el ejército era una sombra, un obstáculo, y en París hubiera sido un peligro. Aquel hombre tan poderoso, había quedado reducido á tan mísera condición, que en todas partes estorbaba.

En un nuevo despacho decía la emperatriz: «Sólo Bazaine inspira confianza; la presencia de Leboeuf quita la confianza aquí y allí. Las dificultades son inmensas; en cuarenta y ocho horas pueden perderlo todo el temor de los unos y la flojedad de los otros.» Al mismo tiempo conjuró la emperatriz al mariscal Leboeuf, apelando á su antigua lealtad, á dar su dimisión, diciendo: «Compre-

do que esta resolución es penosísima para usted, pero en las circunstancias actuales, todos hemos de hacer sacrificios, y ninguno es para mí más penoso que este paso que doy cerca de usted.»

Se procuró evitar por todos los medios posibles que se turbara el orden en París. Se publicaron bandos recordando la severidad de las leyes marciales, que se aplicarían á todos los que pidieran el nombramiento de un comité nacional ó se atrevieran á hacer proposiciones análogas. Se acudió al recurso de publicar un papel, que se dijo se había encontrado en posesión de un espía de los prusianos, que decía: «¡Valor! París se levanta. El ejército francés se hallará entre dos fuegos.» Un decreto dispuso la admisión en la guardia nacional de todos los hombres de treinta á cuarenta años aptos para las armas, y se anunció un proyecto de ley para alistar en la guardia móvil á todos los exentos del servicio, de menos de treinta años. Para comandante de la plaza de París fué nombrado el mariscal Baraguay d'Hilliers; pero como la emperatriz no le creyó bastante enérgico, hizo llamar de Lyon al conde de Palikao, para encargarle este puesto ó bien el ministerio de la Guerra. El mismo día 7 había recibido la emperatriz al diputado Julio Brame y á cinco de sus colegas, que se le presentaron comisionados por unos cien miembros del cuerpo legislativo, para recomendarle la destitución del ministerio. La emperatriz se opuso á esta medida, creyendo que aumentaría la agitación; pero la actitud decidida de la comisión hizo suponer que Ollivier no podría sostenerse en la Cámara.

Cuando el cuerpo legislativo se reunió el día 9 al mediodía, costó gran trabajo á la fuerza armada mantener el orden delante del edificio, é igual lo tuvo el presidente en la sala de sesiones. Las primeras palabras que pronunció Ollivier por vía de introducción, fueron interrumpidas por exclamaciones y denuos. Cuando el ministro alabó el valor de las tropas, le interrumpió Guyot-Montpayroux gritando: «¡Son leones mandados por asnos!» y Favre exclamó que á la ineptitud del emperador se debían todas las desgracias. Propuso el nombramiento de una junta de defensa nacional, compuesta de quince miembros, que se encargara del poder dictatorial, lo cual venía á ser en el fondo la suspensión del Imperio; y desde luego se declararon en su favor cincuenta y tres votos contra ciento noventa. Latour-Dumoulin pidió que se encargara al general Trochu la formación de un nuevo ministerio; pero esta proposición no fué aprobada por ser contraria á la Constitución. Duvernois propuso un voto de censura para derribar al gabinete, que fué aprobado por toda la Cámara menos diez votos, después de lo cual se suspendió la sesión por media hora. Al abrirse, anunció Ollivier que la regente había admitido su dimisión y encargado al conde Palikao la formación del ministerio. Al día siguiente se presentaron los nuevos ministros á la Cámara, teniendo la cartera de Negocios extranjeros Latour d'Auvergne, la del Interior, el prefecto del Sena, Chevreau, la de Hacienda, Magne, y la de Justicia, Grandperret. El ministro de Marina, Rigault de Genouilly, continuó en su cargo. El presidente del Consejo de ministros se había reservado la cartera de

Guerra, y los demás ramos se habían encargado á Brame, Duvernois, Jerónimo David y Bussón, yerno de Billault. El ministerio fué bien recibido por la mayoría de la Cámara, pero no fué del gusto de la población sobreexcitada de la capital, que consideró como su primer deber dominar á París y hacer frente enérgicamente á la izquierda. Insistió, pues, en que se suspendiera la discusión de una proposición de Favre relativa al armamento de la guardia móvil, y que se rechazara la de Estancelin, que solicitaba se declarase la Cámara en sesión permanente. Con igual decisión combatió todas las tentativas que se hicieron para reforzar la comisión de defensa de París, presidida por el general Trochu, como gobernador de la capital, con nueve miembros ó, por lo menos, con tres nombrados por la Cámara. También impidió el nombramiento de una comisión parlamentaria encargada del mismo objeto. «Tendréis que acudir á ella, gritó Gambetta. — ¡Será tarde!, exclamó Favre.» Palikao sostuvo con mucha razón que á él y á sus colegas correspondía únicamente toda la responsabilidad; pero acabó por llamar á la junta de defensa, primero á tres miembros del cuerpo legislativo, Daru, Buffet y Dupuy de Lome, y posteriormente también á Thiers y á dos senadores, Behic y el general Mellinet; pero lo hizo como concesión voluntaria. Esta comisión desplegó gran actividad, y el ministro de Comercio, Duvernois, dió pruebas de una energía nada común, particularmente en el aprovisionamiento de la capital, aunque para alcanzar este objeto tuvo que acallar escrúpulos financieros, porque los alrededores de París fueron poco menos que saqueados. A toda prisa fué recogida la cosecha: por todas las puertas de la capital pasaron incesantemente filas de carros cargados de víveres, mientras el río y los ferrocarriles proveían á París de carbon, vino, cereales y ganado. Era indispensable para todo gobierno que en aquellas circunstancias quisiera hacer algo útil, tomar cierto carácter dictatorial, por cuya razón no publicó todos los despachos de la guerra. En la Cámara sólo se dejó ver Palikao cuando no pudo excusarse, pretextando siempre asuntos más urgentes; y aunque la izquierda mostró por esto su descontento, se conformó al fin y hasta trató á Palikao con cierto respeto, que seguramente era debido en parte al temor de excitarle á dar un golpe de Estado, pues se sabía que era hombre enérgico. El 15 de agosto atacó el populacho un cuartel de bomberos situado en La-Villette, asonada preparada por Blanqui, pero fué reprimida con vigor. También dió el ministro pruebas de energía al expulsar de Francia á los alemanes, y sólo en París se firmaron treinta mil pasaportes.

La Cámara y el Ministerio deseaban que Leboeuf dimitiera el cargo de jefe de Estado mayor y el emperador renunciara al mando en jefe. El primer deseo se cumplió cuando la regente suplicó á Leboeuf que hiciese aquel sacrificio, pero el emperador sólo con gran trabajo pudo decidirse á ceder, en 9 de agosto, á Bazaine el mando en jefe de los cuerpos 2.º, 3.º y 4.º. Después de muchas instancias recibidas de París, cedió, y en la sesión del 13 de agosto pudo comunicar Palikao al cuerpo legislativo que Bazaine se había encargado del mando

y que ni sobre él ni á su lado había más autoridad militar que la suya. Con esto el emperador quedó despojado de hecho de todo poder, pues había cedido á la emperatriz sus atribuciones políticas y al mariscal Bazaine las militares; de suerte que en adelante quedaba reducido en la máquina gubernativa á rueda superflua, y por lo mismo, á ser un obstáculo. Se comprende que esta situación fuese para él inaguantable y que procurase salir de ella cuanto antes. No podía quedarse en el ejército de Bazaine, y se separó de él llegando la noche del 16 al campamento de Chalóns. En el camino se le había agregado Trochu, á quien el ministro de la Guerra acababa de nombrar jefe del cuerpo 12.º, que debía formarse en el campamento. Trochu fué de opinión que el ejército se reuniera al pie de las murallas de París, y que sólo allí aceptara una batalla decisiva; y en un Consejo de guerra que se celebró el 17, y en el cual tomaron parte el príncipe Napoleón, Mac-Mahón y algunos otros generales, fué aprobado este plan. Trochu prometió, en caso de que se le enviara á París, hacer todo lo posible para evitar una revolución que precipitara al país en un abismo, y como consecuencia fué nombrado por el emperador gobernador de la capital y partió, quedando convenido que Napoleón le seguiría algunas horas después y que Mac-Mahón llevaría á París las tropas del campamento de Chalóns.

Estas resoluciones disgustaron muchísimo en las Tullerías; la emperatriz dijo que sólo los enemigos del emperador podían haber dado semejantes consejos, porque si Napoleón llegara á París, no entraría vivo en las Tullerías; de consiguiente se opuso enérgicamente á la intención de su esposo, mientras por otra parte Palikao protestó contra la concentración del ejército al pie de las murallas de la capital.

De todo lo dispuesto sólo quedó el nombramiento de Trochu para gobernador de París, y como el público no sospechaba que era debido á Napoleón, fué bien recibido é inauguró el mando con una proclama enérgica, en la cual no se citaba para nada al emperador. La situación de Trochu fué difícil, pues el Ministerio le miraba y trataba con desconfianza, y Palikao no omitía ocasión para limitar sus atribuciones.

Entretanto Mac-Mahón, con su cuerpo de ejército, llegó á Chalóns, lo mismo que Failly con el 5.º cuerpo y Douay con el 7.º. Además, se hallaba en el campamento el cuerpo 12.º, de reciente formación, cuyo mando se había dado á Lebrún, en lugar de Trochu; y toda esta fuerza, incluidas las divisiones de caballería de Bonnemain y Margueritte, fué puesta á las órdenes del mariscal. Contra él se dirigía el tercer ejército alemán, que avanzó hacia el Mosa.

Bazaine había resuelto resistir en la orilla derecha del Mosela, á lo que podía cooperar la guardia, mandada por Bourbaki. Estas tropas ocuparon el 10 de agosto una posición á orillas del Nied francés; pero temiendo el general verse rodeado y sorprendido á causa de los muchos bosques del país, se retiró el día 11 al amparo de las baterías de los fuertes de Metz, adonde había llegado procedente de Chalóns el cuerpo 6.º (Canrobert), el cual quiso Napoleón reunir

con la guardia y el 5.º cuerpo, para formar un ejército aparte, á las órdenes de Canrobert. Éste no quiso aceptar semejante mando, diciendo que en situación tan grave todos debían obedecer á un jefe, y que él daba ejemplo suplicando ser puesto á las órdenes de Bazaine. Así, pues, decidióse el emperador á confiar á Bazaine todo el ejército del Rhin y á renunciar por su parte al mando en jefe. Para el cargo de jefe de Estado mayor fué nombrado Jarras.

Los alemanes continuaron su movimiento de avance y su caballería se adelantó por el Norte hasta la carretera de Metz á Verdún. Bazaine había dispuesto la retirada en dirección Oeste. Cuando los alemanes observaron este movimiento, el general Goltz, que mandaba la vanguardia de Westfalia, atacó por su cuenta y riesgo, apoderándose de la aldea de Colombey y de la quinta de Aubigny, situada al Sudeste de la citada aldea, y se sostuvo después en estas posiciones hasta que le socorrió la división 13.ª, y más al Norte el primer cuerpo, cerca de Noisseville y Nouilly. También recibieron auxilio los franceses, pues la guardia y el cuerpo 4.º (Ladmirault), que estaban efectuando entonces el paso del Mosela, interrumpieron su marcha, entrando la guardia en la reserva y tomando el 4.º cuerpo parte en el combate en el ala izquierda, lo que puso en situación difícil á los alemanes, que en cambio se sostuvieron cerca de Colombey y ocuparon el extremo opuesto del valle, apoyados por la vanguardia de la división 18.ª (del segundo ejército), que acudió al oír el estampido de la artillería y tomó la aldea de Grigy y el bosque de Borny, poniendo entonces fin á la lucha la obscuridad y la proximidad de los fuertes de Metz. También cerca de Nouilly había pasado para los alemanes el momento más crítico, gracias á la llegada de tropas frescas, y se tomaron las aldeas de Villers Orme y Mey, cuyas posiciones quedaron aseguradas al cerrar la noche, durando la lucha en ciertos puntos casi hasta la madrugada y avanzando tropas alemanas hasta Vallieres, es decir, hasta las líneas de los fuertes. La pérdida de los alemanes, que habían puesto cincuenta y siete mil hombres en batalla, llegó á cinco mil dociientos hombres, siendo la de los franceses, que habían tenido ochenta y cuatro mil hombres en acción, más de tres mil seiscientos hombres, y quedando el general Decaen mortalmente herido. Bazaine, que había recibido una contusión, se consideró vencedor, y Napoleón le dijo satisfecho: «Usted ha roto el encanto mágico.» Desde el punto de vista estratégico, esta batalla retardó la marcha de los franceses y permitió al segundo ejército alemán llegar á tiempo para cortarles la retirada. Al día siguiente llegó la división de caballería de Rheinbaben, lo que obligó á Fortón, que se hallaba á la cabeza de las fuerzas francesas que debían emprender la marcha, á detenerse para que se le unieran los cuerpos 2.º y 6.º, mientras la división de caballería de Barail, á la cual habían de seguir los cuerpos 3.º y 4.º, avanzaba por un camino que se separaba, en las inmediaciones de Gravelotte, de la carretera que pasaba por Vionville. La guardia permaneció cerca de Gravelotte, donde pernoctó el emperador y Bazaine estableció su cuartel general. A las cuatro de la madrugada del 16 de



EL GENERAL TROCHU (según fotografía)



agosto salió Napoleón con una pequeña escolta militar y tomó por la carretera del Norte el camino de Chalóns, adonde llegó al anochecer. Bazaine, á instancias de Leboeuf, aplazó su nuevo avance hasta la tarde.

Entretanto el príncipe Federico Carlos había mandado avanzar: el día 16 la división de caballería Rheinbaben sorprendió la brigada Murat y la arrojó con toda la división Fortón en completa desbandada en dirección á Rezonville, sobre el cuerpo de Frossard, que alarmado á tiempo, tomó posición al Sur de la carretera, mientras Canrobert se situaba á su derecha y al Norte. A toda prisa se envió orden al cuerpo de Leboeuf de tomar posición lo más pronto posible, en la línea todavía más á la derecha, mientras la guardia continuaba de reserva para cubrir á Gravelotte. Llegó entonces al sitio del combate la división alemana de Buddenbrock, del tercer cuerpo, que había tomado en durísima lucha á Vionville y Flavigny. A pesar de la gran superioridad numérica de los franceses, conservaron los alemanes en sangrientísima y tenaz lucha las posiciones conquistadas, dando cargas arrojadísimas de caballería, en una de las cuales estuvo á punto de caer prisionero el mismo Bazaine al marchar contra Flavigny con una batería de la guardia. A pesar de esto, la situación de los brandeburgueses se hizo cada vez más difícil, sobre todo cuando Bazaine se arrojó con toda su fuerza sobre el ala izquierda, amenazando envolverla con la división de caballería de Clerembault. Alvensleben mandó avanzar la brigada de caballería Bredow contra las baterías francesas, cuyas líneas de infantería fueron rotas; pero en esto se arrojó sobre los alemanes la caballería francesa, en número superior, y Bredow tuvo que retirarse con inmensos sacrificios otra vez al través de la infantería francesa, salvándose solamente la mitad de la brigada alemana. Este enorme sacrificio produjo el efecto deseado, porque el ataque de los franceses se paralizó por algún tiempo, y aunque el ala izquierda alemana tuvo que retroceder, fueron defendidas las aldeas de Vionville y Tronville, hasta que hacia las cuatro llegaron á Tronville los hannoverianos con una división, después de una marcha de cuarenta y cinco kilómetros. Después llegó á Mars-la-Tour la otra división, de la cual una brigada pasó un profundo barranco y avanzó en dirección Norte contra el ala derecha de los franceses cerca de Bruville, pero tuvo que retirarse con grandes bajas ante la superioridad numérica del enemigo. Los franceses la persiguieron pasando también el barranco, y grandes masas de caballería avanzaron por el lado Oeste de Bruville. Los dragones de la guardia arrojaron á la infantería francesa otra vez al otro lado del barranco, y entonces cinco regimientos de caballería alemana embistieron á la francesa y la rechazaron. Se salvó el ala izquierda alemana, gracias á esta lucha colosal de caballería, la más grande de toda la guerra. En el ala derecha, donde hacia las cuatro había llegado el príncipe Federico Carlos, después de una marcha de dos horas á caballo desde Pont-a-Moussón, los alemanes mantuvieron sus posiciones favorables y fueron reforzados por la división Barnekow, del cuerpo 8.º; pero no les fué posible ganar terreno, porque Bazaine tenía reunidas en dicho

punto fuerzas superiores, pues temiendo ser cortado de Metz, mandó allí personalmente las operaciones. Obscurecía ya cuando entró en el extremo del ala derecha la punta de la división de Hesse-Darmstadt y avanzó por el bosque de Ognons, continuando el fuego hasta las diez. También se reanimó el combate en el campo de batalla del lado Oeste, donde el príncipe Federico Carlos había ordenado el avance general á las siete, pero á causa del excesivo cansancio de las tropas, no pudieron conseguir ningún resultado importante.

Los franceses tuvieron en esta batalla diecisiete mil bajas, y los alemanes quince mil ochocientas. Bazaine comprendió que su plan de continuar la marcha á Verdún era imposible, y ordenó aquella misma noche el regreso á Metz, dando como motivo la falta de provisiones de boca y guerra. Al convencerse el príncipe Federico Carlos de que los franceses se retiraban á Metz, concedió á sus tropas el descanso necesario. Poco después de las seis se presentó el rey en el campo de batalla. El 18 llegaron los sajones á Sainte-Marieaux Chenes, situada al Oeste de Saint-Privat, en el camino de Briey; la guardia se movió hacia Habonville y el cuerpo 9.º hacia Verneville, todavía más al Sur que el anterior. Se trataba de expulsar á los franceses de una multitud de caseríos que se hallaban delante de su línea. Manstein, con el cuerpo 9.º y la división de Holstein, atacó uno de estos caseríos llamado La-Folie, poco más ó menos en el centro del frente de los franceses, mientras la artillería del mismo cuerpo 9.º disparaba contra el campamento de Admirault. Los cuerpos de Canrobert y de Leboeuf, que se hallaban á derecha é izquierda del punto atacado, prestaron su auxilio, lo cual hizo muy difícil la situación de la división 18 y particularmente la de su artillería, tanto que los franceses consiguieron apoderarse de dos cañones. La división rhiniana acudió en auxilio del ala izquierda; pero encontró también grandes dificultades para sostenerse, hasta que la guardia emprendió el ataque contra Saint-Privat y tomó á Sainte Marie. El ala izquierda de los franceses entró en fuego y la artillería alemana de los cuerpos 7.º y 8.º lo rompió con ciento ocho cañones. Una división rhiniana tomó el caserío de Saint-Hubert; pero fracasó un ataque general del cuerpo 7.º, y los ataques contra Moscou y Poin-du-jour no dieron resultado.

Bazaine reforzó el ala derecha con la guardia francesa, y toda la infantería atacó, pero no logró romper las líneas contrarias. En el centro, los alemanes no lograron avanzar; pero á eso de las siete de la noche quedó decidida la batalla en el ala izquierda cerca de Saint-Privat, contra cuyo punto ordenó un ataque el príncipe Augusto de Wurtemberg. Los alemanes pudieron acercarse hasta unos cien pasos de la aldea y establecerse allí, rompiendo el fuego la artillería, que incendió la población. Los sajones les reforzaron, y á los últimos reflejos del sol que se ponía, se dió el asalto simultáneamente desde el Norte, Oeste y Sudoeste. Entraron en la aldea la guardia y los sajones, mas con gran arrojo resistieron los franceses en cada casa y en cada muro y tapia; pero ya no había que salvar nada, y el cuerpo de Canrobert se retiró á la desbandada hacia

el valle de Mosela. El de Ladmirault, cuyo flanco derecho quedó descubierto, tuvo que evacuar á Amanvillers. Las tropas del ala izquierda francesa consiguieron sostenerse en sus posiciones al cerrar la noche, pero recibieron también orden de Bazaine de retirarse al amparo de los cañones de los fuertes de Metz. Los alemanes tuvieron más de veinte mil bajas; los franceses trece mil. Del ejército de Metz ha dicho el general Deligny: «No había dirección general, ni movimientos coordinados, ni objetivo.»

Bazaine insistió en su propósito de abrirse paso á través de las fuerzas alemanas en dirección Norte, y como en el cuartel general alemán se tenía la convicción de que para impedirlo ya no eran necesarias todas las tropas reunidas alrededor de Metz, se dispuso que el príncipe Federico Carlos se encargara del cerco de Metz con los tres cuerpos del primer ejército, á los que se agregaron algunos otros, mientras el príncipe heredero de Sajonia marchaba con sus fuerzas y las del tercer ejército contra Mac-Mahón y París. Inmediatamente fortificaron los alemanes la línea del cerco con el propósito de encerrar al ejército de Bazaine y obligarle á rendirse. Comprendió el mariscal que su situación era difícil, pues el 20 de agosto dijo en una comunicación á Mac-Mahón: «En el caso de que pueda yo emprender la marcha sin poner en peligro el ejército.» Su primer cuidado fué completar sus municiones, y tuvo la suerte de hallar en los almacenes del ferrocarril cuatro millones de cartuchos, cuya existencia todo el mundo ignoraba. El 26 hizo una tentativa para romper el cerco; pero cuando las tropas se habían puesto ya en movimiento, se descubrió que sólo uno de los puentes echados sobre el Mosela podía soportar carros. Reunió el mariscal á los comandantes de los cuerpos en consejo de guerra, que decidió permanecer cerca de Metz, con lo cual se obligaba á doscientos mil enemigos á continuar allí, dando tiempo á Francia para hacer nuevos armamentos, al paso que el ejército aseguraba la conservación de la fortaleza, que sin su auxilio no podría sostenerse dos semanas. El mariscal aprobó el consejo y las tropas regresaron á sus alojamientos. Los alemanes, por su parte, decidieron reforzar su posición con el cuerpo 13, que acababa de formarse con la división de infantería 17 y la de *landwehr* número 13, poniéndolo á las órdenes del gran duque de Meklemburgo.

Bazaine intentó un nuevo ataque á consecuencia de un despacho de Mac-Mahón, que enviado el 22 al mediodía, no fué recibido hasta el 30, y en el cual comunicaba su propósito de marchar al encuentro de Bazaine en dirección de Montmedy. Por consiguiente, Bazaine dispuso el 31 otra tentativa para romper el cerco. El paso del río comenzó á las seis de la mañana, pero se efectuó con tan extraordinaria lentitud, que concluyó cerca de las cinco de la tarde. A las cuatro empezaron los franceses el combate; tomaron la aldea y el cementerio de Servigny, pero los recuperaron los prusianos. A la mañana siguiente, 1.º de septiembre, los alemanes, que habían recibido refuerzos en la aldea de Noisville, tuvieron que abandonarla, pero entonces apuntaron contra ella baterías

por diferentes lados, y á las diez y media, después de haber apagado los fuegos de la artillería enemiga, emprendieron un nuevo ataque, que no pudieron ya resistir los franceses, retirándose Bazaine al abrigo de los cañones de los fuertes.

Se dijo que la resolución tomada el día 17 de agosto, en el consejo de guerra celebrado en el campamento de Chalóns, había sido desaprobada por la regente y el ministerio, asegurándose que pidieron á Mac-Mahón que acudiera en auxilio de Bazaine. Mac-Mahón prometió hacer todo lo posible para realizar este plan; pero ya al día siguiente hizo saber que, si bien estaba pronto á ponerse en marcha, creía más acertado permanecer cerca de Reims, pues no sabía por dónde Bazaine pensaba romper el cerco. En su consecuencia, evacuó el campamento de Chalóns, que fué saqueado y después incendiado por las mismas tropas francesas; y situándose al otro lado del canal del Marne-Aisne, aguardó nuevas noticias en su cuartel general de Courcelles. Allí llegó el 21 de agosto Rouher para insistir en la marcha sobre Metz, pero no pudo negar la fuerza de las observaciones hechas por Mac-Mahón, pues demostraron que un ejército como el de Chalóns quedaría completamente aniquilado en semejante empresa, y su destrucción completaría la ruina de Francia. Entonces pareció más acertado no perder el tiempo inútilmente á orillas del Aisne, y marchar en cambio inmediatamente á París, conforme se había decidido el día 17. Se redactó un manifiesto dirigido por el emperador á la nación y una proclama del mariscal dirigida al ejército, y Rouher volvió á París aquella misma noche con el encargo de publicar los dos documentos en el periódico oficial, tan pronto como recibiese la noticia de la marcha del ejército sobre París.

En París se continuaba creyendo que la opinión pública pedía imperiosamente la marcha en dirección del Este, y Palikao telegrafió el 22 al emperador: «La opinión del consejo es más firme que nunca; el no correr en auxilio de Bazaine, tendría en París las consecuencias más lamentables; en vista de este desastre se podría temer que la capital no se defendiera.» A la opinión de Palikao se unió el despacho del 19 de Bazaine, que decía: «Continúo todavía con el propósito de tomar la dirección del Norte y salir, pasando por Montmedy, á la carretera de Saint-Menehould y Chalóns, si no la encuentro muy ocupada; en caso contrario, continuaré mi marcha pasando por Sedán y aun por Mezieres para llegar á Chalóns.» Enterado Mac Mahón de la dirección por donde Bazaine pensaba romper el cerco, tomó sus disposiciones para socorrerle y le avisó que marcharía á su encuentro en dirección á Montmedy. El emperador se conformó con sentimiento. «Jefe del Estado y responsable ante la nación francesa, dice de sí mismo en uno de sus escritos, se halló privado por la fuerza de las circunstancias de los derechos que había recibido de la nación, y condenado á la impotencia, mientras veía al ejército dirigirse hacia el abismo.»

Para que tuviera buen éxito la empresa, era menester obrar con rapidez. No podía utilizarse el ferrocarril porque no había suficientes coches, y á marchas forzadas se necesitaban nueve días para llegar á Metz, á lo que hay que añadir

que los cuerpos de Ducrot y Faily estaban fatigados y en parte bajo la impresión de las derrotas de Worth, y que el cuerpo de Douay carecía de cohesión á causa de la precipitación con que se había formado. Lebrun disponía de dos divisiones buenas, formadas por regimientos viejos é infantería de marina; pero en cambio la tercera división era pésima y carecía de educación militar. Finalmente, el armamento era en todos los cuerpos muy defectuoso.

El 23 salió el ejército de Reims y se dirigió al Este, á Bethinville, á orillas del Suippe; mas la necesidad de aprovisionar á los cuerpos 5.º y 12.º obligó al mariscal á hacerlos pasar á Rethel, donde se alojó también el cuartel general, mientras los otros dos cuerpos se dirigieron á Attigny y Vouziers, quedando situado así todo el ejército á lo largo del Aisne. El día 25 transcurrió en el reparto de provisiones, el 26 quedó Douay cerca de Vouziers, haciendo los demás cuerpos un movimiento hacia la izquierda, de suerte que el ejército se halló situado de Sur á Norte, con su ala derecha (el cuerpo 12.º y el cuartel general) en Tourterón. Hasta entonces nada se había sabido del enemigo. El ejército del Mosa, cuya ala derecha formaba el cuerpo sajón, había llegado con este cuerpo el día 24 á Verdún, y presentaba con el tercer ejército una línea prolongada de frente, cuya ala izquierda, formada por el cuerpo 11.º, se halló aquel día cerca de Saint Dizier, á orillas del Marne. La situación era, pues, favorable para Mac-Mahón, que podía pasar con su ejército por delante del ala derecha de los alemanes. Mas aquel mismo día, 24 de agosto, llegó la cuarta división de caballería (príncipe Alberto) al campamento de Chalóns, y vió que los franceses lo habían evacuado. Para saber la dirección que habían tomado, continuaron los dos ejércitos su avance en dirección Oeste el día 25, llegando el ala derecha hasta Varennes y la izquierda hasta Vitry; mas por la noche del mismo día se supo por los periódicos de París, en virtud de telegramas de Londres, que Mac-Mahón estaba con ciento cincuenta mil hombres cerca de Reims y marchaba sobre Metz. Y he aquí cómo el afán de publicidad, convierte á la prensa en auxiliar del enemigo. En vista de tales noticias se dispuso que todo el ejército se concentrara más hacia á la derecha y observara bien en esta situación á los franceses. El resultado fué que la caballería alemana se convenció de la presencia del enemigo cerca de Vouziers y de Grandpré, en virtud de lo cual se ordenó un gran movimiento á la derecha, girando como centro sobre el cuerpo sajón, situado alrededor de Varennes. En el cuartel general francés se supo el 26 la presencia de grandes masas enemigas en la dirección de Grandpré; y Mac Mahón, esperando un ataque contra su derecha, cerca de Vouziers, llamó á los demás cuerpos hacia este punto y trasladó su cuartel general á Le-Cesne-Populeux. Con esto se perdió otro día, mientras los sajones se corrieron hacia la derecha y ocuparon los pasos del Mosa y de Dun, cerca de Stenay. Al saberlo Mac-Mahón, cuya caballería tuvo ya un choque cerca de Buzancy con la caballería sajona, consideró que era ya demasiado tarde para efectuar su marcha sobre Metz y decidió emprender la retirada sobre Me-

ziers, para salvar el único ejército que entonces le quedaba á Francia. Contra la opinión y las advertencias de su jefe de Estado mayor, anunció este plan á París y recibió inmediatamente la orden de renunciar á él, diciéndole Palikao en su telegrama: «Si usted abandona á Bazaine, tenemos la revolución en París y usted mismo se verá atacado por todas las tropas del enemigo.» Además le dijo que estaba en un error creyendo al príncipe heredero de Prusia en Chalóns, donde se encontraba por de pronto sólo el hermano del rey con gran fuerza de caballería; que el príncipe heredero iba en dirección del Norte, pero, en cambio, Mac-Mahon tenía treinta y seis horas y quizás cuarenta y ocho de ventaja y sólo una parte del ejército sitiador de Metz enfrente. Todos estos datos eran en globo perfectamente exactos: sólo faltaba saber si Mac-Mahón, que se hallaba ya delante del enemigo, podría continuar el avance enfrente del grueso de las fuerzas alemanas. Mac Mahón no se atrevió á desobedecer las órdenes de París y se decidió á continuar su marcha sobre Montmedy. Antes de emprender la marcha le envió el emperador á uno de sus ayudantes, el príncipe del Moscova, para observarle que el movimiento sobre Montmedy era peligrosísimo y que sería mejor seguir el plan del día antes y marchar sobre Mezieres, á lo cual contestó el mariscal que había reflexionado maduramente el pro y el contra y que continuaba en su primera resolución. El mismo Mac-Mahón envió al mariscal Bazaine tres agentes de confianza para avisarle de que iba en su auxilio, cediendo así á las instancias del ministro, que le dijo además en otro despacho: «En nombre del Consejo de ministros y del consejo secreto le encargo que lleve auxilio al general Bazaine aprovechando las treinta horas de ventaja que le quedan á usted sobre el príncipe real de Prusia. Hago pasar á Reims el cuerpo de ejército de Vinoy.» El 28 trasladó el cuartel general á Stonne y se propuso pasar el Mosa, más abajo de Stenay. Comenzado el movimiento, los franceses fueron tiroteados por los alemanes, y Faily sorprendido por la vanguardia del cuerpo 4.º El general francés se preparó en el acto y hasta tomó la ofensiva, pero fué rechazado. Los alemanes, reforzados, se lanzaron sobre el campamento francés y lo tomaron, apoderándose también de la pequeña ciudad de Beaumont. El combate estuvo algún tiempo indeciso, pero en general continuaron los alemanes avanzando y los franceses retrocediendo sobre Mouzón, hasta que al fin tuvieron que evacuar también el arrabal de esta población. El cuerpo de Douay se retiró, parte hacia Remilly y parte sobre Sedán, y todo el ejército volvió á ser empujado un buen trecho en dirección Norte. El emperador, que hacia las cuatro había estado en compañía del mariscal en las alturas para observar la batalla, se dirigió á Carignan, destinado á cuartel general; pero apenas hubo llegado allí, Ducrot le dijo que la batalla tomaba mal aspecto, y Mac-Mahón le aconsejó dirigirse por el ferrocarril á Sedán, adonde debía retirarse el ejército. Llegado que hubo á las once de la noche á Sedán, le aconsejaron que siguiera hasta Mezieres, donde se hallaba el cuerpo 13 (Vinoy), que se estaba formando, y organizase con su auxilio en una de las fortalezas del Norte,

un nuevo centro de defensa; pero temiendo se le acusara de no haber pensado más que en su salvación personal, se encaminó á pie, acompañado únicamente de su ayudante, en el silencio de la noche, desde la estación á la ciudad, destinada á ser la tumba de su Imperio.

Mac-Mahón concentró todo el ejército en Sedán, según había escrito al emperador. Los alemanes destruyeron aquella misma noche el ferrocarril de Montmedy para inutilizarlo, pues en el gran cuartel general prusiano se esperaba que se podría obligar á rendirse á todo el ejército de Mac-Mahón, y en la misma noche se dieron las órdenes necesarias, encargando al ejército del Mosa que le cercase por la parte del Este, y al tercer ejército que le acorralase por el Oeste y Norte. Por si los franceses pasaran la frontera de Bélgica y no fueran desarmados allí *in continenti*, las tropas alemanas recibieron orden de seguirles al territorio belga. Por lo demás, aún quedaba la posibilidad de que Mac-Mahón, avanzando rápidamente por la orilla derecha del Mosa, pudiera salvarse, llegando el 31 de agosto á Mezieres.

El mariscal mandó tomar posiciones alrededor de Sedán, vieja fortaleza que no podía darle ninguna protección. Más abajo de la ciudad desembocaban en el Mosa los arroyos de Floing y de Illy, de la parte del Este, y más arriba el arroyo de Givonne, que pasa al Sur de las fuentes de Floing. El monte Calvario de Illy y la altura de Givonne forman los puntos dominantes en aquello que asemeja isla. En la línea del Norte estaba Douay; en la del Este, Ducrot, y á la derecha de éste, cerca de las aldeas de Moncelle y de Bazeille, Lebrún. Faily, cuyas tropas estaban en Sedán, en el interior del espacio aislado, no tuvo ya el mando al día siguiente, porque había llegado el general Wimpffen, destinado á sucederle, y con orden del ministro de la Guerra de tomar el mando en jefe en caso de que Mac-Mahón se inutilizara.

Pasaron el río los cuerpos 11 y 5, alemanes, quienes tenían ocupadas las faldas de las alturas por masas imponentes de artillería; y en un punto muy favorable para la observación, cerca de Frenois, se situaron el rey, Moltke, Bismarck y Roon, y á su inmediación el príncipe heredero, con su Estado mayor. Cerca de Remilly, enfrente de Bazeilles, pasaron el río el cuerpo 1.º bávaro y después el 2.º; más hacia la derecha estaban los sajones y la guardia, que habían pasado el río cerca de Mouzón é igualmente el arroyo de Chiers, afluente del Mosa, que desemboca en este río cerca de Remilly. Estas tropas, que habían pasado el río el 31, tuvieron que efectuar un gran movimiento hacia la izquierda para hallarse enfrente del enemigo, á quien los bávaros tenían ya delante.

Estos últimos avanzaron envueltos en espesa niebla, en la madrugada, hacia Bazeilles, aldea defendida con valor por los soldados de marina del cuerpo 12. Los mismos habitantes tomaron parte en la defensa de las casas, y los soldados bávaros no les dieron cuartel. La aldea fué tomada y perdida repetidas veces, quedando reducida á cenizas. Los sajones atacaron La-Moncelle, que ocuparon, tras reñida lucha, á las siete. Después hicieron frente á los franceses, que vol-

vían á avanzar desde Daigny; y aunque el fuego de éstos se debilitó algún tanto, volvió á recrudecer hasta ser violento hacia las nueve, cuando atacaron á Bazeilles y La-Moncelle. La causa de haberse renovado con brío la lucha fué el cambio de mando á consecuencia de haber sido herido Mac-Mahón, quien nombró en su lugar á Ducrot. Eran las seis y media cuando el comandante Riff, en nombre del mariscal, entregó el mando en jefe á dicho general, quien al recibir inmediatamente al general Faure, jefe del Estado mayor del ejército, con todo el Estado mayor, le dijo: «No hay ni un momento que perder. Tenemos que volver á seguir nuestro plan de ayer. El enemigo nos ocupa en el centro mientras procura envolver nuestras dos alas; esta es su maniobra eterna, pero esta vez no seremos tan necios que nos dejemos coger así.» Los oficiales no participaron de su opinión, diciendo que, muy al contrario, todo marchaba muy bien; que apenas era de día y había tiempo para aguardar. «¿Aguardar qué?» preguntó el general; ¿aguardar hasta que estemos completamente cercados? No hay que perder ni un solo instante. Ejecuten ustedes mis órdenes y basta de objeciones.» Ducrot creía todavía posible la retirada á Mezieres por Illy, y mandó se dirigiesen allí parte de los cuerpos 1.º y 12, mientras otras fuerzas debían facilitar la retirada por medio de una enérgica embestida.

Ducrot espoleó su caballo para ver si el general Lebrún había empezado á operar con el 12.º cuerpo en el sentido que se le había ordenado, y dijo á Lebrún, que acababa de ser ligeramente herido: «¿Ha recibido usted mis órdenes y ha empezado la marcha?» á lo cual contestó Lebrún: «Debo observarle que la ventaja está de nuestra parte; los bávaros ceden, nuestros soldados no son flojos y sería lástima no sacar ventajas de esta situación. Yo temo que un movimiento de retirada desanime á nuestros soldados y que el tal movimiento se transforme en disolución.» A esto contestó Ducrot: «Amigo mío, aquí no hay tiempo de reflexionar; mientras el enemigo nos ocupa por el lado de usted, realiza la maniobra de cercarnos. Lo que sucede del lado de usted no es serio; la verdadera batalla se verá muy pronto detrás de nosotros por el lado de Illy. Veá usted — y diciendo esto señaló á Lebrún la cordillera desde el Monte Calvario, cerca de Illy, hasta Floing; — allí en la extensa meseta, allí es donde hemos de reunir nuestro ejército, y hecho esto y teniendo nuestra izquierda apoyada ólidamente sobre Illy por la artillería de Sedán, nos hallaremos en buena posición. Si me equivoco y no se cumple mi previsión, si el enemigo no viene detrás de nosotros y se contenta con atacarnos de frente, entonces volveremos al ataque del centro y le arrojaremos al valle del Givonne. Le repito á usted que no es tiempo de vacilar.» Lebrún no hizo ninguna objeción á esto y prometió ordenar en seguida la retirada.

El 12.º cuerpo emprendió por brigadas la marcha. El emperador, que recorría á caballo las inmediaciones de Balan, observó con sorpresa este movimiento y mandó recado á Ducrot para que le explicara la maniobra. Ducrot contestó al oficial de órdenes del emperador: «Diga usted á S. M. que lo que pasa á

nuestra derecha no tiene importancia, pues allí nos ocupa el enemigo para procurar envolver nuestra ala, y que detrás de nosotros, hacia Illy, se librará pronto la verdadera batalla. Diga usted que en este concepto tomo mis disposiciones; yo efectúo ordenadamente mi retirada para tomar posiciones nuevas, y la efectúo con la mayor rapidez, sin detenerla por nada.»

El emperador nada contestó, porque había renunciado positivamente á todos los derechos de general en jefe.

Al enterarse Wimpffen, creyó deber suyo encargarse del mando para impedir la ejecución del plan de Ducrot, que desaprobaba; y á eso de las ocho y media le comunicó su resolución, enviando al mismo tiempo al general Lebrún una de sus divisiones para reforzarle y encargarle que volviese á ocupar las posiciones que hubiera perdido.

A toda prisa fué el general Ducrot á ver á Wimpffen para decirle que no le disputaba el mando en jefe, por ser más antiguo que él en el servicio, si bien él (Ducrot) había sido nombrado jefe por el mariscal Mac-Mahón, en cuyo mando le había confirmado el emperador; pero que aquel no era el momento de provocar conflictos y se hallaba pronto á apoyarle con todas sus fuerzas. Sin embargo, debía observar que hacía dos días se hallaba enfrente de los prusianos y conocía mejor que Wimpffen su táctica; que había estudiado la posición y la topografía, y creía evidente que el enemigo intentaba cercar al ejército francés; que había visto con sus propios ojos lo que confirmaba el aviso del alcalde de Villers-Cernay, y le conjuraba en nombre de la salvación del ejército que no pusiese obstáculos á su retirada, porque dentro de dos horas sería ya tarde.

«¿Por qué retirarse si Lebrún tiene ventaja?, preguntó Wimpffen, y continuó: — Unamos todas nuestras fuerzas para aplastar á los que Lebrún tiene delante. — Pero, preguntó Ducrot, ¿adónde se figura usted que se dirige la infantería, que hoy desde la mañana pasa por Francheval y Villers-Cernay, sino á Illy?»

«¿Illy?, preguntó Wimpffen, ¿qué es Illy? — A esto contestó Ducrot: — ¡Ah! ¿Usted no sabe lo qué es Illy? Pues bien, mire usted aquí — y diciendo esto extendió el mapa delante de él, estando á caballo, y añadió: — ¿Ve usted el arco que describe el Mosa hacia el Norte y que deja entre el río y la frontera belga sólo un espacio estrecho, que ofrece el único paso? Esto es Illy. Si el enemigo se apodera de este paso, estamos perdidos.»

Wimpffen echó una mirada fugaz al mapa y dijo: «Sí, sí, todo está muy bien; pero por de pronto Lebrún tiene ventaja y hay que aprovecharla. Lo que necesitamos es una victoria y no una retirada.»

Ducrot contestó á esto: «¡Ah! ¿Usted necesita una victoria? Muy dichosos seremos si hoy por la noche nos queda todavía una retirada.»

Con el corazón oprimido y desesperado partió Ducrot al galope, y mandó otra vez bajar de la altura á que acababan de subir, las dos divisiones de Pellé y Lhériller.

Dispuesto esto, fué á todo escape al bosque de Garenne, viendo allí que no ofrecía seguridad el camino hacia el Norte. El mismo emperador empezó á mirar con creciente inquietud el giro que Wimpffen daba á la situación militar, y cuando pasó por el barranco Fond-de-Givonne se le acercó un oficial de cazadores y le dijo: «Señor, soy natural de esta comarca y la conozco toda á fondo. Si se deja al enemigo rodearnos por el lado de Illy, estamos perdidos.» Impresionado por esto el emperador, se dirigió á Wimpffen, al cual comunicó lo que acababa de oír; pero el general le contestó: «No tema V. M. Dentro de dos horas los habré arrojado al Mosa.» Un oficial del séquito, al oír esta contestación murmuró: «¡Quiera Dios que no nos echen á nosotros!»

Todo el mundo vió el peligro, menos el general en jefe. Wimpffen se proponía atravesar las fuerzas enemigas en dirección de Carignan para marchar desde allí sobre Metz. A este fin pensó arrojar primero al otro lado del Mosa, con sus cuerpos 12 y 1.º (Lebrún y Ducrot), á los bávaros; después caer con los cuatro cuerpos sobre los sajones y la guardia, y cuando hubiese quedado de esta manera dueño del campo de batalla, aprovechar la obscuridad y dirigirse á Carignan; mas desde el principio fracasó este plan, á pesar del éxito pasajero obtenido al atacar en la dirección de La-Moncelle, pues el 4.º cuerpo alemán volvió á entrar en fuego cerca de Bazeilles; la guardia tomó por asalto Givonne, y poco después se decidió la batalla en Bazeilles, tomando las alturas situadas al Norte y apoderándose de la parte de la población que defendían todavía los franceses. Éstos se retiraron en dirección de Sedán á la aldea de Balan, contra la cual pudieron utilizar los alemanes la división 3.ª bávara, que sufriendo grandes pérdidas, tomó la aldea y el parque del castillo, sin avanzar más porque se hallaba ya al alcance de la artillería de la fortaleza.

Entretanto los cuerpos 10 y 5 se habían puesto en contacto con los franceses cerca de Saint-Menges y de Fleigneux. Entonces se apostó mucha artillería para hacer fuego á las alturas situadas al otro lado del arroyo de Illy, y fué inútil un formidable ataque de caballería dado por el general Gallifet para apoderarse por medio de un audaz golpe de mano de las mortíferas baterías alemanas. Se sostuvieron en sus posiciones y avanzaron más contra Illy, donde se pusieron en contacto con la guardia, con lo cual quedó cerrado el círculo formado alrededor de los franceses. En tanto Ducrot se había dirigido al galope al Monte Calvario, donde le detuvo una corriente de hombres y caballos, infantería, caballería y artillería, que en confuso tropel se precipitaba en dirección contraria á la suya. Vanos fueron sus esfuerzos para detener aquella corriente impetuosa; nadie le escuchaba y todos huían. En el mismo instante regresó al galope del bosque de Givonne un regimiento de coraceros. Ducrot corrió á su encuentro y suplicó á su jefe que se detuviera y sostuviera sólo algunos instantes la posición, mientras le llevaba al momento refuerzo. Dicho esto, se dirigió á toda prisa en busca de Wimpffen, á quien halló al Sur del bosque, y le dijo desalentado: «Mi predicción se ha cumplido más pronto de lo que creía. El

enemigo ataca ya el Monte Calvario de Illy. Douay está muy quebrantado. Los momentos son preciosos. Apresúrese usted á enviar refuerzos si quiere sostener esta posición.

»Pues bien, dijo Wimpffen, cúidese usted de esto, reúna usted las tropas que pueda de todas las armas y sosténgase usted allí, mientras yo cuido del 12.º cuerpo.» Wimpffen insistió en su idea de intentar con la mayor parte posible de su ejército abrirse paso hacia Carignan á cualquier costa, ya que de ningún modo podía sostenerse hasta la noche. A la una y cuarto comunicó su intención al emperador y le propuso que se le uniera. Napoleón había vuelto á la fortaleza, y por la mañana había ido con su Estado mayor á Balan, encontrando al mariscal Mac-Mahón al ser conducido herido á la ciudad. En sus obras póstumas hace el emperador una triste pintura del estado de su ánimo. No teniendo ya el mando en jefe, no le sostenían ni el sentimiento de la responsabilidad ni tampoco la excitación que se apodera del hombre subordinado á otro que sabe que, sacrificándose, puede dar á los suyos la victoria. Testigo impotente de una lucha desesperada y convencido de que en aquel día supremo y decisivo no tenía ya ni su vida ni su muerte ninguna importancia para el interés común de la nación, se dirigió al campo de batalla con aquella resignación fría que desprecia todo peligro sin debilidad y sin entusiasmo. Cerca de Balan le dió parte de la situación el general Vassoigne; y como fué al momento blanco del fuego enemigo, como lo era todo grupo de oficiales, dejó el emperador la mayor parte de sus ayudantes cerca de un batallón de cazadores bajo la protección de un muro, y se marchó acompañado sólo de cuatro personas á una eminencia despejada, desde la cual se veía la mayor parte del campo de batalla. Uno de sus ayudantes, que envió con una misión al general Ducrot, no regresó porque probablemente le mató una bala enemiga. Aquel terreno estaba atravesado en todas direcciones por los proyectiles alemanes, y probablemente el emperador, que sufría además grandes dolores, deseaba morir en el campo de batalla. Desde allí se dirigió á La Moncelle y Givonne y encontró á Wimpffen, que le dijo que las cosas marchaban bien y que se ganaba terreno. Entonces quiso pasar por el barranco del Givonne á visitar las tropas colocadas al Norte, pero tuvo que dar un rodeo que le condujo á un laberinto de setos vivos, de hondonadas y tapias, en el cual se empujaban buscando paso tropas, ambulancias y artillería, mezcladas con fugitivos, todos movidos por el afán de llegar cuanto antes á la fortaleza por la única puerta de la ciudad que había quedado abierta. Durante cinco horas había sido el emperador testigo del combate, y como no era posible llegar á Illy, regresó á la ciudad para verse con el mariscal Mac Mahón. Tres oficiales de su Estado mayor estaban heridos y eran llevados por soldados; en el camino reventaron varias bombas sin causarle daño, y como las calles se hallaban ocupadas por una multitud compacta, fué forzoso que se quedara en la ciudad. A las tres de la tarde le fué entregada la comunicación en que Wimpffen le invitaba á salir con él de

Sedán, porque no había podido atravesar antes la multitud el ordenanza portador de ella. Napoleón titubeó un momento; pero le pareció que, aun prescindiendo de la dificultad de atravesar la multitud, era impropio sacrificar la vida de tantos soldados para salvarse personalmente y marchar con el general en jefe, abandonando el resto del ejército, por falta de dirección, á una perdición segura. En su consecuencia rechazó el ofrecimiento de Wimpffen.

Éste no pudo realizar su plan, pues había tenido que evacuar el monte Calvario de Illy, y ocupar el bosque de Garenne (al Oeste de Givonne y Daigny) para detener á los alemanes, que avanzaban impetuosamente. Mas al Oeste había tratado otra vez el general Margueritte de emprender una heroica ofensiva con siete regimientos de caballería, quedando gravemente herido, ofensiva que renovó Gallifet; pero estas tentativas costaron la vida á la mitad de la gente sin que se obtuviera la más pequeña ventaja. Las órdenes que Wimpffen envió para forzar el cerco enemigo, ó no llegaron á su destino, ó encontraron á la tropa demasiado extenuada para ejecutarlas. No obstante, hacia las dos atacó á Balan y el valle de Givonne, mas ni siquiera se consiguió un éxito pasajero. En cambio los sajones y la guardia, mientras los bávaros rechazaban á los franceses, atacaron por todos lados el bosque de Garenne, único punto que continuaba en poder del enemigo fuera del radio de la artillería de la fortaleza. A pesar de la resistencia heroica que también allí opusieron los franceses, fué inútil su valor. La gran masa de las fuerzas francesas había sido rechazada hasta ponerse al amparo de los cañones de Sedan. Entonces cesó la lucha cerca de Balan, que Wimpffen había vuelto á emprender con desesperada energía hacia las cuatro, para abrirse paso en aquella dirección, siquiera con algunos miles de hombres, y cuando se convenció de la inutilidad de esta última tentativa, conformóse con las repetidas órdenes del emperador de entrar con el enemigo en negociaciones.

A las seis terminó la desastrosa batalla de Sedán, habiendo sido el mismo emperador quien izó la bandera blanca.

Merece ser conocido lo dicho por Napoleón respecto de las circunstancias que le obligaron á tomar tal resolución. Desde las cuatro habían empezado las baterías alemanas en la orilla derecha del Mosa á hacer fuego contra la ciudad y la fortaleza. «Centenares de cañones arrojaban sus proyectiles sobre la ciudad; muchas casas se incendiaron, se hundieron tejados; la muerte hacía muchas víctimas tanto en las calles atestadas de gente como en los cuarteles que estaban transformados en hospitales, y en los patios y corrales, en los cuales se habían refugiado soldados de todos los cuerpos. Entretanto, uno tras otro, los tres jefes de cuerpo, Lebrún, Douay y Ducrot, acudieron al emperador manifestándole que toda resistencia se había hecho imposible; que los soldados después de doce horas de combate, sin haber tomado descanso ni alimento, estaban desalentados; que los que no habían podido entrar en la ciudad, se hallaban aglomerados en los fosos y al pie de las murallas, y que era indispensable to-

mar una resolución. Hasta aquel momento el emperador se había impuesto el deber, desde su salida de Chalóns, de no intervenir de ninguna manera en las disposiciones y resoluciones del general en jefe, á quien había cedido el mando; pero en aquel instante decisivo, cuando ochenta mil hombres parecían destinados por una fatalidad inaudita á morir sin lucha, se acordó de que era emperador y responsable de tantas vidas, y de que no podía dejar degollar á su vista á hombres que podían todavía servir posteriormente á la patria. Envió, pues, á uno de sus ayudantes á la ciudad para enterarse de la situación. Costó al ayudante mucho trabajo llegar, pues las calles y hasta la misma ciudadela se hallaban atestadas de soldados que se habían refugiado allí. A su regreso confirmó lo dicho por los generales. En su consecuencia, envió el emperador al general Lebrún para decir á Wimpffen que pidiera una suspensión de hostilidades á fin de recoger á los heridos y reflexionar sobre lo que convenía hacer. Viendo que Lebrún no volvía y que el número de las víctimas se iba aumentando incesantemente, se decidió el emperador bajo su responsabilidad á mandar izar la bandera de parlamento, comprendiendo todo el peso de su acto y previendo las acusaciones que se lanzarían contra él. La situación se presentaba á su vista con toda su gravedad, y un recuerdo de un pasado glorioso aumentó la amargura y el contraste entre aquel pasado y el presente. ¿Cómo consentir que el ejército de Sebastopol y de Solferino depusiera las armas? ¿Cómo hacer comprender que cuanto más numerosas eran las tropas condensadas en un espacio estrecho, tanto mayor había de ser la confusión y menor la posibilidad de restablecer el orden indispensable para la lucha? El crédito que el ejército francés gozaba con razón, iba á desaparecer de un solo golpe; y el emperador, que no había tomado parte alguna en las resoluciones adoptadas, iba á quedar á los ojos del mundo como único responsable de la desgracia sin ejemplo y de todos los desastres de la guerra. Para que no faltara nada que hiciese más grave la situación en aquella hora fatal, el general Wimpffen envió su dimisión al emperador, de suerte que el ejército disuelto estaba amenazado de encontrarse sin jefe ni dirección, justamente cuando se necesitaba la mayor energía para establecer un poco de orden, á fin de tratar con el enemigo con mayor esperanza de sacar algún resultado. La dimisión no fué aceptada y el general comprendió que su deber le obligaba, después de haber mandado durante la batalla, á no abandonar su puesto en circunstancias tan críticas. Mientras se estaba izando bandera de parlamento, un oficial prusiano pidió ser conducido al cuartel general, y se supo por él que su soberano se hallaba delante de las puertas de la ciudad é ignoraba que Napoleón se encontrara en Sedán. En esta situación creyó el emperador que lo mejor que podía hacer era escribir directamente al rey. Los periódicos habían dicho tantas veces que el rey de Prusia no hacía la guerra á Francia, sino al emperador, que éste se hallaba convencido de que, desapareciendo de la escena y entregándose en manos del vencedor, obtendría condiciones menos duras para el ejército, dando ma-

yores facilidades á la regente para hacer en París la paz. En su consecuencia, envió á uno de sus ayudantes al rey de Prusia con una carta en la cual decía: «Señor y hermano: No habiendo podido morir en medio de mis tropas, sólo me resta entregar mi espada en manos de V. M. Soy de V. M. su buen hermano. *Napoleón*. Sedán 1.º de septiembre de 1870.»

No hallándose autorizado el general Reille, portador de la carta, para entrar en negociaciones, el rey Guillermo le entregó esta contestación: «Mi señor hermano: sintiendo las circunstancias, acepto la espada de V. M. y le suplico autorice á un oficial, provisto de poderes, para tratar sobre la capitulación del ejército que tan valerosamente ha peleado bajo las órdenes de V. M. Por mi parte he destinado al general Moltke para tratar este asunto. El buen hermano de V. M. *Guillermo*. Delante de Sedán, 1.º de septiembre de 1870.» Fué elegido para sitio de las negociaciones Donchery, adonde se trasladaron, por parte de los alemanes, Moltke y Bismarck, y de los franceses, Wimpffen y Castelnau. Wimpffen se esforzó en obtener concesiones para sus tropas; pero Moltke le hizo ver que los 80.000 franceses estaban cercados por un número triple de alemanes, y que la artillería alemana podía reducir á escombros la fortaleza en menos de dos horas; que sólo había víveres para un día y casi ninguna munición de guerra, por manera que prolongar la resistencia, sería dar lugar sólo á una carnicería inútil, cuya responsabilidad correspondería á quien no la hubiera impedido. Bismarck añadió que la situación insegura de París hacía imposible dejar marchar á la tropa bajo su simple promesa de no volver á hacer la guerra contra Alemania, porque como había sucedido otras veces, un nuevo gobierno desligaría pronto á la tropa de esta promesa. Wimpffen no pudo resolverse á aceptar las condiciones prusianas. Entonces tomó el general Castelnau la palabra y dijo con voz entrecortada: «Creo que ha llegado el momento de cumplir el encargo del emperador.» «Estamos escuchando á usted, mi general,» contestó el conde de Bismarck. «El emperador, continuó entonces Castelnau, me ha encargado observar á S. M. el rey de Prusia, que le ha enviado su espada sin condiciones y se ha entregado á su merced personalmente, pero sólo con la esperanza de que al rey le conmoviera esta entrega incondicional; que apreciara este sacrificio en su verdadero valor, y que en su vista concedería al ejército francés una capitulación más honrosa, como la ha merecido por su valor.»

Cuando hubo acabado, le preguntó Bismarck: «¿Es eso todo lo que tiene usted que decir?» A lo cual contestó el general francés afirmativamente, y Bismarck continuó preguntando: «¿De quién es, pues, la espada que el emperador Napoleón III ha entregado? ¿Es la espada de Francia ó la espada particular de Napoleón? Si es la espada de Francia, pudieran suavizarse notablemente las condiciones, y el mensaje de usted adquiriría una importancia especial y extraordinaria.»

«Es únicamente la espada del emperador,» contestó el general francés.

«En ese caso, repuso el general Moltke, no se cambia nada de las condicio-

nes respecto de Francia; pero al emperador se le concederá para su persona cuanto pueda pedir.» «Volvemos, pues, á la lucha,» exclamó Wimpffen. Moltke contestó: «Mañana á las cuatro termina el armisticio. A las cuatro en punto romperé el fuego.» Se levantaron los franceses, pero Bismarck volvió á tomar la palabra, y tras animada discusión, Moltke concedió de plazo hasta las nueve de la mañana. De regreso á Sedán corrió Wimpffen á ver al emperador, que ya se había acostado, y le dijo: «Señor, nos imponen para el ejército las condiciones más duras. En vano he procurado alcanzar otras más favorables. Cuento sólo ahora con su intervención personal para salir lo mejor que podamos de nuestra situación terrible.» Napoleón, enterado de todo, prometió pasar á las cinco de la mañana al cuartel general alemán y alcanzar del rey personalmente condiciones menos duras. Hecho esto, Wimpffen reunió á treinta y dos generales en un consejo de guerra, que declaró por unanimidad, menos dos votos, que era imposible continuar la lucha, y que la capitulación, aunque dura, era una necesidad absoluta.

Napoleón se dirigió muy temprano en un coche de alquiler de dos caballos, acompañado del príncipe de la Moskowa y de algunos otros generales, á las avanzadas prusianas, precedido del general Reille para avisar al conde de Bismarck su llegada. Bismarck salió á recibir al emperador, á quien encontró cerca de Fresnois; y siendo imposible satisfacer su deseo de ver inmediatamente al rey, que se hallaba á tres leguas de allí, en Vendresse, puso Bismarck á su disposición su alojamiento en Donchery. Antes de entrar en la población deseó el emperador bajar del coche y descansar en una casita de obrero, aislada, donde en un cuartito, en el que no había más que una mesa y unas cuantas sillas de junco, celebró una entrevista de una hora con Bismarck, procurando obtener condiciones más favorables para el ejército. Bismarck eludió todo compromiso, declarando que respecto de asuntos militares sólo Moltke era competente. Entonces dió otro giro á la conversación y preguntó si había posibilidad de entrar en negociaciones de paz; pero Napoleón le hizo observar que sólo la regente, rodeada de los ministros y de las Cámaras, podía tratar con completa independencia. Bismarck dijo que, según lo que conocía el carácter francés, jamás perdonaría á los alemanes sus triunfos y la paz sólo sería una tregua; á lo cual contestó Napoleón que esto dependía de las condiciones alemanas, y que si llevaban el sello de aquella generosidad de que había dado pruebas el emperador Alejandro en 1815, la paz podría ser duradera. La conversación había tomado un giro desagradable, y necesitado sin duda Napoleón de aire libre, propuso seguir la conversación fuera de la casa, y así lo hicieron, sentándose los dos delante de la puerta, uno al lado del otro. A las ocho llegó Moltke, á quien suplicó el emperador que aplazara las discusiones militares hasta que él hubiera hablado con el rey personalmente, pues esperaba alcanzar algunas concesiones á favor del ejército. Moltke no prometió nada, pero ofreció ir al cuartel general y enterar al rey del deseo de Napoleón.

Un testigo presencial, Mauricio Busch, dice que vió salir detrás de la casita á un hombre de pequeña estatura, con un kepis encarnado y adornado de un galón de oro; llevaba también pantalones encarnados y un sobretodo negro con capucha y forrado de encarnado. Aquel hombre se puso á conversar con los oficiales franceses que estaban sentados al lado de la carretera, en el sendero que lindaba con un campo de patatas. Llevaba guantes blancos y fumaba un cigarro: era el emperador. «Pude ver muy bien su cara, añade. La mirada de sus ojos grises tenía algo de lánguida y de soñolienta; el kepis estaba un poco inclinado hacia la derecha, como lo estaba también la cabeza. Las piernas, cortas, no guardaban proporción con el largo del cuerpo. Toda la figura carecía de aspecto militar, porque tenía algo demasiado blando, por no decir fofo, para el uniforme que llevaba. Al verle se le podría creer capaz de mostrarse sentimental en ciertas ocasiones. Todas estas observaciones se imponían á uno cuanto más miraba á aquel hombre bajo, sobre todo si se le comparaba con la figura elevada y tiesa de nuestro canciller. El aspecto de Napoleón era el de una persona fatigada, pero no parecía por esto muy abatido ni de tanta edad como yo me había figurado; se le habría podido tomar por un hombre bien conservado que había pasado de los cincuenta años. Al cabo de un rato se dirigió al jefe, con el cual habló durante unos tres minutos, después de lo cual volvió á pasearse de arriba abajo junto al campo de patatas, sólo, fumando, las manos cruzadas detrás. Después hubo otra corta conversación entre el canciller y el emperador, entablada por el primero, al cabo de la cual volvió á hablar Napoleón con sus acompañantes franceses. Hacia las ocho y cuarenta y cinco minutos se alejaron Bismarck y su primo en la dirección de Donchery.»

Mientras estuvo ausente Moltke, se trasladó Napoleón, á invitación de Bismarck y acompañado por él, á la quinta de Bellevue, cerca de Fresnois, adonde llegó poco después también el general Wimpffen, al cual se había tenido que recordar por medio de un parlamento la conclusión del plazo. Interin se esperaba á Moltke, se encargó el general Podbielsky de continuar con Wimpffen las negociaciones de capitulación; mas la noticia enviada por Moltke, por medio de un oficial, de que el rey sólo quería ver al emperador después de haberse firmado la capitulación, destruyó las últimas esperanzas de los franceses de obtener mejores condiciones. Sin embargo, se concedió libertad á los oficiales bajo su palabra de honor de no luchar más contra Prusia, lo cual agradeció Wimpffen mucho, como un homenaje que los alemanes tributaban al valor de los franceses.

Al dirigirse á la quinta de Bellevue, adonde se había trasladado el cuartel general alemán, encontró Wimpffen á Napoleón y le preguntó: «¿Qué ha alcanzado V. M., señor?» «Nada, contestó el emperador, el rey no quiere recibirme.» «Entonces está perdido todo y no puede aplazarse el convenio por más tiempo,» dijo el general, y entró en la quinta, donde estaba todo preparado para la firma del convenio, tal como había sido redactado la noche anterior y tal como el rey lo había aprobado en Vendresse. A las once se firmó la capitulación por



Moltke, que había regresado de Vendresse, y Wimpffen. Estaba redactada en estos términos:

«Convenio. Entre los abajo firmados, el jefe del Estado mayor de S. M. el rey de Prusia, general en jefe del ejército alemán, y el general en jefe del ejército francés, ambos con plenos poderes, ya del rey Guillermo, ya del emperador Napoleón, se ha pactado el siguiente convenio:

»Artículo 1.º El ejército francés á las órdenes del general Wimpffen, encerrado en el momento presente en Sedán por fuerzas superiores, es prisionero de guerra.

»Art. 2.º En consideración á la valiente defensa de este ejército, quedan exceptuados de esta condición todos los generales y oficiales, así como todos los funcionarios superiores con categoría de oficial, si se obligan bajo palabra de honor por escrito, á no hacer armas contra Alemania hasta el fin de la presente guerra, y á no hacer nada de ninguna manera contra los intereses de Alemania. Los oficiales y funcionarios que acepten estas condiciones, conservarán sus armas y su propiedad particular.

»Art. 3.º Todas las demás armas y todo el material del ejército, como banderas, águilas, estandartes, artillería, caballos, cajas de guerra, carros del ejército, minuciones, etc., serán entregados en Sedán á una autoridad militar nombrada por el general en jefe francés, para que esta autoridad los entregue sin demora al plenipotenciario alemán.

»Art. 4.º Hecho esto, será entregada la fortaleza de Sedán en su estado actual, lo más tarde al terminar el día 2 de septiembre, á S. M. el rey de Prusia.

»Art. 5.º Los oficiales que no acepten la obligación marcada en el art. 2.º, así como toda la tropa desarmada, serán conducidos por regimientos y ordenados militarmente, á su destino. Esta medida empezará á realizarse el 2 de septiembre y quedará terminada el 3 del mismo mes. Las secciones (prisioneras) serán conducidas al terreno rodeado por el Mosa cerca de Iges y entregadas á los apoderados alemanes por medio de sus oficiales, los cuales pasarán después la orden á los sargentos.

»Art. 6.º Los médicos militares quedarán, sin excepción, para encargarse del cuidado de los heridos.

»Dado en Frenois el 2 de septiembre de 1870. — *Moltke. — Wimpffen.*»

A la firma de este documento histórico asistió también el conde de Bismarck. A las once y media éste y el general Moltke lo entregaron al rey, que los aguardaba en las alturas que se elevan sobre Frenois, y poco después llegó Guillermo, acompañado del príncipe heredero, á Bellevue, y tuvo con el emperador una entrevista á solas. Al preguntar el rey qué intenciones tenía Napoleón, se puso éste á la merced del vencedor, y el rey expresó en términos vivos lo mucho que sentía la situación de su adversario vencido, y añadió que sabía muy bien cuánto le había costado el decidirse á la guerra. Con-

firmó Napoleón este aserto diciendo que había cedido á la opinión pública, á lo cual replicó el rey que las personas escogidas por Napoleón para consejeros suyos, tenían la culpa de que la opinión pública hubiera tomado esta dirección. A la pregunta del rey de si Napoleón deseaba entrar en negociaciones, contestó éste excusándose con el gobierno de París. La elección de Wilhelmshole, cerca de Cassel, para residencia suya le satisfizo mucho; pero haciendo un gesto convulsivo y doloroso retrocedió un paso cuando supo que no había sido el ejército del príncipe Federico Carlos el que había tenido enfrente, pues el príncipe se hallaba á la cabeza de siete cuerpos delante de Metz. Hubiera sido un consuelo para Napoleón haber sido vencido por todo el ejército alemán. Admitió la alabanza que hizo el rey Guillermo del valor del ejército francés, pero se lamentó de su falta de disciplina y elogió la artillería prusiana como la primera del mundo, á la cual no habían podido resistir los franceses. Al cabo de un cuarto de hora salieron los dos monarcas de la estancia y se les acercó el príncipe heredero. Al verle, el emperador le alargó una mano, mientras con la otra se enjugaba las gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas. Conmovido y agradecido, habló de la bondad y generosidad que el rey le acababa de mostrar. El príncipe le preguntó con cariño si había podido descansar un poco durante la noche, después del día terrible anterior, á lo cual el emperador contestó que el cuidado de los suyos no le había dejado descansar; y al expresar luego el príncipe su sentimiento de que la guerra hubiese tomado un carácter tan sangriento, dijo el emperador que era una verdad tanto más terrible cuanto que no se había querido la guerra. Añadió que hacía ocho días estaba sin noticias de la emperatriz y de su hijo, y suplicó que se le permitiese telegrafiar en cifra, y concedido el permiso, telegrafió á la emperatriz: «El ejército está derrotado y prisionero. Yo mismo soy prisionero de guerra.»

La partida del emperador fué aplazada, á causa de los preparativos necesarios, para el día siguiente, 3 de septiembre, y entonces, acompañado por el general Boyen, ayudante general del rey, por la mayor parte de los oficiales de su séquito y por un escuadrón de húsares, fué conducido al través de las líneas prusianas á la frontera belga. Por la noche llegó á Bouillon, donde fué recibido por la población con expresión de simpatía, y el día 4 continuó el viaje hasta Verviers, y allí supo á la mañana del día siguiente el estallido de la revolución en París. Bajo la impresión de esta nueva catástrofe llegó por la noche á Cassel, separado de su hijo é ignorando lo que había sido de la emperatriz. Le recibieron el gobernador civil y el comandante general militar, y fué conducido en coche á Wilhelmshohe, la antigua residencia de su tío Jerónimo, el ex rey de Westfalia. ®

La revolución había triunfado moralmente antes de derribar materialmente al Imperio. Alemania venció, porque era fuerte el principio de autoridad y, como consecuencia, había unidad en el mando y en la acción: el rey era respetado y obedecido, encarnaba el principio de autoridad, que nadie se hubiera atrevido á discutir; Moltke dirigía la acción militar, Bismarck la política; y todos, así el príncipe heredero como los soberanos confederados y el último soldado, cumplían con su deber, con la pasividad que en las guerras constituye la fuerza de los ejércitos y de los pueblos. En Prusia y en la Alemania del Norte todo el mundo estaba al lado del rey de Prusia; mientras en Francia la oposición lo aprovechaba todo para quebrantar al gobierno, primero, y al emperador luego; y á fuerza de mandar todo el mundo, no mandaba nadie.

En la Cámara se habían oído gritos revolucionarios, que debían convertirse en tempestades. — «Por la salvación de la patria, desaparezca el ministerio,» se había exclamado al tenerse noticia de las primeras derrotas. Julio Favre propuso que el emperador abandonase el cuartel general y se constituyese un comité ejecutivo para rechazar la invasión. — «Esta proposición, dijo el presidente Schnéider, es revolucionaria,» á lo que añadió Granier de Casagnac, que si fuese gobierno sometería á quienes tal pedían á un consejo de guerra. — «¡Fusiladnos!,» gritó Julio Simón.

En la sesión del 14 de agosto, Gambetta leyó lo siguiente de la *Espérance*, de Nancy: «Ayer viernes, 12 de agosto de 1870, á las tres de la tarde, fecha dolorosa para nosotros y nuestros descendientes, cuatro soldados prusianos han tomado posesión de la ciudad de Nancy, capital de la Lorena y del departamento del Meurthe.» La noticia asombró, indignó. Después se tuvo la explicación de lo ocurrido: la víspera fué bruscamente evacuada la ciudad, que quedó sin autoridades militares ni civiles; la guardia nacional no estaba organizada y no había armas ni municiones; y el prefecto, al marcharse, había publicado una alocución invitando á los vecinos á dispensar buena acogida á los prusianos si se portaban bien; lo que hizo suponer que los cuatro uhlanos eran una avanzada del ejército del príncipe real.

El 24 se renovó la vergüenza de Nancy, y Gambetta volvió á leer en la tribuna otro periódico que decía que cinco soldados prusianos de caballería

habían tomado posesión de la ciudad de Chalóns. El alcalde se excusó diciendo: «Pedimos armas y no se nos dieron. No teníamos ni un fusil ni un cartucho. La víspera de invadir el enemigo á Chalóns, evacuaron la ciudad todos los militares, hasta el último gendarme.»

Thiers, más sensato que los republicanos, no quería derribar al ministerio. El 31 de agosto el diputado alsaciano Keller trazó un sombrío cuadro de los estragos hechos por los cañones alemanes que sitiaban á Estrasburgo. Con este motivo se discutió con pasión; la izquierda dijo que el gobierno personal había sucumbido y pidió que se le sustituyera por otro formado por Palikao, Trochu, el presidente de la Cámara, Thiers y dos miembros de la mayoría. En tanto discutían los parlamentarios, los alemanes vencían.

Thiers quería que Mac-Mahón regresara con el ejército á París. Como insistiera la noche del 2 al 3 de septiembre en esta idea, pensando en la salvación de Francia, Jerónimo David le dijo en voz baja: «No insistáis;» y cuando estuvieron solos añadió: «El emperador es prisionero; el mariscal Mac-Mahón ha sido herido mortalmente.»

A la mañana siguiente la emperatriz llamó á Thiers, enviándole á uno de sus amigos, Mérimée, y después por conducto del príncipe de Metternich, pero alegó que ya nada podía hacer, y no fué. Al presentarse en la Cámara le rodearon los principales miembros de la izquierda diciéndole: «La revolución es inevitable; poneos á nuestra cabeza y salvemos á Francia.» No aceptó, pues deseaba que la Cámara declarara vacante el trono y nombrase una comisión parlamentaria que pidiera el armisticio y convocase una asamblea nacional. A las tres se abrió la sesión y Palikao habló con vaguedad de la catástrofe de Sedán, añadiendo que iba á hacer un llamamiento á las fuerzas vivas del país. «La Cámara ha perdido al país,» exclamó un diputado de la mayoría. «Basta de contemplaciones, dijo Julio Favre. ¿Dónde está el emperador? ¿Da órdenes á sus ministros?» — No, contestó Palikao. — «Esta contestación me basta, replicó Favre, pues habiendo dejado de existir el gobierno...» La derecha y el centro acogieron estas palabras con murmullos y protestó contra ellas el presidente. «Protestad cuanto queráis, dijo Favre. Lo que importa es que todos los partidos desaparezcan ante un nombre militar que represente á Francia y á París. Este nombre es conocido, y ante él deben desaparecer todos los fantasmas de gobierno.»

Todos comprendieron que se trataba de Trochu. Por la noche se supo todo lo ocurrido en Sedán, que había tratado de atenuar y ocultar el ministerio. Muchos diputados fueron á casa de Schnéider para pedirle que convocara la Cámara aquella misma noche. Cedió contra su voluntad; se avisó á Palikao, quien contestó que no asistiría á la sesión. Las noticias funestas se concretaban de hora en hora. En la embajada inglesa y en la belga se habían recibido despachos oficiales que comunicaban la capitulación de sesenta mil hombres y que el emperador era prisionero de los alemanes. A las seis convocó la emperatriz á los ministros á consejo, que duró dos horas, y en el cual se acordó publicar un

manifiesto anunciando á los franceses la desgracia que había sufrido la patria. Véanse los términos en que fué redactado: «Después de tres días de luchas heroicas, que el ejército de Mac-Mahón ha sostenido contra trescientos mil enemigos, han sido hechos prisioneros cuarenta mil hombres. El general Wimpffen, encargado del mando en lugar del mariscal gravemente herido, ha tenido que capitular. Esta terrible desgracia no disminuye nuestro valor. París se halla hoy en estado de defensa. Se organizan las fuerzas militares del país, y dentro de pocos días habrá un nuevo ejército dentro de los muros de esta capital. Se está formando otro ejército á orillas del Loira. Vuestro patriotismo, vuestra unión, vuestra energía salvarán á la patria. El emperador ha sido hecho prisionero en el combate. El gobierno, de acuerdo con las Cámaras, adopta las disposiciones que exigen la gravedad de los sucesos.»

Faltaba poco para las doce de la noche cuando este manifiesto fué impreso y fijado en las esquinas; pero mucho antes se había esparcido ya la voz de que las noticias fatales que circulaban eran verdaderas. Grandes masas recorrían las calles, y las voces «¡Destitución! ¡Destitución! ¡República!» resonaron cada vez más atronadoras. Trochu, á quien se instó para que hablase al pueblo, invitó á la multitud á acudir á la Cámara, diciendo que su misión se reducía á dirigir la defensa. Delante del cuerpo legislativo calmó Gambetta á las turbas diciendo que aquella misma noche celebraría sesión la Cámara. Un diputado propuso á Palikao que asumiese la dictadura militar, pero se negó. Cuando la Cámara abrió la sesión, era la una de la madrugada, y entonces Palikao, que á pesar de su negativa asistió á ella, tomó la palabra sólo para pedir el aplazamiento de la sesión hasta el mediodía. «Mañana será tarde,» gritó un diputado. Contestó Favre que nada temía, que no se oponía al aplazamiento, y presentó la siguiente proposición en nombre propio y de sus amigos: «Art. 1.º Luis Napoleón Bonaparte y su familia quedan privados de los poderes que les ha conferido la Constitución. Art. 2.º El cuerpo legislativo nombrará una comisión, á la que se investirá de todos los poderes del gobierno y que tendrá por misión resistir á todo trance y arrojar al enemigo del territorio. Art. 3.º El general Trochu continuará en las funciones de gobernador de París.» Ninguno de los ministros protestó ni tampoco la mayoría de la Cámara; sólo el anterior ministro Pinard exclamó indignado: «No podemos hacer eso; nosotros no podemos decidir la destitución.» La sesión duró apenas diez minutos.

El resto de la noche pasó tranquilamente. El ministerio no tomó disposiciones contra los desórdenes que eran de esperar el siguiente día. A las siete de la mañana del 4 de septiembre volvieron á reunirse los ministros en el aposento de la emperatriz y resolvieron excitar á la Cámara á formar un consejo de regencia, nombrando á Palikao lugarteniente. Este último se creyó bastante fuerte para poder sofocar una sublevación. Era domingo y el tiempo magnífico; la población de los arrabales acudió al centro de la capital, reuniéndose en el transcurso de la mañana millares de personas, particularmente en los alrededores

del cuerpo legislativo, esperando la destitución de la dinastía. El edificio estaba rodeado y guardado por la policía y mucha tropa. La excitación creció cuando hacia el mediodía corrió la voz de que se había proclamado la República en Lyon y de que la guarnición había fraternizado con el pueblo. Entretanto se firmaban en el cuerpo legislativo porposiciones pidiendo la instalación de una comisión gubernativa, pero no la destitución de la dinastía. Thiers también había formulado una proposición en este sentido, que empezaba así: «En atención á estar vacante el Poder;» pero los miembros de la derecha, cuyas firmas solicitaba Thiers, no quisieron admitir este preámbulo, porque la regente representaba todavía el poder gubernativo, y al fin se conformó Thiers en modificarlo de este modo: «En vista de las circunstancias,» con lo cual reunió cincuenta firmas para su proposición. Entretanto llegaron los ministros y solicitaron firmas para su proposición encaminada á constituir «un consejo de regencia.» Este nombre fué conceptuado también arriesgado y peligroso, y por lo mismo la derecha pidió que se dijera: «Consejo de gobierno.» Después de mucha resistencia accedió la emperatriz á esta variación, de la que la enteró Duvernois, enviado por Palikao.

La emperatriz no quería que se apelase á la fuerza para dominar la situación, pero tampoco se avenía á abdicar; y si bien acabó por acceder, retrocedió aconsejada por Jerónimo David, fijándose los que la rodeaban en la idea de un nuevo consejo de regencia. A eso de las once de la mañana fué cuando el ministro del Interior tuvo noticia de que en Lyon se había proclamado la República sin oposición del ejército. En París los soldados comenzaron á dar muestras de indisciplina. En el cuartel Napoleón dieron algunos vivas á la República.

La sesión se abrió á la una. A fin de proteger á la Cámara y al gobierno contra los sucesos graves que se preparaban y que todo el mundo preveía, el ministro del Interior, Chevreau, consultó con Pietri, prefecto de policía, el cual le aseguró que había prevenido á los diferentes jefes de su servicio y que había encontrado á su gente en la actitud más decidida, pudiendo tenerse la seguridad de que cumpliría con su deber. Se situaron grandes fuerzas de policía cerca del palacio de Borbón, y cuando el ministro se dirigió al mediodía á la Cámara, vió que los comisarios de policía y los guardias de la paz habían formado con los guardias municipales de la ciudad y los individuos de la policía, que componían juntos tres mil hombres, una barrera imponente alrededor del cuerpo legislativo. Las tropas y la guardia nacional ocupaban el puente.

Estas medidas de precaución excitaron el disgusto del conde de Keratry, porque eran contrarias al complot que había formado con los revolucionarios. Apenas se hubo abierto la sesión de la Cámara, Keratry, en nombre de la oposición, tomó la palabra y dijo: «La dignidad de la Cámara, único poder que en las circunstancias actuales existe, pide que no esté custodiada ni por tropas de línea ni por guardia municipal. ¿Cómo ha podido el señor ministro de la Guerra

dar órdenes contrarias á las del general Trochu? El señor ministro de la Guerra ha faltado á su deber.»

El ministro de la Guerra declaró en su defensa que el general Trochu tenía que cuidarse solamente del servicio exterior reclamado por la defensa de París y sus obras de fortificación, preguntando seguidamente: «¿De qué se queja el señor conde de Keratry? ¿Se queja de que engalano demasiado á la novia? Rodeo al cuerpo legislativo de la fuerza necesaria para mantener el orden y asegurar á sus debates completa libertad, y el señor diputado se queja. Si no hubiese procedido así, se quejaría quizás de que exponía á la Cámara á la presión de fuera.»

Dicho esto, leyó Palikao el proyecto de ley redactado por el consejo de ministros, que pedía que la Cámara eligiera por mayoría absoluta de votos una comisión de cinco miembros para encargarse del gobierno y de la defensa del país, y que fuese nombrado Palikao lugarteniente general. La comisión elegiría los ministros. Esta proposición fué recibida con silencio glacial; Favre pidió la urgencia para su proposición de destitución. Thiers se levantó y dijo que daba la preferencia á esta proposición, que tenía en su favor la mayor claridad; pero como ante todo era menester la unión, presentaba esta otra proposición: «En vista de las circunstancias, la Cámara nombrará una comisión para encargarla del gobierno y de la defensa del país. Se convocará una asamblea constituyente tan pronto como lo permitan las circunstancias.» Se decidió la urgencia para las tres proposiciones, y á la una y cuarenta minutos se suspendió la sesión para que las secciones pudiesen elegir la comisión. La sesión debía reanudarse á las dos y media. Cuando los diputados se hubieron retirado, el ministro Chevreau salió del edificio para ver lo que pasaba fuera, y quedó sorprendido al observar que habían desaparecido las fuerzas de policía. Preguntó á dos oficiales de la guardia nacional adónde habían ido á parar, á lo cual contestaron: «Se las ha enviado á otro punto, y todavía las puede usted ver desde aquí.» En efecto, se las veía todavía en movimiento de retirada á la altura del muelle de Orsay, y los oficiales añadieron que se retiraban por orden de un general.

Desde la una y media estuvo la Cámara sin protección y todas sus inmediaciones fueron ocupadas muy pronto por las masas del pueblo.

Al volver á abrirse la sesión había redactado el dictamen la comisión de los nueve, que decía: «La comisión ha examinado las tres proposiciones cuyo estudio se le ha encargado, y después de haberlas puesto á votación una tras otra, ha resultado reunir el mayor número de votos la proposición del Sr. Thiers. No obstante, la comisión ha hecho á ella dos adiciones, una de las cuales fija el número de los miembros que deben formar el gobierno de la defensa nacional, y la otra las atribuciones que deben darse á este gobierno. Este es ahora el texto que sometemos á vuestra aprobación:

«En atención á las circunstancias, la Cámara nombrará una comisión, compuesta de cinco individuos del cuerpo legislativo.

»Esta comisión nombrará los ministros. Tan pronto como lo permitan las circunstancias, se invitará á la nación á elegir una asamblea constituyente que se pronuncie sobre la forma de gobierno.»

Quedaba, pues, asegurada la aprobación por todos los partidos; la misma emperatriz no había objetado nada al ser consultada, y la gran cuestión de la creación de un nuevo poder supremo estaba al parecer en camino de ser resuelta por el acuerdo unánime de todos los interesados. El Sr. Martel, al salir de la sección para leer en la tribuna su dictamen, vió en el patio y en los pasillos del edificio caras siniestras. La sala de sesiones había sido invadida por las masas del pueblo, que se derramaban por el interior del edificio, oyéndose confuso vocerío en medio del ruido de vidrios rotos, cantares, exclamaciones y alaridos, distinguiéndose entre los gritos los de «¡Destitución!, ¡República!», y viéndose también brillar algunas armas. Eran las dos y quince minutos.

Lo que sucedió entonces debe ser referido con pormenores, porque en ellos se encuentra representada ya la historia ulterior del París armado.

En la edición de la mañana del *Siècle* había aparecido una noticia en letra pequeña, que decía: «Se han dado cita miles de guardias nacionales delante del cuerpo legislativo, sin armas, á las dos de la tarde.» Siendo domingo, nada tenía que hacer el ejército de obreros de los arrabales, y á las once de la mañana se dirigió con mujeres é hijos por los muelles y los bulevares hacia la plaza de la Concordia, adonde fueron también á las doce guardias nacionales sin armas y jóvenes vestidos de paisano, pero con kepis nuevos en la cabeza. Estos kepis eran el distintivo de los jefes, que debían dar la señal de penetrar en la Cámara. Después de éstos llegaron compañías enteras de guardia nacional con sus tambores y precedidas de sus jefes, formando filas correctas.

Que hubo este triple concurso lo dijeron y confirmaron muchos testigos: uno de ellos, el general Soumain, refirió lo siguiente: «A las diez y media vi pasar por la plaza de Vendôme la vanguardia de la revolución; eran hombres que llevaban blusas blancas y gritaban: «¡Destitución!, ¡destitución!...» pero como estas bandas son frecuentes, precediendo ó siguiendo á los regimientos que salen á hacer sus ejercicios, no me alarmaron mucho. Hacia las doce y media vi algunos caballeros con gabanes y la cabeza cubierta con un kepi, seguidos de guardias nacionales con uniforme, los primeros sin armas, pero después otros con armas, y entonces creí que se trataba de una manifestación. Detrás de éstos vinieron batallones enteros armados, que silenciosos y en buen orden se dirigieron á la plaza de la Concordia, y entonces me persuadí de que se trataba de una revolución.»

Siguiendo un plan secreto, dirigido por manos invisibles, se realizó sin obstáculo todo el programa convenido, porque desde la marcha del general Vinoy á Mezieres había quedado la ciudad sin ejército, y las tropas de la policía habían abandonado en el momento decisivo su posición delante de la Cámara. Uno de los iniciados tuvo el descaro de escribir al cuestor Hebert en la maña-

na del 4 de septiembre, pidiéndole dos tarjetas de entrada para él y su hija, «porque querían asistir á la invasión de la Cámara aquel día.»

Las tribunas de la Cámara habían sido invadidas á primera hora por personas á quienes la policía conocía muy bien como jefes de clubs secretos, y que más adelante aún fueron más conocidas por todo el mundo en tiempo de la *Commune*. En la tribuna que antes había servido para los diputados se encontró también el conde de Resseguier, el cual dijo después que había estado sentado el citado día en la tribuna con los señores Miot y Beslay y algunos otros que más adelante figuraron en la *Commune*; que cuando la conferencia en las secciones se prolongó un tanto, se habían puesto muy agitados; que Miot se había levantado diciendo que si no se decidían pronto, sería menester acabar, y que él enseñaría cómo se acababa; que después de decir esto había salido, y á su vuelta, al cabo de quince minutos, había dicho: «Ya está hecho, ahí vienen.» En efecto, al momento, primero la tribuna y algo después la sala de sesiones, quedaron llenas de populacho, que vociferaba. En la misma tribuna estaba sentado el general Le-Fló, que dijo después, describiendo la invasión de la Cámara: «Comienzan tres, cuatro, cinco ó seis individuos que consiguen persuadir á los guardias y al fin los dejan pasar; á éstos siguen diez, veinte, cincuenta hombres de mala facha, y finalmente resulta la Cámara inundada por setecientos ú ochocientos individuos procedentes no se sabe de dónde y nada recomendables.»

Lo mismo que sucedió en el interior del palacio de Borbón ocurrió en el exterior, promovido por miembros de la Cámara; porque cuando los guardias nacionales, guiados por los individuos que se distinguían por llevar kepis, pasaron por el puente de la Concordia y desembocaron en el muelle delante de la Cámara, vieron en las gradas de la columnata exterior á diputados y periodistas conocidos de ellos, que les hacían señas con sus pañuelos y les animaban con gritos y gestos á romper las filas de la guardia municipal y á aproximarse al edificio. Entre los que hacían tales señas figuraban los diputados Ulbach, Chassin y otros, pertenecientes á diferentes partidos. Por otra parte se aproximaron á los grupos que hacían guardia en el muelle, los diputados Keratry, Glais-Bizoin, Steenackers y Julio Ferry; hablaron con los oficiales, pidieron á la guardia municipal que se retirara y excitaron á la guardia nacional á que avanzara. Estaba abierta la verja, á pesar de que debía estar siempre cerrada, y los diputados Picard, Ferry y Arago no hacían más que ir y venir para llevar nuevos grupos de invasores á la tribuna de la Cámara. Hacia la una y media llegó un batallón de guardia nacional con tambores y oficiales á la entrada del puente de la Concordia, donde la guardia municipal le cerró el paso. Hubo protestas y se exigió un puesto de honor inmediato al palacio para esta guardia nacional, que aquel día no estaba de servicio. Los diputados asediaron al cuestor para que despidiera á la guardia municipal, pero el cuestor no quiso dar semejante orden descabellada. Entonces el diputado Cremieux llevó á la entrada del puente al viejo

general Caussade, que tenía el mando en jefe de toda la fuerza de la policía, y este general tuvo la debilidad incomprendible de dar la orden de retirada, dejando á las Cámaras completamente á merced del pueblo. En su consecuencia, se retiraron con la guardia municipal los comisarios y demás personal de policía, y entonces las masas del pueblo y los guardias nacionales acudieron de todas partes á la verja, que fué abierta ó que se abrió cediendo al empuje, y penetró en el interior todo aquel revuelto torrente humano. Las tropas que estaban en el jardín de la presidencia eran reclutas, que apenas conocían el uso de las armas, y no se movieron. En el salón de conferencias estaba sentado el general Caussade junto á una de las columnas de bronce, y miraba como atontado la muchedumbre, á la cual un solo hombre resuelto y enérgico habría hecho retroceder con facilidad.

Una turba de individuos haraposos llegó gritando: «¡Abajo el imperio! ¡abajo el cuerpo legislativo! ¡viva la República!» y entró en la sala de sesiones cuando sólo había en ella el presidente Schnéider y una docena de diputados. El presidente procuró restablecer el orden, pero no se oyó su voz ni se hizo caso de su campanilla. Desde las tribunas saltaron directamente á la sala los jefes que habían llegado primero, y se unieron con su gente, encaramándose todos sobre mesas y bancos, abriendo los pupitres, rompiendo los tinteros y atronando con su vocerío en medio de un desorden indescriptible. Cremieux y Gambetta procuraron hacer salir á los invasores con buenas palabras, pero su voz fué ahogada por los gritos confusos, mientras iban penetrando nuevas turbas, á pesar de no haber ya apenas en el interior. De repente se oyeron culatazos de la parte de las entradas exteriores, seguidos del ruido de puertas derribadas y de vidrios rotos. Eran las dos y media; y agitada por uno de los revolucionarios, se presentó una bandera tricolor con la inscripción: «Batallón 73, compañía 5.<sup>a</sup>, distrito 12.» El presidente, al ver ocupados por el populacho todos los puestos de los diputados, llenos todos los pasillos de gente perdida que gritaba confusamente, y no creyendo ya segura su vida en aquel sitio, declaró cerrada la sesión y salió del edificio. Apenas se retiró, dos jóvenes se precipitaron hacia su puesto y se sentaron á la vez en su silla, empezando el uno á agitar la campanilla.

En aquel momento apareció otra vez Gambetta en la tribuna de los oradores y consiguió algunos instantes de silencio para hacer la siguiente declaración:

«Considerando que la patria está en peligro;

»Considerando que se ha dado á la asamblea nacional todo el tiempo necesario para proclamar la destitución;

»Considerando que nosotros somos y representamos el poder constitucional, producto del sufragio universal;

»Declaramos que Luis Napoleón Bonaparte y toda su familia han cesado para siempre de reinar en Francia.»

Al oír estas palabras estalló una tempestad de aplausos, interrumpida pronto por el grito: «¡La República! ¡Queremos la República!»

Entonces penetró en la sala Julio Favre, y después de llegar con mucho trabajo hasta la tribuna, gritó á la muchedumbre: «¿Queréis ó no la guerra civil? (¡No! ¡No! ¡No queremos guerra civil!). Entonces es preciso formar un gobierno provisional. (¡Al Ayuntamiento! ¡Viva la República!).»

»No obliguéis, dijo Favre, á soldados franceses leales, quizás extraviados por sus oficiales, á dirigir sus armas contra vosotros. Sus armas únicamente deben servir contra los extranjeros. Unámonos todos en el amor patrio y en el de la democracia. No es aquí donde puede proclamarse la República.» «Aquí es donde hay que proclamar la República,» gritó Peyrouton. «La proclamamos. Ya está proclamada.» La multitud insistió en su exigencia, y esto indujo á Gambetta á declarar: «¡Pues bien, venga la República! ¡Ciudadanos, vamos á proclamarla en el Ayuntamiento!» Esta proposición encontró también resistencia: pero cuando Favre, Gambetta y otros diputados se dispusieron á dirigirse al Ayuntamiento, les siguieron las masas, confiando á la turba que allí quedaba la misión de impedir que reaccionaran los diputados de la mayoría y tomaran resoluciones en favor del Imperio.

Julio Favre, Julio Ferry, Gambetta, Keratry y Spuller, que á las tres de la tarde se dirigieron al Ayuntamiento, acompañados por una gran multitud del pueblo y seguidos de Arago, Cremieux y Picard, llegaron á tiempo para arrebatarse el poder á Félix Pyat, Milliere y Delescluze, que ya creían tenerlo en sus manos. Para conservarlo era menester no perder ni un minuto en proclamar la República y formar un gobierno provisional, si bien para esto nadie les había dado encargo ni autorización.

La situación en la cual se hallaba en aquel momento la izquierda de la Cámara, ha sido pintada perfectamente por el diputado Guyot Montpayroux. Cuando este llegó, á las cuatro de la tarde, al Ayuntamiento, vió en la primera sala á varios redactores del *Réveil* y toda una caterva de individuos, que figuraron después en la *Commune*, reunidos alrededor de una mesa. Al pasar Guyot Montpayroux le puso en la mano uno de los reunidos un papel con una lista de nombres, en la cual se encontraba todo el estado mayor del partido de la *Commune*, nombres que se recomendaban para la formación del gobierno provisional. El citado diputado se preguntó: «¿Debemos nosotros, diputados, formar un gobierno, ó debemos dejar que la gente reunida alrededor de esta mesa lo forme?» Pasó á la sala pequeña, en la cual estaban sus amigos políticos, y de las resoluciones allí tomadas salió el gobierno de la defensa nacional. La primera señal de vida que dió este gobierno fué un llamamiento redactado por Picard, que decía:

«Franceses: El pueblo se ha adelantado á la vacilación de la Cámara. Para salvar á la patria, que peligra, ha pedido la República y ha puesto á sus diputados delante del peligro.

»La República de 1792 venció la invasión del enemigo. Se ha proclamado la República. La revolución se ha efectuado en nombre del derecho y del bien público.

»Ciudadanos, velad por la ciudad que se os ha confiado; mañana seréis, en unión del ejército, los vengadores de la patria.

»Manuel Arago, Cremieux, Dorian, Julio Favre, Julio Ferry, Guyot-Montpayroux, León Gambetta, Garnier Pagés, Magnin, Ordinaire, Tachard, Pelletan, Picard, Julio Simón.»

Estaba ya preparada esta proclama y se había abierto la discusión sobre



Léon Gambetta

la formación del nuevo gobierno, cuando se presentó en el Ayuntamiento, anunciado por un vocerío inmenso, Rochefort, el redactor de *La Lanterne*, que acababa de salir de la cárcel. Julio Ferry llevó al gabinete donde estaban discutiendo Julio Favre y Picard á aquel escritor, cuya venenosa pluma podía llegar á ser tan peligrosa para el nuevo gobierno como lo había sido para el gobierno anterior. Allí se convino en elegir el nuevo gobierno exclusivamente entre los diputados de la ciudad de París, á los cuales pertenecía también Rochefort, y eran todos republicanos conocidísimos, que desde años venían luchando contra el Imperio. Esta elección eliminó á todos los demás pretendientes de cualquier otro color político. Picard y Simón fueron agregados al nuevo gobier-

no, aunque habían optado por representar departamentos, por haber sido elegidos en ellos y en París. También se convino en admitir en el nuevo gobierno al general Trochu. Al distribuir los cargos, fué elegido Esteban Arago alcalde de París, y se puso en seguida la faja, que á este objeto tenía preparada su sobrino Manuel Arago. Cremieux tomó inmediatamente posesión del ministerio de Justicia y redactó en el acto el decreto de disolución del cuerpo legislativo y otro disponiendo la libertad de los presos políticos. Gambetta se dirigió en carruaje al ministerio del Interior, que estaba destinado al diputado Picard, del cual tomó posesión, enviando á las seis de la tarde á todas las autoridades que de este ministerio dependían un telegrama que decía:

«A los señores prefectos, subprefectos, al general gobernador de Argelia y á todas las oficinas telegráficas de Francia:

»República francesa.

»Ministerio del Interior.

»Se ha decretado la disolución del cuerpo legislativo. Se ha proclamado en la Casa Consistorial la República. Se ha constituido un gobierno de la defensa nacional, que ha sido confirmado por la aprobación del pueblo.

»Estos son los nombres de los nuevos ministros: Arago (Manuel), Cremieux, Favre (Julio), Ferry (Julio), Gambetta, Garnier Pagés, Glais Bizoin, Pelletan, Picard, Rochefort, Simón (Julio).

»El general Trochu queda en su puesto de gobernador de París y ha sido nombrado ministro de la Guerra en lugar del general Palikao.

»Sírvese hacer fijar inmediatamente en las esquinas este anuncio, y, si fuere necesario, hacerlo publicar por el pregonero.

»Por el gobierno de la defensa nacional, el ministro del Interior: *León Gambetta*.

»París, 4 de septiembre de 1870, á las seis de la tarde.»

Para salvar á la patria se había proclamado la República, y nadie dudaba de que esta proclamación garantizaba por sí sola su salvación. El acto fué celebrado por la noche del 4 de septiembre en París como una gran fiesta, recorriendo el pueblo victorioso toda la ciudad, cantando y haciendo toda clase de demostraciones de júbilo; arrancando símbolos, anuncios é imágenes que recordaban el Imperio desaparecido, dando nuevos nombres á las calles y escribiendo en todos los monumentos y paredes de edificios públicos el famoso lema: «Libertad, igualdad y fraternidad,» que todavía hoy se ve en todas partes. En los bulevares circuló durante muchas horas una multitud alegre, cuyas fisonomías revelaban satisfacción y vigor exuberantes. La proclamación de la República había hecho olvidar la guerra, el trabajo, el peligro y la miseria. El enemigo se había detenido en su marcha y la paz estaba asegurada; esto predicaban todos los periódicos, y esto creían todos los franceses, porque tenían entendido que el rey Guillermo había dicho que hacía la guerra sólo al emperador y no á Francia, lo cual no era exacto. No habiendo ya emperador, no había, según los fran-

ceses, ya motivo de guerra y se habían acabado todos los cuidados y temores. Era inútil, de consiguiente, continuar las obras de fortificación, y en el baluarte de Montretout, donde poco antes habían trabajado diez mil hombres, no trabajaban ya quinientos. Jamás se mostró París más satisfecho y más tranquilo que en los primeros días de esta revolución, según los bullangueros la más satisfactoria y la menos sangrienta de todas.

El nuevo gobierno empezó, en cuanto pudo, de la misma manera que había acabado el viejo. El gobierno del partido bonapartista quedó sustituido por un gobierno del partido republicano, y cada ministro gobernó tan autocráticamente en su ramo como podía hacerlo cualquier monarca despótico. Esteban Arago destituyó en 5 de septiembre de una plumada á todos los alcaldes de París y les nombró sucesores, sin dar al gobierno la menor cuenta de este acto; y de otra plumada destituyó Gambetta el 6 de septiembre á los ochenta y nueve prefectos, dándoles por sucesores individuos de su propio partido; pues este joven ministro, que se había apoderado él mismo de su ministerio, estaba decidido á justificar toda arbitrariedad contra la libertad, invocando las exigencias de la guerra y el peligro nacional.

El mismo 2 de septiembre publicó Julio Favre, como ministro de Negocios extranjeros, una circular en la cual decía:

«No cederemos ni un solo terrón de nuestro país, ni una sola piedra de nuestras fortalezas.»

Mientras esto ocurría, se habían reunido, á las cuatro y media de la tarde, unos doscientos diputados en el salón de la habitación del presidente, y conferenciaban presididos por el vicepresidente Le Roux, por indisposición de Schneider. Había también entre ellos algunos miembros de la izquierda, y Garnier-Pagés fué el primero que tomó la palabra para proponer que la asamblea se conformara con lo que no tenía ya remedio, diciendo que probablemente el gobierno provisional se había instalado ya en la Casa del Ayuntamiento, y que por lo mismo era preciso reconocer á este gobierno provisional. Buffet protestó contra esta proposición con gran aplauso de la mayoría. Mejor recibida fué la proposición de Dreolle de que algunos de los presentes pasaran al Ayuntamiento para entenderse con los colegas reunidos allí. Entretanto se supo que la multitud había penetrado en las Tullerías y que la emperatriz había tenido que huir, lo cual hacía temer que la asamblea se vería interrumpida á lo mejor por una nueva invasión de las masas. Por otra parte se dijo que la comisión elegida por las secciones había tomado, á pesar de los desordenes, su resolución respecto de las tres proposiciones que se le habían encomendado, y que Martel, el ponente elegido, se hallaba presente, por cuyo motivo debía oírse su dictamen y resolver luego. Hecho esto podía aceptarse la proposición de Dreolle y entrar en relación con los colegas reunidos en el Ayuntamiento. Hizose así por decisión de la mayoría, y Martel dió cuenta del dictamen de la comisión. Pinard y otros protestaron vivamente contra la idea de que hubiera cesado

el gobierno; sin embargo, la gran mayoría se conformó con las explicaciones de Dreolle, que dijo que la huida de la regente ponía fuera de duda la cesación efectiva del gobierno, y en su consecuencia se decidió por unanimidad, menos cinco ó seis votos, aceptar el dictamen de la comisión, y se encargaron diez de los miembros presentes, entre ellos Garnier-Pagés, Grevy y Martel, de comunicar esta resolución á los reunidos en el Ayuntamiento.

Estos enviados encontraron á su llegada funcionando ya al nuevo gobierno, compuesto de diputados de París. Grevy le presentó la resolución del cuerpo legislativo, y Favre prometió dar la contestación en la sesión, que volvería á continuar á las ocho de la noche. Esta sesión fué mucho menos numerosa, faltando en ella también Le Roux, por cuya razón se suplicó á Thiers que ocupara la presidencia. Tomó la palabra Favre anunciando la formación del gobierno provisional y expresando el sentimiento de que Thiers, el diputado de París de más fama, se hubiese negado á formar parte de este gobierno. Dijo que en él había entrado también Rochefort, que no cedería á los demás en moderación, y que todos habían deseado contar entre ellos á Thiers; que se agradecería al cuerpo legislativo que confirmara el nombramiento del gobierno, pero que en caso contrario se respetarían sus escrúpulos, si bien de todos modos seguiría el gobierno nombrado obrando con completa libertad según sus convicciones. Dicho esto, se alejó con Simón, que le había acompañado, y la asamblea empezó á discutir lo que debía hacer. Los miembros más apasionados propusieron protestar en toda forma, á lo cual se opuso Thiers con energía y éxito, diciendo que si bien no se debía reconocer al nuevo gobierno, tampoco debía hacersele oposición, porque representaba por el momento la causa de la defensa del país; que debían todos desearle el mejor éxito por patriotismo, y que enfrente del enemigo, que muy pronto estaría delante de París, no cabía otra resolución, para que pudiera retirarse dignamente el cuerpo legislativo. La mayoría declaró que estaba conforme con esto, y cuando á las diez de la noche se levantó la última sesión del cuerpo legislativo, los diputados vieron al retirarse que la guardia nacional se encargaba de la custodia de la sala y que Glais Bizoin hacía sellar las puertas.

El Senado también se había reunido al mediodía en sesión, y después de un discurso de Chabrier, había desahogado sus sentimientos en entusiastas vivas al emperador, á la emperatriz y al príncipe imperial. A propuesta del presidente Rouher, resolvió continuar en sesión permanente hasta recibir noticias del cuerpo legislativo; y cuando se supo que éste había sido arrollado por la masa del pueblo, se acordó protestar, y los reunidos continuaron todavía algún rato juntos, esperando que el populacho se dignara visitar también al Senado; pero como esto no sucedió y no había otros asuntos que discutir, se separaron los senadores con promesa de volverse á reunir al día siguiente á la hora acostumbrada. Por la noche, el gobierno provisional hizo sellar también su sala de sesiones.

La emperatriz había empezado aquel día tan terrible por una visita á la

ambulancia, que se hallaba instalada en las Tullerías, y había oído luego misa. Después había presidido el consejo de ministros, y entonces se sucedieron las noticias que la enteraron de la creciente agitación y de la reunión de las masas populares, noticias que recibió con resignación, sin ninguna idea de resistencia, diciendo á Rouher que bastante sangre se había derramado en los campos de batalla y que ella no quería que se derramara en las calles de París por la dinastía. Trochu, que la visitó hacia las once, la aseguró que haría cuanto estuviese en su poder; pero ella dijo, hablando luego con Chevreau, ministro del Interior, que no había que esperar nada de Trochu. Al mediodía solicitaron Buffet, Daru y tres diputados más una audiencia para suplicarla que excitara al cuerpo legislativo á elegir una comisión gubernativa, en vista de la insuficiencia de los poderes que le había dado el emperador, y que correspondía al cuerpo legislativo, como el segundo poder elegido directamente por el pueblo, encargarse de la dirección de los negocios. Esto convenció á la emperatriz de que todo estaba perdido y de que lo que se le pedía era la abdicación. No sabiendo que hacer, dirigió los diputados á Palikao, cuyo consejo quería seguir. Entretanto creció el peligro, y el número de adictos que la rodeaban fué también en aumento, reuniéndose á su corte la princesa Clotilde, las esposas de los mariscales Pelissier y Canrobert y los embajadores Metternich y Nigra, estos dos últimos para instarla á huir. El general Mellinet, que estaba encargado de la defensa de las Tullerías, contestó negativamente á la pregunta de si podría detener á la multitud del pueblo sin derramamiento de sangre. A las tres de la tarde el prefecto de policía Pietri, atravesando el inmenso torrente humano que se dirigía al Ayuntamiento, se presentó á la emperatriz, que le había hecho llamar por su chambelán, Lezay-Marnesia. Precisamente acababan de regresar los comisarios de policía que el general Caussade había despedido delante de la Cámara, diciéndole uno á Pietri, rasgando su faja: «¡Traición!» Con mucho trabajo pudo pasar Pietri por entre la multitud vocinglera que se había reunido delante de la verja de las Tullerías. La emperatriz quería conocer su opinión respecto á si debía huir, conforme le aconsejaban cuantas personas la rodeaban, ó quedarse, según hasta entonces había sido su decidido propósito. Muy lejos estaba de sospechar el peligro que la rodeaba en París, y ni remotamente pensó que pudiera llegar el instante de tener que salir huyendo de la capital, dándose por dichosa con salvar su vida; porque cuantas veces habían tocado los ministros este punto, había declarado que no saldría de París, y aun por la mañana del día 4 de septiembre había creído que podría abdicar libremente antes de huir. Se había opuesto tenazmente á todas las observaciones de los ministros David y Chevreau, del príncipe de Metternich y del caballero Nigra, cuando á las cuatro de la tarde se precipitó en la estancia el prefecto de policía diciendo: «Corra V. M., señora, todavía es tiempo. Estamos vendidos. Toda resistencia es imposible. Las fuerzas con las cuales contábamos, nos abandonan.»

En aquel mismo instante las masas abrieron la verja á la fuerza y penetra-

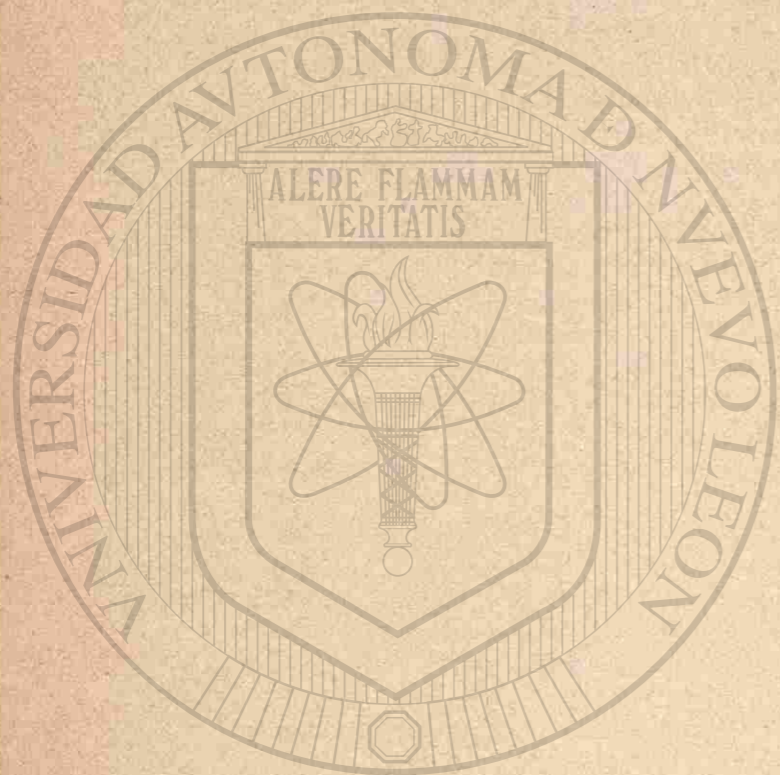


ron en el patio al grito de «¡Destitución!, ¡viva la República!» Entonces se retiró la emperatriz. Bajó la escalera del Museo egipcio, y acompañada de las esposas de Metternich y Nigra, de su lectora, la señora Lebreton, hermana del general Bourbaki, llegó á la pequeña puerta que conducía á la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois, donde estaba preparado un coche de alquiler, en el que entraron la emperatriz y la señora Lebreton, mientras el príncipe de Metternich dijo al cochero: *Boulevard Haussmann*. Al llegar á esta calle bajaron las dos señoras del coche y entraron en otro que pasaba, al cual dieron orden de llevarlas á casa del dentista americano Evans, que vivía en la avenida Malakoff, con cuya fidelidad podía contar la fugitiva. Allí pasaron la noche las dos señoras, y á la mañana siguiente las condujo en su coche propio el dentista, acompañado de su colega Crane, por la Puerta de Maillot á Saint Germain, y desde allí, sin otras peripecias, por Evreux á los baños de mar de Deauville, situados en la embocadura del Sena, adonde llegaron á las seis de la tarde. Evans se dirigió al dueño de un yate inglés, hijo del general Bourgoyne, que se hallaba allí, el que puso dificultades cuando supo la persona á quien había de salvar, y sólo cediendo á reiteradas instancias admitió á la emperatriz. Después de una travesía tempestuosa llegó á las ocho de la mañana al puerto de Hyde. El mismo día se juntó la emperatriz con su hijo en Hastings. Evans pasó á Londres para buscar un alojamiento á propósito, eligiendo para este objeto Camden House, en Chislehurst, donde se estableció definitivamente la familia imperial. Napoleón abandonó Wilhemshöhe el 19 de marzo, en cuyo día se extendió la noticia de que había triunfado en París la *Commune* para atraer nuevas desgracias sobre Francia, entregando la capital á la demagogia, que debía llenarla de sangre y fuego.

A pesar de los grandes padecimientos físicos y morales que le atormentaron, durante el destierro ocuparon su espíritu variadísimos problemas, entre ellos la narración de los últimos acontecimientos de su gobierno, el establecimiento de arbitrajes internacionales y la supresión del impuesto de consumos en Francia. También le ocupó mucho la idea de su regreso á Francia, sin que por eso le lisonjasen esperanzas exageradas. A uno de sus partidarios fieles escribió: «Sólo puedo volver á Francia por la gran puerta del sufragio universal, y es poco probable que se abra esta puerta.» Encontró no obstante consuelo en la creencia de que la gran mayoría de los franceses deseaban su vuelta, de que hacía progresos el cambio de la opinión á su favor, y de que algún día se le invitaría á volver á ocupar el trono. Faltan pruebas para asegurar que á principios del año 1873 se hacía algo contando con que el 20 de marzo podría regresar el emperador á Francia. El conde de Beust, que es el que más crédito da á este proyecto, dice que la necesidad de presentarse á caballo, al efectuar el regreso, le determinó á someterse á la operación quirúrgica que tuvo por consecuencia su muerte. Con arreglo á esta creencia dice también La Chapelle: «Su enfermedad hizo rápidos progresos, sus padecimientos eran insoportables, y

en vista de los deberes que el porvenir le podía imponer, no titubeó ya en someterse á una operación que temía haber retardado demasiado.» El 24 de diciembre de 1872 se declaró indispensable la operación de la talla por una consulta de médicos, en la cual, además de los de cabecera, tomaron también parte sir Enrique Thompson, sir William Gull y sir James Paget, y se fijó para realizarla, con anuencia del emperador, el 2 de enero de 1873. La operación marchó perfectamente y el paciente se encontró en los siguientes días en estado muy satisfactorio y esperanzado; en una segunda operación, hecha el día 6 de enero, el estado del enfermo inspiró temores, y la tercera operación, que debía hacerse el día 9 de enero, no pudo verificarse por la excesiva debilidad del paciente, que falleció aquel mismo día hacia las tres de la tarde. La emperatriz estuvo presente á la muerte, y el príncipe imperial llegó desde Woolwich á Chislehurst dos horas después del fallecimiento de su padre. Sabido es que á los pocos años también murió el príncipe en la guerra contra los zulús.

No ha llegado aún el momento de juzgar á Napoleón III con aquella serenidad de juicio que sólo tienen los que no han presenciado los acontecimientos, porque prescindiendo de detalles y libres de toda pasión, pueden apreciar lo esencial; pero ya no se habla de él con aquella severidad que guarda el odio político para el vencido. Al hundirse el Imperio, fueron muy contadas las palabras tímidas é imperceptibles de compasión y simpatía, porque sobre los que habían servido á la dinastía caída y sobre la misma dinastía pesaba la culpa del infortunio; y también bajo la impresión de los últimos sucesos enmudeció la consideración de que el régimen odiado y caído había tenido su lado bueno. El juicio más imparcial que hoy se forma del Imperio, confirma algunas censuras, pero también atenúa muchas faltas y, sobre todo, hace ya justicia bajo diversos aspectos al gobierno napoleónico, pues no se puede negar que el emperador consiguió, cuando menos, que Francia pasara un período de dieciocho años sin que el país sufriera revoluciones, y que sobre esta base se desarrollara la riqueza pública de una manera hasta entonces nunca vista ni presentida. A los que han pretendido echar exclusivamente sobre Napoleón III la responsabilidad de las derrotas de Francia, les recordaremos las dificultades que se opusieron en las Cámaras y fuera de ellas á la reorganización del ejército; y evocado este recuerdo, les diremos que, cuando el rey Guillermo de Prusia supo el júbilo con que en Berlín se había recibido y celebrado el triunfo de Sedán, dijo al consejero Schnéider: «¿Qué tal, si aquellos señores de la oposición hubiesen logrado su intento contra mi reorganización del ejército? ¡Qué experiencia tan terrible hubiera sido la que le tocara sufrir á Prusia en este momento! Ahora se verá por qué yo me mantuve tan firme. Bien se ve en el ejército francés adónde conducen esos experimentos parlamentarios.»

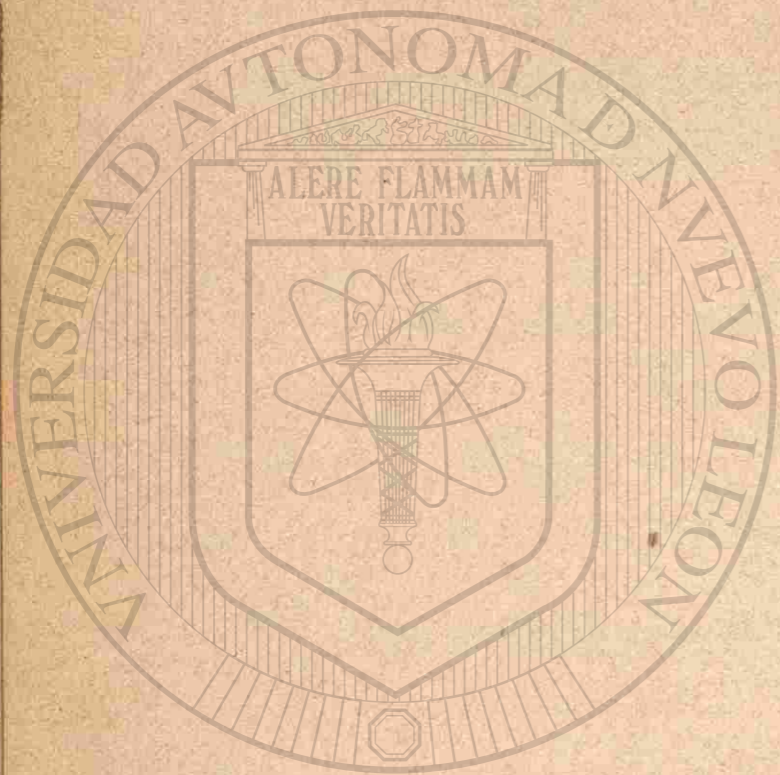


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VENEZO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

## ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

	Páginas
<i>Prefacio de los editores.</i> . . . . .	5
APOGEO Y DECADENCIA DEL SEGUNDO IMPERIO	
I. - El Imperio á principios del año 1860. . . . .	6
II. - El tratado de comercio con Inglaterra. . . . .	12
III. - La expedición de China. . . . .	16
IV. - Las anexiones italianas. . . . .	25
V. - Niza y Saboya. . . . .	31
VI. - La expedición de los Mil. . . . .	37
VII. - Nápoles. - Castelfidardo. - Gaeta. . . . .	43
VIII. - La expedición de Siria. . . . .	56
IX. - El decreto de 24 de noviembre. . . . .	63
X. - Las colonias francesas. . . . .	71
XI. - Principio de oposición á la política imperial. - Muerte de Cavour. . . . .	77
XII. - La expedición de Méjico. . . . .	84
XIII. - Maximiliano. . . . .	104
XIV. - La cuestión de Polonia. . . . .	121
XV. - La situación financiera del Imperio. . . . .	130
XVI. - Las elecciones de 1863. . . . .	134
XVII. - La sociedad francesa al inciciarse la decadencia del segundo Imperio. . . . .	143
XVIII. - La cuestión de Roma. . . . .	148
XIX. - La cuestión dinamarquesa. . . . .	158
XX. - El complot de Greco y sus cómplices. . . . .	170
XXI. - Roma y el Véneto. - La encíclica <i>Quanta cura</i> y el <i>Syllabus</i> . . . . .	174
XXII. - Austria y Prusia. . . . .	180
XXIII. - La guerra austro-prusiana y sus consecuencias. . . . .	201
XXIV. - La paz de Nikolsburgo. - La frontera del Rhin. . . . .	233
XXV. - Variaciones en la política interior. . . . .	244
XXVI. - Cuestión del Luxemburgo. - Exposición Universal de 1867. . . . .	255
XXVII. - Mentana. - Las nuevas leyes. . . . .	261
XXVIII. - El Imperio parlamentario. . . . .	272
XXIX. - La cuestión Hohenzollern. - La guerra. . . . .	292
XXX. - El desastre. . . . .	318
XXXI. - Fin del Imperio. . . . .	348



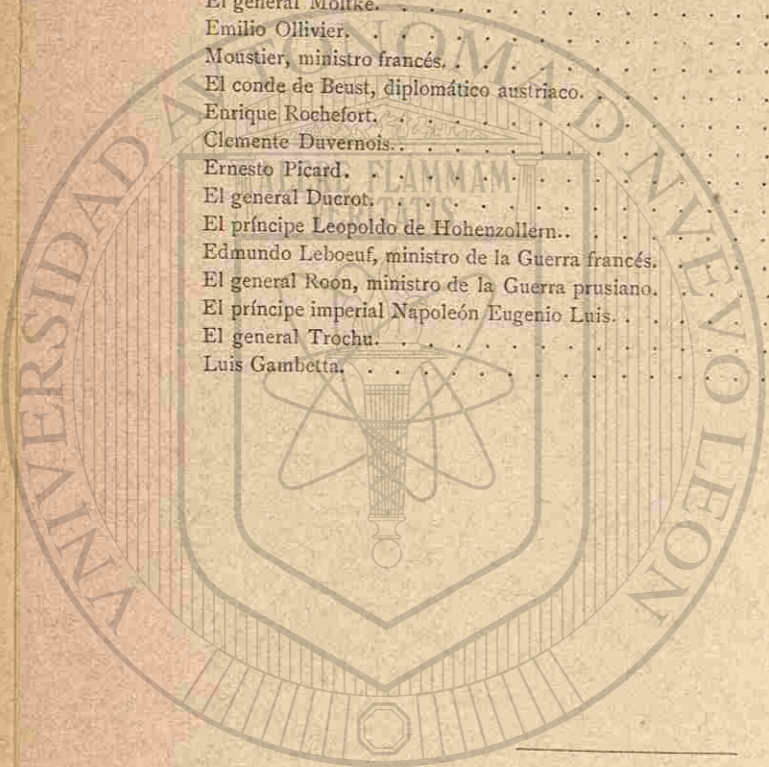
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

## ÍNDICE

DE LOS GRABADOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

	Páginas
Luis Veuillot, notable escritor católico. . . . .	11
Pouyer Quartier, notable economista. . . . .	15
Batalla de Palikiao. . . . .	19
El general Montaubán, conde de Palikiao. . . . .	23
El general Manfredo Fanti. . . . .	27
El marqués Máximo de Azeglio, representante de Cerdeña en Londres. . . . .	29
El cardenal Antonelli, secretario de Estado del papa Pío IX. . . . .	33
Vicente Benedetti, diplomático francés. . . . .	35
El general Menabrea. . . . .	55
Baroche, vicepresidente del Consejo de Estado. . . . .	65
M. Billault, ministro francés. . . . .	67
M. Forcade de la Roquette, ministro de Hacienda. . . . .	69
El general Faidherbe. . . . .	73
M. Dupanloup, obispo de Orleans. . . . .	81
Benito Juárez, presidente de la República mejicana. . . . .	85
El general D. Juan Prim, jefe de la expedición española á Méjico. . . . .	91
D. Manuel Doblado, ministro de Relaciones exteriores de Méjico, firmante del Convenio de la Soledad. . . . .	97
El general mejicano D. Tomás Mejía. . . . .	99
El general Bazaine. . . . .	105
El emperador Maximiliano. . . . .	107
La emperatriz Carlota. . . . .	109
El general mejicano imperialista D. Miguel Miramón. . . . .	115
El general D. Mariano Escobedo. . . . .	117
Fusilamiento del emperador Maximiliano y de los generales Miramón y Mejía. . . . .	119
Julio Ferry. . . . .	137
Víctor Duruy, ministro de Instrucción pública. . . . .	139
Eugenio Rouher, ministro de Estado. . . . .	141
Ratazzi, presidente del Ministerio italiano. . . . .	153
Minghetti, presidente del Consejo de ministros de Italia. . . . .	171
El conde del Goltz. . . . .	183
Entrevista de Napoleón III y el conde de Bismarck en Biarritz. . . . .	185
El canceller conde de Bismarck. . . . .	189
Luis Adolfo Thiers. . . . .	195
Benedek, general en jefe del ejército austriaco. . . . .	205

	Páginas
El príncipe Federico Carlos de Prusia. . . . .	209
El general prusiano Fransecky. . . . .	211
Consejo de ministros en Saint-Cloud. . . . .	217
Visconti-Venosta, ministro de Negocios extranjeros de Italia. . . . .	223
El general Moltke. . . . .	225
Emilio Ollivier. . . . .	247
Moustier, ministro francés. . . . .	257
El conde de Beust, diplomático austriaco. . . . .	263
Enrique Rochefort. . . . .	269
Clemente Duvernois. . . . .	275
Ernesto Picard. . . . .	283
El general Duerot. . . . .	289
El príncipe Leopoldo de Hohenzollern. . . . .	293
Edmundo Leboeuf, ministro de la Guerra francés. . . . .	307
El general Roon, ministro de la Guerra prusiano. . . . .	309
El príncipe imperial Napoleón Eugenio Luis. . . . .	321
El general Trochu. . . . .	329
Luis Gambetta. . . . .	357



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*E 47-647*

ANL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

SISTEMA DE BIBLIOTECAS





*Esta obra fue donada a la Biblioteca Pública del Estado por el Sr. Victor Rivera.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIBRERIA NACIONAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

121